J. P. y W. P. Robertson

Cartas de Sudamérica

910.4 Robertson, J. P.
ROB Cartas de Sudamérica / J. P. Robertson y W. P. Robertson. - 1a ed. - Buenos Aires : Emecé, 2000.
520 p. ; 22x14 cm. - (Memoria argentina)

ISBN 950-04-2111-9

I. Robertson, W. P. II. Título 1. Descripción de Viajes

Emecé Editores S.A.
Alsina 2062 - Buenos Aires, Argentina
E-mail: editorial@emece.com.ar
http: // www.emece.com.ar

Diseño de tapa: *Eduardo Ruiz*
Fotocromía de tapa: *Moon Patrol S.R.L.*
Primera edición: 4.000 ejemplares
Impreso en Printing Books,
Gral. Díaz 1344, Avellaneda, marzo de 2000

IMPRESO EN LA ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
I.S.B.N.: 950-04-2111-9
45.026

Hacia 1830 John Parish Robertson había perdido toda su fortuna labrada en la Argentina y volvió arruinado a Inglaterra. Allí contrajo matrimonio con una dama de buena posición económica y se radicó en la bucólica isla de Wight, en el canal de la Mancha. William permaneció otros cuatro años en Buenos Aires pero, empobrecido también, se reunió por fin con su hermano, y juntos decidieron escribir la historia de sus aventuras sudamericanas. Poseían, al parecer, un rico archivo de apuntes y correspondencia entre sí, pero la publicación se retrasó por la pérdida fortuita de un primer manuscrito, que debieron rehacer.

Los dos primeros volúmenes de *Letters on Paraguay, comprising an account of a four year's residence in that republic* aparecieron en 1838 y se agotaron en sólo tres meses. Al año siguiente se publicó un tercer volumen complementario llamado *Francia's Reign of Terror, being the continuation of Letters on Paraguay*. Esta primera obra abarcaba desde la partida de John de Edimburgo rumbo al Río de la Plata, en 1806, hasta la expulsión de los dos hermanos del Paraguay por parte del doctor Francia en 1815. Fue ampliamente comentada por la crítica y atacada, incluso, por el célebre escritor Carlyle.

En 1843 apareció, en tres volúmenes, un nuevo libro de cartas —dedicadas todas al general Miller, amigo de los autores— con el título de *Letters on South America; comprising travels on the banks of the Paraná and Rio de la Plata*, publicado en Londres por John Murray, Albemarle Street e impreso por William Clowes and Sons, Stanford Street. La obra contaba con varios

apéndices redactados por Manuel Moreno, hermano del prócer de Mayo, que estaba radicado en Londres.

John Robertson planeaba escribir también el relato de sus viajes por la costa del Pacífico (1820-1824) pero no llegó a hacerlo porque murió ese mismo año.

Los libros de los Robertson fueron conocidos pronto en el Río de la Plata. El periódico *El Nacional* de Montevideo comentó las *Cartas del Paraguay* y prometió traducirlas en 1841. Mitre utilizó el relato de John Robertson del combate de San Lorenzo en su *Historia de San Martín*, traduciendo algunos párrafos. A comienzos del siglo XX, la *Revista del Instituto Paraguayo*, de Asunción, publicó varias cartas traducidas por Carlos López Lynch. En 1904, Carlos A. Aldao tradujo otras para la revista *Vida Intelectual* de Santa Fe. Hacia 1910 la biblioteca del diario *La Nación* publicó una selección de cartas, traducidas por Aldao, con el título de *La Argentina en los primeros años de la Revolución*. En 1920 La Cultura Argentina dio a conocer una versión más amplia, pero todavía incompleta, de las *Cartas del Paraguay*, vertidas al castellano también por Aldao.

Las *Cartas de Sudamérica*, que se refieren más ampliamente a nuestro país, se divulgaron, sin embargo, más tarde en castellano. Varias de ellas fueron traducidas por Ricardo Pillado para *La Prensa* en 1922. José Luis Busaniche tradujo y editó el primer volumen en 1946. Por fin Emecé publicó el libro completo, *Cartas de Sud-América*, en tres volúmenes, en 1950, con traducción, prólogo y notas de Busaniche e ilustraciones de Luis Macaya. Busaniche dividió los tres volúmenes en forma distinta del original inglés y agregó subtítulos a cada volumen.

Al reunir hoy el libro completo en un solo tomo, hemos suprimido las ilustraciones de Macaya y el extenso prólogo de Busaniche (cuya información hemos utilizado), pero conservado las notas, división y subtítulos de su edición. Asimismo se mantienen en el texto los nombres castellanizados de los autores —Juan y Guillermo en lugar de John y William—, según los tradujo Busaniche al uso de su época.

B. P. del C.

VOLUMEN I

DEDICATORIA

A
JORGE FEDERICO DICKSON ESQ.
CÓNSUL GENERAL DE LAS PROVINCIAS UNIDAS
DEL RÍO DE LA PLATA

Estimado señor:

Al dedicar a usted con su autorización las páginas que siguen, lo hacemos por muy fundadas y claras razones.

Se halla usted tan familiarizado con los sucesos que forman la materia de este libro, que su nombre constituye una especie de garantía sobre la verdad y la autenticidad de los mismos.

Usted es —y lo ha sido por mucho tiempo— nuestro amigo personal y por ello nos resulta singularmente grato el ofrecerle este testimonio de respeto hacia su personalidad y de reconocimiento por las bondades que siempre tuvo para con nosotros.

Por otra parte, ocupando como ocupa usted un alto cargo al servicio del país que nos hemos propuesto describir, se nos da también la oportunidad de acreditar la aptitud que le distingue en el desempeño del Consulado general de un gobierno extraño y certificar la equidad, la actividad y la solicitud con que lo ha ejercido. Nada puede honrar más a su nombre que el hecho de haber sido investido con la más alta representación comercial de un país después de dejar esa misma tierra donde pasó tantos años como comerciante de reconocida integridad, y más tratándose de un cargo que hubiera podido ser confiado a nativos destacados de aquella nación.

Son hechos estos que hablan por sí mismos y excusan todo

elogio. Feliz el hombre que no busca las alabanzas pero más todavía el que no las necesita.

Somos de usted, estimado señor, fieles y obsecuentes servidores.

LOS AUTORES

Londres, enero 2 de 1843

DEDICATORIA

AL
GENERAL GUILLERMO MILLER
GRAN MARISCAL DEL PERÚ
ETCÉTERA, ETCÉTERA

Estimado Miller:

La autorización que tenemos de usted para dirigirle estas cartas, permite hacer pública nuestra amistad con un célebre y bizarro soldado, con un hombre bueno y eminente.

Sin duda el nombre de usted ha de pasar a la posteridad, no por el frágil testimonio de estas memorias fugaces, sino en las páginas de la Historia, cuando plumas más autorizadas escriban sobre la emancipación del Mundo Americano.

Aquella revolución tuvo su origen en el surco abierto por los hombres que, como usted, rompieron el suelo para hacerle recibir el germen de la independencia, destinado a brotar, florecer, arraigar y fructificar cubriendo la tierra con las bendiciones de la paz y la abundancia. Se acerca el día en que, "sentado cada uno al pie de su viña o de su higuera", pedirá las gracias del cielo para los corazones abnegados y para el esforzado brazo de quienes prepararon el terreno a fin de que pudiera consumarse un hecho de tanta trascendencia.

Sus verdaderos amigos

LOS AUTORES

Londres, enero 2 de 1843

PREFACIO

Escrita la palabra "Finis" en el tercer volumen de esta obra, hemos releído la advertencia de la Carta Preliminar y creemos que poco nos queda por añadir a guisa de prefacio.

No sin cierta vacilación damos a luz estos nuevos volúmenes sobre un tema considerado generalmente de escaso interés por los libreros, como es el tema de Sud-América; pero podríamos decir, para justificarnos, que los libros publicados anteriormente por nosotros fueron bien acogidos por el público lector. Ahora, persuadidos por algunos buenos amigos de que podremos también contar con la misma favorable acogida, aventuramos la publicación de otra serie de cartas sobre Sud-América.

Hemos incluido en estas epístolas un breve historial político de las Provincias Unidas del Río de la Plata, pero debemos prevenir al lector que no ha de tomarlo como una verdadera historia. Por cierto que no pretende colocarse dentro de tan seria jerarquía literaria. Muy satisfechos estaríamos si los futuros historiadores, más expertos que nosotros, encontraran en esta revista tal o cual dato imparcial y alguna información útil para servir de fundamento a más vastos anales de una de las primeras repúblicas entre las que fueron antiguamente colonias españolas de allende el Atlántico.

Para ese bosquejo histórico, hemos contado con la ayuda y el estímulo de nuestro viejo amigo, Su Excelencia don Manuel Moreno, ministro de las Provincias Unidas del Río de la Plata en esta corte, y nos valemos de esta oportunidad para expresarle nuestro reconocimiento.

Como en ocasión de las *Cartas del Paraguay*, estamos también ahora muy obligados para con el señor Woodbine Parish, por habernos permitido consultar su valiosa colección de obras, papeles de Estado, manuscritos y otros documentos relativos a la historia del Río de la Plata.

Londres, enero 2 de 1843

CARTAS DE SUD-AMÉRICA

CARTA I

LOS AUTORES A LOS LECTORES
PRELIMINAR

Londres, 1842

Ha sido motivo de sorpresa para algunos amigos personales que, después del buen éxito alcanzado por nuestra obra sobre el Paraguay, haya pasado tanto tiempo sin que cumpliéramos lo prometido en ese mismo libro, es decir, un relato ininterrumpido sobre nuestra residencia de veinticinco años en Sud-América.

Verdad es que el éxito de la obra fue de todo punto excelente y recibimos toda clase de estímulos, *mais l'homme propose et Dieu dispose*. ¿Quién ignora, por otra parte, la facilidad con que arbitramos proyectos y cómo contrasta esa facilidad con las dificultades que se oponen para que sean realizados? ¿Quién desconoce las interrupciones impuestas por la vida misma: ocupaciones más serias e imperativas, enfermedades, pereza natural, desgracias domésticas y, en pocas palabras, "las mil calamidades anejas a nuestra naturaleza"? Más aún, ¿quién podrá asegurar que a despecho del éxito obtenido por esa primera labor literaria, no estemos destinados a sentir con toda su fuerza el efecto de aquella frase: "¡Oh, aquel enemigo mío ha escrito un libro!"...?

Sea de ello lo que fuere, hemos decidido retomar el hilo de nuestra narración y llevarlo hasta donde el tiempo y la oportunidad lo permitan, a condición de poder instruir y divertir al lector en el curso del relato. Difícil será exhibir ante sus ojos otra *rara avis in terra* como el doctor Francia, pero creemos disponer de material suficiente para satisfacer una moderada curiosidad en lo que respecta a Sud-América y a los viajes que hicimos por ella.

Con dificultad podrán encontrarse dos personas ligadas más estrechamente por los vínculos de la sangre y de la amistad y al mismo tiempo por intereses materiales como lo hemos sido mi hermano y yo. Y con todo esto, se ha dado el caso de que, durante los mejores veinticinco años de nuestra vida —vale decir de 1810 a 1835—, nunca pudiéramos arreglarnos para pasar dos años juntos. Raramente nos reuníamos durante un mes en el mismo lugar, porque andábamos continuamente en viaje, de Inglaterra al Paraguay, de Corrientes a Buenos Aires, de Buenos Aires a Inglaterra. A veces, mientras uno de nosotros limitaba sus peregrinaciones a los lugares indicados, el otro cruzaba los Andes y se daba a recorrer las costas del Pacífico desde Concepción, en Chile, a Trujillo, en el Perú, y viceversa. En conclusión, el mayor de nosotros dejó las costas de América del Sur en 1830 y el otro en 1834.

Desde este último año hasta hoy, nuestras observaciones personales se han reducido al país nativo y a una rápida ojeada al continente europeo. Pero, mediante nuestra correspondencia privada, el conocimiento de sucesos oficiales y las relaciones que manteníamos con sudamericanos de Londres, hemos tratado siempre de estar al corriente de lo que ocurría en América del Sur.

El resultado de los frecuentes cambios de domicilio y de haber actuado en órbitas distintas (si nos es permitido usar esta metáfora un tanto elevada) ha sido un cambio de correspondencia continuo entre nosotros por espacio de casi treinta años. Esta correspondencia abarca gran variedad de temas y asuntos y resulta muy ilustrativa sobre los tiempos en que transcurrió nuestra vida, los países donde permanecimos y la gente con que nos fue dado alternar.

A fin de no interrumpir el orden cronológico de la narración personal, hemos de rogar al lector que nos acompañe también, de vez en cuando, fuera de nuestra propia esfera de acción en Sud-América. Muy raramente, sin embargo, dedicamos estas páginas a cuestiones ajenas a esa región, la que nos ocupará principalmente y formará en gran parte el tema de este libro. Porque el propósito que nos mueve es hacer alguna luz sobre las antiguas colonias españolas de América del Sur. Cualquier otro tema de que se trate, lo será con el único propósito de mantener la unidad del relato.

Bien advertimos que ninguna especie de escritos exige mayor circunspección que el llamado narración personal. Por eso nos empeñamos en reducir el relato, primero, a todo aquello que importe alguna acción encaminada a instruir al lector o a despertar su interés; en segundo lugar, a la descripción de episodios o cuadros de viaje que puedan ser amenos o divertidos. Hablaremos de nosotros lo estrictamente necesario para completar los caracteres del drama en el curso de su desarrollo.

Será mantenido el plan anterior, que consiste en dar el texto —algo arreglado para su publicación— de las mismas cartas que poseemos, escritas cuando ocurrieron los hechos que son objeto de la narración. Y no nos privaremos de utilizar otros documentos cuando sea el caso de hacerlo con ventaja para nuestro asunto. Ésta será la única libertad que habrá de tomarse por lo que hace al relato personal.

Las noticias históricas sobre Sud-América dadas al público hasta ahora son escasas e incompletas; en verdad los hechos de la revolución están todavía muy cerca y ha pasado poco tiempo para que pueda escribirse una obra histórica sobre ellos. Por otra parte, nuestros periódicos han sido siempre muy parcos en sus noticias sobre los hechos ocurridos, cuyos pormenores aparecen generalmente erróneos en todo sentido. Nosotros hemos aprovechado cuanta oportunidad se presentó para reunir información auténtica y por esto esperamos que la reseña política, así como los bocetos de personajes públicos que ofrecemos, no estarán desprovistos de interés para quienes se dignen recorrer estas páginas. Consideramos también que no solamente el lector inglés podrá adquirir nuevas nociones sobre Sud-América, sino que prestaremos un servicio a los nuevos Estados, mostrándoles que el movimiento de independencia ha sido comprendido, que las apostasías de algunos gobiernos son señaladas y merecen reprobación; que los progresos y mejoras obtenidos se aprecian debidamente y que todo adelanto hacia una mayor civilización y más ilustrado gobierno son saludados aquí como buen presagio del rango y la importancia que esperan a esos países entre las demás naciones libres del mundo.

LOS AUTORES

CARTA II

MÁS DETALLES DE INTRODUCCIÓN

Antes de adentrarnos en la *in medias res* de las aventuras sudamericanas, han de permitirnos los lectores, y en especial quienes han hojeado nuestro último volumen titulado *Francia's Reign of Terror*, volver brevemente sobre este último libro.

Algunos críticos muy respetables han expresado sus dudas, no propiamente sobre la veracidad pero sí sobre la imparcialidad con que ha sido escrita la relación que hicimos sobre aquel extraordinario personaje. Mientras implícitamente mostraban confianza en la verdad y *vraissemblance* de nuestras observaciones personales, han vacilado en prestar entero crédito a la historia de Francia fundada únicamente sobre el testimonio de los testigos ofrecidos por nosotros y han pedido otra clase de pruebas. Ahora bien; si por una parte debemos agradecer el crédito asignado a nuestras propias afirmaciones, por otra parte hemos quedado perplejos ante la desconfianza manifestada por algunos periódicos con respecto a la fe que puedan merecer numerosos testigos que confirman lo dicho por nosotros a propósito del doctor Francia. Era natural que, ateniéndonos a la observación personal, no podíamos hacer la historia del tirano después de 1815; pero si la hemos prolongado hasta 1838, ha sido porque disponíamos de prueba emanada de otras personas y ofrecida con tantos detalles y pormenores que, al compararla con la que poseíamos por experiencia personal y con la que era de mayor o menor notoriedad en Buenos Aires, resultaba imposible rechazarla.

Si la historia no pudiera escribirse sobre tales datos, si los hechos, aunque improbables en apariencia, debieran ser desechados por una mera hipótesis de incredulidad, no sabemos cómo podría mantenerse la cadena de la verdad histórica y especialmente aquella que liga las épocas anteriores con las subsiguientes. En su mayoría los escritores de historia aparecen después de pasada la época cuyos anales escriben. Pocos de ellos, en verdad, han tenido ocasión de consultar a los contemporáneos de los hechos que registran y se ven obligados así a fiarse exclusivamente de testimonios escritos. Quiere decir, entonces, que aquellos que tienen la oportunidad de interrogar, de comparar y aquilatar por sí mismos el testimonio oral de los contemporáneos, están en situación más ventajosa para escribir historia que quienes perdieron aquella oportunidad. Cuando el escritor puede tener confianza en la integridad, la imparcialidad y el buen juicio de sus informantes, se encuentra habilitado para hacer una relación de lo que, con toda conciencia, estima la verdad. Es lo que podemos afirmar nosotros de lo que con respecto al doctor Francia tuvimos por verdad.

Para corroborar este aserto, debe recordarse que dimos los nombres de más de doce personas, algunas de ellas agentes nuestros y muy respetables. Todos aquellos testigos eran personas honorables y despiertas y tenían conocimiento personal de los hechos de maldad y despotismo de Francia. Las tres cuartas partes de estos testigos habían sido víctimas de su caprichosa política y de su gobierno cruel.

Adujimos entonces el irrecusable testimonio de los señores Rengger y Longchamps,[1] en apoyo de nuestras afirmaciones sobre el carácter de Francia y sobre sus hechos más atroces.

Esto no obstante, mientras algunos críticos han puesto esos hechos en tela de juicio, únicamente por el horror que ellos inspiran, otros han asegurado que nuestras afirmaciones no estaban basadas en autoridad suficiente. Una célebre publicación (muy bien dirigida), *The Quarterly Review*, de abril de 1839, no pone en duda la veracidad del libro escrito por los señores Rengger y Longchamps, y lo comenta favorablemente. Al mismo tiempo rechaza como inverosímiles varios hechos registrados

[1] Rengger et Longchamps. *Essai historique sur la Révolution du Paraguay et le gouvernement dictatorial du Docteur Francia*, París, 1827. La edición inglesa es del mismo año, Rengger and Longchamps. *The Reign of Doctor Joseph Gaspard Roderick de Francia in Paraguay*, etcétera. Hay traducción castellana de J. C. Pagés hecha en París, 1828, y otra de M. A. Pelliza, Buenos Aires, 1883. *(N. del T.)*

por nosotros y avanza dudas sobre otros que, sin embargo, son los mismos hechos relatados por los autores suizos a quienes la revista considera escritores imparciales y sobrios. La verdad es que todos los hechos tiránicos de Francia, aun los peores y menos creíbles por su enormidad, han sido relatados por los autores suizos y podemos remitirnos a su libro en apoyo de lo afirmado por nosotros.

La crueldad del Dictador para los españoles viejos, por ejemplo, sus calabozos, prisiones, patíbulos, cepos, cámaras de tortura, el Tavego[1] (lugar de confinamiento), el asesinato del Pelado y el modo con que se ejecutó; el fusilamiento, en la plaza del mercado, de los antiguos camaradas y amigos de Francia, la prisión y el trato que se dio a nuestro propio agente Gómez; la persecución, las cadenas, las cárceles y hasta la muerte de que se hizo víctimas a los más respetables vecinos de Asunción, la despiadada demolición de la ciudad y los esfuerzos calamitosos que hizo para reconstruirla, son todos hechos producidos bajo el reinado cruel de Francia y han sido minuciosa y seriamente narrados por los señores Rengger y Longchamps. Si el publicista de la *Quarterly Review* considera relato digno de crédito el de los periodistas suizos porque son testigos de vista, quiere decir que tiene por verdaderos los hechos relatados por ellos, y esos hechos son precisamente los mismos narrados por nosotros en *Francia's Reign of Terror*. Al público corresponde ahora juzgar sobre el criterio demostrado por un escritor para quien *los mismos hechos* son serios y auténticos cuando expuestos por los dichos caballeros suizos, y exagerados y faltos de crédito cuando relatados por nosotros.

Sólo encontramos una explicación a esta novedosa, por no decir enigmática crítica y es la siguiente: Aunque los hechos expuestos por nosotros y por los mencionados autores sean idénticos, sin embargo hemos escrito en circunstancias muy distintas; ellos lo hicieron temblorosos todavía por el recuerdo de aquel gobierno despótico, y oprimidos por las impresiones recibidas durante seis años de cautiverio en que, día tras día, veíanse obligados a contemplar la suerte corrida por sus semejantes y temblaban por la suya propia. Mezclados con todos los prisioneros del Dictador, viéronse reducidos a un estado de torpor mental que les impedía la libre expresión de sus facultades. Por

[1] Tevegó, hoy San Salvador. *(N. del T.)*

eso dejaron en la sombra ciertos rasgos del carácter de Francia que nosotros, como cronistas fieles y no intimidados, estábamos obligados a destacar con entera libertad. Debemos decir además que, al dar a conocer al mundo la vida y hechos de un hombre tan malvado como el gobernante paraguayo, no creímos propio contener el repudio, la indignación y el menosprecio que esos hechos provocaban en nosotros. Probablemente al comentarlos, al execrarlos, con objeto de poner en guardia a los sudamericanos contra los siniestros resultados de tales métodos, hemos ultrapasado —en opinión del referido pendolista— el límite permitido a la libre expresión en lo que atañe al repudio de tales normas de gobierno. En la obra de los autores suizos, poco o nada de esto podrá encontrarse y de ahí quizás —hablando hipotéticamente— la simpatía que muestra el crítico por una obra donde sólo podrán encontrarse hechos expuestos casi tímidamente; de ahí quizá también su aversión hacia un libro que contiene los mismos hechos, pero condenados en sí mismos y en relación a los principios en que tienen su origen.

Un periódico ha hecho notar que no invocamos un testimonio autorizado con respecto a la orden que dio Francia al centinela para que hiciera fuego contra todo aquel que anduviera vagando cerca de su palacio. Y este hecho es, sin embargo, uno de los registrados con toda claridad por Rengger en la página 108 de su obra. El mismo periódico se pregunta si la revocación posterior de esa orden bárbara por parte del mismo Francia no constituye una prueba de su benevolencia. Habrá sido esto, a lo sumo, uno de sus tantos caprichos; pero asentar que es humano desistir de dar muerte a inofensivos paseantes, es retorcer demasiado el concepto que pueda tenerse de la indulgencia caritativa.

No hay duda de que la orden fue dada y cumplida, pero podría también aducirse que el abandono del sistema de proscripciones en Roma, una vez que dio todos sus frutos de terror, fue una prueba de humanidad del Triunvirato, así como la orden del Dictador habría sido una prueba de clemencia.

Se ha dicho también que, si el trato dado a M. Bonpland hubiera sido tal como lo asegura Mr. Rengger y como lo ratificó ante nosotros mismos el botánico, no está en la naturaleza de las cosas el creer que se hubiera mostrado después tan ansioso por volver al Paraguay. Ahora bien; nosotros hemos dejado claramente establecido que la expulsión de Bonpland del Paraguay fue tan cruel como su captura, porque él había adquirido duran-

te su cautividad una finca rural que cultivaba con cariño y cuidaba con gran solicitud. Esta propiedad era todo para él y, aunque no se la confiscó formalmente, de hecho se vio despojado cuando le dieron plazo de una hora para abandonar la República. Bonpland quedó ansioso por recobrar su bien y no le hubiera sido dado hacerlo de otra manera que si Francia le permitía volver al Paraguay y disponer nuevamente de lo que era suyo. Por otra parte, ¿quién ignora el entusiasmo con que los sabios se entregan a sus tareas absorbentes? ¿Quién que conozca a Bonpland no conoce y admira su inextinguible amor por las investigaciones botánicas? Y, ¿quién que esté al corriente de estas cosas puede sorprenderse al comprobar que *a cualquier riesgo* Bonpland se sintiera ansioso de renovar sus experiencias y completar su interesante colección de ricas variedades de plantas y valiosas hierbas medicinales de una *terra incognita* como el Paraguay?

Después de publicada nuestra obra, ha aparecido otra de gran autoridad escrita por el señor Woodbine Parish[1] y mucho de lo que decíamos sobre Paraguay y Francia, lo mismo que sobre M. Bonpland, ha sido ampliamente ratificado por aquel autor. Pueden verse especialmente las páginas 226 a 237 de su libro. Ninguno de los hechos consignados por nosotros ha sido rectificado ni siquiera ha merecido observación.

En la página 228 se dice de Francia que "era una especie de Mefistófeles antes de que sacara de las orejas a los miembros del gobierno y con sus amaños les impusiera la resignación". Más adelante (págs. 233 y 234) el Encargado de Negocios de S. M. nos dice: "El primer nombramiento de Francia fue por tres años y al expirar ese término se las arregló para ser confirmado en el poder por toda la vida. Los diputados que firmaron el acta, tontamente volvieron a sus casas, muy contentos de haber encontrado una solución que los libraría en adelante de cualquier molestia; y, entretanto, habían dado carta blanca al tirano para inaugurar un reino que por su egoísmo sistemático, su crueldad, su despotismo desenfrenado, casi no tiene paralelo en el mundo. Su primer objeto, como puede suponerse, fue abatir toda clase de oposición, y para ello aprisionó, desterró o condenó a la última pena a cuantos individuos ricos o de alguna influencia hubieran podido significar algún obstáculo para su predominio. Sus espías llegaban a todas las casas; la más trivial expresión de descontento se interpretaba como una traición y poco tiempo después nadie osaba decir una palabra a su vecino por temor de ser víctima de una denuncia. Así fue sometida al silencio, mediante el terror, toda especie de oposición interna y para que ninguna pudiera llegar del exterior, implantó un sistema de aislamiento que ha ido fortificándose rigurosamente desde hace cerca de veinte años".

[1] *Buenos Ayres and the Provinces of the Rio de la Plata*, by Sir Woodbine Parish, K. C. H., many years his Majesty's Chargé d'Affaires at Buenos Aires, London, John Murray, 1838.

El caso de M. Bonpland se expone sintéticamente en las páginas 236 y 237. En esta última página, el gobierno del Dictador es calificado "como el gobierno de un déspota vesánico".

Hemos dicho tanto en defensa de lo anteriormente afirmado y hecho tantas reflexiones a propósito de Francia porque, admitida una duda sobre la verdad de esta espantosa historia, se perdería el beneficio que podría sacar la humanidad, y muy especialmente los sudamericanos, de la narración de tales hechos. La historia, basada en la verdad, como el teatro cuando se le escribe con legítimos propósitos, debe proponerse "reflejar los hechos como si fuera el espejo de la naturaleza, mostrar la verdadera virtud y condenar la propia imagen de los hechos cuando sea necesario, así como la modalidad del cuerpo social en el tiempo".

Pero la historia desfigurada y bastardeada por cronistas infieles, como el teatro degradado por los bufones, presenta las cosas meramente en su aspecto grosero y natural y no vemos, en este caso como en otros, la imagen pura de la verdad. Privada de esta última, la vida de Francia, como la vida de Tiberio, viene a ser tan poco seria como pudieran serlo las heroicas hazañas de Barba Azul o de Pulgarcito.

El libro de que somos autores se publicó hace ahora más de tres años y ha circulado por todas las antiguas colonias españolas. Era de esperar que, de llegar alguna refutación, fuera procedente de aquellas regiones y que se dijera si eran erróneos, exagerados o falsos nuestros asertos, porque en Sud-América y particularmente en las Provincias Unidas del Río de la Plata había quienes conocían como nosotros mismos la situación real del Paraguay.

Entretanto, ¿qué ha sucedido? Que sin mediar de nuestra parte intervención alguna, más aún, sin conocimiento nuestro,

las *Cartas sobre el Paraguay* y *El Reinado de Francia* están publicándose mensualmente en Montevideo traducidas al castellano.[1] Dejamos de lado los cumplimientos rendidos a la obra en el anuncio que se hace de su próxima versión española, para decir únicamente que el traductor (no conocemos todavía su nombre) afirma que la veracidad de todo el libro constituye su mejor recomendación para los lectores sudamericanos. Sólo nos queda decir que nuestro libro es la primera obra inglesa sobre Sud-América que haya sido traducida al español por un natural de los países descriptos en el mismo libro.[2]

Se nos ocurre, sin que esto importe una afirmación categórica, que la filosofía del caso puede ser la siguiente: La gente se ha sentido poseída de sorpresa al leer los anales despóticos y criminales de Francia y el primer impulso ha sido resistirse a creer que tal serie de horrores pudiera producirse en nuestra época y que hubieran permanecido desconocidos por tanto tiempo.

La idiosincrasia de un déspota, durante su vida, se hace conocer por lo general poco a poco ante el mundo; los hechos llegan al público paulatinamente, antes de que sea dado apreciarlos en su totalidad. Cada nuevo hecho atroz viene a ser la confirmación de otro anterior y va predisponiendo el espíritu para conocer otros actos sucesivos de barbarie. Pero cuando la carrera de un tirano malhechor y sanguinario se nos pone de una vez a la vista, cuando a un hecho sombrío sigue otro hecho y otro y otro, condensados en la lectura de un mediodía, y como realizados por un hombre que vive y que gobierna un país cristiano, muchos pormenores aparecen entonces como increíbles y rechazamos su veracidad mientras la filosofía y la experiencia no vengan en ayuda nuestra para darnos satisfacción.

Nadie duda de que Mehemet Alí[3] es un déspota, un príncipe vengativo cuyas atrocidades sangrientas no han sido quizás igualadas por otro durante un mismo período en los tiempos modernos. Pero la carrera de Mehemet Alí se ha desarrollado a

[1] *El Nacional*. Diario político, literario y comercial, Montevideo, 30 de junio de 1841.

[2] No hemos encontrado en las colecciones de *El Nacional* la traducción anunciada. *(N. del T.)*

[3] Sultán de Egipto (1769-1849) famoso por sus conquistas y sus crueldades. En 1839 batió a los turcos, determinando con ello la intervención de las potencias europeas que lo alejaron de Siria, la Meca y Candia. Fue sultán hereditario de Egipto en 1841. *(N. del T.)*

vista de todos y su carácter ha ido descubriéndose gradualmente ante el mundo. Si lo mismo hubiera ocurrido con los hechos de Francia, el Dictador habría, naturalmente, ocupado el rango del primero y nadie desconocería su naturaleza sanguinaria y su carácter despótico. Mehemet Alí y Francia tienen, en verdad, muchas cosas comunes pero también diferencias fundamentales. Una de ellas es que, mientras el primero ha demostrado su despotismo dentro y fuera de su país, el otro se ha contentado con ser déspota en casa, porque uno de los rasgos de su sistema salvaje ha sido no solamente ser sanguinario, sino también silencioso como el tigre.

El doctor Francia ha llegado al final de su largo, sombrío y terrible camino. Al tribunal terreno que él erigió —donde nunca se sentó la misericordia ni encontró lugar la justicia— fueron llamados muchos para pasar desde allí a la eternidad. Ahora le ha tocado a él comparecer a un juicio en que las víctimas inmoladas pueden estar en terreno más ventajoso. Y si otros hombres públicos de Sud-América —y hablo deliberadamente— sintiéranse tentados por seguir los pasos del despiadado Dictador del Paraguay, sepan que un día sus hechos saldrán a la luz y no olviden que existe una justicia distributiva de la que no podremos escapar y ejercerá su sanción sobre los derramadores de sangre inocente.

Muchos rumores han sido difundidos sobre la muerte del doctor Francia, antes de que se produjera, pero ahora está establecido históricamente que murió en Asunción el 20 de septiembre de 1840. Murió de hidropesía, enfermedad que lo atacara de tiempo atrás y dejó de existir tranquilamente en su lecho. Tenía ochenta y tres años. El epílogo de su larga vida no se ha revelado todavía; pero como los que le han sucedido en el gobierno han iniciado ya relaciones con los vecinos circundantes, estaremos, sin duda, pronto en posesión de muchos datos interesantes sobre el final de este hombre extraordinario que, por el espacio de veintiocho años mantuvo aislado el Paraguay y fue causa de su desolación.

LOS AUTORES

CARTA III

DESEMBARCO EN CORRIENTES. EL COMERCIO. CALAMIDADES. LA TÁCTICA DE ARTIGAS. INSEGURIDAD PERSONAL. ENCUENTRO CON DON PEDRO CAMPBELL Y SU PAJE. UN GAUCHO IRLANDÉS. SU ALOCUCIÓN. EL GAUCHO Y EL GOBERNADOR. HISTORIA DE CAMPBELL. REFLEXIONES.

Con las dos cartas precedentes, dejaremos la historia del Paraguay y de nuestras aventuras en ese país. Ahora he de llevarlo conmigo desde la república del doctor Francia hasta la provincia de Corrientes.[1] En aquel tiempo, esta provincia reconocía el supremo gobierno de S. E. el Protector don José Artigas y antes había formado parte —como forma hoy—[2] de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Yo desembarqué en Corrientes el año 1815, con un crecido caudal. Algo habían disminuido, pero no mucho, la anarquía, el pillaje y los asesinatos que fueron resultado de la entrega de la ciudad a las tropas de Artigas, porque ahora éstas se habían retirado.

Corrientes es la capital de una porción de territorio muy fértil del Río de la Plata, que lleva el nombre de Entre Ríos[3] por encontrarse casi aislada entre dos grandes ríos, el Paraná y el Uruguay. El comercio principal de la provincia se reduce a cueros de ganado y lana de ovejas, aunque también abundan el algodón, la caña de azúcar y las maderas. Todos estos productos son exportados a Buenos Aires y se recibe en pago dinero metálico y objetos manufacturados. El promedio de las exportaciones en tiempo de paz era de quinientos mil pesos anuales. Importábase por valor de setecientos cincuenta mil. Pero esta provincia, como todas las de América del Sur, había sido teatro de guerras civiles tan frecuentes y depredaciones tan generales que muchos de los principales propietarios de tierra se habían arruinado y otros vivían *in terrorem*, como consecuencia del predominio sin ley de Artigas y de sus repetidas incursiones en el territorio. Porque Artigas había llevado asaltos a las estancias obligando a sus dueños a abandonarlas, y después se llevó los ganados a la orilla oriental del Uruguay. Las estancias quedaron así despobladas y los peones se convirtieron en soldados de Artigas. Como consecuencia de todo esto, los vínculos sociales hallábanse menoscabados; el territorio estaba lleno de bandoleros, y la rapiña y la lujuria imperaban en todo el ámbito de la provincia. Decayó la agricultura y las incursiones de los indios del Chaco se hicieron más frecuentes. El ganado vacuno y caballar era tan abundante que no pudieron arrearlo en su totalidad fuera del territorio y mucha parte se guareció en los bosques, convirtiéndose en ganado salvaje o *alzado*. Por eso los bosques estaban llenos de baguales y veíanse bandadas de caranchos que volaban sobre los terneros y potrillos recién nacidos, aprestándose a devorarlos. Los perros salvajes, llamados *cimarrones*, recorrían en tropas la campaña como lobos en la noche. Así despoblóse el territorio y casi todo jinete que se encontraba era ladrón o asesino, cuando no ambas cosas a la vez. A cinco leguas de la ciudad, el campo era recorrido por gente de mal vivir; un estanciero tenía que ser muy resuelto para arriesgarse a visitar su campo, aun acompañado por un grupo de esclavos y sirvientes, y con seguridad encontraba su casa en ruinas y abandonada. Las grandes carretas en que acostumbran transportar los cueros de una estancia a otra, o a los diversos puertos de embarque, se veían desmanteladas y sus piezas dispersas por el campo sirviendo de tiendas o carpas a los bandoleros. Estos asaltantes, andrajosos y casi desnudos, vivían del ganado que podían enlazar y pasaban el tiempo jugando y fumando, después de haber matado algún semejante o saqueado algún pueblo. Tal género de tropelías, si no eran fomentadas por Artigas, por lo menos las toleraba y lo cierto es que en cualquier momento podía reunir a todos los *banditi* y llevarlos, en terribles e indómitas falanges, corriendo veinte leguas por día, a cualquier punto de la campaña y contra cualquier enemigo que se hubiera propuesto atacar. Alcanzado su objeto, quedaban ellas en libertad para desbandarse

[1] Debe tenerse en cuenta que los capítulos de esta obra, por una ficción de los autores, aparecen como cartas dirigidas al general Guillermo Miller. *(N. del T.)*

[2] En 1842 el Uruguay era república independiente. *(N. del T.)*

[3] Corrientes nunca tuvo jurisdicción sobre lo que se llamó territorio o "continente" de Entre Ríos y que formó después la actual provincia del mismo nombre. *(N. del T.)*

y con esa libertad el jefe pagaba sus servicios, porque la campaña se convertía otra vez en un vasto escenario de pillaje y desolación.

Debe decirse en justicia que el correntino artigueño no era tan inclinado al saqueo. Viviendo en una región vecina al Paraguay y en un clima casi tropical, el habitante de Corrientes se asemeja más en su carácter al paraguayo que al audaz e intrépido paisano de la Banda Oriental. Los correntinos son, por naturaleza, más dóciles y laboriosos que los orientales, y a no ser por motivos circunstanciales, se muestran generalmente inofensivos y dignos de confianza. Esta manera de ser había contribuido en algo a restaurar el orden después que las tropas de Artigas dejaron el territorio de la provincia, pero asimismo la situación no era nada agradable para buscar asilo en Corrientes. Entonces sólo se respetaba el nombre de Artigas y no tenían validez otros pasaportes que los suyos, formando como un escudo de defensa para los que se acogían a su protección. Yo necesitaba de ellos para defender mi persona y bienes y asegurarme la salida en un país expuesto continuamente a la guerra civil y a la devastación. El gobernador de Corrientes, coronel Méndez,[1] era un sincero amigo mío; también eran mis amigos muchos vecinos respetables de la ciudad; pero el mando del gobernador se ejercía sobre dos o tres compañías de milicias y nada más. Los vecinos, cuanto más acomodados, más expuestos estaban al despojo por parte de los artigueños. Yo era considerado como uno de los habitantes más ricos y me hallaba en mayor peligro que otro cualquiera, pero se sabía también que había merecido poco tiempo antes el favor y la protección de Artigas. Esta circunstancia y algunas dádivas oportunas consistentes en dinero y en cascos de cerveza que distribuí entre los hombres más influyentes del partido artigueño, me fueron muy útiles, salvándome de los riesgos a que estaba expuesto, no sólo en mi persona sino en mis enseres personales y mercancías. Pero, con todo, vivía en continua alarma porque estaba a merced del capricho, de la codicia, de la embriaguez o de cualquier resentimiento personal y podía ser víctima de salteadores que arrojaran mi cuerpo a los perros y dieran buena cuenta de mis bienes.

[1] Juan Bautista Méndez. Era teniente de fuerzas veteranas en Corrientes cuando a principios de 1814 cundió por todo el litoral el movimiento artiguista. Méndez depuso al teniente gobernador de Buenos Aires coronel José León Domínguez y fue proclamado gobernador. Actuó bajo el protectorado de Artigas y se mantuvo en el poder con algunas alternativas hasta 1820. *(N. del T.)*

En tan críticas circunstancias, me fue dado conocer a uno de los hombres más originales y a la vez más audaces y temerarios que había conocido hasta entonces.

Hallándome sentado una tarde bajo la galería de mi casa, llegó hasta muy cerca de mi silla un hombre a caballo: era un tipo enjuto, huesudo, de torvo aspecto y vestía como los gauchos, llevando además dos pistolas de caballería y un sable de herrumbrosa vaina, pendientes de un sucio cinturón de cuero crudo. Tenía la patilla y el bigote colorados, el pelo enmarañado del mismo color y formando greñas espesas debido al sudor y al polvo que lo cubría; el rostro requemado por el sol parecía casi negro y estaba cubierto de ampollas hasta los ojos; grandes trozos de piel abarquillada pendían de los labios resecos, a punto de caer. Llevaba un par de aros en las orejas y vestía gorra militar, poncho andrajoso y chaqueta azul con vueltas rojas muy gastadas; ostentaba también un gran cuchillo con vaina de cuero, botas de potro y espuelas de hierro con rodajas de una pulgada y media de diámetro. El caballo era un lindo animal cubierto de sudor; palpitábanle los flancos heridos por las espuelas y se le dilataba la nariz mientras mordía un enorme freno y sacudía la cabeza echando espuma que salpicaba su propio cuerpo y el del jinete. Detrás de este Orlando Furioso, seguía otro hombre que el primero llamaba "paje", pero era un paje como nunca lo había visto yo. Formaba el retrato fiel de su patrón, aparte de que uno tenía el pelo rojo y el otro negro y enredado como la crin de un bagual. El paje marchaba de manera que la cabeza de su caballo tocaba la cola del que iba delante.

Ambos personajes, después de arrojar las riendas por sobre las cabezas de sus cansada cabalgaduras, desmontaron.[1] Creí que

[1] Conviene observar que el gaucho al apearse del caballo arroja las riendas por sobre la cabeza del animal y esto proviene de que monta siempre caballos ariscos que hay que dominar desde abajo con las riendas. Aseguradas las patas delanteras del caballo por encima del menudillo, con una correa de cuero —la manea— que tiene el aspecto de dos grilletes, deja las riendas en el suelo y el caballo en la puerta. Suele verse al caballo tratando de caminar así, maniatado, a saltos pero pisa las riendas y se sofrena por sí mismo bruscamente en cuanto quiere avanzar. Para hacerlo volver, el gaucho no le saca la manea sino que levanta las riendas y lo lleva haciéndolo caminar a saltos hasta el lugar donde estaba. Allí lo deja *in statu quo*. Rara vez se ve a un gaucho castigando

se trataba de dos de los peores bandidos de la gente de Artigas y, suponiendo que vendrían seguidos por otros de la misma calaña, dije para mí: *Ave María, ora pro nobis*. No estaba yo acostumbrado a recibir tales visitas y me levanté pidiendo a los huéspedes que se sentaran. Verdad es que me había tocado andar en lances parecidos con otros artigueños pero jamás con dos soldados de aspecto tan feroz como estos que tenía delante. Me dirigí al interior de la casa para ordenar que trajeran cerveza o aguardiente y algunas monedas de plata, pero cuál no sería mi sorpresa (y también diré mi satisfacción) cuando el que hacía de superior se sacó respetuosamente la gorra, hizo una cortesía bastante desmañada y me dijo en mal español y con acento que no era de gaucho criollo: "—No se aflija, señor Robertson, estamos bien aquí". El acento con que habló en español, el rostro mismo, el pelo rojo y los ojos grises y brillantes, me revelaron en seguida que se trataba de un hijo de la isla hermana (Irlanda), transformado en gaucho y en un gaucho de aspecto más imponente que todos los nativos conocidos por mí.

Recobrado de mi sorpresa, pregunté al extraño huésped ¿a quién tenía el honor de hablar?...

—¡Por Dios! —exclamó—. ¿No conoce a Pedro Campbell...? Canbél —agregó acentuando mucho la última sílaba—. Pedro Can-bél (pronunciaba *Peitro*) como me dicen los gauchos. ¿Así es que nunca me oyó nombrar por ahí...? Entonces[1] usted es el único caballero que no me conoce en la provincia...

—Oh, Míster Campbell —le contesté—, no solamente lo conocía de nombre sino también por su fama, aunque ésta es la primera vez que tengo el honor de saludarlo.

—El honor es mío, señor —dijo don Pedro—, y si me permite voy a presentarle a mi amigo don Eduardo. (Éste era el "paje".) Don Eduardo va a llevar los caballos al corral y yo voy a ocuparme de un negocito con usted.

Don Eduardo, el asistente de don Pedro, fue presentado como un compatriota de Tipperary y como su segundo en jerarquía entre los gauchos. Dijo también que era gran allegado a *don Pepe*.

—Perdone —le dije—, ¿y quién es don Pepe?

---

el caballo con el rebenque, pero en ciertos casos, cuando doma o está de mal humor, suele espolear al animal sin piedad.

[1] No repetiré el juramento con que acentuó esta frase.

—¿Pepe...? ¡Cómo...! Pero, José Artigas... contestó. Somos como uña y carne; amigos de ley como dicen en Purificación.[1] Y... a propósito...: ¿No estuvo usted por allí hace un mes...? ¿Y no me he venido yo cortando campo para verlo y para preguntarle —si es que puedo— qué anda por hacer después que lo desterraron del Paraguay...? ¿No es un condenado el Francia ese, y quién sino yo le dije a Pepe que era una vergüenza haberlo tratado su gente en La Bajada lo mismo que lo trataron en el Paraguay? ¿Y no los hubiera yo castigado a los cobardes esos y lo hubiera puesto a usted en su bote de este lado de Goya? Si no que mi gente llegó con un día de atraso al pueblo y no pudimos tomar el bote para llegar a su barco *La Inglesita*. La verdad es que se perdió la ocasión. Pero si alguna vez lo pesco a ese ladrón de sargento que le robó sus cosas, se ha de arrepentir, y usted pierda cuidado que nunca más han de asaltar a un compatriota mío. Esto mismo fue lo que le dije a Pepe la última vez que hablé con él. Pepe dice siempre "Dios lo ayude" y que por qué no ha de hacer uno lo que quiere en el campo. Pero, sin embargo, yo creo que Pepe es un caballero honrado, y si se ve obligado a arrear animales por ahí, ¿a quién le hace daño si todo es por el bien del país...?

A esta altura de la arenga de don Pedro, llegó el gobernador Méndez acompañado por un ayudante y escoltado por dos milicianos de su guardia. Venía, como de costumbre, a beber algunas botellas de cerveza. El deleite con que empinada un vaso tras otro se traducía por un chasquido que hacía con los labios, exclamando después: "¡Qué bueno...!" Con esto demostraba que a las puras aguas del Paraná prefería las barrosas del Támesis, siempre que tuvieran malta y lúpulo y formaran una espuma espesa al pasar de la botella al amplio vaso que se levantaba para recibirlas.

Tan pronto como S. E. el gobernador advirtió a mi huésped, se apeó del caballo y corrió hacia él para darle un abrazo de cordialidad y respeto. Don Pedro devolvió el saludo con unas palmadas tan fuertes en la espalda que sacudieron toda la humanidad del gobernador. El gaucho irlandés asumió entonces un tono de protección y un aire de importancia muy contrario a la deferencia con que me había tratado hasta ese momento. Sentóse en una silla y golpeando con la mano el asiento de otra que

[1] Campamento de Artigas a orillas del Uruguay.

estaba próxima, invitó a sentarse al gobernador con el tono más familiar: "—Siéntese, compadre"[1] —le dijo—, "y vamos a beber por la prosperidad y larga vida de don Pepe y por su tocayo mi gauchito el ahijado". Don Pedro recordó entonces al gobernador que debía decir: *Hip, hip, hurra* y cómo debía repetirlo tres veces, a la inglesa.

Es de observar que, si bien he dado el coloquio de don Pedro en idioma inglés, muchas palabras las decía en español, cuando no podía, después de varios intentos, encontrar la palabra inglesa equivalente.

Pidiéndome disculpas por la libertad que se tomaba, Mr. Campbell me declaró que terminaríamos de hablar al día siguiente y difirió hasta entonces la apertura del negocio. Sin otra ceremonia, me hizo una desgarbada cortesía, llamó a su ayudante don Eduardo, le dio un vaso de cerveza, estrechó cordialmente la mano del gobernador con otra palmada en la espalda y de un salto se puso a caballo con todo su aparejo alejándose entre los saludos amistosos de los correntinos —ya fueran de cierta categoría o de humilde condición— que lo veían pasar.

—¡Hombre guapo! —dijo el gobernador con aire de profundo respeto levantando los ojos, y meneó la cabeza pareciendo insinuar también que en la bravura de don Pedro algo había de equívoco. Lo cierto es que el coronel Méndez, al despedirse, me aconsejó en toda forma que cultivara la amistad de mi compatriota, "porque —dijo— después de Artigas, nadie puede hacerle un servicio en la provincia como Pedro Campbell".

Yo había oído hablar bastante de don Pedro y el gobernador me contó mucho más. De todo ello, he podido sacar este resumen de su vida: Pedro Campbell era uno de los muchos desertores del ejército del general Beresford y había nacido en Irlanda, de familia católica. Fue aprendiz de curtidor en su juventud y cuando sus compatriotas abandonaron el Río de la Plata, él tomó rumbo a Corrientes y entró a trabajar en una gran curtiduría, propiedad de don Ángel Blanco, vecino principal de la ciudad. Antes de la revolución, don Pedro se había conducido siempre como hombre sobrio, tranquilo y de buena conducta. Pero en su fuero íntimo era inquieto y emprendedor. Y así, tan pronto como dio comienzo la guerra civil, ofreció sus servicios a Artigas y llevó a cabo tales hazañas que su nombre se difun-

[1] Don Pedro era padrino de uno de los hijos de Méndez.

dió mucho, inspirando terror. En poco tiempo vino a ser en Corrientes un hombre temible y en consecuencia influyente. Sus actos de valor se hicieron proverbiales; tenía el arrojo del león y ningún gaucho lo aventajaba como jinete ni en las habilidades propias de la gente de campo, tales como pelear con un gran cuchillo y el poncho arrollado al brazo a guisa de escudo. Nunca oí decir que en ninguno de estos singulares lances don Pedro hubiera matado a su adversario, porque no hacía más que herirlo inutilizándolo de modo que jamás volviera a provocarlo. Cuando entraba en una pulpería donde habían salido a relucir los cuchillos en una de esas comunes refriegas que terminaban con la muerte de uno o dos de los combatientes, a la sola presencia del irlandés huesudo y pelirrojo, que aparecía con su poncho arrollado al brazo izquierdo y su espadín en la derecha repartiendo tajos, los gauchos pendencieros se acobardaban y la reyerta daba fin. No existían tribunales para juzgar esos hechos. Los cadáveres eran llevados de la pulpería a la puerta de la iglesia y allí se les cubría hasta que los gastos del entierro se pagaban por suscripción. Sin lo cual no había entierro decoroso y esto pasa lo mismo en Londres que en Corrientes; se nos impone tasa para el bautismo antes de venir al mundo, como después, cuando nos vamos de él.

Don Pedro Campbell era tal cual acabo de describirlo. En la ocasión en que vino a verme ya era temido por el gauchaje, admirado por los extranjeros y respetado por todos los habitantes de la provincia. Siendo hombre de confianza de Artigas, a sus títulos propios agregaba la protección de aquel omnipotente caudillo. De suerte que no era para tenerlo de enemigo y por el contrario su amistad resultaba muy benéfica en tiempos tan agitados como aquéllos.

Al hacer la historia de don Pedro, no puedo dejar de pensar en las extrañas ocurrencias que se dan con las revoluciones. En efecto, de aprendiz de curtidor —y mientras no tendría otra ambición que llegar a jornalero—, don Pedro se vio convertido en soldado raso del ejército británico y vino a ser después uno de los hombres que imponía más temor y respeto en una provincia llena de bandoleros muy peligrosos para la misma gente del país, pero que se amedrentaban ante el gaucho extranjero a punto de que éste los calificaba de "montón de bribones y cobardes".

¿Quién habría de decirle a Campbell que iba a estallar una guerra en un lugar del mundo ignorado por él; que iba a ser

arrastrado de la curtiduría al campo de batalla y más tarde se vería transformado en gaucho y en el héroe de un territorio más grande que Inglaterra; que de simple gaucho pasaría a comandante de Marina hasta desafiar el poder naval de un hombre como Francia y a ser celebrado como un verdadero Dirck Hatterick[1] por los navegantes que salían de cualquier puerto del Paraguay? ¿Quién hubiera creído en tales cosas? ¿Quién hubiera escuchado esas profecías? Y sin embargo, todo eso se cumplió literalmente con Pedro Campbell. Cuántas veces el germen de una ambición innata madura silenciosamente en lo más íntimo del hombre sin que él mismo ni los demás lo adviertan, hasta que alguna ocasión inesperada lo hace fructificar. ¿Qué hubiera sido Bonaparte, de no haber llegado en los tiempos borrascosos de la Revolución Francesa? Quizás un buen coronel de artillería y nada más. Pero encontró —como él lo dijo— la corona de Francia a sus pies y la recogió.

Existirán muchos Bonapartes como también muchos Milton que permanecen mudos y sin gloria porque las circunstancias no los han puesto en el camino de la fortuna para convertirlos en grandes conquistadores o en bardos inmortales. Que se interrogue cada uno a sí mismo sobre la parte de bien y de mal, de adversidad y de fortuna que en su vida fue determinada por la prudencia y el cálculo. Tengo para mí que, hablando con verdad, dirá que a menudo el éxito llegó cuando menos lo esperaba y que cayó con estrépito cuando creía más cercano el triunfo. En otras palabras, como ya he tenido ocasión de decirlo, *l'homme propose et Dieu dispose.*

J. P. R.

[1] Contrabandista holandés de la novela de Walter Scott *Guy Mannering* o *El astrólogo. (N. del T.)*

CARTA IV

LA PIRAGUA. EN LA CONFLUENCIA DEL PARANÁ Y EL PARAGUAY. LLEGADA A CORRIENTES Y EL ENCUENTRO QUE TUVE ALLÍ. ORIGEN DEL NOMBRE DE CORRIENTES. UN ATAQUE DE ARTIGUEÑOS RECHAZADO BIZARRAMENTE POR UN INGLÉS.

Mi primer arribo a Corrientes, de paso al Paraguay, tuvo mucho de pintoresco y mi segundo desembarco en sus riberas hospitalarias, como expulsado de los dominios de Francia, se realizó asimismo en circunstancias poco comunes.

Vine navegando aguas abajo por el río Paraguay en una *piragua*, embarcación desconocida para el lector inglés y que, si bien se mantiene a flote, no se mueve a impulsos del viento ni del vapor.[1] Era, como la he descripto ya en otra parte, una caja grande, cuadrada, con una especie de casilla sobre la cubierta (que llamaban artesa) y movida por medio de largos y pesados remos, lo que equivale a decir que no se avanzaba mucho con ella. Después de seis días de continuos esfuerzos, los robustos paraguayos que formaban la tripulación llevaron la piragua hasta la boca del Paraguay, esto es, a la confluencia de ese río con el Paraná, a escasa distancia al norte de la ciudad de Corrientes. Después de bordear una isla que se levanta en medio del río Paraguay y que nos ocultaba el horizonte, apareció de golpe a mi vista la enorme extensión de agua en que se confunden aquellos dos ríos majestuosos. En verdad, no creo que en ninguna parte del mundo pueda darse un espectáculo más grandioso. Las aguas se derraman en la confluencia semejando un gran estuario y muchas hermosas islas se ven esparcidas sobre la superficie. Las orillas lejanas que circundan el río se hallan cubiertas de

[1] Por cierto que no se trata de la ligera embarcación indígena conocida generalmente con ese nombre sino de un pesado armatoste descripto minuciosamente por Robertson en la carta XIV de *Francia's Reign of Terror. (N. del T.)*

bosques y, en las márgenes del Paraná, los campos altos y ondulados que cierran el paisaje contribuyen a destacar su belleza.

Ambos ríos, antes de unirse por completo, mantienen por distancia de algunas millas sus colores propios en una línea perfectamente definida: el Paraguay su tinte barroso y rojizo y el Paraná un tono más claro y transparente, hasta que por último se funden tomando un aspecto más cristalino.

La ciudad de Corrientes, lindamente situada en una eminencia del terreno y sobre una punta que se interna en el agua, queda en la confluencia de los dos ríos, y ofrece una hermosa vista de todo el panorama que hemos descripto ligeramente, así como de la orilla opuesta del Gran Chaco. Una barranca abrupta, hacia ese lado de la ciudad, llamada Punta de San Sebastián, se levanta muy alto a pique sobre el río y de allí se abarca un horizonte más dilatado. Hay en esta punta una batería con tres o cuatro cañones que dominan el paso principal del río, y una guardia permanente de dos soldados o centinelas. La punta misma, desde el río, resulta muy pintoresca.

El verdadero nombre de la ciudad es San Juan de las Siete Corrientes,[1] y se llama así por el número de corrientes que se forman en la confluencia de los ríos Paraguay y Paraná. Parece singular que la ciudad no haya conservado su nombre originario de San Juan y sea conocida por el agregado de "Corrientes"; pero lo cierto es que hoy nadie sabría reconocerla si fuera designada con su primer nombre. Tiene de cinco a seis mil habitantes y como todas las ciudades españolas está formada por calles que se cortan en ángulo recto.[2] Cuenta con algunas buenas iglesias y en una o dos de las calles principales hay varias casas de familia, grandes y cómodas, habitadas por los magnates del lugar. La plaza mayor parece inconclusa y allí se encuentran la municipalidad y la cárcel pública. Las calles son miserables, sin pavimento y con suelo de arena y fango. En cuanto a las viviendas de gente pobre, tienen muy ruin aspecto; muchas de ellas no pasan de simples chozas o cobertizos. Y sin embargo, los numerosos jardines poblados de árboles, arbustos y flores que en profusa variedad parecen disputarse el terreno con las casas mismas, prestan a la ciudad una apariencia pintoresca que no puede qui-

[1] El verdadero nombre es San Juan de Vera de las Siete Corrientes. *(N. del T.)*

[2] Debió decir "ciudades españolas de América". *(N. del T.)*

tarle la pobreza de las viviendas. El puerto está formado únicamente por la margen natural del río, a la que pueden abordar embarcaciones de cien toneladas de peso y cargar y descargar cómodamente.

Volvamos a mi piragua. Tan pronto como salimos del río Paraguay tuvimos que luchar, haciendo toda clase de esfuerzos, con las corrientes encontradas y los remansos que dificultan la navegación en la confluencia de ambos ríos. Como el arca de Noé sobre las olas, éramos llevados de un lado a otro; a veces un raudal nos arrastraba sobre alguna islita semejante a un grupo de árboles con sus copas emergiendo de la superficie; otra vez girábamos sobre nosotros mismos repetidamente, hasta dar con la corriente que habría de llevarnos aguas abajo. Los remeros, con gran energía y perseverancia, acometían a los porfiados obstáculos para seguir en línea recta, hasta que por último pusieron la embarcación en el cauce que lleva al puerto de Corrientes.

Al aproximarnos, subí con mi anteojo a la casilla del arca y me puse a observar con inquietud lo que pasaba en la costa, ignorante del estado de las cosas en la ciudad. Cuando mi hermano salió del Paraguay, no conocíamos todavía el lugar de nuestra residencia futura y convinimos en que si la situación se mostraba tolerable en Corrientes, él desembarcaría en esa ciudad, y en caso de mantenerse allí, levantaría una bandera blanca en la Punta de San Sebastián cuando viera cualquier embarcación que hacía lo propio al ponerse a la vista del puerto. De acuerdo con lo convenido, yo había izado mi bandera blanca y con no poca alegría pude comprobar, pasados algunos momentos, que me respondían de la costa con la misma señal. En seguida vi a mi hermano acompañado por nuestro amigo Mr. Postlethwaite, ocupados en buscarme con el anteojo, como lo hacía yo con el mío, e imaginé que reirían de buena gana al observar los torpes movimientos de mi pesada piragua y al descubrir poco a poco los variados objetos que la adornaban. Amarrados a popa, iban casi todos los muebles que teníamos en la casa del Paraguay; armas de guerra de los indios, cueros de leones y tigres rellenos con yerba que daban la impresión del animal vivo, papagayos vivos y pájaros raros en un lado, y en otro lado una *gran bestia*. Coronándolo todo, podían verse algunas imágenes paganas como *penates* bajo cuya protección navegábamos en busca de una nueva morada.

Y fue así como nos encontramos bajo las dos banderas blan-

cas, una en el agua y la otra en tierra, flameando como prueba de que se habían casi apagado los ruidos de discordia que poco tiempo atrás, con sus lenguas de hierro, tuvieron alarmados a los beneméritos correntinos. El primer día que pasé en Corrientes lo dedicamos a recordar cosas comunes y a contarnos lo ocurrido desde nuestro último y memorable encuentro en el Paraguay. Mi hermano me dio muchas noticias sobre el estado de desorden y arbitrariedad en que encontró a Corrientes al desembarcar allí, y entre otras anécdotas ilustrativas me narró la siguiente, muy característica de lo que era el soldado "artigueño" o bandido, y de quién era Mr. Postlethwaite. Voy a contarla en pocas palabras.

Por el tiempo en que estos soldados artigueños habían acuartelado en la ciudad —presa de terror—, acostumbraban recorrer las calles y siempre que encontraban alguna persona respetablemente vestida, espoleaban los caballos y se dirigían a ella para pedirle dinero. Si no se lo daban de inmediato salían a relucir los sables y el caminante debía someterse a la exigencia porque si oponía dificultad lo derribaban sin más trámite. Y sucedió que un día Mr. Postlethwaite, montado en un caballito muy brioso, dirigíase al puerto para efectuar una diligencia, cuando dos de estos bergantes acertaron a salir de una pulpería donde habían estado jugando y bebiendo. Montaron en seguida sus caballos —que, como es costumbre, esperaban en la calle— y se fueron sobre "Don Juan".

—Denos un par de pesos —le dijo de pronto uno de ellos, en forma insolente.

—No los tengo —respondió Don Juan (y era verdad).

Se oyeron algunos juramentos de los soldados y cuando ya estaban por desenvainar los sables, Mr. Postlethwaite castigó su caballo y arrancó a correr a toda velocidad. Indignados los artigueños, lo siguieron, sable en mano, pisándole los talones; pero él pudo mantener la distancia necesaria y al llegar a una curtiduría se ofreció a su vista un hacha colocada contra la pared. Entonces echó pie a tierra, se apoderó del instrumento, púsose de espaldas al muro y enfrentó a sus perseguidores, que sujetaron en seguida sus caballos y, apeándose, rodearon a Mr. Postlethwaite. Éste se mantuvo en formidable actitud con el hacha empuñada en su mano derecha mantenida en alto y el rostro encendido con el fuego de sus días juveniles, hasta que hizo vacilar a los contrarios.

—Vengan, vengan, perros cobardes —gritaba Postlethwaite—, ¡sáquenme ahora los dos pesos que me pedían, pero al primero que se acerque le parto la cabeza!...

Los hombres quedáronse petrificados mientras Postlethwaite blandía el hacha en el aire sobre su cabeza; y preparábanse ya para escurrir el bulto cuando fueron rodeados a su vez por otros hombres que les hicieron sentir sus sables sobre las espaldas y después se los llevaron como prisioneros. El hecho fue que la persecución de Mr. Postlethwaite había sido presenciada por algunos vecinos que fueron al cuartel e informaron al comandante de lo que pasaba; y este personaje, temeroso de que un inglés bien conocido por el Protector Artigas fuera dañado y le hicieran a él responsable, montó en seguida a caballo y acudió con su pequeña escolta en socorro de nuestro valiente amigo, llegando a tiempo de aplicar un buen castigo a los dos agresores.

Casi no sería necesario agregar que si Mr. Postlethwaite había sido hasta entonces estimado por la mejor clase de Corrientes, fue respetado por toda la población después de demostrar —como lo hizo— la impavidez de su ánimo. Porque en Corrientes, como en casi todo el resto del mundo, la bravura exenta de crueldad no puede menos que despertar admiración.

G. P. R.

CARTA V

LOS VENDEDORES AMBULANTES EN CORRIENTES Y UN DISCURSO QUE ESCUCHÉ SOBRE LOS MISMOS. HOSPITALIDAD SUD-AMERICANA. UNA RECEPCIÓN.

En la mañana siguiente al día de mi llegada me desperté muy temprano y mientras reunía mis pensamientos inquiriendo el lugar en que me hallaba (como ocurre a cualquiera al encontrarse en lecho extraño y extraño dormitorio tras un día agitado y un cambio repentino de lugar y de ambiente), después de correr las cortinas para mirar la ventana y cuando empezaba a reflexionar sobre lo ocurrido en el día anterior, llegaron a mis oídos voces agudas que aumentaban de continuo en intensidad y en número. Me puse a escuchar con atención para comprender lo que decían y no dejó de sorprenderme el oír los curiosos pregones de una cantidad de rapazuelos congregados en mi puerta.

—Sal por velas —gritaba uno.

—Tabaco por pan —chillaba otro.

—Yerba por huevos —vociferaba un tercero.

—Tomates por azúcar —aullaba el cuarto.

De tal suerte, una docena de rapaces —varones y mujeres— ofrecían: papas en cambio de almidón, leña en cambio de harina, cigarros por jabón, verduras por azul de lavar, manteca por pimienta, chorizos por aceite, leche por vinagre, y en este *quid pro quo*, cantidad de provisiones caseras culinarias en que pueden competir correntinos y correntinas para satisfacción de sus necesidades por medio del trueque. Debo decir que a tales gritos se añadían otros, proferidos por un mayor número de muchachos que anunciaban también variedad de artículos pero todos por "plata" (dinero): huevos por plata, velas por plata, leche por plata, etcétera.

Me apresuré a salir y encontré que toda la chiquillería se hallaba provista de los artículos que ofrecía, cada cual con una cesta o atado, pronto a cambiar su producto por el equivalente, con el dueño de casa. Éste era el modo, muy primitivo por cierto, de atender a las necesidades diarias de la población en la época en que llegué a Corrientes. Y quiero referirme al trueque porque fuimos nosotros quienes introdujimos el uso paulatino de la moneda en nuestras compras domésticas, prefiriendo este medio tan sencillo de proveernos, al complicado sistema de organizar todo un pequeño almacén en la cocina.

Y sin embargo, el hecho produjo gran escándalo entre las respetables matronas de Corrientes a quienes obligamos a introducir una seria innovación en su inveterada costumbre de trocar los productos. En los primeros tiempos de nuestra permanencia en la ciudad, fue la única y grave objeción que nos opusieron. Pero, a pesar de todo, el numerario que íbamos introduciendo en la provincia y la creciente prosperidad que esto engendraba, no sólo disminuyeron poco a poco el resentimiento por la abolición del antiquísimo sistema de trueques, sino que las mismas señoras adoptaron el uso de los metales representativos para procurarse las provisiones caseras.

Antes de producirse este último cambio, encontrándonos un día en una recepción ofrecida por don Isidoro Martínez (amigo de quien hablaremos más adelante como se merece) fue traído a colación el tema de los trueques. La esposa de don Isidoro, repantigándose con toda la majestad de una aristócrata correntina, con mucho énfasis y modulando las palabras, habló así: —Si yo fuera gobernador de la provincia, haría salir a estos ingleses del territorio porque están arruinando y destruyendo el comercio. Antes de llegar ellos aquí la gente pobre se acercaba a la puerta de calle para gritar: "¡Pan por yerba! ¡Tabaco por azúcar!" Así hacíamos verdaderas gangas y la clase baja se mantenía en su lugar, comportándose con sumisión y humildad ante sus superiores. Ahora todo ha cambiado; ya no podemos comprar nada si no es con dinero. Las mujeres mandan a las puertas a los mocosos para que nos molesten con el grito de "¡Velas por plata! ¡Pan por plata!", y cuando los hacemos retirar, gritan con insolencia: "¡Vamos a los ingleses que pagan todo con plata!" Así arruinan estos ingleses el comercio y alteran las costumbres; y por eso, si yo fuera gobernador, los haría salir de la provincia.

En Sud-América, lo mismo que en España, consérvanse ciertas formas anticuadas de etiqueta que producirían impresión de

ridículo en el espíritu práctico de los ingleses si no fuera evidente que tales ceremonias traducen una hospitalidad auténtica y mucha bondad de corazón. Cuando el español llega de visita a nuestra casa y dice que viene "para poner su casa a nuestra disposición", no ha de entenderse que viene a entregárnosla. Quiere decir que su casa está abierta para nosotros y que él como su familia sentirían placer en vernos, en atendernos y en prestar aquellos servicios que traen aparejados la hospitalidad y los buenos sentimientos. Tal impresión he sacado en esta parte de América en cuanto al carácter de las gentes y debo añadir que es un rasgo heredado de la madre patria. Esta reflexión a propósito de un rasgo tan nacional, me ha sido sugerida por el recuerdo de reuniones que se formaron en mi casa durante los días siguientes a mi llegada, idénticas a otra que había tenido lugar dos meses antes cuando dieron la bienvenida a mi hermano, llegado entonces del Paraguay.

El primer día llegó la *élite* de la ciudad, a eso de las once. Venían todos vestidos para la ocasión. Señoras y caballeros entraron en la sala saludando con muy grave formalidad pero con frases de cordial bienvenida. Había muchas sillas colocadas contra la pared y los convidados eran invitados con mate, vino, dulces y cigarros a medida que llegaban. Algunas damas traían con ellas a sus *mulatillas* o esclavas pequeñas que se quedaban en la puerta, mirando la reunión, o las más pequeñas sentadas en el suelo al pie de sus amas sobre el piso de la sala.

Asistió a esta reunión el gobernador, nuestro buen amigo Méndez, trajeado con su mejor uniforme y acompañado de su edecán (que se mantuvo junto a él) y de su ordenanza que permaneció en la puerta de calle para tener de la rienda el caballo del jefe. Vino también don Isidoro Martínez, el *specimen* acabado del español chapado a la antigua, fino y culto, con su esposa correntina y su mulatilla. Después entró don Pedro Campbell, de cuyo aspecto totalmente cambiado hablaremos más adelante. Y también nuestro alegre amigo francés Perichon, con su esposa doña Pastora que, olvidada de la etiqueta, vino corriendo y me dio un abrazo mientras exclamaba: "*—Baéh, baéh picó.* Es él, es él".

Entró después el alcalde de primer voto o lord mayor, con traje de ceremonia y un largo bastón con mango de plata, y con él dos o tres miembros del Cabildo. Y el doctor Cossio, el primer juez y también el más honorable de los magistrados correntinos. Y así, uno tras otro, llegaron los Veláusteguis, los Rolones, los Madariagas, los Escobar —en una palabra, todo lo mejor de Corrientes— al *Besamanos* inglés. A medida que aumentaba el número de invitados, aumentaba también el parlerío e iba fundiéndose el hielo de la etiqueta con la conversación y los refrescos. Los hombres hablaban en voz muy alta, gesticulando en forma asombrosa mientras las señoras, haciendo a un lado el idioma español recurrían a su lengua favorita, el guaraní, y formaban corrillos en que parloteaban todas juntas pidiéndose atención unas a otras para lo que decían, en forma tal que se hacía imposible llegar a cada una de ellas y tratarlas personalmente, por las cosas tan interesantes que se comunicaban...

Estas visitas nos pusieron en relación con todas las personas respetables de Corrientes y sentimos placer al hallarnos en un ambiente de hospitalidad y buenos sentimientos, entre gentes que, si bien vivían alarmadas por los avances de la soldadesca artiguista, no estaban sometidas al silencio ni al espionaje espantoso de un tirano frío como Francia. Los disturbios de Corrientes consistían en ataques e irrupciones de bandas de merodeadores; pero a una quincena de pillaje seguíanse por lo general algunos meses de respiro y descanso. El pobre gobernador Méndez no aspiraba a ser un tirano, ni siquiera tenía poder suficiente para convertirse en dictador. Le bastaba gobernar con un poder modesto y ejercerlo buenamente bajo el patrocinio, pero rara vez bajo la vigilancia inmediata, del general Artigas.

G. P. R.

Carta VI

Algo más sobre el gaucho irlandés Pedro Campbell. Sus proyectos. Su carácter emprendedor. El ayudante don Eduardo. Salen ambos a poner orden en el campo. Esperanzas de buen éxito.

Como resultado de las circunstancias descriptas en cartas anteriores, yo y mi hermano encaramos otra vez la posibilidad de realizar todo nuestro capital en el interior de Corrientes para establecernos después en Buenos Aires. En esta última ciudad había un gobierno más civilizado; estaba, además, anclada una fragata inglesa y en la vecina Río de Janeiro teníamos una gran fuerza naval. Todo ello, unido a la presencia de un grupo de compatriotas que aumentaba de continuo en la ciudad, nos prometía una residencia más segura y agradable.

En este proyecto nos animaba mucho el gaucho irlandés don Pedro Campbell. Ahora, para mostrar la manera tan curiosa con que Campbell se naturalizó y adquirió autoridad entre los correntinos, especialmente en "el campo", como él llamaba siempre a la campaña, y para ilustrar además sobre los cambios ocurridos en distintos lugares de América del Sur con la revolución en punto a comercio, costumbres, etcétera, voy a dar en esta carta, y en una o dos de las siguientes, breve noticia de nuestras instalaciones en la provincia donde residimos por espacio de más o menos un año. Mi hermano hablará más particularmente de Goya, un puerto o caleta del río Paraná, cincuenta y dos leguas al sur de Corrientes, lugar en que organizó la administración de nuestros negocios. Ambos manteníamos comunicación constante y regular por medio de un correísta de apellido Leiva que se empleaba exclusivamente en nuestro servicio, haciendo en un día el recorrido entre Corrientes y Goya. También nosotros solíamos hacerlo, aunque era una jornada muy dura y no la cumplían sino quienes estaban acostumbrados a galopar fuerte y a soportar grandes fatigas corporales.

Pero volvamos a don Pedro Campbell. Un día en que habíamos discurrido con mi hermano sobre la manera más conveniente de proceder, entró en casa nuestro amigo irlandés, y no con traza de gaucho, por lo menos en su indumentaria. Vestía de casaca azul con botones amarillos, lo peor que pueda imaginarse como prenda de uso. Debía de proceder de Monmouthstreet, por algo que yo sé; pero, con todo, era una casaca de faldones y botones amarillos, lo que significaba mucho en Corrientes, donde la gente viste de chaqueta, exceptuados *los días de fiesta*, las visitas de ceremonia y las misas cantadas.

Al hombre que lleva casaca los días de semana —y hay bobos que la usan diariamente a despecho del calor— le llaman "hombre de casaca", lo que quiere decir algo así como hombre elegante y en ciertos casos personaje de cuenta. La casaca azul de don Pedro se completaba con un gran sombrero de paja rodeado por una cinta azul, muestra de patriotismo, y en el ojal lucía una cinta tricolor, condecoración otorgada por Artigas como galardón de sus proezas en diversas acciones.[1] Llevaba al cuello un pañuelo amarillo de algodón, y tanto el chaleco blanco como la camisa del mismo color iban camino de ponerse amarillos como el pañuelo que le servía de corbata. Estaba recién afeitado y advertíase fácilmente que el rostro no tenía costumbre de sentir a diario el filo de la navaja ni tampoco las abluciones. El hombre, así transformado, gastaba pantalones de veludillo, botas con vueltas (curtidas por él), aros en las orejas, y hacía ostentación de un reloj de bolsillo y sello. Lo único que había conservado de su indumento gaucho era una faja de color rojo escarlata, a manera de cinturón. Acompañábale su *paje*, don Eduardo, que por momentos se mantenía junto a él y por momentos atrás, guardando distancia y con todo el respeto que le permitía la amistad íntima que ambos se demostraban en privado. Pero Eduardo conservaba su traje gaucho, en lo que me pareció ver un tácito acuerdo a fin de que el patrón pudiera destacar como "hombre de casaca"... En la vestimenta de Eduardo —que tenía de edecán y de sirviente— contaba un gran sable de caballería suspendido de la cintura y que ponía miedo al arrastrar sobre las baldosas del corredor mezclando el ruido que hacía con el de las grandes espuelas del gaucho anglo-español.

[1] La bandera de Artigas era la azul y blanca de Belgrano, atravesada en diagonal por una franja roja. *(N. del T.)*

Al llegar don Pedro y su escudero, se hallaban en mi casa de visita algunos correntinos de distinción, atraídos como de costumbre por el aliciente de los cigarros y los licores. Todos se pusieron de pie y fueron a estrechar la mano de don Pedro con aparente cordialidad. El saludo me pareció correcto y nada más, después de las atenciones que había visto prodigarle en casos parecidos. Él agradeció con una inclinación respetuosa, aunque no muy gallarda, en vez de las palmadas que solía dar en los hombros a sus amigos. Apenas retirados esos caballeros, don Pedro despachó a Eduardo y, asumiendo una grave actitud, se dirigió a nosotros en términos que trataré de reproducir. Me permitiré pasar por alto la ortografía que hubiera correspondido a esas frases, porque, aunque nos divirtieron mucho, eran un ultraje al idioma español y aun al inglés mal hablado por un irlandés.

—Ustedes han visto, caballeros —dijo don Pedro—, el desorden que hay en el campo. Yo sé que ustedes tienen mucho dinero y piensan gastarlo aquí para llevar lo comprado a Buenos Aires; pero no podrán comprar nada, a menos que quieran aprovechar mis servicios y disponer de mis conocimientos. No hay aquí un solo estanciero que tenga hígados (así se expresó) para llegar a su estancia y asomarse a la ventana de la casa; ni para carnear un animal y llevar diez pesos en el bolsillo; no tendría tiempo ni para tomar un mate ni se animaría a encender un cigarro al oscurecer, a menos que sepa que yo ando en el campo para defenderlo. No hay gaucho pícaro que sabiendo que yo estoy en este negocio se atreva a estorbarlo. Por eso, déjenme recorrer el campo con la plata que ustedes tienen (que la llevará Eduardo) y en un año van a llegar a Goya o a Corrientes cincuenta mil cueros de vacuno y cien mil cueros de yeguarizo. No exijo mucho porque a mí me gusta ese trabajo. Mil doscientos pesos al año[1] yo y Eduardo, y pueden disponer de mí. No exijo caballos ni gastos de manutención. Yo tengo amigos que se ponen contentos cuando me ven llegar y no quieren ninguna remuneración.

En este punto le observamos que todas las carretas —único medio de transporte para una carga tan grande— habían sido desmanteladas por la gente de Artigas y no estaban aptas para el servicio.

[1] Unas 250 libras esterlinas.

—¿Que las carretas han sido desarmadas por Pepe? —replicó el intrépido gaucho— y... tanto mejor... porque están desparramadas por toda la campaña... Con mil bueyes de tiro y una docena de carpinteros las pongo a todas en pie y en marcha para Corrientes o Goya.

No pude dejar de pensar en qué jefe de administración hubiera sido un hombre como Campbell y lamenté no haber visto emplear sus condiciones en servicio del duque de Wellington.

Dijimos a Campbell que íbamos a considerar despacio su ofrecimiento. Tras de pensar maduramente en que no existía otro hombre capaz de llevar adelante una empresa como aquélla, cerramos trato en pocos días. Se nos presentó después con vestimenta gaucha y una tropilla de caballos, seguido por don Eduardo y con una media docena de artigueños de mala traza que hacían de peones. Todos llevaban alforjas, unas con doblones y pesos, otras con diversas especies de mercaderías. Con esto don Pedro dijo "adiós" a Corrientes por algún tiempo y se dio a su tarea favorita de "cortar campo".

Había empezado por sacar del letargo o del temor a una docena de estancieros, los más ricos de la provincia, que salieron con él, dispuestos a organizar sus establecimientos y a dar comienzo a la matanza de ganado. Ya nadie dudaba del buen éxito y él menos que nadie. Y cuando después me fue dado verlo dando gritos detrás de una tropa de ganado, entre torbellinos de polvo y arena, pensé que el elemento capital del éxito en toda empresa pequeña o grande, lo constituyen la confianza en sí mismo y la voluntad.

Aquí se daba el caso de un extraño, un extranjero, que en una comarca sin leyes, en pleno desorden e infectada de bandidos, emprendía la restauración del orden y la tranquilidad sin poner en duda el buen suceso, como si dispusiera de todo el poder y de todas las tropas de Artigas.

Ya veremos más adelante cómo triunfó. Y el éxito que tuvo no sólo me dejó maravillado sino que me llevó a la convicción de que el americano del Sur, a despecho del espíritu faccioso y de las malas prácticas, tiene docilidad suficiente, cualquiera sea la mezquina intención de sus caudillos, para adaptarse a los principios de un buen gobierno fundado en leyes sabias y saludables.

J. P. R.

Carta VII

Origen de Corrientes y de sus habitantes. Éstos pretenden descender de la mejor nobleza española. Reflexiones al respecto. La Semana Santa. Los Penitentes. Una correntina maníaca: doña Florinda.

Aunque en volúmenes anteriores hemos dado alguna noticia sobre el aspecto de Corrientes y mencionado a algunos de sus vecinos, como entonces veíamos la ciudad siempre de paso al Paraguay, o en viaje de vuelta, no estábamos en condiciones de analizar con detenimiento las costumbres de sus habitantes en general. Pero ahora que habíamos instalado casa y nuestro nombre era conocido entre los correntinos, tuvimos oportunidad de observarlos más de cerca. Estábamos en medio de una sociedad primitiva en su origen como la del Paraguay, proveniente del mismo tronco que esta última y sin embargo con esos rasgos propios que siempre diferencian una nación de otra y una provincia de otra, haciendo pensar en las fisonomías individuales que, parecidas todas en el fondo, todas son a la vez distintas. Dejando para las especulaciones del psicólogo el inquirir las circunstancias misteriosas que contribuyen a diferenciar las costumbres y la fisonomía general de las naciones y aun de las provincias, vamos a reducirnos a presentar algunos de los rasgos propios de los correntinos que pueden resultar ilustrativos y amenos, comparados con los de otras sociedades.

El orgullo de los correntinos en general, y en especial de las mujeres, reside en que su ciudad fue la primera que se fundó en el Río de la Plata. La verdad es que los españoles, después de descubrir el gran río, se dieron a remontarlo en busca de "El Dorado", y en el sitio donde se halla hoy Buenos Aires no fundaron ninguna ciudad, dejando allí apenas una pequeña colonia que fue luego destruida por los indios. El grueso de la expedición avanzó aguas arriba del majestuoso Río de la Plata hasta

Corrientes y Paraguay. En el primero de estos lugares fue efectuada una fundación y los correntinos dicen que toda la *noble sangre* de España que componía aquella expedición afincó entonces en Corrientes. De ahí que ellos hagan remontar su ascendencia a los referidos nobles. Por eso miran con soberano desprecio a la gente de Buenos Aires, que consideran como advenediza y de casta inferior o mestiza.[1]

Quizá pudiéramos atribuir esta sobreestimación de su propia ascendencia y de la pureza de sangre en los correntinos al estado primitivo de la sociedad en que viven, más primitivo que en lugares todavía más apartados de la capital del país, que es el punto central de su civilización. Porque los correntinos, y en especial lo que podríamos llamar la mejor sociedad, miran desde arriba y con desdén a los rivales, que consideran advenedizos. De ahí que cualquier alegría, frivolidad o moda procedente de la capital, fuera tenida como un contagio peligroso para los hábitos puros e incontaminados, heredados de sus nobles e ilustres antecesores.

Muchos de esos usos y costumbres, es verdad, hubieran sido estimados como antiguallas en cualquier sociedad civilizada como la inglesa. Pero, antes de pronunciarnos sobre quienes están por debajo de nosotros en la escala de la civilización, no olvidemos que la diferencia fundamental no reside en la naturaleza del ser sino en el estado comparativo de los conocimientos, de la moral y principios religiosos, de las artes, ciencias y educación en general. Éstos son los elementos que modifican, mejoran o elevan al hombre en la sociedad. Por otra parte, la historia nos enseña que la ascensión del hombre en la escala social de la civilización es progresiva y ha empezado generalmente por la barbarie para levantarse después con lentos y penosos pasos al más alto grado de elevación intelectual. En esta carrera de la civilización, todas las naciones han tenido su punto de partida. Algunas cumplieron su época de esplendor y terminaron su larga carrera. Otras lucharon por obtener el triunfo y las hay que empiezan ahora su largo y fatigoso camino. Todas las naciones tienen

[1] Mal andaba la historia (peor, acaso, que hoy) en aquellos tiempos benditos... Asunción, Santa Fe y Buenos Aires, así como otras ciudades del interior, fueron fundadas antes que Corrientes. Con gente de Asunción se fundaron las ciudades argentinas del litoral y muchos de sus fundadores o pobladores primitivos fueron mestizos (hijos de indias) nacidos en Paraguay. *(N. del T.)*

acceso a esa carrera y todas pueden alcanzar el término de la misma. El lugar ocupado por nosotros puede ser alcanzado en el futuro por los que vienen detrás, por esos mismos que ahora nos inclinamos a mirar con menosprecio.

Hago estas observaciones para mostrar que los correntinos se hallan en una escala en que estuvimos nosotros alguna vez, y a fin de que se tenga con ellos la indulgencia a que nos obliga toda referencia imparcial a nuestra propia historia. Si se quiere, son ahora niños y nosotros hemos adquirido la estatura de un hombre; pero esta circunstancia, lejos de ser una razón para mirarlos en menos, es, por el contrario, un motivo para mirarlos con la indulgencia con que el hombre debe mirar al niño.

Me induce a estas reflexiones el recuerdo de una costumbre muy singular de la que fuimos testigos en Corrientes un Viernes Santo y que voy a describir.

La Semana Santa, en todos los países católicos, es una semana de ayunos rigurosos, de aparatosas devociones y de un ceremonial tan lóbrego, que atrae y hasta seduce la atención de quienes profesan otro credo religioso. Pero, en una comunidad primitiva como la de Corrientes, casi aislada del mundo y bajo la influencia del clero, ejercida sobre un pueblo ignorante, el espectáculo que se ofrece al viajero tiene a menudo un gran interés y muestra la tenacidad con que el hombre se aferra —como a una segunda naturaleza— a ciertas observaciones ajenas a la razón y a la revelación y basadas únicamente en la autoridad de quienes las han inculcado.

Los correntinos se habían quedado muy atrás de nosotros porque para ellos toda la Semana Santa era una semana de cilicios y ceniza. Las mujeres hacían a un lado lujos y atavíos. Con los ojos bajos, y en la frente una cruz de ceniza, largos rosarios, pañuelos destinados a enjugarse las lágrimas, ayunando mucho y viviendo a lo más de pescado y vegetales, veíaselas recorrer las calles desde la mañana hasta la noche en sus visitas a las iglesias y en el cumplimiento de sus devociones a las imágenes y relicarios favoritos. Levantábanse altares en las calles, rezábanse *Ave Marías* y depositábanse ofrendas ante cada imagen según la devoción que se le consagraba. Es increíble el fervor con que se rezan estas oraciones y se depositan las ofrendas por hombres, mujeres y niños durante los días de la Semana Santa. Vimos a

muchos que, habiendo salido de sus casas a las cinco de la mañana, no volvían a ellas hasta muy tarde de la noche si no era para tomar una pequeña porción de pescado. Todo el tiempo lo pasaban en las iglesias y ante los altares diciendo avemarías, una tras otra, hasta agotar las cuentas de sus rosarios. Y vimos también lo suficiente para convencernos de que, cualquiera fuera la falta de verdad y de conveniencia que pudiera observarse, había en todo un celo y una resignación tan grandes que sólo podían provenir de una devoción fervorosa.

A eso de las nueve de la noche terminaron las ceremonias y procesiones. Había sido predicado un sermón sobre la muerte y el entierro del Salvador, escuchado por todo Corrientes en medio de un silencio profundo y lúgubre. Volvimos a casa. Las calles quedaron desiertas. Cerráronse las puertas y las puerta-ventanas. No se oía una voz alegre que turbara la solemne tristeza de la noche; la luna, ya en menguante, luchaba contra grandes masas de nubes que por instantes la encerraban como en una represa, abríanle después un espacio azul por donde esparcía sus fulgores y, pasado un momento, rodeándola nuevamente, la envolvían en una mortaja de sombras. El viento gemía entre los árboles del contorno y, de vez en cuando, un perro que echaba de menos los ruidos habituales, dirigía sus aullidos a la luna.

Hacía hora y media que estábamos sentados a la ventana de nuestra sala, aprovechando la suavidad de la noche otoñal en un clima cálido como aquel, cuando, a eso de las once, mandamos al negro Juan, el sirviente, hasta el escritorio de comercio donde dormían algunos empleados, para verificar si todo estaba en seguridad. A poco de salir, volvió como espantado y fuera de sí, echó el pasador de la puerta de calle y entró en la pieza, exclamando con voz desmayada: —¡Patrón, patrón, vienen para acá, cierren la ventana!

Apenas dicho esto, oímos un ruido de cadenas y luego aparecieron cuatro o cinco faroles avanzando con lentitud y llevados por otros tantos individuos vestidos de negro. Pusiéronse a la vista y se ofreció a nuestros ojos asombrados un espectáculo que parecía justificar el terror experimentado por Juan, hombre extraño a la ciudad como lo éramos nosotros. El grupo se componía de ocho personas. Cuatro de ellas formaban un cuadro, cada una con una linterna o farol; adentro de este espacio, otros tres individuos iban dispuestos en triángulo y el último con una fuente donde había una esponja, un cacharro con agua y algunas

naranjas. En el centro caminaba una figura cuidadosamente enmascarada, el torso desnudo, y cubierta la parte inferior del cuerpo con un vestido suelto de muselina blanca, sucio y manchado con sangre. Las espaldas lastimadas manaban sangre y se movía con gran dificultad porque llevaba pesados grillos en los pies. El mismo individuo, a medida que avanzaba en esa forma, se azotaba las espaldas con un látigo de muchas cuerdas y después limpiaba el látigo en la falda. El profundo silencio que todos mantenían sólo era interrumpido por la respiración dificultosa y los gemidos sofocados del flagelante.

En seguida caímos en la cuenta de la función encomendada al individuo que le seguía. Pegada a nuestra casa estaba una hornacina coronada por una cruz y que contenía una imagen de la Virgen María. Al llegar a ella, el engrillado cayó de rodillas, víctima de un síncope que momentáneamente le libró de sus padecimientos. Tambaleábase, al parecer insensible, y entonces el hombre que iba tras él lo tomó para levantarlo, le enjugó las sienes, le dio a chupar una naranja y trató en toda forma de restaurarlo. Pasado un momento, continuó la flagelación y el grupo siguió su camino. Al ver este espectáculo tan fuera de lo natural, nos mirábamos uno a otro en silencio, con asombro y horror, cuando fuimos sorprendidos por la llegada de otro grupo que se acercaba.

Este grupo marchaba en la misma forma que el anterior, pero la víctima, enmascarada también, vestía túnica blanca y arrastraba una gran cruz, atada con sogas a sus espaldas y a sus brazos abiertos. Venía también engrillado y caminaba con mayor dificultad que el primero. Las ligaduras de la cruz le impedían la circulación de la sangre y daba la impresión de que iba a morir. Desmayándose con frecuencia, cayó frente al nicho, víctima de horribles torturas, pero, recobrándose, logró ponerse en pie para continuar su camino.

Un tercer grupo apareció, formado por dos portaantorchas y un ayudante. El penitente, con máscara como el crucificado anterior, se arrastraba esta vez sobre las manos y las rodillas cuyas lastimaduras daban testimonio de lo que había padecido marchando sobre las calles desiguales cubiertas de agudos guijarros, ladrillos y baches.

Pero he aquí que otro penitente hizo su aparición, emulando al anterior, porque no sólo avanzaba sobre manos y rodillas sino que venía arrastrando una gran piedra atada al cinturón por

un trenzado de cuero; seguíale otro más en la misma posición, pero este último con un gran freno de hierro en la boca y dirigido por un par de riendas por otro individuo que lo azotaba por propio deseo del hombre-bestia. Otro... pero no voy a continuar esta descripción porque la naturaleza experimenta verdadero asco a la vista de tales cosas.

Baste con decir que pasaron de doce a catorce de esos grupos en horrorosa sucesión, los penitentes abrumados y flagelándose terriblemente. Nos dimos a pensar que serían desesperados fanáticos que se infligían castigos y martirios como expiación de crímenes o pecados cometidos, y se oprimía el corazón al ver renovarse las peores mortificaciones practicadas por los ascetas primitivos para descargo y curación de sus almas.

Ansiosos por penetrar el misterio de esta procesión, nos dimos prisa en la mañana siguiente para llegar a casa de nuestro amigo don Isidoro Martínez. Estábamos en la sala cuando se presentó, *sans ceremonie*, una mujer que era el caso más notable de aberración mental inofensiva, alternada con intervalos lúcidos y hasta con rasgos de sagacidad, astucia y dominio de sí misma. Esta señora se llamaba "Doña Florinda" y algo de su historia encontrarán los lectores en la carta siguiente.

LOS AUTORES

Carta VIII

Doña Florinda: su persona, carácter y costumbres. Las causas de su demencia. El exaltado relato que hizo sobre los penitentes y lo que dijo don Isidoro Martínez. El caso tal como era.

Doña Florinda, la dama de que han hablado los autores en la última carta, pertenecía a una de las familias principales de la ciudad. Tendría unos treinta y cinco años y era de tez muy blanca, pero ella misma había contribuido, al par de los años, a destruir en parte su belleza originaria con el uso continuo del polvo de rapé amarillo. La caja de rapé no se le caía de la mano. Cojeaba de una pierna y esto la obligaba a usar un recio bastón para sostenerse.

Doña Florinda era muy amiga de nosotros, sobre todo de mi hermano, por quien demostraba admiración. Sus visitas se hacían por eso más frecuentes en las pocas ocasiones en que mi hermano venía de Goya; y era divertido el oír las francas declaraciones de amor que le hacía y las serias protestas de amistad que guardaba para mí. No interrumpía un momento su charla, ni siquiera cuando aspiraba rapé, alimento esencial de su existencia como el aire que respiraba y un compañero más necesario que el bastón sobre el cual se apoyaba siempre, ya estuviera de pie, sentada o en marcha.

La pobre doña Florinda, dotada de un corazón sensible y una cabeza débil, había caído, muy joven, en las redes del dios voluble e implacable. Un mancebo correntino, que fue grato a sus ojos, cautivó su corazón y después de darle palabra de casamiento y seducirla, la dejó abandonada. El golpe sufrido fue demasiado fuerte para su pobre cabeza y la razón zozobró, pero dejándole la huella de su pasión fatal y presentándole sucesivamente a su fantasía la imagen de otros jóvenes que, como amantes ideales, reemplazaban al que la sedujo, único en quien ella

pensaba en sus momentos de exaltación y único también que veía personificado en el amador que se complacía en escoger. Cuando no se encontraba absorta por una visión de amor, tomaba rapé, que era como hemos dicho su único solaz, y cuando le bullía el corazón por encontrarse próxima al supuesto enamorado, que ella sustituía con frecuencia, tomaba también rapé para aumentar su entusiasmo. Dona Florinda vino a ser el depósito de chismes de la ciudad y tenía el mayor repertorio de historias de amor, sueños, fantasías, aventuras y romances. Era singularmente aficionada a los conventos y a los frailes y cuando no tenía nada mejor que decir, musitaba de continuo sus *Ave María*. Solía vérsela muy temprano a las puertas de las iglesias, esperando que fueran abiertas para asistir a la misa primera; hacía limosnas a los pobres y aunque gustaba de los adornos llamativos, dejábalos siempre de lado cuando cumplía sus devociones. Muchos fueron los esfuerzos que hizo para convertirme con mi hermano a la verdadera fe, ofreciéndonos, como recompensa, casarse con cualquiera de los dos si consentíamos unirnos con ella en la Iglesia Católica.

Esta devota del amor y de la religión llegó —como dije— en momentos en que hacíamos preguntas a don Isidoro sobre la procesión de los penitentes. Mostrábase como nunca complacida y alegre y sin contestar a los "buenos días", subió, cojeando, rápidamente los escalones del corredor y entró en seguida en la pieza exclamando:

—*¡Ah!, señor don Juan, ¿ha visto usted a los penitentes?*[1]

—Los he visto, sí —contesté.

—Sí, sí —dijo ella, golpeando repetidamente el piso con el bastón, alegre y triunfante; y tomó de la cajita que tenía en la mano con el bastón, una gran pulgarada de rapé—. Lo sé, lo sé todo —continuó doña Florinda—, yo misma estuve anoche en la cocina del convento y ayudé a preparar la cena para los padres y los penitentes. Pai Quintana (el padre Quintana), cuando le servía el postre, me dijo que uno de los portadores de antorchas había sido encargado de mirar si ustedes estaban en su casa al paso de la procesión, porque —como el *Pai* decía— la vista de todo eso tenía que impresionarlo a usted y también —aquí dio un suspiro— a mi querido don Guillermo...

—Está bien, doña Florinda —repliqué—, y si el *Pai* ha que-

[1] Destacado en español en el original. *(N. del T.)*

rido impresionarnos, lo ha conseguido sin duda porque nunca hemos sentido una impresión tan profunda...

—Entonces, ¿están listos? —dijo juntando las manos y elevando los ojos al cielo—, ¿están listos para entrar en el seno de nuestra Santa Madre Iglesia?...

—No del todo —contesté—; antes ha de explicarme cómo es que en el Viernes Santo, día de la crucifixión, cuando todos ayunan, rezan y ruegan, los frailes y los penitentes estaban de cena, y con postres por añadidura.

—*¡Cristo!* —exclamó doña Florinda—. *¡Lo que puede la ignorancia! ¡Dios de mi vida, ten compasión y paciencia con el alma de este pobre hombre!*[1]

—Muy bien, doña Florinda —dijo mi hermano—, tenga usted también compasión de la ignorancia y explíquenos lo que para nosotros, ignorantes, aparece como un misterio.

—Señores —repuso ella—, ¿no han visto ustedes el martirio que sufrieron esos servidores de Dios por amor a su Salvador? ¿No saben que si bien el espíritu está pronto, la carne es débil? Y, ¿cómo podrían esos hombres ser casi crucificados sin recibir alimentos antes y después de su martirio? Sí, *señores míos*, comieron y bebieron a despecho de la *rúbrica* general y, ¡Dios sea loado!, yo he visto a los auxiliares de la procesión, y en especial a los penitentes, comer y beber hasta satisfacerse, antes de irse a la cama. ¿Comprenden ahora ustedes? Cada penitente recibió además una recompensa de los conventos y si se piensa que esos mártires estuvieron cuarenta días encerrados en ayuno y oración antes de la ceremonia, y lo que sufrieron en ella, nadie podrá creer que la recompensa era inmerecida o que la fiesta de anoche en el convento fue demasiado espléndida. Y todo esto hubiera sido poco para inducir a los penitentes a sufrir su martirio, si no se hubiera convenido también que se dijeran cien misas por el alma de cada uno. ¡Oh, adorables penitentes! ¡Quiera Dios colocarme en el lugar de vosotros!...

Aquí doña Florinda prorrumpió en una risa histérica, precursora de sus peores momentos, de ese triste interregno entre los últimos destellos de su razón y la noche sombría de su aberración mental. Corrí entonces a casa de su familia, próxima a la nuestra, y en pocos minutos la pobre demente fue conducida al

[1] Destacado en español en el original. *(N. del T.)*.

cuarto solitario donde acostumbraban encerrarla hasta que podía recobrar su razón.

La demencia de doña Florinda era por otra parte de las más inofensivas y no más de temer que la de la María, de Stern.[1] Sus momentos de cordura se reducían a una cháchara inocente, y después, oscurecida su razón, hablaba en forma desordenada y lamentable pero asimismo inofensiva. A pesar de todo —y esto servía de consuelo—, participaba más de la alegría y la recreación pueril que de las inquietudes que devoran al común de los mortales.

No satisfechos con el relato de doña Florinda sobre los penitentes, tocamos el tema en la visita de etiqueta que hicimos a don Isidoro Martínez el Domingo de Pascua y tuvimos de sus labios una versión muy diferente del asunto. Empezó por reír del espanto que había sobrecogido a Juan, el sirviente, en la calle; y se divirtió a expensas de nosotros por el sentimiento de horror que experimentamos, lo mismo que por el cierre de las puertas al paso de la procesión. Aseguró que, de habernos acercado más y examinado a los penitentes y auxiliares, hubiéramos encontrado entre el público algunas caras muy conocidas.

—En realidad, caballeros —prosiguió don Isidoro—, la procesión de los penitentes es algo tan conocido aquí que lo damos por sabido de todos y de ahí el silencio que a ese respecto habrán notado en mí, como en otros, y les ha parecido a ustedes extraño. Pero —continuó el amigo con más seriedad—, esta procesión anual constituye una verdadera desgracia para la ciudad y es una de esas cosas que dan fácil asidero a los enemigos de nuestra religión para ridiculizar sus preceptos y hacer mofa y desprecio de sus prácticas. Se trata —en rigor— de un abuso escandaloso suprimido por las altas autoridades eclesiásticas en toda Sud-América, menos aquí, y es de esperar que no pueda sobrevivir mucho tiempo. La parte mejor de la sociedad lo reprueba, lo repudia; y se mantiene más que todo por el temor de un disturbio entre las clases inferiores si fuera abolida esta singular procesión. A este propósito quiero referirles que el venerable obispo del Paraguay, de paso en Corrientes en una Semana Santa y dirigiéndose a tomar posesión de su obispado, oyó ha-

[1] La María de Stern aparece en el *Viaje sentimental* de este autor. Es una muchacha desgraciada que acaba por perder la razón. *(N. del T.)*

blar de la procesión y, escandalizado por su naturaleza, la prohibió para siempre.[1] Pero fue tanta la rabia que aquello produjo en la *canaille* de la ciudad, que se levantó en *masse*[2] y rodeó la casa donde vivía el obispo amenazándolo con la violencia si no revocaba su odioso decreto. El pobre prelado se vio obligado a hacerlo así y mucho hizo en escapar al furioso populacho para llegar hasta la ciudad de la Asunción, más civilizada y donde no existe esta periódica costumbre, ultrajante para la humanidad. El modo que tienen de organizar la procesión es como sigue: Algunas mujeres de la más baja condición social, que son las más aficionadas a esta costumbre, secundadas bajo cuerda —y me duele decirlo— por algunos frailes inescrupulosos de los conventos, que sacan provecho de este abuso, empiezan a principios de la Cuaresma a buscar penitentes, por lo común en número de doce a quince, y hasta veinte, que siempre salen de la hez de la sociedad. Porque solamente individuos así, desprovistos de vergüenza, pueden prestarse a tales actos; y durante toda la Cuaresma los alimentan y regalan, preparándolos al mismo tiempo para los sufrimientos de la procesión. También reciben donaciones en dinero y otros obsequios. Llegado el momento, los reúnen en el convento de San Francisco donde todo se halla dispuesto para las penitencias, y desde allí, alentados por sus padrinos y madrinas, salen en procesión. Los que deben flagelarse se han preparado de antemano la espalda con una carda de las usadas para cardar lanas, pinchándose hábilmente las carnes hasta sacarse sangre con sus puntas afiladas, de manera que los látigos, después, hacen correr la sangre fácilmente sin producir gran dolor. Y una vez que han recorrido la ciudad, los penitentes son puestos en la cama, cuidados y alimentados hasta que se sienten bien. Hay quienes no sufren casi nada; para otros es muy doloroso y se han dado casos de mal tiempo en que alguno ha muerto. Pero estas cosas se ocultan y como a los que mueren se los considera merecedores de su destino, resulta que nadie lamenta su desgracia. Lo miran como una prueba del esfuerzo realizado

[1] El obispo de Asunción era diocesano de Corrientes.

[2] Es de pensar que don Isidoro no usara palabras francesas en su conversación, pero los Robertson gustaban de utilizarlas sin necesidad en sus escritos y es buena norma de traducción mantener en su original las palabras ajenas al idioma del cual se traduce. *(N. del T.)*

por el penitente, que lo acredita como digno de la más alta admiración.

Ésta fue la relación que me hizo don Isidoro sobre la índole verdadera de esta procesión.

J. P. R.

CARTA IX

LA POBLACIÓN DE CORRIENTES. SUS CLASES. PRODUCCIONES. EL PRIOR LETRADO Y MIS COMIDAS EN EL REFECTORIO DEL CONVENTO. DON ISIDORO MARTÍNEZ Y CIRES. DON AGUSTÍN SÁENZ Y SU POLACRA. CONTRABANDISTAS. LA DOTE DE UNA DONCELLA.

La población de Corrientes, en cuanto a su índole y categorías, era muy semejante a la de Asunción, tal como fue descripta en la carta XXIII, volumen I de las *Cartas sobre el Paraguay*; pero el número de habitantes, según lo dijimos, no pasaba de cinco a seis mil *en la ciudad*, o, como decían antiguamente los reales decretos, en "la muy noble y muy leal ciudad de San Juan de las Siete Corrientes". La provincia, en su totalidad, después de la despoblación de Misiones, no contaba con más de cincuenta mil almas. Las ocupaciones, como las costumbres del pueblo, eran casi por entero pastoriles, porque, si bien el suelo de la provincia es fértil en grado sumo y abunda en buena madera y está regado por muchos ríos, solamente en los alrededores de la ciudad y de algunas villas principales puede encontrarse algún vestigio de cultivo.

Parecería que el proceso general de la sociedad se desarrolla conforme al siguiente orden: 1°) El hombre en estado salvaje; 2°) El hombre en estado pastoril; 3°) La agricultura; 4°) El propietario de la tierra que percibe por ella una renta. Solamente después vendrían el industrial, el artista, el autor, el hombre de ciencia, etcétera.

Puede usted alterar este programa o suprimirlo, como mejor le plazca, mientras yo prosigo diciendo que miles y miles de caballos y vacas cubrían las llanuras y colmaban los bosques de la provincia de Corrientes y que sólo a pocas millas de la capital podía uno formarse ligera idea de que el algodón, el tabaco, la caña de azúcar, el maíz, la mandioca, las bananas, las naranjas, las uvas y muchos vegetales comestibles eran los productos

naturales del suelo y tenían su valor. En la parte del territorio correspondiente a Misiones, la yerba es excelente y crece en abundancia, lo mismo que la cochinilla y el índigo en regiones diversas. También se produce el arroz y podría cultivarse con ventaja el café. La miel silvestre se encuentra en gran abundancia. La leche y la crema me parecieron siempre de lo mejor. Es ésta una gran tierra de la que mana leche y miel.

Sus habitantes son sencillos y bondadosos; pero, si exceptuamos a dos o tres abogados, media docena de españoles y muy pocos criollos, no se encontrará en el común de la población el más remoto deseo de saber o aprender. Las clases pobres, por lo general, no saben leer ni escribir. Algunos clérigos y frailes tienen nociones de latín, pero rara vez puede encontrarse en alguna biblioteca un libro clásico, o prohibido por la Inquisición. Yo tuve que sobornar al oficial de aduana para que me permitiera introducir mis libros heréticos y una vez colocados éstos en mis estantes, sustraídos a todo examen, pude advertir que eran mirados con disgusto, revelador de ignorancia y suspicacia.

El prior más ilustrado de los conventos tomó un día de mis estantes una Biblia en la versión de la Vulgata, de la que leyó algunos textos, mostrándose sorprendido de que yo pudiera también comprenderlos y le satisfizo que estuviéramos de acuerdo en cuanto a su significado. Por medio de este padre, bueno pero nada instruido, pude entrar en todos los conventos y hasta tuve el honor de comer dos o tres veces con los frailes en el refectorio.

En diversas oportunidades los obsequié con vino europeo y cerveza inglesa para sus comidas, y aunque yo quería creer que me invitaban por mis cabales y deseaba mucho reconocer su hospitalidad generosa, en verdad nunca pude discernir exactamente en qué relación estaba el sentimiento hospitalario con la gratitud personal por el envío de cerveza y vino de Jerez. Porque debo decir que, considerado su ministerio, los frailes se mostraban muy aficionados a esos licores. Me visitaban también a menudo y creo que debido a la relación que tuve con ellos nunca fui molestado, a pesar de tener libros prohibidos en mi casa, de no asistir a misa ni haber hecho donaciones a la iglesia. Más aún, se me miraba en general con respeto a causa de mi compañerismo con uno o dos de los sacerdotes principales. Y me place declarar que algunos eran muy agradables y hombres tolerantes, quizá no tolerantes por principio, pero sí por el sen-

timiento debido a un extranjero que los obsequiaba y que nunca se mostró inclinado a molestarlos con polémicas ni discusiones. Hubiera deseado ver esa misma tolerancia no sólo en Inglaterra sino en todo el mundo.

Vivía en Corrientes, por el tiempo en que yo me encontraba allí, uno de los mejores *specimens* que había visto en Sud-América de un español chapado a la antigua. Se llamaba —y lo hemos nombrado anteriormente— don Isidoro Martínez y Cires. Por sus maneras, por su conducta, lenguaje y cortesía, era este hombre, según creo, el dechado del caballero[1] a la antigua usanza, como no he conocido otro: la quintaesencia de la gentileza, de la amabilidad y buena educación. No solamente podía decirse un hombre instruido sino que poseía una conversación chispeante y un ingenio agudo, sazonado con cierto contento de sí mismo que le hacía simpático en extremo. Pero, por sobre todo esto, era benévolo, franco y generoso, contenido en sus impulsos, vivo y constante en la amistad. Durante el dominio español, había sido el hombre principal de Corrientes y aun terminada aquella dominación nunca oí decir que hubiera sufrido perjuicios o insultos por parte de los filibusteros que durante algunos años tuvieron costumbre de imponer a Corrientes contribuciones ilegales. Aquéllos contentábanse con tomar lo que don Isidoro daba voluntariamente y él tuvo siempre la prudencia de hacerlo y de no invalidar ese tácito consentimiento.P arecía rodeado de una aureola que formaban su virtud, su buen sentido, su rectitud y ante la cual el pillaje y la rapiña vacilaban antes de mostrar su siniestra figura.

Don Isidoro era la única persona en Corrientes que disponía de una buena biblioteca de obras generales, aunque —naturalmente— todas en español. Mucho de lo poco que conozco sobre el país lo debo a sus libros y a sus sagaces, aunque no siempre amplios, comentarios y críticas sobre ellos; y muchas de sus cartas, que guardo en mi poder, las considero como perfectos modelos de español epistolar.

Don Isidoro había sido propietario de grandes tierras y también comerciante, pero con su natural sagacidad y demostrando un maravilloso contraste con la ceguera y precipitación de sus compatriotas, vio en seguida el objetivo de la revolución sudamericana y se anticipó a sus resultados. Por eso renunció a toda

[1] *Gentleman*, dice el original. *(N. del T.)*

pretensión de superioridad, vendió sus establecimientos, se desprendió de sus mercancías, embarcó gran parte de sus bienes para Inglaterra y, retenido en Corrientes únicamente por el apego de su esposa a la ciudad y por su parentesco con varias familias principales, el sagaz y discreto español sentóse en su estudio para solazarse ora con la lectura de un libro que podía gustar sin preocupaciones ora con la pluma que manejaba con gracia y destreza, pero manteniéndose firmemente ajeno a la política y a los negocios del comercio. Su imparcialidad era tan conocida, su integridad tan fuera de duda, que los adversarios más acérrimos estaban de acuerdo para someter sus pleitos al fallo de don Isidoro y nunca oí decir que ningún tribunal, cuando era apelado el fallo —cosa que rara vez ocurría—, hubiera anulado alguna de sus decisiones; de manera que *de facto*, don Isidoro, no obstante ser español y como tal mal mirado por los gobiernos del país, vino a ser prácticamente y en especial en esos casos importantes que regulan y controlan diferencias individuales, personaje de mayor cuenta que ningún juez de la provincia. Era siempre el bienvenido en casa de españoles y criollos y el asesor en los negocios de muchas familias. Como mi amigo Gregorio de la Cerda era también *compadre* de la mayoría entre la *élite*. Porque Corrientes tiene, como otros centros, una *élite* social. Pero en general, al hombre que domina y controla una *élite* semejante —allí o en cualquier parte— suelen fallarle ciertos títulos de superioridad indispensables. Esto no ocurría en el caso de don Isidoro porque los poseía todos y así lo reconocían amigos y enemigos.

Yo solía comer con él y en su casa encontré al gobernador de ideas liberales, al juez conservador, al estanciero de carácter abierto, al abogado, al empleado civil, al extranjero recién llegado a la ciudad y a los numerosos parientes del dueño de casa. En verdad que el ambiente no se distinguía por la elegancia de maneras ni por la cultura, pero si algo había de todo eso, era debido al alto ejemplo y a los modales del anfitrión.

La esposa de don Isidoro, una correntina empingorotada y llena de prejuicios, reconocía su autoridad, y lo mismo los frailes y los caudillos demócratas de la revolución y los enemigos declarados de estos últimos, es decir los españoles viejos. La influencia ejercida por el talento, el buen sentido y la tolerancia de don Isidoro, era maravillosa: aplacaba toda discordia y extinguía esos elementos nocivos que suelen infiltrarse en las discusiones y reyertas políticas. Debido a ello, la mejor sociedad co-

rrentina, más bien mediocre en su conjunto, convertíase muy a menudo bajo la varita mágica de don Isidoro en un círculo muy agradable. Él conocía con suma perspicacia todas las prevenciones de los concurrentes y sabía esquivarlas. En ocasiones, encontrándome con él, si alguien hacía una reflexión osada, o espetaba alguna teoría insostenible, bastaba un pestañeo de sus ojos brillantes para convencerme sobre la total inutilidad de la controversia.

Pero lo que me agradaba más era acompañarlo en sus visitas frecuentes a las clases inferiores de la sociedad. En Sud-América el hombre de cualquier escala social tiene una *nonchalance* natural y se conduce con tal independencia de maneras que dejaría maravillada y sorprendida a la aristocracia de este reino. El paisano nuestro, en presencia del propietario de la tierra, o del patrón, se convierte en lo que llaman en Escocia *a real doofie*. En Sud-América no ocurre tal cosa; allá el hombre más pobre sabe que no puede morirse de hambre ni ser llevado a un hospicio, palabra esta cuya acepción verdadera es desconocida en el país. Pero don Isidoro, por diversas maneras, se acreditaba como amigo y benefactor de sus vecinos pobres: los proveía en sus pequeñas necesidades, socorría enfermos, aliviaba penas, concertaba diferencias o disputas, y lo hacía todo con tanta gracia, urbanidad o más bien familiaridad de maneras, que el chiste oportuno y su habitual buen humor nunca lucían tanto como cuando se hallaba sentado en una rústica silla de cuero o junto a una cama, de cuero también, en uno de los pobres ranchos que visitaba muy a menudo.

Don Isidoro tenía un camarada, de nombre Martínez Sáenz, dueño y capitán de una linda polacra. En sus viajes a Buenos Aires, Sáenz solía traer, para agasajar a sus amigos, buenas provisiones de cerveza inglesa. Difícil sería explicar el lujo que eso significaba en Corrientes. El champaña helado en pleno verano de Inglaterra da una pálida idea de lo que era en las orillas del Paraná un trago de aquella cerveza (Stout) que aquí ha pasado de moda hasta convertirse en una bebida de cocina.

Con don Isidoro solíamos ir muy a menudo a la polacra del capitán Sáenz, para tomar cerveza y fumar aquellos cigarros de hoja fabricados con suave tabaco de la región. De vez en cuando venía también a la polacra el gobernador y con más frecuencia el señor Mantilla, que era colector de la renta de aduana y al mismo tiempo ministro de Hacienda.

Difícilmente podrá creerse en este país —donde el contrabando, que estimulado por la legislatura es terriblemente perseguido por nuestras cortes de justicia, y donde el favor de la corte se implora y hasta se paga indignamente— cuánta renta aduanera y cuánta influencia compraba don Agustín Sáenz con seis cajones de cerveza londinense. No es de admirar, por lo tanto, que se desataran los alambres de las botellas y saltaran los corchos, y los vasos espumosos pasaran de mano en mano para regocijo de los visitantes, cada vez que la polacra entraba cargada en el puerto, o cuando salía de él, también atestada con su cargamento. Porque pagaba una suma muy inferior a la que hubiera debido pagar como derechos, de haberse ajustado estrictamente a las odiosas tarifas de la aduana. La cerveza del capitán era omnipotente; y si Mr. Guinnes (desconocido en aquellos nuestros días de Corrientes) hubiera instalado allá una cervecería como la que ahora posee en Dublín, no dudo de que habría podido comprar una parte de la provincia para dedicarla al cultivo del lúpulo y surtir al mundo entero.

Así pues, entre chanzas y risas, brillándole los ojos, el rozagante capitán, que era pequeño de estatura, ponía un vaso de cerveza en la mano del receptor de aduana, otro en la mano del gobernador y brindaba por cada uno de ellos. Era don Agustín un camarada festivo, acogedor y chistoso; pero, como buen andaluz, llevaba su prodigalidad con tanto amaño que, según imagino, la cerveza repartida venía a redundar en su beneficio y en una de sus mejores operaciones. En el cálculo de sus gastos había un *quid pro quo* equivalente por lo menos a veinte chelines por botella de su licor de malta...

Lo cierto es que el contrabando está muy arraigado en el carácter español y cuando este fructífero árbol del mal fue trasplantado de España a Sud-América, floreció allá con todo el vigor original de su suelo nativo. El contrabando, en las pequeñas comunidades coloniales, asalta la honradez de los guardianes de la renta pública bajo formas insidiosas: botellas de cerveza o de vino Carlón para la mesa de familia, lindos adornos para la sala, vestidos de raso y medias de seda para las esposas e hijas, doblones en forma de préstamo que no serán devueltos, favores que despiertan la tentación y que sería fácil no pedir pero resulta difícil rechazar cuando se ofrecen con insistencia. Así, en todas partes, estaban los cazadores furtivos infestando los dominios de la renta pública; y rara vez oí decir que se hubiera producido

refriega entre los guardianes del campo vedado de la Patria y los dichos cazadores furtivos, aunque las trampas se ponían, no para cazar becasinas sino piezas mayores.

Conocí un capitán del puerto en La Bajada[1] que, en los tiempos de pillaje de Artigas, dio al novio de la hija, como dote de la futura desposada, un documento oficial que le permitía contrabandear en la república porque le autorizaba a importar *libre de derechos*, como decía graciosamente el documento, dos cargamentos de mercaderías. La boda se realizó y el novio obtuvo, con esa ganga, una ganancia de tres mil libras esterlinas, suma enorme en aquellos tiempos para una moza campesina, hija de un gaucho que todavía no podía encontrarse cómodo dentro de su uniforme.

No podría asegurar lo que ocurre en otros países en materia de renta, pero sí me consta lo que pasa en Sud-América. Allá, hablando en general y con las excepciones de siempre, cuando una persona ocupa un oficio o empleo no calcula con exactitud lo que ha de percibir como emolumentos legítimos, sino las oportunidades que habrán de ofrecérsele para crearse una situación cómoda antes de que otro pajarraco le saque del comedero. Y algo que revela la rapidez con que se suceden unos a otros los funcionarios, es el hecho de que, siendo en su mayoría culpables de peculado, sólo he conocido uno que se retiró a morir en su lecho con fama de hombre rico.

El pobre Méndez, gobernador de Corrientes, no encontraba mal, después de haber sido gobernador por espacio de cinco años, pedir prestado a un amigo cincuenta o cien pesos; pero quizás antes de dos horas los había perdido en la mesa de juego. Y esto mismo pasaba con muchos otros funcionarios de aquellos días. Algunos, sin duda, eran hombres tímidos y como tales temerosos de hacer algo muy notorio en perjuicio de la renta; pero, como por lo general eran también muy aficionados a los juegos de cartas y tenían mujeres e hijas dispendiosas que mantener, se veían constreñidos, con grandes familias y escasos salarios, a mordisquear ocultamente el pan del Estado, cuya guarda se les confiaba. Los empleados tenían siempre deudas, y todos ellos, cuando pagaban a los acreedores —no con mucha regularidad—, se daban maña para hacerlo con dinero del Estado; de tal manera, las arcas públicas venían a ser como la caja del pobre,

[1] Hoy ciudad de Paraná. *(N. del T.)*

apenas bastantes para sostener a los imprevisores huéspedes del tesoro convertido por ellos y a causa de sus extravagancias en casa de beneficencia. Me refiero, como es de comprenderse, a la clase alta de *empleados* u oficiales civiles del gobierno; los de categoría más baja llevan sobre sí, lo mismo que en Inglaterra, todo el trabajo (lamento no poder decir toda la honradez) y también todas las privaciones.

J. P. R.

CARTA X

NUEVO VIAJE A BUENOS AIRES. DON PANCHO CALAFATE, ALIAS EL SAPO. SUS COSTUMBRES. JORGE WASHINGTON TUCKERMAN ESQ. LAS CURANDERAS. ALGO MÁS SOBRE MR. TUCKERMAN. EL VIAJE QUE HICIMOS EN CANOA. SUS AMORES. CONFIDENCIAS FAMILIARES. UNA TORMENTA EN EL RÍO PARANÁ. CÓMO LLEGUÉ A BUENOS AIRES.

Una vez que despachamos, como lo he narrado, a nuestro jefe gaucho, el temible don Pedro Campbell, con el encargo de iniciar sus actividades en la campaña, se puso aquél a trabajar en tal forma que pronto nos convencimos de que era necesario ampliar el plan proyectado.

Había que organizar dos campamentos y no uno; y por lo menos doce puestos de avanzada, en comunicación con los campamentos que los abastecían. Algunos de estos puestos eran movibles, otros fijos y a todos había que atenderlos desde Corrientes o Goya, o de ambos puntos a la vez con los medios adecuados para establecer un comercio que fuera beneficioso a todos los habitantes en general. Nos guiaba un propósito de concordia y de ventajas mutuas; para conseguirlo, contábamos con buena voluntad y dinero, sobre todo y en cualquier caso con este último. A fin de obtener una remesa mayor de oro, y también para exponer a nuestros ricos asociados de Buenos Aires el nuevo giro de los negocios, me trasladé a esa ciudad casi al mismo tiempo en que mi hermano se dirigió a Goya dispuesto a organizar nuestro asiento. Pensaba en este viaje como en una simple excursión, a pesar de la distancia. Y para efectuarlo, como no podía proveerme de una canoa de lapacho ni de los necesarios indios payaguás, resolví hacer construir un bote abierto, al solo efecto de utilizarlo aguas abajo hasta Buenos Aires, porque pensaba regresar por tierra.

Adquirí ese bote en Corrientes, de un carpintero de ribera, que era uno de los personajes prominentes de la ciudad. Como tal me creo obligado a describirlo y trataré de hacerlo de la manera más ligera posible, aunque el modelo era en verdad pesado. Hace tiempo que desapareció del mundo de los vivos, pero, con todo, y por razones que me reservo, habré de referirme a él dándole su *nom de guerre* de Pancho Calafate. Era natural de la provincia de Vizcaya, en España, aunque había dejado su tierra natal siendo niño y desde entonces vivía en Corrientes.

Los vizcaínos son muy estimados por su probidad, sus buenos sentimientos, su ánimo esforzado y amor al país; pero también se hacen notar por su tosca apariencia, sus maneras rústicas y el trato áspero que se convierte en rudeza brutal cuando se trata de un individuo de clase baja.

A esta última clase pertenecía don Pancho, el carpintero de ribera que, por su carácter intolerable y la grosería (moral y física) de su persona, provocaba la antipatía de los pacíficos y bondadosos correntinos. Esta mala disposición general hacia don Pancho terminó para él en una verdadera desdicha, porque le cayó en suerte un mote considerado por todos tan exacto y ajustado a su persona, que vino a sustituir a su nombre verdadero. Para desgracia suya (porque le molestaba grandemente), lo acompañó hasta la tumba. Lo llamaban *El Sapo*. Los correntinos creían que su exterior hinchado y corpulento y sus maneras burdas quedaban cifradas perfectamente con el apodo de Sapo. Y así lo llamaron y el apodo perduró. Era el Sapo *par excellence*, el *specimen* de aquel repugnante anfibio. "Tenga usted un lindo nombre y haga lo que le venga en gana", dice el proverbio, porque nadie pensará mal de usted. "Sea usted víctima de un feo apodo —podría decirse— (producto de la malicia general) y será la burla de todos."

El Sapo, a este último respecto, tenía tal celebridad que hasta los chicos en la calle decían al verlo pasar: "Ahí va el Sapo", hasta que la paciencia del hombre se agotaba y corría tras ellos, haciendo vanos esfuerzos por atraparlos. Por último, diré que el uso del mote se había hecho tan general que los extranjeros y los jóvenes no conocían a don Pancho por otro nombre. Muchos fueron los equívocos enojosos a que dio lugar, porque algunos extranjeros, al dirigirse a él por primera vez, lo llamaban *Señor Sapo*, con toda buena fe, en la creencia de que así se llamaba, pero él nunca admitió que pudiera incurrirse en tal confusión y siempre demostraba su disgusto en forma violenta. Cuando yo lo conocí, don Pancho tenía realmente algo de monstruoso en su aspecto. El cabello recio caíale sobre el rostro, mezcla de fie-

reza repulsiva, de glotonería y de mal humor. Era de facciones groseras, cejas grandes y espesas, la mandíbula y el labio inferior muy caídos, las orejas anchas y chatas y la piel como de cuero curtido. No usaba sombrero y se cubría la cabeza con un gorro catalán de dormir, de seda roja, pero tan sucio y grasiento que apenas podía percibirse el color y la calidad de la tela. No faltaba nunca en la boca del Sapo el cigarrillo de papel, salvo cuando tenía que dar paso al trago de aguardiente que constituía su placer favorito. Usaba una chaqueta de zaraza que tenía costumbre de llevar colgada del brazo izquierdo y ostentaba siempre los brazos desnudos y musculosos, tostados por los soles del verano. Corbatín, chaleco, tiradores hubieran sido prendas muy fastidiosas para él. Ajustaba los anchos pantalones con una faja roja que le ceñía la cintura bajo su enorme vientre y éste se dilataba sin estorbos, cubierto apenas por una camisa suelta. La barriga del Sapo crecía de año en año y no sólo le impedía, como a Falstaff, ver sus propias rodillas sino que le hubiera exigido gran esfuerzo para mirarse los pies, calzados con zapatillas sin medias. En la faja colorada llevaba siempre su cuchillo, y el yesquero en el bolsillo de la chaqueta. Tenía una voz estentórea y áspera, como de contramaestre, y hablaba con dificultad, dando la impresión de que la boca, nada pequeña, veníale chica a su lengua, demasiado ancha. A veces farfullaba de manera ininteligible, terminando con una especie de gruñido, sobre todo cuando montaba en cólera.

Don Pedro tenía varios esclavos, hombres y mujeres, que vestía y alimentaba bastante mal, a excepción de una mujer que hacía de cocinera y ocupaba el sitio matrimonial que hubiera correspondido a una señora de Calafate. Los esclavos varones servíanle como aprendices y peones en los trabajos de su astillero y él se encargaba de llevar en brazos a las criaturas de las negras esclavas que tenían familia en la misma casa para proveer a su amo de nuevos esclavos destinados a trabajar allí o ser alquilados como artesanos en ajenos servicios.

El Sapo con sus esclavos cortaba gran cantidad de buena madera destinada a la construcción de embarcaciones y hacía muchos envíos a Buenos Aires. También se ocupaba en el calafateo de botes y construía barcos pequeños, vendidos después en Corrientes. Sus dos muellecitos o dársenas (uno de ellos seco) estaban formados por una ensenada del río Paraná y separados por una esclusa toscamente construida. La casa del Sapo,

desde donde vigilaba el trabajo de sus obreros, levantábase sobre un terreno bajo rodeado por un cerco. Una terraza, con barandilla de madera y techo, coronaba la vivienda. Allí el Sapo comía buenos y abundantes asados, pero sus platos preferidos eran los guisos espesos, el ajo, el jamón, las sardinas en aceite, bacalao muy malo y conservas peores. Agréguese lechugas, hongos, aceitunas y anchoas, todo de mala calidad y alguna vez podrido, como podía esperarse en casa de un carpintero de ribera, en Corrientes, sin comunicación alguna con Europa. Bebía un vino blanco, grueso, de Mendoza, y un tinto Benicarló, sirviéndose de un gran vaso español que aun en regiones de viñas como Cataluña hubiera servido únicamente para beber agua. En cuanto a las bebidas fuertes, las tomaba en un vaso pequeño de cristal, pero lo empinaba con tanta frecuencia que la abundancia de libaciones compensaba la exigüidad del recipiente.

Cuando el Sapo se daba estos hartazgos en la terraza y poníase por momentos a observar a sus hombres a través de la barandilla, para gruñirlos si era necesario, me parecía un rinoceronte encerrado en su jaula, comiendo a ratos y a ratos irritado. Excepción hecha de don Pedro Campbell, don Pancho a nadie le temía y no se preocupaba por nadie como no fuera de su cuasi esposa y sus dos hijos. Hay siempre algo que redime a las naturalezas más rudas y a este respecto debo decir que el carpintero cuidaba de su familia y criaba bien a sus descendientes. Pero, en realidad, no tenía otro dios que su panza; vivía para ella; y así, repugnante como era en su físico, constituía un ejemplo en gran escala de lo que puede un vicio muy difundido entre los hombres, cual es la propensión exagerada a comer y beber. Porque yo he conocido muchos *Sapos*, de distinto tamaño y condición que aquél, más refinados, es verdad, y que se ocultan bajo el nombre de *gourmands* entre lo que suele llamarse la buena sociedad europea.

Por una circunstancia especial, yo tenía que ver a don Pancho más de lo deseado. Él era quien arreglaba los barcos y construía para nosotros botes y canoas, de manera que sin su concurso no hubiéramos podido hacernos a la vela. Lo he mostrado quizá con exceso de detalles, pero como la pintura es exacta y ajustada a la naturaleza, podría merecer la atención de quienes gustan de conocer ciertas obras que la naturaleza produce aun cuando avergüenzan a la humanidad porque forman parte de ella.

Lo cierto es que mi bote se encontraba ya equipado y provisto para el viaje aguas abajo del Paraná; estaban también prontos el piloto y la tripulación. Me habían arreglado en la popa una toldilla de cueros para defenderme del sol y todo estaba dispuesto para la partida. Me dirigí, pues, al embarcadero, en compañía de mi hermano y de Mr. Postlethwaite, seguidos por Juan, mi *valet*. Habíame despedido de los amigos y estaba por entrar en el barco, cuando he ahí que llegó hasta nosotros, con gran prisa, un hombre de talla pequeña, rostro rubicundo, facciones finas y gesto avinagrado. Venía jadeante por la fatiga de una marcha precipitada y su aspecto era tan singular que lo miré con extrañeza. El lector habrá de permitir que me detenga en la descripción del personaje. Vestía una chaquetilla militar azul con pechera roja y doble fila de botones de metal, redondos; pantalón militar y la cintura muy ajustada con una faja que le dividía la parte superior del cuerpo de la inferior, hasta darle un talle de avispa. Un gran sable de caballería, demasiado grande para él, colgábale de la cintura y se cubría con un sombrero semejante al de Ralpho, el escudero de Hudibrás[1] asegurado con ancha cinta negra a manera de barboquejo. Un prendedor servía de broche al cuello de la camisa, vuelto hacia arriba. Poncho a cuadros, arrollado y puesto en bandolera; rebenque con mango de plata; aros en las orejas, guantes fuertes de estilo militar, cintillo azul y rojo en el ojal de la chaqueta[2] y espuelas de plata prendidas con hebillas sobre unas lindas botas de potro (en una de las cuales llevaba el cuchillo también de plata) completaban su indumentaria. Esta rara combinación de gaucho y petimetre me sorprendió como cosa nunca vista y la novedad aumentó por la forma tan súbita con que el hombrecillo del singular atavío se presentó ante nosotros. El gigantesco Sapo se encontraba a mi lado y hacía con su vestimenta el más violento contraste con aquel currutaco. Tanto yo como mi hermano desconocíamos al recién llegado, pero Mr. Postlethwaite puso término a la escena presentándonos a Mr. Jorge Washington Tuckerman Esq., vecino de la ciudad de Washington. Saludámosle con una inclinación de cabeza. El presentado tomó con la mano izquierda la copa de su sombrero, lo levantó en alto, llevó al mismo tiempo

[1] Hudibrás: Personaje principal y título de un poema heroico cómico de Samuel Butler. *(N. del T.)*

[2] La divisa artiguista. *(N. del T.)*

la mano derecha a los labios, e hizo una reverencia en semicírculo formando con su cuerpo un ángulo de cuarenta y cinco grados, como gracioso remate de su presentación.

Antes de que Mr. Tuckerman pudiera completar su reverencia con un discurso apropiado, el Sapo estalló en una risotada, tomó con aire burlón una punta del poncho del viajero, y levantándola, le dijo:

—Válgame Dios, señor Tuckerman, ¿de dónde viene tan paquete...?

El vecino de la ciudad de Washington, que en otra ocasión hubiera tomado a broma el cumplido, lo recibió como una ofensa y, encarándose con el carpintero, le contestó agriamente:

—¿Y puede saberse qué le importa eso a usted, señor Sapo?

Para el Sapo, aquello fue como recibir humo en los ojos, y no menos celoso de su dignidad que el norteamericano, dio un gruñido terrible y empezó a balbucear:

—Ma... más educación, so, so mequetrefe, avispilla que no puede recibir una broma sin mostrar el aguijón...

Mr. Tuckerman replicó más acerbamente, irguiéndose ante su corpulento adversario, llamándolo Sapo y Sapo, repetidas veces con increíble rapidez,[1] hasta que don Pancho mostró su intención de tomarlo en brazos para arrojarlo al río. Mr. Postlethwaite se interpuso entonces colocándose al lado de Tuckerman y logró calmarlo. Una o dos veces, sin embargo, y cuando Tuckerman le volvía de intento la espalda, el Sapo, pestañeando, hizo ademán de tomarlo por la ajustada cintura. Después se retiró y entonces pudo referirme Mr. Tuckerman que, habiendo venido del interior de la provincia, estaba ansioso por llegar a Buenos Aires y me quedaría eternamente agradecido si consentía en postergar mi viaje hasta el día siguiente y en brindarle un sitio en mi bote. Acompañó su discurso con mil excusas por la libertad que se tomaba y con mil protestas de la gratitud que me guardaría. Después de oírlo, no tuve inconveniente en acceder a lo que me solicitaba.

Mientras nos dirigíamos a casa, desde la ribera, Tuckerman se mostró sorprendido de que yo pudiera vivir entre los correntinos, a quienes calificaba de bárbaros. Por eso no volvía de su asombro cuando le dije que, a excepción del Sapo (y no por lo

[1] El original dice con gracia *He zapoed-him...*, literalmente "lo *sapeó*", aunque sapo en inglés es *toad*. *(N. del T.)*

que acababa de ocurrir), los tenía por gente buena y generosa. Después pude saber que, a despecho de sus maneras corteses, había provocado incidentes con muchas personas y no era querido por nadie. Provenía esto último de que todo lo encontraba en Corrientes inferior a Washington y lo decía de continuo. Los correntinos, a su vez, replicaban a don Jorge (él pronunciaba Korkey) que la ciudad nada tenía que envidiar a Washington, que él era un americano y nada más, pero que los verdaderos ingleses europeos, los señores Campbell, Postlethwaite y Robertson, repetían que Corrientes, en extensión, era como cualquier ciudad europea de las conocidas por ellos. De ahí que Tuckerman no estimaba mucho a los ingleses de Corrientes, en especial a los irlandeses, representados por Campbell.

Por pequeñeces de este jaez, se las arreglaba para andar continuamente irritado. Poseía un carácter impulsivo, irascible, y a la vez era muy sentimental, lo que lo volvía más enojadizo para con las gentes del país, cuyos hábitos no toleraba y cuya educación y maneras tenía muy en menos. A primera vista, su carácter no ofrecía ningún interés; sin embargo, para un conocedor del corazón humano, escondía un buen fondo que no requería mucho para ponerse de manifiesto. Porque era capaz de profundos afectos, era también un fiel amigo, amaba mucho a su país y a quienes había dejado allí; además demostraba abnegación para con sus semejantes y debo decir que siempre viajaba con un valijín médico, no para uso propio sino para curar a las gentes del país. En cualquier sitio adonde fuera, Tuckerman hacía de médico sin cobrar honorarios ni retribución alguna y podían aplicársele los versos de Pope:

Is any sick? The man of Ross relieves.
Prescribes, attends —the medicine makes and gives.[1]

Pero sus buenos sentimientos rara vez se ponían de manifiesto fuera de estos actos porque era áspero con aquellos mismos a quienes administraba drogas y cuidados. En este país despoblado no hay médicos. La medicina está en manos de algunas curanderas, consideradas en cierto modo hechiceras, pero que no son nada más que charlatanas ignorantes. Hay casos en que

[1] ¿Hay algún enfermo? El hombre de Ross socorre, receta, atiende. El remedio se encarga de lo demás...

curan a los enfermos sin verlos siquiera y según los informes que reciben acerca del paciente. De vuelta mandan las hierbas destinadas a curar o a matar al desdichado. En otras ocasiones reúnense dos o tres de ellas a la cabecera del enfermo; allí lo atormentan aplicándole una cosa tras otra y entretanto las comadres pestañean y hacen signos, consultándose todas en voz baja. Como es natural, el enfermo cura muy rara vez y con más frecuencia muere víctima de los remedios.

Oí decir una vez —y como este caso se habrán dado muchos otros— que Tuckerman, yendo de viaje, se detuvo en una estancia donde debía cambiar caballos y allí supo que el patrón se encontraba moribundo. Fue entonces hasta la mezquina y oscura habitación donde aquél yacía sobre un cuero, rodeado por tres viejas curanderas que le aplicaban remedios. El enojadizo médico empezó por arrojar fuera de la pieza a las curanderas y tras ellas las cataplasmas y las cocciones; sangró al enfermo, le aplicó remedios apropiados y al día siguiente aquél estaba sin fiebre y casi convaleciente. La familia quedó asombrada de la ciencia del médico y le manifestaba en toda forma su agradecimiento. Tuckerman montó a caballo y dijo a los presentes que en adelante no fueran tan idiotas como para llamar a viejas brujas que habían estado a punto de matar al dueño de casa.

Au reste, Jorge Washington Tuckerman Esq., que, como muchos de sus compatriotas, no podía soportar la idea de superioridad con respecto a él, era, sin embargo, el dechado de la cortesía cuando alternaba con sus amigos y sus iguales mostrándose siempre solícito en servirlos y complacerlos. Como compañero, era el más divertido, lleno de viva cordialidad y de espíritu romancesco, quizá peculiar a sus compatriotas, tan desbordantes en rapsodias de amor y gloria que chocan a los ingleses, menos inclinados a todo lo que sea ostentación y exhibicionismo ante los demás.

Mr. Tuckerman tenía otra debilidad nacional menos divertida que la que acabo de referir. Hablaba indignado de las altivas pretensiones de nuestra aristocracia y en realidad él tenía mucho de orgullo aristocrático. Hacía muchos elogios de la igualdad y de las instituciones libres y desdeñaba, como lo he dicho, en los demás, toda pretensión de superioridad sobre él. Sin embargo, inconscientemente, demostraba esa misma superioridad con respecto a los americanos del Sur, a tal punto que provocaba general resistencia por sus maneras chocantes y rudas.

En este respecto, nuestros amigos de allende el Atlántico debían advertir que oscilan torpemente entre dos principios y que si llevan la democracia en los labios, esconden la aristocracia en el corazón. De buen grado se entregarían a esta última, pero temen desprenderse de aquélla y no pueden conciliar su prédica con sus procedimientos. Como republicanos, son demócratas en teoría y al mismo tiempo, como descendientes del orgulloso viejo John Bull, son prácticamente aristócratas hasta la médula. En cada individuo de la Unión se advierte esa lucha entre la opinión y el sentimiento, pero el país se hace grande y rico a pasos acelerados y no es difícil prever cuál de los dos principios terminará por imponerse.

En la mañana siguiente al día en que me fue presentado Mr. Tuckerman, y una vez todo listo para el viaje, mi compañero llegó muy temprano a la costa con un gran cofre de bordo, llevado por dos peones, una maleta, un barril de bizcochos y una hamaca paraguaya. Ya no vestía de militar sino de marino. Traía una escopeta y un perro con él; en la mano un látigo a la moda, que hacía chasquear sobre las orejas del animal, obligándolo a tenerse, tembloroso, pegado a las rodillas del amo. Ajustada al torso llevaba la cartuchera y la pólvora. Presentó muchas excusas por el equipaje que embarcaba, dispuso el cofre de modo que sirviera de mesa, acomodó el barril de bizcochos, la maleta, su hamaca. Después que el perro encontró acomodo en la camarilla y Tuckerman el sitio conveniente, largaron la vela y, como el río corría mucho y teníamos viento favorable, media hora después habíamos perdido de vista la ciudad.

Acostumbrado en mis jornadas a caballo a proveerme en las estancias y postas, rara vez me cargaba mucho en los viajes, excepto cuando iba como ahora por agua o marchaba en carruaje por la pampa. Tenía en el bote lo que podía considerar necesario, pero pronto hube de convencerme de que, al lado de Tuckerman, yo era un novicio en lo tocante a *prevoyance* gastronómica. En efecto, cuando mi compañero abrió su gran cofre de bordo, que yo había deseado ver, lo confieso, en el fondo del río, y pude verificar el contenido, me arrepentí de haber pensado así. Dividíase el cofre en dos compartimientos: en uno se guardaban los atavíos gaucho-militares del propietario y otras prendas de uso personal que no llamaron mi atención, pero en el otro compartimiento... en el otro... ¡Oh!, vosotros, navegantes del Paraná, viajeros que os encamináis al Paraguay y Misiones, jinetes que hacéis en un día el camino entre Corrientes y Goya, y vosotros los que vais por la pampa, cubiertos de polvo, abrasados por el calor, comidos por los insectos... pensad en lo que vi, muy al alcance de la mano y para regalo nuestro: Vi nada menos que una completa *batterie de cuisine* americana, un servicio de té, otro de postre, vasos, cuchillos, tenedores, cucharas, vinajeras, y... en un rincón, bien protegido, un juego de botellas con vinos y licores. El aroma del té de Pekín y del café de Moka se exhalaba de dos cajas destinadas al servicio de la mañana y de la tarde. En la despensa, de todo había: jamón, manteca, gallinas frías, aceitunas, pickles...

Sorprendido, pregunté a Tuckerman cómo había hecho para adquirir cosas tan excelentes. Me dijo que poco después de llegar a Santa Fe, donde permaneció por algunos meses, pudo convencerse de que un caballero no podía vivir en estas regiones sin el *confort* de la vida civilizada. "Entonces —continuó—, escribí a un amigo de Nueva York exponiéndole mi situación desamparada y humillante; le dije que en mis andanzas no encontraba ni siquiera una taza para beber café ni un tenedor para la verdura ni una tetera para hervir un poco de agua; que no podía conseguir jamón, queso, vino ni aguardiente; que las fuentes eran sucias, y para beber sólo disponía de un cuerno de buey, artículo este último cuya sola vista detesto."[1] El amigo le hizo llegar entonces el aparato a que me he referido.

Sin abdicar de su digna caballerosidad, don Jorge asumió las funciones de cocinero durante el viaje y, ataviado con un delantal blanco, se desempeñaba a maravilla en su nuevo oficio. No quiso admitirme como despensero y él mismo disponía los manteles, lavaba los vasos y botellas con sus propias manos y sentíase halagado al oírme decir que aquello me perdía y que en adelante me sería imposible viajar en compañía de otra persona. Mis elogios a los platos que preparaba eran acogidos por él con una sonrisa, pero llegaba al entusiasmo cuando yo ponderaba —y con razón— las excelencias de su café. "El café —decía Tuckerman— debía llamarse, como ninguna otra bebida, el brebaje de la vida; pero ¡cuán pocos son los que saben prepararlo! Los franceses creen hacerlo mejor que los turcos; sin embargo, yo creo que en justicia debe darse precedencia a los americanos. A veces —proseguía— me siento inclinado a envidiar al turco,

[1] Excusaría decir que se trata de una burda exageración... *(N. del T.)*

sentado en la soberbia otomana aspirando tabaco a través del *narguilé*, al par que sorbe la esencia del café sin azúcar ni crema y los surtidores refrescan el aire y regalan el oído al gorgotear sobre el agua. Entre el follaje del jardín oriental, lo rodean eunucos y esclavas circasianas que esperan una señal para cumplir sus órdenes. ¿Quién puede compararse al turco, Mr. Robertson, en estos lujos y voluptuosidades?... Y, sin embargo, en esos tentadores placeres, falta *el alma*. Yo puedo confesar que, tanto los sentimientos de mi niñez como el juicio de la edad madura, me han inclinado a las costumbres americanas de felicidad social y a los placeres del hogar." Aquí don Jorge sofocó un suspiro y juntó las manos exclamando: —¡Ah! Carlota, Carlota; allí donde estés, cuán feliz sería en unirme a ti para toda la vida. La sencillez fascinadora de tus modales, tu elegancia, tu espíritu cultivado, tu mirada radiosa y casta ¿dónde las encontraría? ¿Y dónde he de hallar la felicidad si no a tu lado...?

Los españoles, cuando se sienten muy complacidos con algo, acostumbran juntar los cinco dedos de la mano derecha, los llevan a los labios y, al separarlos de pronto, les imprimen un beso de supremo deleite. Hay quienes hacen esto con mucha gracia, otros no la tienen tanto, pero don Jorge creía, sin duda, que lo hacía muy bien, porque de ordinario expresaba sus placeres en esa forma. El tono a que se elevó con el recuerdo de Carlota y el tema del café y de los turcos lo llevaron esta vez a besarse los dedos con gran devoción y después abrió los brazos de modo que dio contra una taza de café, arrojándola lejos, y entonces pareció volver en sí porque se trataba de una pérdida bastante seria en el lugar del mundo en que nos hallábamos.

Íbamos así navegando aguas abajo con felicidad, aunque para don Jorge la marcha resultaba lenta y miraba como una desgracia lo que para mí eran menudos incidentes del viaje. Por momentos me divertía ver los raros efectos que provocaban en mi compañero. He conocido gente descontentadiza como él; viajé una vez por gran parte de Inglaterra con un amigo y recuerdo que se dio a protestar en una posada de campaña donde comíamos muy bien, porque no había candelas de cera y porque el Oporto que sirvieron no tenía veinte años de bodega.

Al segundo día de viaje llegamos a Goya. Don Pedro Quesney nos recibió con grandes agasajos facilitándonos al instante toda clase de provisiones. El francés y el americano rivalizaban en demostraciones de respeto, acompañadas con términos extravagantes y superabundancia de gestos y ademanes que me divertían mucho.

Dimos a la vela otra vez con intención de seguir directamente hasta las Conchas, pequeña ensenada y puerto a siete leguas al norte de Buenos Aires. Durante cuatro días navegamos sin ninguna dificultad. Don Jorge hacía menos monótono el viaje con su conversación regocijada. Me contó que era el más joven de una familia de catorce hermanos cuyos retratos adornaban las paredes de su casa y que alegraban también con su presencia la mesa paterna. Su padre, el mayor Tuckerman, se había distinguido mucho en la guerra contra los indios y ahora vivía en la capital del país, ya en el ocaso de su vida, gozando de un merecido descanso. Mi compañero era el único de sus hermanos inclinado a la vida errante. Por eso decidió satisfacer su ambición labrándose al mismo tiempo una fortuna que le permitiera casarse conforme a su rango y educación y cumplir sus primeras promesas de amor a Charlotte que tenía dieciocho años, casi la mitad de los que él contaba por entonces.

Al cuarto día de viaje desde Goya, y al atardecer, mientras Tuckerman soñaba en un futuro romántico con su adorada Carlota, sorbiendo su café, el piloto de la embarcación se mostró inquieto al observar una tormenta que se avecinaba. Era un pampero que con su marcha irresistible podía echarnos a pique. Trató el piloto de acercarse a la costa oriental pero fue imposible y tampoco pudimos llegar a la orilla opuesta en el Chaco. El viento sudoeste llegó a nosotros con furia de huracán y nos empujó violentamente sobre una de esas islas muy bajas y fangosas del río, llevándonos muy adentro entre ramas y matorrales. Al cerrar la noche empezó a llover a torrentes y, calados hasta los huesos, apenas pudimos impedir que el bote quedara bajo el agua; pero todo se mojó: los vestidos, el equipaje y las provisiones de don Jorge.

Asegurada la embarcación, tratamos de hacer un vivac para la noche. El pobre Tuckerman no se mostró tan hábil como en el arte de preparar el café... Todos trabajábamos y él parecía la imagen de la desesperación contemplando las pérdidas sufridas con la tormenta. Hicimos, con dos o tres cueros y algunas ramas de árbol, una especie de pabellón para guarecernos y mediante un yesquero logramos encender fuego a pesar de la lluvia. El viento bramaba y el Paraná también pero hacíamos lo posible por mantenernos contentos. El rugido de un tigre llegaba de vez

en cuando y debo confesar que nos atemorizó bastante, sobre todo a Tuckerman, cuyos nervios se alteraron al punto de que a ratos su conversación resultaba desordenada. Al cabo nos pusimos en seguridad para librarnos de un ataque y sacar el mejor partido de la situación.

Tres días nos vimos obligados a pasar en la isla con poco mayor comodidad que la primera noche. El toldo tomó la forma de un cobertizo pero habíamos perdido gran parte de las provisiones y en poco tiempo fueron consumidas las restantes. Comíamos maíz asado y *maní*, una especie de nuez que abunda mucho en esa región. El pampero calmó por último, el río se mostró más tranquilo y un cielo cerúleo se extendió sobre nosotros. Lanzamos nuevamente al agua la embarcación y pudimos llegar a Santa Fe en la tarde del día siguiente. Como no estaba dispuesto a ser otra vez juguete del vendaval, decidí viajar a caballo hasta Buenos Aires y don Jorge se mostró resuelto a seguir como compañero. Partimos juntos, pero como mi deseo de llegar era superior al suyo y su resistencia de jinete menor que la mía, hube de abandonarlo al día siguiente a fin de que hiciera su marcha con más lentitud. Cuatro días después yo me encontraba en Buenos Aires.

J. P. R.

CARTA XI

EL PUERTO DE GOYA. DON PEDRO QUESNAY. SALTEADORES ARTIGUISTAS. ALGO MÁS SOBRE DON PEDRO.

Habíamos resuelto dar mayor amplitud a nuestra campaña comercial y se resolvió que mi hermano fuese por el río hasta Buenos Aires (es el viaje descripto en el capítulo anterior) para volver enseguida con el fin de facilitar las operaciones. Era necesario combinarlo todo con los socios de aquella ciudad y en especial robustecer la fuerza de que disponíamos, aportando dinero a nuestras arcas. Introducida la costumbre de "dinero por cueros", como por cualquier otra cosa, se hacía indispensable una buena provisión de doblones.

Encontramos que el punto más indicado para dirigir las operaciones no era la ciudad de Corrientes sino el puerto de Goya y quedó resuelto también que yo estableciera allí mi cuartel general. Goya, como lo he dicho, queda a orillas del Paraná, cincuenta y dos leguas al sur de Corrientes, y el puerto no está sobre el mismo río grande sino sobre un brazo formado por una isla de tres millas de extensión, situada entre la costa firme de Goya y el cauce principal. La isla se extiende paralela a la orilla oriental del río y a escasa distancia de ella; en sus dos extremos tiene bocas estrechas pero bastante profundas que dan paso a la corriente de dicho brazo llamado "El riacho de Goya", aunque es ancho como la mitad del Támesis en London Bridge y tiene de doce a catorce pies de profundidad. En Inglaterra quedaríamos admirados si oyéramos llamar *rivulet* (riacho) a una corriente de agua como aquélla; pero, después de todo, el riacho de Goya solamente lleva una porción de agua del Paraná, al mismo río de que forma parte.

Este puerto no existía veinticinco años antes de que llegara

yo en 1815. Los campos circundantes, incluso el terreno en que se levanta ahora la villa, pertenecían a una mujer anciana de nombre Francisca, conocida generalmente por el diminutivo de ese nombre, Goya,[1] quien hizo construir en la costa una casita, en pie todavía cuando yo estuve allá.

La dueña administraba desde esa casa un gran establecimiento ganadero y el lugar pareció adecuado a los propietarios de barcos que iban a Corrientes y el Paraguay, para enviar sus canoas con el fin de *carnear*, o sea proveerse de carne. Poco a poco pudieron advertir que el riacho, en sus dos bocas y en toda la extensión de la isla, era profundo y ofrecía seguridad; que la ribera próxima a la casa de *Goya* era muy cómoda para cargar y descargar grandes barcos; y de ahí que solicitaran del gobernador de Corrientes la fundación de una capilla. La *capilla*, en una comunidad católica, es el núcleo en torno al cual el hombre gregario puede estar seguro de hallar asociación; y así ocurrió en forma paulatina con el antiguo puerto de Goya. La capilla trajo la casa del cura; los concurrentes a la misa dieron lugar a que se abriera la pulpería y así vinieron después el panadero y el zapatero y el alfayate. La capilla ascendió a *comandancia* o cuartel general del comandante con su pequeño cuerpo de tropas y esto a su vez trajo pobladores bastantes para hacer de la comandancia una villa floreciente.

No habrá lugar en el mundo —creo yo— que no tenga su *gran hombre*. Lo tienen las aldeas, las ciudades, hasta las metrópolis, y la importancia del *gran hombre* se mide, naturalmente, por la del lugar en que lo han consagrado así. En Londres —por ejemplo—, donde hay dos millones de habitantes, parecería imposible que un individuo pudiera destacarse y mantenerse aparte por encima de todos los demás. Sin embargo hay un *gran hombre* en lugar tan eminente y dominante, que es reconocido en seguida sin que sea menester nombrarlo. Cuando llegué a Goya, el pueblo tenía su *gran hombre*... Se trataba de un sujeto muy extravagante, pero constituía, sin duda, la *eminencia* del lugar. Llamábase don Pedro Quesnay, francés de nacimiento y sin duda un curioso personaje.

Había venido a América como marinero de un barco mer-

[1] Goya no es diminutivo de Francisca. Suele llamarse Goya a las Gregorias, lo que no quita que la mujer en cuestión se llamara Francisca y fuera conocida por Goya. *(N. del T.)*

cante, y sintiéndose con aspiraciones más altas que el palo mayor de su embarcación, dejó un día los trabajos de mar y comenzó su carrera en tierra firme.

Quesnay, aunque muy ignorante, era emprendedor, activo y astuto. Su cortesía extremada tenía de la adulación y la lisonja servil; sus maneras exageradamente afables reducíanse casi a muecas y ademanes.

Viviendo entre gentes muy susceptibles al halago y las adulaciones, se dio a incensar a todos aquellos que, ocupando un nivel superior, podían contribuir al medro de sus intereses o a la mejora de su posición social. Poco a poco, merced al dinero que ganaba, y con el crédito que fácilmente adquiría, se vio elevado al rango de un *cuasi comerciante*; y habiendo conquistado el favor de un viejo amigo nuestro, Mr. Stroud, estuvo en condiciones de remontar el río Paraná para abrirse camino en el mundo, dueño de unos ocho o diez mil pesos, con los que desembarcó en Corrientes. Aquí oyó hablar de la naciente prosperidad de Goya y después de efectuar algunos negocios en la capital de la provincia, se dirigió al nuevo puerto donde decidió afincar.

Quesnay llegó a Goya antes de propagarse el movimiento artiguista. Algo por espíritu de ostentación, y también deseoso de arraigar como comerciante fuerte, se construyó una casa de grandes proporciones que dio al pueblo un tono desconocido porque hasta entonces estaba formado por unos pocos ranchos. La casa construida por don Pedro no tenía —como no la tiene la mayoría de las del país— piso alto y por eso mismo ocupaba un gran espacio de terreno. Los cuartos, amplios y bien aireados, no tenían piso de tablas ni tampoco de ladrillos y se habían ahorrado los dormitorios para huéspedes. Junto a la habitación de don Pedro, y formando un ala de la casa, estaba el almacén, y del otro lado, como depósito de cueros secos, se levantaban unos enormes galpones con capacidad para treinta mil cueros vacunos y otros tantos de yeguarizos. Rodeaba la casa un lindo jardín bien cuidado, cerrado con postes de palo a pique pintados de verde con buenas puertas al frente y detrás. Próximos a éstas crecían algunos árboles y arbustos; por las rejas de las ventanas trepaban enredaderas y todo contribuía a dar al edificio un aspecto aseado y pintoresco.

La vida de don Pedro estaba en relación con la sencilla magnificencia de su casa; la puerta se abría para cualquier caminan-

te; una larga mesa —que iba de un extremo al otro del comedor— y muchas sillas de fabricación rústica se hallaban a disposición de los viajeros. Había siempre comida en abundancia y el dueño de casa iba de un lado a otro muy preocupado por servir a sus huéspedes.

Pero entre tanta hospitalidad (que bien poco le costaba en una comarca donde todo era muy barato), Quesnay sentíase devorado por el *auri sacra fames* que constituía para él (como para muchos otros superiores a él) la fuente de todos sus placeres y de todas sus penas. Poco a poco había ido adquiriendo instintos de avaricia y su carácter honrado cedió ante la más ingobernable de las pasiones: la sed de oro. A medida que sus galpones se llenaban con los mejores productos del país —esos cueros excelentes de esta parte de América bien conocidos en Inglaterra— los ojos de Quesnay deleitábanse más y más a la vista de las riquezas acumuladas. Su corazón se iba tras ellas y día a día sentíase menos dispuesto a partir con sus cueros a Buenos Aires para darlos en trueque de las mercaderías recibidas a crédito o en consignación. Aislado en un lugar casi desconocido en la capital del país, se hallaba fuera del alcance de sus acreedores y aunque por mucho tiempo les había respondido debidamente, terminó por no hacerles caso y ya éstos empezaban a desconfiar porque sus cartas no obtenían respuestas. Los cueros aumentaban a su vista como si fueran suyos propios. Quesnay hablaba de *sus* cueros, de las pilas de cueros que poseía y mostraba placer y orgullo en hacerlo. Pero al último no pudo venderlos en el lugar en que vivía. "Don Pedro y sus cueros" vino a ser una frase proverbial en la provincia. "Son más duros de salir que don Pedro con sus cueros." "Eso será cuando don Pedro venda los cueros", decían. Tal era la notoriedad proverbial a que había llegado Quesnay.

En mala hora empezaron los disturbios artiguistas y no podía esperarse que, habiendo cundido en la provincia el pillaje, pudiera escapar de sus consecuencias un hombre como aquél. Porque es de saber que, así como se había propagado la fama de sus cueros, también era creencia general que guardaba Quesnay un tesoro escondido que le servía para comprarlos. Y de ahí que por tres veces los bandoleros asaltaran su casa y en dos ocasiones lo dejaran por muerto.

La primera vez forzaron las puertas del almacén y los depósitos; quizás hubieran quedado satisfechos con llevarse el dinero y los bienes muebles que pudieran arrastrar, pero el desgraciado Quesnay, a despecho de su genio tímido, cuando vio que le arrastraban sus riquezas, arrojóse en medio de los salteadores desesperadamente y se aferraba a sus fardos de mercancías hasta que los artigueños estuvieron a punto de hacerlo pedazos; no se dio por vencido sino cuando a causa de las heridas recibidas y la sangre derramada cayó en el suelo, al parecer sin vida.

El segundo asalto que llevaron al infortunado francés fue más feroz y preparado con mayor sangre fría. Una de esas bandas, armada hasta los dientes, asaltó la casa al anochecer. Sus componentes sacaron a Quesnay de la pieza en que se encontraba y empezaron, con toda clase de imprecaciones, a exigir la entrega del tesoro escondido. El pobre no lo tenía en realidad porque su tesoro consistía en las pilas de cueros y en los escasos artículos del almacén. Pero en vano afirmó todo esto a los asesinos; en vano también pidió misericordia en el español casi incomprensible que usaba. Diéronle tormentos para obligarlo a una confesión: rompiéronle a golpes todos los dientes y le produjeron otras heridas en forma despiadada hasta privarlo del conocimiento, circunstancia ésta que alivió su tortura e hizo creer a sus crueles asaltantes que, si no habían logrado apoderarse del oro del francés, por lo menos le habían quitado la vida.

La tercera y última vez que fue atacada la casa, Quesnay, espantado al solo recuerdo de sus anteriores sufrimientos, huyó abandonándolo todo en cuanto pudo oír que se aproximaban los salteadores. Escapó por una puerta excusada, atravesó el jardín y a todo correr se internó en el campo durante una fría noche de invierno, cubierto apenas con una camisa de dormir.[1] Así permaneció escondido hasta el amanecer, y, cuando arrastrándose volvió a su casa, encontró que se habían llevado cuanto poseía en mercaderías y en objetos muebles. Por fortuna, sus queridos cueros, como artículo pesado y muy abundante, no merecieron la atención de los bandoleros artiguistas que buscaban siempre moneda y artículos manufacturados.

Estos asaltos a la casa de don Pedro me traen a la memoria un curioso episodio muy ilustrativo del estado en que se hallaba la provincia en el tiempo a que me refiero y ha de perdonárseme una digresión destinada al relato de esa anécdota.

Aquellos merodeadores artiguistas habían formado una ban-

[1] En el clima cálido de Corrientes, las noches de invierno son sin embargo frías, y caen heladas. El mes más frío del invierno es julio.

da a pocas leguas de Corrientes, y allí planeaban un saqueo general de la ciudad que, indefensa, no tenía más que someterse a los desaforados visitantes. En una de las primeras ocasiones, mientras las tropas bien armadas y bien montadas avanzaban, encontraron en su camino a un chacarero viejo parado a la puerta de su rancho fumando un cigarrillo.

—Venga, viejo, con nosotros —le dijo un artigueño indicándole al mismo tiempo que montara el caballo ensillado que se hallaba cerca.

—Pero, ¿adónde van yendo? —le preguntó el viejo algo alarmado por el aspecto de la tropa—. ¿Adónde me quieren llevar?

—¡Cómo! —replicó el salteador—, vamos a saquear la ciudad. Venga con nosotros.

El honrado chacarero, ignorante de tales procedimientos ilegales, desconocía también lo que significaba aquello de "*saquear* la ciudad" y pidió explicaciones.

—Monte a caballo y no sea zonzo —le contestó el artigueño ásperamente—. Venga y *vea*.

No queriendo desobedecer, el *chacarero* hizo como se le decía y marchó junto al amigo que le había dado la orden, pero pensando siempre, de camino, en cuál podía ser el objeto de aquella visita que hacían a la ciudad. Con gran admiración pudo observar, cuando llegaron a ella, que sus amigos se dispersaban por las calles, entraban en las tiendas, casas y almacenes y se proveían de todo lo que les venía en gana sin ninguna resistencia y sin aparente desagrado de parte de los propietarios. Hasta se daba el caso de que éstos entregaban el dinero que se les pedía y parecían contentos cuando los soldados dejaban los almacenes y otros lugares con sus respectivas cargas.

Los saqueadores, reunidos en cuerpo nuevamente, y cada uno con el producto de su despojo, salieron al trote, tranquilamente, de la ciudad y el chacarero se encontró camino a su casa con un gran corte de buen paño azul, un sombrero nuevo, dos lindas piezas de percal en colores y dos o tres pesos en moneda, todo lo que le había sido dado por el ceñudo gaucho que se dirigió a él cuando estaba a la puerta de su rancho. Una vez en su casa sano y salvo, entró en busca de su familia y presentando el botín, exclamó:

—*Cosa linda había sido un saqueo.*[1] Aquí tengo un corte de

[1] En español en el original. *(N. del T.)*

buen paño para una chaqueta y poncho; un sombrero nuevo, vestidos para la mujer y las hijas y dinero para comprar cigarros... y sin más trabajo que tomarlos. La verdad, cosa linda había sido un saqueo...

Volvamos al malhadado don Pedro. Podría creerse que los padecimientos sufridos y las pérdidas que debió soportar hubieran bastado para inducirlo a buscar seguridad en otra parte, porque mal podría alcanzarla por aquellos días turbulentos en su vasta y solitaria casa de Goya. Pero, una vez curado de las heridas que recibió en los dos primeros asaltos y consolado de sus pérdidas, volvió a sus hábitos primitivos. Las cortesías para con todo el mundo y en especial para los gauchos, antes que disminuir, aumentaron, y las habitaciones de su casa permanecieron abiertas, brindándose a cuantos querían entrar. Pero asimismo, bajo la aparente confianza y cordialidad que a todos demostraba, vivía un verdadero martirio por el terror que a diario le producía la inseguridad de su vida y de sus bienes. Porque era claro que continuaba pendiente de sus cueros y de su casa y demasiado aferrado a sus costumbres y a sus ambiciones para separarse de Goya por su propia voluntad.

Los pocos vecinos de don Pedro se apiadaron mucho de él por los atentados contra su vida y le prestaron toda la ayuda propia de gente bondadosa y humanitaria. Pero debo confesar que no experimentaron el mismo sentimiento por sus pérdidas materiales. La verdad es que consideraban sus bienes como mal habidos. El comercio de don Pedro se ejercía de ordinario con los chacareros y gauchos de los distritos circundantes, que encontraban más cómodo llevar sus pocos cueros a Goya que viajar con ellos a Corrientes. Nada sabían de números, cuentas, medidas o pesas y aunque el mismo don Pedro era muy ignorante, tenía siempre astucia suficiente para ver muy bien los errores de cálculo cuando le perjudicaban y para hacerse el ciego cuando podían redundar en su favor; con lo que había adquirido poco a poco cierta fama —odiosa en toda comunidad—, la de aprovechador del pobre a quien le sustraía con fraude los pocos dineros ganados duramente, para aumentar sus ganancias y llenar sus propios almacenes.

Los detalles que he referido sobre el gran hombre de Goya forman sin duda una lección muy útil. Pedro Quesnay, el pobre marinero francés, convertido en don Pedro Quesnay, el rico mercader francés, era uno de esos caracteres que, sin cambiar

sus cualidades esenciales, las modifican por la influencia de circunstancias extrañas e imprevistas, debidas a la fortuna o a los sabios designios de la Providencia.

Pedro, el marinero, era ignorante, astuto, avaro, y personalmente vacuo; obsequioso para los que veía en plano superior, lisonjero para con sus iguales, poseía ese talento que a menudo no es otra cosa que la ambición de subir, y del que pocos hombres se encuentran destituidos. Estos elementos actuaban sobre el carácter de don Pedro, el mercader. Pero su ignorancia recibía cierto barniz que le daba su propia riqueza y su situación actual; sus maneras aparecían mejoradas por el roce con gente de mejor educación; su marrullería resultaba encubierta por una aparente sencillez de carácter; su avaricia, alimentada de continuo, vino a ser su pasión dominante, y su personal vanidad se convirtió en ostentación de sus bienes; todo esto acompañado por el prurito de convertirse en "hombre de distinción".

Pero como Quesnay no contaba con buenas prendas de carácter y su prosperidad no podía dárselas, la obra que levantó fue hueca y defectuosa; sus alegrías derivaban de la contemplación de su riqueza y como procedían de fuente envenenada, no le devolvieron más que amarguras; no hizo amigos y, por el contrario, estaba rodeado de enemigos. Al final de su carrera todo lo perdió y se vio reducido casi a mendigar, hundido, creo, bajo el cúmulo de infortunios que le alcanzaron en su vejez. Carecía de esos elementos mejores de la naturaleza que capacitan el ánimo, si no para vencer la adversidad, por lo menos para luchar contra ella en todo momento.

G. P. R.

CARTA XII

LA PARTIDA DE CORRIENTES A GOYA. EN CAMINO. DON PONCIANO DELGADO, EL INDIO MAESTRO DE ESCUELA. MI PRIMER ENCUENTRO CON DON PEDRO QUESNAY. SU HOSPITALIDAD. LA SOCIEDAD DE GOYA.

El bosquejo sobre don Pedro Quesnay, dado en la carta anterior, lo debemos a un amigo suyo, don Isidoro Martínez y Cires, que, como habrán podido advertir los lectores, con ser su amigo, formaba un verdadero contraste con el francés. Mi hermano, en su viaje a Buenos Aires, pasó un día con don Pedro en Goya y le informó que yo tenía el propósito de quedarme allí algunos meses con el fin de vigilar nuestros negocios. Muy pronto recibí una carta de Quesnay en que me pedía con mucha instancia que durante mi estada en Goya me alojara en su casa.

Mi hermano había partido en los primeros días de diciembre y yo salí para Goya poco después, haciendo por tierra el camino, que era, como he dicho, de unas cincuenta y dos leguas españolas. Poco o nada de interés pude observar en la marcha hasta que llegué, a medio camino, a un grupo de chozas miserables llamado Las Garzas, cuya pobreza y el aspecto salvaje de sus moradores causaban pésima impresión. Eran todos indios reducidos, de la orilla opuesta del Gran Chaco, perezosos y casi desnudos, que vivían en la suciedad y la indigencia. Distribuí algunos pesos entre ellos, y en los muchos viajes que hube de hacer después, al pasar por el miserable caserío, me hicieron pagar siempre el peaje con sus ruegos humildes e insistentes.

A cinco leguas de Goya, sobre el camino de Corrientes, está el pueblecito de Santa Lucía, fundado por los jesuitas y edificado según su costumbre en forma de cuadrángulo. Conservaba todavía entonces el aspecto de una "reducción" y los indios, más civilizados, vivían cómodos y felices. Fui recibido hospitalariamente por el cura, un clérigo inteligente y amable y tuve el

gran placer de trabar conocimiento con el maestro de escuela del lugar, don Ponciano Delgado, indio y genuino discípulo de los jesuitas. Don Ponciano había nacido y se había criado en el pueblo y era maestro de escuela desde cuarenta años atrás. Como tenía más de setenta, deduzco que había pasado la mayoridad cuando se produjo la caída de sus maestros. Era un viejo robusto, sano y vivaracho. Más tarde mantuvimos correspondencia y guardo en mi poder dos o tres cartas suyas escritas en el más puro español y con mano tan firme como su propio paso. Era querido por todos en general y en su propia escuela por sus jóvenes alumnos a quienes llamaba, sin embargo, "mis vinagres"... Muchas visitas le hice después y obtuve de sus propios labios muchas noticias y tradiciones sobre los hijos de Loyola de quienes hablaba con el mayor entusiasmo y a menudo con lágrimas en los ojos cuando recordaba sus padecimientos y la mansedumbre observada en la hora de su expulsión.

Participé de una comida con el cura, que invitó a don Ponciano y al alcalde para la ocasión, y todos me despidieron con gran cordialidad, el cura dándome su bendición cuando monté a caballo y don Ponciano con un gran apretón de manos antes de que me pusiera en marcha. Después de hora y media de galope muy agradable, estuve en Goya y me dirigí a casa de don Pedro Quesnay, la que destacaba sobre un gran terreno y a un lado de la plaza del puerto, en formación y apenas comenzada entonces.

Don Pedro, que había estado esperándome todo el día, se hallaba parado a la puerta cuando me aproximé, y no bien advirtió mi presencia, pude oír que llamaba con apuro al sirviente. Apenas llegué se pusieron ambos a mi lado. Quesnay me tuvo el caballo de la rienda para que desmontara y luego me estrechó en sus brazos con los más respetuosos y afectuosos halagos. En seguida entramos en la casa.

Don Pedro era un hombre alto y fornido, aunque delgado en apariencia. Sus facciones habían sido hermosas pero le faltaban dientes y muelas y tenía las mejillas y los labios hundidos, lo que le daba aspecto de vejez aunque andaba por los cincuenta años. También le desfiguraban el rostro las cicatrices de las heridas de sable que recibió. Tenía ojos azules y algo saltones que le infundían un aire asombrado. Sus modales eran solícitos y lisonjeros. Vestía trajes anticuados como si fueran de última moda; llevaba de continuo la vestimenta de sus años mozos, del

tiempo de Luis XVI: calzones cortos de mahón, medias de algodón blancas y amplios zapatos; una casaca de talle muy largo y algo raída, chaleco blanco, flojo y caído, puños de batista, no muy limpios, y un corbatín blanco, ancho y alto con que se cubría el cuello en los días de fuerte sol. Dos dijes colgaban de la cadena de oro de su reloj, y acostumbraba llevar una rosa en el ojal del chaleco. Pero lo más característico de don Pedro era su lenguaje. Carente en absoluto de instrucción, no había podido conservar su lenguaje maternal y menos aprender el español. Dejando a una distancia equidistante ambos caminos lingüísticos a la filología de cada país, se había cavado una sendita propia, sucia y fangosa por la cual se veía condenado a marchar durante el resto de sus días. En un principio la jerga de don Pedro fue para mí, que conocía el francés y estaba familiarizado con el español, algo ininteligible. Luego advertí que, si bien se expedía con rapidez, la gente lo descifraba más por los gestos que por las palabras. Viviendo en su casa, alcancé a comprender su lenguaje perfectamente y hasta le serví de intérprete con vecinos menos afortunados que yo. Para divertimiento de los lectores de habla española, doy una muestra de su conversación, cuando me invitó a entrar en su casa llamando a su esclavo, el mulato Ventura:[1]

—Vangtur, Vangtur, trae le feu, ligère! trae le feu. Ah, don Guillerm! Custed sangt (siéntese usted). Va don Guillerm je vais faire saque les bottes. Vangtur, veng, Vangtur, saque les bottes de don Guillerm. Ah! Seigneur, comme il tard.

Apenas dicho esto acudió el ligero Ventura con fuego para mi cigarro, un sacabotas y un par de grandes chinelas pertenecientes a don Pedro, que prosiguió así:

—Va, don Guillerm, custed fume le cigar, le bon tabac de Paraguay. Ah! Seigneur! Y Vangtur! Cour ligère! trae le vin y le cop, le bon vin. Y Vangtur trae le aguardient de la France ligère...!

Llegó Ventura otra vez con el vino, coñac francés y vasos; y mientras yo, con muchos agradecimientos, me inclinaba ante don Pedro pidiéndole que no se diera tantas molestias, él me empujaba con ambas manos hacia una silla colocada junto al vino y al coñac, diciéndome:

[1] Las frases que siguen a continuación en bastardilla figuran como nota en el original inglés. El texto da una versión aproximada del lenguaje de Quesnay con la ortografía inglesa deformada y muchas palabras en francés. *(N. del T.)*

—*Ah Seigneur! custed sangt* (Siéntese usted) *yo tien le grand gust, si, Monseigneur, le grand honneur custed vient a ma caaz; Si, don Guillerm, yo sta lègre dusted ver dans ma caàz.*

Habiéndome sentado, de consiguiente, con mi cigarro y un vaso de coñac con agua (bebida esta última muy agradable en los climas cálidos *si no se hace muy fuerte*), la *hospitalidad* infatigable de don Pedro no le permitió quedarse quieto por mucho tiempo y se dio a la preparación de la cena.

—*Va! don Guillerm, custed quier cenar? Le paitó, le pavó gourd, gourd don Guillerm, gourd?*

—Yo cenaría cualquier cosa —le contesté.

—¡Va! —(ésta era su expresión favorita) y añadió—: *C'est bon le pavó. Vangtur! veng Vangtur! va ligère mat le pavo gourd, gourd, Vangtur et dig le cuisinier faire l'assad bon pour le cenar.*

Aquello de matar el pavo gordo para la cena me pareció que era el comienzo de otros preparativos mayores dirigidos al mismo fin; y era de ver cómo, al palabreo con que don Pedro daba sus diversas órdenes, respondía con la misma rapidez el arlequín Ventura. De vez en cuando, en medio de aquel rebullicio, mientras entraba y salía de una pieza, disponía el vino y aderezaba el postre dando órdenes a Ventura y al cocinero, venía don Pedro para decirme:

—*Ah! mon ami, custed descans, pardon, yo teng que hacerle todo. Ah, seigneur!* —Y al mismo tiempo, entre una y otra excusa, me pedía que fumara *le bon cigare* y bebiera su coñac viejo.

La llegada de una persona tan importante a los ojos de don Pedro como lo era yo, a un lugar donde no había más de seis u ocho familias que pudieran jactarse de ser —como él decía— *des personnes de distinction*, no podía menos que despertar gran curiosidad; y con todo el *empressement* propio de un grupo social primitivo, los *distingués* de Goya resolvieron darme su bienvenida la misma noche de mi llegada. De consiguiente, a eso de las ocho, la población del que fue puerto de doña Goya, empezó a entrar en la gran sala de don Pedro. El primero en llegar fue el comandante, mayor Brest, recibido por don Pedro con grandes expresiones de respeto y benevolencia.

—*Ah, seigneur Comandang* —dijo—, *hag usted el favog de entrag!* —y después de darle un abrazo me lo presentó con hartas ceremonias y abundancia de lisonjas para uno y otro. El comandante, hombre llano y correcto, quedóse perplejo ante los

agasajos y el discurso del dueño de casa, pero, al parecer, no le era extraña la conclusión a que llegaría todo aquello: es decir a una invitación para cenar.

—*Va! seigneur comandang, usted se qued para cenag con don Guillerm.*

Instalóse cómodamente el comandante y envió recado a su familia para que no lo esperasen. Me informó luego que el gobernador de Corrientes le había encargado hacer cuanto pudiera en mi obsequio.

—Y esta orden —agregó cortés el mayor Brest— no era necesaria para que Vuecencia pueda contar conmigo.

Después del comandante, llegó el teniente cura, acogido asimismo por don Pedro con su peculiar cordialidad y cortesía, mezcla de zalemas y reverencias y apretones de manos alternados con bienvenidas y ojeadas a lo alto y toda especie de cumplidos. A continuación se hicieron presentes el señor juez del distrito, o juez de paz, dos estancieros que habían edificado *casas de ciudad* en Goya para comodidad de dos hijas casadas; un comerciante al por menor, rival de don Pedro pero en buenos términos con él; y una pareja de esos raros individuos que viven de su dinero sin que nadie sepa exactamente cómo lo ganan ni de dónde lo sacan. La villa, por desdicha, no podía envanecerse de tener un médico ni un abogado. La única persona de la comunidad, si exceptuamos el cura, que pretendía tener alguna ilustración era un libertino de Corrientes que actuaba como amanuense del comandante, y el único hijo de Esculapio era el señor barbero que sólo sabía sangrar en el brazo, sacar alguna muela y afeitar.

Las personas nombradas fueron todas convidadas a cenar, y la invitación coincidió de tal manera con sus deseos que ninguna de ellas se excusó. El anfitrión nos regaló con una espléndida y suculenta comida; no solamente el *pavó gourd* y el pato sino carne asada, puchero y otros platos que no daban fin. Para atender a sus huéspedes, como para todo lo demás, don Pedro —ayudado por Ventura— se mostró infatigable; y los honores rendidos a los manjares y bebidas por la fraternidad de Goya, convenciéronme de que sus componentes, si no comprendían los primores del lenguaje de don Pedro, entendían, y muy bien, la elocuente retórica de su mesa.

A medianoche don Pedro despidió al último de los invitados; y entonces, expresando su satisfacción por haber podido

presentarme las *personnes de distinction* de Goya, y asegurándome que eran las únicas con quienes se trataba, me renovó sus mejores protestas de sincera amistad.

—Pero *Va! Don Guillerm* —me dijo por fin—. *Custed descangs, custed dorm, yo está con le mied custed sta cangsad. Demain usted va ver mes cuirs. Ah! Seigneur! les bons cuirs! Mais Vangtur! trae la veil pour don Guillerm, ligère Vangtur! ah voila. Bon repos, mi Seigneur don Guillerm, custed descans, custed descans.*

Oídas estas palabras me fui a dormir.

Don Pedro estuvo de pie mucho antes que yo en la mañana siguiente, ocupándose de las faenas de la casa y de sus negocios. Cuando salí de mi cuarto, él y Ventura andaban atareados con el mismo celo que en la noche anterior, y momentos después, al hacerme presente en la sala, recibí la precipitada y cordial salutación de mi hospedador, que empezó a llamar:

—*Vangtur! trae le té, les tostad, des œufs vite! et Vangtur trae le pavó froid et le rosbif froid. Va! Vangtur vite!*

Después de un abundante *breakfast*, fuimos con don Pedro hasta los galpones; y, en verdad, para la mirada de un comerciante sudamericano, ofrecían magnífico aspecto. Pilas y pilas, unas sobre otras, y los ojos de don Pedro brillaban al indicar la calidad excelente de sus cueros y su especial condición. No tendría menos de 25.000 que había ido acumulando año tras año y era evidente que, bajarlos de las pilas para la venta resultábale tan penoso como perder los pocos dientes que le quedaban. Me convencí de que, en justicia, los cueros pertenecían en su mayor parte a nuestro amigo Stroud y a otros; pero don Pedro había perdido de vista esta circunstancia y sin duda consideraba que las penalidades sufridas por las pilas de cueros que teníamos delante, dábanle un derecho exclusivo sobre las mismas. De sus trabajos y sufrimientos no me habló hasta que estuvimos solos y entonces, señalando todas las cicatrices de su rostro, me previno que debía cuidarme mucho de los gauchos.

—*Ah, señor* —exclamaba—, *les gaúchos! Mucho cuidad con les gaúchos; usted ve les herid del sable que mi cabeza tien des ces barbares! Ah! mon ami, ce que yo he suffert a cause de les gaúchos! Ah, mon Dieu!* —Y aquí el pobre hombre juntaba las manos, enlazaba los dedos y ponía en alto sus grandes ojos azules con la más lastimosa expresión. Pero volviendo de sus melancólicas imaginaciones, agregó en seguida con ánimo más alegre: —*Mais qué faire! qué faire! pacience, don Guillerm: Dios me ha dad la pacience.*

Más adelante me tocó exponer a don Pedro la índole de nuestras operaciones mercantiles y su diferencia con las practicadas por él; y cuando advirtió que actuábamos en escalas distintas e íbamos por distinto camino, lejos de mostrar celos por nuestros negocios, me pidió seriamente que no abandonara su casa, diciéndome que podría permanecer en ella todo el tiempo que lo exigieran mis obligaciones en Goya. Aparte de que mi compañía —según me lo dijo— resultábale muy grata, pudo advertir que, estando yo con él, gozaría de mayor seguridad, por mi amistad íntima con el gobernador, que a la vez nos reportaba la protección del comandante y sus oficiales. Mis asuntos me obligaron luego a tomar una casa propia, y aunque distaba solamente dos o tres yardas de la de don Pedro, éste derramó lágrimas materialmente cuando dejé su amplia casa para tomar posesión de mi rancho.

Y ahora debemos dejar al "francés de Goya", como era generalmente llamado, para dar una breve noticia sobre las transacciones que hicimos en el puerto.

No habrá lugar en el mundo donde la palabra *revolución* haya sido más desvirtuada de su acepción originaria como en Sud-América. En otros países, una revolución es algo que conmueve el ánimo de las gentes, pero entre los americanos del Sur, cualquier disturbio público merece el nombre de revolución. Si un presidente de una república resulta depuesto por algunos pocos hombres influyentes, para poner otro en su lugar, aquello recibe el nombre de "revolución"; si un oficial asume un cargo superior al que le corresponde, ayudado por un escuadrón de caballería, hace una revolución; y si el coronel A. es proclamado por el cabildo gobernador de la provincia, en lugar del coronel B., eso también es una "revolución".

Modificado el sentido de la palabra, a la manera sudamericana, podíamos decir que yo y mi hermano, ayudados por don Pedro Campbell, habíamos llevado a cabo en la provincia de Corrientes una "revolución" más importante que la de nuestro amigo el coronel Méndez, cuando entró en triunfo en la ciudad a la cabeza de su bizarro ejército de treinta hombres, obligando al gobernador Blanco a ganar el río con su guardia de dos ayudantes para ponerse a salvo camino a Buenos Aires.

La "revolución" que cumplíamos no era ni guerrera ni polí-

tica por su objeto; no importaba el cambio de dinastía ni la suplantación de una forma de gobierno por otra. No aspiraba a la elevada trayectoria de los héroes victoriosos o *soi disant* patriotas; nuestra revolución era limitada y de carácter puramente comercial. Bastábanos con enseñar al pueblo la sencilla pero provechosa lección de que la actividad mediante la cual se enriquecían los extranjeros en la provincia, tenía como efecto simultáneo la creación de riqueza y difundía la prosperidad entre los habitantes. Esta prosperidad quedó fundada cuando Campbell (como lo expusimos al final de la carta número VI) salió de Corrientes; y veremos cuán hermoso edificio levantó en el espacio de doce meses, con leer la descripción de las operaciones de Campbell y de las nuestras.

G. P. R.

CARTA XIII

MODO DE NEGOCIAR EN CORRIENTES. HABILITACIONES O CRÉDITOS. DON PEDRO CAMPBELL ENTRE LOS ESTANCIEROS. LOS GAUCHOS EN EL CAMPO. REVOLUCIÓN EN EL COMERCIO. DON PEDRO MAROTO. TROPAS DE CARRETAS CORRENTINAS.

El modo más común de realizar negocios en el interior de América del Sur, es el de las llamadas "habilitaciones" o créditos, que se hacen entregando al agricultor o acopiador de frutos o productos cierta suma de dinero o en mercaderías que él se compromete a pagar con los frutos acopiados dentro de un cierto tiempo y a un precio convenido. De tal manera, todo aquel que desea adquirir trigo, cueros, minerales, lana, yerba, tabaco o cualquier otro producto del país, en gran cantidad, empieza por adelantar el dinero necesario y luego se ve obligado a confiar en la honradez del deudor para el cumplimiento de la parte que a este último le cabe en el contrato.

Tal modo de comerciar proviene de que los estancieros y acopiadores de frutos no disponen de capital propio en dinero, o el que poseen es tan pequeño que si se hubiera de adquirir únicamente lo que son capaces de obtener con sus propios fondos, las operaciones se reducirían a una escala insignificante. Este sistema de adelantos, sin otra garantía que la honradez —no siempre segura— de los contratantes, es, sin duda, arriesgado porque a veces incita al fraude y los sudamericanos que pueden ocuparse de estas cosas son imprevisores y negligentes en cuestiones de dinero y además aficionados al juego, vicio que no pueden resistir cuando tienen los bolsillos colmados de doblones, propios o ajenos. De ahí que los criollos, al tomar estas habilitaciones, siempre lo hicieran con gran desventaja, es decir pagando altos precios por las mercancías adquiridas a la vez que recibían precios muy bajos por sus productos. En realidad, pagaban el riesgo que suponía para sus empresarios el hacer fe

únicamente en la honradez de su deudor. Muchas personas habían ido a la ruina por haber garantizado estas habilitaciones o adelantos comprometiendo sumas elevadas; y hubiera sido beneficioso para ambas partes una división más equitativa en la operación o un aporte mayor de capitales para terminar con este sistema de crédito.

No obstante lo riesgoso de las habilitaciones, como nosotros estábamos dispuestos a negociar en alta escala, tuvimos que adoptar el sistema establecido. Pero en realidad lo alteraba en su esencia, por la manera especial de nuestro comercio. Teníamos un gran interés en desprendernos de las mercancías y el mismo interés en adquirir frutos del país. Para conseguirlo, invertimos el viejo plan seguido por los españoles; es decir que empezamos por pagar los cueros a buenos precios y exigíamos poco por las mercancías que entregábamos. Esta novedad, indujo a muchas personas respetables a entrar en el negocio. Por nuestra parte, considerábamos bien los antecedentes de la persona a quien concedíamos crédito y, cada vez que se hacía necesario, el poderoso don Pedro Campbell "cortaba campo" a fin de asegurarse de que no seríamos engañados.

Personalmente atendíamos al funcionamiento de toda aquella maquinaria y como los habilitados o agentes se beneficiaban mucho con los precios, sentíanse al mismo tiempo estimulados a cumplir con exactitud sus compromisos y a repetir y acrecentar las operaciones de comercio. De tal suerte, fueron muchos los pequeños estancieros que vinieron a nosotros, y una vez habilitados con dinero o con mercancías, se dirigieron a sus estancias para hacer el acopio de cueros, pieles, cerdas y lanas.

Campbell en persona con sus peones acompañó a muchos de ellos. Cuando llegaban a la estancia, que encontraban abandonada y de aspecto miserable, don Pedro y su gente contribuían a reparar la casa y los corrales, a juntar las vacas lecheras y los caballos, a recoger las ovejas que se habían llevado los mismos peones del propietario a los ranchos que tenían en los alrededores. Campbell se procuraba también por ahí, en alguna población, el carpintero para remendar las puertas y poner en pie las carretas, mientras se comprometía en el mismo lugar a mandar los carros de nuestra propiedad para recoger los productos que tuvieran. Por último, y después de haber provisto a la gente de tabaco, aguardiente, yerba, sal y ponchos, y seguro de que todo iba bien, dejaba la casa y se iba a otra estancia para repetir

el mismo procedimiento. Excusado parece decir que, con tal actividad y energía, siempre tenía buen éxito en sus operaciones y levantaba de su letargo a los pueblos pequeños y a las estancias, poniéndolos en condiciones de activar sus negocios. Don Pedro conocía personalmente a todos y tenía gran sagacidad para elegir a quien podía serle útil. Formalizaba personalmente los contratos y hacía que los interesados fueran a Corrientes o a Goya para proveer sus almacenes en nuestros depósitos donde también podían obtener un adelanto para mejorar sus *esquinas* o pulperías. Porque el *pulpero* en Sud-América vende artículos de almacén y al mismo tiempo es despachante de bebidas.

Los estancieros de categoría superior, al considerar el nuevo orden de cosas y al ver que se presentaba un mercado seguro para sus cueros, cobraban ánimo gradualmente y muchos aprovecharon la ayuda de don Pedro para arreglar sus estancias y recoger sus ganados dispersos. En un principio, no fue pequeña la dificultad que se presentó para reintegrar todos los peones o gauchos a sus antiguos hábitos de trabajo y obediencia, porque había cundido la desmoralización con la vida sin ley de los soldados artigueños. Sin embargo, los altos salarios y el pago seguro obraron maravillas. En muchas partes —es verdad—, los más audaces y descarados de estos hombres intentaron paralizar los trabajos emprendidos, pero don Pedro Campbell supo imponerse y redujo a todos a la obediencia. Su fuerza física, su coraje intrépido —y hasta feroz cuando se enardecía—, su destreza en el manejo del cuchillo y el sable y la frecuencia con que usaba estas armas, le daban imperio sobre los ánimos menos osados que el suyo, convirtiéndolo en jefe indiscutido. Cuando tenía noticias de que gauchos jugadores y bebedores peleaban en una pulpería, allá se iba él y se arrojaba solo entre las armas esgrimidas por los contendientes a quienes apostrofaba llamándolos de "ladrones, villanos, asesinos", con toda la energía de su acento irlandés; luego repartía cuchilladas, sablazos o garrotazos, según el arma que tuviera en la mano; y en un santiamén quedaban dispersados los contendores. Entonces don Pedro, apoyado en el mostrador de la pulpería, estallaba en una sonora risotada. Así terminó con las riñas que se producían en Corrientes.

Merced a los procedimientos que dejo relatados, y como por arte de magia, empezó a renacer la industria y el comercio en todos los distritos. Juntáronse muchas manadas y tropas y miles y miles de cabezas de ganado fueron sacrificadas con el

fin de sacarles el cuero. En todas direcciones veíanse filas de carretas cargadas con los productos de las estancias y de las poblaciones, como signo de prosperidad y de paz, allí mismo donde algunos meses antes todo había sido rapiña, ruina y desolación.

Poco después de haberme instalado cómodamente en Goya, en casa de don Pedro Quesnay, como lo dije en mi última carta, advertí que me estaban reservadas muchas ocupaciones. Los diversos negocios entablados por don Pedro Campbell en la campaña, las muchas habilitaciones acordadas por mi hermano en Corrientes y las que empezaba yo a otorgar desde Goya (punto central de nuestras operaciones), me llevaron a desplegar una actividad muy intensa, y natural por otra parte en quien contaba como yo, entonces, veintidós años. Llevado de su celo infatigable, Campbell penetró en los bosques y selvas de Curuzú-Cuatiá. Era ésta una comarca salvaje y poco frecuentada de la provincia, hacia el lado de Misiones,[1] distante cincuenta o sesenta leguas de Corrientes y Goya. Campbell había conocido por allí un viejo español, de natural muy rústico, y establecido de mucho tiempo atrás. Este hombre había llegado a reunir, matando ganado en su propio campo y mediante el acopio en las estancias vecinas, cerca de diez mil cueros de buen tamaño. Pero en la situación que se vivía, la corambre representaba nada más que un montón de trastos inútiles, porque no había carretas para el transporte ni bueyes para arrastrar las carretas ni peones que pudieran dirigirlas para sacar la carga de aquella apartada región. Por otra parte, si Maroto, el propietario, sentíase ansioso por la suerte que pudieran correr sus cueros, mucho más lo estaba por su propia seguridad personal, en el temor de que, de un día para otro, los artigueños, posesionados de su casa, atentaran también contra su vida como lo habían hecho ya con su viejo amigo Quesnay. De manera que, al apearse don Pedro del caballo en casa de Maroto, y al decirle que lo guiaba el propósito de comprarle sus cueros, experimentó Maroto una viva satisfacción. Y el convenio quedó cerrado en seguida porque Campbell propuso la compra en el mismo lugar y haciendo el pago en la forma que más pudiera convenir al propietario. Firmaron al efecto un convenio sencillo pero en términos claros, y una vez

[1] Misiones comprendía entonces la parte oriental de la actual provincia de Corrientes. *(N. del T.)*

firmado, Campbell montó a caballo y se vino galopando en triunfo hasta Goya.

Esta compra un tanto arriesgada —no por su monto sino por la dificultad que significaba el transporte de los cueros— nos convenció de que debíamos convertirnos también en acarreadores; e inmediatamente empezamos a organizar la parte más importante del negocio. Mediante el dinero que gastamos, y debido también a la infatigable actividad de Pedro Campbell, pudimos poner en movimiento tres tropas de carretas, tan bien equipadas como no se habían visto otras en la provincia. Adquirimos para ello los mejores de estos vehículos, asombrosamente fuertes, amplios, cubiertos y bien cerrados para evitar cualquier daño que pudieran sufrir los cueros por la lluvia o por el agua de los ríos y lagunas. Cada tropa se componía de dieciocho a veinte carretas, con unos trescientos bueyes elegidos, grandes y mansos; veinticinco a treinta buenos caballos de silla; el personal estaba formado por un capataz o superintendente ayudado por uno o dos asistentes y cinco o seis "bueyeros" o encargados de conducir los bueyes de remuda. En cada carro, y en la parte delantera, iba un "carretero" dirigiendo con su *picana* el movimiento de los seis bueyes.[1]

Los tres capataces eran, en el trabajo a que se dedicaban, los mejores que pudimos encontrar en la provincia; y como, por otra parte, tenían orden de pagar los mejores sueldos para conseguir buenos peones, las tropas de carretas resultaron algo así como tres regimientos de primera en el ejército de una nación. La compra y el arreglo de estas tropas nos costó alrededor de cinco mil libras esterlinas y pagábamos mensualmente para sostenerlas unas quinientas libras. Sería erróneo creer que los trabajos y operaciones de un carretero se cumplen en América del Sur con tanta facilidad como en Inglaterra. Los movimientos y

[1] La *picana* es una caña o tacuara más gruesa en uno de los extremos y que tiene unos dieciocho a veinte pies de largo y alcanza con su punta hasta los bueyes delanteros. Tiene un clavo en el extremo, y a la altura de la mitad, sobre la segunda yunta de bueyes, sale hacia abajo otra estaca fija, con un clavo en la punta. El carretero maneja la picana tomándola del extremo más grueso con su mano derecha y para aguijar a la segunda yunta, no tiene más que sacudirla o agitarla sobre ella, mientras puede pinchar directamente a los bueyes que van delante. En su mano izquierda lleva siempre una caña más corta, también con un clavo en la punta que le sirve para aguijar y dirigir a los bueyes uncidos al pértigo de la carreta.

maniobras de nuestros carros en nada se parecían a los que realizan los vehículos de los señores Pickfords y Cía. de Gran Bretaña. Nuestras carretas se movían como la artillería pesada de un ejército en áspera y fatigosa campiña y los trabajos cotidianos no terminaban con el descanso en una fonda como la del Marqués de Gamby, El León Rojo o la de Bedford Arms con "comida para viajeros y caballos", sino que teníamos que vivaquear bajo la bóveda celeste.

Nada más pintoresco que uno de estos largos viajes cuando la tropa vuelve con su carga de cueros. Voy a describirlo, tal como lo hice desde la estancia de Maroto en Curuzú-Cuatiá, hasta el pueblo de Goya, en tiempo de lluvias.

El capataz —comandante en jefe de la tropa—, montado en hermoso caballo, toma su último mate a la puerta de la estancia, antes de emprender la marcha; habla con el dueño de casa y su familia, al parecer muy indiferente pero en realidad vigilando con ojo avizor todos los movimientos de sus hombres que se preparan a partir.

Por último se despide y da la voz de mando para la marcha, poniéndose luego al frente de la tropa, grave y sosegado, fumando su cigarro. La indumentaria del capataz tiene algo de estanciero criollo y algo de militar. Viste chaqueta azul, pantalones de lana y botas de potro; chaleco de felpa, rojo, con botones de metal; ancho y lujoso cinturón de cuero que ostenta monedas españolas y un puente de eslabón de plata como los botones de camisa que se usaban antiguamente; a un lado del cinturón lleva una pistola de gran tamaño y en el otro un cuchillo con mango de plata repujada. Luce pesadas espuelas de plata y rebenque del mismo metal, que cuelga de su mano derecha; en el brazo izquierdo tiene un poncho de fabricación indígena; lleva atado un pañuelo de seda a la cabeza y encima un sombrero pequeño asegurado con barboquejo de terciopelo negro. Tal era la indumentaria de don Manuel, el capataz, que había sido en sus buenos tiempos estanciero no muy rico, pero sí respetado por todos en la provincia.

Detrás del capataz, y casi pegado a él, marchan los dos bueyes delanteros de la primera carreta, seguidos por los otros cuatro y todos inclinan, pacientes, la cerviz bajo el yugo y aúnan sus esfuerzos para arrastrar la carga, avanzando lenta pero seguramente. Veamos ahora la carreta misma: las ruedas, montadas sobre un enorme eje de madera, tienen un peso, una altura y una

consistencia gigantescos. Fabricadas toscamente, producen al girar un ruido agudo, penetrante, y dan la impresión de que también trabajan para mover aquella pesada fábrica, asentada sobre ellas. El diestro carretero, sentado al frente, guía con singular destreza el largo atelaje que tira del vehículo. Otra carreta idéntica sigue a la primera. Y así otra y otra en interminable fila. Los ayudantes o "segundos" de don Manuel galopan a lo largo de la línea, con sus lazos que cuelgan de los recados y las boleadoras atadas a la cintura. Finalmente, cerrando la fila, van los bueyes de remuda, arreados por cinco o seis gauchos bien montados y vestidos con chiripá, calzoncillos de algodón, botas de potro, chaqueta, poncho y sombrero pequeño, de paja. Cada uno de ellos desempeña con diligencia su propia tarea mientras el orden, la disciplina y la exactitud presiden todo el conjunto.

G. P. R.

CARTA XIV

ALGO MÁS SOBRE LAS CARRETAS. LA PARTIDA. EL CRUCE DE UN RÍO. EL CAMPAMENTO. EL DESCANSO.

Los descendientes de los antiguos españoles en el Río de la Plata que constituyen lo que se llama "pueblo de la campaña", son de costumbres esencialmente nómades y nunca están más en su elemento que cuando hacen algún largo viaje como el que empecé a describir en mi carta anterior. Estos hombres rehúyen todo trabajo metódico que importe disciplina y moderación; necesitan estar agitados o bien en completo reposo; y gustan de lo pintoresco, de las escenas cambiantes, de los obstáculos que ponen en juego sus facultades físicas y mentales. En empresas así, sobresalen siempre. Son pacientes, esforzados, valientes, sufridos; y estas cualidades, unidas a la destreza y al esfuerzo corporal de que son capaces, resultan inagotables cuando se trata de dar cumplimiento a la tarea que se han propuesto. Una vez conseguido su objeto, se entregan al reposo, que viene a ser como el fruto de su trabajo o el galardón de una victoria.

Pero volvamos a don Manuel con su tropa de dieciocho carretas y al viaje desde Curuzú-Cuatiá, tal como había empezado a describirlo. El camino que seguíamos corría en parte a través de bosques espesos y campos arbolados, siguiendo las márgenes de los ríos; en parte también por campos abiertos, en que alternaban lomas y bañados. En verano, el pasaje es relativamente fácil; los ríos están bajos y aunque el suelo es áspero y desigual, no hay verdaderos pantanos porque la tierra se ha secado. Pero, llegado el invierno, los riachuelos se convierten en arroyos, los arroyos en ríos y los ríos en torrentes. Los pantanos forman entonces verdaderos lagos de fondo fangoso; y aun en las tierras altas, como los caminos de huella se llenan de agua,

se hace preciso buscar otro camino entre los pastizales que cubren la llanura.

Puede suponerse que un viaje de sesenta leguas por una región como la descripta, con dieciocho carretas, cargada cada una con dos toneladas, no carece de penalidades. Después de haber atravesado un monte, don Manuel, que ya no encabezaba la tropa, se adelantó a reconocer el camino hasta un sitio infranqueable, al parecer, para el pesado tren que conducíamos. Comprobada que fue la dificultad, de inmediato se pusieron todos los peones al trabajo y abatieron algunos árboles, abriendo nuevo camino para sortear el terreno pantanoso. Cuando, a despecho de toda precaución, alguna carreta amenazaba romperse o algún eje parecía ceder, los hombres acudían sin tardanza para remediar el inconveniente y se desempeñaban como carpinteros. En seguida el vehículo derrengado se ponía otra vez en pie y la tropa reanudaba el camino. Después de haber atravesado el bosque "con lentos y penosos pasos", dejamos atrás las tierras altas y tuvimos que cruzar un ancho bañado que cubría una gran extensión de terreno. Allí era de ver a los pobres bueyes cómo trabajaban para vencer el barro pegajoso, y al picador animándolos de continuo en sus esfuerzos. De vez en cuando la carreta salía con extrema dificultad de la profunda huella formada, para ganar un terreno más firme y los hombres rivalizaban con los animales en paciencia y tenacidad.

Pero el gran obstáculo para el avance de la tropa lo constituye el cruce de algún río crecido e invadeable y de éstos hay dos o tres entre Curuzú-Cuatiá y Goya, que desembocan en el Paraná. Aquí se ven escenas de afanoso trabajo. Los puentes no existen. En algunos sitios pueden encontrarse embarcaderos y balsas para cruzar cargas y pasajeros; pero cuando crecen y desbordan los ríos, los mismos pasajeros deben construirse embarcaciones para salvar la corriente. En este caso nos hallábamos nosotros y de ahí que los peones de don Manuel se dieran a la tarea de construir una balsa, que formaron con troncos de árboles, unidos con lonjas de cuero, valiéndose de hachas y otras herramientas que llevaban. Las carretas fueron descargadas en la orilla del río y pasaron sucesivamente a la balsa los cueros, las pieles, las carretas mismas, los bueyes y los hombres. Los caballos, desensillados de antemano, atravesaron el río a nado, libremente. En la orilla opuesta los esperaban ya los jinetes para ensillarlos. Cuando el río ofrece vado, obligan a los bueyes, con

mucha instancia, a entrar en el agua; en tales ocasiones, a medida que caía en la corriente, cada carreta era rodeada por los peones a caballo, que en toda forma acuciaban a los bueyes para que llegaran a la otra costa. Algunas carretas pasaban, pero con frecuencia también, al subir la margen opuesta, las ruedas se hundían de tal modo en el barro que era menester agregar cuatro bueyes más, hasta formar cinco yuntas, y si aumentaba la dificultad se ponían a contribución todos los hombres. El capataz dirigía enérgicamente la maniobra y concertaba los esfuerzos. La mayoría, dejando los caballos, poníase a uno y otro lado de la carreta, y aplicando sus brazos atléticos a las ruedas y los robustos hombros a la parte trasera del vehículo, disponíanse para un esfuerzo conjunto. Don Manuel, el capataz, gritaba entonces en alta voz: "A la una...", es decir: "Listo", y después, mientras un grito simultáneo rasgaba el aire, el esfuerzo de bueyes y hombres llegaba a la máxima tensión, el vocerío redoblaba hasta que las ruedas cedían y el enorme armatoste poníase otra vez en movimiento para llegar al suelo firme, entre gritos frenéticos. La tropa de carretas, como se comprenderá, era la casa ambulante del capataz y de sus hombres. Llevaban en las carretas todo cuanto necesitaban para su comodidad y conveniencia, y tan lejos como fuera el término del viaje, lo mismo les daba vivaquear al aire libre que hacer noche en una estancia del camino. En este último caso se ensanchaba —es verdad— el círculo de la conversación y el chismorreo; mediaba también el atractivo de que alguna muchacha bonita y complaciente se prestara a escuchar el relato de las recientes aventuras y también en algunas ocasiones se hacía música, a la que todos eran muy inclinados; no faltaban los galanteos y amoríos que para algunos constituían el atractivo principal.

Pero mucho más pintoresco era el vivac. En este caso disponíanse las carretas en semicírculo, bastante cerca una de otra, pero de manera que pudieran uncirse todos los bueyes a la vez por la mañana. Estos animales quedaban sueltos y podían pastar libremente; desensillábanse los caballos y daban comienzo los preparativos para la noche. Entre los bueyes mansos, hay siempre un cierto número de novillos que el capataz compra para dar de comer a sus hombres durante el viaje. Están generalmente gordos y la región abunda en ganado excelente. Carne más sabrosa y tierna parece imposible encontrar en ninguna parte del mundo, ni siquiera en el mercado de Leadenhall. Elegido el animal, lo mataban a escasa distancia de las carretas y lo carneaban los más expertos carniceros de la tropa, aunque la faena es familiar a todos los gauchos. Al mismo tiempo, dentro del círculo de las carretas, iban encendiéndose grandes fogones en el suelo; crepitaba la leña y las llamas iluminaban la escena destacando con intensidad todos los objetos mientras se extinguía la luz del sol. La primera distracción del gaucho, después de cumplido su afanoso trabajo, es el mate. De manera que, tan pronto como terminaban las tareas, y colgados en su lugar todos los arreos y pertrechos de las carretas, salían a relucir las rústicas y abolladas calderitas[1] y en seguida podía verse a los hombres llenando los mates o chupando las bombillas, mientras caminaban a paso lento o bien permanecían sentados junto al fuego sobre una cabeza de vaca y fumando cigarrillos de papel. Era el preludio de la cena más suculenta que pueda imaginarse; sobre los fuegos, y ensartados en largas estacas de madera o en brochetas de hierro, inclinadas, se veían ya una media docena de asados compuestos de las mejores partes del animal; los cocineros vigilaban escrupulosamente y el olorcillo de la carne asada, llenando el aire, abría cada vez más el apetito. Hasta el grave y flemático don Manuel empezaba a dar muestras de impaciencia, con lo que llegaba el momento de tender sobre el pasto algunos cueros que, no pudiendo ser usados como sillas, servían a manera de yacijas. Los concurrentes se distribuyeron como en un *picnic*, en grupos de tres y cuatro, con el cuchillo en la mano; ponían sal sobre los asados correspondientes a cada grupo y comían con los dedos en aquel espléndido festín. No tenían —en rigor— más que carne y sal, pero no se preocupaban por otra cosa y estoy seguro de que los más familiarizados *habitués* a las fiestas de la tortuga del lord mayor no comen nunca con mejor apetito que el gaucho, cuando se pone frente al asado tierno y sabroso.

[1] Una tetera o vasija rústica de cobre fabricada en Cataluña, pero que los manufactureros de Birmingham pronto empezaron a imitar. Las enviaron, al principio, de apariencia muy superior, pulidas y brillantes como las nuestras, pero los gauchos no las encontraron de su agrado; y nada querían saber con el pulimento ni con la afectada delicadeza de contornos de la mercancía de Birmingham. Con tal experiencia, los manufactureros empezaron, entonces, a enviar copias de las calderas rústicas catalanas que parecían curtidas por la intemperie y así desalojaron del campo a las auténticas. Desde entonces, proveen por miles a la demanda sudamericana de calderillas de tipo catalán.

Al gaucho le es necesaria la carne a discreción, como el pan es necesario al parisiense; y quedarían los lectores más que sorprendidos al ver la cantidad de carne que se considera necesaria para mantener vigoroso su organismo. En cuanto a bebida, le basta con el agua que saca del pozo más cercano. Levantada la mesa, es decir removidos los asadores, envainados los cuchillos y colocados en el cinto o en la bota de potro, el fuego seguía proyectando sus resplandores sobre la cristalina superficie del río y sobre los grupos de personas sentadas en su orilla. Don Manuel montaba entonces su caballo y, vigilante como un general en jefe, se daba a verificar si habían sido bien cumplidas las tareas de la noche; si los bueyes y caballos estaban en su sitio, si cada cosa se hallaba en su lugar para el día siguiente y si habían sido ejecutadas las órdenes dadas para partir al amanecer. Una vez todo en calma, los hombres, cubiertos con sus ponchos, rodeaban los fogones y seguían fumando cigarros y tomando mate. Cuando se reúne un cierto número de estos gauchos, aparece generalmente alguno mejor dotado que los demás para dar animación y alegrar la velada. Porque entre estos paisanos hay siempre los graciosos que son los Yoricks de la gente de campo, buenos para compañeros de camino, por su ingenio natural, sus chistes, sus cuentos y chanzas de toda especie. También hay cantores y guitarristas que unen sus voces[1] para cantar los *tristes* del país o los *boleros* y otras alegres canciones españolas. Todos pueden contar con la admiración del auditorio que los escucha siempre con sincero deleite y los agasaja con *vivas* muy cordiales.

Cuando, terminados los cigarros y el mate, los *graciosos* empezaban a bostezar y a cabecear de sueño los cantores, guardábanse las guitarras y todos, vencidos por el sueño —a excepción de los centinelas— íbamos a dormir. Cuando hacía frío, había que guarecerse en las carretas; si la temperatura era agradable, los gauchos dormían sobre los cueros en que habían estado reclinados, con sus recados por almohada. El sueño era más tranquilo y reparador que el que puede comunicar un lecho de plumas o asegurar la diadema de un monarca.

G. P. R.

[1] Literalmente: "que mezclan su música a un mismo tiempo en *los tristes*, etcétera". *(N. del T.)*

CARTA XV

VIAJE DE BUENOS AIRES A GOYA CON JORGE WASHINGTON TUCKERMAN Y FELIPE PARKINS.

Permanecí solamente diez días en Buenos Aires porque tenía urgencia en volver a Corrientes con nueva provisión de oro. De suerte que hube de instalarme otra vez en mi viejo armatoste, tirado como de costumbre por seis caballos y dirigido por un cochero y cuatro postillones. Mis paquetes de doblones de oro iban convenientemente dispuestos en dos maletas amarradas al coche, bajo mi directa vigilancia y la de mi perro. Llevaba bien cargadas las pistolas y una escopeta de doble caño, para el caso que me fuera necesario defender mis tesoros en la pampa.

En mis *Cartas sobre el Paraguay* he descrito detalladamente las diversas maneras de viajar por el campo y no voy a repetirme, pero algo diré de la persona que me acompañó en aquel viaje, pagando conmigo, por mitad, el precio del carruaje.

Se llamaba Felipe Parkins y había nacido en Surrey, de padres londinenses. Era (¡pobre amigo!, ya no puedo decir que es) un hombrecillo muy peripuesto, de larga nariz aguileña, de cabello escaso y sedoso. Vestía muy a la moda: botas con vueltas, de piel de antílope, o bien al uso de Hesse, con una borla en el borde de la caña;[1] pantalones de cordoncillo muy ajustados, blancos o color de ante; una cadena de reloj con sellos muy hermosos, algo llamativos, y latiguillo de plata muy lucido. Usaba siempre espolines de jockey y aunque era *cockney*, sabía mon-

[1] La bota hessiana (de Hesse, ciudad de Alemania) estuvo de moda en Inglaterra a principios del siglo XIX. Se caracterizaba por una borla que servía de adorno en la parte delantera de la caña y era calzado de ciudad como la bota con vueltas. *(N. del T.)*

tar a caballo como el mejor *turfman* de Newmarket. Veíasele siempre montado en un caballo blanco, tan conocido como lo era el mismo dueño, y cuando cruzaba las esquinas haciendo cabriolas y escarceos con el caballo de través, la gente se guarecía tras de los postes o buscaba refugio en las tiendas. Los amigos de Parkins acostumbraban decir que las únicas palabras españolas con que estaba familiarizado eran las que les designaban a él y a su caballo: *Don Felipe y Caballo blanco*. En efecto: nadie lo llamaba el señor Parkins ni míster Parkins, sino invariablemente don Felipe y los íntimos también *Phil*, pero esto como juego de palabras porque llenaba el vaso muy a menudo.[1] Hay que decir que le gustaba el vino más de lo conveniente y era tan apasionado por el bello sexo, que en un tiempo le dieron el apodo de duque de Queensberry y algunos le llamaban *Old*-Q, aunque no tenía más de veinticinco años.

Había sido educado en principios religiosos muy estrictos; pasaba el día domingo encerrado en su habitación, sin que nadie pudiera sacarlo de allí, como tampoco a su caballo blanco del establo. Lo que explicaban diciendo que el caballo, como su dueño, sabía que el domingo es el día que sucede al sábado. A don Felipe le hacían bromas todos los hombres y le sonreían todas las mujeres. Por otra parte, él era el primero en hacerse chistes cuando entraba en chanza con algún amigo. Su intelecto —si es que lo tenía— se ocultaba como una luz bajo un fanal, representado por su buen corazón. Por esto y porque era muy aficionado al baile y al mismo tiempo el más torpe y desmañado bailarín, como que nunca pudo aprender el paso de vals, y por su sonrisa de niño enfurruñado y sus maneras blandas y obsequiosas, resultaba el bienvenido en la Tertulia, sobre todo cuando había tomado una botella de clarete. Había que verlo, entonces, cuando se dirigía a la dama más elegante del salón, la señora de Oromí, por ejemplo, y bailaba con ella, sin hacer mucho caso del piano, *un minuet de la cour*. Era un espectáculo divertido. Y cuando más se ejercitaba en la danza, peores eran los resultados. Agréguese que, noche tras noche, se complacía en hacer exhibiciones, mostrándose halagadísimo cuando sus amigos le decían que progresaba en sus pasos.

Con este compañero —un buen amigo en verdad—, que como yo iba bien provisto de dinero para especulaciones en Corrientes, ocupé mi destartalado carruaje. De salida, ya don Felipe iba algo achispado. En cada posta a que llegábamos rendía muchos homenajes con gestos y ademanes a cuanta mujer se le cruzaba, hasta ponerse molesto con ellas, pero a mí me divertía, sirviéndome para initigar el tedio en aquellas largas paradas del camino. Después de mucho andar, llegamos a Santa Fe, donde Jorge Washington Tuckerman esperaba ansioso nuestro arribo por el temor de que nos hubieran robado los doblones y con ello quedaran desbaratados sus proyectos de matrimonio con la adorada Carlota. Su alegría fue muy grande cuando me vio; y al saber que todo se encontraba a salvo, no acababa en sus demostraciones de gratitud. Después de permanecer tres días entre los santafecinos, volvimos a examinar y a contar el dinero y lo pusimos en unas talegas de cañamazo que parecían salchichas alemanas.

Yo puse algunos de mis doblones arreglados en el chaleco y el resto en las maletas de dos peones de confianza para no sentirme molesto con el peso ni lastimado por el frote de la carga. Pero don Felipe y don Jorge, más precavidos —y menos avezados como viajeros—, insistieron en llevar el tesoro ceñido a la cintura y montaron a caballo. El peso de los doblones, si bien podía soportarse durante unas pocas leguas, no era para llevarlo noventa millas diarias en la campaña de Entre Ríos con mucho calor. Llegaron, de consiguiente, a Goya, cansados a más no poder y con algunas desolladuras. Allí fuimos a casa de don Pedro Quesnay, donde encontramos a mi hermano, y a medianoche se produjo una alarma muy seria de la que se hace relación en la carta siguiente.

J. P. R.

[1] Juego de palabras entre Phil, diminutivo de Felipe, y *fill*, llenar. *(N. del T.)*

Carta XVI

El comienzo de nuestras operaciones. El deporte de matar mosquitos. Don Pedro nuevamente en escena. Arribo a Goya. La comida. Escena inquietante. La alarma. Don Felipe Parkins. Un alboroto. Se aclara el motivo de la tribulación. Falla el coraje de don Jorge.

La rapidez con que el oro y las mercancías —distribuidos por todas partes con prudencia pero sin tacañería— restituyeron a la provincia de Corrientes su prosperidad y la seguridad de vidas y haciendas, fue algo sorprendente. En agosto o septiembre de 1815 todo estaba devastado y destruido bajo el funesto dominio artiguista; en enero siguiente —vale decir unos cuatro meses después— no quedaba vestigio del daño producido ni de la aflicción que embargaba a tantos corazones.[1]

Después que di por terminados diversos arreglos preliminares en Goya, se hizo necesario volver a Corrientes para completar otro allí. Con esto pude advertir que me vería obligado a trasladarme con frecuencia del puerto a la capital, y entré en deseos de hacer ese viaje en el término de un día, galopando. El viaje por el camino de postas no me convenía porque los caballos servían poco y la demora para traerlos a la posta era muy larga. Pero de Corrientes a Goya se escalonaban muchas estancias en actividad, al cuidado de sus propios dueños, todos ellos clientes de nosotros. Previo anuncio del día en que debíamos partir, cada estanciero tenía dos o tres de sus mejores caballos atados a la puerta y listos para ser ensillados una vez que llegaba yo con mi asistente. También me proporcionaban baquiano. De esta manera me arreglaba generalmente —saliendo muy temprano y llegando tarde— para hacer cincuenta y dos leguas, o sea ciento cincuenta millas, en el espacio de un día. Mi hermano

[1] Téngase en cuenta que esta carta no es del autor de la anterior sino de su hermano Guillermo. *(N. del T.)*

también adoptó este sistema aunque sus viajes eran menos frecuentes que los míos. En un clima tan cálido, resultaba un ejercicio muy fatigoso, y en verdad sólo cumplido por algunos gauchos acostumbrados a esa faena, y por nosotros.

Con el viaje de mi hermano a Buenos Aires, Mr. Postlethwaite quedó encargado de nuestros asuntos en Corrientes y yo en libertad para volver de inmediato a Goya. El círculo de personas educadas de Corrientes no podía concebir que yo diera preferencia a la sociedad de los pocos rústicos "del puerto", abandonando los atractivos de buen tono que me ofrecía la capital. Como en otras ciudades que yo he conocido, los caballeros y sobre todo las damas de Corrientes consideraban que, fuera de los límites del municipio, todo era tedio, vulgaridad y tontería. Y tal idea se formaban de las delicias de Goya, que en una de mis visitas de despedida —que allá no se arreglan con una tarjeta sino con dos horas de charla— una de las jóvenes bonitas del lugar, al preguntarle qué podía mandarle desde Goya, me respondió jocosamente:

—Puede mandarme, señor, lo único que ha de tener el puerto: mandarme una libra de mosquitos...

Hago mención de este encargo porque, al mostrar a usted lo que es a veces el río Paraná, debo agregar que, para sorpresa de la bonita doña Dolores Madariaga, cumplí al pie de la letra lo que me había pedido. Tentado por un rápido velero que estaba a punto de partir, y confiado en una linda brisa del norte, me embarqué para hacer el viaje por agua hasta Goya. El primer día navegamos muy bien; al segundo día, el viento cesó y, por la noche, no lejos de Goya, nos vimos obligados, dada la oscuridad y lo intrincado del camino, a amarrar en un árbol la embarcación, cerca de una costa pantanosa del río. Ni un soplo de aire movía las hojas de los árboles, el cielo estaba nublado, la atmósfera sofocante en extremo y pronto pudimos advertir que nos esperaban en la noche un cúmulo de miserias y calamidades de que estas palabras darán apenas una pálida idea.

Como sabe usted, está reservado a los viajeros el ver cosas extrañas, de manera que no atribuya a exageración de mi parte lo que voy a contarle sobre lo que nos pasó con los mosquitos en aquella memorable ocasión. Entrado el sol, y cuando se acentuaban las sombras de la noche, los terribles enemigos dirigieron sus huestes contra nosotros, y a las nueve la batalla estaba en su apogeo. El primer ataque fuerte lo llevaron a la cámara, cargando sobre la candela en forma tan impetuosa que en un

momento la dejaron apagada. Como consecuencia, tuvimos que abandonar esa plaza fuerte, de la que se posesionaron durante la noche algunos cientos de miles de los contrarios. Precipitándonos al puente, hubimos de mantener hasta eso de las cuatro de la mañana del día siguiente un esforzado combate contra miríadas de enemigos y, como sabíamos que algunas luces podrían mejorar nuestra suerte, colocamos dos grandes faroles en las extremidades del alcázar, dejando las puertas abiertas. Dos hombres de la tripulación, junto a los faroles, tenían la consigna de encenderlos a medida que eran apagados repetidamente por los muertos y moribundos de los incontables asaltantes. Permanecimos —como es natural— toda la noche a la defensiva, y a despecho del calor, nos calzamos botas y guantes, armándonos al mismo tiempo con sendas y pesadas toallas. Así provistos, íbamos de un lado al otro del puente limpiando la atmósfera de mosquitos alrededor de nosotros. Una gran parte, y por último el ejército principal que había sido reforzado continuamente desde la costa, abandonó el terreno al amanecer, formando una densa falange. En nuestro campo se derramó también alguna sangre; los dardos venenosos del enemigo hicieron terrible efecto en las caras y en otras partes del cuerpo a despecho de toda precaución, de suerte que por la mañana nuestras fisonomías, inflamadas por las heridas, no podían reconocerse.

Cuando vi los montones de mosquitos muertos que llenaban las linternas y cubrían el puente, recordé la comisión de mi gentil amiga, recogí cuidadosamente una cantidad de mosquitos y, haciendo con ellos un paquete, se los remití esa misma mañana con una detallada relación de la riña terrible que habíamos sostenido.

Al llegar a Goya, don Pedro Quesnay me recibió con la misma efusividad y cortesía y con sus llamadas a Ventura como de costumbre. Pasado el primer movimiento que ocasionó mi llegada, sentóse don Pedro a mi lado, me tomó una mano en la suya y abriendo mucho sus grandes ojos azules, con extremos sentimentales que daban a su fisonomía un aire de cómica pesadumbre, habló así:

—*Ah! mon ami, que yo está legre dusted ver; yo estuv triste tout le temps custed stá resté dans la ville. Custed ve, don Guillerm, que yo busk les gens de distinction, les personnes de la bonne education. Com usted. Ah! mi amigo! ¡que yo aborresh le gauch! Mala gens! Mala gens! Et yo stá con la mied de le gauch. Yo stá seul, seul ici, avec Vangtur et mes esclaves; et yo gust de le bon compagnon. Ah, Seigneur! qué hacer! mais yo stá legre, legre dusted ver, sí, mi Seigneur don Guillerm.*

Después de estas halagüeñas expresiones sobre la tristeza que le embargó durante mi ausencia y de la felicidad experimentada al verme otra vez con él, don Pedro me contó que andaban rumores de un próximo asalto de los indios de San Jerónimo,[1] que habitaban en la orilla opuesta del río donde tenían una gran toldería, a la misma altura de Goya. Me dijo que el comandante ya estaba alerta, pero el pobre don Pedro sentíase horriblemente alarmado y fue necesaria toda la retórica de que podía servirme para tranquilizarlo en lo posible.

Yo esperaba en esos momentos la llegada de mi hermano, de paso para Corrientes, y como las provincias de abajo se hallaban en gran perturbación e inseguridad, creí que hubiera salido de Santa Fe por el río en nuestro propio barco *San José,* tanto más que traía consigo una gruesa suma de dinero. Cuatro días después de mi llegada, me encontraba sentado una noche con don Pedro, cenando muy temprano con las puertas abiertas a causa del excesivo calor, cuando se oyó a la distancia el galope de algunos jinetes en dirección a la casa y en seguida ruido de sables en el mismo grupo que se acercaba. Don Pedro se puso de pie, pálido y poseído de terror. Pero cuando vio que yo me levantaba también diciendo: "Son viajeros, don Pedro" (y confieso que me sentí algo nervioso pensando en qué viajeros pudieran ser), algo se recobró y me siguió a la distancia, mientras yo me dirigía a la puerta del cerco. Apenas llegados allí, dije a don Pedro que había percibido la voz de mi hermano. El anuncio fue para él como un golpe eléctrico y se sintió lleno de impaciencia. No se había dado cuenta de que su *hic et ubique* sirviente se hallaba pegado a él, y levantando la voz empezó a llamar:

—*Vangtur! Vangtur! vite! vite! fait la cene otra vez, la cene. Va Vangtur, mat le pavó, mat le pavó! Vite! Ah! Seigneur!*

Al decir estas palabras, la formidable escolta que mi hermano traía consigo llegó a la puerta del cerco y cuando aquél se apeó y me estrechó la mano, don Pedro lo tomó en sus brazos.

—*Ah! Seigneur don Juan* —pronunciaba *Shuang*— *Mon ami! custed stá bienvenid! Yo stá feliz dusted ver. Venez, venez, don Shuang, custed va dormir dans ma caz.*

[1] San Jerónimo del Rey, actual ciudad de Reconquista en la provincia de Santa Fe. *(N. del T.)*

Entonces fue presentado Mr. Felipe Parkins, que, como ya se ha dicho, venía con mi hermano, y don Pedro reconoció también a Jorge Washington Tuckerman, renovándose los abrazos. El gusto de don Pedro era proporcionado al miedo que había sentido antes de reconocer a sus visitantes.

Los viajeros traían con ellos tres hombres armados, paisanos fuertes y de confianza, quienes, sin embargo, con sus caras morenas, las patillas y bigotes negros como azabache y cubiertos de polvo, sus vestimentas de gauchos, sus pistolas, sables y carabinas, tenían más apariencia de bandidos que de servidores. Venían también dos postillones con grandes maletas a la grupa de sus recados; los propios visitantes estaban armados hasta los dientes y tenían aspecto de hombres rústicos, con sus grandes sombreros aludos de paja, y ponchos, lo mismo que sus acompañantes.

Una vez que todos se apearon de las sudorosas cabalgaduras, los recados con todos sus bártulos, las armas, maletas y demás pertrechos fueron llevados por los peones a la sala de don Pedro y apilados allí. Don Pedro estaba en su gloria. Tan pronto daba un abrazo a uno de sus amigos como llamaba a Ventura y le impartía doce órdenes a la vez. El cocinero iba de un lado a otro; en un solo momento parecía estar en cinco lugares diferentes. Los hombres de armas y los postillones andaban ocupados con sus caballos e iban a los corrales, o preparaban el mate, los cigarros y el asado en la cocina. Tendiéronse las camas, fue preparada una nueva cena y entretanto circulaba el *brandy* con agua y se daban noticias de Buenos Aires. Mi hermano Juan, que era muy bromista, tendido a sus anchas, preguntaba a don Pedro por doña Serafina... y don Pedro, como contestación, ponía la mano derecha sobre la boca de *don Shuang* y llevaba el índice de su mano izquierda a sus propios labios, sacudiendo la cabeza mientras sonreía con mucho conocimiento de causa... A todo esto, don Felipe Parkins y el sentimental Tuckerman, que nunca habían cumplido un viaje tan largo y en tan poco tiempo, se mostraban más rendidos. Habían venido a caballo desde La Bajada, distante ciento cincuenta leguas, en poco más de cuatro días, bajo un sol abrasador, de manera que no sólo estaban cansados sino doloridos; pero, como siempre nos sentimos inclinados a ocultar las molestias que nos produce el recado, ellos las ocultaban también con un falso júbilo sostenido por la alegría verdadera de los demás concurrentes.

A las diez de la noche, una nueva, abundante y tentadora cena fue colocada, humeante, sobre la mesa. Estaba allí el infaltable *pavó gourd* y también el *pató gourd* y otras cosas apetitosas que por un momento hicieron olvidar sus inconvenientes a Tuckerman y a Parkins que no habían visto nada semejante en las jornadas de días anteriores. Don *Shuang* declaró que en su vida se había encontrado ante una cena igual, y entonces don Pedro, juntando las manos y mirando a mi hermano con expresión del más grande y sentimental afecto, dijo:

—*Ah! Seigneur, custed com à discretion. Custed considere que stá chez vouz. Prenez, donc, don Shuang, prenez les pattes del pavó. Va! c'est bon, c'est bon!*

En esta forma, don Pedro no sólo instaba a don *Shuang* sino a los demás huéspedes a comer de todo lo que había sobre la mesa. Y a medida que avanzaba la cena, aumentaba también la alegría. Fue motivo de chanzas y risas la comunicación entablada entre don Pedro y Parkins. Este último, no obstante su larga residencia en América del Sur, no había conseguido aprender el español e ignoraba por completo el francés, de manera que no comprendía una palabra del lenguaje tan peculiar de don Pedro. El francés, por su parte, no entendía nada de lo que decía su huésped. Signos de cabeza y gestos y ademanes de toda especie venían en auxilio del oculto significado de las palabras, y las señales mudas expresaban mucho más que las frases. Sin embargo, cada uno estaba convencido de que su interlocutor era el único que se permitía ofender a la noble lengua española.

—*Ah! Seigneur!* —decía don Pedro—, *je suis faché que mi Seigneur don Felipe no habla la langue espagnole.*

A su vez Felipe poníase impaciente y preguntaba:

—¿Qué dice?, ¿qué dice?... Es raro que no haya llegado todavía don Pedro a comprender el español...

La reunión en la sala terminó antes de medianoche. *Vangture* condujo a los huéspedes hasta las camas que les habían sido preparadas. Mi hermano se alojó en el amplio, y puede decirse también *público*, dormitorio que yo había ocupado. En el cuarto contiguo, que comunicaba con el mío, habían sido colocadas dos magníficas camas para Tuckerman y don Felipe. Mi hermano tenía consigo diez mil pesos en oro, Tuckerman cuatro mil, Parkins tres mil, sumas perfectamente acondicionadas en fajas hechas a propósito y que sus poseedores colocaron bajo sus respectivas almohadas. Yo debo consignar que en mi dormitorio,

muy grande, había sobre un trípode de madera un gran cántaro de barro con una tapa provista de una manijilla de madera en el centro. El cántaro estaba siempre lleno con agua fría, el mayor lujo en un clima tan cálido como aquél.

Las fatigas del día, y el buen humor de la noche, pronto sumieron a los visitantes en profundo sueño. Pero en cuanto a mí, la agitación de la noche, el gusto de haber visto salvo a mi hermano tras una jornada difícil, las varias noticias que trajo, entre otras la más preciosa de todas en una tierra extranjera y lejana, vale decir, cartas de la familia, todo me tuvo despierto por largo tiempo y hasta después de las dos de la mañana no pude conciliar el sueño. Poco más tarde comencé a soñar con ruidos extraños y en que no podía llegar hasta la puerta para cerciorarme de lo que era. Los esfuerzos de la Reina Mab, que con esta pesadilla quería oponerse a mi reposo, duraron por algunos minutos, y al último, saliendo del sueño, pude comprobar que los ruidos no eran imaginarios. Don Pedro estaba golpeando con la mano y en forma insistente a la puerta de mi dormitorio, que se hallaba atrancada.

Las primeras palabras que oí de sus labios fueron éstas:

—*Don Guillerm, don Guillerm, tocka la cash! tocka la cash! custed lenvang pour l'amour de Dieu, custed levang mi amig, legère, legère! que vieng les gens de San Geronomié!*

Estas exclamaciones de don Pedro, que yo comprendí en seguida como anuncio de que los indios estaban sobre nosotros, eran proferidas con toda la fuerza que el terror podía infundir a su voz.

—*¡Tocka la cash! tocka la cash!* —continuó gritando—. *Mon Dieu! les gens de San Geronomié!*

¡Tocka la cash! en el vocabulario de don Pedro quería decir: "Tocan la caja", "están tocando el tambor", es decir, están llamando a las armas. Pero Parkins, despertando también de súbito (y yo diría que mientras soñaba con algún insoportable *mancarrón*), apenas captó las palabras *tocka la cash* se asustó y empezó a gritar a su vez:

—¡Misericordia! Robertson, dicen que hay que cuidar la caja; andan ladrones o artigueños aquí.

El pobre Felipe, verdadero hermano de Bob Acres,[1] cuyo

[1] Bob Acres, personaje cóm co de la comedia de Sheridan *The Rivals*. *(N. del T.)*

coraje, al acercarse el peligro se le escurría por las palmas de las manos, estaba allí de pie y al oír los gritos de fuera, muerto de miedo, tomó en seguida sus doblones. Totalmente azorado, y olvidado hasta de quien era, empezó a tentar el paso a mi cuarto que yo había dejado en ese momento. Pero en la puerta de fuera, y con una pistola en cada mano, estaba mi hermano, dispuesto a defender su *cash*. Había colocado el sombrero sobre la manijilla de la vasija bastante alta que se alzaba sobre el trípode, y también el poncho; y todo aquel aparato, a la muy escasa luz que venía de la sala, daba la impresión de un hombre armado, oculto en la oscuridad contra la pared, alto, torvo y enhiesto.

Lo cierto es que Parkins, preso de terror, tomó a la vasija por un ladrón y todo fue mirarla espantado, como caer ante ella de rodillas.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Felipe—, no nos maten, estamos rendidos. Aquí está todo el dinero —y era todo lo que el pobre hombre tenía en el mundo—, tómelo, tómelo por favor pero no nos maten.

Todo esto lo decía don Felipe muy seriamente por cierto, pero en muy mal español y para sorpresa suya y aumento de su pánico, el cántaro, sobre el trípode, no respondía una palabra. Completamente alucinado, Parkins vio nada menos que un puñal brillando en el aire y ya levantado para hundirse en su pecho. En la desesperación se asió del poncho dándole un tirón violento, con lo que hizo caer el sombrero; y la vasija, perdiendo su equilibrio, cayó también al suelo. Por fortuna, Parkins había levantado las manos, de suerte que el recipiente cayó hacia un lado pero no sin derramar antes buena parte de su contenido sobre aquél. Creyendo sin ninguna duda que estaba bañado en su propia sangre, Parkins empezó entonces a llamar en inglés: "¡Socorro!, ¡socorro!, ¡me matan!" y cayó en el suelo sin sentido.

Mi hermano, que, como yo, desde un principio había creído infundadas las alarmas de don Pedro, estaba clavado en su sitio, y cuando vio el comienzo del episodio de don Felipe con el cántaro, apenas podía contener la risa con todo lo que veía. Pero, al caer de súbito el recipiente, corrió hacia Parkins con el temor de que estuviera herido y lo levantó del suelo.

En cuanto a mí, apenas pude ponerme los pantalones, las zapatillas y una bata, corrí adonde estaba don Pedro, a quien encontré en la sala con Ventura, con el cocinero y dos o tres escla-

vos que lo rodeaban. Se hallaban todos más o menos desnudos, y, con don Pedro a la cabeza, hacían el más risible conjunto. Si prescindimos de la expresión de terror estampada en el rostro de don Pedro, que don Quijote con su reconocida valentía no mostró jamás, nunca vi una reproducción más exacta del Caballero de la triste figura. El camisón corto, el gorro de dormir catalán, las piernas flacas, las quijadas, la vela que tenía en la mano, todo era idéntico a lo que Cervantes describió con pluma mejor que la mía al exhibir a su héroe arremetiendo contra los pellejos de vino en el episodio de la venta. Ventura y los esclavos, sobre todo el cocinero, estaban muy asustados, pero también es el caso de decir que el grito de "¡Los indios!", cuando realmente están cerca, no es asunto de broma en América del Sur. Por eso la servidumbre, al oír las exclamaciones y lamentaciones de don Pedro, se agazapaba tras él, como esperando el momento de que saltaran las puertas y todos cayéramos bajo las hachas de los salvajes.

Yo consideré —a pesar de todo— que si los indios estaban allí cerca, hubiera aumentado la grita de los pobladores en vez de disminuir, y aunque seguro de haber oído el tambor llamando a las armas, y luego voces confusas, sin embargo no se oyó la natural refriega que sigue a esos signos de alarma y acabé por convencerme de que no corríamos peligro, lo que aumentó mucho mi coraje. Por eso traté de hacer entrar en razón a don Pedro y cuando llegó mi hermano, ambos le propusimos —con asombro del temeroso francés— salir a reconocer lo que ocurría.

—*Ah, mes amis* —decía—, *quelle chose! quelle chose! Yo está llen de la mied de les indiós. Custed ve qu'ils sont des barbares que están legres con le sang des chretiens y con el or des personnes de distinction! Ah, Seigneur! que estamós dans le grand danger!*[1]

[1] Don Pedro Quesnay debió de ser muy conocido en toda la región del Litoral si estamos a lo que escribió desde Santa Fe el doctor Juan García de Cossio al gobernador de Buenos Aires, Martín Rodríguez, el 17 de abril de 1821. Según este curioso documento, el caudillo Ramírez, en vísperas de invadir desde Entre Ríos la provincia de Santa Fe, dirigió a Estanislao López una carta en la que proponía una entrevista. López no aceptó y propuso el nombramiento de un diputado. La carta de López fue enviada con don Pedro Quesnay, que se encontraría de paso en la ciudad. La comunicación de Cossio a Rodríguez dice así en su parte pertinente: "La carta (de López y) otras noticias verbales del desbarato de (José Miguel) Carrera y buen estado nuestro, se encomendó dar a don Pedro Quesnay... Seguí y López le dijeron que iba de Plenipotenciario y él quedó muy satisfecho. Dios se la depare buena, pues yo temo que, conociendo Ramírez la burla, me lo arrimen a un horcón; aunque, por disimularla y por la candidez del Plenipotenciario, tal vez pase todo en silencio". (Archivo General de la Nación, copia en poder del traductor.) La expresión "arrimar a un horcón" equivale a poner de espaldas contra la pared de un rancho, al que ha de ser fusilado.

Al lector queda imaginar la entrevista de Quesnay con Ramírez, conocida la índole del primero y por poco que sepa de la del segundo. *(N. del T.)*

Al mismo tiempo, uno de los hombres de armas traídos por mi hermano, que era indio (y un servidor fiel), despierto como los demás con todo lo que habían oído, salió afuera y avanzó solo en silencio para cerciorarse de si los temores de don Pedro eran fundados o no. Se acercó con precaución al cuartel, donde vio un grupo de caballos y oyó voces confusas; aproximándose más, pudo comprobar que no se trataba de indios y por último supo que el gobernador Méndez había despachado una partida de hombres a caballo para reemplazar otra de la Guardia de la Esquina, cincuenta leguas abajo de Goya, y los pobres soldados, al verse cerca del puerto, y sabiendo que podrían allí comer y descansar bien, habían llegado para hacer noche en el lugar. Como no los esperaban, el centinela dio la voz de "Indios"; el tambor batió llamando a las armas, y fuera de sí, corrió a la casa del comandante sin dejar de tocar en todo el camino. El comandante, tan alarmado como el tamborero, le ordenó que recorriera el pueblo llamando a las gentes, pero antes de que hubiera andado cincuenta yardas, lo alcanzó un oficial para acallar el tambor porque la alarma se generalizaba.

Tal fue el relato que trajo el indio baquiano al momento en que yo y mi hermano estábamos para salir. Cuando todo se dio por terminado y empezamos a mirar tranquilamente a nuestro alrededor, echamos de menos entre los presentes al tremendo Jorge Washington Tuckerman. ¿Dónde había estado durante toda aquella batahola? Si he de decir la verdad, estuvo escondido... En un viaje anterior, don Jorge había estado a punto de caer en manos de los indios y al recordar su difícil escapada anterior, los nervios se resintieron en la presente ocasión, de suerte que, mientras Parkins estaba rogando al cántaro con agua, Tuckerman se había mantenido arrebujado en sus mantas. Luego pudo arrojarse por una ventana del dormitorio, se ciñó los

doblones a la cintura y huyó por el fondo de la casa en la oscuridad de la noche. Permaneció escondido entre la maciega por largo tiempo, conteniendo la respiración por miedo a los indios que suponía muy cerca de él, y después de una hora de sudar frío en su escondrijo, sin oír un solo ruido, sin ver las llamas de los ranchos incendiados, sin que llegaran hasta él los chillidos espantosos de las madres desesperadas, poco a poco fue arrastrándose otra vez hasta la casa de don Pedro, donde oyó risas y frases de júbilo, hasta que al final se presentó en medio de nosotros para aumentar el regocijo después de su precipitada y misteriosa huida.

Reaparecido Tuckerman, y una vez que, con su sentimental serenidad y con una sonrisa, se sometió al humor jocundo de sus amigos ingleses; una vez que Parkins, vuelto ya en sí, recibió con resignación los proyectiles de nuestra jovialidad por su pasajera alteración mental, y don Pedro expresó, en diversas y elocuentes excusas, el *grand douleur* que le daba su equivocación, causa de habernos producido sobresalto hasta poner a alguno fuera de sus cabales, como estábamos todos soñolientos y cansados, nos fuimos a descansar en momentos que amanecía.

G. P. R.

CARTA XVII

VIAJE DE GOYA A CORRIENTES. UNA POSTA EN LA NOCHE. EL "GUITARRERO". LOS DORMITORIOS. PARKINS Y TUCKERMAN EXPULSADOS DEL RANCHO. PREPARATIVOS DE LIQUIDACIÓN.

Me quedé dos días en Goya examinando mis informes y revisé también, con gran gusto de don Pedro, las pilas de cueros almacenados en su galpón. Me visitaron algunos estancieros con quienes habíamos contratado y les pagué doblones españoles como si fueran monedas de cobre, animado por el chirriar de las carretas que llegaban de continuo con carga de cueros para nosotros.

Por último, como no era el caso de agotar mi tesoro en Goya, y sabiendo que me reclamaban en Corrientes, decidí marchar a caballo en dirección a esa ciudad. Por consideración a Jorge Washington Tuckerman Esq., y a Felipe Parkins Esq. (que debían acompañarme), consentí en hacer el viaje en dos días y no en uno como lo había pensado. Al llegar a la posta que está a mitad de camino, encontré todo preparado para recibirnos como consecuencia de un mensaje dirigido desde Goya en el día anterior.

Ocupaban el rancho de la posta una mujer viuda, muy rolliza, ya en el menguante de su vida, cuatro hijas suyas de muy buena apariencia para ser mestizas, como lo eran, dos hijos, varios peones, media docena de grandes perros y buen número de patos y gallinas que empollaban en diversos rincones de la habitación. Ésta se componía —por así decirlo— de dos departamentos: uno que servía de sala para recibir y también de dormitorio con espacio para una media docena de hamacas paraguayas; el otro era una especie de covacha de barro, cerrada, sin otra luz que la que recibía de la pieza principal. De las paredes de esta covacha pendían calabazas y arneses de montar. En torno al

fogón había ollas y cacerolas de barro, una caldera de cobre para el mate, una piedra de afilar y media docena de cabezas de vaca. En el fogón goteaba el sabroso asado que teníamos para cenar y en una olla se cocía el puchero. Una maritornes espumaba este último con una concha y arrojaba los residuos a un lado, sobre las piernas de los que no se ponían fuera de su alcance. Circulaba el mate y los cigarrillos de papel. El guitarrista tomó su instrumento y, acompañándose, empezó a cantar un *triste* de la tierra. Los perros dormían en los rincones, indiferentes a la comida porque se habían hartado con la carne cruda de la res sacrificada en el corral. Jorge Washington Tuckerman sentíase impresionado con la rudeza bárbara de la escena. Don Felipe, menos sensible, o menos observador, comía moras silvestres recogidas en el bolsillo de su pistolera y aspiraba el aroma del asado que le estimulaba el apetito. También miraba furtivamente a una de las muchachas y le dirigió algunos galanteos chapurreados en español. Pero, lejos de insinuarse en su corazón, provocó las bromas de todos los presentes. Como era de natural alegre, fue el primero en reírse de lo que apenas comprendía, lo mismo que cuando el guitarrista, poco después, puso en solfa su manera de cortejar a las mujeres. Los guitarristas de este país, como los bufos italianos de las clases bajas, tienen todos, en mayor o menor grado, el don de la improvisación. Tienen también mucho ingenio y una penetración agudísima que parece debiera contrastar con los elementos integrantes de su carácter. La verdad es que nunca debió de presentarse al cantor un sujeto más apropiado que don Felipe para sus improvisaciones. De ahí que empezara a esbozar mentalmente su carácter, tomándolo desde el momento en que lo vio apearse del caballo, bastante mal de las posaderas, hasta que fue testigo de su fracaso en el intento de atraer a la Dulcinea. Y de pronto rompió a cantar, con música, palabras y visajes tan adecuados que se reveló como un admirable pantomimo. El mismo Tuckerman, que comprendía poco el español versificado, dejando a un lado su habitual seriedad, se restregaba las manos, se besaba los dedos y con los mayores extremos, extendiendo los brazos, proclamaba que aquello era "notable", "excelente"...

Llegó la hora de la comida. Algunos hicieron los honores al puchero, sirviéndose con las cucharas de concha; pero la mayoría se dirigió al asado y cada uno cortó con su propio cuchillo; no había fuente ni platos. Los gauchos y las mujeres bebieron

agua. Los ingleses y americanos no se mostraron tan abstemios aunque fueron lo bastante corteses para compartir el vino con la gente de la casa. Todos aceptaron pero bebieron parcamente.

Por fin se hicieron los preparativos para ir a la cama, o mejor dicho a las hamacas y a los cueros tendidos en el suelo. Como viejo amigo de la casa (yo había pasado en otra ocasión por ahí), me cedieron una hamaca en el centro de la familia. No ocurrió lo mismo con don Jorge y don Felipe. No había lugar para dos hamacas más ni estaba la gente dispuesta a recibir otras personas extrañas en una habitación donde dormían tantas mujeres. En el suelo ya no había lugar; los hombres, los perros y la ceniza del fogón ocupaban todo el espacio disponible; de manera que, con alguna repugnancia de parte de don Felipe y mal disimulado disgusto de Tuckerman, ambos se vieron forzados a ocupar la covacha y quedaron allí para acomodarse como mejor pudieran.

Hacía mucho frío para dormir afuera y sin duda mucho calor para dormir muy encerrado, pero don Jorge y don Felipe, después de consultarse mutuamente, llegaron a la conclusión de que era preferible sudar en la covacha antes que helarse a la intemperie. Fueron, pues, encerrados por toda la noche, y estuvieron de acuerdo una vez más, don Felipe en que aquello era bárbaro y don Jorge en que era realmente abominable. El uno como el otro —y don Felipe más que don Jorge— habían apelado tantas veces al chifle con coñac que a eso de medianoche se levantaron por mutuo acuerdo en busca de líquido más refrescante para apagar la sed. Pero no encontraban la jarra buscada y en su impaciencia empezaron a golpear a la puertita que separaba la covacha del dormitorio, gritando con toda la fuerza de sus gargantas resecas: "¡Agua! ¡Agua!" La dueña de casa y las hijas se alarmaron, los perros empezaron a ladrar, gritaron los patos, y se oyó el cacareo de las gallinas. Los gauchos entonces se pusieron de pie, convencidos de que algún daño se preparaba; y a despecho de mis protestas, tomaron por la nuca al bueno de don Felipe y al malhumorado yanqui y los pusieron afuera dándoles un par de cueros para dormir, una jarra de agua para beber y fuego para fumar, sin otro miramiento para con ellos. Don Felipe insistió en que le dieran por lo menos su chifle de coñac, pero la mujer de la casa se opuso diciendo que aumentaría la curda y con ella el alboroto. En vano fue que don *Korkey* invocara el asma de que sufría, y a don Felipe nada le valió declarar que no

podría soportar el frío de la noche. Les esperaba una velada nada envidiable.

Don Jorge, que tenía mucho miedo a los tigres, no durmió, y pasó la noche caminando frente a la puerta del rancho mientras ingería su porción de aguardiente, del chifle de don Felipe. El inglés, habiéndolo agotado, cayó en un profundo sueño, ajeno a todo lo que pasaba, mientras el yanqui, excitado por el alcohol y cada vez más impaciente, lanzaba imprecaciones a propósito de lo que había ocurrido. ¿Cómo pudo ser esto? John Bull, aun en sus accesos de alcoholismo, es filósofo práctico y el yanqui hasta en sus momentos de sobriedad es expansivo. El inglés, en último caso, llega al estado de fermentación y el yanqui al de efervescencia. En Inglaterra se vive con la realidad y en América en un mundo de ficción. A John Bull le basta con arrojaros al suelo; el yanqui no queda satisfecho hasta que os hace saltar los sesos. Y si es cierto aquello de que *in vino veritas*, lo mismo puede aplicarse la máxima a don Felipe y a don Jorge a propósito de su borrachera, que a sus respectivas naciones cuando se alcoholizan con el espíritu de "bella hórrida bella".

Como la más larga noche tiene su fin, también lo tuvo aquélla. Ansioso por la suerte de mis amigos, salí del rancho apenas amaneció y me encontré al *par nobile fratrum* tirados largo a largo sobre los cueros, con las patillas mojadas por el rocío y cubiertos con sus ponchos.

Una noche hace prodigios para calmar agitaciones y los protagonistas del episodio se habían serenado lo suficiente; de manera que pudimos almorzar como de costumbre. Me despedí de la mujer dueña del rancho y de la familia; pero don Jorge y don Felipe (que bien podían ser considerados ofensores), teniéndose por inocentes no quisieron despedirse. Sin embargo, las dueñas de casa les desearon "buen viaje" y hasta les aconsejaron que en adelante pusieran siempre una jarra con agua junto a la hamaca...

Por la noche nos apeamos frente a mi casa, en Corrientes, donde se alojaron como era natural mis compañeros de jornada. Cuando llegó Mr. Postlethwaite, lo recibimos cordialmente y no sólo olvidamos los disgustos pasados sino que el episodio de la posta vino a ser motivo de risas y bromas durante la cena. Don Jorge se mostró, al principio, un tanto dolorido, pero acabó por olvidar, resignándose, como don Felipe, a ser blanco de nuestras bromas. Es verdad que siguió por algunos días algo irritable al

recordar la forma en que fue tratado en la posta y contaba lo ocurrido a los amigos con mucho énfasis e indignación. Don Felipe, olvidado de todo, inconsciente de la humillación sufrida y no teniendo chistes de su cosecha, contaba éste como el más gracioso, exhibiendo a Tuckerman como al centinela gruñón y principal protagonista de la pieza.

Durante los seis o siete meses que siguieron a mi vuelta, me ocupé de continuo en organizar y llevar adelante nuestros negocios. Éstos habían adquirido en un año tal amplitud que teníamos relaciones y tratos con casi todas las personas conocidas en Corrientes.

Hemos hablado tanto de cueros, pieles, cerdas, lanas, carretas, bueyes y boyeros, agentes y habilitados, comisiones, mercancías, pesos y doblones, que podemos haber dado la impresión de que nos habíamos convertido en regatones o revendedores ambulantes en gran escala. Y no era así. Verdad es que en Corrientes el vendedor al menudeo es muy bien considerado y respetable; el *comerciante* mucho más, porque el término implica algo de aristocrático; en cuanto al *comerciante grueso o poderoso* ya supone también la magnificencia. Por eso los Abadía en Lima y los Sarratea y los Álzaga en Buenos Aires eran hombres más importantes y de mayor influencia que los grandes propietarios de tierras en esos lugares.

Por eso también, comparando las cosas grandes con las pequeñas, nosotros en Corrientes éramos unos *Don Magníficos* al lado del gobernador, y todos los caballeros respetables de la campaña en una extensión de cien leguas a la redonda venían a ser simples revendedores ambulantes subordinados a nosotros. He visto a menudo propietarios de campo (que podrán, andando el tiempo, contar algún duque entre sus descendientes) salir con seis u ocho mulas cargadas con nuestras mercancías en dirección a sus estancias donde vendían al menudeo a peones y vecinos, prendas de vestir, para volver después al frente de sus carretas cargadas con cueros, a pagarnos con esos productos las mercaderías compradas.

De tal manera, la influencia ejercida por el comerciante en una campaña de escasa población, y por lo tanto nómade, es mucho mayor que la influencia ejercida por el estanciero. Solamente después que el comercio, reuniendo a los hombres para proveer a sus necesidades mutuas, aumentó la población y permitió a los propietarios de tierras tener labradores y arrendata-

rios que les aportaran una renta, solamente entonces, puede decirse que el estanciero poseyó realmente su campo, acrecido en su valor; solamente entonces tuvo mayor rango, riqueza e influencia que el mercader; porque la fortuna del mercader se halla siempre expuesta a naufragar en la especulación y subordinada a otros riesgos y contingencias.

En cuanto a los estancieros correntinos, debo decir que reunían en su persona la condición del señor feudal con la no muy noble de mercachifles; pero, precisamente, por esta combinación de funciones u oficios, el país comenzó a alcanzar prosperidad, aumentó el *comfort* entre los habitantes, y el espíritu de empresa; el propietario empezó a sentir que su riqueza era una realidad y aprendió también a convertir en oro sus menospreciadas leguas de campo y sus haciendas abandonadas.

Por lo que hace a nosotros, sentíamos de tiempo atrás la necesidad de abandonar ese negocio porque la región estaba muy lejos de todo centro civilizado y la seguridad dependía más del tacto individual que de un orden establecido.

Me demoré, sin embargo, para despachar productos acopiados en Corrientes; mi hermano hacía lo mismo en Goya, llenando cuanto espacio vacío encontraba en los barcos mandados por mí, aguas abajo, o bien fletaba otro para sus menesteres propios. Por último, con la llegada de dos bergantines de Buenos Aires, uno de ellos el *San José*, que nos pertenecía, me llegó también el momento de decir "adiós" a Corrientes.

J. P. R.

Carta XVIII

Dejo la casa de don Pedro Quesnay. Se revela un tanto bribón. Evasivas y prevaricatos. Por último adopta una actitud honrada.

Si lamenté dejar la vasta, cómoda y aireada casa de don Pedro Quesnay, para vivir en mi pequeño *cottage*, fue únicamente por lo que a él concernía. Por reiteradas veces y en formas diversas me expresó su disgusto cuando decidí abandonar la casa. Para él era penoso quedar nuevamente solo. Yo había sido la primera persona con quien mantuvo franca relación en esta parte del mundo y en mí depositaba implícitamente su confianza. Me adapté con facilidad a sus rarezas y nunca le hice sentir que advertía sus defectos; más de una vez le ayudé en sus pequeñas dificultades; comuniqué a su vida, con mi presencia, una seguridad de que antes no había gozado y entretuve sus noches que le hubieran sido muy pesadas porque no tenía en sí mismo ningún recurso para sobrellevar su soledad. Todas estas cosillas, insignificantes si se las considera separadamente, pero que algo representan valuadas en su conjunto, me convirtieron en favorito de don Pedro. Y sobrevino una cuestión de negocios que, si bien amenazó con interrumpir nuestra amistad, creo que al último fortaleció los buenos sentimientos que él mantenía para conmigo. El incidente me resultó satisfactorio porque me permitió prestar un servicio a un digno amigo y dio lugar para inducir a don Pedro al cumplimiento de un acto de honradez muy serio que yo miré como una expiación por anteriores pecados de índole mercantil. Al mismo tiempo alivió su conciencia de una pesada carga. El asunto a que aludo fue el siguiente:

La persona que había habilitado a Quesnay, cuando éste dejó Buenos Aires, era un inglés, Mr. Stroud, altamente respetable

y muy amigo de nosotros.[1] También he dicho ya que Stroud nunca pudo hacer efectivos sus créditos y don Pedro ni siquiera le dio cuenta de nada. Cuando supo en Buenos Aires por un amigo nuestro, Mr. Fair, que yo pensaba quedarme en Goya por algún tiempo, Mr. Stroud me pidió que interpusiera mis buenos oficios para obtener una liquidación cualquiera, la que yo estimara posible después de sus reclamaciones a don Pedro. En respuesta pedí a Mr. Stroud un poder al efecto, y Stroud me lo mandó en seguida.

Una vez recibido el poder, entablé la gestión ante don Pedro, de la manera más amistosa. Grande fue su disgusto, grande su consternación y grande también su cólera, cuando advirtió que el apoderado de Mr. Stroud vivía bajo su propio techo; pero de inmediato advirtió, asimismo, como yo lo había previsto, que estando el poder en Goya, era preferible que lo tuviera yo y no cualquier otro individuo del puerto. Sabía que su reputación, tan lejos como fueran sus transacciones con Stroud, estaba segura bajo mi custodia y sentíase satisfecho al pensar que yo no obraría nunca rigurosamente contra él.

Empezó don Pedro por negarme en absoluto e *in toto* que debiera un céntimo a Mr. Stroud.

—*No le debe nada, rien du tout* —decía—, *les gaúchos ont tomad tod la proprieté de Mr. Stroud, plus, plus que tout. Yo no le debe nad, rien, don Guillerm.* —Y esto me lo repitió por varias noches consecutivas. Pero como las fechas y los números tienen también obstinación, traje las cosas a un punto en que convencí a don Pedro de que algo debía pagar para que Mr. Stroud le otorgara quita de su deuda. —*Eh bien!* —dijo por fin don Pedro— *qu' est custed quier don Guillerm? Ah! mon ami, custed tiene la consideration de mi gran perte, de ma misère, custed mir* —y mostraba sus cicatrices— *por les souffrances de mon corp.*

—Don Pedro —respondí—, he considerado con mucha solicitud todo este asunto y sin olvidar lo que es debido en justicia a su viejo amigo Stroud, quiero dar a usted el beneficio —aquí me tomó la mano estrechándola— que, equitativamente, y dadas las circunstancias del caso, creo que también se le debe.

[1] Su nombre se hizo después muy conocido en Buenos Aires porque construyó un gran molino a viento (el primero que se veía en el país) y que se llamó por muchos años "el molino de Stroud".

He formado mi juicio y daría mi laudo colocándome entre dos amigos y deseando proceder con absoluta imparcialidad hacia ambos. Creo que la demanda de Mr. Stroud, hablando en justicia, podría difícilmente ser satisfecha con menos de cinco mil pesadas[1] de cueros. —Don Pedro se puso en pie atónito y horrorizado. —Pero —continué— voy a reducirlas a tres mil quinientas pesadas, siempre que los cueros sean de buena calidad y elegidos en las pilas por mí mismo.

Don Pedro no quiso oír ni por un momento mi propuesta, aunque yo tenía la convicción de que era la más razonable. Iba y venía con prisa por la sala, prorrumpiendo en exclamaciones, argumentos, vituperios y resistiéndose cada vez más a ningún sacrificio de su parte, al mismo tiempo que decía no comprender cómo yo, su amigo, podía pretender tal cosa.

—Muy bien, don Pedro —dije yo—, hay otra manera más fácil de encaminar este asunto, en cuanto a mí me concierne. Voy a devolver el poder a Mr. Stroud, y él se servirá de otra persona en la cuestión.

Pero no, don Pedro no quería que yo devolviera el poder. Prefirió pedirme tiempo para hacer una propuesta con el fin de llevar el negocio a una conclusión amigable.

En la mañana siguiente, tan pronto como estuve con él, dijo:

—*Va! don Guillerm, yo da quiniente pesad de cuirs, les bons cuirs! Custed elic les mecog, custed sac les bon cuirs. Va! c'est bon don Guillerm!*

Pero yo no podía encontrar *bueno* que el honrado Mr. Stroud recibiera cientos por miles y eso después de haberse desprendido de su dinero durante varios años. De manera que me mantuve firme en la primera proposición. Don Pedro, por el contrario, presentaba cada vez una nueva: mil, mil quinientos, dos mil, cada vez más y más ansioso de que yo cediera; pero yo había dado el mínimun y, por fin de cuentas, mi excéntrico pero también *cauto* hospedador aceptó, como yo lo esperaba, las tres mil quinientas pesadas.

El arreglo felizmente fue ventajoso para ambas partes; los cueros habían costado poco a don Pedro y tenían valor en Buenos Aires. Mr. Stroud sintióse sorprendido de su buena fortuna cuando tuvo en sus manos una remesa de cueros que le devolvía el capital y el interés de lo que había considerado por largo

[1] Una *pesada* equivale a un peso de treinta y cinco libras.

tiempo crédito de cobro difícil, y Quesnay, algún tiempo después de concluida la transacción, me confesó que le había sacado un peso de encima que bien valía los cueros entregados y que por ello me quedaría siempre agradecido.

Desatado este nudo, nunca tuvimos diferencias con don Pedro, ni de negocios ni de ninguna otra índole, y nos esforzamos uno y otro en brindarnos mutuos servicios cada vez que se ofrecía la oportunidad. Yo le presté dinero siempre que lo necesitó y cuando a mí me fueron necesarios unos mil cueros para llenar un barco y no demorar su carga, me los vendió en seguida y así fue gradualmente reanudando sus negocios, lo que no había osado hacer antes de que llegáramos nosotros al puerto. De manera que me despedí del hospitalario don Pedro en los mejores términos y me trasladé a mi propio rancho, del que voy a dar una ligera noticia en mi próxima carta.

G. P. R.

Carta XIX

Mi casita de Goya. Las alfombras. Operaciones de comercio. Ganado cimarrón. Matanza de yeguas chúcaras. Un tigre y un toro. Recolección de cueros.

La casita adonde me trasladé estaba sobre una pequeña altura del terreno, a menos de cien pasos del río que forma allí una barranca de algunos pies de alto sobre el agua, muy a propósito para la carga y descarga de las embarcaciones. La vivienda se componía de dos piezas: sala y dormitorio; además un cuarto separado que servía de cocina y despensa. No creo que la construcción del edificio hubiera costado más de veinte libras, pero el capital y el interés están a un nivel tan próximo en América del Sur, que yo pagaba doce libras por año como alquiler. El propietario no me hubiera vendido su casa, y con razón... Cuando me la entregó parecía un granero en ruinas: el viento silbaba en los agujeros y hendeduras de las paredes; las ratas habían hecho madriguera en el piso; el revoque de barro caía en pedazos; las ventanas carecían de vidrios; las puertas no tenían cerrojos ni pasadores. Pero contraté media docena de obreros y en pocos días la miserable choza quedó convertida en un bonito *cottage*. Las paredes fueron revocadas; renovadas las cercas, las ventanas provistas de vidrios y rehechas las puertas; unas y otras se pintaron de verde. Hice construir una palizada que rodeaba toda la casa y también se pintó del mismo color. Frente al edificio formé un pequeño prado con césped; y con estos sencillos arreglos, la casita cobró nuevo aspecto de limpieza y *comfort*.

Llevé de Corrientes los muebles principales. Un juego de sofá y sillones de mimbre, que habíamos tenido en el escritorio de aquella ciudad, despertó gran admiración. Las mesas eran de caoba. Arreglé mis libros en estantes portátiles contra la pared; tenía candelabros de Sheffield y en un pequeño aparador un jue-

go de botellones y vasos para vino que llamó también mucho la atención de los *goyeros*.

Pero lo que constituía mi orgullo era la alfombra de la sala. Estaba formada por hermosos cueros de tigre adquiridos en la provincia y cubría todo el piso, de regulares dimensiones. Me pregunto si nuestra Real Señora la Reina Victoria posee en su palacio de Buckingham una alfombra tan hermosa como aquella mía de Goya. Las pieles, algunas muy grandes, todas muy bien manchadas, estaban cosidas con mucho cuidado unas con otras y producían gran efecto. Por esto difícilmente podrá creérseme si digo que, entre el mobiliario de mi sala, lo que mis vecinos de Goya estimaban en menos era precisamente... la alfombra. "¡Tan vulgar, tan inferior al resto de los muebles!"... me decían... Un estanciero llegó una mañana para cobrar cierta suma, mil quinientos o dos mil pesos por cueros que me había vendido, y lo invité a sentarse. Miró a su alrededor con un gesto de aprobación. "Linda sala —dijo— y lindos muebles tiene, don Guillermo. No he visto otros mejores. Pero... (y aquí miró con menosprecio mi soberbia alfombra) si ha gastado tanto en amueblar su sala podía haber comprado también una alfombra inglesa para no tener estos cueros de tigre tan vulgares y mal cosidos..." Quise protestar pero el estanciero agregó desdeñoso: "Bah, bah, gaste unos cincuenta pesos más y no tenga eso que yo me avergonzaría de poner en mi casa..."

De donde inferí que todo lo abundante, lo barato, lo fácilmente asequible, es cosa vulgar, baja, despreciable, cualquiera sea el juicio que la humanidad pueda pronunciar sobre su belleza extrínseca; y todo lo raro, lo nunca visto, lo que es difícil de obtener aunque se trate de una silla de pocos chelines, es objeto hermoso y pieza envidiada por todos. La moda es una cosa en Londres y otra muy diferente en Goya...

Cerca de mi *cottage*, casi sobre la orilla del río, levantábanse los galpones o depósitos. A muy poca distancia estaba el cuartel, también una especie de granero, pero bastante grande, ocupado por cincuenta soldados, o más, que constituían la fuerza del comandante de Goya. Sin embargo, mis galpones o mis cuarteles tenían de ordinario más gente que el cuartel del comandante Brest; y si éste era el jefe militar, yo era sin duda el jefe mercantil de Goya. Seguramente mi comando era más importante, porque, mientras los soldados de Brest holgazaneaban echados todo el día, mis tenientes, capataces, peones, carreteros, marineros, etcétera, estaban ocupados de sol a sol en constante actividad.

Para dar una idea de nuestras operaciones mercantiles diré que durante los nueve meses que permanecí en Goya, de enero a octubre, embarcamos en ese puerto cincuenta mil cueros de vacunos y cien mil cueros de yeguarizos, aparte cantidad de fardos de lana y cerda que no puedo precisar ahora. Todos estos productos había que recolectarlos, comprándolos aquí, canjeándolos más allá; había que pesar y apilar los cueros en los galpones al recibirlos; cuidar de mantenerlos limpios, sacudidos, en orden y bien clasificados como debían llegar al embarcadero; mantener reunidos a los trabajadores y por último atender a las tropas de carretas que llegaban y despacharlas luego. Todo esto daba lugar a escenas de actividad, bullicio y animación continua. (Prescindo de las reuniones que se formaban en mi casa.)

Puede ser de interés para mis lectores un bosquejo del proceso que experimenta el cuero como artículo de producción desde que sale del animal hasta que se deposita en las bodegas de los buques. En las grandes estancias del Río de la Plata, el ganado puede dividirse en dos categorías: el de *rodeo* o arrebañado y el *alzado* o salvaje. Donde el terreno es llano y abierto, de manera que el propietario y sus peones pueden vigilar los animales, el ganado alzado es muy raro y en general no existe; pero en las estancias de grandes montes, aunque se vigile mucho la hacienda, no puede evitarse que los animales se desparramen y se escondan en los mismos montes donde se reproducen en estado salvaje. Si al terreno montuoso se agrega la escasa vigilancia, entonces el número de hacienda alzada es proporcionalmente muy grande. En las pampas de Buenos Aires, este ganado es casi desconocido. Mediante los rodeos y la vigilancia continua, también había disminuido mucho hasta en los campos boscosos del Entre Ríos y la Banda Oriental.

Pero en estas últimas provincias, tan extensas y fértiles, el gobierno sin ley de Artigas trajo la inseguridad de las personas y de las propiedades. Las estancias quedaron desiertas o muy mal atendidas; los soldados se encargaron de desparramar las haciendas y gradualmente casi todo el ganado existente se volvió salvaje o alzado. (La Banda Oriental y Entre Ríos comprenden de seis a setecientas millas de largo con otras tantas de ancho.) Por esta circunstancia, las tres cuartas partes de los cueros que compramos en Corrientes eran de ganado alzado y en su mayoría los animales fueron sacrificados mientras residimos en la provincia.

La manera bárbara de sacrificar el ganado manso en la Amé-

rica del Sur, mediante el lazo, debe de ser conocida por nuestros lectores. El ganado alzado se mata de muy distinta manera. Los animales, para buscar abrigo durante la noche, se internan en los montes y la matanza se efectúa en verano y en noches de luna. En noches claras —y lo eran casi todas— algunos hombres, cuyo número variaba según la cantidad de animales reunidos en el monte y los cueros que se necesitaban, cubríanse con una especie de armadura de cuero que les permitía subir a los árboles sin lastimarse. Los bosques se componían casi exclusivamente de mimosas y también de muchas variedades de acacias espinosas. Una vez en el monte donde descansaba el ganado, avanzaban esos hombres caminando sobre las manos y las rodillas entre los animales que dormían y empezaban a herirlos en la garganta, porque iban armados de cuchillos muy filosos; así los dejaban sangrando hasta que morían, para volver a cuerearlos en la mañana. Estos hombres llevaban también una especie de escudo de cuero para defenderse en caso de ser atacados por los toros que, al despertarse, solían volverse rápidamente contra sus agresores.

La faena era tan bárbara como pintoresca y relativamente fácil comparada con la matanza de baguales o caballos salvajes. Porque a este noble y libre animal, dueño de sus florestas nativas, se lo condenaba también a morir. Mientras estuvimos en Corrientes, los caballos y yeguas salvajes cubrían la región y no era raro encontrar manadas de cinco a diez mil baguales juntos.

En la matanza de caballos tomaban parte de treinta a cincuenta hombres y aún más por cada vez, y procedían de esta manera: empezaban por construir en la orilla de algún monte grande un corral inmenso hecho con postes fuertes unidos uno con otro por lonjas de cuero y el conjunto sostenido por duelas horizontales en forma de arcos de barril que aseguraban las palizadas verticales. Este corral podía contener de cinco a diez mil caballos y a veces más. Una ancha puerta le daba entrada y en el lado opuesto, al fondo, había otro corral más pequeño unido al grande y abierto sobre él.

Una vez todo preparado, los hombres, jinetes en caballos fuertes y vigorosos, entraban en el monte y, formando un ala en semicírculo, comenzaban el arreo de algunas grandes tropillas de caballos que sabían se encontraban allí y habían sido elegidas de antemano. Con gritos y alaridos estridentes arrojábanse sobre la manada que, formando una densa falange, corría entonces frenética hasta la orilla del monte. Llegados allí, los baguales se

desparramaban sobre la llanura y en esa sazón los hombres, con gran destreza, acelerando la carrera y cerrando el semicírculo, obligaban a los animales a dirigirse a la puerta del corral. Muchos caballos huían para ganar el monte, pero la mayoría se veía obligada a entrar en el espacio cercado y la operación se repetía hasta que el corral quedaba lleno. Entonces encerraban cierta cantidad en el corral adyacente y allí los gauchos boleaban a los caballos echándolos al suelo para degollarlos. Después los arrastraban por otra puerta y les sacaban el cuero a campo abierto.

Me han asegurado personas de cuya palabra no puedo dudar porque habían dirigido esas *corridas de yeguas chúcaras*[1] que, a veces, al empujar las tropas en dirección al corral, ocurría que un tigre, asustado por el tropel y por los gritos de los hombres, salía de su cubil y, al intentar la fuga, era arrastrado por los caballos con tal ímpetu que corría por algunos momentos siguiendo la furiosa disparada y terminaba pisoteado y muerto.

Este otro huésped de la selva —el tigre— era cazado también regularmente con el fin de sacarle la piel. Sólo algunos hombres muy arrojados se dedicaban a este peligroso comercio. Rara vez usaban armas de fuego; cuando lo hacían trataban de herir al animal en la cabeza o en el pescuezo para no romper el cuero en el centro. Por lo común entraban en los montes con perros baquianos, y armados con un largo y agudo cuchillo de doble filo. El cazador usaba como defensa una especie de escudo de cuero y cuando el tigre, irritado por los perros, daba el salto contra su atacante, éste le hundía el cuchillo en la garganta con gran rapidez. Para esta faena era menester un corazón robusto, la mano muy diestra y una vista de águila; pero aun así no siempre el cazador salía ileso y en ocasiones encontraba la muerte. Otras veces el tigre atacaba solamente a los perros y el cazador tenía que acudir a defenderlos con el cuchillo; o bien solía treparse a un árbol para acechar, desde allí, con ojos de fuego a sus perseguidores; así, rodeado por ellos, subía también al árbol el cazador y entre el ramaje se tomaba en lucha a muerte con su feroz enemigo, cayendo a veces juntos al suelo donde los perros se lanzaban sobre el tigre.

Este animal de presa no ataca a los toros porque los sabe más fuertes que él. Elige cuando puede potrillos y terneros; generalmente los arremete cuando pasan corriendo y espera que hayan

[1] En español en el original. *(N. del T.)*

pasado para saltarles sobre el lomo, rompiéndoles en seguida el pescuezo con la presión de sus poderosas garras. Después los arrastra a la espesura del bosque para comerlos en seguridad, tranquilamente. Me contaron, sin embargo, en Goya, que en cierta ocasión habían encontrado un toro y un tigre en muy extraña posición; ambos estaban muertos y en parte podridos: el toro con el cuerpo cubierto de heridas y desgarrones, pero el tigre ensartado en las enormes aspas del toro, señal de que éste había luchado para sacarse al enemigo hasta que pudo hundirle sus cuernos.

Volviendo al tema de los cueros, diré que una vez sacrificado el ganado vacuno y caballar en la forma referida y sacados los cueros, éstos eran estaqueados al sol en el campo hasta secarlos completamente. Después se llevaban sucios como estaban a una estancia o a un puerto en esos viajes que hacía don Manuel y que ya he descripto. Descargados en el depósito, había que limpiarlos y sacudirlos con un palo para librarlos de la polilla, insecto que es el peor enemigo de los cueros y pieles de toda especie. Luego se disponen los cueros en el galpón, formando grandes pilas que alcanzan al techo y así se asientan y aplanan mucho. Periódicamente hay que sacarlos de las pilas y sacudirlos según el tiempo que se guardan en el galpón. Por último se hace el embarque cuidando de que no vaya polilla en el buque. Con el frío del invierno la polilla desaparece y de ahí que los principales embarques de cueros se hagan en esa estación.

El trabajo de sacudir los cueros con las varas es todo un arte, aunque parezca la operación más sencilla. Los cueros están plegados en dos como una hoja de papel y dos hombres realizan la tarea: cada uno toma una punta extrema del cuero y así lo abren para hacer caer la polilla, sacudiendo con la vara cada mitad en forma simultánea. Ambos batidores hacen su trabajo en el mismo espacio de tiempo y con increíble rapidez. Cada pareja tiene que atender a seis u ocho hombres que van sacando de continuo los cueros de las pilas y después volviéndolos a ellas. A veces, cuando los batidores aventajan a los acarreadores en el trabajo, o en ocasión de haber terminado de sacudir una gran pila, tocan sobre el último cuero una especie de toque de retreta, como sobre un tambor, en son de burla o triunfo, algo así como los repiqueteos alegres que se hacen oír en los campanarios de las aldeas.

Quiero mencionar también la gran destreza y la fuerza desplegada por los peones al sacar los cueros de las pilas en el galpón y cómo los colocan simétricamente, poniéndose dos hombres de pie sobre cada pila. Las bromas y los chistes presiden estos trabajos y al anochecer se encienden los fuegos para la cena, dándose un espectáculo muy parecido al que describí cuando me ocupé de los viajes en carreta.

Ha de interesar al político, al economista o al hombre de negocios, una noticia sobre el valor adquirido por el cuero desde que sale de las comarcas primitivas de América para ir a las curtidurías de Liverpool, y la vuelta que hace convertido en zapatos y botas a manos de sus dueños originarios. Cuando las Provincias del Río de la Plata formaban un virreinato español, las regiones apartadas de la capital desconocían los más elementales principios del comercio. Los estancieros no habían llegado a establecer la diferencia entre el valor de la tierra y el valor del ganado. Candioti, el viejo, famoso estanciero de quien hemos hablado en las *Cartas sobre el Paraguay*, compró sus estancias —como lo hemos visto nosotros— haciendo sus cálculos simplemente sobre la cantidad de ganado que las poblaba y las pagó a muy bajo precio. Así llegó a adquirir un establecimiento con cuarenta mil cabezas de ganado, a medio peso por cabeza, o sea dos chelines; y el campo mismo, que comprendía muchas leguas de la mejor tierra labrantía y de los mejores pastos que pueden darse en el mundo, quedaba incluido por añadidura en el negocio.

Esta extensión tan primitiva de los contratos fue abandonándose poco a poco y ya el estanciero vendía después grandes cantidades de ganado para ser sacrificado en el mismo establecimiento, es verdad, pero sin despojarse de la propiedad del campo. Cuando estábamos en Corrientes, el precio era, todavía en esa forma, de unos cuatro reales por cabeza de ganado alzado, es decir que el comprador adquiría la carne (inútil), cuernos, cueros y sebo por dos chelines. Los cueros secos vienen así a tener más valor que el animal vivo porque al costo originario hay que agregar todos los gastos de matanza, el salado del cuero, el acarreo, etcétera. Por la mayoría de los cueros que compramos en Corrientes y Goya pagamos un peso (*dollar*) de diez reales *la pesada* de treinta y cinco libras, lo que hacía unos tres medios peniques por libra. Tres meses después eran vendidos en Buenos Aires a unos cinco peniques y medio por libra; y quizá seis meses después se vendían en Liverpool y Londres de nueve a diez peniques por libra a los curtidores. Suponiendo que un cuero con otro diera veinte chelines, producían entonces exactamente diez

veces el importe que el estanciero recibía por el animal en su establecimiento.

Sin duda muchos de los cueros de novillo, de ternero y de yeguarizo así vendidos, y transportados a Inglaterra, volvían a Corrientes por el mismo camino convertidos en botas y zapatos y el estanciero hubiera podido advertir que, para obtener el mismo material que vendió, se había visto obligado a dar veinte novillos; o que, necesitando muy poco cuero para calzar sus pies, había debido ceder al efecto cuarenta o cincuenta caballos y yeguas.

Tengo todavía en mi poder un contrato que firmé en Goya con un estanciero, por veinte mil baguales que debía entregarme en su establecimiento al precio de medio real cada uno, es decir, tres peniques por cada yegua o caballo en pie. La matanza costó tres peniques más por cabeza; el estaqueado y limpieza de los cueros otros tres peniques y por último una suma igual por el acarreo a Goya, sumando todo el costo un chelín por cuero. Me fueron entregados diez mil animales correspondientes a este contrato y los cueros —dispuestos en fardos— se vendieron en Buenos Aires por seis reales o sea tres chelines cada uno y últimamente en Inglaterra por siete u ocho chelines, es decir por más o menos 2.800 a 3.000 por ciento sobre el costo primero del caballo de que provenía el cuero. Tal es, a veces, el valor acumulativo del producto desde que se toma de las manos del productor en un país antes de que vaya a las manos del consumidor en otro.

Pero, aunque el producto era, comparativamente, tan barato en los establecimientos de origen, no debe por eso imaginarse que con la compra obteníamos ganancias prodigiosas; los gastos que surgían antes de que los cueros y otros artículos tuvieran entrada en el puerto de Buenos Aires, eran por lo menos equivalentes al precio de costo. Pero, por otra parte, la mayoría de estos gastos pagados en la misma provincia, si bien aumentaba para nosotros el costo del artículo, acrecía la riqueza de la misma provincia. Un provecho muy grande, originado en el alza repentina del precio de los cueros en Buenos Aires, quedaba todavía para nosotros. Y con esto teníamos una doble gratificación: la de aumentar nuestro caudal y la de contribuir a la prosperidad general del país que nos brindaba sus abundantes productos.

G. P. R.

CARTA XX

FILOSOFÍA PRÁCTICA, SI NO PROFUNDA. EL CORREO LEIVA.

En la correspondencia que manteníamos con mi hermano, cuando él se encontraba en Corrientes y yo en Goya, hubiera podido advertirse una mezcla de actividad mercantil y de ese recreo espiritual que posee tanto atractivo para las naturalezas juveniles ardientes e imaginativas. No diré que este último merecía calificarse de solaz literario; pero hubiera sido fácilmente apreciado por los lectores jóvenes; y aquellos que, como nosotros, se marchitan al igual que las hojas amarillas, lo comprenderían trayendo a la memoria sus impresiones de juventud, no embotadas todavía por los golpes que reserva el mundo ni por las vicisitudes a que nos condena este valle de lágrimas. A los veintidós o veintitrés años carecemos todavía de experiencia suficiente para valorar la verdadera naturaleza del viaje que vamos a emprender en la vida. Colmados de júbilo y alegres esperanzas, todo se nos presenta *couleur de rose*; más que un valle de lágrimas, el que se abre ante nosotros es un valle de felicidad y deleite; nos inclinamos a pensar que el camino está sembrado de flores y nunca pensamos que se trata de una senda espinosa y áspera. La vejez es majadera, no porque haya comprobado que todo es "vanidad y molestia del espíritu" sino porque las enfermedades le impiden gozar de aquellos placeres y deleites con que el mundo se place en regalar a las almas jóvenes. Después de todo, triste y envidiosa es la tarea de refrenar el entusiasmo juvenil y apagar el brillo estival de la vida, exhibiendo el invierno que ha de venir después. Yo también he tenido mi lote de penas y cuidados, pero no me enoja ver la alegría exuberante que busca los placeres propios de la juventud; ni he de negarla por el solo hecho

de saber que al final todo lo encontramos anticuado, aburrido e inútil; tanto valdría lamentar que el tierno follaje de los árboles, llegada la primavera, haya de ponerse verde y lozano por el solo hecho de saber que llegará el otoño para despojar a las hojas de su savia, y luego el invierno a quitarle su belleza estival.

Pero estoy divagando... Con todo lo que teníamos que comunicarnos en asuntos de negocios y en otros de distinta naturaleza, mi hermano y yo caímos en la cuenta de que el tardío servicio semanal de postas establecido entre Goya y Corrientes era impropio para nuestra correspondencia epistolar y que debíamos buscar un medio más adecuado de comunicación.

Por eso decidimos pagar un correo propio que llevara la correspondencia entre Corrientes y Goya. Elegimos a ese propósito a un criollo de apellido Leiva. Era éste un hombre formal, grave, imperturbable. Leiva nunca parecía estar apurado y era al mismo tiempo el más exacto de los mensajeros. Creo que nunca lo vi sonreír pero no por eso era grosero ni brusco en sus modales. Funcionaba como una máquina jamás descompuesta, era exacto a la manera de un reloj y hasta se movía con movimientos de péndulo. Si encontraba obstáculos en su camino, nunca lo sabíamos, porque allanaba todas las dificultades, se hacía justicia por sí mismo y proseguía su camino habitual. De tal manera, en una comarca tan poco segura, nunca se dio el caso de que preguntáramos: "¿Qué le habrá pasado a Leiva?" Porque sabíamos que una vez salido de Corrientes o Goya, habría de llegar a la hora señalada. Durante nueve meses viajó con tiempo bueno y malo, llevando consigo no solamente la correspondencia sino monedas de oro en gran cantidad. Leiva viajaba solo, en una distancia de ciento cincuenta millas, y nunca perdió una carta ni tuvimos un momento de inquietud por la suerte del dinero que conducía. Leiva, "el correo de los ingleses", era conocido por todos y el viajero mejor atendido en todas las postas del camino.

Cuando llegaba, con su aire indiferente y algo melancólico, lo recibíamos con íntima satisfacción. Traía en sus alforjas los paquetes de cartas, los rollos de doblones, y al dejar caer todo aquello sobre la mesa, había un extraño contraste entre el rostro alegre de los patrones y su plácida y severa expresión. —*Vea* (decía después de vaciar las alforjas), *vea si todo está bien, patrón.* —Y una vez seguro de que nada faltaba, dirigíase a la cocina y allí se preparaba el mate, el almuerzo o la cena, saludando a quienes encontraba como si hubiera estado ausente una media

hora. Pero respondía sosegadamente a cuanta pregunta se le hacía porque era una especie de gaceta ambulante entre Corrientes y Goya. Parecía, con todo, no poner interés alguno en lo que contaba y él no preguntaba nada, como seguro de que en su ausencia no había pasado nada importante. Satisfechas sus necesidades, se presentaba de nuevo al patrón y preguntaba si había que salir otra vez. Para él era lo mismo hacerlo en el día o en la próxima noche o en la mañana siguiente. Allí estaba con su caballo ensillado esperando en la puerta, listo siempre y puntual.

A veces tenía que esperar varias horas y nunca se le vio un gesto de impaciencia. Hubiera esperado un día y una noche en la misma actitud. Cuando lo llamábamos: —*Venga, Leiva, ya está la correspondencia*, empezaba el arreglo cuidadoso de los papeles en las alforjas y terminaba diciendo tranquilamente: —*Hasta la vuelta, patrón.* Entonces montaba en su caballo y se alejaba al galope sin detenerse hasta el final del viaje, salvo en las postas para comer y cambiar la cabalgadura. Viajar de noche o de día, al sol o al agua, era asunto indiferente. En una sola ocasión, una sola, Leiva, después de llegar a Goya, rompió su habitual laconismo y al entregar la correspondencia me dijo que se había retardado tres horas porque su caballo en una rodada muy fea se había roto el pescuezo, matándose. Entonces le pregunté con mucho interés si él no se encontraba herido. Me miró con sorpresa y con cierto aire de disgusto. —*¿Herido?* —repitió con aspereza que nunca había notado en sus maneras. —*¿Herido? No, señor, salí parao.*

En seguida me di cuenta de que yo había puesto en duda su condición de jinete, cosa ofensiva para un hombre de campo. Estos hombres, jinetes de verdad, son tan diestros en el manejo del caballo que, si éste cae a toda carrera, súbitamente arrojan las riendas por encima de la cabeza y pasan de la silla al suelo, corriendo sobre sus propios pies. Y si la cosa pasa de otra manera, los compañeros y los que no lo son se burlan del infortunado y ríen y gritan con estrépito: —*¡Vea el jinete! ¡Vea el jinete...!* golpeándose la boca con la mano. Y la burla se hace más general cuanto más fuerte es el porrazo recibido... Recordando todo esto, traté de arreglar lo dicho y pregunté a Leiva cómo se había manejado una vez que se le mató el caballo.

—Lo desensillé —me contestó recobrando su calma—, eché a la espalda el recao y me fui caminando a la posta que estaba a tres leguas.

No obstante la natural indiferencia de Leiva, en algunas raras ocasiones se animaban sus ojos negros y todo su ser demostraba que algo importante le traía preocupado. Era cuando mi hermano, o yo, teníamos que acompañarlo a Corrientes o a Goya y se lo anunciábamos con anticipación. Entonces, durante el viaje anterior al nuestro, Leiva se desviaba de las postas del camino y comprometía en las estancias próximas los mejores caballos que debían estar listos para el día siguiente porque el patrón anunciaba visita. Y cuando hacíamos el viaje juntos, todo nos demostraba el cuidado con que él había preparado lo necesario: los caballos, los postillones, el almuerzo, la cena, todo estaba en su lugar y en su punto. El propio Leiva no se apartaba nunca de nuestro lado.

Por su trabajo de correo y la responsabilidad que importaba la conducción del dinero, pagábamos a Leiva cuarenta pesos por mes. Sus gastos, siempre moderados, corrían por nuestra cuenta. En qué gastaba sus cinco chelines diarios es cosa que nunca pudimos averiguar. Porque cuando nos fuimos de Corrientes, no tenía más que una suma de dinero que le regalamos y que sin duda desapareció con la misma rapidez con que habían desaparecido sus sueldos.

Creo que nadie en Corrientes ganó tanto nuestro afecto como el nombrado Leiva.

Hay una maravillosa tendencia en nosotros que nos induce a amar al agente inmediato del placer, aunque exista muy escasa relación entre ese agente y el placer que nos proporciona. Lo mismo da que se trate de un ser viviente o de un objeto inanimado. Cuántas veces un árbol, un arroyuelo, una escalinata, se identifican en nuestro espíritu con lo que hemos experimentado junto a ellos y al contemplarlos revivimos el placer que gozamos otrora. Leiva, acaso, era poco más que un instrumento inanimado que conducía la correspondencia; pero, sea como fuere, las cartas que *él* entregaba, los paquetes que *él* dejaba caer ante nosotros, adquirían un valor creciente a nuestros ojos; y en una región aislada y remota como aquélla, donde había pocas cosas de interés y ninguna diversión, sabiendo, como sabíamos, que Leiva invariablemente traía en sus manos cosas agradables para nosotros, bastaba su llegada para ponernos contentos. Porque no sólo traía la carta del hermano sino también con frecuencia despachos de Buenos Aires, y como éstos contenían a menudo cartas de nuestro hogar, no es de extrañar que "la llegada de Leiva"

despertara sentimientos muy íntimos en nuestros corazones. A ninguna persona, en efecto, veíamos con mayor gusto apearse a la puerta de la casa; y mis lectores habrán de perdonarme si, haciendo justicia a un servidor fiel, que no sé si pertenece ahora al mundo de los vivos o al de los muertos, me he detenido tanto en recordarlo.

G. P. R.

Carta XXI

El mal genio de Pedro Campbell. Su querella con Jorge Washington Tuckerman Esq. Airada apelación de este último. Se nos acusa de monederos falsos. Una prueba evidente de lo contrario. Energía de Pedro Campbell.

Aunque los asuntos nuestros marchaban, en general, sin dificultad, de vez en cuando, y como ocurre en todos los negocios del mundo, sobrevenía uno que otro chubasco. El mal genio de Pedro Campbell y el celo que a veces le llevaba a ultrapasar el límite de su deber y a menudo el de la discreción, nos obligaban a ejercer de vez en cuando nuestra autoridad, única autoridad reconocida por él. Campbell era hombre honesto a carta cabal; en verdad sentía desprecio por el dinero; y como no podía lograr que la mayoría de las gentes observara su rígida buena fe, tenía siempre querellas entre manos, haciéndonos compartir una buena porción de la mala voluntad que en muchos casos despertaba con sus rigores. Había dado en afirmar que sólo existían dos españoles honestos en la provincia y éstos eran el gobernador Méndez y don Isidoro Martínez y Cires; obraba de acuerdo con esa opinión injusta, y de ahí que nos viéramos obligados a "humillarlo" como él decía, revocando sus decisiones cuando eran traídas hasta nosotros en forma de apelación por las partes agraviadas.

Pero se dio un caso, sin embargo, en que nuestro ayudante irlandés salió victorioso y nos mortificó bastante con ello. Entre Campbell y Jorge Washington Tuckerman había surgido una mortal inquina; el último no podía soportar la libertad y la soltura con que Campbell pretendía tratarlo en pie de igualdad; y Campbell decía de Mr. Tuckerman que era un yanqui advenedizo y presuntuoso sin un adarme de honradez. Tuckerman mostrábase admirado de que pudiéramos servirnos de un bruto como Campbell y éste miraba con abierto menosprecio la intimidad que manteníamos con Tuckerman.

Podrá parecer irrazonable, pero la aversión de Campbell por nuestro amigo se acrecentaba por el *atrevimiento* que este último ponía de manifiesto con sólo efectuar negocios en los lugares donde nosotros operábamos activamente y en gran escala. Convencido plenamente de la mala fe de Tuckerman y no atreviéndose a tomar medidas contra él —porque le habíamos prohibido entrometerse en los negocios de nuestro amigo—, el irlandés conformábase con observar en silencio los movimientos del norteamericano; y su vigilancia le permitió, por fin, atraparlo en un asunto que terminó a su entera satisfacción.

Tuckerman hacía un comercio ambulante, de mercader a caballo, podríamos decir. Disponía de poco capital y efectuaba sus recorridas por la campaña comprando sus productos a los pequeños estancieros y a otras personas, siguiendo casi el mismo plan adoptado por Campbell para nosotros en escala mucho mayor. En una de sus andanzas, Tuckerman había llegado a casa de un individuo que tenía unos doscientos cueros muy buenos, apilados en un rincón del corredor; empezó a interesarse por ellos; el propietario pareció vacilar y algo dijo sobre un "compromiso" que tenía con Campbell. Al oír este nombre detestado, Tuckerman mostró mayor interés y ofreció una suma superior a pagar de inmediato, oro en mano. El estanciero no pudo resistir a la tentación y procedió indignamente. Cerrado el negocio, mandaron preparar una carreta para conducir los cueros y don Jorge se sentó a la puerta de la casa, muy satisfecho con su operación de esa mañana. Pero el advertido Campbell no se dormía. Esa misma mañana oyó decir que Tuckerman había estado de visita en casa del amigo poseedor de los doscientos cueros y, no muy seguro de la palabra de aquel estanciero, se dispuso a comprobar por sí mismo la verdad.

Y aconteció que, mientras el desaprensivo estanciero y don Jorge estaban ocupados en revolver y examinar los cueros, Campbell se acercó a la casa y con su vista de águila observó a la distancia lo que pasaba; entonces se apeó del caballo, caminó disimuladamente hasta el corredor y de pronto se abalanzó a los presentes enfrentándose con el estanciero que lo miró asombrado. En rigor, los cueros eran nuestros y habían sido pagados por Campbell algún tiempo antes. El irlandés miró al estanciero como diciéndole: "Ya arreglaremos cuentas nosotros", y luego, tomando a Tuckerman por el cuello con sus manazas, sacudió al menudo yanqui hasta hacerle caer en un acceso de asma. "¡Ah,

villano —gritaba Campbell—, tenía que encontrarte! Yo sabía quién eras, avispa. Yo sabía que picabas mañosamente a tus propios amigos. ¡Pero ahora sabrán si Campbell dice o no la verdad cuando les aconseja que desconfíen!" Con estas palabras dio al desgraciado yanqui otro zarpazo de tigre y empujándolo con desprecio exclamó: "¡Fuera de aquí! ya puede usted sentir vergüenza de mostrarse entre los hombres decentes".

Es de imaginar la exasperación, la rabia de don Jorge al verse así tratado indignamente por un hombre que él aborrecía y menospreciaba. Pero toda resistencia hubiera sido inútil y aunque Tuckerman la intentó hasta donde su asma se lo permitía, pronto fue reducido a silencio; una o dos miradas del irlandés indicaron que estaba próximo a estallar en una de esas cóleras violentas e irrefrenables a que se dejaba llevar cuando lo irritaban. Por eso Tuckerman montó a caballo y se alejó de la casa, pero con tanto escozor por el ultraje sufrido que apenas atinaba con el camino.

Difícil sería determinar lo que hubiera sido del estanciero si su mujer, con decisión y coraje femeninos, no se interpone entre el esposo y el enfurecido Campbell. Este último, por su parte, mientras mujer y marido con ruegos y explicaciones dábanle tiempo para calmarse, sintióse pronto absorbido por la idea de una supuesta victoria sobre su enemigo Tuckerman y perdonó por completo al estanciero, en vez de llevárselo —como éste lo esperaba— atados manos y pies a modo de un malhechor. En su defensa, el estanciero hizo sobre el negocio una relación muy desfavorable a don Jorge, y entonces don Pedro, exacerbado con estos sucesos, se fue de galope hasta Goya para formularme la denuncia contra nuestro amigo norteamericano.

Yo apenas podía contener la risa al oír el animado relato que me hizo Campbell sobre todo lo ocurrido, pero le reproché su proceder con Tuckerman en forma decidida, exigiéndole que pidiera disculpas por haberse hecho justicia con sus propias manos contra todo derecho. En un principio, Campbell declaró llanamente que prefería abandonar su servicio antes que rebajarse a tal cosa; pero, poco a poco, logré convencerlo de que estaba en error y, al final, aunque de muy mala gana, se allanó a lo indicado.

No tardé en recibir una encendida carta de Tuckerman en que me exigía: primero, que Campbell fuera reprobado por mí en su presencia y le pidiera disculpas; segundo, que los doscientos cueros, cualquiera fuese el convenio previo que pudiera existir, debían serle entregados de inmediato. Le respondí que no sólo desaprobaba el rudo proceder de Campbell sino que lamentaba en extremo que hubiera dado lugar a su justa acusación y creía que el mismo Campbell daría las satisfacciones necesarias; pero que, en lo tocante a los doscientos cueros, Campbell no había hecho más que cumplir con su deber, siquiera torpemente, y yo no podía deferir a esa exigencia. Agregué, sin embargo, que, en el deseo muy sincero de llegar a una conclusión amigable, estaba dispuesto a permitir que don Jorge tomara de nuestros depósitos doscientos cueros, pagando el mismo precio abonado al estanciero por los pertenecientes a nosotros. Mi propuesta no pareció bastante satisfactoria para reparar el honor de mi amigo y don Jorge me contestó una carta llena de expresiones hinchadas y romancescas en que me decía que la conducta observada por nuestro agente no le permitía continuar ese intercambio espiritual, esas demostraciones personales de fina amistad que, elevándose por encima de cuestiones mercenarias y rastreras, había constituido la fuente principal de aquella imperfecta felicidad que podía disfrutarse en tierra extraña.

Y de esta manera quedaron cortadas nuestras relaciones, con gran contento de Campbell y sincero pesar de mi parte, porque advertí que me sería difícil en la reducida sociedad de Goya encontrar un compañero tan agradable y divertido como Jorge Washington Tuckerman.

Fueron también motivo de desagrado los celos y envidias de comerciantes en pequeño que se creían perjudicados por las gigantescas operaciones comerciales de nosotros. Estos hombres no podían —o no querían— comprender, en su ceguera de topos, que si bien habíamos abierto un nuevo y ancho campo, no invadíamos en nada el antiguo y estrecho que les pertenecía. No éramos monopolistas y quedaba mucho espacio para la libre competencia de todos. Pero una y otra vez, quienes pretendían ejercer su pequeño monopolio, quejábanse de que, pagando nosotros precios altos, les arruinábamos el comercio; de suerte que, sin resolver el problema, decidieron darle un corte de esta manera: "Estos comerciantes fuertes —se dijeron—, por uno u otro camino han acaparado todo el comercio; veamos de librarnos de ellos, sea como fuere, y el comercio quedará nuevamente para nosotros". Los pobladores de la campaña pensaban lo contrario, y de ahí que los pequeños comerciantes siguieran la-

drando, y aun mordiendo, cuando podían hacerlo, mientras nosotros continuábamos camino, para propio beneficio y el de la provincia.

Sería fastidioso, si no imposible, enumerar todos los medios bajos y disparatados con que los competidores trataron de paralizar nuestra acción; pero como ejemplo, voy a referirme a uno de ellos porque *ex uno disce omnes*. Teníamos por costumbre introducir en forma sistemática gran provisión de moneda desde Buenos Aires, en forma de onzas o doblones españoles, moneda de oro equivalente a tres libras esterlinas y cinco chelines. Hacíamos la mayoría de nuestras compras con dicha moneda, que fue acrecentando gradualmente el antiguo y escaso dinero en circulación y elevando su nivel.

Y sucedió que, encontrándome una mañana ocupado en despachar a nuestro cuerpo de agentes, capataces, barqueros, estancieros, correos, etcétera..., llegó una persona a mi oficina con cara de hombre asustado y dijo que deseaba cambiar los doblones recibidos el día anterior en pago de su cuenta. Al preguntarle por qué deseaba cambiar esos doblones, respondió que —según le habían dicho— esos doblones no servían. Me puse a examinarlos y comprobé que eran perfectos. No quise cambiárselos pero le dije que de muy buena gana le devolvería sus cueros a cambio de los doblones pagados. El hombre estuvo vacilante, después me dejó las monedas de oro y manifestó que al día siguiente resolvería. En el mismo día llegó otro individuo con la misma historia, y otro más, antes de la noche. Inicié de inmediato la averiguación y pude comprobar que habían echado a correr la noticia de que todo el oro que recibíamos era metal de baja ley, manufacturado en Inglaterra, y en pocas palabras que, mi hermano y yo, éramos agentes de una gran sociedad inglesa de estafadores. La noticia se propagó como fuego en el campo y no tardó en producirse el consiguiente pánico. Dos días después sitiaba mi puerta una multitud de tenedores de onzas falsas, pueblo ignorante, presa del terror e inhabilitado para comprobar el hecho evidente de que el oro que tenían en sus manos era genuino y bueno.

Pero, ¿qué podía yo hacer...? La agitación aumentaba cada vez más, se difundía entre las clases bajas, y si aquello continuaba, me exponía a pagar trágicamente las fechorías de mi hermano, las mías y las de la sociedad establecida en Buenos Aires...

Hice traer frente a la puerta de mi casa un gran trozo de

madera y coloqué a su lado un robusto peón con un hacha en la mano. Cierto número de "tenedores inocentes" de moneda falsa, salidos de mi escritorio, fueron congregados en el mismo lugar. "Toda la historia y todo el misterio que se ha hecho con esto, señores —les dije—, viene de que hay en la provincia de Corrientes algunos individuos enemigos de su prosperidad, que como no pueden comprarles cueros a ustedes, pretenden impedirles que ganen dinero con nosotros, dinero que será también para ellos. Y andan diciendo que les van a comprar por unos reales lo que ahora yo les pago con doblones. Les han dicho que los doblones son falsos, pero si ustedes tienen algunos, dénme tres o cuatro, o si quieren una media docena de los que parezcan peores y vamos a examinarlos."

En seguida me dieron varias onzas, puse una sobre el trozo de leña, mi peón le descargó un hachazo que la dividió en dos partes y luego dividió las mitades en cuatro. Una onza tras otra fueron sometidas a la misma prueba, hasta que los presentes se convencieron de que era en realidad oro lo que habían recibido. Una vez pasado el susto, los mismos interesados se preguntaban cómo habían podido caer incautamente en el engaño y en adelante los doblones circularon tal como habían circulado hasta entonces. Yo me vi obligado a mandar unas veinte monedas cortadas y "descuartizadas", como un testimonio de la dificultad con que a veces se tropieza para hacer pasar, no moneda de baja ley, sino moneda bien genuina.

No debe suponerse que don Pedro Quesnay tomara parte alguna en esta acción solapada contra nosotros. Por el contrario, él fue el primero en denunciar en todas partes a los autores de la vil estratagema; y mostrando en la mano un cuarto de onza, exponía con elocuencia a los estancieros y a otras personas la mentecatez en que habían incurrido al dar crédito a historias absurdas inventadas para hacer de ellos los instrumentos de su propia ruina.

Otro obstáculo serio, con que tropezábamos de vez en cuando, era la gran dificultad para recibir de Buenos Aires las importantes remesas que nos hacían, debido al gran desorden reinante en la región. El resorte principal de nuestro negocio con los desconfiados estancieros estaba en que siempre teníamos listo el dinero para entregárselo cuando lo necesitaban, y los hubiéramos defraudado de haber surgido dudas o dificultades a ese respecto, lo suficiente, además, para dañar y paralizar nuestra empresa.

Quiero recordar, para dar una idea de la energía de nuestro *factotum* Campbell, que una vez, habiendo llegado a Corrientes por necesidad, encontró a mi hermano muy contrariado porque no le llegaban remesas, e inmediatamente se ofreció para bajar él mismo a Buenos Aires. De acuerdo con eso, empezó por recorrer al galope los diferentes puntos en que desempeñaba sus actividades, dejó todo en orden por el tiempo que podía durar su ausencia, pasó a Goya y de allí se puso en camino a Buenos Aires. Después de viajar unas mil seiscientas millas a caballo, volvió con su ayudante Eduardo, cargados de doblones, y pagó con ese oro a muchos estancieros que quedaron convencidos de haber recibido el metálico depositado en mis cofres de Corrientes y Goya.

G. P. R.

Carta XXII

La familia de Mr. Postlethwaite. Su llegada a Goya. La belleza de las recién llegadas. El éxtasis de don Pedro. Jorge Washington Tuckerman hace de médico. Su alocución. La historia de sus amores. Don Jorge desfallece. Sus arrobos y emociones. A la conquista de El Dorado.

No mucho después de habernos establecido en Corrientes, Mr. Postlethwaite, nuestro amigo, recibió noticias de que habían llegado a Buenos Aires su esposa y sus hijas. Como su permanencia en el interior llevaba trazas de prolongarse, decidió hacer llegar su familia hasta Corrientes, y en abril de 1816 se dirigió con ese propósito a la capital de las Provincias del Río de la Plata. Llegó felizmente, después de haber sufrido algunas detenciones en el camino por el desorden reinante en el país, y arregló todo para volver en una embarcación de nuestra propiedad, el *San José*, que estaba tomando carga para Goya y Corrientes. En ese mismo barco pensábamos nosotros emprender el viaje final desde esta última ciudad, una vez liquidados nuestros negocios de cueros.

Como podrá suponerse, esperábamos con gran expectación un acontecimiento de mucho interés cual era la llegada de una familia inglesa, y con mayor razón tratándose de la familia de un viejo amigo, que vendría a un lugar aislado del mundo como Corrientes. En verdad, desde que fueron descubiertas esas tierras por los españoles, ninguna mujer inglesa se había mostrado por allí, y los habitantes no se hacían otra idea que la encontrada en las páginas de una novela nada moderna llegada por aquel camino casi impenetrable para las obras literarias.

Después de velar una noche hasta muy tarde a fin de que Leiva pudiera salir de madrugada con mi correspondencia, me fui a dormir bastante cansado, y aunque tenía por costumbre levantarme temprano, en aquella ocasión el sueño me retuvo en el lecho hasta las siete de la mañana. A esta hora, unos violentos

golpes dados a la puerta me despertaron completamente. Al instante pude oír la voz de un catalán, viejo lobo de mar, patrón del *San José*, que me llamaba diciendo:

—Don Guillermo, don Guillermo, aquí he traído la familia de don Juan.[1]

Me levanté en seguida, me vestí atropelladamente y un cuarto de hora después estaba dando un abrazo a Mr. Postlethwaite y deseando la bienvenida a todos los miembros de su familia. Hacía cerca de dos años que yo no veía una mujer inglesa. ¡Cuántas sensaciones deleitosas experimenté, al verme rodeado por mis compatriotas, a ocho mil millas de mi hogar! ¡Y cuánta dicha tuve al oír hablar con armonioso acento mi lengua nativa! La señora de Postlethwaite usaba anteojos, mostrábase muy maternal y parecía el dechado de la matrona bondadosa, oriunda de aquella tierra que es modelo de caracteres. Los rostros vivos y rosados de las cuatro hermosas niñas, la mayor de las cuales no había cumplido dieciocho años, sus impecables vestidos de mañana, los delantalcitos de seda, los naturales y graciosos rizos, el porte franco, vivaz, sin afectación alguna, el placer que manifestaron en conocer al amigo de su padre, y el orgullo afectuoso con que este último miraba a una y a otra persona de su familia, todo contribuyó a despertar en mi pecho los sentimientos más íntimos del hogar doméstico, dormidos por tanto tiempo. Puedo decir que aquel momento fue en verdad uno de los más felices de mi vida. En la compañía de Mr. Postlethwaite, la señora y sus hijas, sentíame *at home* y lamenté profundamente que durante su estada en la provincia debiéramos vivir yo en un lugar y ellos en otro muy distante.

En este primer encuentro con Mr. Postlethwaite y su familia, apenas tuve ocasión de revivir sentimientos familiares porque la permanencia en el puerto fue de algunas horas, de paso como iban a Corrientes. El viento estaba favorable para la navegación aguas arriba y como no era cosa de perderlo, porque rara vez se muestra propicio en el Paraná, no llegó mi egoísmo a preferir la compañía de mis nuevos amigos mientras corrieran riesgo de exponerse a una batalla con los mosquitos en el río, semejante a la descripta en otra carta anterior.

Tampoco podía pensar en dejarles pasar por el puerto sin hacerles conocer sus curiosidades, sobre todo que no requerían

[1] En español en el original. *(N. del T.)*

tanto tiempo como las curiosidades de Londres... Pero resultó que, durante su apresurada visita, las niñas fueron las mayores novedades de que había podido enorgullecerse la villa de Goya desde su fundación. Hombres, mujeres y niños, todos salieron de sus casas para verlas pasar, mientras fui con ellas desde mi *cottage* a casa de don Pedro Quesnay, para presentarlas a nuestro gran hombre de Goya. Con ese impulso natural de los aldeanos ineducados, la gente del puerto nos siguió rodeándonos y dando salida a la admiración que provocaban *las inglesitas.*

—*¡Virgen Santísima, qué lindas!* —exclamaba uno.

—*¡Jesús de mi alma, qué piel, qué color!* —gritaba otro.

—*¡Ave María!, ¡miren los sombreros...!* —decía un tercero.

—*¡Dios las bendiga! ¡Son ángeles!* —decía un cuarto.

Y de esta manera señalaban los ojos de las doncellas, sus rostros, los novedosos vestidos, las caras sonrientes, y se dirigían a mí de vez en cuando para decirme:

—*¡Ah, don Guillermo! ¡Qué lindas sus paisanitas! ¡Vivan mil años! ¡Qué Dios las bendiga!*[1]

Don Pedro Quesnay pareció sofocado cuando vio en su casa la presencia de huéspedes tan encantadores. Se inclinaba, hacía cortesías sin gracia, y variaba, ansioso, las expresiones de su rostro.

—*¡Ah! Seigneur* —decía, mientras nos invitaba a entrar con muchas reverencias caminando hacia atrás—, *yo stá orgulloso mon ami don Shuang, yo stá encantad de ver les demoiselles. Ah! madame custed l'honneur d'entrag. Vangtur! pone les sillas vite! et des sillas por les demoiselles.*

Luego, estrechando la mano de Mr. Postlethwaite, continuó:

—*Ah, don Shuang, custed va diner aquí hoy avec Madame et les demoiselles et mon bon ami don Guillerm. Va! c'est bon, ah, Seigneur!* —Y enlazaba las manos como era su costumbre, mirándonos de manera teatral.

Pero nuestros amigos no pudieron quedarse a comer y todos volvimos a bordo del *San José* donde merendamos a la inglesa. La señora de Postlethwaite y sus hijas mostráronse muy interesadas por mi vivienda y, después de examinarla bien, una de las niñas preguntó graciosamente al papá si las casas de Corrientes eran tan grandes como la mía. Sorprendió a todos muy

[1] Todas las exclamaciones destacadas están en español en el original. *(N. del T.)*

gratamente mi alfombra de cueros de tigre y estuvieron de acuerdo en que Kidderminster y Bruselas estaban de más en un país que producía tales alfombras.

El *San José* había llegado a la siete de la mañana. Entre la una y las dos de la tarde, Mr. Postlethwaite y su familia estuvieron a bordo otra vez y el navío levó anclas. Mucha gente de la villa se alineó en la costa del río y al salir el barco expresó su alegría con calurosas exclamaciones. Las jovencitas no pudieron por menos de advertir que su primera aparición en Goya causaba gran "sensación"; pero felizmente su escaso conocimiento del español y de sus términos hiperbólicos, las libró de los sonrojos que hubieran pasado de haber llegado a comprender aquellos cumplidos de los sencillos y bonachones pobladores.

Durante los tres meses corridos entre la llegada de Mr. Postlethwaite y su familia, y la partida de mi hermano conmigo a Buenos Aires, no pude ir a Corrientes una sola vez para estrechar relaciones con las niñas y oír de labios de las correntinas los elogios que, según escribió mi hermano, prodigaban a mis jóvenes compatriotas.

Poco después de aquel suceso, sobrevino el invierno y me vi atacado por lo que llaman en Sud-América un *aire* en la cara, que me sorprendió con mucho dolor y extraordinaria rigidez en las mandíbulas. Encontrándome confinado en casa y en el lecho, recibí una carta de don Andrés Gómez, nuestro viejo amigo y agente paraguayo que me escribía desde un queche, a unas cinco leguas de Goya. Don Andrés me decía que se hallaba en viaje para Asunción pero que, por temor a ser detenido o a que se le presentaren dificultades, no deseaba tocar en Goya ni en Corrientes; tenía mucho interés en verme y me pedía que acompañara al mensajero de su confianza que había mandado hasta mí, quien podría guiarme hasta la embarcación. Enfermo como estaba, me levanté y fui hasta el lugar indicado, más muerto que vivo. Gómez había traído cinco mil doblones para nosotros desde Buenos Aires. Me quedé una hora con él, sufriendo bastantes molestias y salí otra vez para Goya con el mensajero que llevaba consigo los cinco mil doblones. Los caminos estaban malos, el viento muy frío y antes de llegar a la mitad del camino nos sorprendió la noche. Seguimos galopando a pesar de todo, pero mi caballo metió una pata en un agujero del camino y rodó. Como yo no era bastante jinete para salir parado, mi mala estrella quiso que diera con la cara en el suelo y, *naturalmente*, con el lado en que tenía el *aire*.

El acompañante me condujo hasta casa lo mejor que pudo, pero en seguida me sentí peor y al día siguiente estaba muy enfermo y casi imposibilitado para hablar. En el desamparo en que vivía, me mandaron algunas curanderas y como no estaba para oponer resistencia, hicieron conmigo lo que les vino en gana. Como era natural, empeoré, y luego se corrió la voz de que iba a morir. Don Pedro venía con frecuencia a verme y se estrujaba las manos, muy lastimero. El comandante desesperaba porque yo no quería —y se lo hice entender— que fuera ningún correo a Corrientes; y todos se horrorizaban cuando me veían sacudir la cabeza negativamente cada vez que hablaban de administrarme la extremaunción. La gente más vieja creía que Goya no podría prosperar nunca si un hereje moría inconfeso en el puerto.

He mencionado esta enfermedad porque fue la causa de que un viejo amigo volviera otra vez a la escena en forma muy característica. El enojadizo pero afectuoso Tuckerman llegó a Goya precisamente cuando las curanderas consideraban ya mi caso como desesperado. Tan pronto como oyó hablar de mi enfermedad, se apresuró a venir de inmediato a mi rancho, olvidando los agravios de Campbell y las heridas sufridas en su orgullo, para correr en alivio de su antiguo amigo. Su sola presencia me reanimó y estuve muy de acuerdo con él en que pusiera las curanderas a la puerta. Durante dos días Tuckerman no se movió de mi cuarto ni durmió por la noche y se comportó de tal suerte que, tres días después, como consecuencia de su régimen inteligente, me hallé casi en la convalecencia.

Mr. Tuckerman, según creo, deseaba desde tiempo atrás una reconciliación con nosotros y no pudo dársele una oportunidad más coincidente con sus gustos e inclinaciones. El ambiente de romance con que rodeaba todos los sucesos de su vida no faltó en esta ocasión. Por el contrario, se sintió satisfecho de poder mostrar su magnanimidad y su pericia, cualidades de que se enorgullecía mucho, y llegó a una especie de éxtasis cuando le di las gracias, de todo corazón, por haberme salvado, quizá, la vida y en todo caso por haberme librado de una seria y penosa enfermedad que hubiera agravado, de no ser su oportuna y generosa intervención.

—¡Ah, Mr. Robertson! —exclamó don Jorge—, paréceme que usted fuera el médico y yo el paciente; porque sus palabras derraman el bálsamo de la renovada amistad en un espíritu lacerado. ¡Sí! Confieso que cuando el honor me lo exigió y debí

romper los lazos que me unían tan estrechamente a usted y a su hermano, sacrifiqué gran parte de mi placer y de mi felicidad en este país, donde todos eran extraños y sólo nosotros, podría decir, éramos hermanos. Pero cuando tuve conocimiento de su enfermedad y de que usted se encontraba en peligro, mis viejos sentimientos acudieron de inmediato a mi corazón, y en seguida me encontré a su cabecera, dispuesto a emplear mis humildes pero abnegados esfuerzos para restaurar su salud y restituirlo a sus queridos amigos que yo imaginaba inclinados sobre su lecho, ansiosos y aprensivos por el resultado de su enfermedad. Y ahora, mi querido amigo —dijo estrechándome la mano—, ¡cuán feliz me siento de que el cielo haya respondido a mis súplicas y cuán orgulloso de haber sido el instrumento destinado a devolverle el hálito vivificante de la salud!

Este era el estilo habitual que Mr. Tuckerman empleaba en su conversación: el amor, la amistad, la gloria, los Estados Unidos y visiones del futuro eran los temas favoritos sobre los cuales estaba siempre dispuesto a derramarse. Recuerdo muy bien —esto pasó poco después que mi hermano y yo intimamos con nuestro romántico amigo— una conversación muy característica mantenida en mi *cottage* durante una fría tarde de invierno, mientras por la ventana veíamos la luna que ascendía en el cielo y rielaba sobre la superficie del río. Tuckerman había preparado un café delicioso, y con su taza en una mano y la pipa en la otra —porque era muy amante de la pipa con ser ésta muy poco romántica— parecía sumergido en un plácido ensueño.

—¡Mr. Tuckerman! —dijo mi hermano—, parece que usted está soñando en su primer amor.

—Cómo, Mr. Robertson —respondió Tuckerman—, ¡cómo ha podido usted adivinar tan bien mis pensamientos! ¡Sí! —aquí dio un suspiro y luego aspiró su pipa—, estaba recordando a mi adorada Carlota.

—Don Jorge, ¿por qué no cuenta usted algo de la niña que ha tenido el raro privilegio de cautivar el cariño de un hombre que, como usted, sabe a quién debe consagrar sus afectos?

—Amigo mío, respondió don Jorge, ha hecho vibrar usted una de las cuerdas más sensibles de mi corazón. Puedo, sin duda —prosiguió con una sonrisa complaciente—, puedo sin duda exhibir mis sentimientos a unos amigos como ustedes que verán con simpatía y ternura la exaltada pasión que colma mi pecho. En rigor de verdad, mi historia es muy sencilla. Mi adorada Carlota es la hija menor —don Jorge, como lo hemos dicho iba acercándose a los cuarenta— de un viejo amigo y vecino de mi familia, el juez Holland, jurista distinguido de los Estados Unidos, que acreditó también como senador su capacidad de estadista. Su esposa era la más agradable mujer, y todavía una hermosa matrona; dos de sus hijos seguían las huellas de su progenitor y sus tres hijas eran el orgullo de los padres y objeto de admiración para el ***haut ton*** de Washington. Pero Carlota, ¡oh!, ¡cómo podría yo describirla!... —En este punto don Jorge, abandonando su taza de café, se puso de pie; con el brazo izquierdo extendido tenía su pipa, y con la mano derecha puesta sobre el corazón, prosiguió de este modo: —Cuando vi a Carlota por la primera vez, era un pimpollo de belleza que se abría en sus dieciséis años; tenía formas armoniosas, leves y aéreas como las de una sílfide. Toda su alma destellaba en sus dulces y lánguidos ojos azules. Sus cabellos castaños, sujetos con un galón sobre la frente, caían hacia atrás en bucles naturales sobre su cuello. ¡Cada rasgo de su fisonomía parecía ofrecerse para el cincel de Canova! ¡La boca! ¡Qué labios los suyos cuando, entreabiertos apenas por una sonrisa, formaban hoyuelos en su rostro y mostraban los dientes marfileños que protegían! Y sus mejillas, teñidas apenas por el bermellón, que tenían la blancura de las azucenas. Su frente, alta, lisa, inteligente; sus brazos, hermosamente redondeados, sus dedos afilados y color de rosa. ¡Oh! señores, ¡Carlota es un ángel!

Llegado aquí, don Jorge dio a los extremos de sus poco afilados dedos uno de sus besos acostumbrados y su rostro resplandecía en un puro deleite cuando concluyó el relato de los encantos personales de Carlota. Luego continuó:

—¿Y necesitaría yo decir, señores, que un cofre tan hermoso estaba destinado a encerrar una joya inapreciable? Ya preverán ustedes lo que voy a decir. ¡El espíritu de Carlota, en verdad, era de un orden superior y su alma una pura emanación del cielo! Era dulce, gentil, adorable, inteligente, elegante, cumplida, un ser que no podía mirarse sin amarlo, una flor de belleza de nuestra libre y dichosa tierra, que año tras año crecía y al último exhalaba una fragancia tal que su fascinación se dejaba sentir sobre el círculo mágico de su influencia. ¿Pueden ustedes sorprenderse, ahora, de que al ver esta hermosa criatura convertida en mujer yo suspirara por poseer semejante rara combinación de todos los encantos de la tierra?

Amé, pues, a Carlota con ardor, pero, ¡ay! la llama ardía en secreto; me sentía helado por el temor de que sus afectos hubieran sido consagrados a otro. Y era que yo tenía un poderoso y elegante, aunque también odiado rival. Se llamaba Carlos Jackson, hijo del consejero Jackson. Era audaz, emprendedor, suelto de maneras y con otras prendas personales. En cuanto a mí, siendo de naturaleza tímida y encogida (miré a don Jorge para cerciorarme de que hablaba en serio, y tenía la seriedad de un búho), pensé que mis demandadas serían más débiles que las de mi rival y en esta convicción desfallecía en secreto. Mis amigos se alarmaron por mi salud, me recomendaron la actividad de los negocios, los viajes. En casa del juez Holland, donde era siempre bien recibido, notóse la falta de mi buen humor acostumbrado y la bella Carlota me gastó bromas a propósito de ese cambio. ¡Cómo latió mi corazón entonces! ¡Cómo anhelaba yo confesar la causa efectiva de mi tristeza y solicitar el único alivio que podía encontrar a mi enfermedad!

Hizo don Jorge una pausa, volvió a encender su pipa que había dejado apagar, y luego, lleno de animación continuó para dar término al relato de sus amores.

—Mis queridos amigos —dijo—, ahora voy a contarles a ustedes algo que habrá de sorprenderlos agradablemente. Para mí es un *maná* del cielo esto de encontrar almas que se entiendan como las nuestras, en esta región lejana y bárbara. Cuando, decidido a viajar, se acercaba ya el día de mi partida, fui de visita una mañana a casa del juez Holland y encontré a toda la familia, con excepción de Carlota, en la sala de recibo. Después de sentarme por algunos momentos, me aventuré a preguntar, sofocando un suspiro, por la salud de mi agradable amiga que no figuraba en el grupo de la familia. —¡Ah! es verdad —dijo la señora Holland—, hemos estado fuera esta mañana y Carlota, que parecía fatigada, quedó en el salón cuando todos bajamos; quizás esté dormida. Vaya usted, Jorge —agregó—, suba la escalera y tráigala con usted. —¡Qué ocasión, qué oportunidad para declarar mi pasión! Subí despacio la escalera y abrí con cuidado la puerta del salón. En un magnífico sofá de los que adornaban el espléndido recinto, yacía extendida la bella Carlota: la cabeza sobre sus brazos de alabastro, el cuello algo descubierto, los tobillos y los pies delicados asomaban apenas bajo sus vestidos. Podía oírsele respirar blandamente mientras dormía. Yo miré ante mí aquella visión de belleza y quedé como arrobado. Pero,

¡oh, cielos! ¿Cómo decir a ustedes lo que se siguió? Un ligero movimiento en el angélico semblante de Carlota me reveló que soñaba; empezaron sus labios a moverse y, como murmurando, pronunció por dos veces mi nombre: ¡Jorge! ¡Jorge! En un éxtasis silencioso, junté mis manos (don Jorge dejó su pipa y unió la acción a la palabra), me puse de rodillas, me incliné sobre el ángel dormido e imprimí un beso apasionado sobre su frente. ¡Ella despertó!... Miró en torno alarmada y confusa como una liebre tímida. Por un momento, sus ojos se fijaron en mí y se cubrió el rostro con ambas manos, llena de sonrojos. Luego se puso de pie. ¡Adorable Carlota! pude balbucear; tembló ella por un instante y me contempló con mirada de serafín: ¡Querido Jorge! murmuró por último y cayó en mis brazos...

—¡Bravo! ¡bravo! —exclamamos con mi hermano—, ¡victoria, victoria para don Jorge!...

Don Jorge estaba en éxtasis. Nos abrazó seguidamente, uno tras otro; tomó luego su pipa, la agitó sobre su cabeza y escuchó con sonrisa de triunfador las congratulaciones que le hacían por su espléndida conquista.

—¿Necesito decir lo que vino después? —preguntó mi amigo—. Pude saber que Carlota, lo mismo que yo, había escondido una pasión secreta y languidecía por su causa, con pesar de sus amantes padres. Ellos me querían por pretendiente de su hija que por su parte no aceptaba a mi perseverante rival. Hechas estas explicaciones, bajamos a la sala de recibo, yo teniendo a Carlota por la cintura, ella toda sonrojada (don Jorge levantaba los ojos y los brazos en actitud teatral) y ambos sin esconder nuestra felicidad. Al vernos entrar de esta manera, el juez se puso de pie, nos miró por un momento y comprendiendo todo lo que había pasado, corrió hacia nosotros, inclinó su alta y majestuosa figura y con cariño y elocuencia bendijo nuestro amor. La señora Holland, juntando sus manos, levantó los ojos al cielo mientras una lágrima de gratitud corría por sus mejillas. Los jóvenes Holland y sus hermanas habían formado un grupo y sonreían al ver consumadas las esperanzas de la familia. ¡Oh!, tierna y afectuosa escena, escrita para siempre en mi corazón y que nunca, nunca se borrará!

Don Jorge sacó su pañuelo blanco y lo llevó a sus ojos, para terminar después con aire jovial:

—Aquel día de mi declaración, en que fui admitido como novio de Carlota, terminó en una fiesta en casa del juez Holland,

y los miembros de la familia Tuckerman fueron invitados a participar en ella. Todos concurrieron. La satisfacción y la felicidad brillaban en el rostro de cada uno en aquella memorable ocasión. Se convino en que yo realizara el viaje preparado y que debía cumplirlo para ganar por mí mismo la fortuna que pudiera ofrecer a la mujer elegida por mí. En esa empresa me encuentro todavía y pueden concebir ustedes con cuánto ardor y con cuánto anhelo espero el día bendecido en que pueda unirme a mi adorada Carlota.

Tal fue el relato que hizo don Jorge Washington Tuckerman sobre su compromiso con la bella Carlota.

G. P. R.

Carta XXIII

Don Agustín Sáenz, capitán de la polacra *Florentina*. Sus regalos. La llegada de la familia Postlethwaite. Un cambio en mis hábitos domésticos. Don Isidoro y Mr. Postlethwaite. Partida final de Corrientes.

He mencionado especialmente en otro lugar a don Agustín Sáenz, que comandaba la polacra *Florentina* y hacía frecuentes viajes entre Buenos Aires y Corrientes. Era un andaluz grueso y rubicundo, de boca ancha, un hoyuelo en el mentón, ojos movedizos, el andar fachendoso y, como la mayoría de sus compatriotas, hombre de buen humor. Don Agustín era jovial y generoso, reíase mucho de sus propios chistes y a veces gastaba chanzas groseras, aunque estaba preparado a recibir dos por uno de los dardos dirigidos a sus contrincantes. Los domingos se vestía muy bien para ir a misa, pero no perdía el aire de marinero desgarbado y se advertía fácilmente que era el único día de la semana en que prestaba atención a su indumentaria; la casaca y los pantalones eran mal hechos, los botones ordinarios y el traje le sentaba tan mal, que don Agustín daba la impresión de un animal anfibio. Apenas vuelto de misa, se alivianaba de sus pesadas y lujosas prendas, y poníase de pie sobre el puente, con chaqueta azul y pantalones blancos, dejando de ser anfibio para convertirse en auténtico marino.

Don Agustín era el hombre a quien don Isidoro Martínez gustaba dirigir sus bromas y aquél parecía complacerse de que le dieran ocasión de responder en forma picante. Don Isidoro era todo cordialidad, complacencia y buen humor. Don Agustín se mostraba a veces mordaz y además engreído; pero pronto se atemperaba y la presión de sus momentáneos enfados se escapaba como por una válvula de seguridad por las arrugas de su sonrisa y el alegre pestañeo de sus ojos.

Don Agustín era siempre el bienvenido en Corrientes, pero,

como lo he dicho ya, sobre todo cuando traía buena provisión de cerveza, vino Carlón, pickles, jamón y queso. Yo siempre recibía por su intermedio algunos obsequios que me hacían llegar los amigos de Buenos Aires, y cuando don Agustín se atrasaba por algunos días en su llegada, don Isidoro y yo pasábamos el tiempo en la punta de San Sebastián, buscando con el catalejo en el río la muy famosa polacra. Una vez bien amarrada la *Florentina* en la barranca del río, y durante esas tardes hermosas en que el Paraná desliza mansamente su profundo y plateado caudal, solíamos ir a bordo, a charlar con el alegre capitán, fumando cigarros y yo me divertía con las agudezas de los dos bromistas rivales. He referido ya cómo y con qué objeto el capitán Sáenz acostumbraba recibir y agasajar otra clase de visitantes.

Una de esas tardes, sentados sobre el puente de la *Florentina*, vimos aparecer a la distancia, remontando con lentitud la corriente, una embarcación que reconocí como de las nuestras porque llevaba izada la bandera inglesa. Era, en efecto, el bergantín *San José* que, habiendo abordado en Goya pocos días antes, como yo lo sabía por mi hermano, estaba para llegar de un momento a otro y me tenía bajo el *qui vive*. Venían en el bergantín Mr. Postlethwaite, su esposa y sus cuatro jóvenes y hermosas hijas. En uno de los botes de don Agustín me acerqué en seguida a la embarcación; saludé a la señora y a las hijas y congratulé al padre por haber sido tronco de vástagos tan delicados. Y después de dar a todos la bienvenida, me condolí también por lo que habían sufrido en dos meses de navegación para remontar el río.

Privado como había estado de comunicación con toda sociedad inglesa femenina, la presencia de la familia me impresionó como un oasis en medio del desierto y, al verme asociado a mis jóvenes y bellas compatriotas, me invadieron recuerdos de mi hogar que no veía por tantos años. Los rostros rosados, bajo los bonitos sombreros de paja, contrastaban ventajosamente con la tez pálida y a menudo cetrina de las mujeres de Corrientes, y el aspecto de la madre como el de las hijas era tan genuinamente inglés que me sentí transportado por momentos desde las arenosas riberas del Paraná a las oreadas colinas y a la atmósfera vigorizante de Cumberland. Desde esta última región la familia de Mr. Postlethwaite había hecho voluntariamente su largo y difícil viaje para unirse al esposo y al padre en América del Sur.

La nueva de la llegada de las "inglesitas" corrió como pólvora por la ciudad, y cuando atracamos a la costa, junto a la polacra de don Agustín, ya estaban allí muchas personas de la *élite* para dar la bienvenida a las lindas extranjeras y escoltarlas hasta mi casa. Y nos dirigimos a ella con un acompañamiento que hubiera honrado al mismo gobernador; unos y otros rivalizaban en cumplidos y homenajes para los nuevos e inesperados huéspedes. Elogiaban sus ojos, sus frentes, sus bucles rubios, las mejillas rosadas, la blancura de azucena de las manos, la pequeñez de los pies, los tobillos, el mentón, los dientes marfileños, hasta convertirlo todo en objeto de encomio y alabanza. Ellas no comprendían el español, y en mí recayó la agradable tarea de traducirlo y agregar *Amén*, al final de cada frase traducida...

Sólo una persona del cortejo parecía triste, y era doña Florinda. Sentía declinar su estrella a la proximidad de la brillante constelación aparecida en el horizonte de Corrientes. Tenía el aspecto abatido, tomaba rapé de continuo, su cojera se acentuaba cada vez más, y aunque con suficiente educación para adelantarse a dar sus congratulaciones, veíase que aquello le resultaba penoso.

Mientras el cortejo caminaba despacio por las arenosas y sombreadas calles, todas las correntinas y correntinos acudían a las puertas y corredores para echar un vistazo a *las inglesitas*. Los gestos y exclamaciones de los nativos, especialmente los del sexo femenino, eran tan espontáneos como desmesurados. En alto las manos y los ojos, decían: "¡Qué bonita!, ¡qué preciosa! ¡Oh, mai!" Estas y otras exclamaciones mostraban a las señoritas Postlethwaite que habían venido a ser las divinidades del lugar. La madre miraba todo aquello con sonrisa complacida y mi amigo Postlethwaite sentíase lleno de natural orgullo. Por lo que a mí hacía, estaba contento de ver en aquella región remota tanta bondad y respeto para quienes con la pena de una larga separación habían dejado su país natal para reunirse a su natural protector. De haber sido recibidas fríamente, o tratadas en forma inquisitorial por los sacerdotes, no les quedaba más que soportar la soledad y el recelo hasta que su padre diera fin a los negocios, o bien se hubieran vuelto sin él, que había sido el único motivo de tan largo viaje. Pero los correntinos eran incapaces de proceder así con extranjeros que siempre recibieron entre ell· : las mejores pruebas de una generosa hospitalidad.

Cuando llegamos a casa, lo cedí todo para la instalación de la señora Postlethwaite que mostró tanta abnegación conyugal y maternal como pericia doméstica y buen sentido.

Al día siguiente, toda la ciudad se presentó de visita y resultó difícil hacer a un lado al primer grupo de comadres —señoras y niñas— para dar lugar a que se acercaran quienes venían después. Todas parecían complacerse en la belleza, la elegancia y sencillez de sus nuevos huéspedes, renovando sus elogios a las mejillas, los dientes, los ojos, etcétera; mientras con extremos inusitados abrazaban y besaban a las recién venidas.

Por último la casa quedó tranquila; la señora Postlethwaite arregló todo para la comida y con ventanas abiertas y velas encendidas, las damas ataviadas de etiqueta y los hombres también, nos sentamos a una comida inglesa y servida completamente al estilo inglés.

Los concurrentes fueron:

Mr. Postlethwaite y su familia	6
Don Felipe y don Jorge Tuckerman	2
Y yo.	1
Total	9

Una escena semejante no hubiera podido verse a ochenta millas de nosotros. Yo había venido a ser el núcleo en torno del cual se congregaba la reunión; cedí entonces el sitio a mi amigo de más edad, coloqué a su esposa a la cabecera de la mesa y distribuí las señoritas con toda la imparcialidad posible entre los caballeros, mostrándome yo mismo parcial con la menor de las niñas, una adorable damita de doce años a la que bautizamos con el nombre de "Señora Bond", apodo que le dimos por una canción que cantaba y en la cual la señora de nombre Bond desempeña un prominente papel entre sus patos invitándolos a venir por su propia voluntad al sacrificio para regalo de los huéspedes, canción que sin duda conocen algunos de mis lectores jóvenes.

Era una cosa nueva para mí compartir el vino con las señoras, verme servido por sus manos blancas y la mesa radiante con sus sonrisas; ser instado por una dama para tomar algo más de un plato aderezado por ella mientras el nuevo patriarca cor-

taba con precisión anatómica un pato, un pavo, una chuleta inglesa...

Terminada la comida, bailamos una pequeña contradanza, después una bagatela, y pasamos el rato entretenidos, hasta que hicimos más tarde una pequeña cena y luego tomamos un refresco antes de irnos a dormir. Así pasábamos los días; devolvíamos visitas por la mañana; paseábamos a caballo con las niñas, para quienes conseguí cuatro lindos petisos; también navegábamos a vela y a remo por el Paraná, pero volviendo siempre a la hora de la comida.

Don Isidoro Martínez había simpatizado mucho con Mr. Postlethwaite; ahora nos visitaba con bastante frecuencia y era de ver su gentileza y su galantería con las damas, muy a la antigua española. Con cierta tendencia a la obesidad, mantenía sin embargo una figura muy apuesta y un rostro agradable e inteligente. Aunque ya cerca de los sesenta, vestía muy bien, con sus puntos de *dandysmo* y siempre destacaba entre los demás cuando se trataba de ganar la atención de las damas inglesas.

Don Isidoro y Mr. Postlethwaite se fueron hace ya tiempo de este mundo. ¡Descansen en paz! Ambos eran dignos y honrados varones. Mr. Postlethwaite poseía notable ingenio y a la vez sobresalía en bondad generosa; a despecho de algunas inocentes singularidades, era uno de los compañeros más entretenidos y agradables que puedan imaginarse.

Pero ha llegado el momento de abandonar la provincia de Corrientes y voy a dar una ligera noticia de mi partida. Los negocios estaban casi terminados, nuestros efectos en los barcos; y lo que restaba por hacer, a cargo de Mr. Postlethwaite. El bergantín *San José* me esperaba con la *Florentina*, que iría con él. Sólo me quedaba despedirme de los correntinos, sin probabilidades de verlos otra vez. Presumo que si tuviera que volver ahora por allá, no reconocería una sola persona entre cincuenta. Mis amigos, que eran muchos, vinieron al barco para decirme adiós. Y me despedí de todos juntos, de los correntinos y de mis amigos ingleses, con una despedida que diariamente se había ido haciendo más embarazosa.

En mi calidad de comodoro de aquella escuadra compuesta por dos embarcaciones, enarbolé mi gallardete a bordo del *San José* y entre un ondular de pañuelos —el obligado vertedero de lágrimas— y muchos abrazos y promesas de escri-

bir, soltamos amarras del pintoresco muelle. Con todas las velas desplegadas, en menos de una hora rodeamos la punta que nos ocultó la vista de Corrientes y de sus habitantes. Tres días después pude estar con mi hermano en su rancho de Goya y a él toca decir lo que sucedió antes de que dejáramos el lugar.

J. P. R.

CARTA XXIV

PREPARATIVOS PARA RETIRARNOS DE GOYA. EL ESTANCIERO DE GOYA Y SUS HIJAS. DOÑA ROSITA. DUVAL, EL ENAMORADO JOVEN. MORA, EL ENAMORADO VIEJO.

Hicimos cuanto fue posible para dar por terminadas nuestras aventuras en Corrientes y Goya y don Pedro Campbell redobló sus esfuerzos con el propósito de finiquitar los contratos que todavía quedaban pendientes. Al cabo todo salió tan bien que para fines de agosto teníamos en Goya y en Corrientes tantos productos como podía cargar el barco de nuestra propiedad y también la polacra de don Agustín Sáenz, fletada con ese mismo objeto. Las actividades del puerto aumentaron en forma considerable: diariamente podía oírse el chirriar continuo de las carretas —propias y ajenas— que iban llegando con sus cargas al muelle verde, o sea la barranca del río; el tamborileo sobre los cueros sonaba en mis oídos de la mañana a la noche;[1] de vez en cuando Campbell, con una docena de sus adictos, llegaba galopando hasta mi puerta donde se habían congregado traficantes, empleados y mercaderes de toda especie para despachar, por turno, los diversos negocios vinculados a la liquidación. En resumen, las escenas más vivas y animadas ofrecíanse en aquel puerto de Goya, por lo común tranquilo y solitario.

A mediados de septiembre mi hermano, que había saldado algunos negocios en Corrientes y transferido otros a Mr. Postlethwaite, cargó en el *San José* cuantos productos tenía en la ciudad y vino a reunirse conmigo en Goya para seguir después a Buenos Aires. Mientras nos ocupábamos en arreglarlo todo, esperando con ansia el día de la partida, sobrevino un incidente

[1] En la carta XIX se hace mención del tamborileo que hacían los batidores de cueros. *(N. del T.)*

que pudo tener graves consecuencias y que, por su carácter singular, merece el relato que voy a consagrarle.

Cuando presenté por primera vez a mis lectores la sociedad de Goya, dije que se enorgullecía de contar en su seno a dos estancieros y sus familias, cuyas propiedades de campaña se encontraban más próximas a Goya que a la capital, razón que les indujo a fijar su residencia en la primera de estas poblaciones. Uno de estos estancieros tenía una familia muy simpática: la esposa (todavía joven y robusta), dos o tres muchachos y tres o cuatro hijas, las dos mayores en pleno desarrollo y consideradas como las jóvenes más bonitas de Goya. El padre las mimaba mucho allanándose a todos sus caprichos; la madre las miraba con orgullo y les enseñaba a levantar la cabeza por encima de los demás; vestíalas con ostentación y trataba de exhibirlas para su mayor valimiento.

Por lo que hace al nombre del estanciero, los elegantes londinenses habrán de sonreír si digo que siento vacilación en dar su verdadero apellido. Es porque no dudo que sus retoños han de haber florecido pronto y, siendo así, es probable que la descendencia figure en los mejores círculos de Goya y no ha de gustar ver su nombre traído y llevado en los presentes anales. Verdad es que nos hallamos a gran distancia, pero lo que ahora escribo, puede cambiar con el tiempo su vestimenta inglesa por la española y salir de las librerías de Goya para circular entre las familias conocidas del lugar. Así como las *Cartas del Paraguay* andan al presente corriendo por la tierra de los jesuitas, bien podemos presumir que estas cartas sobre el Río de la Plata puedan, antes de mucho, circular en Corrientes. De manera que llamaremos al estanciero *don Baltasar González*. Las hijas del estanciero González poseían, cada una, un género peculiar de belleza, pero Rosa, la mayor, *Rosita*, como se le llamaba comúnmente, era considerada la más hermosa de las tres. Tenía ojos azules, grandes y alegres (los ojos de este color no abundan mucho en Sud-América y son, por lo mismo, muy estimados), las facciones no eran tan correctas en sus detalles como agradables en su conjunto; cerezas eran sus labios y, como sonreía de continuo, las mejillas formaban graciosos hoyuelos; la rosa y la azucena disputábanse adorablemente el color de su rostro; la estatura, si no era pequeña, pasaba apenas de la mediana; el cuerpo, de buenas proporciones, antes era grueso que delgado; tenía los pies pequeños —como en general las mujeres de Sud-América—, el paso ágil y elástico y bailaba a la perfección; en fin, todo hacía

de ella una joven cumplidamente linda y se la proclamaba como tal. He descrito la apariencia externa de Rosita solamente por tratarse de su atractivo más inmediato, pero sería injusticia no agregar que era también de trato agradable y vivaz, bondadosa, jovial, constante en sus afectos y de un temperamento tan gentil que le hacía la preferida de todos.

Mis lectores, y en general cuantos repasen este libro, habrán deducido ya sin duda que Rosita tenía muchos pretendientes, y en verdad era así; a tal punto que iba corriendo el riesgo de ciertas mujeres que, a fuerza de ser muy cortejadas terminan por quedarse solteras. Todos sentían admiración por Rosita, pero todos también, al percatarse de que era generalmente admirada, se abstenían de dar el paso decisivo colocándose resueltamente junto a la belleza objeto de su admiración; ninguno mostraba suficiente valor para poner de lado a sus rivales y reclamar gallardamente el premio de sus afanes. De tal manera, Rosita se veía así forzada, entre numerosos pretendientes, a vivir en general coqueteo —lo que en el fondo no era de su gusto— y a mantener insatisfecho su corazón, aunque su vanidad sintiérase halagada continuamente por la común simpatía.

Mi hermano Juan, en una o dos ocasiones en que vino a Goya, fue señalado como simpatizante de Rosita, y yo mismo, a fuer de vecino de la casa y admirador del bello sexo, solía pasar la velada con don Baltasar y su familia, inclusive —como es natural— la linda Rosita. Por último, dos de los concurrentes más asiduos a casa de don Baltasar terminaron por declararse. Uno era un simpático muchacho dedicado al comercio; aunque no podía llamarse rico, tenía buen juicio y mostraba deseos de abrirse paso en el mundo. Vestía bien, gastaba las maneras suaves e insinuantes del enamorado sudamericano, tocaba la guitarra, bailaba y exhibía otras habilidades que ahora no recuerdo para conquistar el corazón de Rosita. El otro era un hombre que andaba próximo a los sesenta años, pero en buena salud, robusto, alto, de buena presencia y rico. Era tío del comandante de Goya y poseía dominio absoluto sobre el dicho funcionario, ejerciendo no poca influencia política en los territorios de dominación artiguista. Señalábase como hombre receloso, imperioso, despótico, y hacía gala de antipatía muy española por los extranjeros y por toda influencia extranjera de cualquier especie. Rosita, como es de suponer, inclinábase al pretendiente más joven y cumplido, Francisco Duval. Pero como el verdadero amor ha de tro-

pezar siempre con algún obstáculo, el padre de Rosita favorecía las pretensiones de don Antonio Mora. Decíase, por otra parte, que Mora tenía negocios con el padre de Rosita y que esa circunstancia inclinaba la balanza en su favor. Fuera como fuese, una barrera infranqueable parecía oponerse a la unión de Duval con Rosita González. Según rumor general iban a casarla con don Antonio. Esto me disgustaba porque, si bien yo tenía relación con Mora, no le profesaba ninguna simpatía. Él debía de corresponderme con el mismo sentimiento y quizá me odiaba en mi calidad de extranjero. Cuando Mora solía visitar a Rosita, si por casualidad encontraba algunos jóvenes en la casa, especialmente a Duval y a mí, fruncía el ceño y terminaba haciéndonos a un lado como la cosa más natural. Duval, el enamorado joven, sentíase intimidado porque su rival poseía secreta influencia sobre el comandante; en el estado de desorden en que vivía el país, algo indefinido le hacía sospechar que, mediante un ardid siniestro, podían desplazarlo de la escena removiendo así todo obstáculo para el casamiento de Mora. La pobre Rosita sentíase desgraciada por el giro de sus asuntos sentimentales; los padres, entretanto, temiendo llevarla a medidas extremas y deseosos al mismo tiempo de verla casada con el rico don Antonio, habían terminado por convertirse en meros espectadores del fracaso de sus planes y de la impaciencia y cólera creciente de Mora, el amigo despechado.

Tal era el estado de aquel asunto en vísperas de partir nosotros de Goya y muy pocas probabilidades quedaban a Duval de salir airoso en la contienda. No existe Gretna Green[1] en aquellas regiones; de lo contrario, creo que hubiera sido cortado el nudo gordiano y anudado el lazo de Himeneo; pero en ausencia de la estrella del Norte que guía tantas de nuestras parejas al término de su felicidad, una luz inesperada brilló en el incierto horizonte de Duval como consecuencia de un suceso muy simple que surgió cuando menos lo esperaba.

Cosa de quince días antes del fijado para el viaje definitivo, invité a la mayoría de los grandes hombres de Goya a comer en compañía de mi hermano; es decir que ofrecí "un convite", como le llaman a esta reunión en aquella parte del mundo. Concurrieron al convite el teniente cura, el comandante Brest, don Pedro Quesnay, Mr. George Washington Tuckerman, un comerciante de apellido Valdés, don Baltasar González, el tío del comandante, su rival Duval y uno o dos más de los notables del puerto. Hay que agregar un compatriota nuestro muy original, el capitán M'Dougall, que comandaba un *brig* en viaje aguas arriba enviado por una casa inglesa para cargar cueros adquiridos por su agente en la provincia. Para el convite, acaparamos cuantos buenos comestibles podían conseguirse en Goya. A los asados y guisos de la región, a los pasteles y aves de corral, sumábanse lujos ingleses, como jamones, salsas, queso Stilton y otras delicadezas; buen Oporto y Jerez, y además vino tinto en abundancia, que es muy barato en América del Sur. Lo cierto es que estuvimos en condiciones de ofrecer a nuestros invitados una comida excelente, o así lo entendieron ellos por lo menos.

[1] Gretna Green es un pueblo de Escocia en la frontera de Inglaterra, célebre en otro tiempo porque, gracias a la liberalidad de las leyes escocesas, los novios ingleses contrariados en sus amores se casaban allí sin dificultad. *(N. del T.)*

Terminada la comida, mi hermano y yo consideramos, según la costumbre de entonces —y hablo de veinticinco años atrás, hoy las cosas han cambiado felizmente—, que era deber nuestro dejar a los amigos bajo la mesa, como sitio el más apropiado para un final de fiesta. Porque es de saber que los honrados *goyeros* creían que, para ajustarse estrictamente a la etiqueta en la mesa de un inglés, estaban obligados a beber hasta no poder más. Comida con ingleses y borrachera, eran ideas inseparables en la mente de aquellos hombres. De ahí que el vino corriera en abundancia, que la alegría y la hilaridad presidieran el festín y que sin ninguna previsión por las consecuencias del día siguiente, cada cual tratara de sentirse feliz con la buena mesa y la buena compañía. Debo exceptuar al tío del comandante, que se marchó con cierta reserva cuando terminó de comer, y al teniente cura que, si bien muy alegre, se recogió pronto también.

Hasta entonces, en todos los convites a que había yo asistido —convites concurridos por españoles— se había hecho siempre derroche de jovialidad, ingenio y buen humor; pero en ninguno como en éste se pusieron de manifiesto en forma tan aguda esos caracteres de la sociabilidad y fue por las originalidades de Tuckerman, Quesnay y M'Dougall. El vino aguzó la sensibilidad de Tuckerman y le llevó a pensar en su amada Carlota hasta que, levantándose, nos invitó a todos a brindar por ella. Don Pedro, a cada vaso de vino tinto que empinaba, se ponía más voluble y su jerga se hacía más incomprensible. El español hablado por el capitán M'Dougall —cuando lograba decir algunas

palabras en este idioma— era todavía más divertido que el de don Pedro. Por otra parte, su escocés rústico, de marcado acento montañés, cuando se entrelazaba con el inglés fino y elocuente de Tuckerman, formaba un tejido de curiosos contrastes.

Yo había oído decir que M'Dougall era muy hábil violinista y todo fue hacerle alusión a su instrumento como verle saltar con una exclamación batiendo palmas y salir corriendo en dirección a su barco amarrado a unas cincuenta yardas de mi casa. Tres minutos después estaba entre nosotros con su violín. Demostró ser muy aficionado a la música popular y a los aires montañeses (algunos de los cuales, diré de paso, no se diferencian mucho de los *tristes* de Sud-América) y tocó los más lindos aires que yo había oído hasta entonces, acreditándose *fanático por la música*. Quien conoce a los montañeses de Escocia sabe que a menudo llevan el entusiasmo y la efusividad a un límite que sobrepasa en mucho la sobriedad con que los ingleses suelen exteriorizar sus sentimientos. De ahí que cuando M'Dougall pudo advertir que sus cantos llegaban al corazón y que su Neil Goswin despertaba un eco de franca simpatía hasta en el alma de los españoles, apenas si podía, como buen escocés, contener el orgullo y el regocijo para no interrumpir los aires que cual otro Paganini sacaba de su violín. Pero cuando oyó —en aquella lejana región del globo— los repetidos aplausos de sus compatriotas, cuando con la imaginación se sintió transportado a su patria y le pedimos algunos cantos escoceses muy conocidos como *Ye banks and braes* o *Auld Robin Grey* o *Maggie Lawther*, *Fielet us a'to the waddin*; cuando, por último, impresionados por alguna irresistible canción, dejamos los asientos para ponernos de pie como si la danza hubiera comenzado, entonces M'Dougall no pudo ya contenerse más y se sintió arrastrado por la alegría. Empezó a dar vueltas, arrojó su violín y blandiendo el arco en el aire prorrumpió en *hurras*, poseído por un delirio de regocijo nacional, al advertir en quienes le rodeaban el efecto producido por su música.

El convite dio comienzo a las tres y terminó a las nueve. El comandante se puso en estado lamentable, *unco fou* como decía M'Dougall, y fue llevado a la casa sostenido por sus dos asistentes. El viejo González se mostró en los mejores términos con el pobre Duval y hasta creo que le prometió darle a Rosita en matrimonio; Duval miraba tiernamente a González como si fuera la misma Rosa y le apretaba la mano balbuciendo todas las ternezas que su lengua se negaba a expresar con claridad. En cuanto a

Tuckerman, andaba por las nubes y tan pronto hacía el elogio de Carlota como trataba de orientarse entre las imágenes de ventura doméstica y de refinada amistad que se agolpaban en su cerebro. Declamaba sobre el "aposento azul" y sobre "las praderas en declive" de las orillas del Paraná. Por último, terminó proclamando una paz eterna entre el estrellado pabellón de los Estados Unidos y el de Gran Bretaña e Irlanda. Mi hermano y yo estábamos apenas achispados, pero el único que dejó la reunión en su entero juicio fue el capitán M'Dougall. Acostumbrado a las bebidas doblemente fuertes de la montaña escocesa, el Oporto no le hacía más efecto que el agua del arroyo y en cuanto al vino tinto, se admiraba de que pudieran llamar vino a esa *sour wisha washa stuff*, resultándole inadmisible que alguien pudiera paladear tal brebaje.

El último de los huéspedes se retiró a las nueve. Juan, el criado negro de mi hermano, anduvo acompañando a uno, enseñando el camino a otro, poniendo a salvo un tercero, de manera que a las nueve y media todo estaba terminado y las cosas en orden.

A esa hora mi hermano, que se hallaba, como he dicho, algo chispo, resolvió dar una vuelta por la población y vino a recalar en casa de don Baltasar González. Encontró allí a la esposa y a las hijas que reían de buena gana por la cómica llegada del papá, vuelto del convite más que entre San Juan y Mendoza, conducido por Duval como un ciego que lleva a otro ciego, ambos en condiciones de pasar al dormitorio y no a la sala. Por esa razón el padre se había retirado a dormir y Duval había encontrado el camino de su casa.

La señora y las niñas hacían cargos a mi hermano, con mucha algazara, por la "picardía" de haber puesto al padre en tales aprietos y Rosita parecía mostrarse muy contenta, aunque es imposible establecer la causa de su alegría. En efecto, ¿qué podía significar para ella la entrada de papá y de Duval en la casa, tomados del brazo y con grandes muestras de mutua afección? ¿Cómo podemos pensar que al ver a su papá en tal estado pudiera palpitarle el corazón y después sentirse azorada al oírle decir que Duval era un buen muchacho y que deseaba ver a Mora en...? Por último, ¿qué valor podía dar ella en situación semejante a la apasionada afirmación de Duval de que prefería morir antes que verla casada con otro hombre?... Respondan a esto los psicólogos. Lo único que puedo asegurar es que Rosita estaba contenta, muy contenta, que la hermana menor no lo estaba menos y que la madre sentíase más excitada que alarmada por la

vivacidad de las niñas y sólo atinaba a decir: "Habráse visto tontas iguales"... y que mi hermano estaba a punto de robarle un beso a Rosita o a otra de las hermanas, cuando he ahí que se abrió la puerta y apareció Mora, brillándole los ojos como a un tigre. No dijo palabra, temblando de rabia y ciego de celos, cerró nuevamente la puerta y se retiró.

Dos o tres minutos bastaron para restablecer la hilaridad y el contento, interrumpidos de modo tan desagradable e inopinado. Todos continuaron en el mismo tren de regocijo, hasta que una interrupción más seria puso fin a la reunión de la noche. Aquellos celos fatales, aunque infundados, de Mora, despertaron en él otro sentimiento de rencor contra mi hermano y contra mí, por nuestra calidad de extranjeros y porque pensaba que usurpábamos algo de su influencia política en Goya. El odio reconcentrado estalló entonces irrefrenable. De ahí que, desde la casa de González, fuera corriendo hasta el cuartel. Aprovechando que el sobrino no estaba en condiciones de intervenir para nada, ordenó al oficial que fuera de inmediato con una guardia hasta la casa de González. Ignoro qué pretexto invocó, pero lo cierto es que sus órdenes fueron cumplidas. Los soldados se acercaron cautelosamente a la casa y súbitamente irrumpieron en ella. Tres o cuatro hombres armados tomaron a mi hermano y a viva fuerza, entre los gritos de la familia, lo arrastraron hasta el cuartel. Bajo las órdenes iracundas de Mora, usaron con él mucha violencia, dándole la impresión de que pensaban asesinarlo. Lleváronle, sin embargo, hasta la guardia y como estaba tan cerca de mi casa pude oír el tumulto y los gritos. Poco después, mientras me hallaba dormitando en el sofá, uno de mis peones entró en la pieza para decirme: *Patrón, patrón, le han hecho preso al señor don Juan.*[1] Sin sombrero, y lleno de sorpresa, corrí hasta el cuartel. Apenas había entrado y para mayor asombro mío, vi a Mora que venía gritando ciego de cólera: "¡Pónganlo también preso! ¡Es tan malo como el otro! ¡Son iguales los dos! ¡Pónganlo preso!" En el acto me sentí agarrado por varios de aquellos soldados, que a empujones me llevaron al fondo del cuartel. Y allí me dejaron *vis-a-vis* con mi hermano Juan.

G. P. R.

[1] En español en el original. *(N. del T.)*

Carta XXV

La prisión. La cárcel de Goya y sus huéspedes. El mobiliario. La extraña visita de Mac Dougall con su "dreadnought". Una propuesta peligrosa que rechazamos. La cena. El comandante, alarmado, quiere vernos a pesar de su enfermedad. Resistimos y luego aceptamos comparecer ante él. La liberación. Doña Rosita gana la voluntad del padre y se casa con Duval. Resultados de la entrevista. Los disgustos de Mora. La reconvención del comandante a su tío. Mora se retira a su estancia. El casamiento de Duval.

Cuando nos vimos con mi hermano, presos en la cárcel de Goya, pensamos uno y otro, sin decirnos nada, en los sucesos de la tarde y, obedeciendo al mismo impulso, tuvimos una explosión de risa. Mi hermano me contó después todos los particulares de su visita a casa de González, tal como los he narrado en mi última carta y llegamos a la conclusión de que la ofensa recibida como súbditos británicos, solamente podría repararse con la derrota total del malvado Mora, constituido en enemigo nuestro por su propio capricho. En consecuencia, resolvimos no abandonar la prisión hasta obtener una satisfacción amplia, ya del propio comandante, ya del mismo gobernador de la provincia.

La cárcel en que nos hallábamos no era como las cárceles que pueden verse o describirse en Inglaterra. Era un enorme galpón con una sola puerta en mitad de la fachada; si alguna luz entraba en él durante el día, provenía de los agujeros del techo de paja o de las muchas aberturas que el tiempo había producido en las paredes, revocadas con barro. Varios condenados (algunos con grillos en los pies) y otros prisioneros fueron amontonados en un extremo del galpón por respeto a nosotros; los soldados ocuparon el centro, y se nos dejó un gran espacio en el extremo opuesto. Mora se había retirado tan pronto como nos vio en la prisión y, así que lo perdimos de vista, entramos en franca charla con el oficial y la guardia de la noche. El oficial sospechaba sin duda que no había obrado bien obedeciendo las

órdenes de Mora, por más que éste fuera juez de paz, y de ahí que tratara de congraciarse con nosotros en lo posible.

Como lecho no teníamos sino un par de cueros tirados en el suelo, y como sillas tres o cuatro cabezas de vaca. Alumbrábanos una rústica lámpara de barro casi llena de sebo y grasa, de la que salía una gruesa mecha de algodón que se hacía necesario despabilar de vez en cuando para no quedar a oscuras. La vasija era un cuenco redondo y chato con un mango de fabricación india y no muy diferente a ciertas reliquias romanas. El piso no era ni más ni menos que el primitivo sobre el cual levantaron el galpón, aunque ahora con el pisoteo se había convertido en una superficie desigual, de tierra greda movediza. Las paredes habían perdido en muchos sitios el revoque de barro dejando a la vista las cañas usadas a manera de listones, y éstas parecían las costillas salientes de la osamenta de un caballo, por entre las que pasaba el aire a discreción.

La apariencia de los soldados, y aun la del oficial, estaba en concordancia con el rústico aspecto de la cárcel. En efecto, tenían el pelo desgreñado, las caras sucias con profusión de bigotes y barbas; ropas andrajosas, botas de cuero sin curtir de las llamadas "de potro", que cubren el empeine del pie dejando los dedos al aire, pistolas de caballería, dagas a la cintura y carabina en la mano; tal era el aspecto de los guardianes que teníamos para la noche. La indumentaria del oficial, en poco se diferenciaba de la de los soldados, si no era en que presentaba una apariencia un tanto más decente. En cuanto a los presos alojados allí, tenían traza de demonios, semidesnudos, sucios, engrillados, insolentes en sus palabras y ademanes y con cara de feroces asesinos.

Algo excitados todavía por los sucesos de la noche, llamamos al oficial para preguntarle si no habría inconveniente en traer algunos muebles a la prisión. Se quedó perplejo ante pedido tan extraño porque no consideraba necesario agregar nada a nuestro alojamiento nocturno pero, como no había recibido órdenes en contrario, contestó que podíamos hacer como quisiéramos. Juan, nuestro *factotum*, salió para traer los muebles. El oficial, amablemente, ordenó a uno de sus hombres que le ayudaran en la conducción de todo lo que había en mi cuarto, incluso la alfombra de cueros de tigre. Las sillas, el sofá, la mesa, el aparador, los candeleros, todo fue trasladado a la prisión, y la operación no tardó mucho porque nos hallábamos a unas cien yardas de mi *cottage*. Fue grande la admiración de los soldados

y mayor la de los presos cuando vieron de pronto que uno de los extremos del sombrío galpón asumía el aspecto de un confortable aposento. Rembrandt debiera haberse encontrado allí para ver la intensa luz que nos iluminaba y el sombrío resplandor que se extendía sobre el salvaje y pintoresco grupo de soldados y sobre los bandidos aherrojados en el suelo. Estos últimos, confundidos unos con otros, miraban maravillados por sobre los hombros de los compañeros aquella escena incomprensible y misteriosa. Con todo, creo que sintiéronse complacidos por la transformación.

Conseguí también agua y vino, invité al oficial y a sus hombres, reímos de los sucesos de la noche y entramos a calcular lo que podría sobrevenir al día siguiente. Estábamos sentados comentando estas cosas y, a eso de las doce, di órdenes para que fuera preparada la cena. Esto produjo gran satisfacción en los demás presos. De pronto, el oficial me anunció que alguien deseaba hablarme en la puerta. —Yo sé —agregó— que usted no ha de querer escapar esta noche; está entonces en libertad, bajo palabra, para hablar con su amigo.

Había empezado a llover, y al acercarme a la persona que me buscaba, la encontré embozada en uno de aquellos amplios capotes que se usaban antiguamente y eran conocidos con el nombre de "dreadnoughts", muy apropiado para la ocasión. El hombre que tenía de pie frente a mí era el capitán Mac Dougall. Estaba muy serio. Tomándome por un brazo, me apartó hacia fuera de la puerta del galpón; y abriendo luego cautelosamente su capote, me mostró dos formidables pistolas de caballería. Involuntariamente me eché hacia atrás. Entonces Mac Dougall, de manera imperturbable, pero en voz baja, me habló así:

—Sé que las vidas de ustedes están en peligro inminente. Me han dicho que serán fusilados al amanecer. Estos villanos no se paran en nada. Se trata de una conspiración para sacarlos a ustedes de en medio, no solamente para despojarlos de sus bienes sino para quedar ellos como dueños del comercio en la provincia. La pandilla ésa no los perdonará; la única salvación está en la fuga. Mi bote, manejado por dos buenos remeros, se halla listo junto al *brig*; yo me encargaré del timón. Si encuentran dificultades para salir, le pegaré un tiro en la cabeza al primero que quiera detenerlos y como son unos cobardes (dijo esto con el más profundo menosprecio), cuando vean uno de los suyos tendido en el suelo, todos se vendrán con usted.

Esta proposición me dejó turulato; tanto más, cuanto que yo sabía que Mac Dougall era capaz de hacerla efectiva. Le escuché con paciencia —creo que es la mejor manera de dar fin a una exposición personal—, y cuando terminó de hablar, empecé por agradecerle su generosidad y el riesgo que estaba dispuesto a correr por nosotros. Pero le aseguré también que el único peligro real que podía amenazarnos era precisamente llevar a cabo lo que se había propuesto, y que, aun cuando fuera necesario huir, no queríamos comprometerlo a él en esa empresa. —Pero en realidad, capitán Mac Dougall —terminé por decirle—, usted ha sido engañado de medio a medio; estamos aquí tan seguros como pudiéramos estarlo en casa y poco falta para que lo estemos con el mismo confort, como podrá usted verlo enseguida. Lo único que constituye un peligro, y muy serio, para nosotros, es que usted se presente aquí armado. De manera que vuelva usted a su *brig*, haga salir a los hombres del bote, deje sus pistolas, tome su violín y después véngase a cenar con nosotros.

El *highlander* bravucón se sintió desengañado al ver que no cumplíamos su proyecto y todavía se mostró incrédulo en cuanto a nuestra salvación, pero, no deseando contrariar mis deseos, firmemente expresados, hizo lo que le pedí, y dejando a un lado sus instrumentos de muerte, tomó el que difundía elementos de vida, es decir que volvió en seguida a la cárcel con su violín. Sintióse maravillado cuando vio aquella pobre prisión casi convertida en sala con muchas buenas cosas sobre la mesa y experimentó mayor confianza al advertir que no habíamos tomado muy en serio el asunto. Poco a poco se disiparon sus temores y olvidó el fusilamiento que esperaba para la mañana; de suerte que como a la una estaba listo para dar comienzo en su violín a un aire escocés muy bonito. En eso llegó corriendo el asistente del comandante para llamar al oficial de guardia porque el superior tenía que hablarle en seguida. El oficial fue adonde lo llamaban y pronto volvió muy agitado para decir que estábamos en libertad y que el comandante pedía con insistencia que llegáramos hasta su casa por encontrarse muy enfermo en la cama.

No solamente rechazamos la invitación, sino que rehusamos salir de la cárcel mientras no se nos explicara claramente la causa que había mediado para tratarnos como a delincuentes. El capitán llevó este mensaje y volvió muy luego para decir que si queríamos ir a casa del comandante, éste nos daría satisfacción y, de cualquier manera, deseaba seriamente ser oído por nosotros. Entonces decidimos concurrir escoltados por dos soldados y el capitán, por haberlo nosotros exigido así. Encontramos al pobre comandante muy angustiado, tanto de cuerpo como de espíritu; proclamó que este incidente causaría su ruina si no abandonábamos de inmediato nuestra actitud y volvíamos a casa como si nada hubiera ocurrido. Dijo que lo había lamentado profundamente, cuando pudo volver en sí; pidió mil disculpas, y agregó que bien sabíamos nosotros que nada hubiera ocurrido sin ese desdichado convite. Terminó pidiendo todavía que, en obsequio suyo y de su tío, mantuviéramos en secreto el incidente. Pero no quisimos prestarnos a ello y aceptamos únicamente retirarnos esa noche a casa y permanecer como arrestados hasta la mañana siguiente, en que reanudaríamos la consideración del asunto. Insistimos en que se colocara un centinela de vista en la puerta, a lo que se asintió de mala gana (y tuvo que permanecer allí hasta que fuimos al día siguiente a casa del comandante). El mobiliario fue trasladado ahora una vez más a mi *cottage* y cuando nos despedimos de los huéspedes de la cárcel, oímos a uno que dijo en voz alta mientras nos alejábamos: —La verdad es que no hay gente más extraña en el mundo que estos ingleses...

Decidido el *ultimátum*, estuve en casa del comandante a las diez de la mañana con una petición escrita en la forma acostumbrada, para que se me otorgara pasaporte con destino a Corrientes.

—Señor comandante —le dije—, como no veo la posibilidad de un arreglo satisfactorio del desagradable suceso ocurrido anoche, sobre todo del ultraje de que hemos sido víctimas, ultraje que, como usted sabe bien, nos ha inferido su tío de usted (en este momento pude oír que Mora se movía en la pieza contigua, que era él, por haberlo visto yo al entrar), vengo a pedirle un pasaporte para Corrientes, adonde me propongo partir dentro de una hora con el propósito de interponer queja ante el señor gobernador, tratando, sin embargo, de eximir a usted de toda responsabilidad.

El comandante estaba confundido y de todas maneras me pedía que no hiciera mi viaje a Corrientes. Al mismo tiempo me preguntó qué pensaba pedir al gobernador. "La prisión y proceso de su tío Mora —le respondí—, por haber usurpado el poder militar a usted conferido y por habernos detenido injustamente a mí y a mi hermano." "¡La captura de mi tío!", exclamó el sobrino. "Yo no podría hacer tal cosa." "Así lo creo —agregué—,

y por eso quiero ir a Corrientes." El comandante me pidió entonces que aplazara por un día la cuestión pero me negué. Por último le dije que esperaría hasta la una de la tarde y que a esa hora debía entregarme mi pasaporte, de lo contrario poner en arresto a su tío.

Al mismo tiempo, los sucesos de la noche pasada habían corrido toda la población la conducta de Mora era generalmente execrada. También pudimos oír, con mucho agrado, que el viejo González se hallaba indignado contra su antiguo amigo por la insolencia del procedimiento en su propia casa, y que la linda Rosita aprovechaba con astucia el estado de ánimo de su padre para recordarle qué clase de amigos habían sido siempre con ellos don Juan y don Guillermo, la influencia que tenían en Corrientes y cuán necesario era, para la propia seguridad de la familia, que el querido papi dejara bien aclarado que no tenía ninguna intervención en el hecho perverso de Mora. Cuando estos argumentos produjeron el efecto deseado en el ánimo del padre, Rosita le echó los brazos al cuello y le dijo, en un tono que tenía de censura y de satisfacción.

—¿Y éste es el hombre, querido papá, con el que deseabas casarme...? Si unos celos estúpidos lo han llevado, cuando no tenía ninguna atribución sobre mí, a una venganza semejante, ¿qué no podré esperar cuando pueda ejercer la autoridad de un marido...? Ha procedido sin ningún respeto para contigo, sin ningún cariño para mí, sin decencia siquiera; ¿y voy a entregar mi vida a los caprichos de un hombre semejante? Duval —y aquí tembló la voz de Rosita, y se llenaron de lágrimas sus ojos azules—, Duval podrá no ser el hombre que hayas elegido para mí, ¡yo espero que no me obligarás a casarme con Mora!

La apelación fue irresistible; el viejo González besó las lágrimas que cubrían las mejillas de su hija, y exclamó:

—No, hija mía, Mora no se casará contigo. ¡Serás la esposa de Duval...!

Los brazos de Rosita estrecharon una vez más el cuello del estanciero y nuevas lágrimas corrieron por sus mejillas, pero lágrimas de contento que pronto dieron lugar a una sonrisa que iluminó su rostro seductor. Las hermanas menores abrazaron también al papá, y la madre pudo ver, satisfecha, cómo se disipaba aquella nube que había empañado la felicidad de su hogar. Pepe, el hermano de Rosa, muchacho de quince años, metió las manos en los bolsillos declarando que él también se alegraba de

que Duval fuera el preferido... porque (ni habría que decirlo) el elemento joven de la familia sentíase inclinado hacia Duval en aquella emergencia.

Entretanto, Mora empezó a considerar las serias dificultades de su posición y decidió aprovechar las tres horas que yo había dado al comandante para la firma del pasaporte: echó mano, como último recurso, de su influencia con Quesnay para que intentara llevarnos a buenos términos con él. Por último se fue a casa de González para procurar lo mismo. Aquí, con dificultad logró que le abrieran la puerta y, cuando pudo entrar, recibiéronlo con frases de indignación y terminaron por decirle que no se presentara más en la casa. No encontrando salida en este enojoso asunto, Mora se fue directamente a buscar a Duval, su rival, quien se hallaba ignorante del vuelco feliz experimentado por sus proyectos de matrimonio. El enemigo le ofreció de inmediato renunciar a sus pretensiones con respecto a Rosita y alejarse de Goya si Duval conseguía disuadirme de emprender mi viaje a Corrientes.

Posesionado de su misión, de la cual dependía gran parte de su felicidad personal, Duval llegó conmovido ante nosotros para defender la causa de Mora. La verdad es que el viaje a Corrientes lo habíamos mirado como problemático, estando seguros de que Mora encontraría los términos de satisfacción exigidos por nosotros. Siguiendo la costumbre del país, habíamos pedido más de lo que esperábamos alcanzar... Por eso autorizamos a Duval para decir al comandante que, si hacía una reconvención a Mora en presencia de los testigos de nuestro vejamen, y dejaba establecido que solamente por haber perdonado nosotros al culpable, y no por otra razón, se libraba del castigo, entonces podría dar por excusada su conducta y terminado todo ese incidente.

Después de alguna negociación, los términos fueron plenamente aceptados por Mora, y Duval corrió a casa de González para proclamar su triunfo ante Rosa. Pudo conocer entonces el verdadero estado de la cuestión y cómo Rosa, con fina diplomacia de mujer enamorada, tenía asegurada la victoria de antemano, esa victoria que Duval imaginaba como fruto exclusivo de su buen desempeño.

En la mañana siguiente, a las diez, la guardia salió del cuartel con nuestro amigo el capitán a la cabeza. González y Duval se colocaron frente a ella; el capitán M'Dougall y nuestro capa-

taz a uno de los lados. Yo y mi hermano dejamos nuestro *cottage* al tiempo en que vimos al comandante que venía de su casa particular acompañado por Mora. Éstos hicieron alto al llegar a uno de los extremos de la pequeña fila de soldados; lo mismo hicimos nosotros cuando llegamos al extremo opuesto de la fila y permanecimos allí del brazo como si fuéramos meros espectadores de la escena. Entonces el comandante (que por otra parte se sentía satisfecho de bajar el gallo a su imperioso tío) avanzó hasta ponerse al frente de la compañía y con maneras muy propias y expresivas hizo a Mora la reprensión diciéndole que, a no ser por nuestra bondad, el comandante hubiera debido responder ante el gobernador de la provincia por la conducta observada. Mora oyó aquello con mal ceño y, terminada la ceremonia, salió ese mismo día para su estancia en la que se instaló desde entonces para siempre.

Poco después, Duval se casó con su querida Rosita y se mostró como un esposo ejemplar. La estancia de su suegro, colocada bajo su activa y juiciosa administración, prosperó notablemente; y toda la familia, viendo la felicidad de Rosita como esposa de Duval, congratulábase a menudo de haber escapado a la calamidad del rico pero celoso Mora.

G. P. R.

CARTA XXVI

LOS SERVICIOS DE DON PEDRO CAMPBELL. LIQUIDAMOS LOS NEGOCIOS EN GOYA. LA PARTIDA. LLEGADA AL GUAZÚ. ESPERA EN ESTE LUGAR. UNA VISITA A BORDO DEL *SAN JOSÉ*. MR. E., EL ASEGURADOR. LA ISLERÍA. LOS CARBONEROS. LOS CARACOLES. LA TORMENTA. LLEGAMOS A LA RADA EXTERIOR. EL CHACARERO Y SU MUJER. UN ESPECTÁCULO ECUESTRE. EL JINETE COCKNEY. EL CAMINO A BUENOS AIRES Y LOS PANTANOS. VIAJE EN COCHE.

Un día o dos después de la aventura carcelaria, llegó Campbell a Goya con el remanente de los frutos de nuestra sociedad y al frente de las tropas de carretas que los conducían. Rindió cuenta exacta de sus operaciones comerciales y se mostró muy pesaroso por haber dado fin a su agitada campaña. Hemos de referirnos más adelante a la carrera de Campbell, pero no queremos despedirnos de él sin dejar constancia de que, si bien rústico y arbitrario como era en sus modos y en muchas de sus acciones, nadie nos sirvió en Sud-América con mayor honradez, tacto y diligencia.

El pago de los capataces, peones y servidores de toda especie, fue algo así como el licenciamiento de un pequeño ejército; y como vendimos las "municiones de guerra" sin pararnos en precios, quedaron aquéllas dispersas y en poder de los *campesinos*, volviendo así a ser empleadas en servicio y utilidad de la provincia.

La próxima partida —puedo decirlo con toda seguridad— fue mirada con general sentimiento, y de los diversos grupos vinculados a nosotros recibimos no solamente cordiales votos de prosperidad sino la manifestación de muy vivos deseos por que volviéramos pronto a la provincia.

El pobre don Pedro Quesnay, cuando fuimos a su casa para dejar todo terminado, insistió en sus peculiares expresiones de pesar; el amigo Tuckerman (muy orgulloso desde el asunto de la cárcel) hizo repetidas protestas de que la pena experimentada por nuestra separación sólo era inferior a la que sintió al separarse de Carlota y de su ciudad de Washington; y Campbell se

propuso pasar doce meses sin volver al servicio de Pepe,[1] en la esperanza de que alguno de nosotros pudiera colocarlo nuevamente al frente del comercio *gaucho* de Corrientes.

Una vez todo listo, en octubre de 1816, levantamos el campamento de Goya. La población de la aldea se congregó a la orilla del río para vernos desplegar velas y, después de reiterados y cordiales *adioses*, surcamos una vez más las aguas del Paraná. La goleta *Nuestra Señora del Carmen*, como embarcación más pequeña y de menor calado, salió adelante, sirviendo de guía para el majestuoso *San José*. Teníamos el privilegio de izar la bandera inglesa por habernos enviado el jefe de la estación naval en Buenos Aires una "carta de navegación" o pasaporte extensivo a nuestros bienes como súbditos británicos y pertenecientes a un país amigo y neutral. Iban los barcos tan cargados, tan abarrotados, que apenas si disponíamos de un espacio pequeño o abertura, reservado para alojamiento entre la parte posterior de la carga y la cubierta de la misma. Pero no había lugar para mantenerse de pie en aquel sucucho. Vivíamos por eso sobre la *troja* o parte superior de la carga, bajo una toldilla. El tiempo magnífico que brindaba la estación primaveral (era el mes de octubre) dábanos lugar a permanecer casi de continuo fuera del oscuro aposento. Comíamos, leíamos, escribíamos sobre la troja; allí podíamos cambiar de ropa y dormir; allí nos era dado fumar y beber nuestro coñac, con agua del Paraná. Los barcos iban cargados hasta la línea de flotación y parecía cada uno más bien el techo flotante de alguna casa o parvas de heno con mástiles y velas arrastradas por la corriente. Por lo general ambas embarcaciones se detenían al anochecer; entonces los peones paraguayos bajaban a tierra y poco después ardían los fogones; el asado quedaba listo para la cena; circulaban cigarros y mates; generalizábanse las risas y los chistes; aparecían las guitarras para acompañar las canciones. Luego llegaba lo mejor: el sueño, el sueño profundo, reparador de todas las fatigas...

Hacíamos el viaje con felicidad, favorecidos de continuo por el viento norte, el más conveniente para navegar aguas abajo del Paraná. Pero ese mismo viento, cuando sopla con mayor rapidez que la corriente, produce la bajante del río y hace dificultosa la navegación. A pesar de la vigilancia del baquiano, el *San José* varó en un banco y fue necesario descargar muchos bultos antes de poder continuar la marcha.

[1] José Artigas.

Con este contratiempo perdimos dos días pero asimismo llegamos al Paraná Guazú, o sea la boca principal del río, a los nueve días después de haber salido de Goya. El Paraná Guazú (o grande) desemboca en el Uruguay y forma la salida más profunda y adecuada para barcos grandes, mientras que el Miní (o pequeño) cae sobre el Río de la Plata y forma la comunicación más directa con él.

Toda la navegación del Paraná, desde la aldea de San Pedro, situada en una de sus márgenes, hasta las varias *desembocaduras* o bocas, es bastante intrincada y tortuosa. Para una embarcación que se dirige aguas arriba se hace difícil salvar las *Nueve Vueltas*, en donde el viento, para ser verdaderamente favorable, debería soplar a la vez desde diversos puntos del circuito. El Paraná de las Palmas, aunque bastante ancho, sólo es navegable por barcos pequeños, y los otros canales que desembocan en el Plata, entre el Paraná Guazú y el de las Palmas, son tortuosos y peligrosos en extremo. Un trecho curioso de la navegación es el llamado Los Caracoles, de que hablaremos más adelante.

Habíamos hecho pocas estaciones durante el viaje; apenas en algunas estancias para conseguir provisiones frescas. Nada había que temer por el momento, de las autoridades o tropas de una y otra orilla; los salteadores andaban dispersos, trabajando como peones en las estancias, pero habíamos sufrido arbitrariedades y agresiones suficientes para exponernos ahora, por propia voluntad, a caer en manos de nadie. De manera que apresuramos aquel viaje tranquilo sin detenernos a observar nada que no fuera la belleza y el silencio del Paraná. Estas bellezas, así como la navegación aguas arriba y aguas abajo del río, han quedado descriptas minuciosamente en nuestra obra sobre el Paraguay y poco podríamos agregar aquí.

Al llegar al Guazú, teníamos proyectado pasar a otras lanchas más pequeñas la parte superior de la carga de ambos navíos y que siguieran éstos con el resto del cargamento hasta las balizas o rada interior del puerto de Buenos Aires. Así se hizo, pero antes de abandonar nosotros aquel refugio entre los árboles, matorrales e islas del Guazú, era preciso averiguar si el camino estaba libre de enemigos y de otras dificultades en el Río de la Plata. Por eso hicimos salir un mensajero en el bote del *San José* con el encargo de anunciar la llegada a nuestro socio y amigo Mr. Fair, quien debía indicar lo más conveniente. Mientras tanto, pasábamos el tiempo en el Guazú lo mejor posible, leyendo algún libro o internándonos en los bosques de las islas con la

escopeta o con los aparejos de pesca. El viento norte había contribuido a aumentar el calor y los mosquitos que noche tras noche se hacían más insoportables. La persistencia del viento nos causaba inquietud porque impedía la vuelta del bote y la llegada de otra embarcación que pudiera librarnos de la cuarentena. Por último, al tercer día por la tarde, mientras celebrábamos la pesca de un magnífico *pacú* —especie de rodaballo de agua dulce de exquisito sabor— pudimos oír voces distantes y el chapoteo de remos sobre el agua. Pasada una hora de expectación en que tan pronto captábamos como perdíamos aquellas voces traídas por la brisa, se hicieron de pronto tan claras que distinguimos la conocida voz de Mr. Fair y la de nuestro amigo Mr. E. Ambos habían decidido ser los primeros en darnos la bienvenida. Como el bote en que viajaban, aunque tenía una toldilla, calaba poco, había entrado por uno de los muchos brazos del Paraná, buscando el camino más directo para llegar hasta nosotros.

Estábamos atrás de una islita, cerca de la boca del Guazú, pero los amigos habían tenido que vencer tantos meandros y vueltas del río, que estuvimos oyéndonos casi una hora antes de que el espeso follaje de los árboles permitiera vernos unos a otros. Cuando al cabo aparecieron entre las ramas, Mr. E. vio con gran sorpresa el puente artificial del *San José* y con alguna dificultad lo ayudamos a subir a él. Una vez arriba, fueron olvidadas todas las penurias del viaje y la mutua bienvenida resultó en extremo cordial.

Mr. E. era entonces, y lo ha seguido siendo durante su ininterrumpida residencia de treinta años en Buenos Aires, el predilecto de sus compatriotas en aquella ciudad. Al tiempo de que hablo se trataba de un caballero de apariencia fornida, estatura mediana, ágil, y que frisaba con los cuarenta años. Ya entonces, quizá por la seriedad de sus maneras y su paternal interés para con sus amigos jóvenes, se le conocía familiarmente por *El viejo E.* Su benevolencia, su buen corazón, eran proverbiales. Un tinte melancólico (atribuible a desgracias domésticas que no debo tocar) solía empañar su rostro en medio de la alegría, dándole atractivo mayor para quienes lo estimaban de veras.

Mr. E. vino a Buenos Aires en 1811, a bordo de un hermoso barco, el *Jorge Canning*, trayendo como compañeros de viaje al general San Martín,[1] al señor Kendall y a las bellas hermanas

[1] San Martín no era todavía general. *(N. del T.)*

de este último, las señoritas Kendall. Antes de llegar a Buenos Aires, ya Mr. E. se hallaba encariñado con San Martín, con Mr. Kendall y en especial con las señoritas Kendall como si todos hubieran sido sus propios hijos. Este amigo, antes de venir a Buenos Aires, era conocido y respetado en Londres como miembro del Lloyd's. Después de dedicarse varios años a los seguros marítimos, había venido a ser no sólo un registro viviente sino el más asombroso ejemplo de lo que puede la memoria dirigida cuidadosamente sobre un único y determinado asunto.

Porque Mr. E. había llegado poco a poco a conocer la historia completa de casi todos los barcos ingleses y la de muchos extranjeros registrados en los libros del Lloyd. El caudal de información adquirido con el estudio de los barcos y de su movimiento era realmente sorprendente, a menudo entretenido y a veces de gran interés; incluía muy extensos conocimientos geográficos y del comercio y producciones de todos los países, construcción de barcos y progresos náuticos, historias de naufragios, estafas, piraterías, echazones y muchos otros sucesos relacionados con la navegación mercantil inglesa.

Si reunido ante una mesa un grupo de solteros, alguien daba el nombre de un barco cualquiera, Mr. E. adquiría en seguida un aire reflexivo, fijaba sus ojos en el dintel de la puerta, y después de chupar su cigarro y beberse un vaso de Oporto, dábase a relatar la historia del barco en cuestión; y decía dónde se encontraba en aquel momento, dónde había estado últimamente, dónde fue construido, cuál era su carga, quién su capitán, su propietario, qué tiempo tenía, cómo era su registro, y luego entraba en datos retrospectivos sobre algún suceso extraordinario o interesante ocurrido en algún largo viaje que el narrador describía gráfica y naturalmente. Así como Mr. E. —por lo menos en apariencia— era el más tranquilo y sosegado de los hombres, cuando se trataba de su profesión era de una actividad extraordinaria. No se dedicaba exclusivamente a una rama del comercio; sus empresas con amigos particulares eran muchas y originadas generalmente en su afición por el fletamento de barcos. Capitanes y consignatarios cuando tenían necesidad de fletar una embarcación dirigíanse de inmediato a Mr. E. Era de ver entonces la formalidad, la perseverancia infatigable con que iba de un lugar a otro hasta que daba cumplimiento a lo prometido. Si necesario era, estaba siempre dispuesto a proyectar un plan o a participar en cualquier negocio aventurado pero tenía que darse

el placer de fletar un barco. En una palabra, ése era su *hobby*, y creo que la música italiana no habría sonado con tanto placer en los oídos de un *diletantti* como estas palabras dichas a Mr. E.: "Tiene usted que hacerme el favor de buscarme un barco que necesito..."

Mr. E. era londinense y, como no pocos de ellos y de la mejor clase, tenía muchos rasgos característicos del *cockney*. Uno de estos rasgos era su invencible antipatía por montar a caballo.

Terminados los saludos y congratulaciones, Mr. E. sentóse cómodamente a fumar un cigarro. Echando una mirada a su alrededor, se posaron sus ojos en el *pacú*, y fijándose en él, exclamó dirigiéndose a mi hermano:

—Cómo es eso, Juan; o mis ojos me engañan o aquel pescado es un rodaballo, de los que llevan a Billingsgate.

—No, mi amigo —le contestó Juan—, es un *pacú*, un pescado que usted no ha visto nunca en Buenos Aires. Vamos a comerlo esta noche y ya verá usted si el *San José*, amarrado en el Guazú, puede o no competir en sabrosos pescados con el mercado de Billingsgate.

En efecto, ambos visitantes pudieron gustarlo en la cena y saborearlo a su placer.

Como el viento norte que nos había favorecido desde que salimos de Goya, y era necesario para llegar a Buenos Aires, llevaba trazas de cesar por completo, resolvimos seguir con la rapidez posible hasta el puerto de Las Conchas, situado sobre el río del mismo nombre. Este puerto es utilizado por los barcos pequeños que hacen la navegación del Paraná y está unas nueve leguas al noroeste de Buenos Aires. Tomamos rumbo directo a ese puerto, también porque podíamos navegar entre canales estrechos, al abrigo del viento pampero, salvo al cruzar la boca del Paraná de las Palmas.

Al amanecer del día siguiente dejamos el Guazú y el *San José*. La atmósfera estaba muy cargada y un cielo encapotado amenazaba tormenta. Íbamos en una lancha pequeña, la *Clyde*, de cuya bodega hicimos cabina cubriendo el piso con colchones y mantas; pero no podíamos tenernos de pie, mucho menos el amigo Mr. Fair que medía más de seis pies de alto. Esperábamos, con todo, llegar a Las Conchas esa misma noche; por eso cuidamos poco el arreglo de la embarcación. Decíase de ella que era poco afortunada en sus viajes y se llegaba naturalmente a la conclusión de que este viaje no podía ser una excepción a la regla.

Hacíamos el camino por los intrincados arroyos que unen el Paraná Guazú con el Miní, formando lo que se llama *La Islería* o grupo de islas. Estas islas están cubiertas de naranjos, durazneros y otros árboles. Las frutas se llevan a Buenos Aires en gran cantidad, y las ramas sirven para hacer carbón que, lo mismo que las frutas, se destina al mercado de la ciudad. Al salir, por último, de un brazo pequeño del Paraná, estuvimos en el río de la Plata, frente al más alto de los tres grupos de islas que se extienden paralelos a lo que parece tierra firme (aunque también es una isla) formada por el Paraná Miní y el Paraná de las Palmas. Los canales formados por estas islas pequeñas que corren desde la primera a la última boca del Paraná, llevan el nombre de Los Caracoles, y en alguna parte son tan angostos que permiten apenas el paso de un bote por su curso tortuoso.

Cuando entramos en este lugar, el más pintoresco de las islas, caía la tarde. Las ramas de los árboles formaban por momentos un verdadero dosel sobre el pequeño mástil de la embarcación y apenas podíamos abrirnos camino entre el follaje. Las flores comunes y las siemprevivas, las plantas y los azahares, embalsamaban la atmósfera con su fragancia; la infinita variedad de matices verdes, el variado color de las flores, los miles de pájaros que cantaban, los más diversos que puedan imaginarse y del más exquisito plumaje, daban al conjunto el aspecto de una tierra encantada cuya realidad podemos apenas imaginar.

Mientras seguíamos el curso de Los Caracoles, empezó a cerrar la noche. Se hacía necesario dejar, sin pérdida de tiempo, aquel laberinto de canales. La escena empezó poco a poco a perder interés y no fue por cierto episodio muy divertido el encuentro de algunos carboneros de mala catadura, agazapados a orillas del profundo pero estrecho canal que recorríamos. Eran sujetos de apariencia feroz; el chiripá, largo hasta la rodilla, dejaba al descubierto sus piernas tostadas y musculosas, y llevaban un poncho sobre los hombros; las caras ennegrecidas por el carbón y las copiosas y negras barbas, patillas y bigotes, acentuaban la fiereza de su aspecto. Los hornos de carbón, al arrojar un resplandor rojizo sobre aquellas salvajes figuras dábanles apariencia de asesinos. Habían levantado sus cabañas con ramas y cueros y allí tenían sus hogares. Muchos estaban acompañados por sus mujeres, tan rudas como ellos; y los pequeños casi desnudos o desnudos por completo, veíanse por ahí jugando cerca de los hornos. Sería más novelesco decir que aquellos carbone-

ros nos causaron daño, pero lo cierto es que no nos molestaron para nada y en verdad estábamos allí con mayor seguridad de la que cada uno hubiera podido creer.

Mr. E. miraba aquello con desconfianza. Mr. Fair y nosotros, si bien más acostumbrados, empezamos a pensar que un salón confortable en Buenos Aires sería preferible a pasar la noche entre los carboneros a orillas de Los Caracoles.

Mientras seguíamos por esas vueltas, la noche había avanzado mucho y los relámpagos que iluminaban el cielo, así como el lejano pero constante ruido del trueno que se aproximaba cada vez más y a menor altura convencíanos de que una tormenta se hallaba muy cercana. El piloto consideró imprudente permanecer más tiempo entre las islas y los bajíos; por eso, abandonando Los Caracoles, resolvió poner proa directamente a Buenos Aires a través del río. Era un italiano, verdadero marino y muy arrojado, aunque en aquella ocasión no llevaba consigo sino un hombre y un muchacho para ayudarle en la maniobra.

Habíamos andado poco en la travesía —o sea en el cruce de Los Caracoles a Buenos Aires— cuando se desencadenó la tormenta con espantosa furia. Los relámpagos, ya bifurcados, ya en sábanas de luz deslumbrante, parecían pasar sobre nuestras cabezas y el trueno estallaba en seguida con ruido ensordecedor. El pampero silbaba salvaje sobre el *cutter* inclinándolo por completo hacia un costado y haciéndolo tambalear y vacilar sobre la agitada superficie; entretanto, una lluvia oblicua impulsada con ímpetu por el huracán, completó la guerra de los elementos que, ahora, desenfrenados como locos, luchaban con rabia en torno de nosotros.

Estábamos, sin duda, en un gran peligro, pero la sangre fría con que el patrón daba sus órdenes y la actividad silenciosa con que eran ejecutadas, inspiraban confianza y seguridad, como si estuviéramos todavía en las tranquilas aguas de Los Caracoles. Una sola cosa nos afligía. El pobre Mister Fair, mal marino, sufría mucho con las sacudidas y tumbos de la embarcación. Su único alivio consistía en mantenerse de pie en la bodega con la cabeza fuera de la escotilla, respirando, con la lluvia que lo castigaba, el aire del pampero. Pero el patrón del barco, así que reparaba en él, llamábalo al orden diciéndole: "Don Tomás, por favor, váyase abajo, estorba; por favor, cierre la escotilla". Irse abajo significaba, para el pobre Mr. Fair, doblarse en dos y ser otra vez presa de las náuseas. En cuanto a Mr. E., envuelto en un

par de mantas, trataba de dormir en un rincón, con un saco de galleta por almohada. Mr. Fair apenas podía soportar su penitencia por más de diez minutos; abría la escotilla, penetraba entonces la lluvia, y entre el aullido del viento, llegaba también la voz del patrón que decía: "Don Tomás, otra vez don Tomás, por favor, abajo".

Anduvimos así, sacudidos, navegando de bolina, toda la noche. En un momento, y como preguntáramos al patrón dónde nos hallábamos, respondió para asombro nuestro que en la rada exterior de Buenos Aires, entre los demás buques. Con idéntica destreza nos libró de este nuevo peligro, ayudado con tesón por su asistente y el muchacho, y una o dos horas después remontaba otra vez el río hasta cerca de la islería. Aquella larga y penosa noche, de mucho sufrimiento para el amigo Mr. Fair, de inquietud para Mr. E., de fatigosa labor para la pequeña tripulación, y de peligro para todos, pasó por fin, aunque al amanecer el viento huracanado no había cesado todavía. Algo amainó, sin embargo, por la mañana, cuando la lluvia se hizo más torrencial, y por último, la rivalidad entre los dos elementos pareció gradualmente disminuir la fuerza y la furia de ambos. En estas circunstancias, dimos órdenes terminantes al patrón de llevarnos a tierra donde quiera lo encontrara más conveniente. Así lo hizo a punto de mediodía, sobre la orilla del Río de la Plata, frente a una linda chacra y no lejos de la aldea de San Isidro. La casa estaba casi escondida entre los árboles sobre la barranca que se extiende a escasa distancia de la playa en todo lo largo del río. Entre la playa y la barranca media un terreno herboso y la ribera está formada por una tierra dura, semejante a la piedra, que llaman *tosca*.

Como el pampero había producido gran bajante, empujando el agua de la playa hacia el centro o lecho del río, tuvimos que hacer un largo camino sobre las toscas y vadear algunos charcos antes de llegar a la orilla. Gran satisfacción y contento experimentamos al vernos en tierra firme. De inmediato subimos la barranca y entramos en casa del chacarero que la habitaba con su mujer. Mr. E., después de examinar la linda casita enjalbegada, los naranjos llenos de azahares, la ancha parra que cubría el sendero de entrada; después de palmear afectuosamente en la espalda al dueño de casa y hacer muchas reverencias y sonrisas a la señora (porque no era muy adepto al idioma español), trajo él mismo una silla de la sala y la colocó bajo el emparrado. En-

cendió un cigarro, pidió un vaso de agua en el que bebió copiosamente y continuó sentado allí como bajo su techo familiar. Absorbido por la nueva escena, Mr. E. parecía olvidar por completo la peligrosa lucha en que habíamos estado contra los elementos de la naturaleza.

Este amigo, dondequiera que tomara asiento, sentíase en seguida como en su casa y no manifestaba el menor deseo por cambiar de sitio. En esta ocasión siguió su costumbre. Una circunstancia lo convenció también de que debía mantenerse quieto y fue el oírnos hablar sobre la forma en que podríamos llegar a la ciudad sin demora y el acuerdo en que estuvimos de que la solución era montar *a caballo*. De ahí que, mientras contemplaba plácidamente el humo de su cigarro, observara con mal disimulada inquietud la conversación con el chacarero, pensando que no anunciaba nada bueno para él. Por último, creyó que debía exponer su opinión.

—Bien —dijo volviéndose hacia nosotros—; mala noche hemos tenido pero no hubiéramos podido desembarcar en un punto mejor. No puede darse sitio más bonito. Estoy seguro de que dormiremos en lecho mejor que el de la última vez; también sería el caso de mandar un mensajero a buscar un coche para salir cómodamente mañana.

Empezamos por exponer a Mr. E. la imposibilidad de que un coche de viaje pudiera transitar por los caminos después de la lluvia torrencial caída en las últimas veinticuatro horas. Todo el campo estaba inundado; solamente a caballo y no de otra manera podríamos llegar a Buenos Aires. El amigo, en un principio, se negó rotundamente a montar y dijo que sólo en broma podíamos proponerle tal cosa; pero insistimos seriamente, y poco a poco logramos hacerlo considerar la temible realidad de cabalgar sobre un potro sudamericano. La mujer del chacarero, viendo la prisa que teníamos en llegar, la dificultad con que tropezábamos y los argumentos que hacíamos, vino muy oportunamente en nuestra ayuda.

—Digan a ese caballero —manifestó— que si tiene miedo de montar un caballo arisco, puedo prestarle el mío, en el que voy a misa y al mercado; es manso como una oveja y de un andar que lo llevará como sobre un colchón de plumas.

Con esto redoblamos el ataque y el pobre Mr. E., indefenso pero vacilante, aceptó montar el *caballo de misa* de la señora. La casa, como hemos dicho, estaba situada al borde de la barranca.

Los caballos se hallaban ensillados frente a la galería. Se hacía difícil contener la risa viendo la inquietud de nuestro amigo. A fin de tranquilizarlo, el chacarero empezó por colocar una silla junto al caballo de su mujer, luego lo montó, se apeó, pasó bajo la barriga del pacífico animal, le levantó las patas, lo empujó, todo para poner en evidencia su impasibilidad. Por último Mr. E. subió a la silla y el dócil caballito fue llevado junto a ella. Mr. E. parecía condenado; al último Mr. Fair tuvo que colocarle el pie en el estribo y prestarle ayuda para sentarse en el recado como mejor pudiera. El chacarero tenía por la cabeza al animal que se mantuvo inmóvil durante la operación.

—Díganle que lo tenga así —rogaba Mr. E.—. Todavía no estoy listo; que no le suelte la cabeza; que no lo deje mover.

Para terminar pusimos las riendas en la mano del jinete y el chacarero se retiró; pero el jinete al ver esto soltó las riendas y se asió de la crin del caballo. Éste no hacía un solo movimiento; pero el miedo de Mr. E. no disminuía tampoco. "Sáquenme", gritaba, "está por echarse a correr. Está mirando la barranca." Al oír esto último la mujer del chacarero no pudo contenerse más y, llevándose las manos a los costados, se echó a reír en forma incontenible contagiándonos a todos que a duras penas habíamos podido estar serios hasta entonces; de manera que tanto el chacarero, como su robusta y alegre mujer, Mr. Fair, mi hermano y yo, que rodeábamos el caballo, dimos rienda suelta a la risa contenida durante una hora. Pero la hilaridad fue causa de que los miedos de Mr. E. se convirtieran en terror de agonía. "No se rían", gritaba muy en serio esta vez. "Por amor de Dios, caballeros, no se rían. ¡Van a asustar el caballo! ¡Quieren verme hecho pedazos! Por Dios, ¡sáquenme de encima de este animal!"

Sin duda no quedaba otra cosa por hacer. Colocamos la silla una vez más junto al caballo, el chacarero le tomó la cabeza y Mr. Fair bajó con todo cuidado a Mr. E. Nada hubiera podido alterar el carácter de aquel amigo; con infinito buen humor dejónos reír y bromear a nuestro antojo; creía muy seriamente haber escapado a un gran peligro. Puso la silla bajo la galería con la mayor tranquilidad, diciendo que, desde luego, creía poder comer y dormir en casa de su buen amigo el chacarero. Si le preguntábamos cómo era posible imaginar siquiera el más leve peligro en lo que había pasado, contestaba que él conocía por el ojo del caballo —un ojo salvaje— sus intenciones, que eran precipi-

tarlo en la barranca, a la que había estado mirando todo el tiempo que permaneció parado en la puerta...

Como no podíamos dejar solo a Mr. E., y menos entre gente extraña, arreglamos las cosas de modo que Mr. Fair prosiguiera viaje a Buenos Aires y allí contratara un coche, no obstante el mal estado de los caminos, para llevarnos a la capital en el día siguiente. Mr. Fair —tan buen jinete como inhábil marino— montó un brioso caballo y, haciéndole sentir las espuelas, se alejó en seguida al galope. Mr. E., saludándolo con la mano, deseábale buen viaje y al verlo desaparecer exclamó: "Así, así, quería hacer conmigo este animal salvaje que monté, para precipitarme por la barranca".

De cuantos malos caminos deshonran las vecindades y aledaños de una grande y floreciente capital, los caminos de entrada a Buenos Aires son sin duda los peores. Hasta tres leguas afuera presentan, durante seis meses del año, la más terrible barrera que la imaginación pueda concebir para el intercambio seguro entre la ciudad y la campaña. No hay desagües ni pavimentos ni terraplenes ni reparaciones a cargo de las autoridades. No existen caminos de portazgo ni compañías a cargo de los mismos ni el nombre inmortal de Mac Adam ha llegado todavía a las orillas del Plata. Cuando dentro de cien años, el aumento de población y el tráfico interior obliguen a los argentinos a reparar sus caminos, o más propiamente a construirlos desde la Capital a los distritos rurales, las siguientes líneas escritas a propósito de los caminos que el general Wade construyó en los *Highlands* serán aplicadas sin duda al Wade del siglo XX:

Had you seen these roads before they were made,
You would lift up your hands and bless General Wade.[1]

Estos caminos están formados generalmente por dos huellas o zanjas paralelas, bordeadas aquí y allá por plantas de tuna y cercos de aloes; corren por tierras de labrantío, muy ricas, entre charcos y pantanos, de fondo en extremo pegajoso cuando el terreno es bajo. No se advierte el menor intento de desagüe ni hacen nunca la menor elevación en el centro del camino para dar lugar a que las aguas corran por los costados. El agua se estanca

[1] De haber visto usted estos caminos antes de que fueran construidos, levantaría sus manos para bendecir al general Wade.

así en las huellas dejadas por las enormes ruedas de las carretas y las mismas huellas van llenándose y ablandándose con el agua de las lluvias, para ser atravesadas por las ruedas de otras carretas que aumentan su profundidad. Así se forman aquellos accidentes conocidos bajo el término topográfico de pantanos. Los pantanos suelen presentarse secos, otras veces de fango muy blando, otras de greda pegajosa; en ocasiones, como charcos de agua y también como verdaderos lagos. Los hay de todas profundidades y tamaños; en algunos lugares el caballo se hunde hasta las rodillas; en otros hasta la barriga; aquí puede usted hacer un desesperado chapuzón y salir enseguida del pantano, pero más allá puede encontrarse con un espacio de cincuenta, cien o doscientas yardas donde le amenaza un abismo de fango que puede tragarse al caballo y al jinete. A veces el viandante debe arrastrarse sobre el fango de la huella, para evitar un pantano todavía más peligroso, o cruzar algunas horribles zanjas para seguir su penoso trabajo entre el barro. Los lectores no deben pensar ni por un momento que hay en esto exageración. Por el contrario. Estas notas ligeras no dan idea de los horrores que ofrecen los caminos de entrada a Buenos Aires durante el invierno.

Por los caminos que acabo de describir, Mr. Fair, así que llegó a Buenos Aires, nos mandó un coche tirado por seis fuertes mulas; pero el coche no llegó hasta el día siguiente muy temprano. Teníamos relevo de mulas a mitad de camino y partimos con ánimo alegre una vez terminado el almuerzo.

Pronto advertimos, sin embargo, que corríamos mayor peligro en el coche que en el caballo de la chacarera. Los caminos se hallaban completamente inundados; los pantanos habían quedado ocultos bajo la superficie del agua; las mulas zambullían o tropezaban; el agrietado vehículo iba de un lado a otro, amenazando a cada momento con dejar sus restos en alguno de los numerosos baches por donde se arrastraba. Mr. E. sentíase muy cómodo en el coche y soportaba con entera indiferencia todos los golpes y sacudidas; en realidad le había llegado el turno de reír por la inquietud que mostrábamos ante el peligro de tumbar. Resultó, sin embargo, que no todas eran imaginaciones y que, por agua o por tierra, estábamos predestinados a tener un viaje difícil desde el *San José* hasta Buenos Aires. Habríamos andado dos leguas entre el agua; apenas salidos de ella, una rueda del coche pasó por una elevación oculta del terreno y el vehículo, inclinándose (sobre todo por el peso de Mr. E.) cayó sobre

un costado y nosotros también. Felizmente ninguno sufrió heridas de consideración. Los postillones abrieron la puerta superior del coche y pudimos salir arrastrándonos, empapados y cubiertos de barro. Después de una hora de trabajo, el vehículo fue puesto en pie y, secados al sol, seguimos sin otro accidente. Poco después encontramos un gallardo grupo de amigos que, encabezados por Fair, habían salido de la ciudad para darnos la bienvenida y nos escoltaron por las calles hasta la casa de aquél. La aventura sirvió de tema durante la velada que pasamos alegremente.

Y esto le hará ver a usted cuán diferente resulta el viaje desde el Guazú a San Isidro con la jornada en coche a Buenos Aires, si se le compara con el viaje que puede hacerse del Havre a Southampton y de aquí hasta Londres en ferrocarril.

LOS AUTORES

VOLUMEN II

CARTA XXVII

EL GRAN CAMBIO OPERADO POR LA REVOLUCIÓN EN BENEFICIO DE BUENOS AIRES. LOS PORTEÑOS TRATAN DE HACERSE AGRADABLES A JOHN BULL. LA MODERACIÓN QUE LE OPONEN. EL PLACER DE HABITAR EN LAS GRANDES CIUDADES. VENTAJAS DE LA SOCIEDAD EN GRAN ESCALA. MISERIAS DE LOS PUEBLOS PEQUEÑOS.

Pasados algunos días de recreo y distracción, empezamos a interesarnos, como era natural, por los progresos que desde 1810 había hecho, no tanto la revolución misma sino el intercambio promovido por la revolución entre nativos y extranjeros. Estos progresos estaban a la vista y eran, en verdad, sorprendentes. Todos, ahora, vestían mejor, todos vivían mejor que antes. Podía notarse también mayor urbanidad y menos recelos en todos sentidos. El mobiliario de las casas había mejorado en forma notable; el capital de los comerciantes nativos experimentaba gran incremento y como consecuencia del comercio exterior, los españoles viejos, únicos depositarios, hasta dos o tres años antes, de las riquezas del país y de la confianza de los extranjeros, iban siendo ahora reemplazados, en lo tocante al crédito comercial, por sus hijos criollos. Jóvenes que nunca hubieran soñado en prosperar bajo el antiguo régimen, y que sólo se daban maña en hacerse de dinero de la mejor manera posible para dilapidarlo en seguida, se abrían camino ahora como agentes de comercio o especulaban por su propia cuenta. Los sacerdotes europeos casi habían desaparecido y sus cargos eran ocupados por los naturales del país. Lo mismo ocurría con los abogados; y los estancieros, casi todos criollos, eran ahora los hombres prominentes del país. Los españoles iban decayendo con rapidez, hasta perder toda significación, o bien se amoldaban al nuevo orden de cosas establecido. Las mansiones más amplias y lujosas de la ciudad, que ellos habían levantado a costa de incalculables gastos, se hallaban alquiladas por comerciantes ingleses, hombres de la raza de John Bull, que llevaban todos, más o

menos, consigo, el amor de John Bull por el *confort*, que difundían entre el pueblo el amor de John Bull por la hospitalidad y demostraban cuán espléndido era John Bull para gastar y aun para incurrir en extravagancias. Esto despertaba entre los sudamericanos el gusto por el lujo en el que no habían soñado nunca, y en consecuencia gastaban también ellos, y el gasto sabemos que constituye lo que podría llamarse "el alma verdadera del comercio".

Pero debemos decir, en justicia, que mientras los americanos imitaban a John Bull en sus hábitos de *confort*, evitaban caer en sus excesos. A veces, es verdad, cuando entraban en contacto con los ingleses en algún banquete, consideraban de estricta buena crianza ponerse algo chispos; es más, creían ellos que para la felicidad de John Bull era cosa esencial la abundancia de vinos, y así, cuando lo invitaban a sus casas, hemos visto a muchos que de ordinario no tomaban sino agua, tomar vino, como testimonio de hospitalidad y tomarlo hasta verse obligados a salir del comedor, guiados por sus sirvientes.

Los sudamericanos, y en general las clases superiores, son muy sobrios y si ocasionalmente suelen excederse en sus comidas ante la tentación irresistible de un buen asado, una olla podrida o un rico *fricassé*, les basta con beber dos o tres vasos de vino. Nunca en sus reuniones se quedan sentados bebiendo de sobremesa, como gustamos de hacerlo nosotros después del almuerzo. Prefieren el placer de sus siestas; y por la tarde, al refrescar, beben limonada o azucarillos, fuman cigarros y no sueñan siquiera en el *brandy* con agua.

La sensación más grata que nos fue dado experimentar en Buenos Aires, después de nuestro exilio en Paraguay y Corrientes, fue la de no despertar ninguna sospecha. No decimos esto, naturalmente, por lo que hace al contacto social, pero sí desde el punto de vista político. En el interior nos habíamos visto obligados a tomar toda especie de precauciones para evitar sospechas y por eso al llegar a Buenos Aires tuvimos la feliz impresión de que no éramos *nadie* allí. En Inglaterra suele ocurrir lo contrario, como todos sabemos. No ser nadie aquí, en lo político, suele ser la muerte, la mortificación o por lo menos la contrariedad diaria de muchos. Ser nada diplomáticamente en Buenos Aires, después de haber sido mucho —hasta despertar la vigilancia— en Paraguay y Corrientes, era como volver a la vida. En estos últimos lugares a que me refiero, todos tenían que hacer con nosotros y espiaban nuestros actos; en Buenos Aires, por el contrario, nadie se ocupaba en lo más mínimo de lo que hacíamos. Un cambio tal significó no solamente la emancipación sino la libertad sin límites. Y respirábamos a gusto al avanzar a caballo por esas largas calles de una ciudad de cien mil personas, donde podíamos codearnos con los compatriotas, ver charreteras inglesas y algún sombrero remangado, propio de capitán de buque de guerra inglés y hasta ver también desde alguna esquina, convertidos en desmañados jinetes, a los tenientes o guardiamarinas ingleses.

Además, podíamos hacernos a la mar cuando se nos antojara, vestirnos en casa como nos viniera en gana, sin tener sobre nosotros el ojo desconfiado del artigueño, o sentir el temor que imponía su sable. En Buenos Aires no había ningún Francia; y una vez más, podíamos sentarnos a una buena mesa entre compatriotas y seguir nuestras costumbres. Todos saben cuántas inquisiciones y cuantas astutas conjeturas provoca en la sociedad de un pueblo pequeño de Inglaterra la llegada de un extranjero sin profesión honorable, sin fortuna reconocida o sin alguna dignidad especial. Claro es que, bajo nuestra constitución, no puede haber temor alguno de orden político, pero supongamos que el hombre que ha vivido en esa condición deja aquella sociedad para irse a Londres (donde el goce mayor es hundirse en la soledad que uno mismo se busque). Ya puede suponerse de qué opresión de pesadilla se verá libre de inmediato. En un pueblo pequeño, lo primero que debemos calcular por la mañana es todo cuanto no es conveniente hacer durante el día para no escandalizar a quienes nos rodean. En una gran ciudad, esto es lo último en que se nos ocurriría pensar. Por eso, que nos den a Londres o París en el viejo mundo; a Buenos Aires, Lima o Méjico en el nuevo; lugares donde uno pueda refrigerar su espíritu sobreexcitado después de un baño de vapor, especialmente en épocas turbulentas y de disturbios internos.

LOS AUTORES

Carta XXVIII

Breve exposición de sucesos históricos y políticos. Buenos Aires, matriz de la Revolución Sudamericana. Importantes resultados de la independencia de Sud-América. Fuga del mariscal Beresford y del coronel Pack. El doctor Mariano Moreno. El virrey Cisneros. La Revolución. Deposición del virrey Sobremonte. Álzaga y Elío. La llegada de Cisneros. Doña Carlota de Borbón.

Londres, 1842.

Tanto nos hemos detenido en la narración de episodios y escenas sudamericanas, en lances y aventuras personales, que a esta altura del relato el lector podrá sospechar que no encontrará nada de carácter histórico y político en los presentes volúmenes. Y acaso creerá también que, llevados por el encanto de las reminiscencias (palabra esta última que está ahora de moda) y por el gusto de anotar impresiones de viaje puramente individuales, hemos de reducirnos al círculo de la narración personal, inhábiles para movernos en esfera más amplia.

Pero, aunque es sin duda muy grato registrar andanzas y aventuras lejanas y el escritor puede esperar que el pensamiento del lector se acomode a su propio pensamiento y se conforme con los sucesos que puede abarcar la mera observación personal, nuestra obra, sin embargo, no respondería al título que ostenta si hubiera de reducirse a simples incidentes de viaje.

Es nuestro propósito, por lo tanto, ajustarnos al plan original y esbozar también —según vamos avanzando— los sucesos históricos y políticos de aquellas regiones que hemos visitado, y cuyas gentes, hábitos y costumbres hicimos ya conocer a los lectores. Y en lo que respecta a las Provincias Unidas del Río de la Plata, nos sentimos inclinados a proceder así porque no se ha impreso hasta hoy ninguna crónica que pretenda siquiera darnos un ligero examen histórico o político de aquellas provincias desde que entr..on en su vida independiente. Alguno que otro escritor nos ha dado noticias sobre los progresos del Perú, Chile

y Paraguay, presentadas bajo forma de historia. Pero de Buenos Aires, matriz de la revolución hispanoamericana, no hemos podido encontrar hasta hoy relación histórica de ninguna naturaleza.[1] Hemos de ser en todo breves y, no tratándose de sucesos de indudable importancia o de evidente interés para el progreso de la república, seremos especialmente lacónicos. Pero así como hemos señalado los rasgos nacionales del pueblo, exhibiéndole en sus atavíos domésticos y cotidianos; así como hemos trazado los contornos del país habitado por él, queremos también —de lo contrario la pintura sería incompleta— destacar en el lienzo las figuras más eminentes de su historia. Por eso los acontecimientos políticos e históricos de la República del Plata formarán parte esencial del trabajo que tenemos entre manos. Bien sabemos por experiencia cuán difícil es infundir interés a los detalles históricos y en el presente caso no se nos oculta una desventaja mayor para nosotros: y es que los hechos que forman la materia de este libro han sido tenidos en menos o mal comprendidos por la generalidad de los lectores ingleses. Tan poca cosa de historia o de política realmente auténtica y de interés ha visto la luz hasta hoy con respecto a Sud-América, que el mundo europeo sigue convencido de que la historia de los estados del Nuevo Mundo carece de aquellos grandes hechos que atraen la atención de la humanidad, destacándose como faros de orientación para el hombre de gobierno. Esos lectores han de creer —según los sospechamos— que nuestra información no es de aquellas que pueden instruir o deleitar. Pero es innegable que la importancia de los hechos históricos se mide por sus resultados, y su interés puede ser igualmente grande, ya se trate de una sociedad en formación como de un gobierno arraigado y de orígenes remotos. Para el filósofo, en verdad, el progreso de la primera ofrece materia de observación más importante que el segundo; porque en una sociedad en formación, no hay nombres sonoros que le cautiven ni gloria nacional que le deslumbre; y puede observar con mirada más segura el progreso del género humano; encontrará asimismo problemas de mayor interés en una sociedad primitiva que en una más desarrollada y compleja, pero —con todo— de más fácil explicación.

[1] El libro de don Manuel Moreno, del que hacemos mención más adelante, sólo contiene un bosquejo de los sucesos de Buenos Aires hasta diciembre de 1810, seis meses después de comenzada la revolución. La obra está escrita en español.

Pocos hechos históricos, quizás, habrán ocurrido, de mayor importancia y de más fecundas consecuencias que la separación de la América española de su metrópoli; y el detalle de las luchas y los combates que siguieron a la declaración de su independencia nunca podrá considerarse como desprovisto de interés. Hay en esta lucha episodios que despertarían la atención de las personas más indiferentes y ningún lector de buena fe podría tener en menos el resultado final de la lucha. La travesía de los Andes por San Martín, desde Mendoza, las batallas de Chacabuco, Maipo y Ayacucho, consideradas como operaciones militares, son grandes y gloriosas hazañas, y en sus resultados políticos han sido de mayor importancia para el mundo que las dos terceras partes de las grandes acciones de guerra ocurridas en Europa durante la última gran conflagración.[1] Esta última llevó a Europa al *statu quo*, mientras la primera trajo a la existencia todo un *nuevo mundo*. Sentada esta afirmación, y en el deseo de ofrecer un rápido bosquejo sobre los sucesos que prepararon el camino a la independencia del Río de la Plata, han de permitirnos los lectores retroceder a la toma de Buenos Aires por lord (entonces general) Beresford, en el año 1806. Fue él quien, si no sembró la semilla de la independencia, rompió el terreno y lo abonó para que fuera depositado el germen de la cosecha futura. Él puso de manifiesto la facilidad con que podía ser cultivado el suelo y los hermosos frutos que habían de cortarse, llegado el tiempo de la siega. El largo sueño en que las Provincias del Río de la Plata —lo mismo que sus hermanas— habían permanecido en el seno de la madre patria, fue interrumpido extrañamente por la romántica aventura de la invasión a Buenos Aires que realizó sir Home Pophan; y es asunto tan curioso como interesante verificar los pasos graduales con que la Atenas de Sud-América llegó al término de su independencia nacional.

Tan extraño como pueda parecer, lo cierto es que el primer movimiento popular fue dirigido por los mismos españoles viejos, bajo la dirección de uno de ellos, cuya irreconciliable inquina por los rebeldes americanos habría de llevarlo a una conclusión fatal de su carrera política. Este realista de cepa fue don Martín de Álzaga, alcalde de primer voto o alcalde corregidor de Buenos Aires, uno de los hombres más notables en aquellos primeros tiempos de la revolución.

[1] Se refiere el autor a las guerras napoleónicas. *(N. del T.)*

Álzaga era uno de los comerciantes principales y figuraba entre los hombres más ricos de Buenos Aires. Su espíritu dominante lo convirtió en el *facile princeps* de la comunidad en que residía. Fue Álzaga el agente principal del movimiento que terminó con la reconquista de Buenos Aires, ciudad dominada entonces por el general Beresford; la energía de su carácter infundió ánimo a espíritus más dóciles y mansos; el coraje indomable con que luchó contra todos los obstáculos, abatiéndolos, inspiró en quienes lo seguían la confianza que fue causa determinante del éxito.

La misma facción que había prestado ayuda al general Beresford y al coronel Pack, en su fuga, tenía formado un plan para declarar la independencia del país bajo la protección de Inglaterra, pero Álzaga se ingenió para participar en el secreto fingiendo que se pondría a la cabeza del movimiento; y aunque los señores Peña y Padilla escaparon con los dichos gallardos oficiales, Álzaga cayó sobre algunos otros implicados en el asunto y, sometiéndolos a crueles tratamientos,[1] frustró sus incipientes planes.

Es de saber que Álzaga, si bien vigilaba con ojo avizor cualquier intento de los criollos para liberarse del yugo español, no era hombre sin embargo para someterse a una necia autoridad, así viniera ella del representante del Rey. Por otra parte, era altivo y ambicioso y quizá percibió que había llegado el momento de que el mando supremo estuviera más seguro en sus propias manos que en las ajenas. Sea como fuere, a principios de 1807, Álzaga decidió tomar una medida, la más inaudita y osada: la de deponer a un virrey en la persona del marqués de Sobremonte. Este hombre, indigno del alto cargo que ocupaba, obró cobardemente en ocasión de la toma de Montevideo por sir Samuel Auchmuty, porque, habiendo llegado como virrey en socorro de aquella plaza y acampado fuera de la ciudad, huyó confundido y asustado tan pronto como ocuparon la plaza las tropas británicas. Fue durante la ausencia del virrey de la capital, y al tener conocimiento de su conducta pusilánime y de su falta de valor militar y de capacidad política, cuando Álzaga, realista convencido como era, decidió derrocar al representante de la realeza.

[1] Peña y Padilla recibieron pensión del gobierno inglés, lo mismo que Lima, uno de los que sufrieron prisión, pero que una vez en libertad se dirigió a Inglaterra.

Pero se valió de un procedimiento fatal para ejecutar sus propósitos. Como jefe del Cabildo —que por la misma energía que él le había infundido gozaba de mucha popularidad— convocó a reunión y, entre las aclamaciones del pueblo, no sólo consiguió la deposición del virrey sino también su arresto en la Banda Oriental, mediante una fuerza que despachó de inmediato con ese fin.

"Tal fue —dice el estimable y juicioso autor de quien tomamos el episodio precedente—[1] la primera asamblea verdaderamente popular celebrada en el país y tal la resolución que de ella emanó." Un ejemplo fatal, sin duda, que no fue perdido de vista por los sudamericanos.

Sobremonte se vio detenido de improviso en una casa de posta de la Banda Oriental y trasladado con su familia a Buenos Aires.[2] El poder político del virrey fue asignado por el Cabildo a la Audiencia y el mando militar al coronel Liniers, mientras el ambicioso Álzaga retuvo para el Cabildo el poder supremo (o soberano), al que quedaron subordinados los demás poderes.

Bajo este gobierno, entre realista y republicano, se organizó la defensa de Buenos Aires contra la invasión del general Whitelocke con todo el buen éxito que conocen nuestros lectores ingleses. La resolución, el orgullo, la ambición y la intrepidez de Álzaga vencieron todos los obstáculos.[3] Liniers fue recompensado por el gabinete de Madrid con el gobierno del virreinato, que era la más alta autoridad local, pero los miembros del Cabildo, los criollos principales de Buenos Aires a quienes pertenecía la verdadera gloria, fueron premiados con tanta parsimonia y en forma tan impropia que esto produjo nuevos descontentos y fue alejando cada vez más a los colonos de la madre patria.

En agosto de 1808 el Cabildo, los españoles viejos y todo el

[1] Nuestro viejo y respetado amigo don Manuel Moreno, actual ministro plenipotenciario de las Provincias del Río de la Plata en esta corte, autor de *Colección de arengas en el foro y escritos del doctor Mariano Moreno*, Londres, 1836.

[2] Véase apéndice, volumen III.

[3] Los lectores de *Cartas del Paraguay* han de recordar que fue Álzaga quien, al redactarse los términos de la capitulación para Whitelocke, dijo: "Pongan también la rendición y evacuación de Montevideo". Provocó censuras la inclusión de una cláusula tan insostenible, y entonces Álzaga insistió: "En último caso, podemos retirarla". Pero el general Whitelocke, demostrando su poca sagacidad, firmó la convención sin dejar a salvo lo relativo a Montevideo, ciudad que en ese momento se encontraba bajo nuestro seguro dominio.

pueblo de Buenos Aires se pronunciaron por la antigua dinastía española en oposición al usurpado poder de Napoleón y en consecuencia fue proclamado Fernando VII. El juramento de obediencia se realizó con gran solemnidad. Pero, llevados por móviles siniestros, la Audiencia y Liniers se pusieron secretamente del lado de Francia y poco después el virrey proclamó abiertamente su adhesión a Bonaparte. El partido español tenía otras razones para estar disgustado con Liniers.[1] No estaban de acuerdo con su desordenada administración, con el despilfarro de sus allegados, el derroche de los dineros públicos y la relajación moral que introdujo en el palacio virreinal; a lo que debe agregarse que era francés de origen, circunstancia esta muy aborrecible para el orgullo español. El Cabildo, entonces, o hablando más propiamente don Martín de Álzaga, resolvió proceder a la deposición de otro virrey. Álzaga fue a Montevideo para concertar los preparativos con el gobernador de la ciudadela, el general Elío[2] y este jefe tomó de inmediato partido contra Liniers. Álzaga volvió a Buenos Aires; una vez más inflamó los ánimos en una reunión del Cabildo provocando un formidable tumulto; dio con la campana el toque de alarma, levantó el estandarte real y todo terminó al grito de: ¡Abajo Liniers! ¡Junta! ¡Junta como en España! Una diputación del Cabildo fue a entrevistarse con Liniers y trataron de arrancarle su renuncia por escrito. Pero, aunque el asunto fue tratado con mucho sigilo y rapidez, al punto de que tomó de sorpresa a Liniers, pronto pudo advertirse que el virrey era hombre de suficiente determinación y energía como para no permitir que, de una alarma momentánea, pudieran sacar sus enemigos una ventaja definitiva. El hecho fue que, como resultado de la discordia, todo finalizó con el triunfo del virrey. Aquel mismo día, antes de anochecido, Liniers hizo detener a Álzaga y a varios de sus colegas, quienes, con sus togas de cabildantes, fueron conducidos con fuerza armada desde el ayuntamiento hasta un barco pequeño, donde se les introdujo; y durante una noche fría y tormentosa se encontraron camino a la costa patagónica, como desterrados, sin permitírseles siquiera comunicarse con sus familias y amigos.

Los negocios públicos de Buenos Aires se hallaron entonces

[1] Véase Apéndice, volumen III.

[2] Elío, al volver a España, recibió el nombramiento de capitán general de Valencia y, después de la caída del partido absolutista, fue degradado y ejecutado en 1822.

en situación muy singular, porque el litigio por la supremacía política se sostuvo entre el virrey y el Cabildo. El primero estaba sostenido por las tropas de cívicos y los criollos principales o *patricios* de la colonia; las pretensiones del Cabildo, fundadas en su firme adhesión a las *juntas* de la madre patria, se veían secundadas por todos los españoles de Buenos Aires.

Ambas partes habían recurrido al gobierno de Madrid, pero al mismo tiempo el general Elío despachó un navío de guerra a la Patagonia, cuyo capitán desembarcó allí con fuerza armada, puso en libertad a los desterrados y los llevó en triunfo a Montevideo. El gobierno español, o junta central, dio su fallo en favor de Álzaga y su partido; fueron devueltos al cuerpo municipal todos sus honores y los españoles viejos recibieron amplias muestras de que la madre patria no había puesto en duda su fidelidad. Elío vióse particularmente distinguido por la corte y se le confirió un alto cargo en el ejército. Por otra parte, fue nombrado virrey don Baltasar Hidalgo de Cisneros en lugar de Liniers y este último cayó en desgracia y recibió orden de pasar a España. Los criollos debieron sufrir en forma indirecta pero muy ofensiva el descontento que les demostró la junta central por haber ellos sostenido la legítima autoridad de Liniers.

El nombramiento de Cisneros avivó entre los criollos el odio contra el gobierno español. Tal nombramiento procedía de una flaca autoridad política y sin embargo el mando se ejerció sin discreción y a veces con extrema crueldad. Cisneros se puso en comunicación con Elío y al acercarse a Buenos Aires lo hizo con muchas precauciones y desconfianzas: ordenó a Liniers precipitadamente que dejara el mando, desterró a los oficiales franceses, hizo salir a los comerciantes extranjeros, arrestó a los criollos por sospechas infundadas y provocó en todos un fuerte sentimiento de animadversión contra el gobierno que se proponía ejercer. Pero si los criollos lo recibieron apenas con forzado respeto, en cambio fue aclamado por los españoles que creían asegurada su preeminencia una vez más. Sin embargo Cisneros se hallaba rodeado de dificultades. No podía tener confianza en sus tropas, muy adictas a su predecesor, y ni siquiera estar seguro de que prestarían sus servicios porque no estaba en condiciones de pagarlas. El tesoro se hallaba exhausto, y habiendo recurrido en vano a los comerciantes españoles para obtener ayuda, se vio obligado por último a adoptar una medida que importó un golpe decisivo para el poder español en el Plata. Fue la apertura del puerto a los barcos y mercaderías extranjeros, a trueque de determinados derechos de aduana; concesión hecha, sin duda, para salvar las necesidades pecuniarias del Estado, aunque en la resolución del virrey pesó mucho el vigoroso y elocuente alegato de don Mariano Moreno en su celebrado escrito: *Representación en nombre de los hacendados del Río de la Plata en favor del comercio libre con la nación inglesa.* El doctor Moreno era el más estimable e ilustrado y acaso el más puro de los patriotas que produjo Buenos Aires. Fue el autor de la revolución. Intrépido, valiente, de orígenes ilustres, aunque dotado de una gran suavidad de maneras, la pureza de su vida, la integridad de su conducta, su magnánimo corazón y su honra intachable le granjearon el amor de sus conciudadanos, el respeto de sus enemigos y la firme adhesión de sus amigos que componían la *élite* de su ciudad natal. ¡Ay!, pero apenas si pudo demostrar todo su valor porque su vida se extinguió bruscamente. Vivió apenas lo bastante para poner de manifiesto a sus conciudadanos cuán grande era la pérdida que experimentaban al verse privado el país de sus talentos y de su patriotismo.

Tal era el hombre que, bajo el gobierno de un despótico virrey, abogó por los derechos del comercio libre y con fervorosa elocuencia logró que esos derechos fueran asegurados entre sus conciudadanos. Los españoles viejos, con mucha razón, vieron en esta medida un golpe de muerte contra su propia influencia y desde entonces cobraron odio a Cisneros y no dejaron piedra sin mover para provocar su ruina. De esta manera el virrey vino a quedar totalmente aislado porque perdió el apoyo del partido español y no podía ganar la confianza del partido americano.

Cisneros era oficial de la marina española y había mandado un buque en la batalla de Trafalgar. No tenía ni en su porte ni en sus maneras ningún atractivo personal. Era frío y taciturno, y aunque tenía la llaneza propia de los marinos, carecía de franqueza y no inspiraba simpatía. Había sido nombrado por la Junta Central cuya duración era más que dudosa como precario el ejercicio de su poder, todo lo que contribuyó a rodearlo de dificultades y lo obligó a vacilar y a contemporizar precipitando así la catástrofe y la ruina de España. "Otro hombre de talento y decisión —como observa atinadamente don Manuel Moreno—[1]

[1] Don Mariano Moreno, de quien hemos hablado, era hermano de don Manuel.

hubiera detenido por algún tiempo la amenazante crisis, pero Cisneros, con sus sospechas y aprensiones, no hizo otra cosa que precipitarla."

Con el propósito de atraerse a los americanos, Cisneros asumió el cargo de inspector general que le había sido confiado a Elío y no hostilizó a Liniers, a quien permitió retirarse a Córdoba. Pero, por otra parte, no se opuso tampoco a que el virrey del Perú, general Goyeneche —cuyo solo nombre es sinónimo de crueldad y que había emprendido una cruzada contra los patriotas peruanos—, llevara su furia despiadada contra los habitantes de la ciudad de La Paz, que estaba en la jurisdicción de Cisneros. La forma clandestina con que este último procedía, sirvió para exasperar a los americanos contra los autores solidarios de las frías atrocidades de Goyeneche. En medio de la tormenta cercana, Buenos Aires era todo anarquía y confusión, como lo era España entre las juntas que porfiaban entre sí; y la cuestión de Sud-América se complicó por las pretensiones de doña Carlota de Borbón, esposa de don Juan de Portugal, que, como infanta de España, expuso sus pretensiones a la regencia de las Indias. Pero las vistas de los patriotas se concretaban cada vez más en el sentido de tomar el gobierno con sus propias manos, y lo ocurrido entre Cisneros y los españoles viejos favoreció grandemente esos designios. Los españoles empezaron a cortejar a los patriotas con simulado espíritu de unión, a fin de deponer al virrey para crear en su lugar una junta; y al efecto, el 1° de enero de 1810, cuando se efectuaron las elecciones de cabildantes, permitieron que la mitad de esos cargos fueran ocupados por americanos, cosa que se veía por primera vez desde la fundación de la ciudad.[1]

LOS AUTORES

[1] Álzaga tuvo en menos el formar parte de este cuerpo mixto de cabildantes, como lo llamó.

CARTA XXIX

LOS FRANCESES EN ESPAÑA. EL VIRREY CISNEROS. FERNANDO VII. EL CABILDO DE BUENOS AIRES. INSTALACIÓN DE LA JUNTA. PRIMER RECONOCIMIENTO DE SU AUTORIDAD. EL COMISIONADO CARDOSO. LA HUIDA DE PINO. SUPREMACÍA DE LA JUNTA. LA PRENSA DE BUENOS AIRES. LOS OIDORES. SU EXPULSIÓN. ADHESIÓN DE LAS PROVINCIAS A LA JUNTA. POLÍTICA DE INGLATERRA.

En mayo de 1810 llegaron noticias a Buenos Aires de que el victorioso ejército francés había entrado en Sevilla; que la Junta Central estaba en fuga, que sus miembros habían sido maltratados y que el cuerpo, acusado de traición, había sido disuelto por un tumulto popular.

Cisneros pudo advertir entonces que su destino estaba decretado y previendo un término fatal de su carrera política, lanzó una proclama en la que declaró su intención de colocar la autoridad que revestía en manos del pueblo.

Los españoles viejos, sintiéndose igualmente alarmados, creyeron que su país natal sería subyugado por Francia indefectiblemente y pudieron advertir que la dominación ejercida por ellos en Indias debía terminar al mismo tiempo.

Para los sudamericanos, por el contrario, aquello fue motivo de alborozo en cuanto indicaba que había llegado el momento de su emancipación e independencia. Pero procedieron, sin embargo, con moderación y cautela. Estaban resueltos a ser *libres*, como ellos decían, o se decidirían a ser *rebeldes*, según la actitud que adoptaran los españoles. Sin entrar en distingos metafísicos entre libertad y rebelión (nosotros también llamábamos rebeldes a los americanos cuando luchaban por legítimos principios de libertad), diremos que los patriotas ocultaron sus verdaderos designios cubriéndolos con un velo de reconocimiento a una supuesta autoridad real que deseaban, *de facto*, abolir para siempre. Así fue que tomaron posesión de su legítima herencia a nombre de Fernando VII y, una vez dueños del hermoso botín, proclamaron que los animaba únicamente

el deseo de mantener los derechos de su amado soberano el Rey de España.

El Cabildo, según su costumbre, tomó la delantera al nuevo movimiento y convocó una asamblea de la parte principal y sana del vecindario para que fueran explicados los deseos del pueblo. El 22 la reunión se celebró en la galería alta del Cabildo, presidida solemnemente por el obispo, los oidores y altos funcionarios del virreinato. Tras una larga discusión se resolvió por gran mayoría de votos autorizar al Cabildo para formar una junta, hasta que pudiera reunirse un congreso de diputados de las otras ciudades y capitales.

La Junta se constituyó ostensiblemente con el fin de velar por los intereses de Fernando VII, pero esa noche se oyeron en la ciudad gritos tumultuosos: "Ha caído España, su gobierno también ha caído", que era lo que, en realidad, había pasado.

Los españoles, sin embargo, hicieron un intento más para detener el curso de los acontecimientos y ejercieron presión sobre el Cabildo para que designara al mismo virrey como presidente de la junta y a dos españoles europeos como vocales o miembros secundarios. Pero, una vez anunciado al pueblo el resultado de esa intriga, la indignación popular estalló de manera que ya no pudo ser detenida. El coronel Saavedra, que contaba con su propio regimiento y estaba entendido con los comandantes de los otros cuerpos, se presentó tranquilamente al virrey el día 24 y le aconsejó que renunciara, lo que hicieron el virrey y los dos vocales antes de la noche. También antes de la noche fue redactado y firmado por los vecinos principales un oficio en que se pedía la revocación de la primera elección y se daban los nombres de quienes debían reemplazar al virrey y a sus acompañantes. Se pidió con vehemencia otra reunión pública y fue señalado el día siguiente para celebrarla. "Amaneció el día 25 de mayo —dice Moreno—, día que abrió para aquel país la carrera de libertad y perfección del hombre moral después de siglos de opresión y que justamente es contado por el más grande de su historia."

La reunión fue muy agitada, y antes de que cedieran los españoles, grupos enérgicos de ciudadanos armados, congregados frente a las galerías, aseguraban que no habrían de tolerar ninguna dilación ni otra nueva intriga. Descorazonados y abatidos, los pobres españoles abandonaron el campo. La petición fue aprobada en todas sus partes por aclamación y se instaló una junta de siete vocales y dos secretarios, todos patriotas, compuesta por

Saavedra (presidente), Belgrano, Castelli y otros cinco vocales; los secretarios fueron dos conocidos abogados, el doctor Mariano Moreno y el doctor Juan José Paso.

Esta célebre delegación, que dio fundamento al poder de la Junta, otorgó instrucciones para efectuar muchas reformas, pero también proclamó que la integridad de las colonias debía conservarse para Fernando VII. Otra instrucción expresa y precisa fue la de que en el término de quince días después de la instalación de la Junta debía ser organizada una expedición de quinientos hombres para proteger la libertad de las provincias y que la expedición partiría lo antes posible. A los gastos de ella serían destinados los sueldos del virrey, oidores y otros funcionarios.

Gran júbilo provocó la instalación de la Junta y el 25 de mayo ha sido celebrado desde entonces, todos los años, como el aniversario de la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata. "Día de entusiasmo puro e inocente —exclama Moreno—, de nobles esperanzas y generosas ilusiones." De buena gana convenimos con el estimado escritor en que fue aquel un día de entusiasmo y de grandes esperanzas y estamos, por cierto, de acuerdo en que fue también día de muchas ilusiones.

Encaja aquí una pequeña anécdota contada por el digno historiador de quien tomamos estos datos, muy característica de algunos empleados de menor cuantía y —perdone el señor Moreno— también de los principales, y el cuento está tan bien narrado que estamos seguros de que el lector nos agradecerá la transcripción.[1]

"Era tanta la incertidumbre del rumbo que tomarían las cosas, especialmente en las provincias, que el primer reconocimiento que llegó de un pueblo de afuera se tuvo por un evento de importancia. La villa, poco menos que arruinada, de La Colonia, en la Banda Oriental, prestó su obediencia, y el comandante militar don Ramón del Pino enviaba su adhesión a la

[1] El traductor deja constancia de que las transcripciones del libro de Manuel Moreno se hacen directamente del original español ya citado por los hermanos Robertson y lo mismo puede decir de los documentos de *La Gaceta de Buenos Aires*, vertidos al inglés por los autores de este libro. Para no recargar de notas la traducción castellana y evitar todo aparato erudito, se abstiene de dar el tomo y la página de *La Gaceta* donde se hallan dichos documentos. El lector curioso los encontrará guiándose por la fecha de cada uno. *(N. del T.)*

Junta con demostraciones de celo. Lo mismo hacía la pequeña ciudad de Maldonado.

"La prontitud de Pino no era otra cosa que interés, porque en aquel momento tenía pendiente una cuenta con la tesorería, de que quería ser pagado: luego que lo fue, entró en maquinaciones con Elío para hostilizar al gobierno. La Junta, que no tardó en percibir esta perfidia, despachó en secreto un buque con cincuenta hombres escogidos y un comisionado, a arrestar aquel comandante, con órdenes estrechas de traerlo inmediatamente a su presencia. Era el comisionado un oficial Cardoso, que se había mostrado eficaz en la revolución, y a virtud de un temperamento sanguíneo, un semblante de fuego y un redingote de bayetón felpudo como un oso, que llevaba siempre metido, parecía un hombre terrible, aunque pequeño de estatura. Saltando en tierra en la mañana, se dirigió a casa de Pino, armado hasta los dientes, pero sin su tropa, para no alarmar al reo, según dijo después; y Pino que no gustó de la visita, avisado de su conciencia, trató de ganar tiempo para conseguir evadirse, entreteniendo a su huésped con un suntuoso almuerzo en compañía de otros, sin que se hablase una palabra de la comisión. Antes de acabar el desayuno, Pino se salió de la mesa con pretexto de un negocio que le ocuparía dos minutos; mas pasó como un cuarto de hora y no volvía. Entonces se levanta Cardoso, ocurriéndosele recién que Pino trataba de esquivarse: sale afuera y alcanza a verlo en un establo, en el acto de tomar un caballo y partir; le manda se detenga y se dé preso: Pino se apresura a montar y dispara; el otro lo persigue aleteando, lo proclama traidor a grito herido, pero tropieza en el fatal redingote, cae al suelo, y desde él ve desaparecer al fugitivo, a quien intima en vano su arresto, y aun le dispara una pistola. En fin, Cardoso se levanta lleno de polvo, gana su buque, y se regresa a Buenos Aires con la relación de esta ridícula aventura, que puso de mal humor a la Junta y lo trató de castigar. En el acuerdo dijo el doctor Moreno con su festividad genial: 'Halló que no debiéramos enfadarnos, sino decir de Pino lo que Cicerón de la fuga de Catilina: *ex urbe vel ejucimus, vel emissimus, vel ipsum egredientem, verbis prosecuti sumus*'."

Instalada, pues, la Junta, se dio orden para que los miembros del Cabildo y de otras corporaciones, legos y eclesiásticos, así como los altos funcionarios del Estado y empleados en general, prestaran juramento de fidelidad al poder casi real de la nueva

Junta y este juramento fue tomado en los siguientes términos: "¿Juráis a Dios Nuestro Señor y estos Santos Evangelios reconocer la Junta Provisional Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata a nombre del señor don Fernando Séptimo, y para guarda de sus augustos derechos; obedecer sus órdenes y decretos; y no atentar directa ni indirectamente contra su autoridad, propendiendo pública y privadamente a su autoridad y respeto?" Prestado el juramento, quien lo había tomado agregó: "Si así lo hiciéreis, Dios os ayude, y si no, Dios y la Patria os lo demanden y hagan cargo".

El día 30 fue celebrada una solemne misa con *Te Deum*, después de la cual se efectuó una colecta, a la que concurrieron, entre las personas principales de la ciudad, los oidores y el ex virrey Cisneros.

Estos hechos fueron trasmitidos al público mediante una imprenta pequeña, la única que existía y que (¡oh mutabilidad de las cosas humanas!) había pertenecido a los jesuitas.

Montevideo, bajo el estricto y enérgico gobierno de Elío, se negó a reconocer los sucesos ocurridos en Buenos Aires; lejos de hacerlo, adoptó una actitud hostil. Un acto de debilidad de la Junta —que Moreno llama *deferencia*— fue permitir la fuga de la mayoría de los barcos de guerra españoles anclados en Buenos Aires, sabiendo la Junta, como lo sabía, que con toda probabilidad volverían muy pronto para hacer la guerra a la joven república de Fernando VII.

La Audiencia fue desde los primeros días enemiga de las innovaciones republicanas. Los oidores eran adictos a la madre patria y miraban con ira y desdén a la junta rebelde. Habiendo recibido una copia suelta, "sin firma, sin prueba de autenticidad y sin autoridad ninguna" sobre la proclamación del nuevo Consejo de Regencia instalado en España, los oidores la enviaron a la Junta pidiendo el reconocimiento del legítimo gobierno de la nación española. La Junta se negó a hacerlo, afirmando que los derechos de Fernando VII estaban ampliamente garantidos por el juramento de fidelidad prestado a la misma Junta, cuyos términos ya conocemos.

No hubo en todos los virreinatos de España funcionarios más orgullosos y soberbios que estos oidores. Creían que sus personas eran sagradas y el hábito los había acostumbrado a mirar sus propias decisiones y fallos como irrevocables, lo mismo que a ver ejecutadas sus órdenes.

No ocultaban, por otra parte, su disgusto por las providencias de la Junta ni perdían oportunidad de demostrarlo. Nunca hubieran soñado que alguna vez pagarían individualmente tal proceder y se escudaban en la inviolabilidad de sus fueros no dudando que la buena causa defendida por ellos terminaría por imponerse.

El pueblo miraba con expectación esta lucha entre los arrogantes jueces y la Junta, y empezaba a impacientarse, a tal punto que, una noche, el fiscal del crimen Villota fue asechado y, según palabras de la misma Junta, "recibió una formidable paliza".

Los oidores intrigaban con los hombres de Montevideo y se comunicaban con Cisneros. Por último, llegó a tanto la osadía de todos ellos que dieron la impresión de que constituían un peligro inmediato y amenazante. Por eso la Junta resolvió desembarazarse tanto de la Audiencia como de Cisneros.

La expulsión fue muy bien preparada. El ex virrey y los cinco principales oidores fueron invitados al Palacio de Gobierno o Fuerte para una conferencia. Estaban tan infatuados que concurrieron todos de uniforme; Cisneros con traje de gala y los oidores con sendas varas de puño de oro, pensando que se los llamaba para restituirlos en sus altos cargos y que la Junta se disponía a entonar el "yo pecador". Pronto se sintieron decepcionados. Una vez introducidos en el salón, Castelli, el más decidido y talentoso de los miembros de la Junta, se levantó y dijo: "La Junta ha considerado conveniente enviar a S. E. y a Sus Señorías ante el trono de Su Majestad para que respondan allí por su conducta". No se dijo una palabra más; la noche estaba muy oscura y en un profundo silencio; un destacamento de tropa, con antorchas encendidas y linternas, condujo los coches del virrey y oidores —que iban desconcertados— al embarcadero. Allí los esperaba un navío inglés para llevarlos a las islas Canarias españolas. Antes de que el público supiera nada de lo sucedido, en la mañana siguiente, el virrey expulso y los jueces estaban a sesenta millas de Buenos Aires, con buen viento, alejándose del Río de la Plata para no volver más.

Un solo oidor, menos culpable que sus colegas y ya entrado en años, fue dejado sin que se lo molestara, y mientras todo cambiaba a su alrededor, él continuó ocupando la presidencia de la Suprema Corte de Justicia. Los sitiales de los expulsos fueron ocupados por abogados nativos del país.

El día siguiente a la expulsión, la Junta dio un largo manifiesto que exponía en detalle todo lo sucedido. Entre muchos cargos graves, se insistía sobre éste, por cierto muy original: que en ocasión de prestar el juramento de fidelidad, el fiscal se acercó con indolencia a la mesa, escarbándose los dientes con un palillo; y en seguida, para acentuar el escarnio, los oidores habían participado de la misma solemnidad, ya no con un palillo en la boca sino escarbándose los dientes con las uñas. Éstas eran, sin duda, pequeñas muestras de menosprecio, pero no puede uno dejar de sonreír al encontrarlas estampadas con toda seriedad en una publicación oficial dirigida a la Nación. Mientras la Junta disponía de sus enemigos domésticos en la forma que hemos relatado, veíase acosada por enemigos extraños. El gobernador de Montevideo, Elío, bloqueaba a Buenos Aires con toda su fuerza marítima, y Córdoba, conmovida por Liniers (que se mantenía fiel a la madre patria y se mostraba muy activo), se levantó en armas contra el gobierno de los patriotas, y sus hostilidades se combinaron con las de Elío, por una parte, y con las de Goyeneche, que operaba en el Perú, por la otra.

La Junta no se acobardó por eso y envió una fuerza de mil doscientos hombres contra los insurgentes de Córdoba (mandados por Liniers) y desafió a Elío y a su escuadra bloqueadora. En lo que no estuvo muy prudente fue en mandar ochocientos hombres bajo el comando del general Belgrano, uno de los vocales de la Junta, contra el Paraguay.

Aunque Paraguay, Córdoba, Montevideo y dos o tres plazas del Alto Perú se mantenían firmes, la gran mayoría de las provincias se adhirió al nuevo orden de cosas establecido en Buenos Aires, metrópoli del Virreinato. Y debe también decirse que Inglaterra, aunque aliada de España, favorecía, a la chita callando, la separación de las colonias de la madre patria, en razón de que le permitía acrecentar directa y rápidamente su comercio; y los comerciantes ingleses, establecidos por entonces en Buenos Aires, empezaron a ejercer una benéfica —aunque muy indirecta— influencia sobre la opinión pública y sobre los asuntos públicos en la sede misma del gobierno.

Los autores

Carta XXX

El pampero de 1810. La fragata *Mercurio*. Elío. Vigodet. La Junta se niega a reconocer a la Regencia. Liniers derrotado en Córdoba. Su muerte. El general Balcarce y la victoria de Suipacha. La provincia del Perú. Bloqueo de Buenos Aires. El capitán Elliot. La *Misletoe* y el capitán Ramsay. El Ejecutivo de 22 vocales. Cornelio de Saavedra. El doctor Moreno nombrado ministro en Inglaterra. Muerte de Moreno.

Mientras la fragata española *Mercurio* permanecía en el fondeadero exterior de Buenos Aires, bloqueando el puerto, un pampero estuvo a punto de ponerla en manos de los patriotas. Hemos hablado ya del viento pampero en otra ocasión. Ahora —julio de 1810— se presentó con la furia de un huracán, y al soplar firmemente en la misma dirección durante cuarenta y ocho horas, hubiérase dicho que su fuerza aumentaba en proporción geométrica. Como consecuencia del pampero se produce siempre la bajante del río porque el viento arrastra las aguas hacia el mar con irresistible empuje y gran rapidez. Pero en este caso excedió a sus efectos ordinarios y en tal manera que a la mañana siguiente pudo verse con verdadero asombro a los capitanes de los buques ingleses anclados a siete o nueve millas de la ciudad, que venían caminando hacia la costa porque todo el espacio intermedio hasta sus navíos se hallaba seco y tanto estas embarcaciones como la fragata *Mercurio* yacían sobre la arena. El Río de la Plata, que se extiende en distancia de ciento cincuenta millas desde su boca formando un estuario de anchura inconcebible —en realidad un verdadero mar dulce—, tiene en Buenos Aires treinta millas de ancho, y con todo, el pampero dejó en seco en una sola noche esa enorme extensión de agua formada por los ríos Paraná y Uruguay. Quedó apenas una corriente estrecha, la del cauce principal sobre la costa norte, y todo lo demás reducido a un enorme banco de arena. Cuando la naturaleza trabaja en gran escala, como lo hace en Sud-América, es cuando sus fenómenos sorprenden verdaderamente y ponen temor y asombro. Al ver a la fragata *Mercurio* impotente, tumbada en la

arena, tomaron en Buenos Aires la decisión de atacarla con tropas y artillería, y si el plan se malogró, fue nada más por el tiempo perdido a causa de los temores y dilaciones de Saavedra que empezó a dar órdenes y contraórdenes hasta que por último pasó el tiempo oportuno en que hubiera podido ser ejecutado el plan. Al tercer día, el río había vuelto a subir y recobrado su altura normal.

Por este tiempo la Junta Central de España creó el Consejo de Regencia y uno de los primeros actos de la Regencia fue llamar a Elío de Montevideo y nombrar en su lugar al general Vigodet. Se creyó en un principio que éste era un paso hacia la reconciliación sobre bases liberales con Buenos Aires, pero no tardó en advertirse que las vistas del nuevo gobierno español eran las mismas y no existía el menor deseo de venir a buen término con los patriotas. Elío fue recompensado cuando estuvo de vuelta en España, y Vigodet, que se hallaba poseído del mismo odio que su antecesor por el patriotismo sudamericano, se mostró resuelto a mantener el predominio absoluto de la madre patria. El mismo Elío fue nombrado después —y este decreto fue dado en vano— virrey de Buenos Aires.[1]

El 14 de agosto, un tal Rivera, capitán de marina, llegó a Buenos Aires para notificar la instalación de la Regencia; pero, después de algunos coqueteos de ambas partes, Rivera fue expulsado por la Junta y la Regencia quedó así desconocida.

La fuerza enviada a Córdoba, y a la que ya nos hemos referido, fue aumentada, según efectuaba su avance, con muchos voluntarios; y a medida que se iba acercando, Liniers y los demás jefes realistas veían cada vez más claro que el pueblo en general estaba contra ellos y que su situación era crítica en extremo. En efecto, los jefes de la contrarrevolución pudieron advertir que su única salvación estaba en la fuga y de ahí que el 1° de agosto Liniers, con el gobernador de Córdoba, el obispo Orellana, el ministro, el asesor y muchos otros oficiales de rango, huyeran con una fuerza de unos quinientos hombres (que poco a poco se les desertaron) hacia el Perú. El día 5 un destacamento de trescientos soldados entró en Córdoba, y el general Ocampo, que lo mandaba, al conocer la huida de los jefes realistas,

[1] Elío no estaba en Montevideo cuando se produjo la revolución de Mayo. Llegó en los últimos días de 1810 con el título de virrey y partió para España a fines de 1811. Vigodet quedó como gobernador de Montevideo. *(N. del T.)*

salió de inmediato en su persecución al frente de setenta y cinco hombres. Sus marchas forzadas se hicieron con tanta rapidez que en la tarde del tercer día llegó a la misma casa de posta, que los apurados fugitivos habían abandonado en la mañana dejando sus carruajes para separarse por caminos diversos. Ocampo los persiguió con ahínco. A filo de medianoche, al percibir una luz trémula en medio de un bosque, se dirigió a ella; en ese lugar encontró a varios sirvientes de Liniers y los hizo confesar que su amo estaba en un rancho cercano. A este rancho fueron enviados varios hombres con orden de prender al jefe fugitivo. Se acercaron en silencio y a favor de la oscuridad entraron de súbito en la casa donde fueron asegurados el desgraciado Liniers y un canónigo de la catedral de Córdoba. Esa misma noche cayeron prisioneros todos los demás en otro rancho próximo. El obispo fue detenido al día siguiente.

A Liniers y a los demás cabezas de la insurrección se los procesó en forma sumaria según las leyes militares —vale decir con prescindencia de la ley—. Se dio por cierto que todos habían incurrido en delito de traición y de ahí que fuera ordenado su fusilamiento. Así se derramó la primera sangre honorable de la revolución. El coronel Allende, uno de los condenados, era criollo y perteneciente a una de las primeras familias de Córdoba. Un sobrino suyo recibió poco después el nombramiento de coronel del ejército patriota. El obispo escapó por muy poco de seguir el mismo destino que sus compañeros.

La ejecución de estos altos funcionarios produjo gran impresión. En verdad, *el derecho* de los patriotas para ejecutarlos había sido muy discutible; pero, sea como fuere, los partidarios de la revolución sintiéronse satisfechos con los procedimientos enérgicos de la Junta (aun cuando su legalidad era muy dudosa) y la Junta comenzó a ganar, en consecuencia, el favor del pueblo. Las fuerzas de Buenos Aires, después de la caída de Liniers y del partido español en Córdoba, continuaron a fines de ese año alcanzando ininterrumpidos sucesos. El general don Antonio Balcarce fue enviado desde Buenos Aires para reemplazar a Ocampo en el mando y, así que las tropas avanzaban hacia el Alto Perú, iban adhiriéndose una provincia tras otra a la causa popular. Marchaban por lo tanto muy de prisa y las fuerzas enemigas retrocedían hacia Potosí. Los patriotas estaban ahora —como he dicho— mandados por el general Balcarce, oficial bravo y experto. Para dar mayor impulso a la causa, en el mes de septiembre la Junta hizo marchar al cuartel del ejército al doctor Castelli, uno de sus vocales más enérgicos. Iba Castelli en calidad de alto comisionado a cuyas órdenes quedaba sujeto el general en jefe.

Para el mes de octubre los patriotas ocuparon Suipacha y el 23 se vieron rechazados, aunque sin deshonor, en Cotagaita; pero este ligero contraste fue ampliamente reparado el 7 de noviembre con el triunfo obtenido en la batalla de Suipacha, que abrió por completo el Alto Perú a las armas victoriosas de la revolución. "Las provincias —dijo el doctor Castelli en oficio de 28 de noviembre— del distrito de la Real Audiencia de los Charcas, como son Potosí, La Plata, Cochabamba y La Paz, hasta los límites del Virreinato de Lima, están en perfecta tranquilidad, concordia, reconocimiento y obediencia a la Junta Gubernativa de la capital de las del Río de la Plata. La Paz, que logró la salida a campaña del coronel Ramírez, quedando a su mando el de la misma clase don Domingo Tristán con una moderada fuerza, y supo la derrota del ejército del coronel Piérola entre Aroma y Sicasica por las armas de Cochabamba que se destacaron de Oruro, recobró su energía y, apoyada por su jefe Tristán, en cabildo general del día 16 del corriente, reconoció y juró la obediencia a esta Junta. Los adjuntos pliegos y documentos instruirán a V. E. de las circunstancias ocurridas posteriormente, a pesar de las cuales y del decidido plan de invasión con que amenazaba el ejército del virrey del Perú, al mando de Goyeneche, situado a las márgenes del Desaguadero, preocupados de las victorias que los jefes déspotas de estas provincias se soñaban y de los planes secretos de Abascal y Sanz, descubiertos por todas vías anticipadamente hasta la destrucción de los pueblos, hemos logrado aterrarlos y fijarlos en su límite del Desaguadero con la protesta de no avanzar nuestro territorio. Sin embargo de esto nuestras tropas caminan a las márgenes del Desaguadero y allí dispondré ejecutar las medidas que me había propuesto por sistema y con esta fecha noticio por separado a V. E."

Cuando se considera la extensión del continente,[1] la aspereza de su suelo, sus montañas, sus desiertos, su falta absoluta de recursos, hay que convenir en que éstos eran en verdad grandes hechos para ser llevados a cabo por una joven e inexperta república, cinco meses después de haber surgido a la vida y cuando

[1] El Desaguadero está a unas mil ochenta millas de Buenos Aires.

poco tiempo antes no hubiera soñado siquiera en empresas tan caballerescas.

Entre las provincias que se acogieron al regazo de la revolución debemos señalar a Cochabamba, que se distinguió por uno de esos hechos extraordinarios que suelen producirse en las revoluciones y únicamente en ellas. Cuando los cochabambinos se levantaron contra las autoridades españolas, muchas mujeres siguieron a sus maridos al campo de Sicasica, y allí, combatiendo a su lado, murieron en ruda y sangrienta batalla contra un ejército superior comandado por el general Goyeneche. En memoria de acción tan heroica, y para levantar el espíritu patriótico, el ayudante de cada cuerpo durante toda la campaña, llamaba en la revista de la tarde: "¡Las mujeres de Cochabamba!", como si todas ellas estuvieran allí presentes, y el sargento daba por respuesta: "¡Murieron en el campo del honor!"

La legalidad del bloqueo, impuesto por el general Vigodet a los "amados vasallos de Fernando VII" en Buenos Aires, fue ardientemente discutida y la Junta se mostró muy ansiosa (lo mismo que todos los comerciantes británicos residentes en la capital) por que el gobierno inglés hiciera una declaración de que el bloqueo era ilegal. Pero el capitán Elliot, entonces jefe de la estación naval, era enemigo de los patriotas y estaba en buenos términos de amistad con Vigodet, gobernador de la plaza de Montevideo. Llevado por estos sentimientos, negó estúpidamente protección a los navíos ingleses que trataban de llegar a Buenos Aires, con lo que, de hecho, autorizaba el bloqueo. La conducta de Elliot produjo gran descontento en Buenos Aires y la Junta apeló a lord Strangford, residente en Río de Janeiro. El resultado fue que el almirante De Courcy se determinó a ir en persona al Río de la Plata para exigir de las autoridades españolas una absoluta prescindencia con respecto a las naves inglesas destinadas a Buenos Aires. Empezó por enviar como *avant-coureur* la pequeña goleta *Misletoe* mandada por el capitán Ramsay (entonces teniente). La resolución y energía demostrada por este oficial le valió la admiración de los habitantes de Buenos Aires. El caso fue de esta manera: Al llegar el capitán Ramsay a las proximidades de Buenos Aires, encontró dos bergantines ingleses detenidos por el oficial español que comandaba la escuadra bloqueadora. Viendo lo que ocurría, Ramsay fue con su pequeña goleta en dirección a la soberbia fragata española *Mercurio*, ya mencionada, y echó el ancla junto a ella. Luego mandó a

su primer oficial a bordo de la *Mercurio* para decir al capitán que, si en el término de una hora no dejaba libre a las naves inglesas, la *Misletoe* descargaría una andanada sobre el *Mercurio*. El capitán de este último echóse a reír y pidió al oficial inglés que hiciera comprender al capitán Ramsay cómo, con un solo cañón de su fragata, podía sacarse de la vista a la *Misletoe*. Volvió momentos después el oficial con otro mensaje del teniente Ramsay para exponer que este último no dudaba de cuanto decía el capitán español, pero que, el hundimiento de la goleta, nada tenía que hacer con la orden impartida por él; que vencido el plazo de una hora, con toda seguridad, si las naves inglesas no eran entregadas, le enviaría la andanada prometida. Ante esto último, el capitán de la *Mercurio* reflexionó que, el hacer fuego sobre una nave de Gran Bretaña, siquiera fuera una goleta, podría traer una guerra entre los dos países y prefirió dejar en libertad a las naves. Con lo que el teniente Ramsay las llevó en triunfo hasta las balizas o rada interior de Buenos Aires. Un detalle muy divertido de este asunto fue que el editor de *La Gaceta de Buenos Aires*, que lo era el doctor Moreno, secretario de la Junta, al prodigar sus elogios por el gallardo comportamiento de Ramsay, referíase a su nave diciendo: "Es tan pequeña, que se hace necesario un anteojo para verla en la superficie del agua". Pensaba, sin duda, con esto, realzar el mérito del comandante y su aserción era por otra parte rigurosamente cierta. Pero el teniente Ramsay, hombre de baja estatura, aunque valiente como un león, tomó muy a mal una referencia semejante y la consideró grave insulto. Por eso, aunque al desembarcar fue objeto de afectuosa recepción por parte de todos y esto lo halagó mucho, nunca perdonó al gobierno que se hubiera expresado en forma despectiva para una nave de guerra británica.

El almirante De Courcy llegó poco tiempo después, aprobó todo lo hecho por el teniente Ramsay, y la Junta pudo así tomar desquite del capitán Elliot.

El comercio inglés —como lo hemos dicho— había aumentado a tal punto que, en octubre, encontramos no menos de sesenta comerciantes ingleses principales, suscribiéndose liberalmente en favor de la Biblioteca Nacional, institución que debió su origen a los doctores Moreno y Chorroarín. El Cabildo, la mitad de cuyos componentes estaba formada por españoles, continuó conspirando e intrigando a extremos escandalosos contra el nuevo orden de cosas y la Junta destituyó de un golpe a

todos sus miembros en el mes de octubre, para reemplazarlos por conocidos y decididos patriotas. Don Martín de Álzaga y algunos de sus adictos más allegados constituían los resortes principales en estos siniestros atentados a la autoridad de la Junta. Pero las energías, que este cuerpo demostraba, estuvieron a punto de verse paralizadas a fines de este primer año memorable de la revolución por causa de algunas intrigas que dieron nuevo rumbo al movimiento político. Saavedra, como presidente de la Junta —y a la manera de otros presidentes— no sólo se mostraba muy celoso de sus atribuciones sino que se valía de ciertos recursos para ampliar sus prerrogativas y hacer cada vez más absoluta su autoridad. Los demás miembros de la Junta empezaron por reconvenirlo privadamente, hasta que el 6 de diciembre apareció una orden del día muy bien hecha, seguida de un decreto así concebido: "Habrá desde este día, absoluta, perfecta e idéntica igualdad entre el Presidente y demás vocales de la Junta sin más diferencia que el orden numerario y gradual de los asientos". "Ni el Presidente ni algún otro individuo de la Junta en particular revestirán carácter público ni tendrán comitiva, escolta o aparato que los distinga de los demás ciudadanos." El documento deja establecido que la moderación del señor Presidente se había sentido mortificada con los primeros honores decretados a su investidura, y su probidad se había ofendido por el brindis ofrecido, llamándole "nuestro emperador". Pero lo cierto es que lo dispuesto en la orden del día no traducía los verdaderos sentimientos de Saavedra. De ahí que el Presidente y sus amigos sintiéranse amenazados por el partido republicano puro, a cuya cabeza estaba el doctor Moreno, partido que hizo oposición a la Junta en toda forma.

Los diputados de las provincias empezaban a llegar a Buenos Aires porque habían sido convocados por la misma Junta para establecer las bases de un congreso general. Los diputados eran trece. Saavedra convenció a estos *doctores* que la Junta los había invitado para formar parte del Ejecutivo[1] y no para funciones puramente legislativas. Y los *doctores* encontraron muy

[1] Saavedra no tenía por qué *convencer* de tal cosa a los diputados. La circular del 27 de mayo de 1810 a los cabildos es clara y terminante: "Los diputados han de irse incorporando en esta Junta, conforme y por el orden de su llegada a la capital". Moreno pretendió desnaturalizar la misma circular que había firmado y así se produjo el conflicto sin que tuvieran parte alguna los diputados de las provincias. *(N. del T.)*

bien esta nueva interpretación de sus poderes. Fue celebrada entonces una solemne reunión a la que concurrieron los diputados con los vocales de la Junta y por gran mayoría de votos se resolvió "que los miembros del congreso debían incorporarse al Ejecutivo y formar parte de él".[1] En el supuesto de que esta resolución no hubiera provenido de una intriga —y tanto Saavedra como sus partidarios negaron ruidosamente que así fuera—, lo cierto es que, de todos los absurdos en que se había incurrido hasta entonces, éste fue el de mayor significación porque se constituyó un Poder Ejecutivo de veintidós miembros. El doctor Moreno votó contra esa enormidad y, advirtiendo que se trataba de una cábala contra él, renunció indignado a la secretaría y no quiso —aunque lo instaron mucho para hacerlo— sentarse nuevamente entre los vocales de la Junta.[2] Fue nombrado en seguida ministro plenipotenciario ante la corte de Inglaterra, lo que importaba un honroso destierro que aceptó con la esperanza de prestar un nuevo servicio a su patria en el exterior, desde que no le era permitido servirla en su mismo territorio. Pero fueron tan terribles sus penalidades en el mar, debido a su enfermedad, que se agotaron por completo sus fuerzas y por una dosis excesiva de ácido tartárico, que le fue administrada con descuido, su débil constitución se resintió, y exhaló el último suspiro a bordo de la *Fama*, a los treinta y tres años, en marzo de

[1] Véase Apéndice.

[2] Esto pertenece a la leyenda de Moreno, muy bien arreglada por su hermano Manuel y explotada más tarde por quienes exhiben al secretario de la Junta como el numen de la revolución, en contraposición al *antirrevolucionario* Saavedra... En verdad, Saavedra no fue menos revolucionario sino menos terrorista que Moreno. Y el terrorismo de este último mal se concilia con sus invocaciones no interrumpidas a Fernando VII y su obsecuencia para con lord Strangford... Cuán distinto se nos aparece Moreno a través de esta carta de Saavedra, escrita a Chiclana, sobre hechos concretos que Chiclana podía fácilmente verificar: "Este hombre de baja esfera [Moreno], valiéndose del brindis del borrachón del cuartel, la noche que nos convidaron en celebridad de nuestras armas, y de un obsequio que le hicieron a Saturnina de una corona de dulce que guarnecía una de las fuentes y ella me la pasó a mí y yo se la devolví, armó el alboroto de mi pretendida coronación y proclamación en el cuartel... Por conocer se le acababa el preponderante influjo que tenía en la Junta, hizo dimisión de su cargo. Yo fui el primero en no admitirlo y entonces me llamó aparte y me pidió por favor que se lo mandase de diputado a Londres. Se lo ofrecí bajo mi palabra. Se le han asignado 8.000 pesos al año y se le han dado 20.000 para que lleve para gastos. Se le ha concedido llevar a su hermano y a Guido, tan buenos como él..." *(N. del T.)*

1811. Envuelto en una bandera inglesa, su cuerpo fue arrojado al mar en el siguiente día. Cuando la noticia de su temprana muerte llegó a Buenos Aires, se la deploró como una calamidad nacional y debe decirse que, así como fue el primer hombre de su generación, fue sin duda también uno de los patriotas más distinguidos de todos los que florecieron durante la revolución americana. Cuando Saavedra supo la muerte de Moreno y la forma en que fue sepultado, dijo fríamente: "Era menester tanta agua para apagar tanto fuego".

LOS AUTORES

CARTA XXXI

EL GENERAL BELGRANO Y LA EXPEDICIÓN AL PARAGUAY. SUS COMUNICACIONES. DECRETO EN FAVOR DE LOS INDIOS DEL PARAGUAY. ELÍO DESIGNADO VIRREY. DERROTA DE BELGRANO. EL GENERAL VELAZCO. LA JUNTA DEL PARAGUAY. EXPEDICIÓN DESDE EL PARAGUAY CONTRA CORRIENTES. LA GUERRA EN LA BANDA ORIENTAL. EL CONGRESO DE BUENOS AIRES. LOS PORTUGUESES. EL PRÍNCIPE REGENTE DEL BRASIL. EL CAPITÁN ELLIOT DE LA CORBETA DE GUERRA *MUTINE*. LA NUEVA JUNTA DE BUENOS AIRES. BELGRANO, RONDEAU Y ARTIGAS EN LA BANDA ORIENTAL. ELÍO SITIADO.

Entre los sucesos que caracterizan el agitado comienzo del año segundo de la revolución en el Río de la Plata, cuenta la organización de un pequeño ejército que se puso al mando del general Belgrano y fue destinado al Paraguay, no para conquistarlo sino para liberarlo del poder español. La fuerza de Belgrano se componía de ochocientos hombres. Para dar una idea del estilo grandilocuente con que fueron comunicadas sus primeras operaciones, y celebradas por la incipiente república, vamos a traducir la gaceta extraordinaria emitida en aquella ocasión.

Lleva fecha 2 de enero de 1811. Las hazañas cumplidas por el general invasor consistían en no haber perdido un solo hombre, en haber matado dos soldados enemigos, en haber tomado un cañón, un par de obuses, una banderola, algunos mosquetes y una canoa, además de cruzar el Paraná llevando sus cuarteles generales desde Candelaria a Itapúa. El gobierno puso en conocimiento del pueblo las comunicaciones del general con las siguientes alabanzas: "Nos apresuramos —dice la Junta— a satisfacer la curiosidad del público sobre los felices sucesos de nuestra expedición del Norte. Ellos son tanto más dignos del aplauso, cuanto presentan una empresa en que para triunfar de los hombres ha sido preciso triunfar primero de la naturaleza. Los que saben las dificultades de que ha estado erizada esta marcha, no dudarán atribuir a nuestras tropas esa fuerza de cuerpo y de espíritu que los siglos heroicos admiraron en los Hércules y los Teseos. Virtud bastante rara en unos tiempos en que la molicie

de los placeres ha degenerado la especie humana. A la cercanía del peligro, tomaron nuestras tropas un nuevo grado de actividad. Sócrates se lisonjeaba tener cerca de sí un genio que le asistía. ¿Dudaremos decir que el bravo general de esta expedición tiene el suyo que lo guía en la ruta que le preparó su destino? A lo menos sus medidas y exhortaciones han sabido engendrar prodigios de valor, que no ceden a los más gloriosos de nuestros padres. La victoria ganada sobre los que defendían el paso del Paraná, afianzando la reputación de nuestras armas sobre las del enemigo, les da una superioridad que viene a ser, como en Suipacha, el presagio infalible de su total humillación".

Después sigue un documento que lleva por título *Proclama del general al Ejército de Operaciones en el Norte*, en el que se insiste con términos firmes y dignos sobre la necesidad de la subordinación, el orden y el trato amistoso con los paraguayos, súbditos como los demás del infortunado Fernando VII.

Mientras el general proseguía su avance desde Itapúa hasta Asunción, para la liberación del Paraguay, el gobierno de Buenos Aires, en el deseo de conciliar y atraer a los aborígenes de la región, expidió un decreto por el cual eran admitidos los indios a sentarse en el congreso con los mismos privilegios de los demás representantes. El decreto era de puro efecto, prematuro además, y resultaba tan imposible de cumplir en la práctica que, pasados ahora treinta años de esta altisonante distinción conferida a los aborígenes, no se ha dado un caso —a lo que sabemos— de que un solo indio haya sido elegido legislador. Debemos exceptuar unos pocos aborígenes del Perú, educados en el Cuzco, que, ocasionalmente, han ocupado sitios en la legislatura o han sido honrados con la sotana y la cogulla; pero de la gran masa de los nativos, podemos decir con seguridad que son hombres pobres, ignorantes, humillados y rebajados. Tendrá que pasar un siglo antes de que adquieran valor suficiente para mantenerse derechos en presencia de sus amos.

Ocurrió por entonces otro suceso que puso de manifiesto la energía de la Junta e hizo más palpable el abismo interpuesto por la revolución entre ella y las autoridades españolas. El general Elío, hombre muy odioso para los porteños, llegó a Montevideo investido por la Regencia con el título de virrey y capitán general de las Provincias Unidas del Río de la Plata.[1] Elío reclamó, primero en términos conciliatorios pero luego en tono más decidido, la sumisión de la Junta a su autoridad. Pero en aquellos momentos, tanto le hubiera valido a España, siempre tardía en sus remedios, haber enviado un virrey para imponer su jurisdicción en otro planeta, porque las pretensiones de Elío fueron rechazadas con indignación por la Junta y por el Cabildo. En vano fue declarar traidoras a las autoridades porque desafiaron a Elío abiertamente y —como consecuencia— empezaron por ambos lados los preparativos de guerra.

[1] No era ése el título del virrey. *(N. del T.)*

Belgrano, entretanto, no habiendo aclarado suficientemente para los paraguayos que su entrada en el territorio se hacía como amigo verdadero, fue recibido por ellos como declarado enemigo. De ahí que resultara vencido en Yuquerí[1] y derrotado más tarde en Tacuarí; pero, por fortuna, no tuvo más que once muertos y doce hombres heridos. Su contendor, el general Cabañas y su estado mayor, le dieron escolta, civilmente, hasta fuera del territorio. Y una vez que el general victorioso vio a su enemigo en su cuartel general de Candelaria, del otro lado del Paraná y alejado de la provincia, inició con él una amistosa correspondencia.

Es verdad que el general español Velazco (muy opuesto al jefe porteño) mantenía todavía en su mano el gobierno de la provincia, pero la invasión de Belgrano (quien hábilmente ganó con su diplomacia lo que no había podido obtener con las armas) abrió los ojos a los paraguayos sobre la situación de dependencia en que vivían, decidiéndolos a no permanecer en ella por mucho tiempo. Y se vieron inducidos, si no precipitados, a derrocar a las autoridades españolas por una medida imprudente de Velazco que consistió en pedir ayuda a las tropas portuguesas de San Borja, y en ceder clandestinamente la provincia a la Infanta Carlota como regente y heredera presuntiva de Fernando VII.

El pobre Velazco, vacilante entre el temor de una segunda invasión de Buenos Aires y el mal disimulado recelo de sus tropas y del pueblo paraguayo, al intentar salvar su fortuna del naufragio en la *Scilla* de la ayuda extranjera, la vio por último zozobrar en la *Caribdis* de las luchas domésticas.

Cabañas, el héroe de Tacuarí como era llamado, y don Fulgencio Yegros revolucionaron con un escaso ejército toda la pro-

[1] Paraguarí. *(N. del T.)*

vincia. Don Pedro Juan Caballero, capitán de la guardia de la ciudad, sorprendió al cuartel de Velasco, hizo prisioneros a los emisarios portugueses y fue ayudado en sus medidas algo rigurosas por todos los buenos patriotas de Asunción. Es de recordar que Velazco era español de nacimiento y gobernador de la provincia bajo el antiguo régimen. Esta revolución se llevó a cabo sin derramar una sola gota de sangre. Poco después se formó una junta compuesta por los dos jefes vencedores, Yegros y Caballero, a los que se agregaron el doctor Francia y dos secretarios.[1] El gobierno de Buenos Aires fue informado muy atentamente de estos hechos, y Belgrano y el doctor Echevarría, no resueltos a empuñar las armas en este caso, resultaron electos comisionados de la Junta del Río de la Plata ante la Junta del Paraguay. Con mutuas demostraciones de sinceridad fue celebrado un tratado de paz, confederación y comercio entre las nacientes repúblicas, pero el Paraguay estipuló claramente su independencia de Buenos Aires y esta última sintióse satisfecha de recibir como aliado en tales condiciones a un país al que no había podido someter con las armas al rango de una provincia subalterna.

Terminada así la misión de los diputados argentinos, éstos se retiraron y el doctor Francia comenzó a mirar a la provincia como cosa suya. La única dura dificultad que se le ofreció fue la de sujetar su temperamento fogoso e impaciente a los cálculos de su razón, porque esta vez hubo de medir los lentos y seguros pasos con que tenía que ascender gradualmente a la codiciada altura del poder absoluto. Estos planes calculados y sistemáticos de Francia deben considerarse como una excepción dentro de los que siguen de ordinario los jefes sudamericanos para escalar el poder.

Los elevados por la suerte, y los déspotas de un día, han subido por lo general al poder y han sido privados de él sin que mediara previsión o cálculo, y se ha dado el caso de que los grandes defectos y las malversaciones han servido a ciertos hombres para mantenerse en el gobierno por largo tiempo, cuando una

[1] Los miembros de la *primera* Junta de Asunción fueron Caballero y Gamarra, con Caballero y Francia como secretarios. Pero las intrigas de Francia, en combinación con Yegros que había retenido el mando del ejército, provocaron el retiro de Cabañas y Gamarra y fueron colocados en su lugar el astuto doctor como secretario y el gaucho Yegros como presidente.

conducta íntegra y honrada hubiera contribuido a derribarlos. La gran calamidad de las repúblicas americanas ha sido la falta de integridad moral y de rectitud en muchos de sus hombres públicos dirigentes.

Un hecho digno de mencionarse en elogio del Paraguay es que, habiendo enviado una expedición a Corrientes, bajo el mando de Roxas, cuando todavía era reconocido el gobierno de España, Roxas tomó la ciudad, hizo prisioneros a todos los españoles europeos y se apoderó de trece de sus barcos. Los barcos fueron enviados a Buenos Aires, a disposición de la Junta y el territorio de Corrientes fue puesto a disposición del mismo cuerpo. Roxas, después de prestar este servicio, volvió con sus tropas al Paraguay, dejando a los correntinos en libertad para gobernarse por sí mismos. Los correntinos, a su vez, incorporaron la provincia a la República de Buenos Aires y poco después enviaron dos diputados al congreso reunido en aquella ciudad.

Pero Buenos Aires se había arrogado tal suma de poder que las provincias del interior, mientras arreglaban sus propios asuntos locales, se vieron sujetas, en todas las cuestiones de importancia e interés general, al congreso o asamblea que estaba para inaugurar sus sesiones en la capital; de modo que el reglamento de veinticuatro artículos, dictado con fuerza de ley, se hizo circular por las diferentes ciudades del interior para su debida y puntual observancia por las autoridades allí constituidas. Esto, agregado a la conducta inescrupulosa de muchos de los jefes de Buenos Aires en sus respectivos comandos, dio lugar a murmuraciones contra lo que se llamaba autoridad usurpada de una de las provincias sobre las demás. Este murmullo, al extenderse por todas las provincias, se convirtió en prurito revolucionario y aquello fue como un cráter sobrecargado de materia combustible que continúa arrojando la lava "de las furiosas luchas civiles".[1]

La atención de Buenos Aires estaba ahora dividida exclusivamente entre la guerra del Perú y la de la Banda Oriental. Esta última, sin embargo, como más inmediata, exigía mayor vigilancia; de ahí que se adoptaran las más estrictas medidas de incomunicación; Chile fue invitado a cooperar, y consintió en hacerlo; se lanzó una ardiente proclama a los habitantes de la Banda Oriental, llamándolos a romper sus odiosas cadenas; Ramón

[1] Véase Apéndice.

Fernández, comandante del distrito de Mercedes, se apoderó de esa ciudad y puso presos a todos los españoles; Artigas en Nogoyá, provincia de Santa Fe,[1] se apresuró a cooperar con Fernández; don Bartolomé Zapata levantó una compañía de cincuenta hombres a sus expensas, y sucesivamente se apoderó de Gualeguay, Gualeguaychú y Arroyo de la China; Soler, en unión de Benavides, derrotó a los marinos españoles mandados por Michelena en Santo Domingo de Soriano. Muy pronto se sintió conmovida toda la región, y Elío, al advertir que muchos pequeños hechos forman un todo muy grande, lanzó una proclama de admonición a sus súbditos rebeldes para que depusieran las armas y amenazó, si así no lo hacían, con arrojar sobre ellos un ejército portugués de cuatro mil hombres que estaban esperando su llamado en la frontera del Brasil. Esta última amenaza, aunque autorizada sin duda por la corte del Brasil, estaba en extraña contradicción con una carta del conde Linhares en la que éste aseguraba el alto respeto de su amo el Príncipe Regente y sus deseos de cultivar amistad y alianza. A esta carta, la Junta había contestado con otra llena de protestas muy semejantes.

Elío entonces expidió un decreto por el que declaraba presas legales todos los barcos (sin exceptuar a los ingleses) que intentaran entrar al puerto de Buenos Aires o se encontraran allí después del 11 de marzo de 1811. Un oficial de marina inglés se mostró dispuesto a secundarlo con artillería inglesa y bajo la bandera de la misma nación. El capitán Elliot, que estaba en el Río de la Plata con su linda corbeta *Mutine*, quiso poner en obra lo dispuesto por Elío y dio las respectivas órdenes a los barcos ingleses que estaban en la rada y aun fuera de ella. Cuando le fue trasmitida por los comerciantes una queja muy respetuosa, hizo retirar de su presencia a Mr. David Stevenson, que la conducía, y amenazó con que, si otro comisionado ponía los pies a bordo de su buque, sentiría en sus espaldas la vara del contramaestre. ¡Qué contraste con el teniente Ramsay (ya mencionado) de la pequeña goleta *Misletoe*!

Mientras la guerra de la Banda Oriental asumía diariamente un aspecto más favorable y la campaña de Castelli en el Perú se desarrollaba con buen éxito, tuvo lugar en Buenos Aires una conmoción popular; y la pesada Junta de casi veinte miembros, discordante en sus principios, inconexa en sus deliberaciones,

[1] Nogoyá pertenecía entonces a la jurisdicción de Santa Fe. *(N. del T.)*

tardía en sus decisiones, vacilante en la acción y más preocupada por hacer adeptos que por promover el bienestar general, fue reemplazada por un triunvirato formado por Chiclana, Gutiérrez y Alagón, al que se agregó el doctor Campana como secretario.[1]

Una revolución menos justificable amenazó por este tiempo a la capital de Chile, pero su autor, don Tomás de Figueroa, que para su atolondrada empresa había seducido a dos batallones, fue juzgado a las doce de la noche, sentenciado media hora después y colgado en la horca a las cuatro de la mañana en la plaza mayor. Hechos de esta naturaleza, que estorbaban a la unidad y a la continuidad de las operaciones contra el enemigo común, se daban con frecuencia y, si no llegaron a paralizar la acción militar, sin duda alguna la comprometieron retardando el triunfo definitivo.

Volviendo al general Belgrano, importa decir que reunió en Mercedes los restos de su ejército en derrota y los fortaleció con algunos auxilios y escasos contingentes, sobre todo en San José. El mando de estas tropas fue encomendado al general Rondeau, nombrado por el gobierno general en jefe del ejército de la Banda Oriental. Con la ayuda de otros jefes, especialmente su segundo don José Artigas, Rondeau infundió gran espíritu marcial a sus subordinados. Había traído de Buenos Aires un refuerzo de dos a tres mil soldados, una considerable suma de dinero y efectivos militares. Artigas tenía mil ochocientos hombres bajo su mando y acampaba cerca del Santa Lucía, no lejos de Montevideo. San José había caído en poder de los patriotas; Maldonado había sido tomada por Manuel Artigas, hermano del general; Colonia se hallaba amenazada; se dio orden entonces para que las tropas de los cuarteles de Mercedes marcharan desde allí para poner sitio a Montevideo. Elío hizo propuestas secretas de paz a don José Artigas que fueron rechazadas con indignación por este último. Poco después, el mismo Artigas obtuvo la celebrada victoria de Las Piedras. Esta victoria dejó libre y en poder de los patriotas a toda la Banda Oriental a excepción de la fortaleza de Montevideo. Casi en esos mismos momentos Benavides se apoderó de La Colonia. Rechazada una propuesta formal de armisticio, tanto por la Junta como por el

[1] Chiclana, Sarratea y Paso. Secretarios: Pérez, Rivadavia y López. *(N. del T.)*

ejército, el derrotado pero enérgico virrey fue obligado a encerrarse en la fortaleza. Y allí, reducido a sus murallas, inició los preparativos para un ataque. Su posición era tan desalentadora para el soldado como humillante para el virrey, visto que su nombramiento le daba jurisdicción sobre una cuarta parte de Sud-América. Pero ahora iba a ser atacado en su último reducto, porque Rondeau, después de dirigir a sus tropas una ardiente proclama, desde los cuarteles de Miguelete (a unas tres millas de la fortaleza), inició formalmente el sitio de Montevideo.

LOS AUTORES

CARTA XXXII

REFUERZOS QUE LLEGAN DE CHILE. EL CÓNSUL BRITÁNICO ROBERTO PONSONBY STAPLES. OPERACIONES DE CASTELLI EN EL PERÚ. ABASCAL Y GOYENECHE. CASTELLI. BELGRANO. LO QUE PASÓ EN YURAYCURAGUA. DERROTA DE CASTELLI. REVUELTA DE ORURO Y DISPERSIÓN DEL EJÉRCITO. LA NOTABLE RETIRADA DE PUEYRREDÓN. SUS DIFICULTADES.

Con el objeto de ayudar al gobierno de Buenos Aires y en prueba de los sentimientos cordiales de Chile, cruzó los Andes una pequeña legión auxiliadora que, después de marchar a través de las pampas, entró en la ciudad, cubierta de polvo y agobiada por la fatiga pero entre repiques de campanas y salvas de cañones, porque los porteños hicieron la más benévola y hospitalaria recepción. Entretanto Elío y Rondeau, para mitigar en algo las penalidades de la guerra, efectuaron un canje de prisioneros. Elío había acusado al gallardo capitán Heywood, de la fragata *Nereo*, como partidario de los patriotas y decía que los ayudaba e intrigaba en su favor; pero el capitán inglés rechazó indignado semejante imputación y, mientras mantenía en su estación naval la más estricta neutralidad, hizo saber a Elío que ni los intereses británicos ni los principios de Gran Bretaña serían atacados impunemente por el virrey. Elío en este momento ya no contaba con Elliot para mediar en su favor. El almirante De Courcy había insistido —invocando la alianza con España y las negociaciones pendientes para la pacificación de las colonias— en que nuestro comercio, nuestras naves y súbditos no debían ser molestados. Y Elío quedaba bien advertido ahora, con la prevención hecha por Ramsay desde su minúscula goleta y por Heywood desde su fragata, de que las órdenes de un almirante inglés se daban para ser obedecidas.

Con el fin de separar en lo posible las funciones meramente navales de las diplomáticas que mantenía la estación, Mr. Staples, que había sido tolerado pero no reconocido por nuestro gobierno como cónsul inglés en Buenos Aires, recibió ahora

su nombramiento oficial en dicho cargo. Asimismo es el caso de decir que una fragata inglesa ejercía, de hecho, más influencia que el cónsul sobre el nuevo gobierno, y que los comerciantes ingleses, más confiados en nuestra flota que en las designaciones diplomáticas, dieron con desgano lo necesario para sostener al nuevo agente.

Tócanos ahora volver a las operaciones del Perú, para decir que el alto comisionado Castelli, investido con poderes sin límites —según él decía—, había llegado hasta la ciudad de La Paz. Tenía entonces bajo su mando, en su calidad de comandante en jefe de las fuerzas de Buenos Aires, al mismo brigadier general don Ramón Balcarce. Los obstáculos para el avance hacia el límite norte del Alto Perú habían sido removidos por los jefes que precedieron a esta expedición y por levantamientos en otras provincias, como Cochabamba. Estos sucesos facilitaron también la prestación de auxilios requeridos por el ejército y el alistamiento de los reclutas con que fue reforzado.

Por ese tiempo (1811) Abascal era virrey de Lima; y Goyeneche, empecinado realista, aunque nativo de Arequipa, mandaba las fuerzas que se opusieron al ejército de Balcarce, llamado "ejército auxiliar del Perú". Eran unos cuatro mil hombres por cada parte; los cuarteles de Goyeneche se hallaban en el Desaguadero y los de Balcarce, que estaban en La Paz el 17 de abril, fueron movidos hacia Laja el 13 de mayo.

Goyeneche, fuera porque proyectaba un movimiento general de su ejército contra el enemigo o porque deseara simularlo así, hizo avanzar un destacamento suyo hasta un cuarto de legua de Huaqui, donde Balcarce había apostado tropas, teniendo su vanguardia en Laja. Se produjo un encuentro sin mayor importancia en que la partida de Goyeneche, derrotada, se retiró cosa de una legua hacia el norte de Huaqui para replegarse finalmente hacia el grueso del ejército en el Desaguadero.

Con todo, ni uno ni otro jefe estaban preparados para comprometer un encuentro y no hay seguridad de que lo desearan. Por eso Goyeneche alegó que era menester dar el tiempo necesario para el arreglo de las diferencias y Castelli confesó que se hacía preciso evitar la efusión de sangre. Como consecuencia, fue propuesto por Goyeneche un armisticio de cuarenta días que el otro jefe, desgraciadamente, aceptó. El primer encuentro de Huaqui tuvo lugar el 11 de abril; el armisticio fue firmado por Goyeneche en el Desaguadero el 14 de mayo y ratificado por Castelli

en Laja el 16 del mismo mes. A Goyeneche, sin duda, le era necesaria la tregua porque debía concentrar y disciplinar sus tropas, pero las fuerzas de Balcarce estaban (o debían haberlo estado) listas para la acción en ese lugar y en aquel preciso momento. La ventaja ya obtenida en Huaqui, aunque ligera, pudo ser aprovechada y hubiera permitido tomar a Goyeneche de sorpresa o por lo menos mal preparado para un ataque general, pero no solamente no se aprovechó sino que, aceptado el armisticio de cuarenta días, Goyeneche atacó arteramente seis días antes de cumplirse el plazo convenido y su adversario se dejó tomar por completo de improviso. El hecho fue que Castelli, sabedor de que el armisticio había sido roto por Goyeneche, reunió a sus oficiales en consejo de guerra y había resuelto atacar al enemigo en su cuartel del Desaguadero, pero, sin pericia militar suficiente para llevar a cabo su propósito, malogró el ataque al encontrarse en la mañana del 20 de junio con la fuerza de Goyeneche que marchaba en dirección a la quebrada de Yuraycuragua, que forma una línea de comunicación entre la llanura de Machaca y el río Desaguadero, por un extremo, y la de Huaqui y Laguna, por el otro.

La fuerza de Balcarce, rápidamente organizada, se desplegó en tres divisiones. Viamonte mandaba la derecha, Díaz Vélez la izquierda y Balcarce en persona la del centro. Pero antes de que esta última división apareciera y pudiera formarse completamente, las divisiones de Viamonte y Balcarce, que habían avanzado, fueron batidas y retrocedieron en desorden. Al ver lo que pasaba, los hombres de la tercera división se alarmaron y sin disparar un tiro arrojaron sus armas, o bien se pasaron al enemigo y valiéndose de ellas atacaron a sus propios camaradas.

En este crítico momento el general Rivero, que había recibido órdenes de cruzar el nuevo puente del Desaguadero con fuerzas de caballería e infantería y de atacar al enemigo por su retaguardia, dejó la posición que se le había encomendado y se dirigió al campo del combate, adonde llegó a tiempo para defender al ejército de Balcarce y dar a todo aquello el carácter de una retirada que por sí mismo protegió. Rivero, general de Cochabamba, parece que fue el único hombre que no se ofuscó en aquella ocasión y a él solo, por haber desobedecido las órdenes de Castelli —que eran de no abandonar su puesto por ningún motivo—, se debió que el ejército de Buenos Aires pudiera escapar de ser completamente aniquilado.

Esta acción, llamada unas veces de Yuraycuragua, pero más

conocida como el combate del Desaguadero,[1] dispersó —por confesión del mismo Castelli— los restos de su ejército por La Paz, Potosí y Despoblado; pero lo que resulta extraño es que el mismo Castelli informó a la Junta que las pérdidas del enemigo habían sido tres veces superiores a las suyas. Remitió también el 28 de junio —es decir ocho días después del combate— un despacho que termina de esta manera: "Este revés, aunque ha debilitado la fuerza y disminuido el armamento, ha reforzado el entusiasmo y nos hará más segura y cierta la ventaja que debemos prometernos sobre unos enemigos atroces, infidentes y alevosos, que aspiran a la servidumbre de los pueblos, o por la incorporación de ellos a la suerte de la metrópoli". Las noticias, con todo, causaron gran consternación en el espíritu de la gente pensante, y la Junta, después de muchas evasivas y subterfugios, se vio obligada, por último, a confesar que lo ocurrido en el Desaguadero había sido un descalabro, una derrota, una inesperada dispersión. Pueyrredón la llamó más tarde "una disolución increíble".

El resultado fue que Goyeneche, avanzando hasta Oruro, amenazó a la ciudad de Cochabamba, y entretanto Pueyrredón, para recoger a los rezagados y llevar todo el dinero posible, poniéndolo fuera del alcance del enemigo, marchó hasta Potosí, en donde inició de inmediato los preparativos para una retirada hacia el sur. Esta retirada se caracteriza por tantos episodios significativos que, si bien en menor escala y dentro de la guerra sudamericana, tiene mucho de la "retirada de los diez mil". Por eso me siento inclinado a dar algunos pormenores ilustrativos y también por el mérito intrínseco de la operación.

El intrépido coronel Pueyrredón, escribiendo a la Junta desde su cuartel general de Campo Santo el 4 de octubre de 1811, informaba así: "Apenas se supo la derrota de nuestro ejército en Huaqui, o más bien su increíble disolución, empezó la más sofocada influencia de nuestros enemigos interiores a hacer prodigiosos progresos en los ánimos de los naturales del Perú, y la libertad, que a costa de tantas fatigas les había dado V. E., fue ya un objeto de poco interés para unos y de abominación para otros, desde que concibieron que debían sostenerla con sus pechos y a precio de algunas gotas de su sangre. Así es que vimos

[1] Este combate es más conocido en la historia argentina con el nombre de "Desastre de Huaqui". *(N. del T.)*

al momento y a todo el pueblo de Oruro convertido en nuestro daño y posteriormente a otros varios que nada han perseguido hasta aquí con tanto encarnizamiento como al infeliz soldado de nuestro ejército, que han podido sacrificar impunemente".

Pueyrredón exceptúa con justicia a la ciudad de Chuquisaca porque, según todos los informes recibidos después de abandonar ese lugar, era —al parecer— la única ciudad que se conducía dignamente.

"Con estos conocimientos —sigue el informe— fue mi primer cuidado velar sobre el pueblo de Potosí: por el crecido número de enemigos conocidos que en sí encerraba; por poner en algún orden la porción de tropas que se había levantado desde la anterior conspiración, y sólo servían para comerse el sueldo; y porque, a más de ser una posición militar, encerraba en sí el patrimonio del Estado, que debía servir al sostén de nuestro ejército."

La Junta de Charcas había estado de acuerdo con Pueyrredón en que era procedente esta medida. Marchó por lo tanto a Potosí de inmediato y así que llegó el representante de la Junta, Su Excelencia el doctor don Juan José Castelli.

Tan pronto como asumió el mando de esa provincia, se halló rodeado de innúmeras dificultades. Sus esfuerzos por sobreponerse a ellas fracasaron porque no disponía del tiempo necesario ni lo favorecían las circunstancias. Estas dificultades continuaron apremiándolo hasta que un violento ataque llevado contra los destrozados restos de su ejército pudo convencerlo de cuán inútil habían sido sus esfuerzos por conciliar los ánimos. De novecientos soldados que pagaba la ciudad, no se hizo presente uno solo, si se exceptúan algunos pocos oficiales allegados que quisieron prestar ayuda en la adversidad. A los demás podía vérselos por las calles, incitando a la rebelión o encerrados por miedo en sus casas.

El enemigo avanzaba y la situación de Pueyrredón se ponía cada vez peor. Sin otra esperanza de salvación o ayuda que los esfuerzos de Cochabamba —y éstos también podían ser frustrados por sucesos adversos—, hizo Pueyrredón sus cálculos con mucha prudencia y, no hallando otra alternativa, optó por la retirada con sus tropas a fin de salvar el tesoro, la artillería, municiones, armas, pertrechos y otras propiedades de valor del Estado. Con este propósito, pidió a la Junta provisional que le fueran facilitadas de inmediato cuatrocientas mulas de carga, y dio sus órdenes de acuerdo con este pedido, pero envió también un

delegado a procurárselas en Chicas, medida esta última que debía inevitablemente retardar sus operaciones. El enemigo avanzaba entretanto sobre Cochabamba. Y la experiencia había demostrado a Pueyrredón que su derrota sería inevitable si llegaban a Potosí las noticias de la toma de Cochabamba antes de que él hubiera dejado la ciudad. Había, en consecuencia, resuelto mover su cuartel hacia Puna. Las tropas —él lo sabía— estarían allí bajo mejor disciplina y libres de toda seducción mientras él podría depositar el tesoro y otros artículos de guerra en un lugar más seguro. No pudo, sin embargo, realizar sus propósitos porque, tanto el gobierno provisional como el Cabildo, seguros de que serían apoyados por la población, se opusieron a lo propuesto. En vano fue que Pueyrredón insistiera en suplicar por los auxilios que necesitaba. El momento crítico estaba cerca y sin embargo todo permanecía en *statu quo*. Ese estado de apatía lo llevó casi a la desesperación y resolvió no someterse en adelante a falsos escrúpulos: se presentó a la Junta el 20 de agosto y expuso el inminente peligro en que se encontraba; dijo en forma perentoria que si dentro de tres días no se le daba cuanto le hacía falta para su marcha, todo estaría perdido, pero los vocales irían con él a defenderse de su conducta ante el Supremo Gobierno de Buenos Aires. En vista de lo cual, prometieron los vocales poner todo a su disposición. Entonces exigió Pueyrredón que, en su presencia, fueran impartidas las órdenes para que tres comisionados de reconocida probidad se hicieran cargo del tesoro. Estos comisionados fueron don Juan Mariano Toro, don José Trujillo y don Ignacio de la Torre. Los dos primeros aceptaron el cargo pero el último se excusó por su mala salud. Fue nombrado otro en su lugar y con esto empezó el trabajo —día y noche— de recibir las monedas del Estado y de empaquetarlas en cueros adecuados. Pueyrredón confiscó también todas las mulas y detuvo a todos los arrieros que entraban en la ciudad; de manera que en la tarde del día 24 tenía cerca de noventa mulas de carga listas para la partida. Pueyrredón no sabía nada del estado de Cochabamba y como no le llegaban las acostumbradas noticias que recibía de esa ciudad, dedujo de este hecho las más fatales consecuencias.

Serían las cuatro de la tarde del día 24 cuando el capitán don Mariano Nogales llegó con algunos despachos tomados a un correo detenido mientras marchaba camino de Oruro. Había sido sorprendido por el destacamento de Potosí, fuerte de seiscientos hombres, enviado por Pueyrredón para cortar las comunicaciones y evitar que fuera auxiliado el enemigo. Quedó ahora informado de que todas aquellas tropas, al tener noticia de la derrota de los cochabambinos, habían hecho un movimiento súbito sobre su flanco y entrado en Puna al día siguiente.

Pueyrredón vio en esto un nuevo impedimento para su retirada, por cuanto advirtió que aquellos hombres eran adictos a los de Potosí, y sumamente peligrosos. Dio entonces órdenes a Morales de mantener la más estricta vigilancia sobre los movimientos que se hacían en Cochabamba y mandó que los jefes del departamento de Potosí no abandonaran sus puestos hasta nueva disposición. El populacho de Puna, al advertir el infortunio de Pueyrredón, comenzó a armarse apresuradamente contra él, no parando mientes en el bando militar de aquel jefe que castigaba con la pena de muerte cualquier obstáculo, de palabra o de obra, contra sus operaciones.

Los peligros de que Pueyrredón se hallaba rodeado eran los más inminentes; no podía confiar para nada en su situación porque sólo tenía seguridad en los granaderos de La Plata. Pero, considerando que si era despojado del tesoro se aumentaría el poder del enemigo y podría sobrevenir una catástrofe que le impidiera todo movimiento, se dispuso a salvarlo o a morir en la empresa. Por lo que resolvió iniciar la marcha el día 26. Todo el día 25 estuvo ocupado en comprar o en tomar por la fuerza cuantas mulas eran necesarias para completar su equipo.

Pero en la tarde de aquel día —eran las siete y media— el capitán de granaderos de La Plata llegó hasta él precipitadamente, para comunicarle que toda su compañía se le había desertado después de arrojar sus armas en los cuarteles.

Este golpe —dice Pueyrredón— le hubiera sido fatal de no haberse sabido sobreponer a él por el amor de su patria. Su ruina hubiera sido inevitable si en la mañana del día siguiente la población lo hubiera encontrado inerme y sin sus granaderos, los cuales, por disciplina, habían contenido hasta entonces al pueblo, manteniéndolo a una respetable distancia. Verdad es que le quedaban dos compañías procedentes de Cinti, pero recién llegadas, sin armas, sin uniformes, sin instrucción militar, en una palabra, inútiles. De ahí que arreglara todo para partir esa misma noche, guardando el secreto de su plan únicamente para quienes le merecían entera confianza. Armó y vistió a los cinteños con las armas, uniformes y gorros de los granaderos desertores y les ordenó que estuvieran listos para marchar a las dos de la

mañana sin permitir que nadie dejara el cuartel hasta el llamado de la segunda revista.

Sus órdenes fueron puntualmente obedecidas gracias al celo singular y a la diligencia de los dos capitanes, don Juan Francisco Rivera y don Pedro Romero, secundados por la solícita obediencia de los oficiales subalternos. Incorporó algunos pocos soldados de su ejército que había mantenido ocultos porque la Junta provisional estaba dispuesta a expulsarlos a todos de la ciudad, según lo sabía por reiteradas noticias oficiales. A las doce de la noche dispuso que las mulas fueran llevadas a la Casa de Moneda, con orden a los comisionados de que empezaran a cargarlas, lo que se terminó de hacer con felicidad a las cuatro de la mañana del 25. Una vez efectuado ese trabajo, el teniente de artillería don Juan Pedro Lima recibió orden de inutilizar todos los cañones, tarea que el gallardo oficial ejecutó con suma rapidez. Durante todo ese tiempo, el pueblo de la ciudad dormía confiadamente, o quizá preparaba en secreto los medios de destruir a Pueyrredón. A eso de las cuatro de la mañana, la tropa empezó a salir de la ciudad en el más absoluto silencio como se le había ordenado. Se les había quitado el cencerro a las mulas para no despertar a quienes se consideraba ya como tenaces enemigos.

A pesar de todas las precauciones, desaparecieron tres mulas cargadas de plata.

Una vez ocupadas las calles que llevan a la plaza, y reunidas aquí todas las mulas de carga, el jefe ordenó la marcha y dividió su pequeña fuerza entre la vanguardia y la retaguardia del convoy. Atravesó así calles muy pobladas sin que pudiera oírse otro ruido que las pisadas de los animales. Cuando la luz del día 25 iluminó a la caravana, advirtióse que ya se encontraba fuera del peligroso Paso del Socavón y el jefe respiró al hallarse en campo abierto y al abrigo de los peligros que en cada calle, y puede decirse en cada casa, lo habían amenazado pocos momentos antes.

Los vecinos del pueblo, sin embargo, terminaron por despertar, y al ver que Pueyrredón había desaparecido frustrando sus propósitos, corrieron a los campanarios de la ciudad, y después de dar el toque de alarma, dirigiéronse furiosos a la Casa de Gobierno para posesionarse de la artillería. Así lo hicieron y caminaron a paso forzado, seguros de que podrían destruir por completo a los fugitivos. Pero apenas llegados al Paso del Socavón, y cuando se daban a cargar y preparar los cañones, sintiéronse desesperados al comprobar que los cañones estaban inutilizados.

Esa hábil precaución de Pueyrredón fue pasada por alto con el improvisado perseguimiento, por lo menos así lo dijeron varios vecinos de la ciudad que la abandonaron algunas horas después.

Los perseguidores no se detuvieron, sin embargo, por ese contratiempo y llamaron a los indios de las montañas, los que acudieron presurosos para llevar juntos el ataque.

El ruido de las campanas permitió a Pueyrredón estar prevenido para este movimiento del populacho, y de ahí que pudiera tener lista la pequeña fuerza que marchaba a retaguardia, sin interrumpir por eso el avance de la caravana. Pocos minutos pasaron y ya pudo verse una enorme multitud que venía en persecución de la tropa. "No había tiempo de reflexionar —dice Pueyrredón— sino para defender a balazos lo que con tanto riesgo y fatiga había conseguido salvar."

Entonces hizo adelantar las mulas cargadas, con una escolta de sesenta cinteños que debían marchar con toda rapidez mientras él daba el frente a la abigarrada multitud que ya podía verse a retaguardia. Eligió una posición sobre una ligera eminencia del terreno, a orillas del camino principal, colocó en línea a los cinteños —que había transformado en granaderos— y dividiendo en pequeñas guerrillas a la fuerza de cuarenta y cinco hombres, avanzó contra el populacho que no bajaba de dos mil, armados con estacas y lanzas, hondas y algunos mosquetes. Resistieron éstos el ataque por algunos momentos, pero luego, poseídos de terror, sin duda porque vieron a la reserva formada en la altura, huyeron a las montañas buscando la salvación y dejaron varios muertos en el campo. La marcha fue reanudada, pero el ataque se repitió por dos veces en la misma forma, y por dos veces fueron batidos los atacantes como en la ocasión anterior. "Estas masas de indios vagabundos —dice el coronel— se dispersan en las montañas con la misma facilidad que nuestras gamas, y se reúnen tan pronto como pueden observar que el enemigo vuelve la espalda."

Así prosiguió Pueyrredón durante todo el día, entre reiteradas escaramuzas, hasta que la oscuridad de la noche se encargó de dispersar a los grupos enemigos en las vecindades de Laba. Llegaron a este punto sin otra pérdida que un oficial muerto y un muchacho gravemente herido, a eso de las nueve de la noche bajo una lluvia torrencial que no es común en esa estación pero que les resultó benéfica porque contribuyó también a la dispersión del enemigo, que todavía quedó acechando en las comarcas vecinas.

Se hace difícil describir todas las mortificaciones que sufrie-

ron, porque es de saber que al efectuar este primer alto, después de una marcha de veintisiete millas a pie, fatigados por los continuos ataques, exhaustos y calados hasta los huesos, Pueyrredón encontró muy escasos medios para atender a las necesidades de sus hombres; las casas de Laba y los ranchos del contorno habían sido abandonados por sus dueños, de manera que la partida vióse muy escasa de víveres y sin fuego siquiera para calentarse en aquel clima glacial. Allí se reunieron a Pueyrredón ciento cincuenta tarijeños (nativos de Tarija) que la junta de dicha ciudad enviaba a Potosí, pero todos estaban desarmados.

Por la dificultad de encontrar provisiones para estos hombres y para los que se hallaban con él, dispuso pagar cierta suma a cada uno de ellos a fin de resarcirlos en alguna forma por los servicios que habían prestado, por las fatigas que habían sufrido y para darles con esto coraje y perseverancia.

Prosiguió después la marcha hacia Calsa, adonde llegó al anochecer del día 26, y allí, por fin, pudo conseguir alimento para sus soldados. Ya repuesta la tropa, siguió por el camino de Cinti con el fin de ponerse, tan pronto como pudiera, fuera del territorio y libre de la maléfica influencia de aquella capital.

El relato del coronel Pueyrredón sobre esta retirada es mucho más extenso que el extracto que acabamos de formular, pero nos complacemos en hacerlo, aun fragmentariamente, porque lo que pasó en dos días de marcha sirve para ilustrar sobre los días que siguieron hasta llegar a Tarija, primer punto este donde, según dice el narrador, pudo sentirse en país amigo.

En los varios encuentros que tuvo, algunos de ellos muy importantes, en las muchas privaciones que sufrió, en la paciencia con que supo soportarlas, en la generosa y siempre benévola conducta observada para con sus compañeros de armas y en la estricta vigilancia que guardó sobre los sacos de monedas hasta que pudo sustraerlos a las garras del enemigo, se mostró Pueyrredón como un bravo soldado y un buen ciudadano. Convencidos como estamos de que el dinero es no solamente el nervio sino el alma de la guerra, es el caso de preguntarse si aquella pequeña tropa hubiera mostrado tanta fidelidad y sostenido a su jefe con tenacidad tan loable si hubiera visto a las mulas con su carga arrebatadas por el enemigo.

Tales fueron por entonces los resultados de la batalla del Desaguadero.

LOS AUTORES

CARTA XXXIII

BUENOS AIRES BOMBARDEADA. UN INGLÉS ASUSTADO. MICHELENA —COMANDANTE DE LA ESCUADRA BLOQUEADORA— Y LAS LAVANDERAS. EL SITIO DE MONTEVIDEO. EL TRIUNVIRATO. TRATADO DE PAZ CON MONTEVIDEO. REVUELTA MILITAR. COMUNICADO DEL GOBIERNO. LOS CULPABLES EJECUTADOS.

Mientras ocurrían estas cosas por el lado del Perú, en Buenos Aires todo era agitación y bullicio. Los famosos "marinos", con cinco buques pequeños y dos cañoneros, todos bajo el comando de Michelena, habían venido desde Montevideo, atacada entonces por Rondeau.

A eso de las nueve de la noche la flotilla, o Escuadra Sutil, estacionada en la rada interior, comenzó, sin previo aviso, el bombardeo de Buenos Aires. Las granadas, describiendo hermosos arcos, caían sobre la ciudad alumbrada ya por los faroles nocturnos. Las familias se encontraban casi todas en sus tertulias y aunque las granadas hacían explosión en uno y otro sitio, no por eso las señoras dejaban de subir a las azoteas para presenciar el espectáculo. Quienes han visto a las granadas describir una curva magnífica en el aire, saben que aquellas peligrosas mensajeras, aunque pueden caer a un cuarto de milla del sitio donde uno se encuentra, dan siempre la impresión de que vienen al propio lugar en que se halla el espectador. Y así ocurría aquella noche.

Juan Parish Robertson se encontraba entonces sobre la azotea de madame O'Gorman y era uno de los muchos componentes de la tertulia congregada para asistir a la escena que estaba desarrollándose. Las porteñas se estremecían apenas al acercarse las granadas y daban chillidos afectados cuando las veían caer. Solamente una persona —y fue un inglés— tuvo miedo en aquella ocasión. Convencido este hombre de que sería víctima de una de las granadas, salió corriendo de la azotea para bajar al patio, y en su descenso —que pudo hacer en seguida por haber encon-

trado una puerta abierta— estuvo a punto de romperse una pierna, cosa que no le hubiera ocurrido de quedarse en la azotea, porque el proyectil cayó a dos cuadras de distancia.

Después de arrojar unas cincuenta granadas sobre la ciudad y manteniendo un vivo fuego sobre la playa, felizmente ineficaz, Michelena intimó rendición a las autoridades. No pensaría, sin duda, que, mientras lanzaba sus proyectiles, las porteñas cantaban y bailaban o bien miraban todo aquello con tranquilidad. Menos esperaría recibir como respuesta que nadie hacía caso de sus amenazas.

Una vez realizado el bombardeo, tal como se ha descripto, Michelena se alejó de la costa. Poco después renovó su ataque y las negras lavanderas prorrumpían en gritos, golpeándose la boca con las manos y hacían toda suerte de ademanes grotescos y extravagantes. Hasta que Michelena se alejó por segunda vez y nunca más volvió con mensajes parecidos.

Mientras continuaba el sitio de Montevideo, la isla de las Ratas cayó en poder de Rondeau y el enemigo fue derrotado en todas las salidas que pudo arriesgar.

Por este tiempo surgieron entre Rondeau y Artigas ciertas diferencias, pero fueron arregladas y por sugestión de un licenciado, amigo de ambos, protestaron abiertamente que se mantendrían unidos en adelante. Este amigo a que me refiero les recordó en aquella oportunidad cuán fatal habían sido para las armas griegas las intrigas entre sus dos principales jefes ante los muros de la aborrecida Troya y, señalando a Montevideo, exclamó: "Si allí se supiera que aquí estamos disputando

κευ γηθησαι πβιαμς τε παιδες

En Buenos Aires se produjo otro cambio de gobierno, cuyos detalles no vale la pena consignar. Baste decir que el Poder Ejecutivo fue encomendado al doctor don Feliciano Chiclana, a don Manuel de Sarratea y al doctor don Juan José Paso como Junta de gobierno en que cada uno de los vocales tenía un voto. El doctor don Bernardino Rivadavia y don Vicente López fueron nombrados como secretarios sin voto. Esta Junta expidió la proclama habitual para exponer la gran necesidad de una reforma, de la unidad, de la celeridad en la acción; llamó también a los diputados de la Primera Junta que habían sido desterrados; formó un regimiento de negros y mulatos al que denominó Regimiento de

Patricios y lo elevó a la categoría de cuerpo veterano; los soldados de la Banda Oriental fueron declarados "Beneméritos de la Patria en grado heroico"; el obispo de Córdoba quedó en libertad y se lo designó para oficiar como diocesano de Buenos Aires; el natalicio del pobre Fernando VII fue celebrado con gran pompa; los diputados restaurados se negaron a que el gobierno regulara el orden de sus sitiales.[1] Se establecieron las bases para una pacificación seria con Montevideo y el tratado fue ratificado por Elío el 21 de octubre de 1811; el sitio de la ciudad fue inmediatamente levantado; Pueyrredón recibió el nombramiento de jefe del ejército del Alto Perú, donde las cosas empezaban otra vez a presentar aspecto favorable como resultado de la reocupación de Cochabamba por don Esteban Arce; se eximió de tributo a los indios; el impuesto a las mercaderías extranjeras fue rebajado a una tercera parte; don Nicolás Herrera ocupó la Secretaría de Gobierno y Relaciones Exteriores, y todas estas cosas, algunas afortunadas y en su mayoría buenas, fueron realizadas por el nuevo gobierno en el breve período de tres meses, con lo que se cumplió el viejo proverbio de que la escoba nueva barre bien. Sin embargo, y en medio de los sucesos más o menos satisfactorios que acabamos de enumerar, prodújose un hecho de caracteres trágicos y al principio muy alarmante, que amenazó con envolver al país en los horrores de la anarquía y de la revuelta militar. El primer regimiento de infantería, instigado por dos o tres sargentos, se encerró, desobedeciendo a sus oficiales, en uno de los cuarteles de la ciudad. Allí se fortificaron los rebeldes colocando cañones en dos bocacalles próximas, apostaron al mismo tiempo partidas armadas en las azoteas próximas al par que tomaban otras medidas reveladoras de sus designios y de su temeraria resolución de sostenerse hasta la muerte en la decisión adoptada. Juan Parish Robertson estaba en la ventana de su casa cuando una columna de las tropas del gobierno avanzó sobre dos cañones de los rebeldes situados a una cuadra de distancia. Dos artilleros aplicaron las mechas encendidas a las piezas de sus cañones, muy cargadas con metrallas y balas enramadas. A los pies de Robertson cayeron muchos heridos y algunos muertos, entre los primeros el bravo capitán Amaya que fue entrado en la misma casa de Robertson y hubo de amputarle la pierna un cirujano inglés.

[1] Parece referirse al conflicto entre el Triunvirato y la Junta Conservadora, fines de 1811, pero estos diputados no habían sido "restaurados". *(N. del T.)*

Muchos heridos más cayeron como el capitán Amaya; los cañones fueron tomados después por la columna que avanzaba y toda la ciudad resonó con el estruendo y el largo cañoneo hasta que, reducidos a sus cuarteles, los insurgentes, después de sufrir grandes pérdidas, viéronse obligados a rendirse a discreción.

El foco de la revuelta, es decir los cuarteles, formaba una esquina de la manzana y en la otra estaba la Casa de Temporalidades, gran edificio de los jesuitas, en uno de cuyos departamentos vivía el mayor de los autores de este libro.[1]

Durante aquel día su casa se vio convertida en hospital. Algunas de las escenas producidas fueron realmente dolorosas. Y era en verdad reconfortante ver que muchas de las primeras señoras de la ciudad acudieron para curar a los heridos y suministrarles en dinero y en solícitos cuidados todo cuanto podían hacer en alivio de sus padecimientos.

He aquí una de las comunicaciones expedidas por el gobierno sobre dicho suceso:

EL GOBIERNO SUPERIOR PROVISIONAL
de las Provincias Unidas del Río de la Plata
a nombre del Sr. D. Fernando VII.

BANDO

"El día siete de diciembre ha presentado á esta capital, tantas veces gloriosa, el teatro mas horroroso: al fin consiguieron los implacables enemigos de la patria ver consumada la obra de execración, y oprobio eterno con que habían jurado envolver en los desastres la perdición, y la muerte á sus ilustres defensores; pero esos hombres tan cobardes y despreciables, como depravados en sus sanguinarios proyectos, meditaron para dar mayor tamaño á su ignominia, emplear los mismos brazos que ganaron para la patria tantas glorias, en la excecucion de su detestable plan de ruina y desolacion. El regimiento número 1° ha sido seducido, y sorprendido en sus sentimientos, se han alagado los vicios que ellos adquirieron baxo una administracion negligente y corrompida, y al fin se le ha hecho servir al desahogo de las pasiones desenfrenadas de los hombres perversos, inmorales, y enemigos del orden y de la sociedad. El gobierno no ha perdonado arbitrio alguno para sofocar en sus principios el espíritu de insurrección, y de desorden que les alentaba á cometer el exceso escandoloso de desobedecer á sus xefes inmediatos, é insultar descaradamente los respetos de esta superioridad: los interéses del pais, las mediaciones de los prelados de mas alto carácter, las amenazas, la condescendencia, y hasta las mismas súplicas, nada han podido para con estos hombres desgraciadamente obstinados: el furor, y el despecho que les dominaba, exponian al gobierno, y al pueblo al último peligro: el espiritu de anarquía preparaba la entera disolucion del sistema, y en tal conflicto se vió el gobierno en la necesidad de imponer con la fuerza, emplear las armas, y el rigor mas inexorable en la rendicion, ó la muerte de hombres ingratos, y lavar con su sangre la negra mancha del mas enorme crimen: la habrán visto correr sus autores con espanto: pero los ciudadanos pacificos, y amantes de la justicia y del orden, podrán felicitarse de haber visto reparados en pocos momentos los males incalculables que este desgraciado suceso parecia preparar, y que la eterna Providencia ha hecho que no sean mayores. Por tanto, y habiendose tomado todas las medidas para evitar qualquiera infausta ocurrencia que pudiera ser consiguiente al suceso principal, encarga encarecidamente el gobierno á todos los habitantes de esta capital descansen tranquilamente sobre su mas solemne garantía, de que no habrá un solo motivo que les inspire el temor de que se repita, ni en la más pequeña parte, una escena tan funesta; para lo que manda a todos los soldados prófugos y dispersos, que no hubiesen presentado á esta superioridad por el conducto de sus oficiales las armas con que emprendieron su fuga, ó con que se encontraron en el acto de su dispersion, las entreguen inmediatamente baxo la irremisible pena de muerte, á que seran afectos en el solo hecho que se descubra la ocultacion, y á todos los demas habitantes, asi paisanos como militares, denuncien baxo la misma pena capital las armas, y personas cuya ocultación sepan, oigan decir ó presuman: y por quanto á mas del motivo que ofrece la proxima festividad de nuestra Señora de la Concepcion, es preciso adoptar todos los medios que fueren conducentes á restituir al pueblo la tranquilidad, que es de suma importancia inspirarle despues de este infausto suceso, manda igualmente, que todo veci-

[1] Es decir, Juan P. Robertson. La Casa de Temporalidades era el antiguo colegio de jesuitas junto a la iglesia de San Ignacio, donde hoy está el Colegio Nacional Central. Los autores se refieren al motín llamado "de las trenzas". *(N del T.)*

no estante ó habitante ilumine esta noche y la de mañana, su casa, y toda puerta y pertenencia en la forma acostumbrada, pero con mayor número de luces desde la oracion hasta el amanecer baxo la multa que se exigirá irremisiblemente al que no cumpliere en todas sus partes esta superior disposicion.

"Buenos Aires 7 de diciembre de 1811. —Feliciano Antonio Chiclana. —Manuel de Sarratéa. —Juan José Passo. —Por mandato de S. E. —D. José Ramon de Basavilbaso."[1]

De los hombres comprometidos en esta insurrección, doce fueron fusilados y luego colgados en la horca. Un mayor número fue condenado a destierro. Luego vino la proclama del gobierno a la tropa, en el estilo acostumbrado, y pocos días después todo era tranquilidad y orden.

[1] Transcripción literal de *La Gaceta de Buenos Aires. (N. del T.)*

Carta XXXIV

Intrigas de la corte del Brasil. Elío, virrey nominal. Propósitos de Artigas. Éxitos que alcanzó. La refriega de Yapeyú. Azcuénaga. Don Pío Tristán. El general San Martín y don Carlos de Alvear. La Asamblea General. Contribuciones. Arreglo político. La señora Clarke. Misión a Norteamérica. Elío y los portugueses. El general Belgrano. La batalla entre Belgrano y Tristán. La conspiración de Álzaga y el fusilamiento de los complotados.

La intervención que tocó a la corte del Brasil en la guerra emprendida por Buenos Aires contra el poder español —y mientras duró el estado vacilante de los sucesos— fue tortuosa y maliciosa en alto grado. Unas veces llegaban sus emisarios a Buenos Aires para arreglar las cosas en favor de la sucesión de la Infanta Carlota, otras iban a Montevideo para ofrecer su apoyo a Elío y a las cortes de España. En otras oportunidades obraban como si estuviesen dispuestos a conquistar la Banda Oriental y al internarse en su territorio cometían actos de depredación y abierta hostilidad. Elío logró, por fin, que los portugueses tomaran decidida intervención en su favor como legítimo virrey del Río de la Plata y, hallándose sitiado por el ejército de Buenos Aires, llamó a las tropas portuguesas dentro de los mismos muros donde constituyeron su fuerza principal.

Entretanto, nadie miró con ojo más perspicuo y vigilante que Artigas las astutas operaciones auxiliares y aunque él intervino en el tratado para levantar el sitio de Montevideo, nunca se prestó de corazón a esa medida.[1] Apenas si podía disimular bajo una máscara de cordialidad los celos que sentía por el general Rondeau (jefe del ejército de Buenos Aires) y por su influjo en

[1] Esta aserción es falsa. Artigas nunca estuvo de acuerdo con el tratado de octubre de 1811 entre Elío y la Junta de Buenos Aires, que trajo tantos males a la causa de la revolución. De allí arranca todo el movimiento artiguista contra las autoridades porteñas. Ese tratado fue impuesto por lord Strangford desde Río de Janeiro porque convenía momentáneamente a los intereses de Inglaterra. *(N. del T.)*

los negocios de la Banda Oriental. Su odio por los portugueses era incontenible y su ambición por constituirse en árbitro único de los asuntos de su suelo natal vino a convertirse en su pasión dominante, exaltada de continuo por los reales o imaginados agravios de que se creía víctima.

Alegando, sin embargo (y en esto no sabemos si decía verdad), que los portugueses, lejos de retirarse de territorio oriental, dilataban su vuelta al Brasil y habían ultrajado a los habitantes de Gualeguay, Arroyo de la China y Belén, Artigas los atacó y los derrotó en este último punto.[1] En seguida dirigió amargas quejas al gobierno de Buenos Aires y en forma perentoria pidió refuerzos que le permitieran empujar al enemigo hasta la frontera. Invitó luego al gobernador de Corrientes a cooperar con él sobre el río Uruguay; los portugueses fueron derrotados en varios encuentros y entonces elevaron sus quejas al gobernador de Montevideo. Como es común en situaciones parecidas, las partes contratantes hiciéronse mutuas reconvenciones de haber roto con escándalo el tratado en forma secreta o pública; de manera que aquel convenio, establecido para ser observado en forma permanente y con escrupulosa fidelidad, cuatro meses después de su ratificación por Elío, era interpretado diversamente por el general Vigodet, por la Junta, el general Souza y Artigas, y todos y cada uno defendía con la espada en la mano su propio punto de vista. En pocas palabras, al tratado se lo llevó el viento. Los aprestos para las nuevas hostilidades dieron comienzo por ambas partes; las tropas de Buenos Aires cruzaron una vez más el Uruguay para unirse a las de Artigas y este último jefe marchó a Yapeyú donde el 13 de abril derrotó a novecientos portugueses.

En enero de este mismo año Azcuénaga fue nombrado gobernador intendente de Buenos Aires a fin de aliviar en parte al Poder Ejecutivo de las tareas que le eran propias.

Por ese mismo tiempo llegaron noticias publicadas en el *Morning Chronicle* del 11 de septiembre de 1811, según las cuales Gran Bretaña había ofrecido su mediación para establecer la paz en las colonias y se decía también que España la había aceptado. En efecto, el gobierno inglés nombró al capitán Cockburn, R. N., en misión a Sud-América, pero como la *indispensable basis* de la intervención amistosa era que las colonias reconocieran a las cortes y enviasen representantes a dicho cuerpo, la mediación fue recibida con una amarga invectiva de la Junta contra el gobierno inglés por su inadmisible interferencia en asunto tan delicado y bajo condiciones que consideraba odiosas. De ahí que la mediación no se llevara a efecto. Eso no obstante, la Junta resolvió admitir por primera vez a los ingleses —bajo condiciones nada onerosas— al rango efectivo de ciudadanos. Mr. James Winton y Mr. John Miller, casados con señoritas de Buenos Aires, fueron los primeros que aprovecharon de tal privilegio, no muy codiciado sin embargo por quienes no tenían vínculos inmediatos que los ataran al país.

[1] Es cosa indudable que los portugueses no se fueron de la Banda Oriental en 1811, después de firmado por el Primer Triunvirato el tratado de octubre con Elío. Se fueron al año siguiente, cuando lo dispuso lord Strangford, y de ahí el tratado Rademaker de 1812. *(N. del T.)*

Entretanto, las operaciones militares del Perú languidecían. Pueyrredón, después de su notable retirada, fue reforzado con varios pequeños destacamentos, pero en su primer infortunado combate cerca de Nazareno las fuerzas de Buenos Aires perdieron ciento treinta y siete hombres entre muertos y heridos. Güemes, Díaz Vélez y Arce ocupáronse luego en la defensa de Tarija, Humahuaca y Cochabamba, pero la campaña se hacía pesadamente, hasta que por último Pueyrredón, elegido miembro del gobierno, fue reemplazado en el comando por Belgrano.

El 29 de marzo escribió que sus avanzadas estaban en Mojos y que don Pío Tristán, el general peruano (es decir el general que peleaba en sostén del antiguo régimen y del virrey de Lima, Abascal) tenía su cuartel general en Suipacha.

Vamos a dejarlos ahí, contemplándose mutuamente durante toda la estación, para echar nosotros una rápida ojeada sobre algunos sucesos domésticos relacionados estrechamente con el capitán del Río de la Plata.

En un barco llamado *George Canning*, llegó San Martín a Buenos Aires el 13 de marzo de 1812, con el grado de capitán,[1] después de haber sido en España edecán del marqués de Campigny.[2] San Martín venía acompañado por don Carlos de Alvear, alférez de carabineros[3] en la guerra peninsular. Ambos eran, sin embargo, americanos —el primero de un pueblo de Misiones

[1] Teniente coronel. *(N. del T.)*
[2] Coupigni. *(N. del T.)*
[3] Alférez de Carabineros Reales. *(N. del T.)*

llamado Yapeyú— y estaban destinados a tomar parte muy activa en la guerra de independencia. San Martín se ocupó desde un principio en organizar un lucido regimiento de caballería llamado Granaderos a Caballo. Fue nombrado coronel del mismo regimiento y Alvear obtuvo el grado de mayor.[1] Las cosas estaban tan agitadas y complicadas así en lo interior como en lo exterior, que dos hombres como aquellos no podían permanecer indiferentes y espectadores pasivos de lo que ocurría. El gobierno dispuso por entonces reunir la Asamblea General, por tanto tiempo postergada, pero este cuerpo legislativo se propuso asumir facultades ilimitadas sobre la Junta Ejecutiva.[2] Solamente por Buenos Aires habían sido elegidos cien diputados, número que se redujo (como consecuencia de una protesta del Cabildo) a la tercera parte.

Encontrándose el Estado muy falto de efectivos de guerra, fue levantado un empréstito forzoso de seiscientos treinta y ocho mil pesos (ciento treinta mil libras) que afectó —y naturalmente disgustó— a todas las clases sociales.

El gobierno resolvió abolir el paseo del estandarte real, como incompatible con la libertad e igualdad proclamadas y se siguió a esto algo mucho más importante como fue la prohibición de introducir esclavos.

Una correspondencia de Goyeneche, interceptada, descubrió las monstruosas crueldades y desafueros inauditos cometidos contra los americanos del Perú y esto colmó la indignación de todos. El obispo de Salta, acusado de ayudar e instigar al nuevo Nerón, fue desterrado de la ciudad en el término de veinticuatro horas y llevado a Buenos Aires. Señalábale Belgrano como a un "traidor sordo", especie de víbora que no podía ser adormecida y causaría mucho daño.

En esos mismos momentos Vigodet, gobernador de Montevideo, protestaba amargamente contra el obispo de Buenos Aires (que lo había sido de Córdoba) por el escandaloso apoyo que el clero de la Banda Oriental prestaba a los "rebeldes, bandidos y ladrones", vale decir a los patriotas de aquella provincia.

Los brasileños, fuera por instancias de lord Strangford, o porque estaban cansados de la guerra con sus vecinos de la Banda Oriental y de Entre Ríos —a la que no se le veía término—, diputaron, y por esta vez sinceramente, a don Juan Rademaker para concluir bajo la garantía de Inglaterra un tratado de paz con Buenos Aires. El primero y más importante de los artículos de este tratado estipulaba que cesaría toda ayuda a las autoridades españolas de Montevideo y que el ejército portugués sería retirado de la Banda Oriental y de todo territorio donde la Junta invocara su jurisdicción. El gobierno aceptó complacido los términos del tratado, impartió órdenes a Artigas para que se abstuviera de hostilizar al ejército portugués en su retirada, habló de los portugueses como de sus más cordiales amigos y, mientras con esta actitud quedaba removido el principal obstáculo para la captura de Montevideo, Vigodet, por su parte, pateaba y protestaba en su fortaleza, donde había quedado en una relativa soledad. Por ello escribió cartas de protesta dirigidas a la corte del Brasil acusándola de deserción a la causa sagrada de Fernando y amenazándola con el disfavor de las cortes españolas.

En esa sazón Pueyrredón, de vuelta del Perú, asumió sus funciones en el Triunvirato[1] y Manuel de Sarratea, uno de sus miembros, fue nombrado superintendente del ejército destinado a operar contra Montevideo, ejército que debió ser aumentado hasta el número de seis o siete mil hombres. No pudo ser más oportuna para el equipo de esos hombres la llegada de unos fusiles comprados en gran número en Norteamérica por Saavedra y Aguirre, ayudados en su empresa por un comerciante inglés, Mr. Henry Leigh. Gran parte de los dichos mosquetes fueron abonados por las damas patriotas de Buenos Aires con sus pequeñas economías domésticas. Los marinos de Montevideo fracasaron una vez más en cierta incursión que intentaron con el propósito de impedir el cruce del río Paraná al ejército destinado a combatir en la Banda Oriental.

En medio de estos sucesos prósperos, se dio un hecho de carácter adverso para la revolución y de relativa importancia. Fue la pérdida total de la escuadra de Buenos Aires en la Patagonia. Esta escuadra se componía en aquel tiempo de un solo buque de cuatro cañones, al que llamaban el *Ketch* [*Queche*], comandado por un personaje que se titulaba comodoro Taylor. Nada tenía que ver con aquel otro Taylor que llegó a ser almirante de la es-

[1] Sargento mayor, se decía entonces. *(N. del T.)*

[2] Se refiere a la asamblea convocada por el Primer Triunvirato, que fue disuelta por el mismo Poder Ejecutivo en abril de 1812. *(N. del T.)*

[1] "De la presidencia de la Junta", dice equivocadamente el texto. *(N. del T.)*

cuadra brasileña. Este de que me ocupo era un individuo aventurero —y de la misma casta que el anterior—, casado en Buenos Aires con una inglesa de nombre Mary Anne Clarke, tan conocida (por lo menos para los caballeros que desembarcaban en la ciudad) como lo fue otra dama de su mismo nombre que hoy ocupa un lugar en nuestros anales militares. La señora Clarke, de Buenos Aires, había dejado su país natal para hacer un viaje a Nueva Holanda en un barco llamado el *Bounty*, donde, en un momento dado, la tripulación y el pasaje, que por lo visto no estaban conformes con el derrotero del buque, se hicieron dueños de él y lo tomaron bajo su mando sacándolo de la bahía de Botany. Anduvieron así de un lado a otro y Mrs. Clarke vino a dar a Buenos Aires. En esta ciudad se hizo muy popular por su carácter vivaz, por su bondad y el espíritu hospitalario que demostraba sobre todo para los extranjeros. Hizo mucho dinero con una casa de pensión que alcanzó la categoría de hotel, y en esas circunstancias contrajo matrimonio con el referido comodoro de la armada de Buenos Aires, aunque sería más exacto decir que el señor comodoro Taylor se casó con el dinero de la señora Clarke.[1]

Lo cierto es que el *Queche* fue tomado por los mismos realistas que se hallaban desterrados en Patagonia y llevado a Montevideo. Una vez allí, el general Vigodet no encontró mejor manera de hacer público su regocijo que encender fogatas de San Juan sobre la cubierta del pequeño *Queche* capturado.

Por entonces Belgrano abrió la segunda campaña contra las fuerzas realistas del Perú y en una magnífica arenga dirigida a las tropas, les aseguró que habría de conducirlas a la victoria. Esta proclama lleva fecha 11 de mayo en su cuartel general de Campo Santo. Seis semanas más tarde, el gobierno de Buenos Aires se expresaba de esta manera: "Continúa el general Belgrano organizando el ejército y activando los preparativos para avanzar al interior. Hace grandes elogios de los conocimientos, actividad y patriotismo del teniente coronel barón Hollemberg y manifiesta las más lisonjeras esperanzas del triunfo de la libertad contra los esfuerzos de la tiranía en aquellos países oprimidos. Cada día es mayor el fuego de la revolución en la provincia de Cochabamba y demás pueblos que han imitado su glorioso ejemplo. El ardimiento crece en razón del peligro, los recursos se aumen-

[1] Nuestra digna amiga vive todavía y debe ser ahora octogenaria.

tan con la necesidad e rechazar la invasión que intenta Goyeneche en aquella provincia. ¡Miserable déspota! ¿Si habrá creído poner cadenas a los valientes cochabambinos?"

Una división del ejército de Goyeneche al mando del general Tristán alcanzó al de Belgrano en retirada a la altura de Tucumán, y allí, después de haberse producido una acción de resultados dudosos el día 23 de septiembre, Belgrano obtuvo el día 24 del mismo mes una muy decisiva victoria sobre Tristán. El jefe patriota atribuyó en gran parte su triunfo al hecho de haber colocado su ejército bajo la protección de Nuestra Señora de las Mercedes, a la que había nombrado generala y en cuyo día tuvo lugar la batalla. Las fuerzas de ambos generales estaban equilibradas y consistían en unos cuatro mil hombres de cada parte. Belgrano habla de grandes contingentes de las provincias limítrofes que debían incorporársele y que no habían llegado el día del combate; pero esas fuerzas, de haber llegado a tiempo, hubieran sido de poca utilidad por su falta absoluta de disciplina. De cualquier modo, la victoria resultó muy brillante y fue celebrada con grandes demostraciones de alegría en todo el territorio de las Provincias Unidas. La pérdida entre muertos y heridos por la parte de Tristán alcanzó al número de mil cincuenta y seis hombres y Belgrano perdió solamente doscientos setenta. Tomáronse además tres banderas, siete piezas de artillería, municiones, carros, pertrechos, etcétera.

Mientras se presentaban las cosas bajo este cariz favorable, tanto en Perú como en Chile, Banda Oriental, Entre Ríos y Paraguay, dióse el caso de que la misma Buenos Aires, cuna de la revolución y madre adoptiva de las nuevas repúblicas, viérase amenazada en su propio seno por una conspiración que —a no ser por una rara providencia— la hubiera hundido en sangre antes de que pudiera realizar sus brillantes promesas.

Don Martín de Álzaga, de quien hemos hablado ya, apareció a la cabeza de esta conspiración odiosa por la que esperaba surgir una vez más con la plenitud del poder.

El 10 de julio de 1812 el gobierno dio sobre este asunto el siguiente comunicado que consideramos muy exacto: "Aunque la causa santa de la libertad que con tanta gloria sostiene el pueblo americano no tuviera en su favor tantos títulos de justicia, bastaba una ligera observación sobre la providencia especial con que la protege el Altísimo, para que los hombres prosternados venerasen los decretos eternos con silencio religioso, desistien-

do del empeño vano de destruir el orden admirable de los sucesos. Solamente una orgullosa obstinación podía desconocer la realidad de tantos prodigios. Abandonados los enemigos del pueblo americano al impulso de las pasiones más furiosas, y desconociendo la fuerza superior que había trastornado sus anteriores empresas, meditan en silencio dar un golpe mortal a la vida de la patria. Forman sus combinaciones, delinean sus planes y, cuando se gloriaban ya del triunfo, se descubre el proyecto, se desploma el edificio y quedan todos sepultados bajo sus ruinas.

"Una considerable parte de los españoles europeos de esta capital se preparaba con un sigilo inviolable a una conspiración sobre un plan el más horroroso y que no podrá leer la posteridad sin estremecerse. Habían ya tomado sus medidas para una sublevación en una de aquellas noches en que el descuido o la confianza de los destacamentos militares consultase mejor un resultado feliz. Estaba confiada la dirección del proyecto al español Martín Álzaga, de cuyo carácter turbulento y emprendedor tenían repetidas pruebas. A este fin habían formado sus compañías y tercios con los correspondientes oficiales. El padre bethlemita fraile José de las Ánimas tenía el mando en jefe de la caballería. El hospicio de la convalecencia debía ser el punto de reunión de todos los conjurados. Su primera diligencia era tomar el santo de la guardia de Barracas que tenían ya comprada y, como contaban con el auxilio de todos los retirados españoles, debían ocupar todos los puntos encargados a su custodia poniendo sus armas en los conjurados más conocidos por su valor y su pericia. Inmediatamente se destacarían patrullas numerosas para sorprender a las nuestras que encontrasen por las calles y aumentar de este modo su armamento. La caballería estaba dispuesta a sorprender el parque de artillería y custodiar los extramuros para que nadie pudiera escapar. La infantería debía dirigirse a sorprender el cuartel de artillería, el de los tercios cívicos y el del Regimiento N° 2. Desde allí marcharía reunida a tomar el Fuerte, para cuyo intento tenían meditado sacar de su casa el sargento mayor de la plaza y obligarlo a que llamase y pidiese que se le abriera la puerta principal de la fortaleza en cuyo momento debía cargar sobre ella un cuerpo de trescientos hombres y otro de cuatrocientos atacaría por la puerta del Socorro, de cuya cerradura habían tirado los diseños en cera y tenían la correspondiente llave.

"Si esta tentativa no surtía el efecto deseado, pensaban fortificarse en la recova y rendir por hambre a la guarnición. La empresa debía realizarse a las dos de la mañana con el fin de aprovechar todas las ventajas de la confusión. Luego que amaneciese, harían sus señales para que los marinos bajasen los auxilios convenidos, y a efecto de evitar todo movimiento por parte de los americanos y hacer más respetable su fuerza y el triunfo más seguro, se publicaría a aquella hora un bando imponiendo pena de muerte al hijo del país que saliese de su casa y al español europeo que no se les reuniese con todas sus armas. Estos eran los medios acordados para realizar la sublevación. Pasemos ahora al objeto.

"Conseguida la victoria, serían arrestados, fusilados, y colgados inmediatamente todos los individuos del gobierno, los primeros magistrados, los ciudadanos americanos de crédito y patriotismo y los españoles más adictos al sistema. Posteriormente serían enviados a Montevideo y a otros puntos todos los hijos del país, los indios, las castas, y los negros; porque el proyecto era que no hubiese en esta capital un solo individuo que no fuese español europeo, exceptuadas las familias de los conjurados, haciendo venir a los europeos de los pueblos interiores para llenar el vacío que resultaría necesariamente de esta medida. Como ellos no dudaban de la victoria, tenían ya formado el manifiesto político-moral para jurar la regencia, tranquilizar al pueblo, y consolar a las afligidas madres, hijas y esposas que debían perder a sus hijos, padres y maridos en esta empresa sanguinaria y diabólica. La capital sería mandada en jefe por el autor de la conspiración Martín Álzaga, sin reconocer dependencia del gobernador de Montevideo hasta la decisión de las cortes; porque el fin era restablecer el ascendiente de los españoles y volver a los americanos a una situación mil veces más servil que la pasada.

"Este era el proyecto meditado y el plan con que debía ejecutarse: pero Dios, que siempre vela sobre la vida del inocente, proporcionó el descubrimiento de la conjuración en los momentos en que debía realizarse. Uno de los conjurados se produjo incautamente delante de un esclavo. Este infeliz, sensible a los gritos de la razón y de la humanidad, presintiendo las consecuencias funestas de este horrible atentado, comunica a una persona de su confianza lo que acababa de oír, y por este conducto llegó a noticia del gobierno. Descubierta la conjuración a

las primeras indagaciones, tres de los principales conjurados fueron aprehendidos, fusilados y puestos a la expectación pública. El traidor Martín de Álzaga, luego que sintió la novedad, escapó de su casa con el objeto de fugarse; pero fueron vanas sus tentativas: no le valió su dinero ni sus intrigas; incorruptible la lealtad del pueblo americano, proporcionó su arresto, cayó en manos de la justicia y pagó condignamente sus horrendos crímenes contra la patria."

Tal fue la comunicación oficial que se dio sobre esta conspiración temeraria, y ha de convenirse en que tanto el gobierno como el pueblo obraron con ejemplar moderación si no con excesiva lenidad, ante un complot que, de haber tenido éxito, hubiera cubierto la tierra de exterminio y desolación. Al mismo tiempo, no era de esperarse que los principales implicados pudieran escapar al castigo de la justicia. Por el contrario: imponíase necesariamente, a juicio de los jefes de la revolución, un escarmiento saludable en algunos de los más poderosos e implacables de sus enemigos. A la cabeza de estos últimos había estado don Martín de Álzaga. Y tanto él como algunos otros ciudadanos fueron enjuiciados sumariamente, y bajo pruebas irrefragables resultaron culpables de haber intentado derribar por la traición al gobierno constitucional del país.[1] Las constancias del juicio por el cual fueron condenados a muerte Álzaga y sus cómplices nunca se publicaron: lo único que sabemos es que, habiéndose refugiado Álzaga en el rancho miserable de una esclava, fue sacado de allí para llevarlo a la capilla donde ponían a los criminales en vísperas de su ejecución. En la mañana siguiente, Álzaga sufrió con impávida entereza el castigo de la ley; pero las ejecuciones de ese día se limitaron a la persona de Álzaga y cuatro o cinco de los principales dirigentes. Entre estos últimos contaba Telechea, el segundo después de Álzaga en cuanto a riqueza y rango social; era un comerciante español muy rico y respetable, establecido de mucho tiempo atrás en la ciudad y que había formado una simpática y numerosa familia.

Las ejecuciones públicas en Buenos Aires se llevan a cabo en la plazuela de la Fortaleza, amplio recinto por donde se llega al Fuerte o Palacio de Gobierno como a veces se le llamaba, residencia que fue del virrey y su corte, hasta que, después de la re-

[1] No había tal gobierno constitucional. Era un gobierno revolucionario y procedió revolucionariamente. *(N. del T.)*

volución, vino a residir allí el primer magistrado de la República. En este espacio a que me he referido y contra un muro bajo que circunda el foso del Fuerte está el *banquillo* donde sientan al condenado a muerte y lo atan después para ser ejecutado. Cuando se trata de muy graves delitos cuelgan de una horca el cuerpo del reo después del fusilamiento. La horca se levanta junto al muro del Fuerte.

Una vez colocados los banquillos de Álzaga y de sus cómplices,[1] todos fueron traídos desde la capilla donde, según costumbre española, habían pasado las últimas veinticuatro horas de su vida. Formó una fila de soldados y los reos avanzaron con escolta en medio de un gran gentío para ser sentados en sus banquillos. Álzaga avanzó a lo largo de la línea animado por la convicción de que rendiría su vida como un mártir por la justa causa de su país en cuyos anales estaba destinado a ocupar un lugar distinguido. El mismo coraje intrépido que lo había señalado siempre no lo abandonó por un momento en este angustioso trance con que iba a epilogar su carrera. Marchaba con paso firme, porte noble y apuesto, mirando a su alrededor con expresión de profundo desdén hacia la gente que lo rodeaba; exhortó a sus compañeros de martirio a soportar la condena como verdaderos patriotas y se negó a que le vendaran los ojos. Ya junto al banquillo, sentóse con orgullosa tranquilidad, hasta que se dio la orden de *fuego* y quedó tendido sin vida en el suelo. La ejecución de los demás reos se cumplió rápidamente, la banda tocó una marcha nacional, las tropas se retiraron a sus cuarteles, el pueblo se dispersó y los cuerpos de los infelices conspiradores fueron suspendidos de las horcas preparadas con anticipación.

Don Martín de Álzaga era hombre de sesenta años de edad, tenía catorce hijos, disponía de una gran fortuna y era persona de mucha influencia y de gran prestigio social. Con haber dominado un poco la vehemencia de su carácter y moderado su insaciable ambición, y su odio por los americanos, hubiera podido morir como vivía, si no con el afecto de todos, por lo menos generalmente respetado.

[1] Eran el coronel Sentenach, el hermano José de las Ánimas, Francisco Telechea, Matías de la Carrera, Francisco Valdepares, N. Marcó, José Díaz (un contrabandista), Pedro Torres (capataz de Álzaga), con otros pocos de menor cuantía.

El esclavo Ventura —que descubrió la conspiración— obtuvo en premio su libertad —que fue comprada por el gobierno en trescientos pesos— y además se le dio como presente una medalla que podía ostentar en el brazo y que llevaba esta inscripción: "Por fiel a la Patria".

Buenos Aires, así convulsionada en el orden interno por quienes intentaban arrebatarle su libertad y tranquilidad, empezó a sentir que no solamente los europeos estaban descontentos con la marcha de la administración.[1] Los mismos americanos daban también muestras de inquietud y dejáronse sentir divisiones políticas que, encabezadas por jefes ambiciosos y fomentadas por políticos intrigantes, ejercían funesto influjo en el curso de la revolución y retardaban su progreso. Sin embargo y a pesar de todo, no perdían de vista al enemigo común, de lo que daban testimonio las victorias y derrotas sufridas con el propósito irrevocable de luchar de consuno por la independencia del país. De ahí que todo, en este momento (septiembre de 1812), indicara una renovada actividad por continuar las operaciones sobre Montevideo. Pero el gobierno, a fin de no omitir ninguna medida que hiciera cesar la efusión de sangre y otras calamidades propias de la guerra, inició nuevas aberturas de paz con Vigodet bajo condiciones razonables. Los ofrecimientos fueron rechazados y el ejército de Rondeau se dispuso por segunda vez a poner sitio a la ciudad. El ejército se componía de unos seis mil hombres. El general Artigas era segundo jefe y don Manuel de Sarratea ejercía el cargo de comisionado general del gobierno. Este último tenía su cuartel con una división militar llamada División del Norte, en el Arroyo de la China, sobre el río Uruguay.

El 8 de octubre se produjo en Buenos Aires una de esas conmociones partidarias a que nos hemos referido, que sólo pudo ser apaciguada como otras veces con un cambio de gobierno. El pueblo, protegido por un gran cuerpo de tropas, se reunió en la Plaza Mayor y llamó al Cabildo para que asumiera de nuevo la autoridad de que había sido investido el 25 de mayo de 1810. Los vocales de la Junta cesante,[2] Pueyrredón, Chiclana y Sarratea, fueron, naturalmente, acusados de muchos y graves delitos, especialmente de haber obstaculizado la elección de la asamblea

[1] Fue el gobierno, o mejor dicho Rivadavia, secretario del Triunvirato, quien sintió el descontento. *(N. del T.)*

[2] Se refiere al Primer Triunvirato.

general y de haber conquistado por medio de la intriga a las pocas asambleas reunidas hasta entonces. Los miembros de la nueva junta ejecutiva (el Segundo Triunvirato), aunque sujetos por normas estrictas a una nueva línea de conducta, no eran, sin embargo, más aparentes que sus predecesores para poner en práctica un sistema eleccionario sin tacha, inspirado en el bien del pueblo y contra los intereses de sus superiores. Una condición muy precisa, impuesta al Ejecutivo fue la de reunir la asamblea general dentro de tres meses a partir del 8 de octubre, día del pronunciamiento y de la instalación del nuevo gobierno. Fueron designados como secretarios *ad-interim* del gobierno, don Juan Manuel Luca, don Tomás Guido y don Domingo Trillo.[1] El día 13 de noviembre quedó nuevamente formalizado el sitio de Montevideo. Todas las salidas del enemigo, algunas de ellas formidables, resultaron rechazadas; una gran escasez se dejó sentir dentro de las murallas y mientras los marinos españoles hacían desembarcos en los lugares no protegidos del río Paraná, especialmente San Nicolás, para entregarse al saqueo, José Eugenio Culta, con sus partidas, perseguía o tomaba prisioneros a todos los enemigos de la causa republicana en la Banda Oriental. Así marchó sobre Canelones y tomó la población; así sacó del Cerrito setecientas cabezas de ganado con ocho prisioneros, entró al Miguelete y llevó su caballería a menos de una legua de Montevideo donde logró apoderarse por sorpresa de varias avanzadas.

Estas operaciones fueron previas al establecimiento de Rondeau con su ejército frente a Montevideo. El jefe patriota terminó el año con una gallarda victoria el 31 de diciembre y en circunstancias en que el enemigo salía de la Fortaleza con todo su ejército de dos mil hombres para atacar a las tropas sitiadoras.[2] Vigodet, que en esta ocasión comandaba las fuerzas de Montevideo, fue rechazado con pérdida de muchos hombres entre muertos y heridos, dos banderas, ciento veinte mosquetes, municiones, etcétera. Rondeau no perdió más de sesenta y siete soldados entre muertos y heridos.

Lo más alentador en esta guerra fue la seguridad que dio la corte del Brasil (seguridad ratificada por lord Strangford y confirmada por el retiro de las tropas portuguesas) de permanecer

[1] Los componentes del Segundo Triunvirato fueron Juan José Paso, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte. *(N. del T.)*

[2] La batalla de El Cerrito.

neutral en la contienda y mantener el mejor entendimiento posible con la República Argentina.[1]

El almirante Fleming escribió desde Lima algunas cartas en las que aseguraba que Gran Bretaña colocaría nuevamente a las colonias bajo el dominio de España y que la Junta se había ofrecido a poner el país en manos de doña Carlota. Lord Strangford, sin embargo, dio al gobierno la seguridad de que tales cartas y declaraciones habían sido escritas y formuladas sin autorización alguna y dijo también en Río de Janeiro que al solo objeto de llevar dinero a su país.

Hacia fines de ese año se dieron algunas reglamentaciones fiscales que apenas merecen mencionarse como un intento progresista. Una tasa de tres por ciento que se aplicaba sobre todas las operaciones en pesos fuertes fue abolida como injusta y porque complicaba las transacciones mercantiles. El monopolio del tabaco fue denegado. A los extranjeros de todas las naciones se los invitó, franca y amistosamente, a permanecer en el país. También se autorizó a los artesanos a tomar aprendices.

Como una prueba de que los españoles hacían continuos esfuerzos por recobrar el poder, debemos consignar que, descubiertos en su última conspiración y castigados sus jefes con la pena de muerte (julio de 1812), al terminar el año fueron interceptadas varias cartas de nuevos conspiradores cambiadas con hombres principales de Montevideo y no quedó lugar a duda de que tenían entre manos un segundo proyecto de insurrección. Por esta causa fueron fusilados cinco españoles de los más comprometidos y después colgados de las horcas, lo que ofreció un espectáculo público y repugnante.

El 23 de diciembre se adoptaron las siguientes medidas contra los españoles europeos:

1°) No podrían en adelante, bajo pena de muerte, reunirse en un mismo lugar más de tres españoles europeos.

2°) No podrían andar a caballo, ni en la capital ni en sus alrededores, so pena del mismo castigo.

3°) Cualquiera de ellos que fuera descubierto con el propósito de escapar a Montevideo, o a otro lugar ocupado por españoles, sería también de inmediato fusilado.

[1] Es el único pasaje de la obra en que los Robertson llaman al país "República Argentina". Por lo general lo llaman Sud-América. Debe tenerse en cuenta que tuvo como nombre oficial Provincias Unidas de Sud-América. *(N. del T.)*

CARTA XXXV

QUEJAS DE LA CORTE DEL BRASIL. LA CORTE Y EL GOBIERNO DE BUENOS AIRES. LA ASAMBLEA. DON CARLOS DE ALVEAR. LA VICTORIA DE BELGRANO EN EL NORTE. TÉRMINOS DE LA CAPITULACIÓN. EXPEDICIÓN CONTRA CHILE DESDE LIMA. LA VACUNA INTRODUCIDA POR EL DOCTOR SEGUROLA. EL OBISPO DE CÓRDOBA. EL PARAGUAY. LA FRAGATA *PRUEBA* Y EL *SAN PABLO*. EL GENERAL O'HIGGINS. LA DERROTA DE VILCAPUGIO.

El 16 de enero de 1813 llegó a Buenos Aires un navío brasileño que traía reclamaciones de la corte de Río de Janeiro y del embajador británico en ese país contra algunos oficiales de la Banda Oriental que, mientras el Brasil daba cumplimiento al tratado de paz entre los dos gobiernos evacuando el territorio español, trataban de seducir a las tropas portuguesas y de sobornar a sus comandantes para que se unieran al ejército de Artigas y de Rondeau. El gobierno de Buenos Aires negó tener conocimiento de esa conducta injustificable y ordenó el castigo de los culpables; reiteró también las seguridades de amistad hacia el Brasil y de su respeto por la mediación inglesa, así como el firme propósito de mantener inviolable el tratado de paz últimamente celebrado.

La verdad es que la Junta[1] desconocía los trabajos clandestinos realizados en el ejército de la Banda Oriental, especialmente en la sección bajo el mando de Artigas, quien, resuelto a no obedecer a los porteños, se valía ya de cuantos medios estaban a su alcance —en forma disimulada y astuta— para desacreditar la causa de aquéllos y así sembró la discordia entre sus tropas.

El 31 de enero de 1813 la esperada asamblea inició sus sesiones en la capital con el título de Soberana, estableciendo las siguientes bases:

1°) Que se consideraba depositaria de la soberanía de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

[1] El Triunvirato.

2°) Que su presidente sería don Carlos de Alvear, diputado por Corrientes.

3°) Que los secretarios serían don Valentín Gómez y don Hipólito Vieytes.

4°) Que las personas de los diputados eran inviolables y éstos no podían ser arrestados ni juzgados sino cuando así lo resolviera la asamblea.

5°) Que el Poder Ejecutivo, con el título de Supremo, permanecería en manos de quienes lo ejercían, hasta que la asamblea dispusiera lo contrario.

6°) Que el Ejecutivo, al hacer públicos los decretos de la Asamblea, dejaría establecido que: "La Soberana Asamblea ha tenido a bien decretar lo siguiente..."

Para la instalación del augusto cuerpo se tomaron algunas otras medidas de menor importancia, como la celebración de regocijos públicos en la plaza. El Ejecutivo inclinó la cabeza y los diputados de la soberana asamblea, que se llamaban a sí mismos los "Areopagitas del Nuevo Mundo", no perdieron tiempo en embrollar más aún, con leyes extemporáneas y estatutos, la situación del Estado que estaban llamados a salvar con su sabiduría. La verdad es que sus procedimientos iban encaminados a preparar por medio de la intriga el camino del poder dictatorial, que no mucho después[1] fue asumido por el presidente de la misma asamblea, el benemérito pero muy joven, inexperto, ambicioso y exaltado representante de Corrientes, don Carlos de Alvear. Era este Alvear el mismo que, con el grado de alférez, había llegado en el barco *George Canning* el 13 de marzo de 1812, y ahora, catorce meses después de su arribo, presidía con el grado de coronel y a la edad de veinticinco años, una asamblea soberana formada por doctores, clérigos y otros venerables dignatarios.[2]

[1] Pasaron dos años antes de que Alvear fuera elegido director. *(N. del T.)*

[2] El coronel era hijo del capitán Alvear, de la armada española, comandante de aquellas cuatro fragatas que fueron sacadas de Montevideo por una fuerza inglesa antes de iniciarse las hostilidades. El capitán Alvear tenía a bordo a su esposa y sus hijos. Un día dejó el barco en que iba para visitar a uno de los otros, llevando consigo en el bote a su hijo Carlos, entonces un niño. Apenas había dejado el barco cuando, por una desgracia que da pena relatar, la fragata de Alvear, a causa de un accidente, voló incendiada y el desgraciado comandante pudo ver a toda su familia, excepto a su hijo Carlos, perecer en pocos momentos. Sufrió también una gran pérdida pecuniaria. Alvear fue llevado a Inglaterra, donde vivió muchos años, y en consideración a su desgracia y a sus pérdidas gozó de una buena pensión que le fue acordada por el gobierno y que mantuvo hasta el día de su muerte.

El 19 de febrero la Asamblea declaró que ningún miembro del Ejecutivo podría ser designado, sin su asentimiento, para el comando de ningún ejército y el día 20 dispuso efectuar un cambio de la junta gubernativa y sustituyó a los miembros actuantes por el doctor Nicolás Rodríguez Peña, el doctor José Julián Pérez y don Antonio Álvarez Jonte.

Aunque se daban muchas intrigas y mutaciones repentinas en la capital, el buen ángel de los porteños siguió presidiendo sus operaciones militares. Belgrano obtuvo el 20 de febrero, en Salta, una señalada y completa victoria sobre el ejército limeño comandado por el general Tristán. El resultado fue la pérdida por parte de Tristán de quinientos setenta y ocho hombres, muertos y heridos, entre ellos varios oficiales de graduación, mucha artillería, municiones y otros materiales, y la victoria se vio coronada por una capitulación bajo las siguientes condiciones:[1]

"1°) El ejército del Perú saldrá mañana a las 10 de la plaza de Salta con todos los honores de la guerra, quedando ahora en la misma posición que las tropas de las Provincias del Río de la Plata. A las tres cuadras rendirá las armas y se entregarán con cuenta y razón, como igualmente artillería y municiones.

"2°) El general, los jefes y demás oficiales prestarán juramento de no volver a tomar las armas, y por todos los soldados del ejército, a quienes les concede el señor general Belgrano que puedan restituirse a sus casas, como las Provincias Unidas del Río de la Plata, en las que se comprenden las de Potosí, Charcas, Cochabamba y La Paz.

"3°) Se conviene el general Belgrano en que se le restituyan los oficiales y soldados prisioneros que hay en la plaza y territorio que se evacua, y pide que el general Tristán estimule a su general en jefe para el canje de los prisioneros hechos en las diferentes acciones de guerra, desde la del Desaguadero inclusive.

"4°) Serán respetadas las propiedades, así de los individuos del ejército como de los vecinos, y a nadie se molestará por sus opiniones políticas. En que se incluyen los oficiales o vecinos de cualquier otro lugar.

[1] Los siete artículos de la capitulación de Salta han sido copiados directamente de *La Gaceta* del 4 de marzo de 1813. *(N. del T.)*

"5°) Los caudales públicos quedarán en tesorería bajo cuenta y razón que deberán presentar los ministros de Hacienda.

"6°) El cuerpo de tropa que se halla en Jujuy deberá retirarse sin causar perjuicio alguno en su tránsito al interior, llevando sus armas.

"7°) El general Belgrano conviene en que el general Tristán haga un expreso a su general en jefe remitiéndole copia de este tratado."

Los oficiales que más se distinguieron en esta acción fueron don Eustaquio Díaz Vélez, segundo jefe y comandante del ala derecha, que recibió un balazo de fusil en una pierna; don Martín Rodríguez, jefe del ala izquierda, y el comandante de cazadores don Manuel Dorrego. Pero en general, todos los oficiales como los soldados de ambos ejércitos se comportaron con gran valentía. La capitulación fue ratificada por Goyeneche, quien ordenó una vez más la liberación de Charcas, Cochabamba, Santa Cruz y Potosí. El gobernador de esta última provincia informó al jefe del ejército auxiliar que el día en que llegó a ellos la gloriosa noticia había hecho pasear a su generala Nuestra Señora de las Mercedes por las calles de la ciudad, en pública procesión. El espectáculo, agregaba, había sido verdaderamente edificante. Con una *naïveté*, no inferior a la del gobernador de Potosí, había informado algún tiempo antes a la soberana asamblea que su autoridad quedaba reconocida por Salta y Tucumán "bajo la solemnidad respetuosa de las armas de mi mando".

Como consecuencia inmediata de la batalla de Salta, Goyeneche se retiró precipitadamente de Potosí, pero no olvidó por eso el tesoro de la población, que se llevó hasta Oruro, donde, por el momento, hizo alto.

El 14 de abril de este año (1813) recibió el gobierno de Buenos Aires un importante despacho de la Junta de Chile, en que comunicaba que José Miguel Carrera había derrotado a la vanguardia del ejército enviado por el virrey Abascal desde Lima bajo el mando del general Varela, para invadir a Chile por el sur. Los ejércitos se habían encontrado en Yerbas Buenas, cerca del río Maule, y por un gallardo *coup de main* las fuerzas del virrey resultaron derrotadas. El 25 de mayo el mismo general Carrera tomó a los realistas la ciudad de Concepción, capital de Chile meridional; el 29 de apoderó de Talcahuano, en la bahía del mismo nombre, puerto de la ciudad de Concepción. Tomó también un navío español que venía con cincuenta mil pesos a bordo en

ayuda del ejército limeño. Mediante otras rápidas y audaces operaciones se preparó Carrera el camino del poder que asumió poco después.

En mayo de este año fue fundada en Buenos Aires una oficina de vacunación, bajo la dirección científica y filantrópica del doctor Segurola, quien, con perseverancia filosófica y gran poder persuasivo, se dio a la ardua tarea de combatir los prejuicios contra la cura de una peste que durante siglos había sido el azote de su pueblo. En un principio el doctor Segurola vióse obligado a traer arrastrados, por así decirlo, a padres y a hijos hasta su oficina; pero más tarde pudo tener la satisfacción de verlos apiñados a la puerta de la misma oficina y hubo de buscarse un ayudante para efectuar cumplidamente su trabajo diario. En elogio del gobierno debe decirse que el médico[1] fue secundado con generosidad y pericia por el Estado.

El obispo de Córdoba, Orellana, aquel inveterado realista que se había unido a Liniers y arengado a sus tropas en la batalla, se adhirió abiertamente a la causa patriota renunciando a sus diezmos de Córdoba para ofrecer todas las rentas vinculadas a su mitra como libre tributo en favor de la patria. Este hecho tuvo mucha significación, porque en Sud-América como en otros lugares menos remotos, un obispo, generalmente, es persona de notable influencia política.

En el Paraguay se anunciaba una crisis, sobre todo en lo tocante a las relaciones con Buenos Aires. Como lo dijimos ya en nuestra obra anterior, el señor Herrera, embajador de Buenos Aires, se encontraba en Asunción y discutíanse los términos de un tratado político y comercial, pero el abigarrado congreso, ya descripto, rechazó todas las condiciones y proclamó al doctor Francia primer cónsul; luego aceptó sus torcidos proyectos e hizo salir a Herrera del Paraguay, apenas con la protección necesaria para evitar que fuera víctima de los odios que Francia había concitado contra él.

El 21 de junio Belgrano entró en Potosí a la cabeza de su ejército auxiliar; en la isla de Martín García tuvo lugar un episodio muy animado: el teniente Caparroz cargó con dieciocho dragones montados contra una fuerza española de setenta hombres y tres piezas de artillería.

En junio de este mismo año (1813) el general Goyeneche, co-

[1] En realidad, se trataba de un dignatario de la Iglesia Católica.

mandante en jefe del ejército del Perú, fastidiado por las intrigas, descorazonado por la derrota y ansioso por alcanzar un triunfo duradero, renunció el mando en manos de Hinestrosa, nombrado en Lima para sucederlo. Y diríase que para compensar el mal cariz de la causa española en el Perú y Chile, entraron en la bahía de Montevideo la fragata española *Prueba* y poco después el navío *San Pablo*, de la misma nación, con un refuerzo de dos mil hombres destinados a combatir contra los patriotas.

En Chile, el infatigable don José Miguel Carrera puso sitio a Chillán, pero se vio forzado a retirarse y en consecuencia a levantar el sitio, no obstante haber tenido éxito en sus primeras operaciones. Durante este año se reveló en el teatro de la revolución el célebre chileno O'Higgins, entonces coronel del ejército, que, con una fuerza de doscientos hombres rechazó —después de un serio combate en Los Ángeles, su tierra natal— a quinientos soldados enemigos.

En el Perú las cosas presentaron una vez más mal aspecto para la causa patriota. Belgrano sufrió una severa derrota en Vilcapugio, la cual —conforme se anunciaban entonces esas cosas— fue presentada primero como una victoria, luego como una acción de resultados dudosos, después como una desgracia, hasta que por último hubo de confesarse que el general español Pezuela había quedado dueño por completo del campo, obteniendo, en pocas palabras, una decisiva victoria. Por entonces ganaron alguna fama dos jefes destinados a distinguirse mucho en años posteriores de la revolución. Uno de ellos fue Lamadrid, que atacó a las avanzadas enemigas con treinta hombres; y el otro don Hilarión de la Quintana, que con unos pocos reclutas cayó sobre los españoles en Gualeguaychú y obligó a quinientos hombres a refugiarse en sus barcos. Éstos formaban parte de una expedición que se había dado a la vela desde Montevideo —nunca se supo con qué objeto preciso— poco después que llegaron a la ciudad los dos barcos de guerra españoles con transportes y tropas. Desembarcaron en diversos lugares de la costa pero fueron invariablemente rechazados con muchas pérdidas y obligados a volver a Montevideo para dar cuenta de su desgraciada aventura.

Los derechos de importación fueron rebajados este año a un 25% *ad valorem*.

Carta XXXVI

Intrepidez de los porteños. El director Posadas. El Queche. Creación de la escuadra. El general San Martín y los asuntos del interior. El general Alvear. Un día de júbilo en Buenos Aires. Éxito general de los patriotas. El almirante Brown. Captura de la escuadra de Montevideo. La entrada triunfal de Brown en Buenos Aires.

Este año de 1814 fue uno de los más apasionantes por las arrojadas empresas y los bien ganados triunfos *per mare ac terram* que pusieron de manifiesto —más que nunca hasta entonces— la intrepidez, la perseverancia gallarda y la energía de los porteños, o sea de los nativos de Buenos Aires.

Todos los hombres que se desempeñaban en el teatro de aquella acción eran, cual más cual menos, hombres de talento. Posadas, el director, era ecuánime, reflexivo, aunque un tanto débil de carácter. Herrera, su secretario, mostrábase inteligente, perspicaz, elocuente y un completo *homme d'affaires*. Rondeau como jefe, era cauto, circunspecto y sin embargo no le faltaba osadía ni valor; en tanto que Alvear, su reemplazante en el comando del ejército sitiador de Montevideo, era vivaz, activo, ambicioso, muy emprendedor, osado y valiente. Pero quien se destacó en el proscenio como héroe de aquel drama fue un compatriota nuestro, William Brown, que, secundado y aconsejado por Mr. White (ciudadano de los Estados Unidos), aparecía como un segundo Cochrane o Napier y había sido nombrado almirante de la escuadra de Buenos Aires.

Buenos Aires no había tenido escuadra con bandera independiente hasta que White y Brown le dieron existencia. La base de la flota fue un *queche* pequeño (ya mencionado), que no era barco pirata pero se movía sobre las aguas como si llevara clavada en el tope del mástil la bandera negra y, dirigido por un hombre intrépido, había sembrado la consternación entre los enemigos de la patria. Éstos estaban —hay que confesarlo— acobardados, porque *queche* y diablo habían llegado a ser términos

sinónimos en el lenguaje de los marinos. White era uno de esos espíritus sagaces, y Brown uno de esos caracteres originales y atrevidos a los cuales no podemos acercarnos sin reconocer en ellos algo así como un destello luminoso. Así se explica que muchos comerciantes les vendieran sus barcos en condiciones muy favorables para el gobierno y que buen número de marineros desertaran de todos los buques para incorporarse como tripulantes a la flotilla de Brown. Brown sustrajo a las pulperías sus mejores clientes y en seguida se vio a la cabeza de diez o doce *quasi* guerreros que mostraban sus dientes a babor con la bandera argentina en la mano, buscando ansiosos una presa bajo los ojos de lince de su almirante.

Para ese tiempo estaba en el interior el general San Martín, gobernador de Cuyo, que preparaba ya su gigantesco plan de cruzar los Andes, reconquistar a Chile y proseguir hasta las puertas de Lima en el Perú. Carrera, Mackenna y O'Higgins hacían frente al enemigo común en las costas del Pacífico; y en el norte, Güemes y Rondeau, lenta pero firmemente, continuaban sus incursiones y avances en el territorio ocupado por el ejército del general realista Pezuela. Nuestro viejo amigo paraguayo —y también *compadre*—, don Gregorio de la Cerda, era secretario del gobierno de Córdoba y séanos permitido agregar que el doctor Vargas, celebridad paraguaya (nunca más inflado que ahora), apareció en Buenos Aires vestido de frac y en misión que le había sido encomendada por el gobierno de su provincia natal, Mendoza.

Entrando en mayores detalles diremos que Alvear fue nombrado el 27 de diciembre de 1813 comandante en jefe del ejército de Buenos Aires y lo llevó a los Olivos, distante unas tres leguas de la ciudad, para organizarlo y darle instrucción. Advertíase que los asuntos políticos estaban próximos a una crisis y con el fin de llevar las tropas de la guarnición al campo de operaciones, todos los ciudadanos, hasta la edad de cincuenta años, fueron obligados perentoriamente a alistarse en los varios cuerpos de milicias que se organizaban. Se levantó un empréstito de quinientos mil pesos, unas cien mil libras esterlinas; el poder supremo quedó delegado en un solo individuo, don Gervasio Antonio de Posadas, quien asumió el mando con todo el ceremonial y la pompa acostumbrados.

Es un espectáculo realmente agradable el que ofrece una noche de regocijo público en Buenos Aires. En su totalidad los

habitantes (literalmente la totalidad si exceptuamos uno o dos sirvientes que se dejan al cuidado de las casas) salen en traje de fiesta para dirigirse a la Plaza Mayor. Dos o tres bandas de música ejecutan piezas en la recova del Cabildo, o casa consistorial, y las bandas de algunos regimientos recorren la ciudad seguidas por miles de personas de toda categoría. En la plaza del mercado suelen obsequiar agua azucarada, frutas y flores. El edificio del Cabildo se ilumina. Muchas personas reciben invitación para un gran baile que se da en el Cabildo pero no se impide la entrada de nadie al local siempre que se presente bien vestido. Puede entonces uno formar parte de la concurrencia sin conocer a nadie y, una vez allí, si sabe conducirse bien y tratar convenientemente a los demás, está en condiciones de bailar toda la noche con las mujeres más bonitas del salón y ponerse en relación con sus familias y visitarlas en el día siguiente.

Fiestas así se realizaron con motivo de la elección de Posadas como director y todo esto alternado con vítores y aplausos y votos por la suerte del país.

El 12 de febrero San Martín fue nombrado jefe del ejército situado en Tucumán y en marzo de ese año Rondeau estaba cerrando cada vez más el sitio de Montevideo. En Chile se dieron varias escaramuzas y pequeños combates en que los jefes patriotas Carrera, Mackenna y O'Higgins sacaron ventajas, lo mismo que San Martín en sus operaciones contra los enemigos en Tucumán.[1]

Alvear se embarcó el 7 de mayo en Buenos Aires con destino a la Colonia llevando un considerable refuerzo de tropas al ejército que sitiaba a Montevideo y tomó el mando el 17 del mismo mes. Rondeau había sido enviado al ejército del Perú para dejar su sitio al joven general. El día en que Alvear se hizo cargo de las fuerzas, anunció que ambas flotas, la de Buenos Aires al mando de Brown y la de Montevideo comandada por Michelena, después de dos días de calma y de haber estado a la vista una de otra, se habían movido a favor de una brisa y Brown iba en persecución de los de Montevideo llevándolos ya muy cerca. El cañoneo fue aumentando cada vez más hasta que al fin se hizo más y más débil y luego cesó por com-

[1] San Martín no libró ningún combate en Tucumán y en octubre de 1814 se produjo el desastre de Rancagua, en Chile, fatal para la causa patriota. *(N. del T.)*

pleto. Así lo informaba Alvear desde Miguelete, cerca de Montevideo.

El parte que el almirante Brown dio sobre la acción entre las escuadras combatientes dice así:

"Sr. D. Juan Larrea, Secretario de Estado en el Departamento de Hacienda y Encargado del armamento naval del Estado.

"A bordo de la Hércules, al frente de Montevideo, 19 de mayo de 1814.

"Para que lo ponga V. S. en noticia del Excmo. Supremo Director tengo el mayor placer en participar a V. S. que el 14 del corriente al amanecer zarpó y se hizo a la vela del Puerto de Montevideo la escuadra enemiga compuesta de las corbetas Mercurio, Mercedes, Neptuno y Paloma; de los bergantines San José, Hiena y Cisne, una goleta, la balandra de Castro, el falucho Fama y lugre San Carlos, resuelta a apresar y conducir a su puerto la que yo mando; mas su empresa ha abortado, sin duda porque así lo ha querido la Divina Providencia que todo lo encamina a lo mejor. La pequeña escuadra de mi mando constaba de las corbetas Hércules, Belfast, Agreable y Zafir, bergantín Nancy, goleta Juliet y Zumaca Santísima Trinidad. Desde luego me propuse no empeñar inmediatamente la acción, sino darla a una distancia regular de Montevideo; y lo conseguí sólo con la pérdida de dos muertos y un herido, por medio de un falso ataque que sostuvo principalmente la corbeta Hércules. El viento escaso proporcionó al enemigo, que se hallaba auxiliado por grandes lanchones que llevaba consigo, una ventaja que luego no me pesó, porque aprovechándose de ella el enemigo hizo rumbo al Este, y como por la tarde cambiase el viento, me hallé en proporción de cortarle su retirada, a la que se manifestaba muy inclinado. Como el viento continuase del sureste y creciese la marea, ambas escuadras tuvieron que fondear a distancia una de otra como de una legua, y así permanecieron algo al este del Buceo hasta las ocho de la noche, a cuya hora zarpamos y nos mantuvimos al Sur sin perdernos de vista en toda la noche, por medio de anteojos al intento. Los enemigos siempre inclinados a huir y nosotros a seguirlos.

"El queche Hiena, que estaba a la cabeza de la escuadra, estuvo a tiro de fusil de la Hércules, mas aprovechándose de su mucho andar, después de haber recibidos dos andanadas a metralla y bala, se largó y separó de sus compañeros. En él se descubría distintivo de Jefe y no obstante eso se complació en huir. Ocupamos la mañana del 15 en perseguir al enemigo con vientos flojos y a remolque los buques. A la una de la tarde anclaron las dos escuadras, y a las ocho de la noche, como fuese oscura, y el viento se llamase al Nor Este, el enemigo se levó y corrió cuanto el viento lo permitía. A las 10, cuando aclaró, se llenó de desesperación la gente de mi escuadra, porque no vio la enemiga; zarpamos y navegamos en vuelta de isla de Flores, mas no continuamos en este rumbo. Así que amaneció el 16, no creo que hubiese uno en la escuadra que no se llenase de placer al descubrir la enemiga al Este. Poco después una zumaca mandada por el capitán Terreres se descubrió tan inmediata al enemigo que sólo pudo salvarse por milagro porque si hubiesen estado resueltos a esperarnos, debían haberla apresado: pero no, ellos se mantuvieron dirigiéndose al *queche*, acortando la vela de cuando en cuando, esperando los buques que se hallaban a barlovento a los que estaban sotaventados. A la una de la tarde se reunió a la escuadra la zumaca; la Agreable y el Nancy se mantenían a distancia. A las 2 nos pusimos en seguimiento del enemigo a remolque y con poco viento, mientras él procuraba evitar por todos los medios posibles que lo alcanzásemos. En este estado, haciendo fuego cuando la distancia lo permitía, continuaron la caza la Hércules, Belfast, Zefir, dos zumacas y goleta Juliet hasta las 10, en cuya hora, hallándose a la cabeza de nuestros buques la Hércules, alcanzó a los buques enemigos que se hallaban a retaguardia, les hizo dos descargas y puso aquella parte de la escuadra enemiga en tal confusión, que a pocos minutos el bergantín San José y las corbetas Neptuno y Palomo se rindieron, teniendo la satisfacción de hacer presente al ánimo sensible de S. E., que se han perdido muy pocas vidas; a la verdad por nuestra parte no hemos tenido más desgracias que las del día 14. El resto de la escuadra enemiga aprovechó el momento en que tomábamos posesión de los buques rendidos, y a favor de la oscuridad de la noche se dirigió a su puerto, hasta donde fueron perseguidos con la posible diligencia; y si el Mercurio, la Fama y el lugre que fueron los que solamente pudieron ganarlo por entonces, hubiesen tenido que navegar una legua más, los tres habrían sido apresados por el Hércules que como el más a vanguardia les dio caza hasta tiro de cañón de la plaza.

"El bergantín Cisne, la balandra de Castro y una goleta, viendo que no podían escaparse, porque el Hércules estaba entre ellos y el puerto, se vinieron a la playa del Sur Oeste del Cerro en donde fue apresada la goleta y quemados los otros dos. Las tripulaciones se refugiaron al Cerro. Por un efecto de su poco andar, la Agreable y el Nancy no pudieron reunirse a los demás a tiempo de tomar parte en la acción. De este modo, las Provincias del Río de la Plata han conseguido una completa victoria sobre una fuerza enemiga muy superior que, nada menos se había propuesto que cortar el pescuezo a todos los que estábamos en la escuadra, a cuyo fin la tripulación de la suya había sido armada con largos cuchillos, cosa que apenas puede creerse. Sea de esto lo que fuere, debo recomendar, muy particularmente, que sean tratados como prisioneros de guerra. Usar de represalias sería debilidad y perdonarlos sería generosidad. La crueldad se aumenta por actos de la misma naturaleza. Estos hombres deben ser enseñados más bien por el buen ejemplo que por la retaliación.

"Los prisioneros son en número de 500 poco más o menos. El número de oficiales de una y otra clase es inmenso en proporción al de marineros y soldados.

"El armamento que se ha tomado lo ignoro aún, pero según los informes que he recibido parece que es en número considerable.

"El enemigo está bien anclado y amarrado en el puerto.

"S. E. el general Vigodet me ha dirigido en el falucho Fama un parlamento al día siguiente de la acción, que incluyo original, y en copia mi contestación y la del pasaporte que he concedido al queche para que pase a esa. El edecán de S. E. que vino conduciéndolo me propuso un canje de prisioneros a que no he accedido. Yo espero que mi conducta en este particular será aprobada por S. E. en el supuesto de que mi ánimo ha sido acertar.

"Felicitando a S. E. por este suceso, y recomendando a su generosidad los comandantes, oficiales, marineros y soldados de la escuadra de mi mando, tengo el honor de ser de V. S. su sincero obediente servidor.

Guillermo Brown."

Esta acción fue la que decidió la caída de Montevideo: la guarnición, sitiada estrechamente por el ejército de Alvear e impedida ahora de obtener recursos por mar, sintió lo desesperado de su situación y pensó en capitular.

Brown desembarcó en Buenos Aires el 25 de mayo, aniversario de la revolución, trayendo entre los barcos de su flotilla a los capturados en el combate y también quinientos prisioneros entre los que figuraban algunos oficiales distinguidos y gran cantidad de pertrechos de guerra. Ya hemos visto que hubo b r-cos incendiados y que las pérdidas del almirante de Buenos Aires se redujeron a dos hombres muertos y un herido.

El valeroso inglés —honra de este país como lo hubiera sido de cualquier otro— fue recibido con aclamaciones generales por parte de toda la población de Buenos Aires que se congregó en el muelle y en el paseo público[1] para presenciar la entrada triunfal. El modesto marino se condujo con sincera humildad y ganó con esto ante la población casi tanto como había ganado con su reconocida intrepidez. El día fue celebrado con toda clase de festejos. "Viva Brown" y "Viva la Patria" eran los gritos de triunfo y de admiración que daban reiteradamente las miles de personas reunidas.

Todos los oficiales de la armada fueron ascendidos y Buenos Aires empezó a considerarse ya como una potencia marítima sin darse cuenta de que no tenía medios para mantener una flota y que la creada como por arte de magia por el genio de White, para ser utilizada por Brown, hubiera tenido que ostentar un ramo de retama en el palo mayor de cada barco —señal que se pone a los buques en venta— el día en que estos hombres activos dejaran de actuar en el mar.

La carta siguiente tratará de la toma de Montevideo por Alvear, empresa más fácil para él que lo fue para sir Samuel Auchmuty cuando por primera vez bombardeó la ciudad y la tomó por asalto.

LOS AUTORES

[1] La Alameda, actual calle Leandro N. Alem, entre la Casa de Gobierno y el Correo. *(N. del T.)*

CARTA XXXVII

EL GENERAL ALVEAR TOMA LA CIUDAD DE MONTEVIDEO. OTORGUÉS. APRECIACIONES SOBRE LA CAPITULACIÓN. DECRETO SOBRE ARTIGAS. HONORES QUE LE SON CONFERIDOS. BUENOS AIRES Y ARTIGAS. LA FORTUNA FAVORECE A ALVEAR. INTENTOS DE BUENOS AIRES PARA SOJUZGAR A LAS PROVINCIAS. ABUSOS DE SU PODER.

Allanado el camino para la ocupación de Montevideo mediante la brillante acción de Brown, y como las fortalezas fueron desde entonces castigadas por mar y tierra, hasta no dejar a los sitiados otra alternativa que la rendición o el hambre, a 20 de junio de 1814 el gobernador don Gaspar de Vigodet entregó la plaza por capitulación con el general porteño. No pudo saberse con claridad cuáles fueron los términos de esta capitulación, pero generalmente se admitió que eran honrosos para el jefe y para la guarnición española. Con todo, nunca se hicieron públicos y la relación de todo aquel asunto fue transmitida verbalmente al supremo director por un oficial de la confianza de Alvear, el coronel French. Lo cierto es que, cuando las fuerzas de Buenos Aires tomaron posesión de la ciudadela y de los fuertes, las fuerzas españolas permanecían allí todavía y se entendió por todos que iban a salir con los honores de la guerra. Pero el 23 de junio, tres días después de la capitulación, el general Alvear, creyendo o afectando creer que el gobernador español Vigodet tenía ciertas miras siniestras, dejó de lado la capitulación y declaró que la plaza se había rendido *at discretion.*

Ciento cincuenta de sus oficiales y más de setecientos hombres fueron encerrados entonces como prisioneros en la Casa de los Negros y en la panadería de Pérez, a extramuros de la ciudad y de allí embarcados como prisioneros de guerra para Buenos Aires.[1] ¿Hasta dónde podía ser justificable tal proceder? En

[1] Véase el despacho de Alvear al Supremo Director, fechado el 30 de junio de 1814.

verdad carecemos de los medios necesarios para pronunciarnos en este asunto. Alvear pudo haber tenido sus razones para obrar así y pudo no haberlas tenido también. Habiendo interceptado una carta de Otorgués para el comandante de las tropas españolas, en que lo invitaba para unirse a su ejército, Alvear resolvió atacar a aquel enemigo suyo, a quien llamaba "caudillo", vale decir jefe no autorizado. Otorgués protestó contra ese tratamiento, porque se hacía llamar "jefe de los Orientales" y solicitó de Alvear que la plaza de Montevideo fuera entregada a sus dueños legítimos. Alvear derrotó a Otorgués, a quien consideraba rebelde, en un lugar cercano a Las Piedras, ciudad situada no lejos de Montevideo. Desde ese momento toda la Banda Oriental y Entre Ríos quedaron bajo el dominio de Buenos Aires. Entonces se dejó sentir la ambición. Alvear no solamente había recogido los laureles ganados por él sino los de quienes le precedieron en la guerra, y se preparó para realizar grandes cosas en un campo más vasto. La verdad es que él había tomado Montevideo y pacificado la Banda Oriental. Lo más extraordinario fue que llegó hasta concluir una tregua con Artigas, en consecuencia de la cual el supremo director de Buenos Aires dio el siguiente decreto:

"Buenos Aires, agosto 17 de 1814.

"Resultando de la correspondencia interceptada en Montevideo que don José Artigas no tenía parte en la coalición de algunos oficiales de la Banda Oriental con los jefes de la plaza; y atendiendo a su conducta posterior al decreto de la proscripción y a lo convenido con el general don Carlos de Alvear, he venido en declararle, oído previamente mi Consejo de Estado, buen servidor de la patria, reponerlo en su grado de coronel del Regimiento de Blandengues con todos los honores y prerrogativas, y conferirle el empleo de comandante general de la campaña oriental de Montevideo, sin que las resoluciones anteriores puedan perjudicar su opinión y mérito.

Gervasio Antonio de Posadas."

Y sin embargo, Artigas era el hombre por cuya cabeza se había ofrecido un premio de $6.000 pocos meses antes; el hombre que había sido cubierto con todos los denuestos que puede ofrecer el léxico español; el hombre que, no obstante ser el más

entusiasta, firme y emprendedor de los componentes del ejército revolucionario, se había visto menospreciado por los jóvenes de la nueva escuela y declarado indeseable por los graves señores del Consejo que lo fulminaban con decretos de proscripción.

¿Qué podía explicar entonces un tono tan distinto en este decreto que concedía poderes a Artigas, poderes que él suscribió con sentido oportunista, burlándose interiormente mientras su espíritu inquieto y ambicioso escondía proyectos de más vasto carácter? Por lo que respecta al mismo Artigas, habremos de decir que veía en Otorgués un rival poderoso para sus propias aspiraciones a jefe supremo de la Banda Oriental; que las fuerzas de Buenos Aires eran muy respetables en aquel momento para resistirse a ellas y que, apareciendo Artigas como aliado a esas fuerzas poníase en condiciones de atemorizar a su adversario Otorgués.

También este último aspiraba al comando supremo y tales pretensiones de su parte ponían a Artigas, el coronel de Blandengues, fuera de sí. Por otra parte, los porteños encontraban muy bien eso de poner a Artigas en contra de Otorgués. En verdad todo aquello se mantuvo como una llaga viva todavía y apenas recubierta que al menor roce debía nuevamente abrirse. Buenos Aires, aparentemente, tuvo en sus manos la suerte de las provincias circundantes, y Alvear, muy satisfecho —y como agente principal que había sido de la nueva situación—, se dispuso a representar su papel principal en aquel drama político.

Indujo así al supremo director Posadas a poner a don Nicolás Rodríguez Peña (amigo íntimo de Alvear e instrumento suyo) en el gobierno de Montevideo. El nuevo gobernador fue recibido con reales honores y Alvear en un florido discurso (27 de julio de 1814) se despidió de sus compañeros de armas y partió para Buenos Aires.

Nunca, desde el comienzo de la revolución, Buenos Aires se había visto en situación tan pingüe y floreciente. Pezuela se retiraba ante el ejército auxiliar del Perú sin poder resistir los ataques aislados y guerrillas de Rondeau y Güemes; el sentimiento general estaba contra el jefe peruano; los desastres en Chile y el espíritu excitado y fluctuante de los políticos limeños contribuían a que Pezuela —no obstante ser un hábil general— empezara a sentir que la tierra temblaba bajo sus pies.

Estas circunstancias, que de haber sido bien aprovechadas

hubieran sido parte a consolidar el poder de Buenos Aires y sus armas, sirvieron únicamente para terminar con él. Infatuado el gobierno, empezó a tomar medidas odiosas contra las provincias; a desbaratar sus convenios mutuos relacionados con sus autonomías, imponiéndoles al efecto leyes odiosas y mandando sus propios sátrapas para darles ejecución. Así incorporaban una provincia a otra provincia y les concedían el privilegio de mandar diputados a la Asamblea *dependiente* del gobierno central.

La agitación produjo en algunos casos enfriamientos de relaciones, disgustos en otros y en general despertó sentimientos de hostilidad, ahogados durante cierto tiempo por la abrumadora opresión de la capital. El gobierno decretó que la provincia de Entre Ríos quedará unificada como provincia bajo su inmediata dependencia, y reunió en otra provincia los departamentos de Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca. A cada una de ellas fueron enviados como gobernadores funcionarios de la capital; fiscales, abogados y empleados que, no satisfechos con el goce tranquilo de sus lucrativos empleos, cometieron frecuentemente verdaderas exacciones.

Los petimetres de las ciudades del interior cayeron postrados ante los pulidos porteños; y los vecinos en general, sin saber cómo, cayeron de pronto en la cuenta de que no eran dueños ni siquiera de sus propias casas.

Estas circunstancias dieron como resultado un movimiento general de reacción que llamó a Buenos Aires a la reflexión y le hizo sentir que el abuso del poder termina por deparar a sus autores graves penalidades y castigos.

LOS AUTORES

CARTA XXXVIII

DON CARLOS DE ALVEAR. LOS HOMBRES PÚBLICOS SE DEBEN AL PÚBLICO. ALVEAR ELECTO DIRECTOR SUPREMO. SU SITUACIÓN. INESTABILIDAD DE SU GOBIERNO. LA COALICIÓN CONTRA ÉL. ARTIGAS PROTECTOR. EL DESTINO DE LOS ALVEARISTAS. LA BATALLA DE SIPE-SIPE.

Don Carlos de Alvear era, y me place decir que es (porque está todavía en el mundo de los vivos), un hombre de buena familia, de porte y espíritu marcial, de ingenio vivo, valiente, generoso, y en sus maneras un perfecto *gentleman*. Su aspecto, como su carácter, revelaban un tinte aristocrático que fue disminuyendo con los años y la experiencia, y pasa casi inadvertido en el día de hoy.

Cuando, orgulloso por la conquista de Montevideo y de la Banda Oriental, de edad de veinticinco años apenas, vestido con espléndido uniforme y con una esposa muy bella —admiración de los hombres y envidia de las mujeres—, Alvear volvió a Buenos Aires con el proyecto de ser elegido director supremo del Estado, su tren de vida y sus maneras acabaron por hacer perder la paciencia de sus conciudadanos. Por un amigo que ganaba, Alvear hacía probablemente diez enemigos. El punto débil de su carácter estaba en la falta de originalidad de pensamiento y de firmeza en los propósitos. Se había rodeado de *doctores* dejándose llevar por políticos astutos y casi nunca podía "coger el viento" como dicen los marineros, para luchar contra la marea de la adulación. Tan bueno era que muy rara vez contestaba negativamente al capitán que le pedía con deferencia y humildad los despachos de mayor, o al mayor que le pedía los de teniente coronel, o al teniente coronel que le solicitaba los de coronel... A sus aduladores o a quienes creía sus amigos y veía como sus soportes en el orden militar, no les negaba nada.

Al tratar del general Alvear, como hemos sido y somos sus amigos —y creemos que él lo es de nosotros—, queremos dejar

bien sentado que si nuestro juicio puede aminorar en algo su personalidad, no encierra ninguna especie de malicia y estaríamos dispuestos a leérselo al mismo general en su tranquilo retiro, lejos de la vida militar y de las luchas políticas;[1] creemos también que su propia sinceridad, su espíritu liberal y su buen sentido habrían de admitirlo como verdadero. Por otra parte, el general Alvear, como todos los hombres públicos, está sujeto al juicio público y mientras él tiene derecho a exigir una pintura imparcial de su carácter, no desfigurada por la pasión partidista ni por la enemistad personal, no puede pretender —y seguramente no pretende— ocultarse tras sus buenas cualidades como tras un baluarte exento de brechas que serían, en este caso, los puntos débiles de su personalidad.

Estas observaciones, aunque aplicables en la ocasión al general Alvear, deseamos tenerlas como norte para juzgar a todos los grandes hombres sudamericanos; y esto sentado, prosigamos ahora con los sucesos históricos, para exponerlos con algunos detalles.[2]

El 10 de enero de 1815 Posadas, aunque con desgano, pero en apariencia espontáneamente, renunció al cargo de director supremo en las manos del conquistador de Montevideo que fue investido del mando legalmente y con mucha pompa y formalidad. El mayor de los autores de estas cartas presenció, desde un balcón frente a la Catedral, el paso del imponente cortejo que salió del venerable edificio después de escuchar el *Te Deum*. Alvear era el blanco de todas las miradas. Notábasele un tanto pálido y conmovido bajo todos aquellos honores, pero marchaba erguido en medio del cortejo y daba la impresión de sentirse superior a cuantos le rodeaban. Por la tarde, Mr. J. P. R.[3] asistió a una comida en el Fuerte donde había unos cien invitados; ya avanzada la noche, el joven director, recobrado de la emoción de la mañana, se mezcló alegremente entre los danzantes del palacio donde estaban los vecinos más respetables de Buenos Aires. Alvear hallábase ahora como en su casa; sus maneras eran sueltas, afables y naturales; la animada convicción de que había llegado a ser el primer hombre del país parecía irradiar en torno suyo.

[1] Cuando esto escribían los hermanos Robertson, Alvear era ministro argentino en los Estados Unidos. *(N. del T.)*

[2] Véase Apéndice, volumen III.

[3] Juan Parish Robertson. *(N. del T.)*

Placenteras son las sonrisas y condescendencias de los príncipes; hay en ellas un hechizo singular que puede solamente valorarse cuando se han perdido para siempre.

Una de las primeras medidas del general Alvear fue dividir su ejército en tres secciones: la primera bajo su mando personal, otra bajo el comando de Rondeau; la otra fue confiada a Estanislao Soler.

Herrera, el viejo amigo que conoció J. P. R. en el Paraguay, embajador fracasado que fue ante el doctor Francia, vivo, astuto, lleno de sagacidad, era ahora secretario de Estado y por cierto que él y su jefe instituyeron un famoso ceremonial.[1] Para visitar al señor Herrera se hacía necesario ver previamente a un subalterno y para obtener audiencia de Alvear había que pasar por las manos del señor Herrera. Entonces Su Excelencia, paseándose por el gran salón del palacio, recibía con una ligera inclinación, hablaba en *diplomatique*, decía que el asunto iba a ser considerado con detención y despedía al visitante como lo había recibido, es decir con fría caballerosidad. Y nada, como no fuera el tiempo, o el antecedente de una vieja amistad, o un objeto muy favorable a las miras personales del director, podía fundir el hielo de esa frialdad ceremoniosa. Había introducido una práctica desconocida hasta en tiempo de los virreyes, la de aparecer en público seguido de una regia escolta formada por granaderos a caballo y se abstenía de concurrir a toda reunión que no fuera de carácter oficial. Todo esto terminó por disgustar a los republicanos pero altivos porteños; y Alvear, que no tenía partido en las provincias, ni solidaridad de sentimientos con los gauchos (que lo consideraban un petimetre así como él los tenía por bárbaros), pronto empezó a sentir que el sillón directorial, lejos de resultarle una sinecura, estaba en continua sacudida y podría serle fatal.

El director sentíase impaciente e inquieto a no poder más, y cuando cabalgaba por esas calles con su aparatosa escolta, fácil era darse cuenta de que no se hallaba muy cómodo en el mando. Como tenía conciencia de que su poder no estaba muy seguro, empezó a experimentar celos y desconfianzas de las personas ajenas a su propio partido. Los arrestos y los destierros se hicieron frecuentes, aunque creemos que sólo una vez aplicó a sus

[1] Juego de palabras intraducible. *State* significa Estado y también ceremonial, fasto, pompa, aparato. *(N. del T.)*

enemigos la pena de muerte. Los hombres del director en las provincias seguían los pasos de su jefe; el ejército, como lo hemos dicho, había sido organizado en tres divisiones: la del Perú estaba confiada a Rondeau, la de la Banda Oriental a Soler y la de Buenos Aires y ciudades próximas bajo el comando del propio Alvear. Fieros y altisonantes decretos se daban fulminando a la conspiración y a la traición, y los arrestos se producían por lo general a medianoche, con lo que se creó un clima de miedo y congoja entre la comunidad.

Convencido, por fin, de que solamente la intimidación militar podría mantener su vacilante gobierno, el 3 de abril de 1815 el director hizo marchar todo su ejército fuera de la ciudad, al campamento de Olivos, distante unas seis millas de Buenos Aires. Allí se mantuvo, reclutando y adiestrando sus fuerzas mientras la milicia se mantenía de guarnición en la plaza donde el general Soler hacía de gobernador intendente. Entonces se produjo una de las más singulares coaliciones que se hayan dado en Sudamérica, si se tiene en cuenta su amplitud y su unanimidad. En todas las provincias del interior, desde el pie de los Andes a Entre Ríos y desde el Cabo de Hornos al Perú, habíase dejado sentir para acentuarse luego, un murmullo, indicador, como el trueno lejano, de la tormenta que se avecinaba. Al final estalló sobre la maldecida cabeza del director y redujo a pavesas su gobierno. Artigas era dueño del poder en la Banda Oriental y naturalmente todas las poblaciones de ese territorio estaban ahora contra el director.[1] Nuestro viejo amigo Candioti era entonces gobernador de Santa Fe[2] y él fue quien invitó a su camarada don Pepe (José Artigas) a llevar sus tropas para libertar a la provincia de los odiados porteños. Artigas marchó a Santa Fe, los porteños huyeron de la ciudad y la noticia se esparció como fuego en el campo por toda la extensión del país. Las ciudades y las provincias proclamaron entonces por aclamación a José Artigas Supremo y Excelentísimo Protector de las Provincias del Río de la Plata.[3] Tres

[1] La Banda Oriental comprendía en esos momentos los territorios al oriente del Paraná, con Entre Ríos y Corrientes. *(N. del T.)*

[2] Candioti no era todavía gobernador. Fue elegido como consecuencia de la revolución contra Díaz Vélez, teniente de Alvear en Santa Fe. *(N. del T.)*

[3] No fueron todas las provincias las que proclamaron a Artigas Protector pero la verdad es que casi todas se pronunciaron contra Alvear y en pro del movimiento federal. Hasta San Martín en Cuyo le dio autonomía a San Juan... Después se la quitó. *(N. del T.)*

divisiones del propio ejército de Alvear se levantaron contra él, entre ellas la mayor, situada en Canelones.[1] Perplejo y confundido por estos movimientos que le repudiaban personalmente, Alvear sintió vacilar su poder, pero no se sometió por ello y amenazó desde afuera a la ciudad de Buenos Aires. Ante su actitud, construyéronse fosos de defensa y estacadas y se armaron todos los ciudadanos con no menores preparativos que los realizados para repeler al general Whitelocke, aunque ahora se trataba de un ataque llevado por los mismos conciudadanos. Simultáneamente, los diversos ejércitos de las provincias se aprestaron a marchar contra el odiado director, considerado ahora como rebelde.

Viendo que la partida estaba perdida, y como empezara a recelar de los mismos que lo seguían, Alvear optó por renunciar al mando que había ejercido apenas por el espacio de tres meses. Sus tropas no entraron en combate y Alvear estipuló solamente la seguridad de sus bienes y libertad personal suficiente para refugiarse en una fragata inglesa. Estas condiciones fueron garantidas, pero todos sus partidarios quedaron librados a su propia suerte y fueron puestos en prisión bajo terribles amenazas de confiscaciones y ejecuciones. Pero como los sudamericanos son de buen natural y todos más o menos tienen un compadre o protector, o alguna persona que se interese por ellos, una vez pasado el momento difícil y habiendo cumplido los prisioneros un mes de prisión en los cuarteles, donde pasaron cómodamente, con excepción de dos o tres, todos fueron puestos en libertad.

Alvear hubiera podido probablemente volver a tierra, de haberlo querido, pero se consideró mejor custodiado a bordo de una fragata inglesa.

Las tropas todas siguieron fieles al gobierno. Artigas cruzó nuevamente el Paraná y Álvarez Thomas tomó, muy tranquilo, posesión del mando. Pero en su mayoría las ciudades del interior decidieron mantenerse independientes de Buenos Aires y así se fue ahondando esa división entre la capital y las provincias que ha sido —y continúa siéndolo— la enfermedad del país y la ruina de su prosperidad.

Todos los ascensos concedidos por Alvear fueron sujetos a estricta revisión y en su gran mayoría cancelados. Así terminó

[1] Sin duda, Robertson puso Canelones por Fontezuelas. *(N. del T.)*

este asunto tan serio, sin derramamiento de sangre, quedando satisfechos únicamente el espíritu de partido y la pasión personal. San Martín fue por entonces elegido gobernador de Mendoza, provincia que como otras había declarado su independencia de Buenos Aires, pero que también —como las otras— se mostró dispuesta a entrar con Buenos Aires en tratados de comercio y alianza.

Todo empezó a mostrar cariz más favorable, especialmente en Perú, donde Rondeau llevó su vanguardia hasta Potosí y tomó posesión de los atrincheramientos de Pezuela en Cotagaita. Rondeau renunció al comando del ejército en la Banda Oriental y fue reemplazado por Alvear el 3 de junio. Rondeau permaneció en Potosí después de aceptar su nombramiento como Director Supremo de Buenos Aires; pero continuó con el ejército auxiliar, esperando obligar al general limeño a una acción decisiva. Este último, con cuatro mil hombres se fue retirando hacia La Paz y Oruro, ante el ejército de Buenos Aires, de más o menos la misma fuerza y que tenía su cuartel general en Ayohuma. El 26 de septiembre Pezuela estaba en Oruro y el 2 de octubre Rondeau en Chayanta.

Aunque el 22 de octubre se encontraron las avanzadas de los dos ejércitos y los de Buenos Aires dijeron haber llevado la mejor parte, lo cierto es que fueron rechazados y el 29 del mismo mes Rondeau fue derrotado en Sipe-Sipe con pérdida de dos mil hombres. Se retiró precipitadamente a La Plata, donde estuvo el 7 de diciembre con el propósito de reorganizar su ejército en la provincia de Cinti y una vez más tentar fortuna en una batalla contra Pezuela. Este hombre —Pezuela— se había impuesto a los porteños cuantas veces logró atraerlos cerca del Desaguadero. Entre los sucesos ocurridos en este año merecen consignarse los preparativos del general San Martín para cruzar los Andes y la muerte de don Francisco Antonio Candioti, el patriarca y gobernador de Santa Fe.

Osorio, el general español, se había posesionado de Chile; en Cochabamba se desarrollaba una guerra sin plan pero muy eficaz y corrían vagos rumores, que inquietaban al pueblo, sobre preparación en España de una gran expedición con vistas a reconquistar las colonias rebeldes. Pero esta expedición estaba destinada a no llegar nunca al Río de la Plata.

LOS AUTORES

CARTA XXXIX

EMPRÉSTITOS FORZOSOS. EXPORTACIÓN DE METÁLICO. EL ASUNTO DE SIPE-SIPE. EDUCACIÓN. DIVISIÓN ENTRE AMERICANOS. LA SOBERANA VOLUNTAD DEL PUEBLO. OBSERVACIONES. LA QUERELLA DEL GOBIERNO CON EL CAPITÁN FABIÁN. JUSTO TRIBUTO A DON MANUEL MORENO. EL PUEBLO OTRA VEZ EN ASAMBLEA. EL GENERAL VIAMONTE. DESPACHOS DE TUCUMÁN. EL CONGRESO NACIONAL. EL MINISTRO ESPAÑOL EN WASHINGTON. PUEYRREDÓN DIRECTOR SUPREMO.

En el año 1816 dióse comienzo a un sistema despótico por naturaleza y que fue motivo de fraudes y de tasaciones injustas que acabaron por llevar las finanzas del país a una completa desorganización. Este sistema fue el de los "empréstitos forzosos" en condiciones odiosas y contradictorias. Porque, ¿cómo ha de concebirse un empréstito, en el sentido estricto de la palabra, al cual estamos *forzados* a contribuir?

Sin embargo, los gobiernos sudamericanos, imprevisores y gastadores como lo son, hasta más allá de sus posibles, estuvieron de continuo acosando al pueblo y despertando sus odios con empréstitos que se levantaban, puede decirse, con la punta de las bayonetas.

Embarcados en un tal sistema, el 20 de enero de 1816 fue exigido un empréstito a los habitantes de Buenos Aires (incluso los extranjeros) de doscientos mil pesos, bajo condiciones inquisitoriales e irresistibles.

Otro grave error del nuevo gobierno fue la prohibición, bajo penas severas, de la exportación de metálico, como si una disposición gubernativa pudiera, *de facto*, frustrar las inventivas y mañas del hombre que, habiendo introducido sus mercaderías en el país, pagado sus impuestos y vendido aquéllas, tuviera todavía que regular su ganancia de la manera que resultara más provechosa para el mismo gobierno. Las medidas más severas fueron adoptadas —según se decía— para prevenir el contrabando, lo que importa decir que se pretendía obligar a un hombre a renunciar a su propio interés en obsequio de la comunidad. ¿Pero dónde podía encontrarse ese hombre?...

Desde Tupiza, Rondeau dirigió al gobierno —el 25 de diciembre de 1815— un oficio en el que confesaba sin ambages el desastroso suceso de Sipe-Sipe y le requería urgentemente un nuevo envío de armas y municiones.

Inspirándose en el deseo de promover la educación, el gobierno expidió un decreto el 20 de enero de 1816, encaminado al fomento de las ciencias matemáticas, a las que consideraba (forme juicio el lector sobre la exactitud de tal afirmación) como uno de los elementos que contribuyen a formar "el carácter de virtuosos y grandes ciudadanos". Suponemos que habrán tenido ocasión de advertir que para ello se requiere algo superior a los conos, los cuadrados y los cubos.

En los primeros meses del año a que nos referimos (enero de 1816) se dio comienzo a la fabricación de armas en Buenos Aires y don Esteban de Luca, director del arsenal, fue ascendido y premiado, para lo que se tuvo en cuenta su habilidad y ciencia en la fabricación de mosquetes y sables.

Como ejemplo de esa especie de erupción que de vez en cuando se producía en Buenos Aires y que tenía más o menos origen en la división que produjo la precipitada carrera de Saavedra, tomo la siguiente información oficial dada en *La Gaceta* de Buenos Aires el 17 de febrero de 1816:

"No es fácil hacer una relación circunstanciada de lo sucedido en esta capital en los días anteriores, ni es de presumir que interesa a otros el tenerla que a los mismos para quienes es ociosa por haber sido testigos de los hechos que se pudieran referir. Lo sustancial es que el señor Director creyó necesaria la reforma del Estatuto provisorio y la convocatoria del pueblo de Buenos Aires a un cabildo abierto, para que manifestasen su voluntad en tan grave negocio. Que después de varios obstáculos se reunió en los días 12 y 13 del corriente de un modo solemne; sus decisiones soberanas constan por el siguiente bando publicado el 14, que ha calmado todas las zozobras de los buenos"

El Director interino del Estado

"El día de ayer trece del corriente he recibido los oficios y documentos que se copian a continuación: Excmo. Señor: Tengo el honor de elevar a manos de V. E. la adjunta copia certificada de la que resultan los artículos acordados en la reunión del Pueblo Soberano, que se ha verificado en esta fecha, quedando

eligiéndose los individuos que se indican en el 7° y 8° y de los que daré a V. E. cuenta oportunamente. Dios guarde a V. E. muchos años. Iglesia de San Ignacio de Buenos Aires, febrero 13 de 1816. Manuel Oliden. Presidente del Pueblo. Excmo. Señor Director Provisional del Estado.

Copias de los documentos a que se hace referencia

"Estando en la iglesia de San Ignacio reunido el Pueblo Soberano y habiéndose pedido por el mismo se nombrase un presidente que hiciese cabeza y por cuya voz se guardase el orden en la sesión o sesiones que fueron precisas a la decisión de los puntos que motivan la expresada reunión, se hizo moción para que antes de proceder a la expresada elección se hiciese la de Presidente de momento, o interino, que autorizase la del de las ulteriores sesiones y pudiese llevar la voz en la decisión y señalamiento que se haga del método con que deba verificarse aquella; y por aclamación fue nombrado el señor Gobernador Intendente de esta provincia; y así lo acordó el Soberano Pueblo, tomando el señor Intendente en el momento posesión de su interino cargo, como yo el infrascripto el de secretario también interino, que me confirió el mismo Soberano Pueblo, de lo que certifico.

Bernardo Vélez."

"Incontinenti se procedió a la elección de Presidente de sesiones del Pueblo Soberano, como a la de secretario de las mismas, y por aclamación resultaron electos, para el primer cargo el mismo Señor Gobernador y para el segundo el infrascripto Bernardo Vélez, de que certifico.

Bernardo Vélez."

"En seguida, habiéndose leído por mí, el infrascripto secretario, el bando convocatorio del Pueblo Soberano y la nota impresa del Excmo. Señor director del Estado de fecha de ayer, invitó el Señor Presidente a todos los ciudadanos para que promoviesen todas las mociones que conceptuasen oportunas en las actuales circunstancias y relativas al objeto de la reunión; y después de discutidas las que se presentaron, se acordó lo que resulta de los siguientes artículos:

"Art. 1°) Queda sancionado que la honorable Junta de Observación no se separe de la presente soberana reunión, mientras no se decida lo contrario.

"2°) Se fijará el objeto de la presente Asamblea pública en el declarar si debe o no ser reformado el Estatuto Provisorio.

"3°) Que las autoridades quedan en el lleno de su poder en lo que no se contraríe a estos acuerdos, hasta la reforma que se haga, y que se ordena, sin perjuicio de estar todas ellas sujetas a lo que se resuelva en la misma reforma del Estatuto.

"4°) Que esto se hará por los sujetos que delegue o comisione el mismo Pueblo Soberano.

"5°) Que quedará sujeta a la sanción del mismo en una reunión igual a ésta en la que se acordará el modo con que debe hacerse la expresada sanción, imprimiéndose ocho días antes el Estatuto reformado o su reforma, para que el pueblo pueda instruirse suficientemente a fin de que no sea sorprendido.

"6°) Que el Poder Ejecutivo queda en el lleno y extensión de facultades que como a tal le corresponden.

"7°) Que se nombrarán incontinenti tres individuos que velen sobre la seguridad individual, reclamando del Poder Ejecutivo el cumplimiento de las leyes en el caso de transgredir los límites que le competen.

"8°) Que igualmente se proceda a la elección de vocales de la Junta Reformadora, que serán cinco.

"9°) Que los habitantes de la campaña de Buenos Aires concurrirán en los mismos términos que el Pueblo de la capital a la sesión en que se ha de tratar del modo de la sanción.

"10°) Que el señor Presidente oficie al señor Director con copia certificada de estos acuerdos, participándole que el Soberano Pueblo le encarga su cumplimiento en la parte que le corresponde.

[Firmado] *Manuel Luis de Oliden*,
Gobernador Presidente y
Bernardo Vélez, Secretario."

Dos observaciones surgen de la lectura de este documento: la primera es que el pueblo soberano había venido a ser, por lo menos en el papel, el gobierno supremo; y segunda que, si bien su poder era nulo de hecho, aquel cabildo abierto, así como el influjo popular, estaban en vías de incorporarse al Poder Ejecutivo y hasta cierto punto modificarlo y ejercer su vigilancia.

Con todo, tendremos que admitir que el mismo caso se da en todos los países y en los gobiernos que surgen en momentos de emancipación política.

A veces teníamos que lamentar que el gobierno de Buenos Aires tomara medidas hostiles, no solamente con el mismo pueblo del país, porque se producían también choques con nuestros comandantes navales, en prueba de lo cual voy a transcribir un documento oficial dirigido por don Antonio Luis Beruti al capitán Fabián, de la nave inglesa *Orpheus*. Este oficial Fabián, como lo veremos, no había hecho por cierto nada para captarse las simpatías del Ejecutivo.

Departamento de Guerra

"Buenos Aires, 2 de marzo de 1816.

"Señor Comandante de la Fragata de guerra de S. M. B. el *Orfeo*, D. Carlos M. Fabián.

"Después que el Excmo. Señor Director del Estado reclamó de V. S. como una pública infracción de la constante neutralidad que han observado los comandantes de las fuerzas navales de S. M. B. en este río, la acogida que se dio a bordo de la fragata *Orfeo* de su mando al capitán prisionero D. Francisco Reguera, substraído desde tierra por un oficial del mismo buque; y después de haber empeñado V. S. solemnemente su palabra de castigar a aquel privándole en adelante saltase en tierra para remitirlo a Inglaterra en su primera oportunidad, por haber infringido las terminantes órdenes que había impartido para que ninguna persona se recibiese sin ser autorizada con el pasaporte, S. E. ha recibido nuevas pruebas de la contradicción de tal oferta con desdoro de la autoridad de V. S. y manifiesta ofensa a la dignidad del primer magistrado de la Nación."

Así proseguía el director aduciendo cargos de la misma naturaleza contra el capitán Fabián, entre otros el de haber acogido y amparado ilegalmente a los coroneles Ríos y Cuesta, Iriarte y Corcuera y otros de grado inferior como Ortiz, Ladislao Martínez y finalmente Guillermo White.[1]

[1] Tan pronto habían olvidado los volubles porteños los servicios de White en la toma de Montevideo que aquél se vio obligado a buscar salvación en la fuga.

Es innecesario —y resultaría pesado— continuar con todas las quejas y alegatos de Su Excelencia, sobre todo porque se trata de incidentes sin importancia que no pertenecen en rigor a la historia de aquel tiempo y están expresados en lenguaje muy enfático que no se acomoda con una narración llana y sencilla de los sucesos.

Como prueba de las injusticias cometidas y para mostrar también la reparación de que fue objeto don Manuel Moreno (hermano de don Mariano), tan estimable y erudito, ahora ministro plenipotenciario en esta corte, transcribimos a continuación el decreto del gobierno de Buenos Aires fechado el 5 de marzo de 1816:

"No resultando probado delito de facción ni otro alguno contra la persona de D. Manuel Moreno, según aparece de la vista fiscal y dictamen del asesor particular de esta causa, vengo en declararlo así, y en su consecuencia continuará en las funciones y ejercicio de la plaza de oficial mayor de la secretaría del Estado en el departamento de gobierno, etcétera, etcétera."[1]

No pudo darse un acto de más estricta justicia, porque el señor Moreno es hombre probo y honrado, amable y modesto —no obstante su reconocido talento— y lo era entonces como lo es ahora en su calidad de embajador en esta corte.

El 27 de marzo de 1816 el pueblo se congregó en asamblea una vez más, conforme con una resolución previa del 13 de febrero, en la iglesia de San Ignacio para deliberar sobre los asuntos del Estado. En Santa Fe se produjo un movimiento popular encaminado a establecer un nuevo sistema de absoluta igualdad, pero fue sofocado por las bayonetas del general Viamonte, soldado rudo y honrado, pero muy mantenedor de la disciplina, que había gobernado a los habitantes de la ciudad de manera un tanto despótica y, acostumbrado a la rígida subordinación militar, era un simple subdelegado de la metrópoli.[2]

[1] El documento, que hemos copiado de *La Gaceta*, termina así: "...sin perjuicio, se desglosarán de este expediente las cuentas que el referido don Manuel Moreno ha presentado de los gastos que hizo en Londres por cuenta del Estado, las que se pasarán al coronel don Matías Irigoyen y don Manuel Hermenegildo Aguirre, a quienes nombro para examinarlas y revisarlas en virtud del presente decreto, que les será comunicado". Rúbrica de S. E. Tagle.

[2] Aquí yerra el autor. Viamonte fue obligado a rendirse en Santa Fe y después remitido al campamento de Artigas. Poco después el mismo Artigas le concedió la libertad, como había hecho con Holemberg y otros prisioneros en años anteriores. *(N. del T.)*

El día 3 de abril las sesiones celebradas por el *pueblo*, que en sus principios fueron muy aplaudidas, quedaron prohibidas. Los decretos del gobierno eran vacilantes, porque no se apoyaban en principios sólidos ni se daban para ser cumplidos. Espléndidos en teoría, pero nulos en la práctica, esos decretos aparecían diariamente, no con vistas a producir resultados permanentes sino para lograr propósitos, algunos muy estrechos, de los hombres que estaban en el poder. El 6 de abril el director *ad interim* de Buenos Aires recibió un despacho de Tucumán, del que dio la siguiente noticia oficial en un suplemento de *La Gaceta*:

"Ayer ha recibido el Sr. Director Interino del Estado un pliego del Gobernador Intendente de la Provincia de Tucumán en que participa a S. E. la inauguración del Soberano Congreso Nacional el día 25 de marzo último: en el mismo día despachó el extraordinario comunicando esta nueva interesante, y la de haber manifestado en la primera sesión los señores Diputados la más sincera cordialidad. S. E. espera las órdenes del Soberano Cuerpo para solemnizar este plausible acontecimiento con públicas demostraciones de regocijo, como humilde debido homenaje a la Augusta Majestad de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Entretanto se anticipa al pueblo tan alegre noticia para que la celebren los que aman de veras la Patria con las más puras efusiones de su gozo. ¡Oh! ¡pluguiese al cielo que supiésemos aprovechar tan preciosos instantes!"

Por este tiempo Belgrano alcanzó algunas ventajas en la costa del Paraná[1] y Rondeau, aplicando emolientes, logró calmar algunas heridas abiertas en el ejército del Perú. Al gobernador de Santa Fe, Viamonte, daba la impresión de que lo tenían prisionero y apenas sentíase aliviado con los recursos que le llegaban de Buenos Aires. Éste era uno de los muchos casos en que los jefes militares de Buenos Aires veíanse obligados, fuera por

[1] Ninguna ventaja obtuvo Belgrano en la costa del Paraná el año 1816. Por el contrario, llegado en febrero de Europa, se hizo cargo del ejército de observación que estaba en San Nicolás y debía prestar auxilios a Viamonte, ya descalabrado en Santa Fe. Al saber que Viamonte había sido vencido, dispuso Belgrano que Díaz Vélez se corriera hasta dicha ciudad para buscar arreglo. Así lo hizo Díaz Vélez, y firmó con los santafecinos el pacto de Santo Tomé. Resultado: Díaz Vélez puso preso a Belgrano, lo envió a Buenos Aires, y el director Álvarez Thomas, indefenso, dejó el poder. Poco después marchó Belgrano a Tucumán para tomar el ejército de Rondeau, derrotado en Sipe-Sipe. *(N. del T.)*

el influjo de la opinión popular o por órdenes recibidas del gobierno, a meter violín en bolsa... Y así, la marcha de la opinión pública, a despecho de todos los obstáculos, iba gradualmente, pero con seguridad, hallando su camino. Es edificante penetrarse de estas cosas y considerar cómo existe en el espíritu del hombre algo que le induce siempre a mejorar su condición. Los hombres de Estado que no quieren verlo, o no saben condescender, seguramente son aplastados a la postre por la fuerza gigante de la opinión pública.

En vano es creer que el pueblo, mientras crece en número y aumenta su riqueza, pueda esperar pasivamente, aplazando de día en día sus anhelos, una mejora que nunca llega.

El soberano congreso, vale decir una asamblea nula como cuerpo legislativo, se había establecido ahora en Tucumán y, lo mismo que el Papa, daba sus bulas sin ningún efecto político en toda la extensión del país. Las provincias reían de sus decretos; nadie los obedecía. Cada uno pensaba para sí: he ahí un congreso reunido a setecientas millas de Buenos Aires, ajeno a los resortes de la guerra, sin recursos propios, sin fuerza para imponer sus decretos y que se empeña en dictarlos para todas las provincias del Río de la Plata; cosa a la vez impracticable y absurda. Este congreso asumió, sin embargo, no sólo el poder Legislativo sino también el Ejecutivo como podrá verse por el decreto que transcribimos:

"El Soberano Congreso, con motivo de su augusta instalación, concede indulto general a todos los reos que en la fecha de la publicación del presente decreto se hallen presos en cárceles y otros parajes de las Provincias Unidas, etcétera. Comuníquese al supremo Poder Ejecutivo."[1]

Si esto no es el Poder Legislativo sobreponiéndose al Ejecutivo, no sé lo que pueda ser; y es uno de los muchos decretos dados con el mismo espíritu y sobre los mismos principios por el Congreso de Tucumán.[2] Estamos seguros de que no ofendemos a las clases superiores de Sud-América con esta exhibición de sus primeros errores. Más aún, creemos que no habrán de tomar a risa lo que decimos y que sinceramente tratarán de evitar

[1] El autor no transcribe la mayor parte del decreto que comprende los delitos exceptuados del indulto, que son muchos. *(N. del T.)*

[2] El autor parece olvidar que no existía una Constitución y que el Congreso era legislativo y constituyente. *(N. del T.)*

esos yerros. Pero las enmiendas de carácter público así como las personales, lo mismo en Sud-América que en Inglaterra, constituyen una difícil tarea.

> ...*Facilis descensus averni;*
> *Noctes atque dies patit janua ditis:*
> *Sed revocare gradum, superasque evadere ad auras,*
> *Hoc opus, hic labor est.*[1]

En *La Gaceta de Buenos Aires*, número del 11 de mayo de 1816, puede leerse que el ministro español en Washington —a quien el mayor de los autores de este libro conocía muy bien— no solamente descargó su cólera contra los sudamericanos, llamándolos piratas, rebeldes e insurgentes, sino que insistió ante el gobierno de los Estados Unidos para que prohibiera la admisión en los puertos de América del Norte a los barcos que llevaran bandera de Cartagena, México y Buenos Aires. Mr. Madison se negó a tan irrazonable requerimiento y entonces el ministro español, con gran enojo y arrogancia, se retiró de Washington.

El 17 de mayo el soberano Congreso de Tucumán eligió al coronel Pueyrredón como supremo director del Estado, sustituyendo así al director interino que actuaba entonces en ese carácter.

Los autores

[1] Virgilio, *Eneida*, 6, 126. *(N. del T.)*

Carta XL

El almirante Brown en el Pacífico. Descontento de Artigas. El general Balcarce desplazado. La declaración de la independencia. Pueyrredón elegido director supremo. "Affaire" de Azurduy. Pueyrredón. Intervención de los portugueses. El general San Martín y sus preparativos para la travesía de los Andes.

Después de la caída de Montevideo, el infatigable e intrépido Brown, convencido de que sus servicios ya no eran necesarios en el Río de la Plata, resolvió, con la aprobación del gobierno, armar algunos buques en corso y tentar la fortuna en el Pacífico. Una vez en ese mar, mantuvo las costas en alarma, hizo algunas presas, tomó prisioneros de significación, y habiendo navegado hasta más allá de Guayaquil, llevó un ataque a la ciudad hasta ponerla en la mayor consternación.

Para poder internarse en el río, hubo de dejar su propio barco y se puso al mando de un *brig* desde el cual bombardeó los buques y la plaza. Pero en su entusiasmo no había previsto la baja marea y quedó varado con su embarcación. Viéndose en la imposibilidad de maniobrar, tomáronle el barco y cayó prisionero con todos los tripulantes. Afortunadamente Brown poseía, en buques y prisioneros de categoría, caudal suficiente para efectuar un buen canje. Y de ahí que, tras algunas negociaciones, él y sus hombres fueran rescatados con la entrega de dos barcos y algunos de los principales prisioneros españoles que tenía consigo. Hecho lo cual, permaneció por algún tiempo en la costa y por último volvió a Buenos Aires.

El descontento de Artigas por la intervención de Buenos Aires en los asuntos de la Banda Oriental quedó como sofocado por algún tiempo, pero estaba muy lejos de haberse extinguido. La verdad es que los éxitos obtenidos por el caudillo y la popularidad de que gozaba en las provincias eran tan manifiestos, que, finalmente —accediendo a un tratado propuesto por el

director Balcarce— se encontró en situación de dictar su propia ley a los hombres de Buenos Aires.

El jefe gaucho exigió en primer lugar que las tropas de Buenos Aires acuarteladas en Rosario retrocedieran a San Nicolás, ciudades ambas de la costa occidental del Paraná, pero la última perteneciente a la provincia de Buenos Aires. Habiéndose cumplido esta condición preliminar, desaparecían los motivos de discordia, pero la capital aparecía como el más débil de los beligerantes porque concedió todo a Artigas. De esta manera, Buenos Aires empezó a ceder ante los deseos conjuntos y la influencia creciente de las provincias a las cuales había tratado vanamente de mantener en sujeción.

El 11 de julio el general Antonio González Balcarce fue derrocado de su puesto de director por medio de una baja intriga y anotamos este hecho —de la voluble Atenas sudamericana— para destacar la probidad, el patriotismo y la pericia del hombre a quien se señaló como incapaz de dominar aquella situación como primer magistrado de la provincia. La misma integridad de su carácter redimió pronto al general de su momentánea e inmerecida desgracia y cuando terminó sus días, todavía en el primer período de la revolución, su nombre quedó consagrado con justicia en el corazón del pueblo como el de un desinteresado amante de su patria. Pero parece ser propio de la democracia que la fama de un hombre público no pueda estar asegurada más de una semana. El republicano es un enamorado de la justicia y de la igualdad teóricas, pero se encuentra en conflicto consigo mismo tan pronto como sus opiniones deben ser cumplidas en el terreno práctico.

El día 9 de julio, el gran Congreso Nacional que se había congregado en Tucumán, hizo la formal declaración de la independencia, y como el documento, sin ser muy largo, es importante, vamos a transcribirlo por entero:

"En la benemérita y muy digna ciudad de San Miguel de Tucumán, a nueve días del mes de julio de mil ochocientos dieciséis, terminada la sesión ordinaria, el Congreso de las Provincias Unidas continuó sus anteriores discursos sobre el grande y augusto objeto de la Independencia de los pueblos que lo forman: era universal, constante y decidido el clamor del territorio entero por su emancipación solemne del poder despótico de los reyes de España; los representantes, sin embargo, consagraron a tan arduo asunto toda la profundidad de sus talentos, la rectitud

de sus intenciones, e interés que demanda la sanción de la suerte suya, pueblos representados y posteridad. A su término fueron preguntados: ¿si querían que las Provincias de la Unión fuesen una nación libre e independiente de los reyes de España y su metrópoli? Aclamaron primero llenos del santo amor de la justicia, y uno a uno reiteraron sucesivamente su unánime, espontáneo, decidido voto por la Independencia del país, fijando en su virtud la determinación siguiente: Nos los representantes de las Provincias Unidas en Sud-América, reunidos en congreso general, invocando al Eterno que preside al universo, en el nombre y por la autoridad de los pueblos que representamos, protestando al cielo, a las naciones y hombres todos del globo la justicia que regla nuestros votos: declaramos solemnemente a la faz de la Tierra, que es la voluntad unánime e indubitable de estas provincias romper los violentos vínculos que las ligaban a los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojados, e investirse del alto carácter de una nación libre e independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli; quedan en consecuencia de hecho y derecho con amplio y pleno poder para darse las formas que exija la justicia, e impere el cúmulo de sus actuales circunstancias. Todas y cada una de ellas así lo publican, declaran y ratifican, comprometiéndose por nuestro medio al cumplimiento y sostén de esta su voluntad bajo del seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama. Comuníquese a quienes corresponda para su publicación, y en obsequio del respeto que se debe a las naciones, detállense en un manifiesto los gravísimos fundamentos impulsivos de esta solemne declaración".

Muchos nombres respetables figuran en este documento; lo son los de todos los representantes. La máscara de Fernando fue dejada de lado esta vez por los diputados del pueblo y los sucesos posteriores han demostrado que no corrían riesgo al hacerlo así.

El Congreso procedió después a la elección de director supremo del Estado y la elección recayó —como lo hemos dicho— en el coronel Juan Martín de Pueyrredón, mencionado ya por su capacidad y méritos militares. En cuanto a su desempeño como magistrado, hemos de hablar de él en términos menos elogiosos.

El primer despacho recibido por Pueyrredón como director fue muy curioso. Procede del comandante en jefe del ejército

del Perú, general Belgrano, y empieza así: "Paso a manos de V. E. el diseño de la bandera que la Amazona doña Juana Azurduy tomó en el cerro de la Plata, como a once leguas al este de Chuquisaca, en la acción a que se refiere el comandante don Manuel Acensio Padilla, quien no da esta gloria a la predicha su esposa, por moderación; pero que por otros conductos fidedignos me consta que ella misma arrancó de las manos del abanderado ese signo de la tiranía a esfuerzos de su valor y de sus conocimientos en la milicia, poco comunes a las personas de su sexo". Luego viene el parte detallado de Padilla, verdaderamente interesante, en que describe la guerrilla en la cual —según dice el parte— al dividir la fuerza principal en varias partidas, colocó a su esposa en el punto denominado Villar, con treinta fusileros y doscientos hombres de todas armas. El encuentro —muy desordenado— duró desde las nueve de la mañana, hasta las seis de la tarde y "como la intención del enemigo —dice Padilla en su parte— fuese cortarme la retaguardia, se tiraron por el punto del Villar con este objeto, donde saliéndoles al encuentro mi esposa doña Juana Azurduy, los repelió completamente, matándoles quince hombres". Padilla termina por decir que tiene en su poder la espléndida insignia a disposición de Belgrano.

El 29 de julio Pueyrredón hizo su entrada pública en Buenos Aires como supremo director y en septiembre los porteños celebraron con gran pompa y regocijo el juramento de fidelidad a la absoluta independencia del país declarada por el Congreso.

A fines de este año nos encontramos con que los portugueses o brasileños intentan una vez más la ocupación de la Banda Oriental. Algunos buques de guerra brasileños fueron estacionados en Maldonado, mientras un ejército de tierra al mando del general Lecor avanzaba tranquilamente sobre ese punto. El gobierno de Buenos Aires, naturalmente alarmado por ese movimiento, envió por pronta providencia un delegado a Lecor para pedir explicaciones, al paso que adoptaba medidas tendientes a repeler la agresión. Pueyrredón hizo un llamado a Artigas, el jefe de los orientales, con el fin de cooperar al rechazo del enemigo. Pero el entusiasmo demostrado en Buenos Aires se enfrió muy pronto al saber que Montevideo se negaba a reconocer al supremo gobierno elegido por el Congreso. El director, entonces, decidió abandonar a Artigas para que se arreglara con

los brasileños como bien pudiera. Al mismo tiempo resolvió extender las hostilidades por mar y por tierra (contra los españoles), con el fin de hacer más palpables al rey Fernando los perjuicios que ya había empezado a sufrir; y de acuerdo con esta disposición fueron ofrecidas patentes de corso a todos los aventureros, muchos de los cuales estuvieron dispuestos en seguida a solicitar el privilegio de estas licencias de pillaje marítimo, especie de piratería autorizada por la ley internacional, pero que constituye una verdadera desgracia para las naciones civilizadas que se ven en la obligación de recurrir a ella. Antes de terminar el año, y cuando no hacía cinco meses que Pueyrredón estaba en el directorio, ya lo encontramos enzarzado en una contienda con el partido federal en Buenos Aires. Expidióse con ese motivo un violento decreto de expatriación contra el coronel Manuel Dorrego, hombre verdaderamente extraordinario que en un futuro próximo se haría célebre por la fatalidad que lo persiguió como dirigente político; y este acto arbitrario del gobernante fue el preludio de otros de la misma naturaleza y todavía más injustificables por la forma en que se llevaron a cabo. La vigilancia policial se hizo más estrecha y severa; extranjeros de todas clases fueron incluidos en odiosas e inquisitoriales reglamentaciones, y, en verdad, todo anunciaba un aumento de rigor con el gobierno del nuevo jefe militar de la república. Por el contrario, el general San Martín, mirando con noble menosprecio las pequeñas intrigas y el espíritu de partido que reinaba en la sede del gobierno, estaba en Mendoza llevando a una feliz conclusión —moderadamente pero con método y energía— todas las operaciones preliminares para su gran proyecto de invasión a Chile. Poca o ninguna ayuda recibía de Buenos Aires; podemos, casi, decir que Pueyrredón lo tenía abandonado. Pero lo secundaban noblemente en su ardua empresa las provincias de Cuyo, especialmente Mendoza, como él mismo lo dijo agradecido en uno de sus despachos y debe decirse que su elogio de los pobres mendocinos es una fuerte reprimenda —aunque indirecta— a la capital que se había mostrado hasta entonces tan pródiga de sus recursos en ayuda de la gran causa de la revolución.

LOS AUTORES

P. S. —Hemos dado tantos informes de carácter histórico, con exclusión de todo asunto más ameno, que ha de resultar agradable, tanto para los autores como para los lectores, hacer aquí una pausa. El historial que hemos hecho nos proponemos llevarlo hasta 1819 y los últimos tres años de este período formarán a su vez la última parte del tercer volumen de esta obra.

CARTA XLI

LA CIUDAD DE BUENOS AIRES. SU COMERCIO Y POBLACIÓN. SU DEUDA CON INGLATERRA. COMERCIO CON OTROS PAÍSES. POSICIÓN VENTAJOSA PARA EL COMERCIO. INTRODUCCIÓN DE GANADO VACUNO. EMBARQUE DE METÁLICO. PARTICULARIDAD DE LOS GRAVÁMENES EN BUENOS AIRES. PAPEL MONEDA. LOS INDIOS PAMPAS. SUS MODOS DE VIDA. SU ALIMENTACIÓN. TRÁFICO DE LOS INDIOS. LOS LECHEROS. SUS COSTUMBRES.[1]

El aspecto de Buenos Aires está muy lejos de ser imponente y decepciona al viajero que llega después de una larga travesía navegando por un río espléndido. Se levanta sobre una barranca, apenas más alta que el resto de la costa y solamente unos pocos capiteles, cúpulas y muros de grandes conventos rompen la monotonía de la escena. El espacio ocupado por la ciudad es enorme porque las casas, en su mayoría, tienen un patio, muchas dos y algunas tres, que dan entrada a los departamentos interiores. Pero los edificios, aunque enjalbegados, son, por su arquitectura, de aspecto monótono y hasta estos últimos años eran incómodos.

Las calles se cruzan en ángulo recto formando cuadrados regulares de ciento cincuenta yardas de longitud en cada frente, y esta uniformidad —que no tiene nada de agradable— se interrumpe únicamente por dos o tres plazas sin la menor pretensión de belleza arquitectónica, excepto, quizá, la Plaza Mayor. El número de habitantes, entre los que cuentan de tres a cuatro mil extranjeros, es de unos ochenta mil, y comprende varias castas de colores distintos, desde el negro atezado y el mulato, al rubio europeo y sus descendientes de pura raza blanca.[2]

La fundación de la ciudad es muy posterior al primer des-

[1] Las tres primeras páginas de este capítulo en el original inglés comprenden algunas nociones de geografía física y política de las Provincias Unidas, con tales yerros e inexactitudes, que el traductor ha juzgado prudente omitirlas. *(N. del T.)*

[2] Hablamos de lo que era Buenos Aires en 1815; habremos de referirnos a los muchos progresos que se han producido.

cubrimiento y puede decirse que no se realizó hasta 1580, año en que Juan de Garay remontó los ríos Paraná y Paraguay,[1] para volver luego con un puñado de setenta hombres y después de muchas dificultades y una desesperada lucha con los indios *querandíes*, a los que derrotó, fundó en nombre del Rey de España la actual ciudad de Buenos Aires. Desde entonces la ciudad ha ido creciendo de año en año[2] en riqueza e importancia, y a no ser por la política restrictiva de España, la capital del Río de la Plata hubiera sido una de las ciudades más importantes del Nuevo Mundo. Es el mayor emporio conocido en cueros y sebo. De haberse aprovechado sus ventajas naturales, y sin las luchas intestinas que ha padecido, Buenos Aires hubiera sido el puerto natural de tránsito para la mayoría de las regiones situadas al este de los Andes. Los informes estadísticos que damos a continuación podrán resultar pesados para algunos de los lectores, pero entra en el plan de nuestra obra una información sobre Buenos Aires en particular y sobre las provincias del Río de la Plata en general.

La población de Buenos Aires, como hemos dicho, es de unos ochenta mil habitantes. Su comercio exterior consiste principalmente en cueros y sebos, e importa en cambio manufacturas inglesas y de otras naciones.

El monto de nuestras exportaciones, según el informe oficial de sir Woodbine Parish en 1837, alcanzaba a 696.000 libras esterlinas y las importaciones en 1827 a unas 750.000 libras. Las exportaciones, excusaría decirlo, no eran nunca en su conjunto proporcionadas a lo importado, y esto sin mencionar las pérdidas sufridas por manufactureros y mercaderes. El resultado ha sido que ese país nos debe ahora, incluyendo el empréstito, lo menos 2.500.000 libras esterlinas, vale decir, unos doce millones de pesos.

Aparte su comercio con Inglaterra, de la que recibe su mayor provecho, Buenos Aires importa de Francia gran cantidad de objetos de lujo, vinos, licores y otros artículos. También importa de China sedas, té, gasas, nankin, todo lo cual, por una

[1] Garay vino del Perú al Paraguay y del Paraguay a Buenos Aires. También es verdad que antes de fundar a Buenos Aires remontó los ríos Paraná y Paraguay. *(N. del T.)*

[2] Craso error. Buenos Aires permaneció estancada por más de un siglo, y hasta la segunda mitad del siglo XVIII no puede decirse que se notaran verdaderos signos de progreso. *(N. del T.)*

medida anómala de nuestra acta de navegación, es llevado por cuenta de Inglaterra en barcos americanos. Tiene también comercio con casi todos los países marítimos del mundo e importa mercaderías de casi todos ellos, pagándolas, como se ha dicho, con cueros, sebos, lana, cerdas y pieles; pero también acostumbraba pagar en moneda metálica antes de que le fuera cerrado el comercio con el Perú y sacaba cobre de Chile antes de que fuera llevado directamente de este país a Europa. Una de sus más valiosas exportaciones será, en tiempo no distante, la lana, y ya prestan gran atención a este artículo, tanto los extranjeros como los nativos; por eso la calidad va mejorando y extendiéndose mucho la cría de ovejas. Algunas otras pieles —no muchas—, como las de chinchilla, nutria y el plumón de cisne salen para adornar las tiendas de Regent Street. La admirable posición en que se encuentra Buenos Aires por lo que hace al comercio, autoriza a esperar que antes de mucho tiempo podrá levantarse de su relativa postración actual y verse libre de sus dificultades domésticas, de sus luchas políticas y de su imprudente régimen rentístico para colocarse entre las primeras naciones mercantiles de América española. Situada a orillas del anchuroso Plata, el Paraná, el Uruguay y el Paraguay[1] derraman sus aguas en él, y desde el interior del Perú, el Salado, el Bermejo, el Pilcomayo y otros afluentes de aquellos ríos forman una entrada navegable a la fuente de las riquezas minerales del Perú.

Es sabido que América le debe a España la primera pequeña provisión de ganado que fue el origen de las inmensas tropas de caballos y ganado vacuno, miles y millones que se han multiplicado hasta hoy. En 1536 el adelantado Mendoza, que desembarcó por primera vez en Buenos Aires, trajo consigo algunos pocos caballos. Tantos habían muerto en el viaje que los autores no están de acuerdo en cuanto a si la caballería montada de Mendoza se componía de doce, quince o veinte animales.

Por otra parte, Garay introdujo en el Paraguay el primer ganado vacuno que se vio en las pampas. Todavía cuando el mayor de los autores de esta obra desembarcó en 1809 por primera vez en Buenos Aires, y fue a las barracas en las orillas del Riachuelo, a unas tres millas de Buenos Aires, con ser muy grandes aquellos galpones, no solamente faltaba espacio para guardar los cueros en su interior sino que estaban éstos formando inmensas

[1] Sabido es que el Paraguay desagua en el Paraná. *(N. del T.)*

pilas en los grandes patios y corredores, y las pilas estaban recubiertas también con cueros para resguardar el producto de las inclemencias del tiempo. Se calculaba que había en aquellas barracas tres millones de cueros en que no contaban los de yeguarizo; la cerda y el sebo se enfardaban también en cueros. En Montevideo podía verse más o menos lo mismo, pero no en tanta proporción, mientras la campaña, en ambas márgenes del Plata, rebosaba con la gran multitud de cuadrúpedos.

Al tiempo de que hablo, un cuero de novillo valía en Buenos Aires cuatro chelines. El puerto había sido bloqueado por los ingleses en guerra con España y el virrey no admitía la entrada de barcos de esa nacionalidad en el puerto (salvo clandestinamente y mediante fuerte remuneración); por eso el comercio estaba estancado y existía la enorme acumulación de productos a que me he referido.

Aparte esto, buques de guerra ingleses sacaban clandestinamente gran cantidad de moneda, y nosotros teníamos allí un cónsul, que he mencionado ya, establecido con el principal objeto de sacar permiso para extraer los metales preciosos destinados a sostener las tropas inglesas en la península, a un cambio de cinco chelines, a veces cinco chelines con seis peniques.[1]

En cuanto a los ingresos de Buenos Aires, es imposible determinarlos siquiera aproximadamente, tan disminuidos están en la realidad, así como abultados por las emisiones de papel moneda. Calculándolos, sin embargo, de una y otra fuente, en unos dos millones y medio de pesos españoles, a cuatro chelines por peso, equivaldrían, después de todo, a solamente la escasa suma de quinientas mil libras, lo que creemos una estimación bastante correcta de sus gastos corrientes.

Pero los ingresos han mermado mucho por distintas causas y Buenos Aires ha tenido que recurrir a los empréstitos y a una emisión incesante de papel moneda, de suerte que no andaremos muy desacertados si estimamos su deuda interna y externa en dos millones quinientas mil libras. Convertida esta suma a moneda de papel (tres peniques por peso), cambio que si bien legal es bastante compulsivo, tendríamos una deuda que alcanza a doscientos millones de pesos papel.

[1] En este párrafo y en el precedente se refiere el autor a dos situaciones muy distintas. En 1805-1808, España fue aliada de Francia contra Inglaterra; en 1808-1814, aliada de Inglaterra contra Francia. *(N. del T.)*

Buenos Aires no puede esperar —hablando el lenguaje financiero— en otra cosa que en sus tierras y sus ganados; y aun así, sus acreedores deben conformarse con un arreglo liberal y a muchos años de plazo.

Pero dejemos las estadísticas, la política y las finanzas, después de lo dicho ya en otras cartas precedentes.

Entre la masa general de la población existe una especie de individuos con hábitos y costumbres tan particulares que nos sentimos inclinados a dar sobre ellos algunas noticias. Se trata de los indios pampas: es ésta una tribu trashumante, pero en realidad pacífica, cuya alianza con las gentes de Buenos Aires se ve interrumpida muy rara vez. Algunos de estos indios —es verdad— suelen mostrarse implacables y andan a caballo en continua vagancia por las pampas, formados en pequeñas partidas de cuarenta o cincuenta hombres con sus mujeres e hijos, y atacan bastante a menudo a sus enemigos. Son muy aficionados a robar todo cuanto encuentran en su camino y, si pueden obrar con impunidad, asaltan las estancias, se apoderan de las cosas de mayor valor y arrean cuanto ganado pueden, siempre que esto no les impida escapar con seguridad y rapidez. Después de efectuado el robo acampan bajo tiendas de cuero o esteras por cierto tiempo, y cuando creen que el hecho ha sido perdonado u olvidado, ensillan tranquilamente sus caballos, vienen a Buenos Aires y hacen una visita al director, encabezados por el cacique, que viste en esta ocasión una chaqueta militar de colores muy chillones, lleva espada y se cubre con un sombrero echado hacia atrás y con el ala levantada, de todo lo cual se muestra muy orgulloso, sobre todo porque las prendas le han sido obsequiadas por el director. Entonces dirige una arenga al jefe supremo del Estado, recibe algunos pesos —para él y su escolta— y se apresura a volver a su vivac en las cercanías de la ciudad. Este vivac ofrece un trasunto característico, como no he visto nunca, de la vida salvaje. Imaginaos un corral muy grande, parecido al de los *knackers*,[1] y dentro de él a los andrajosos y semidesnudos hijos de las pampas; acaban de matar dos yeguas y las cortan con sus cuchillos, con más avidez que habilidad. Estos indios viven exclusivamente de carne de yegua, bocado para ellos delicioso y

[1] *Knackers.* Así se llamaba en Inglaterra a ciertos individuos que se dedicaban a matar caballos estropeados o inútiles y que vendían la carne de estos animales para alimento de perros u otros usos. *(N. del T.)*

que prefieren a cualquier otro. Después vienen el mate, los cigarros y sobre todo los licores fuertes, que no abandonan hasta terminarlos. Luego se envuelven en sus ponchos, cada uno acompañado de su mujer —si la tiene— y se colocan alrededor de un fogón si es invierno y en verano a la luz de la Luna. Pero con esto no han terminado los negocios de los pampas. El hombre, en cuyo corral[1] viven, era (o *es* porque no sé si vive todavía) un antiguo agente de los mismos indios establecido en Buenos Aires que se ocupaba en vender las mercancías de los indígenas. Estos artículos eran: riendas lindamente trenzadas, cabezadas, diversas clases de pieles, cinchas de varios colores, lazos, boleadoras, sobrepuestos y artículos de otra naturaleza pero sobre todo aparejos para el caballo. Los indios pampas recibían en trueque, de su agente o *patrón*, como lo llamaban, ponchos, cuchillos, tabaco, lienzo, alcohol. Una vez bien provistos, se ponían en marcha con mucho aparato hacia sus tolderías. No conocían nada de agricultura, dado que eran esencialmente vagabundos y no necesitaban afanarse mucho para procurarse caza y pesca.

Otros tipos muy curiosos de la ciudad son unos muchachos que venden leche por las calles, los llamados *lecheros* que van montados en caballos inferiores, cada uno con dos, cuatro y hasta seis tarros cubiertos de lodo y aparejados sobre el caballo. Estos muchachos son bien conocidos como traviesos y tramposos. Vienen al galope desde diferentes puntos de la campaña, distantes seis a ocho millas, con sus tarros embarrados en continua sacudida, espoleando a los rocines y ansiosos por llegar al mercado, porque cada uno piensa en entrar a la ciudad primero que sus competidores. Visten andrajosamente, todo lo que pueda imaginarse, y esto se explica porque, no satisfechos con poner agua en la leche y no pagar lo convenido a su patrón, todavía se dan a jugar en las afueras todo lo que han ganado. Después vuelven a casa en furiosa carrera diciendo que no pudieron vender la leche hasta muy entrado el día.

LOS AUTORES

[1] Podría también tratarse de un patio. El original dice *yard. (N. del T.)*

CARTA XLII

AMISTAD ENTRE INGLESES Y SUDAMERICANOS. URBANIDAD Y CORTESÍA DE LOS NATIVOS. CONTRASTES ENTRE LA SOCIEDAD INGLESA Y LA PORTEÑA EN BUENOS AIRES. LOS BARQUÍN Y LOS OROMÍ. LAS TERTULIAS. SENTIMIENTOS AMISTOSOS. EL MÉDICO CATALÁN DOCTOR GAFAROT. DON FELIPE EN EL BAILE. EL PASEO.

En pocos lugares del mundo se habrá podido observar una comunicación más franca entre nativos y extranjeros en general, pero especialmente entre nativos e ingleses, como la que reina en Buenos Aires desde que vino a ser capital de un estado independiente. Pueblos distintos por su idioma, su religión, su educación, usos y costumbres, han mantenido, sin embargo, entre sí una especie de influencia recíproca muy eficaz para borrar ciertos rasgos y modalidades peculiares que a menudo forman barrera infranqueable para la relación y el contacto entre dos naciones. Esto último ha creado entre sudamericanos e ingleses un vínculo muy estrecho, como si unos y otros pertenecieran a una misma familia. Las gentes de alta y baja condición, los ricos y los pobres, han recibido y tratado siempre bien a los ingleses, aceptándolos con sus rarezas y originalidades que para los sudamericanos deben aparecer por lo menos como absurdas extravagancias.

Me arriesgo a decir que la riqueza de los extranjeros ha contribuido no poco a formar estos vínculos de que hablo, pero también se deben generalmente a la urbanidad y cortesía natural de las gentes del país, que son tolerantes para con los demás y nada entrometidos, que si acogen bien a una persona lo hacen sinceramente; que no son afectados ni amanerados, ni despectivos con el inferior ni tampoco aduladores: por el contrario, se muestran siempre sarcásticos con quienes afectan superioridad y bromistas cuando advierten en sus iguales buen natural y espíritu indulgente. Una niña joven, por ejemplo, bailará, no digo con el mismo placer, pero sí con la misma cordialidad, ya tenga

por compañero a un hombre desmañado e inelegante o a un gallardo mozo. Nunca se permitirán estas niñas avergonzar a nadie aunque se trate de un simple; por el contrario, mostrarán interés y atención por él. Será por ello que he visto siempre a las más duras estacas inclinarse como débil rama ante el dulce atractivo de las porteñas. Desearía poder asegurar lo mismo de muchas bellas europeas cuyo placer suele consistir en mortificar cuanto pueden al hombre tardo o esquivo, con el hechizo de su hermosura o de su ingenio (que no es tal en muchos casos) y con sus ironías despiadadas. No advierten que son como el champaña burbujeante, delicioso cuando acaba de saltar el corcho de la botella, pero, no mucho después, insípido e intomable.

Para mostrar la facilidad con que uno puede ser admitido en la mejor sociedad de Buenos Aires, voy a contar ligeramente cómo entré en relación y puede decirse que intimé más tarde con una o dos de las primeras familias de la ciudad. Poco después de mi llegada a Buenos Aires —sobre la que digo algo en la carta precedente— y en una silenciosa y lóbrega noche de invierno, muy brumosa, en que las calles estaban cubiertas de lodo, pasaba yo por frente a una casa de familia. En el preciso instante de llegar a la puerta, salió corriendo por ella un negro sirviente perseguido por otro negro que llevaba un cuchillo en la mano. Antes de que pudiera interponerme, el fugitivo fue herido en la espalda y el heridor desapareció. La víctima había caído al suelo y mientras yo trataba de levantarla disponiéndome a dar la voz de alarma, salieron de la casa tres caballeros, cada uno con una vela en la mano. Con ellos salieron también tres mujeres muy bonitas. Mostrábanse todos ansiosos por conocer la causa de la riña. Una vez que di cuenta de lo ocurrido, tal como acababa de presenciarlo, fui invitado a entrar en la casa y me hicieron pasar a la sala, una sala donde se sentía olor a café y a humo de sahumerio. Por fortuna, se encontraba allí como visitante el doctor Gafarot. Este médico, muy estirado y serio, declaró que la herida del negro era superficial y después de hacer sus curaciones valiéndose de su caja de cirujano, volvió a la sala como si nada hubiera ocurrido. El doctor Gafarot, con su rostro bien rasurado, su corbatín almidonado, sus botas *hessianas*, y en general por la formalidad de su porte y el bastón de empuñadura de oro, era el tipo cumplido del cirujano de aquella época y, aunque su acento catalán disonaba un poco al oído y la rigidez de sus maneras no era del mejor gusto, resultaba —si no para las mujeres,

por lo menos para los hombres— un caballero muy divertido. Los hombres en verdad lo tomaban en broma y no podían considerarlo rival, precisamente porque también las mujeres acababan por reírse de él.

El señor de Gafarot volvió pues a la sala luciendo sus botas con borlas y estirando su corbatín con extraordinaria satisfacción. Es de saber que este señor de Gafarot estaba convencido de que bailaba muy bien, en lo cual se equivocaba, porque, sobre no tener oído, era patizambo y torpemente duro en movimientos y ademanes. Y su prurito de colocarse sobre los demás era también proporcionado a su carencia absoluta de medios para lograrlo. A pesar de todo, sus fantasías y singularidades lo hacían más bien agradable y en algo lo distinguían del común de las gentes.

Según costumbre entre los de su profesión, el señor de Gafarot llevaba siempre un bastón amarillo con muchas borlas negras y gastaba monóculo con aro de oro; daba gran importancia al corte del frac y en sociedad se conducía como hombre muy satisfecho de sí mismo, aunque nadie se detenía en él para admirarlo... Esta especie de satisfacción ha de ser la mayor que pueda sentirse en este mundo y de ello era un ejemplo vivo el señor de Gafarot.

Pero volvamos a mi inopinada visita. Como lo he dicho, una señora, en su mejor *embonpoint*, me invitó a entrar en la sala, y una vez allí, ¡cuánto placer me estaba reservado experimentar!... Una tras otra fueron entrando las jóvenes de la casa, con las velas encendidas a que me he referido, cuyo fulgor mortecino servía para destacar, por contraste, los rostros encendidos por la emoción, después de lo que acababa de suceder. Yo, por aquel entonces, no había cumplido mis veinte años; era naturalmente muy susceptible al halago y como los elogios sobre mi filantropía no cesaban en los melosos labios de mis nuevas amigas, todo aquello me ponía íntimamente orgulloso. Media hora después, me hallaba departiendo amigablemente con todos y seis días más tarde ya era visitante asiduo de la casa. No he conocido nunca un círculo de familia más interesante y de tantos atractivos como aquél. Lo formaban, en primer término, la señora de Barquín, dama entrada en años, de modales acogedores y delicados a la antigua usanza, que tenía siempre a mano la reflexión juiciosa y el ejemplo oportuno; era esta señora dueña de una magnífica calera en el Uruguay; su hija era también muy

interesante: el rostro de un color blanco mate; se había casado poco tiempo atrás con el capitán Cerviño y, como su marido, se mostraba ella también muy reflexiva y observadora. Cerviño, español muy instruido, tenía el grado de capitán de la armada y había llegado en comisión para levantar ciertos planos de las Provincias del Río de la Plata, lo que realizó cumplidamente. Formaban también en ese círculo doña Merceditas, una de las mujeres más atrayentes de Buenos Aires y su inseparable amiga doña Margarita Oromí, sin duda la más elegante de la reunión; teníamos también al padre y a la madre de esta encantadora criatura, aquél, un cumplido *gentleman* de la corte del virrey; la madre, una dama verdaderamente ejemplar. La señora de Barquín había educado a su hija con la mayor solicitud, todos vivían bajo un mismo techo y los Oromí eran concurrentes a sus tertulias nocturnas.

¿Quién no se hubiera sentido encantado en un círculo semejante? Eso fue lo que yo experimenté y bastó mi simple y casual intervención en la pelea de los negros para que me invitaran a considerar aquella casa como propia; por eso vine a ser desde entonces uno de sus más fieles visitantes. Iba a almorzar, a cenar, a comer, a tomar el café, a reír, a charlar, cuando quería y como quería. Doña Margarita y doña Merceditas fueron mis amigas predilectas hasta que una se casó con el elegante don Jaime Nadal y la otra con un buen mozo chileno. Por cierto que yo me sentía envidioso de aquellos galanes y hubiera querido convertirme en cada uno de ellos.

Mi amigo don Felipe Parkins, a quien presenté en casa de los Barquín, vino a ser también concurrente asiduo a las tertulias y un sujeto muy divertido. Sus aptitudes de bailarín no eran de lo mejor; el poco español que hablaba era un atentado contra la gramática y la pronunciación castellanas, su ingenio estaba muy lejos de ser brillante; pero tenía buen natural y, como no pensaba mal de sí mismo, creyó naturalmente que todos lo veían en el mismo espejo que su propia vanidad le ponía por delante. El caso de don Felipe no era, con todo, extraordinario, porque se me ocurre que todos, quien más quien menos, sentimos inclinación a enorgullecernos de nuestras debilidades más que de nuestros méritos verdaderos.

Por intermedio de la familia de Barquín entré en relación con muchas de las principales familias de Buenos Aires, porque aquélla figuraba en la más encumbrada sociedad. Verdad que los

Barquín eran españoles por la sangre, la educación y el sentimiento, pero tenían asaz buen sentido para no romper por esa sola circunstancia con quienes habían entrado en el nuevo orden de cosas.

Siempre ha sido motivo de sorpresa para los ingleses la elegancia que las mujeres porteñas ponen en el baile, porque tienen un estilo pausado pero lleno de figuras muy bien aprendidas que conviene tanto a la perfección general de sus formas como a la gracia y soltura de sus movimientos. Los pies pequeños, los tobillos bien torneados, el calzado de satén con media de seda, realzan mucho su atavío y forman parte muy principal en el *tout ensemble* de su figura. No hay nada que la porteña cuide con mayor escrupulosidad que sus pies. Hasta las mujeres esclavas no se consideran bien vestidas si no rivalizan en eso con sus amas. En el acompañamiento de una porteña cuentan por mucho sus sirvientas vistosamente ataviadas y provistas de abanicos, siempre dispuestas a *flirtear* con los galanes negros; llevan peinetas de colores en las cabezas motosas y suelen traer en la mano una rica alfombra para que se sienten sus amas en la iglesia y a veces las mismas fámulas. Las porteñas son más elegantes en el paseo a pie que a caballo porque montan cubiertas con sombreros de paja. Estos sombreros, llevados en tales circunstancias (y las porteñas lo ponen cuando montan un brioso palafrén), chocan a los ingleses, acostumbrados como están a ver lindos trajes de amazona, con sombreros pequeños y con el velillo verde que sienta tan bien a sus compatriotas.

J. P. R.

CARTA XLIII

EL CLIMA DE BUENOS AIRES. CAMBIOS DE TIEMPO DEBIDOS A LOS VIENTOS MÁS QUE AL SOL. EL VIENTO NORTE. EL PAMPERO. LAS ESTACIONES DEL AÑO. LOS ESCLAVOS. LAS CARRETAS Y LOS CARRETEROS. EL DESEMBARCO. LOS ALJIBES. LA PESCA. MENDIGOS A CABALLO. CORRIDAS DE TOROS. LA ABOLICIÓN DE LAS CORRIDAS.

Pocas palabras más para terminar este segundo volumen sobre Buenos Aires. Las primeras habrán de referirse al clima, como elemento importante para el bienestar del individuo. Cambiante como es el clima de Buenos Aires, tan pronto el termómetro sube a 90° en la sombra, como baja por el frío a 35° y 40°,[1] aunque, en general, como lo indica el nombre de la ciudad, *Buenos Aires*, el clima es en extremo salubre. Como en muchas otras partes de Sud-América, la temperatura está más influida por causas locales que por la proximidad del Sol. Estas causas locales en Buenos Aires son principalmente los vientos. Si durante el calor del verano sopla un fuerte viento sudoeste, en seguida el calor se vuelve frío invernal y mientras sopla el viento norte, que parece traer en sus alas la humedad, no habrá nada que impida el calor: ni el día nublado ni siquiera las sombras de la noche. El viento sur contribuye a secar la atmósfera y el viento norte lo cubre todo de humedad. Cuando el viento norte sopla en verano, trae consigo la pereza, las enfermedades, la dificultad en la respiración; vienen con él miríadas de mosquitos y otros insectos; la carne y las legumbres se pudren fácilmente; el pescado no puede guardarse en el mercado más de dos o tres horas; las frutas se ponen rancias, las flores se marchitan. Pero apenas empieza a abusar de su poder y a creerse omnipotente, sale en su contra el pampero, o viento sur. Anúnciase con nubes enor-

[1] En verano el termómetro ha subido a veces por uno o dos días a 93° y 94°, y en invierno ha bajado hasta 32°. Llegando a este punto todo se congela, pero la temperatura media es de 76° en verano y 50° en invierno. (Los grados están en la escala Fahrenheit.)

mes y truenos resonantes y da comienzo a la lucha lanzando gruesas gotas de lluvia y a veces una granizada; o bien llega rugiente por esas calles, oscureciéndolo todo con densos torbellinos de polvo que levanta a medida que avanza impetuoso. Golpean entonces puertas y ventanas y para cerrarlas hay que tragarse el polvo que se cuela por todas partes haciéndose insoportable. Pero todo no dura casi nunca más de un cuarto de hora. El pampero abre entonces las espuertas de las nubes, pone en fuga precipitada a su adversario (el viento norte), aplaca totalmente el polvo, barre los depósitos de pestilencia, y después de una noche de descanso despertamos para gozar de una atmósfera no solamente fresca sino también diáfana, de un claro cielo azul con una que otra nubecilla plateada y transparente deslizándose por las regiones celestes.

Hay una estación invernal bien diferenciada en Buenos Aires, que comienza en abril y termina en septiembre. Entonces podéis gozar de una atmósfera tibia y pasar momentos de charla junto al fuego, tal como en Inglaterra en el mes de diciembre. Las chimeneas son ahora de uso general y si bien no es posible obtener carbón, el campo proporciona un sustituto muy agradable con las ramas del duraznero, sobre todo en los montes viejos de este árbol donde pueden desenterrarse las raíces. Hay también un verano diferenciado desde los comienzos de octubre hasta fines de marzo y entonces ya no hay para qué pensar en el fuego sino en tomar baños; bueno es volver a casa a las once, poner la pieza a oscuras y comer temprano; después habrá que tomar clarete, dormir la siesta, dar un paseo a caballo por la tarde o pasear con las damas en la Alameda; más tarde fumar un cigarro sobre la azotea o en el patio, beber un *brandy* con agua y acostarse tapado con una simple sábana y cubierto por un mosquitero, cuidando de dejar las puertas y ventanas abiertas.

Antes de la revolución, la esclavitud estaba en su apogeo en Buenos Aires porque todos los oficios domésticos, los trabajos de agricultura y muchos otros, eran desempeñados por negros africanos, todos ellos importados del Brasil. Los españoles son generalmente bondadosos con los esclavos, pero, esto no obstante, como el gobierno pensó que un estado parcial de esclavitud resultaba incompatible con la libertad general, abolió aquélla en forma prudente, es decir gradual, y bajo principios de justicia, porque no pasó por alto el interés de los propietarios ni sus pedidos para que se tuviera en cuenta su situación.

Nada sorprende más al llegar por primera vez a Buenos Aires que los carros y los carreteros de la ciudad. Los primeros son vehículos de anchos ejes de madera y ruedas enormes, tan altas que solamente los rayos tienen unos ocho pies y se elevan muy por encima de los caballos y del conductor. Este último va montado sobre uno de los animales. Cuatro tablas anchas de madera clavadas entre sí forman un paralelogramo sobre el eje y a este paralelogramo se agregan cañas de bambú horizontales en el fondo y verticales a los lados, todo lo cual viene a constituir lo que se llama el carro. El piso del vehículo tiene naturalmente aberturas muy perceptibles y el agua puede subir por ellas con toda facilidad. Las cañas verticales de los lados están a considerable distancia una de otra y sirven para sujetar los cueros que se ponen allí como para proveer de agarraderas al pasajero. La primera impresión, que producen estos incómodos y rústicos carros, la experimentamos al desembarcar en la ciudad. Salen arrastrados por los caballos, como casillas de baño, una docena de estos carros, en dirección al hotel (lo mismo que aquí saldrían doce mozos de cordel con los equipajes) y los carreros pelean en términos rudos por la preferencia que ha de dárseles para llevar a la costa pasajeros y bultos. Así salen con su carga en el vehículo que va dando tumbos sobre las toscas hasta que de pronto se hunde en un pozo bastante profundo, circunstancia ésta en que podéis estar seguros de salir empapados, porque a pesar de todos vuestros esfuerzos para evitarlo, el agua del río sube a través del piso de cañas y por lo menos el calzado, calcetines y pantalones se mojan inevitablemente. Y por temor a un vuelco del carro, acaba uno por olvidar cuanta precaución pueda tomarse para salvar la vestimenta. Al llegar a la orilla, siéntense deseos de formular una oración de gracias. Y, con todo, es maravillosa la destreza que los carreros exhiben al manejar estos carros. Los caballos están atados de la cincha a una lanza corta por una correa de cuero trenzado y solamente con este rudo y sencillo aparejo los carreros de Buenos Aires hacen prodigios en el sentido de ir para un lado y otro, retroceder cuando quieren, colocarse en un espacio reducido y avanzar en su camino —como lo hacen en la Aduana— entre una doble o triple fila de competidores.

Otra especie de carro es el del agua, tirado por dos bueyes, uncidos por los cuernos al yugo. El aguatero va sentado sobre este yugo con una estaca corta en una mano y una pica en la otra, llevando su paciente y perezosa yunta de casa en casa para vender barriles del agua turbia y caliente, sacada poco antes del Río de la Plata. El agua en tales condiciones es abominable, pero si se la deja estar por un par de días en un lugar fresco, o asentarse en una tinaja de barro, resulta una bebida deliciosa.

En su mayoría, las familias principales tienen grandes y profundos aljibes en los patios, revestidos interiormente de ladrillos y argamasa, que reciben por caños y canalones toda el agua caída sobre las azoteas de las casas. El agua que reciben los aljibes es clara como el cristal, fría como el hielo y muy agradable en las horas de calor si se la mezcla con un poco de vino.

El modo de pescar en Buenos Aires es también muy curioso; extienden grandes redes en los sitios de poca profundidad sobre la arena, y cuando sube la marea, millones de buenos peces vienen con ella para buscar alimento en los bajíos próximos de la costa; tres o cuatro hombres se internan en el río a caballo para sacar las redes y antes de alcanzarlas, el caballo muy a menudo tiene que nadar con el jinete sobre el lomo. Una vez todo listo, se arrastra la red hasta la orilla y con ella todo cuanto encontró en su camino, desde el pacú, el pejerrey y el dorado, hasta las mojarras más pequeñas. A medida que se acercan los pescadores a la costa va aumentando el prodigioso peso de la redada, e inhábiles aquellos para soportarla en la posición en que van nadando, apenas tocan tierra se ponen de pie sobre el caballo como hacen los jinetes en el circo de Atley. Arrastran luego los pescados sobre la playa, los sacan de la red hasta cubrir con ellos el terreno y se produce una danza abigarrada, en que los peces saltan, brincan, voltejean, ansiosos y jadeantes como si llamaran al agua, hasta que, uno por uno, van desfalleciendo y quédanse por último quietos para morir en el mismo sitio de su corta zarabanda. El pescador entonces escoge los mejores de ellos, los pone en sus grandes carros con techo de paja y deja en el suelo miles de pescados que no cree dignos de ser recogidos. Luego se da prisa en ir al mercado, temeroso de que su cosecha pueda podrirse antes de llegar, especialmente si es verano y sopla viento norte.

Un extranjero podrá pensar naturalmente que, donde la carne puede conseguirse por casi nada y el pescado con sólo darse el trabajo de recogerlo, no pueden abundar los mendigos. Pero se equivocaría porque no es así. En Buenos Aires hay mendigos en cantidad, pero mendigos de alta escuela. Casi todos andan a

caballo, de tal manera que, aunque el proverbio afirma que un mendigo puesto a caballo se convierte en personaje peligroso, creo yo que el tal proverbio no sería verdad en el Nuevo Mundo. El mendigo o *pordiosero* de Buenos Aires gusta no solamente de lo necesario para la vida sino de la comodidad y a veces del lujo. Montado en su corcel, con mochila a la espalda y una caja de cuero para velas, va de casa en casa pidiendo una limosna "por el amor de Dios". Y de ahí se encamina al mercado, donde también "por el amor de Dios", consigue carne de vaca y de cordero, jamón, legumbres, pescados, frutas, y una o dos yuntas de perdices. Luego se va rumbo a su casa por todo el día, da alfalfa a su caballo y se sienta a comer en la cocina diciendo que hace mucho calor para salir durante la siesta. En rigor, el pordiosero no piensa en otra cosa que en pasar a caballo por las casas de familia y esperar a que lo sirvan.

Cuando el mayor de los autores de este libro llegó a Buenos Aires, había en la ciudad (y se mantuvo hasta poco tiempo después) un espacioso anfiteatro destinado a corridas de toros. Pintado y adornado vistosamente, este local tenía capacidad para unas doce mil personas y se le llamaba la Plaza de Toros o El Retiro. El día de las corridas —y la temporada era en verano, una vez por semana— representaba un día de júbilo en toda la ciudad. Cerrábanse las tiendas, el pueblo andaba inquieto, las señoras y señoritas vestían sus mejores trajes y se apresuraban a llegar en grupos animados, acompañadas por caballeros, al lugar del espectáculo. A veces veíaselas también en sus dormitorios, cuando éstos daban a la calle, mostrándose a la vista de los que pasaban. Rodeadas por un buen número de criadas bien vestidas, las porteñas observaban a los pasantes, criticaban los vestidos y atavíos de una señora, el porte de otra, y se admiraban a sí mismas y a sus lujos más que a todos los que tenían por delante.

Toda conversación que no recayera sobre los toros era entonces considerada torpe e impertinente. Muy graves señores se interrogaban unos a otros sobre qué especie de toros se lidiaban, sobre quiénes eran los *banderilleros*, es decir los que ponían banderillas. Estos instrumentos, destinados a clavarse en el lomo de los furiosos animales, se adornan con banderitas y cintas y en el extremo llevan fósforos explosivos. Las jovencitas preguntaban a sus galanes por quién haría de picador a caballo, o sea por el hombre que debía recibir él primero al toro cuando

éste saliera de su encierro donde estaba en la oscuridad. El picador recibe al toro con una lanza o arpón colocado en forma horizontal y así obliga al animal a mantenerse apartado. *El Ñato* —contestaba entonces el jovenzuelo,[1] pero lo más importante era saber quién hacía de matador. —¡*Pedro Padilla*! —le contestaban entonces y todos los rostros se iluminaban de alegría.

La multitud se desparramaba en el interior del anfiteatro por las diversas puertas que le daban acceso. Aquel día lo llenó a tal extremo, que media hora después no había un asiento disponible. Las más hermosas mujeres ocuparon sitio frente a los caballeros en lo que podría llamarse galería principal y formaban una constelación que, en verdad, hubiésemos deseado ver reunidas con otro motivo que aquél. Tuve ocasión de asistir a una de estas corridas en un día de gala en que asistió el virrey Cisneros y su comitiva. Cuando éstos entraron, la banda de música, colocada frente al palco real, tocó el aire nacional español *España de la guerra*; en el centro del redondel se colocó una compañía de granaderos de lindo aspecto que ejecutó vistosas evoluciones mientras el público los vitoreaba y aplaudía. Los soldados se retiraron luego a sus puestos respectivos para proteger a la concurrencia en caso de que algún toro resabiado saltara el parapeto de madera que servía para defensa del público. Todo quedó entonces en silencio y se produjo una intensa expectación: el público estaba en muda pero ansiosa espera. Por último sonó la campana y salió de su oscuro encierro un furioso animal que previamente había sido excitado y aguijoneado hasta la locura en su prisión. La primera persona a la que dirigió sus ojos fue el Ñato a caballo y en seguida le llevó una fiera embestida. Pero el diestro picador lo contuvo con su lanza tres o cuatro veces sucesivas hasta que el toro así frustrado en su intento se fue contra los vistosos banderilleros[2] que estaban de pie. Éstos, agitando una banderola para desviar la vista del toro, lo cubrieron luego con sus dardos dejándolos pendientes de sus flancos y de su robusto cuello. Quedó así exhausto, mirando a

[1] El Ñato terminó sus días en los cuernos del toro, y su caballo, destrozado, murió junto a él. Esto se consideró como un placentero y glorioso episodio. Hay que decir que bien merecía el destino que le tocó, porque era un conocido rufián y asesino. Acostumbraba jactarse de haber asesinado, entre muchos otros, a tres ingleses. Lo más extraordinario era que la profesión del Ñato lo ponía a cubierto del castigo a que se hacía acreedor por sus crímenes.

[2] *Abanderillados*, dice en español el texto original. *(N. del T.)*

uno y otro lado, como aturdido, por cuatro o cinco minutos. Entonces, y después de saludar al público, el matador se aproximó a la víctima que le estaba destinada, provisto de una larga y brillante espada en su mano derecha y un banderín en su izquierda. Se fue hasta muy cerca del toro, tentándolo y provocándolo a embestir, hasta que el animal, furioso otra vez, retrocedió por espacio de unas diez yardas y, súbitamente, se arrojó ciego de furor sobre el matador que lo recibió en la punta de la espada. Ésta se hundió hasta la empuñadura y alcanzó al animal en el corazón, dejándolo muerto a los pies del matador. Con su arma ensangrentada, el matador dio la vuelta del redondel, aclamado con vivas y *hurras*; las mujeres le tiraban flores y, desde la parte ocupada por el público elegante, arrojábanle, casi de todos los asientos, monedas y en algunos casos onzas de oro. En esos instantes entró un enorme gaucho, montado sobre un caballo pequeño pero muy brioso y vigoroso. El lazo, atado a la cincha, fue puesto en los cuernos del toro y el caballito, animado por el jinete y poniendo a contribución todas sus fuerzas, salió al galope, arrastrando tras sí aquella gran masa que representaba cuatro veces por lo menos su propio peso. El caballo fue aplaudido casi tanto como el matador. De esta manera fueron despachados catorce toros aquella tarde, hubo caballos muertos y algunos de los hombres se salvaron por casualidad. Fue considerado todo aquello como una deliciosa tarde deportiva. Pero lo mejor que pudo ocurrir, no mucho tiempo después, fue la abolición de las corridas por el gobierno independiente. Ellas chocaban y con razón a los ojos de la gente prudente y compasiva porque contribuían a engendrar el amor a la sangre, despertaban inclinaciones viciosas y eran ofensivas a la delicadeza femenina y a su moral; mirábaseles, finalmente, como incompatibles con la civilización y como un legado de la barbarie mora. El edificio del redondel fue demolido y sirvió para construir espaciosos y cómodos cuarteles para las tropas.[1]

Y con esto cerramos por el momento lo que queríamos decir sobre Buenos Aires.

LOS AUTORES

[1] El Retiro o Plaza de Toros fue el edificio que sir Samuel Auchmuty tomó, con grandes pérdidas, después de una gallarda defensa que hicieron los vecinos de Buenos Aires cuando Whitelocke atacó a la ciudad.

CARTA XLIV

SE ABRE UN RUMBO EN EL BARCO. PARTIDA DE BUENOS AIRES PARA INGLATERRA. ESPERANZAS Y PREVISIONES. LLEGADA A LA ISLA DE WIGHT. MIS IMPRESIONES DE UN HOTEL INGLÉS. PARTIDA DE COWES. LA SOCIEDAD DE BATH. LLEGADA A LONDRES. LA SOCIEDAD DE LONDRES.

Tenía ya todo listo para el viaje a Inglaterra y había fletado un lindo barco de bastante capacidad llamado *The Friends* con un cargamento valioso. Un día en que me hallaba compartiendo una suntuosa mesa con mis amigos de Buenos Aires, ingleses y sudamericanos (porque John Bull no concibe estas cosas sin un banquete), sucedió que, ya terminada la comida y en momentos en que brindaban por mi salud y me deseaban viaje próspero, entró en la sala el primer oficial de mi barco, muy cariacontecido y habló al oído al capitán Stevenson, que estaba sentado junto a mí. Era para decirle que se había abierto un rumbo en el casco de la embarcación y estaba haciendo agua con mucha rapidez. El capitán se levantó en seguida de la mesa para dirigirse al barco. Efectivamente era así. Yo me quedé petrificado. Mi criado, mi equipaje, mis provisiones ya estaban a bordo; el corazón, que palpitaba con la anticipada alegría de volver a ver mi tierra natal, se detuvo de pronto. Ni siquiera me ocurrió pensar que, de haberse producido el accidente en medio del Atlántico y no en el puerto como había sucedido, todos hubiéramos servido de alimento a los peces del mar.

En la descarga del barco, en llevar los efectos a otro buque y en los pleitos consiguientes, perdí tres meses. Por último, después de otro banquete de despedida y no pocos brindis, me embarqué en un lindo buque llamado *The Elisabeth*, al mando del capitán Swinburne, cargado con frutos de Corrientes y el Paraguay. Esto pasaba en el año 1817. Yo había estado ausente de mi país cerca de nueve años y durante ese tiempo había pasado de la mocedad a la edad adulta. En efecto, salí de Escocia cuando

era un muchacho de catorce años, en busca, como tantos otros, de la diosa Fortuna, diosa a la que se dirigen tantos hombres, que a muchos engaña, que desilusiona a otros tantos y arruina a decenas de miles, porque, generalmente, no contentos con lo que ella promete, aspiran a otros favores que está muy lejos de garantizar.

Al momento de que hablo, la fortuna me había sido propicia, porque, a despecho de lo ocurrido con el doctor Francia y con los artigueños, el éxito me sonreía: no sólo tenía ya una base pecuniaria para el futuro sino que se había fijado en mí, dispensándome su protección, un pariente anciano y rico que, en tiempos difíciles, cuando yo me afanaba en subir la cuesta, nunca me había concedido mérito alguno; pero ahora, viéndome ya de vuelta a Inglaterra y con una relativa independencia, pensaba que yo era, como él gustaba decir, "una astilla del viejo tronco". Este pariente, caballero de gran fortuna, muy inclinado a la sociedad aristocrática y estrechamente vinculado a muchos títulos nobiliarios, me invitó a volver y me ofreció su casa prometiéndome cartas de presentación para grandes personajes, algunos pertenecientes al mundo de los negocios. Con esto, sentíame orgulloso de abandonar las apartadas colonias de Sud-América para alternar con una sociedad más refinada, con las ventajas que me proporcionaría también el *confort* de mi país. Regocijábame asimismo la idea de ver a mis padres, a mis hermanos, hermanas y compañeros de colegio que no veía desde mi infancia. Muchos de mis compañeros se habían mostrado asombrados con los relatos que llegaban a mi familia sobre mis aventuras *allá lejos*; pero lo que más me complacía imaginar eran las visitas y los abrazos y las conversaciones que mantendría junto al fuego con quienes ya no eran los niños que dejé, sino hombres y mujeres. Nada hay que nos permita advertir esa transición mientras se produce gradualmente bajo nuestra observación diaria; pero pensar que de repente, como si dijéramos en una noche, aquel niño que era vuestro hermano se ha convertido en hombre, y la chiquilla, vuestra hermana o prima, se ha transformado en madre, es algo que suscita los más complicados sentimientos, desconcierta las ideas y torna en escepticismo la misma evidencia de los sentidos.

Al cabo, después de diez semanas de navegación, estuvimos en el canal inglés, con una espesa niebla. El piloto dijo que no estábamos lejos de la isla de Wight y, al aclarar el día, el bello espectáculo de la isla se presentó a nuestra vista. Mis ojos iban por esas suaves y herbosas colinas cubiertas de ovejas, y al contemplar la industria rural, el cultivo de valles y llanuras, los *cottages*, los jardines, los vigorosos labriegos en plena labor por prados y matorrales, pude comprobar que sientan muy bien a la naturaleza la industria y el cultivo cuando la visten con sencillez y no la sobrevisten con adornos y excesos.

A medida que avanzábamos por el curioso canal, las rocas, los fuertes, los puertos, los buques de guerra, los yates de nobles y caballeros bajo el pabellón de la vieja Inglaterra, todo contrastaba extrañamente con las escenas y cosas que me había acostumbrado a ver durante un largo tiempo. Habíamos estado últimamente en guerra; sin embargo allí estaban los buques con sus tripulaciones; los baluartes, con sus soldados de casaca roja y brillantes mosquetes; y entretanto, el martillo de los arsenales, el estrépito de los cañones, la música de los clarines, de los tambores, de los pífanos, daban unidad y animación al conjunto.

Precisamente, cuando íbamos avanzando por el canal, el viento cesó; pero yo había resuelto no permanecer un momento más a bordo siempre que tuviera posibilidad de seguir viaje por tierra y desembarqué en Cowes. Había oído decir que la isla de Wight era el jardín de Inglaterra y pensé que no debía presentárseme en adelante una escena mejor. Más tarde pude convencerme de que no era así, pero en aquel momento creía encontrarme en un país encantado. No bien bajé a tierra, unos seis individuos me rodearon oficiosamente, con muchas cortesías, disputándose el honor de llevar mi equipaje. Al mismo tiempo, tres caballeros de aspecto muy despierto se adelantaban para disputarse también cada uno el placer de llevarme a su hospedaje. Opté por la casa que parecía más grande y mejor. La primera impresión que recibí al entrar fue que habíamos tomado por hotel la mansión de algún noble. Los caballeros, muy bien vestidos, y las damas que subían o bajaban las escaleras cubiertas con alfombras de Bruselas; la lujosa habitación que me destinaron; el amplio *hall* que atravesé para subir al dormitorio; las lámparas, los cuadros, las mesas de caoba, los mucamos uniformados que esperaban órdenes, todo sobrepasaba cuanto yo hubiera podido figurarme de un hotel. Una circunstancia que aumentaba mi confusión era la dificultad de establecer la diferencia entre la propietaria y las sirvientas, lo mismo que entre el propietario y los criados y entre éstos y otras personas bien vestidas que

iban y venían por la casa. A todos tomaba por señoras y caballeros, aun después que los mozos de comedor pusieron mi mesa con servicio de plata y cristal sobre mantel de damasco y que una criada rubia muy bonita y gentil de mejillas de rosa y cabellos rizados me condujo al dormitorio con un candelabro y una bujía encendida en la mano. El cuarto tenía cortinas, encajes, alfombras y un lecho aparatoso. Excusaría decir que todo aquello era más rico y mejor que todo cuanto yo había visto en casa de los hombres más ricos de Sud-América y no podía hacerme a la idea de que las rústicas fondas de allá, o las postas de la pampa, eran, al fin y al cabo, como el hotel de Cowes, nada más que casas destinadas a dar albergue a los viajeros. Tanto fue así que los tres o cuatro días pasados en el hotel de Cowes me parecieron cosa de magia. Volví aquel día al salón haciendo reverencias, diciendo *señor* al mozo y a la camarera *señora*, hasta que un oficial de marina —mi compañero de viaje que estaba en el hotel— me llamó a la realidad con sus repetidas advertencias y bromas. Después, cuando reanudé mis viajes y me alojé en muchos otros hoteles superiores al de Cowes, anduve por algunos días como el hombre operado de cataratas que empieza gradualmente a distinguir un objeto de otro.

Pedí en el hotel que me fuera preparado un vehículo para Newport y el propietario me contestó con una inclinación:

—Sí, señor; supongo que una calesa y una yunta de caballos.

Me resultaba increíble, confieso, recién llegado de las pampas, que pudiera verme arrastrado por una sola yunta de caballos. Por eso ordené que pusieran dos yuntas y cuando el coche estuvo listo y me fue presentado, tanto el propietario como la señora, los mozos, camareras, peones y demás gente de la casa, preguntábanse unos a otros qué podría yo hacer con tal exceso de cabalgaduras. Y cuando vi dos postillones uniformados con chaquetas azules de piel de ante y capas negras, que se pusieron en marcha para acompañarme, no podía yo concebir que tales individuos pertenecieran a casas equivalentes a los hoteles de Buenos Aires, y que esos postillones desempeñaran el mismo oficio que los gauchos zaparrastrosos de las llanuras americanas. Encontré que todo era más barato en los hoteles, dado el lujo con que estaban puestos, y todo en el camino me resultó a precio razonable... excepto las sillas de posta con cuatro caballos... De ahí que tuviera que reducirme a dos caballos, y solamente me vi otra vez en coche de cuatro cuando hube de viajar en los

coches-correos, después que me hice más conocedor de los caminos.

Desde Portsmouth fui en coche hasta Bath, donde mi pariente, el caballero anciano de que hablé, me recibió con toda la cordialidad y distinción imaginables. Me dieron como alojamiento dos de los mejores cuartos de la casa y salí de paseo con el dueño de casa en su propio carruaje; tuve a mi disposición una excelente bodega, un despensero alemán, cocinero francés y me servían lacayos y *grooms*. También fui presentado a la mejor sociedad de Bath, a la gente de arraigo como a los transeúntes. Mi pariente conocía a todos pero gustaba en especial de quienes jugaban con él la partida de naipes en su casa y aquellos que escuchaban pacientemente la lectura de cartas que él recibía y que se prestaban luego a llevar las respuestas; y también los que daban dinero para la iglesia del lugar.

Tuve también el honor de ganar algunas guineas a algunas viudas pensionadas y a personas del otro sexo muy expertas en *sauter la coupe*.[1] Ésta es una gentil expresión de juego que en términos vulgares diríamos "explotar al vecino". El caballero, mi pariente, ganaba de ordinario y debo decir que parecía complacerse en que sus amigos aristócratas ganaran algunos doblones al recién llegado de Sud-América.

Pasados algunos días, pensé que si mi alojamiento y amistades eran muy agradables, resultaban un poco caros y como llevaba ya un mes entre ocios y diversiones frívolas, lo suficiente para conocer a los devotos de una sociedad superficial, dispuse remover mis cuarteles en busca de escenas más agitadas y bulliciosas.

Como disponía de cartas de recomendación para muchas ciudades del país y especialmente para Londres, un día, después de la comida, me metí en la diligencia de Bath y en la mañana siguiente pude desayunarme en el Hotel Brunet (de Londres), que me había recomendado mi pariente, por ser, como él decía, "punto de reunión de todos los extranjeros distinguidos". No encontré esto muy exacto; era más bien un lugar de retiro afrancesado para extranjeros poco distinguidos.

Desde este hotel salía yo para conocer las maravillas sin fin de Londres. En los primeros días —con sus noches— me perdí

[1] Literalmente "saltar el corte", o burlarlo para sacar ventaja, según parece desprenderse del texto. *(N. del T.)*

cuantas veces quise alejarme a pie en Leicester Square, lo que me obligó a tomar coche y andaba siempre con el plano de Londres (de Mogg) abierto sobre las rodillas. También lo consultaba varias veces al día en mi habitación hasta que, ya con algún dominio en la topografía de la enorme ciudad, pude andar a pie desde un punto a otro sin mayores inconvenientes.

Me iba convirtiendo así en ciudadano de Londres. Empleaba mis mañanas en hacer visitas a los grandes hombres del este de la ciudad y mis noches en el barrio del oeste. Conocí a muchos comerciantes y banqueros que pasaban la primera parte del día esclavizados en oscura oficina pero gozaban por la noche de comodidad y lujo refinado en una casa de los alrededores de Portland Place, de Harley Street, Wimple Street, Cavendish, Berkeley o Grosvenor Square. Sus hijos eran educados en universidades y sus hijas eran no solamente cumplidas en sus maneras, y en cuanto hace a la moda y a los sentimientos sociales, sino que poseían muchos de esos atractivos en que entra por mucho la vivacidad de imaginación, los conocimientos útiles y la reflexión que se requieren en la buena sociedad. En aquel entonces, y en todo lo tocante a la mesa, al carruaje, caballos, sirvientes y al estilo en general, los comerciantes y banqueros de Grosvenor Square y Picadilly eran muy *recherchés*: algunos podían compararse a los hombres de la nobleza y otros llegaban a sobrepasarlos en esos particulares. Hallé que existían muy diversas escalas sociales y círculos muy exclusivistas entre los comerciantes y banqueros, lo mismo que entre la nobleza; y las condiciones de admisión para el círculo que formaban los magnates de la banca y del comercio eran a menudo más rigurosas y minuciosas que las exigidas por la nobleza para el *gentleman* de cualquier rango, siempre que éste formara en el plano de los *gentlemen*. Orgullosa y exclusiva como pueda ser la oligarquía en este país, no es en manera alguna la única clase social que se mantenga por todos los medios posibles en su propia esfera. La verdad es que somos una nación de castas como la China, no sujeta, naturalmente, al despotismo que aplasta a ese país, pero sí tan celosa como la China en mantener las castas en la sociedad. Desde el comerciante en grande hasta el más pobre mercader, cuántos círculos sociales existen, animados todos por un solo principio: el de pisar los talones del superior y guardar a buena distancia al inferior. Los mercaderes pobres se sienten muy honrados junto al dueño de una tienda; el tendero, en compañía del comerciante fuerte, y éste con la sociedad del hombre que actúa en un plano superior de su misma profesión.

Con todo, es satisfactorio comprobar que el buen sentido y el conocimiento del mundo distinguen a los altos comerciantes de Inglaterra y hacen muy grata su compañía. Pero líbrenos Dios también del negociante envanecido y de su orgullosa mujer. Estos últimos hacen mayor alarde de todo para deslumbrar a los más modestos y tienen más prurito de ostentación y de fastidioso egoísmo, para exhibir su rango social, que diez personas juntas de la verdadera nobleza. Y sin embargo, nada más frecuente que oír a estos aristócratas de la *City* reclamar contra el orgullo y contra la pompa y exclusivismo de los grandes, que en rigor no es un ápice mayor si bien se ejercita en esfera diferente y exige el respeto debido a la educación que puede muy bien sumarse al rango y a la fortuna.

J. P. R.

CARTA XLV

DIFICULTAD DE DECIR COSAS NUEVAS SOBRE INGLATERRA Y ESCOCIA. LLEGADA AL HOGAR DE MIS MAYORES. UN POSTILLÓN ESCOCÉS. EL DESPERTAR DE UNA FAMILIA. ME ENCUENTRO CON GENTES EXTRAÑAS. EL RECONOCIMIENTO. NUEVOS PARIENTES. MI MADRE. UN ALMUERZO ESCOCÉS. EL MIMADO DEL DÍA. UNA CONFESIÓN. LA SOCIEDAD DE EDIMBURGO. AULD REEKIE NO ES ATENAS. EL CALTON HILL. LA ALAMEDA DE LEITH. EL ASIENTO DE ARTURO. SALISBURY CRAIGS. LAS COLINAS DE PENTLAND. ESCENAS DE LOS ALREDEDORES. EL CASTILLO DE EDIMBURGO. LA CASA O PALACIO DE HOLYROOD. VECINDADES DE LA ABADÍA. LA CIUDAD NUEVA DE EDIMBURGO. LOS HABITANTES DE LA CIUDAD NUEVA. LA SOCIEDAD. UN CHISTE FELIZ.

Cuando dije a usted que mi carta anterior y las dos siguientes tratarían de todo cuanto pudiera yo decir sobre Inglaterra y Escocia, no quise con ello significar, y no podría usted esperarlo así, que iba a ocuparme en detalle de estos países. Son demasiado conocidos y han sido recorridos tantas veces que no podré decir mucho a su respecto y además debo tener en cuenta que he prometido escribir principalmente sobre Sud-América. Por lo que hace a Inglaterra, cuando considero los ferrocarriles, los vapores, los periódicos, revistas, novelas, libros de viaje, los caminos *macadamizados*, los correos rápidos, las postas ligeras; y cuando pienso en los informes de comisiones, en los debates parlamentarios, banquetes y reuniones públicas en que se delibera sobre cuanto tópico puede darse bajo el sol, quedo bien advertido de que ya se ha dicho casi todo cuanto puede decirse sobre la sociedad, los hábitos y otros aspectos del país.

Diré solamente que, acrecido el número de amigos y corresponsales en Londres y dejando establecidas las bases para futuras operaciones en Inglaterra como en Sud-América, me puse en camino para Escocia. Eran las cinco de la mañana cuando llegué a la estación central de mensajerías en Edimburgo y en seguida subí a una calesa para dirigirme a casa de mis padres, situada a poca distancia en la campaña. Con menos prisa y si hubiera dormido algunas horas, después de andar tres noches sucesivas en el coche-correo, habría podido reponerme, evitando a las personas de mi casa paterna la sorpresa de verse despertados súbitamente en hora tan intempestiva como aquélla. Porque mis golpes a la puerta y mis llamados con la campana, sucediéndose continuamente, no producían al principio ningún efecto. El postillón creía que un pequeño retardo en la llegada hubiera sido mejor para todos. —Señor —me decía—, valía más haber seguido las costumbres de Escocia. A esta hora sólo está de pie la gente de labor. Aquí en su casa, ni los sirvientes ni las mucamas estarán levantados hasta las nueve. Siga mi consejo, volvamos a Black Hull, tómese un descanso usted allí y estaremos aquí de vuelta a eso de las diez. Así les dará tiempo suficiente para levantarse.

Pero los consejos del postillón no pesaban en mi ánimo. Mi acompañante pareció entrar en razón cuando le dije que aquella era la casa de mis padres y que yo había estado ausente durante nueve años. Entonces reanudé los llamados en tal forma, que un rapazuelo preguntó desde el corral: —¿Quién está ahí? —y dos mujeres del servicio aparecieron en un desván con *papillotes* en los cabellos, cofias de dormir y faldas cortas a la moda de Escocia. Lo mismo que el muchacho, gritaron en voz alta: —¿Quién esta ahí? —hasta que vieron el coche a la puerta. Debieron de llegar entonces a la conclusión de que el extranjero esperado acababa de llegar, porque una dijo a la otra: —Que me maten si no es el joven de la casa.

Cerróse la ventana con estrépito y luego todo fue agitación y bullicio en el interior. Ante un suceso semejante, tuve la impresión de que intentaban hacerlo todo a la vez, pero no me abrían la puerta. Cinco minutos largos pasaron. Cuando la puerta se abrió por fin, pensé, después de todo, que había equivocado la casa, porque hallé en el vestíbulo un grupo de personas dispuestas a recibirme pero no reconocí a una sola de ellas. Los sirvientes eran extraños a la casa: un joven espigado que podía tener dieciséis años, me resultó desconocido; y lo mismo una señora alta y otra más pequeña y dos muchachas de dieciocho a veinte años que bajaban apresuradas la escalera. A un caballero anciano, vestido con un batín, inclinado, que tosía penosamente, no lo reconocí tampoco, y de una dama gruesa y canosa pensé que fuera alguna viuda escocesa, huésped de la familia. Me encontraba, sin embargo, entre mis parientes más cercanos; pron-

to me convencí de ello, no por lo que me decían los ojos —ellos me desengañaban cada vez más— pero sí los oídos; porque, cuando la señora gruesa me abrazó con lágrimas exclamando: "¡Hijo querido!", advertí en seguida que se trataba de mi buena madre. Entonces la voz del caballero anciano me anunció también que era la de mi buen padre y que tenía frente a mí a mi hermano menor. En cuanto a las cuatro muchachas, estaba seguro de que dos de ellas eran mis hermanas (porque no tengo sino dos), pero, ¿cuáles?... No podía decirlo; las cuatro se parecían mucho y tenían muy semejante la voz. Pregunté seriamente cuáles eran mis hermanas y cuáles mis primas. En esos momentos, el grupo llegaba al comedor. Una cálida sensación de renovados afectos se produjo entonces y las salutaciones y bienvenidas fueron interminables. Aparecieron todavía dos agregados a la familia: dos primos pequeños de cabellos rizados que una sirvienta hacía bajar por la escalera; uno llevaba un tambor, el otro hacía sonar un pito en forma estridente. Al ver a un extraño cesaron en su música y no quisieron reanudarla hasta que me insinué con ellos acariciándolos y llamándolos por sus propios nombres: Archy y Geordie. No hubiera podido encontrarse círculo más feliz... sobre todo en aquella hora de la mañana. Por cierto que nadie pensó en el sueño interrumpido y fuimos familiarizándonos con gran rapidez. Me sentía contento de ver a mis bonitas hermanas, a mis encantadoras primas y más que todo satisfecho de que no faltara ninguno de los que yo esperaba ver; por el contrario, me encontraba con nuevos parientes... Poco a poco las niñas fueron retirándose para hacer sus *toilettes* y el caballero anciano, mi padre, que me pareció algo delicado, salió a caminar como para mostrarme que no había olvidado los días de su juventud.

Quedó sola conmigo la señora de la casa; su ansiedad era compartida entre el deseo por conocer noticias del hijo que había quedado en América y la preparación de un buen almuerzo para el recién llegado. Todos saben en qué consiste el *breakfast* escocés: té muy caliente, café bien fragante, crema, panecillos calientes, tostadas, *cakes* de avena (finos como barquillos), *scons* de cebada, salmón ahumado, gallina fría, carne de vaca (fría), huevos, miel, jalea, mermeladas, salchichas y varias otras etcéteras... El trago de aguardiente ha quedado relegado a las tierras altas de la región, pero en el caso presente mi madre insistía en que fuera introducido nuevamente porque no dudaba de que yo me había enfriado mucho con el largo viaje.

A las nueve volvió a reunirse el círculo de la familia para hacer honor a los platos a que me he referido. Yo fui, por cierto, el niño mimado durante el día y pude experimentar lo que ocurre de ordinario a quienes se encuentran en casos semejantes después de un largo viaje: quiero decir que todo cuanto yo contaba, verdaderamente cierto, era recibido con alguna incredulidad, pero si ponía un poco de fantasía en el relato, y lo narraba con rostro serio y estilo campanudo, era aceptado con avidez como la revelación de cosas novedosas y extrañas...

Y con esto debo terminar, tratándose de asuntos familiares que pueden interesar únicamente a quienes les conciernen. Rara vez estos últimos son capaces de advertir la frialdad con que personas extrañas escuchan esas cosas por buena educación, con los oídos externos, por así decir, mientras exclaman interiormente: "¡Qué aburrido!" Un moralista me diría: —¿Cómo puede usted pretender que alguien se manifieste más interesado por sus asuntos que lo que puede usted mismo estarlo por asuntos ajenos? Confieso que le encontraría razón y por eso digo *adiós* a mi padre, a mi madre, a mis lindas hermanas y a mis encantadoras primas, conviniendo en que no tiene el tema bastante atractivo como ficción y tampoco novedad ni interés como hecho verdadero.

El primer día de mi llegada lo consagré por entero a las delicias del hogar. El siguiente salí para hacer entrega de varias credenciales y cartas de recomendación que me habían dado algunos caballeros pertenecientes a facultades de derecho, medicina y teología. Tenía también cartas para hacendados de la montaña que residían en la ciudad y para varios de sus arrendadores nobles de las tierras bajas que poco se parecían a sus hermanos montañeses del norte, excepto en que todos eran propietarios de tierras.

Mientras iba en el coche, de una en otra casa, para dejar mi tarjeta y algunas credenciales que me recomendaban a la amistad de las familias, pude admirar la situación y los bellos edificios de esa Edina que sus admiradores han llamado exageradamente la Atenas del Norte. Porque debo decir que las ruinas de Atenas no permiten comparar esta ciudad con Edimburgo; y que el razonamiento profundo de los griegos, sus hazañas, su oratoria, su filosofía, su poesía, su escultura, la pompa de sus procesiones triunfales y torneos atléticos, destacan muy ventajosamente a la capital de Grecia sobre la capital del norte.

Hay en esta última ciudad un lugar muy noble que, ya se le

considere por su posición central y dominante, como por la belleza, diversidad y extensión de sus románticos alrededores, creo que no ha de tener igual en el mundo; este lugar es el Calton Hill. Según encaminaba mis pasos en el ascenso circular que va desde la base hasta la cúspide de este cono magnífico, desplegábanse ante mi vista, a cada vuelta del camino, nuevas y encantadoras bellezas, de muy diverso carácter pero unidas en armonioso conjunto. El resplandeciente canal de Forth baña la fértil costa de Fife, rica en maderas y mieses donde alternan bulliciosos caseríos; y también los puertos de Milothian, los condados adyacentes y los barcos de los curtidos hijos de Caledonia. Los yates y los barcos pequeños brincan sobre las movientes olas; otros barcos salen y entran por el puerto de Leith; óyense los ruidosos martillos golpear sobre el yunque y las fábricas de vidrio arrojan humo y vapor, ofreciendo el espectáculo más animado. La rampa que se extiende entre Edimburgo y Leith se halla ricamente cultivada, a uno y otro lado de lo que llaman el Paseo de Leith. Sucédense bosques y jardines celebrados por su belleza y también porque pueden encontrarse allí desde el vigoroso roble hasta la más tierna planta exótica. Creo que ningún jardinero aventaja al escocés en el arte de trazar los jardines y en el cuidado de las plantaciones con que adorna sus campos.

Cuando mi vista se apartó del canal de Forth, me hallé con ese fenómeno geológico tan singular, llamado Salisbury Craig; desde allí contemplé, en el asiento de Arturo, el pináculo al que había trepado tantas veces en mis correrías infantiles. El punto más cercano y digno de contemplación era Pentland Hill, que abarca, en forma de anfiteatro, casi la cuarta parte del espléndido círculo formado por la naturaleza en torno a Calton Hill. Desde la base de Pentland hasta los suburbios de la metrópoli, se extiende el campo más rico y finamente cultivado que en aquel clima y en aquella latitud pueda concebirse. No hay muchos bosques, si no es en las mansiones de nobles e hidalgos; en los campos hay tierras de labranza y abundantes cosechas, pequeñas aldeas con sus campanarios y arroyos que tan pronto se ocultan entre bosques, parques y praderas como salen al campo abierto para beneficio de las tierras. Saltan las aguas al sol y ruedan brillantes por el llano para buscar después la sombra favorita. Sólo faltarían para completar la belleza de la región, esos bonitos setos arbolados y cercados verdes que en Inglaterra, por doquiera, quitan al campo toda apariencia de desnudez y lo

revisten de un esplendor natural que combina la utilidad con el adorno. En Escocia hay pocos setos arbolados y en general están formados por simples muros de piedra.

Una vez que desde aquella posición dominante hube observado cuantos objetos abarcaba por un lado mi vista, eché otra mirada en torno para contemplar la ciudad misma y sus alrededores. Lo primero que vi, casi colgante, y sobre una roca en apariencia perpendicular, fue el castillo, que parecía decirnos cuán pronto caería desde su alta posición si fuera sometido a la prueba de los modernos proyectiles. En un principio este castillo no nos sorprende por su grandeza y más tarde nos sorprende por su debilidad. Prescindiendo de su insignificancia desde el punto de vista militar, lamento no poder hablar con admiración de su estructura arquitectónica, porque algunos torpes remendones de edificios en ruinas han injertado en el edificio feudal dos alojamientos destinados a cuarteles y los han edificado con techos planos, y un piso sobre otro a gran altura.

Desde este apilamiento de piedras, incongruente pero muy noble por su situación especial, atisbaba yo las altas filas de casas que flanquean el lado norte de High Street, en cuya dirección el castillo parece fruncir el ceño como amenazando con la destrucción de Tron Church y Tolbooth, que serían los principales obstáculos para que sus cañones alcanzaran a Holyrood.

Holyrood —sombría y triste mansión de la realeza— y su abadía, antes muy hermosa pero hoy arruinada, quedaban a mis pies. Al mirar desde Calton Hill aquellas construcciones, veía también los miserables edificios de los alrededores, y recordando que habían sido residencia de la más alta nobleza, no pude dejar de pensar que la destitución de un rey —con su corte, nobles y palaciegos— significa una calamidad para la nación desamparada, porque de inmediato el total de las rentas pasa por manos de los mayordomos a los propietarios de tierras para ser gastado en suelo extranjero.

Volviendo de las vecindades de la abadía, vi casas construidas sobre verdaderos precipicios y altas de catorce pisos; lo mismo que calles que pasaban bajo puentes tan elevados que los transeúntes aparecían como liliputienses. Y con todo, algunos edificios de esas calles se levantan por encima de los mismos puentes. La comunicación con los barrios altos se efectúa por una negra escalera de piedra, interminable, donde habitan mujeres miserables que allí tratan de ocultar su vergüenza.

La parte verdaderamente magnífica de Edimburgo la constituye la ciudad nueva, una *city* que ha sido llamada con propiedad la ciudad de los palacios. Ya se le considere por su situación o por sus lindos edificios de piedra, o por el ancho magnífico de sus calles, sus jardines, sus nobles perspectivas, su contraste con el hacinamiento de la ciudad vieja (de la que la separa el Mound), siempre resulta imposible sustraerse a un sentimiento de admiración por ella.

Por cierto que hay notables diferencias entre los habitantes de la vieja y la nueva ciudad. Los de la primera son generalmente tenderos, mercaderes, artesanos, y algunos barrios están habitados por gentuza de la montaña, parlanchina, alborotada y sucia. En la ciudad nueva están los propietarios de las tierras bajas, con sus esposas, sus carruajes y su lacayos. Incapaz de hacerse notar en Londres, el terrateniente se contenta durante la estación con dar el tono de la elegancia en Edimburgo; y los terratenientes de la mejor clase son la gente más agradable que pueda imaginarse. El buen sentido, la llaneza de maneras, la hospitalidad y a menudo el sentido de los negocios caracterizan a los escoceses y en especial a los de las tierras bajas.

En la ciudad nueva están los jueces y otros funcionarios del tribunal, los abogados, los encargados del sello real, los médicos y cirujanos más conocidos, con los profesores de la todavía no terminada universidad.[1]

Todos habían contribuido a formar una sociedad cortés, instructiva y muy agradable; la sociedad de los hombres era animada por la *naïveté* y la belleza de las mujeres. La franqueza de estas últimas, su natural alegre, su facilidad para decir frases oportunas, hacían de un *dinner-party* escocés, sobre todo cuando era con baile y cena, algo verdaderamente deleitable. Lo que más me sorprendió, sin embargo, en la ciudad nueva, fue que por lo general todas las buenas casas pertenecían a un abogado o a un médico, y la tercera o la cuarta parte de las personas que se hallaban por la calle (excepto en los lugares de reposo de Prince Street) parecían pertenecer a los tribunales o eran discípulos de Esculapio. El éxito de los abogados tenía explicación, conociendo la fuente de sus ganancias, que estaba en el trato con los

[1] Mucho después de haber sido escrita esta carta, la Universidad ha sido terminada y se han hecho muchas otras notables mejoras que no existían creo que ni siquiera en proyecto cuando la escribí.

terratenientes o hacendados; pero, que una raza fuerte y vigorosa como la escocesa necesitara tantos cirujanos y médicos, fue algo que nunca tuvo para mí explicación.

Los teólogos de la iglesia escocesa —con excepción de muy pocos— no ocupan lugar preeminente en lo que generalmente se llama buena sociedad. Los hijos de familias acomodadas muy rara vez se dedican a la iglesia. Los estipendios son tan magros y las probabilidades de una mejora que alcance a quinientas libras al año tan difíciles, que solamente algunos modestos espectadores de la vida resultan candidatos a las sagradas órdenes. De ahí que puedan encontrarse en el clero escocés hombres excelentes, pero rara vez con talento, salvo en las argucias y sutilezas de una teología poco elevada.

Voy a cerrar esta larga carta recordando una observación aguda que se hacía entonces a propósito de clérigos y abogados y con relación a los edificios públicos que ambas profesiones habían erigido, uno frente a otro, en George Street. Hay que decir que la fachada de la iglesia avanza sobre la línea regular de los edificios en ese lado de la calle, y que el palacio de justicia queda enfrente, más adentro de la línea de edificación. Con ese motivo decían que "la impudicia del clero y la modestia de los abogados habían echado a perder una de las más lindas calles del mundo".

J. P. R.

CARTA XLVI

MI PARTIDA DE EDIMBURGO. LAS AMONESTACIONES DE MI PARIENTE Y SUS COMPARACIONES. VIAJE A GLASGOW. LA LLEGADA. RIQUEZA Y ACTIVIDADES DE GLASGOW. HOSPITALIDAD. EL PONCHE DE GLASGOW. OTRAS MANUFACTURAS DE LA CIUDAD. LIVERPOOL. SUS COMERCIANTES. SAN MARTÍN HACE LA RECONQUISTA DE CHILE.

Había pasado dos meses en Edimburgo, totalmente ajeno a los negocios y muy dado a los goces mundanales, como si no fuera necesaria la actividad para proveer a las cosas buenas de la vida y al lujo que apetecemos. En estas circunstancias recibí una carta del caballero anciano de Bath, en que me hacía recordar que yo no llevaba plumas a mi nido y que no encontraría muy pronto huevos de oro si, en lugar de levantarme temprano y de hacer al sol mi cosecha diaria, vivía entregado al baile y a la sociedad femenina, bebiendo champaña y jerez con las damas o charlando de política y filosofía con los hombres: —¿Cómo es —agregaba— que, pasadas seis semanas, no tengo todavía la lista de precios convenidos ni una palabra sobre capitales ni sobre los proyectos que tiene usted para sus amigos industriales, en los mercados de Sud-América? ¿Cómo puede usted pensar en que acepten esos proyectos si en lugar de encontrarse usted con sus amigos en Glasgow, en Manchester y Yorkshire, a fin de indicarles cuáles son las mercaderías más apropiadas para ese comercio, anda perdiendo su tiempo en una ciudad como Edimburgo, donde un hombre de negocios no tiene nada que aprender? Deje a un lado, pues, sus universidades y sus bagatelas; pórtese como un muchacho formal, siga mi consejo, persevere con sus barcos, colonias y negocios y le aseguro que en eso consiste su carrera mejor. Considere lo que Blucher y Wellington han cumplido con su espada y lo que muchos hombres han hecho con la pluma y el intelecto; tenga en cuenta que buen número de ellos se han puesto a la cabeza de sus profesiones.

Pensé que algún otro hubiera podido objetar esta artificiosa comparación, pero, en cuanto a mí, no me sentí inclinado a hacerlo; y así, excusando mi perezosa detención de dos meses entre los míos por mi larga ausencia de nueve años en las pampas y mi reclusión del Paraguay, preparé mis maletas y dije *adiós* a Edimburgo y a sus numerosos atractivos. Blucher, Wellington y el comerciante solitario de Bath bullían en mi cerebro; nuevos proyectos de especulaciones en América inflaban mi espíritu de ambición; planeaba también inauditas aventuras entre los gigantes de la Patagonia, las tribus de Arauco y los indios del Perú, todo lo cual despertaba en mí el ardor del viajero que nunca se siente tan pequeño como cuando está detenido largo tiempo en un mismo lugar.

Quizá la facilidad con que la imaginación me sacó tan pronto de mi hogar, se vio acrecentada por el soso y monótono viaje que hice en un día de llovizna, desde Edimburgo a Glasgow. Parecíame que aquella jornada no acabaría nunca, con sus pantanos cubiertos de musgo, los abetos achaparrados, las represas ennegrecidas y —a medida que avanzábamos— chiquillos semidesnudos, indecentes montones de basura y posadas incómodas. Por último, llegamos a ese vasto emporio de riqueza y actividad que forma la capital occidental de Escocia. Pero no voy a detenerme en describir lo que es de todos conocido. Glasgow es una espléndida ciudad. Sus habitantes son por lo general negociantes hábiles y se distinguen más por su sagacidad y tesón infatigable que por sus maneras distinguidas o por su refinada educación. Sin embargo, hay entre ellos hombres inteligentes y de conocimientos científicos en todas las artes que tienen relación con el lujo y el *confort* de la vida. Los buques salen de su puerto con las hermosas producciones de sus telares a todas partes del globo y vuelven ricamente cargados con la plata y el oro del Perú; con las especies, el algodón, el azúcar y el índigo de la India; con el café del Brasil; el marfil y el oro en polvo de África; con la madera, el cáñamo y el sebo del Báltico; con todas las frutas del Mediterráneo y con los vinos de Portugal, Francia y España.

La industria de maquinarias alcanza gran perfección en Glasgow. Las fábricas de tejidos son estupendos monumentos de producción y cada taller privilegiado parecería que pudiera tejer diariamente prendas de vestir para toda una nación. El químico ha contribuido con sus descubrimientos a dar brillo a los

primorosos dibujos del pintor; hasta en las sedas, muselinas, tocados y demás atavíos de utilidad y adorno en la *parure* de las señoras, las manufacturas de Glasgow no tienen rival.

Habría que referirse también a las corporaciones de Paisley, es decir, a los tejedores a mano, que ayudados por sus industriosas mujeres y sus hijas, realizan con sus manos, en bastidores de bordar, trabajos de valor muy finamente elaborados. El tejedor a mano, de Paisley, es bastante radical en política y puede vérsele a menudo en su humilde chiribitil, con sus anteojos sobre la nariz, ocupado en ajustar los hilos de su trama, mientras su hijo, rapazuelo de nueve años, deletrea junto al padre el *Cobett's Register*, la *Revista de Edimburgo*, o la *Edad de Razón*, de Tomás Paine.

Conocí mucha gente, hice muchas amistades y comprometí buen número de corresponsales entre los manufactureros y mercaderes de Glasgow; todos estaban ansiosos por conocer cualquier lugar del globo adonde pudieran enviar sus manufacturas. La recepción que me hicieron fue tan bondadosa como hospitalaria; la mesa que me ofrecían era siempre abundante, a veces *recherché*. Las señoras eran modelo de economía, con la rara y encomiable cualidad de que intervenían muy poco en los asuntos de sus maridos. Éstos las elogiaban como buenas cocineras y administradoras de sus casas, y sin duda los mejores platos de la mesa, cuando no habían sido aderezados por ellas, habían estado bajo su inmediata vigilancia. Los maridos sentían placer en recomendarlos, sabiendo que sus mujeres tenían especial habilidad en el arte culinario.

Pero lo que el terrateniente de Glasgow muestra con más orgullo es el ponche, y al hacerlo y distribuirlo entre sus invitados —después que se van las señoras— se manifiesta como un señor muy principal que presidiera un gran festín.[1]

Cuando me retiré de Glasgow, visité todas las otras grandes ciudades manufactureras —Manchester, Leeds, Halifax, Rochdale, Blackburn— y también las del oeste de Inglaterra. En todas encontré una actividad sin tregua ni descanso y una inventiva siempre despierta, comprometida en el arreglo de nuevas empresas o en dar forma y estilo a los inventos de su propio in-

[1] Esta costumbre de beber ponche ha sido casi sustituida por completo en estos últimos años —excepto en reuniones de solteros— por la costumbre preferible de beber excelente Madeira o un buen vino tinto en lugar del ponche.

genio. Millones y millones de libras eran empleadas como capital en sostener este maravilloso comercio y en colocar a Gran Bretaña, en el mundo entero, sobre un plano de múltiple comercio, como no lo estuvo Tiro, con toda su gloria, en relación con las naciones vecinas.

Pero lo que más admiré, lo que más me maravilló, fue la ductilidad sorprendente de aquellos manufactureros y el criterio tan comprensivo con que sabían encarar cuanto tenía relación con sus negocios, así como la facilidad con que observaban desde sus depósitos, o desde sus telares, las más distantes regiones de la Tierra. Indiferentes a la vez al espacio y al tiempo, todo lo suplían con riesgo propio y con sus propias mercancías. Esto último se hace en tal extensión, que el mercader, con el riesgo de cualquier especulador, va más allá de lo que es propiamente el comercio de exportación de mercaderías manufacturadas. Y así no tiene inconveniente en constituirse en su propio agente en el extranjero. Él es quien arregla y ordena las ventas, órdenes de pago y letras de cambio y aunque parezca que no ha de tener ojos suficientes para vigilar sus fábricas colosales y los inmensos almacenes de su país, lo cierto es que, como un verdadero Argos, extiende su vigilancia sobre Europa, Asia, África y América. Conoce los mercados de esos continentes tan bien como los conocen los agentes que allí residen, y examina los informes de estos últimos y compara las noticias de hoy con las de ayer y con los datos que tiene de otras casas, a punto de que los agentes, a diez mil millas de distancia, pueden pensar que tienen de continuo a su mandante junto a ellos.

Una vez que afiancé relaciones con hombres tan prácticos y adinerados, hice una gira de seis meses por Inglaterra y Escocia, y luego me establecí en Liverpool, en una linda casa que puse por cuenta propia. Resolví permanecer allí por una temporada con vistas a extender y consolidar en Inglaterra el sostén de nuestro comercio de Sud-América, porque teníamos agentes en Paraguay, Corrientes, Santa Fe y principalmente en Buenos Aires, donde mi hermano y otro socio mantenían relaciones con diversas partes del mundo.

Los comerciantes y mercaderes de Liverpool eran no solamente agradables y bien informados sino también hombres cultos y caballerescos. En lo tocante a sus maneras, vida doméstica, estilo y elegancia, estaban, sin duda, por encima de los de Glasgow y hasta diferían poco de sus colegas de Londres. El co-

merciante de Liverpool es superior en inteligencia a todos los de la región y está en el verdadero centro del comercio, donde el movimiento es más activo y múltiple. La América del Norte puede decirse que está a sus puertas; las grandes ciudades manufactureras de Inglaterra distan un paso de Liverpool y derraman en sus almacenes cuantas mercaderías tienen para la exportación. Liverpool es un emporio para la venta de productos y a la vez puerto de tránsito para los efectos de Irlanda; absorbe casi por completo el comercio de Sud-América y sus barcos son los primeros en entrar en cualquier región que abra sus puertos al comercio. Calcuta, Cantón y algunos puertos de África envían gran parte de sus tesoros a Liverpool; las Indias occidentales, Havannah, Guinea, Honduras, son también tributarias de ese puerto. ¿De dónde viene tanto barco para llenar sus dársenas y tanto producto para colmar sus almacenes? De todas las abras y rincones donde se construyen barcos, de todo pedazo de terreno donde algo se cosecha y de toda guarida de hombres donde el trabajo y la industria convierten en materia útil los dones liberales de la naturaleza.

En el seno de esta comunidad y con el propósito de convertirme en uno de sus miembros senté mis reales por una temporada, provisto de buenas recomendaciones. Quería observar allí todo lo que fuera digno de observarse, ganar todo el dinero que me fuera posible ganar y calentarme al sol de una vida fácil y tranquila (en comparación con la que había llevado) hasta que las circunstancias me llamaran otra vez a desempeñar en Chile y Perú un papel más activo y de mayor riesgo que el desempeñado hasta entonces en Sud-América.

Permanecí en Liverpool hasta 1820, año en que el general San Martín, después de derrotar a Osorio en Chile y de haber reconquistado y libertado este país, estaba empeñado —en cooperación con lord Cochrane— en la toma de Lima. Mi plan consistía en establecer agencias en ambos países y había hecho ya todos los arreglos y preliminares para llevar a efecto mi proyecto.

J. P. R.

Carta XLVII

Viaje a las montañas. El extinto marqués de Huntly. El príncipe Leopoldo. Paisajes de Escocia. Una comitiva en la montaña. Las gaitas. Llegada a Kinrara. La posada. El deporte.

Aunque había fijado mi residencia en Liverpool, hice frecuentes excursiones durante ese año a varios sitios dignos de visitarse, de los muchos que hay en Inglaterra, Escocia, Irlanda y Gales. Voy a relatar, sin embargo, una sola de estas excursiones, la que emprendí a la región de las montañas para dedicarme a la caza, mi diversión favorita. Ofrece algunos incidentes y sucesos que no se han dado con mucha frecuencia en la vida de este inmolador de aves silvestres.

Debo decir que en uno de mis viajes a Bath y en un *dinner-party* dado por mi pariente, tuve ocasión de conocer al hoy finado marqués de Huntly, entonces en lo mejor de su existencia y cuando daba vida y animación a los círculos sociales que frecuentaba. El ingenio del marqués, sus maneras atrayentes, su rostro rubicundo y alegre, su buen humor, su *gaieté dé cœur*, lo ponían (a él y a quienes lo rodeaban) por encima de todas las dificultades.[1]

Tocóme en suerte estar a su lado durante la comida y al enterarse de mis extrañas aventuras en el Paraguay, hizo algunas graciosas reflexiones, me sacó nuevas noticias que le interesaban y terminó por invitarme a pasar una quincena del mes de agosto, que ya estaba próxima, en su casa de campo de Kinrara, hermosa propiedad en el Invernesshire, a orillas del Spey.

[1] En el texto inglés se expone esta última idea mediante la siguiente expresión en dialecto nórdico: *O' er a' the ille o' life victorius.* "Sobre la cumbre de la vida victoriosa." Quizá se trata de un verso de algún poeta escocés. *(N. del T.)*

No me hice rogar y me mostré muy honrado por la invitación, tanto más que, según me lo manifestó Su Señoría, también sería huésped suyo el príncipe Leopoldo, a quien había invitado a pasar una temporada en los marjales para distraerlo de la negra melancolía que lo abrumaba desde que perdió, en la primavera de ese mismo año, a la princesa Carlota, tan amada de todo el pueblo inglés.[1] Dábaseme así la ocasión de ver cómo, la parte más afectada por aquel golpe que había consternado a todo el imperio, sobrellevaba su dolor, y podría también apreciar el alivio que la profunda simpatía de millones de seres infundía en aquel hombre que había perdido a la esposa de su corazón y a su hijo recién nacido, príncipe infante *atavis edite regibus*. Observar todo esto bajo el mismo techo, y sentado a la misma mesa, constituía un asunto de que la misma filosofía podía extraer una beneficiosa aunque lastimera lección.

Agosto no se hizo esperar y dos días antes del doce de ese mes, después de haber atravesado Stirling, Perth, el Carse of Gourie, el magnífico Dunkeld y los bosques, cañadas, barrancas, arroyos y despeñaderos cubiertos de arbustos que abundan cerca de Blair of Athol, llegué por una abra al famoso Paso de Killincranky, celebrado por sus raras bellezas y por la tragedia de que fue teatro memorable.

Me habían dicho en la última parada que el príncipe Leopoldo acababa de pasar con su séquito de carruajes y jinetes poco antes de mi llegada a ese lugar, para encontrarse con el marqués de Huntly y el *clan* de los Gordon —vestidos estos últimos con trajes regionales— en el mencionado paso de Killinkranky. Instaba al postillón a que apresurara la marcha pero mis caballos —traídos de Edimburgo porque no había bestias de remuda en los caminos de las tierras altas— estaban tan cansados que apenas me permitieron acercarme al espléndido cortejo en momentos en que, a la salida del bosque, se desplegaba por la abrupta montaña cubierta de nieblas y nubes y por aquellos parajes en que no crecen árboles ni flores, sino brezas y matorrales; donde la ventisca pone miedo a los pastores y a las ovejas y donde el viajero, embozado en su capa y hundido el gorro hasta los ojos, se afana en buscar un albergue para pasar la noche.

[1] El príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo (1790-1865), casado en 1816 con la princesa Carlota, que murió de parto en 1817. Carlota era hija única del príncipe Jorge, heredero del trono de Inglaterra, que fue Jorge IV en 1820. El príncipe Leopoldo fue coronado como Leopoldo I, rey de los belgas, en 1831, y se casó en 1832 con la princesa Luisa María, hija del rey de Francia, Luis Felipe de Orleáns. Al lector americano puede serle de interés recordar que el príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo figuraba el primero en una lista que el general San Martín, como Protector del Perú, y algunos magnates de Lima dieron a los comisionados diplomáticos Manuel García del Río y Diego Paroissien, en diciembre de 1821, para que gestionaran en Europa la instauración de una monarquía en el Perú. "Darán la preferencia —dicen las instrucciones— al príncipe de Saxe [Sajonia], con la precisa condición que... abrace la religión católica, debiendo aceptar y jurar al tiempo de su recibimiento la constitución que le diesen los representantes de la nación, permitiéndosele venir acompañado, a lo sumo, de una guardia que no pase de trescientos hombres." *(N. del T.)*

Antes de dar alcance a los jinetes y mientras se hallaban todavía en el paso señalando el camino entre los árboles y los barrancos, me fue dado contemplar desde mi carruaje, que iba muy a retaguardia, algunas magníficas escenas. Veía flotar en el aire las mantas a cuadros, y brillar los sables escoceses, veía los toneletes,[1] los gorros con plumachos negros y llegaba hasta mí el sonido de las gaitas suavizado por el eco y la distancia, formando todo aquello un espectáculo de grandeza marcial. Me hubiera retrotraído al año 45,[2] si los carruajes de los caballeros y los trajes de sus ocupantes, los perros, los guardabosques y la volatería no hubieran estado ahí para advertirme que la guerra iba contra las tribus emplumadas y no contra los seres humanos. La escena era de todo punto divertida e interesante como no creo haber visto otra jamás.

Mucho lamenté no poder seguir adelante con el marqués y su compañía porque, al llegar con mis caballos a la pequeña posada de la cual acababa de salir la retaguardia del cortejo, los animales como el postillón se negaron a seguir si no les proporcionaba un descanso. El posadero me prestó entonces su jaca y seguí a caballo, hasta alcanzar al muy noble marqués, a quien expuse el aprieto en que me hallaba, y él me reiteró su invitación para estar en Kinrara el día 12. Pero —agregó— si desea pasar dos días de deporte en mis mejores campos de caza, puede detenerse, al reanudar su viaje, en la posada de Dalwhinnie, a la cual llegaría mañana, aun con sus caballos fatigados.

Tenía el marqués la apariencia de un noble capitán, con su pluma de águila clavada en su lujoso gorro de terciopelo, una

[1] Falda escocesa. *(N. del T.)*

[2] Alusión a la rebelión escocesa de 1745, encabezada por el pretendiente Estuardo. *(N. del T.)*

estrella en el pecho y daga tachonada de joyas en el cinturón; cabalgaba al frente de su clan y marchaban todos con la presteza de robustos montañeses al penetrante son guerrero de una media docena de gaitas escocesas, adornada cada una con cien abigarradas cintas que ondeaban al viento.

Finalmente el marqués, con su caballería ligera y con sus carrozas de cuatro caballos, siguió adelante hasta perderse de vista entre las montañas. Yo volví al trote a mi mesón, sobre la porfiada jaca; y allí, en la tristeza de una miserable y humeante posada con dos guardillas en lo alto de la escalera, pasé horas interminables, bostezando, hasta que a mi postillón le pareció que él y los caballos habían comido, bebido y descansado lo suficiente.

Tres días después de todo esto tuve el honor de ser presentado al príncipe Leopoldo y de alojarme con él bajo el mismo techo. Sir Robert Peel y otros grandes personajes estaban también ahí; a propósito de Mr. Peel, que todavía no era *baronet*, uno de ellos dijo que "hacía mucho ruido ahora en la caza de gallos silvestres, pero que pronto haría más ruido en el parlamento". Todos tomaron no menos de veinte yuntas en un solo día; las diligencias que pasaban en dirección al sur se llenaban con el producto de la caza. La comida ofrecida por el anfitrión fue siempre excelente; y después de una quincena de deportes muy divertidos y al abrigo de un techo hospitalario, emprendí mi viaje de regreso, plenamente satisfecho con todo cuanto había visto en los Highlands.

J. P. R.

VOLUMEN III

Carta XLVIII

Regreso a Corrientes. Mis compañeros de viaje. En camino. La posta de Olmos. La familia. Las niñas de la casa. Un baile en plena mañana. Impaciencias del señor Fuentes. La partida. Santa Fe. Llegada a Goya. Seguimos a Corrientes.

Cuando salimos de Goya en el *San José*, no tenía yo la menor idea de volver a Corrientes. Pensábamos instalar casa en Buenos Aires y mientras mi hermano hacía su viaje a Inglaterra para combinar nuestras cosas, yo debía tomarme un descanso y estar a la espera de noticias para dar cumplimiento a lo que se hubiera decidido en Europa.

Pero mi hermano se vio detenido inesperadamente mientras se hacía la carga del barco; y al cabo de dos meses de vida placentera, me sentí enfermo de no hacer nada. La perspectiva de un año entero malgastado sin objeto, sin una actividad precisa, me puso muy aburrido; y como, por otra parte, yo podía emplear ese tiempo con provecho en las tareas que había dejado hasta recibir noticias de mi hermano, que me escribiría desde Inglaterra, quedó convenida mi vuelta a Corrientes para esperar allí el resultado de nuestros planes en ultramar.

Así dispuestas las cosas, salí para Santa Fe, en enero de 1816, con tres compañeros de viaje: uno el señor Fuentes, caballero establecido en La Bajada, otro don Ciriaco Lezica, de una de las más distinguidas familias de Buenos Aires, y con ellos el viejo amigo Felipe Parkins a quien ya conocen nuestros lectores.

No he hecho en mi vida viaje tan divertido como aquél. El señor Fuentes era oriundo de las islas Canarias, hombre casado y formal, usaba anteojos, tenía modales serios pero era amable en todas las relaciones de la vida y su carácter tranquilo y observador lo hacía un compañero instructivo y muy agradable a la vez. Lezica era un inteligente muchacho criollo, de veintiún años de edad, arrojado, emprendedor, jovial y muy fértil en chis-

tes y agudezas. Don Felipe, todo cuanto podía desearse para compañero de viaje, siempre que el peligro o la fatiga no vinieran a perturbar la placidez de su temperamento. Con su *bonhomía* especial, su espíritu festivo y su pésimo español, nos divertía grandemente durante la jornada, sobre todo cuando estaba dispuesto a hacer *l'aimable* en las casas de posta donde el ama de casa era todavía joven o tenía hijas bonitas.

Al efecto compramos un buen coche, ya viejo pero muy amplio, en el que metimos buen surtido de mercancías sin olvidar una regular provisión de clarete por el tiempo caluroso; y como don Ciriaco Lezica tenía pensado quedar por algún tiempo en Santa Fe, llevaba consigo un sirviente negro, favorito en la casa paterna, hombre habilísimo en toda clase de trabajos y muy chancero y divertido además.

Hacíamos el viaje sin ninguna prisa, con lo que no quiero decir que una vez atado el coche saliéramos a paso lento, porque, arrastrado como es de uso por briosos caballos, corríamos por esas llanuras a velocidad de tres a cuatro leguas por hora; pero tomábamos todo el tiempo necesario en cada posta; no madrugábamos por la mañana; dormíamos todavía una buena siesta y la marcha se detenía temprano y en los mejores alojamientos que era dado encontrar. Preparada una buena comida, pasábamos parte de la noche entre cantos y regocijos.

Es verdad que un inglés, habituado al lujo del transporte en su país, ha de considerar bastante dura la manera de viajar en Sud-América, pero viajes de esta naturaleza ofrecen, sin embargo, incidentes y estímulos que no se dan en la invariable uniformidad con que vamos de un lugar a otro en la silla de postas y mucho menos ahora que podemos rodar con rapidez en ferrocarril y en coche de primera. Para probar esto que acabo de decir, y a manera de ilustración, contaré un episodio del viaje que ahora me ocupa.

Sobre el camino que sale de Buenos Aires al interior está la posta de Olmos. No es un simple rancho como la mayoría de aquellos albergues, sino la casa confortable de un estanciero. Es una casa de ladrillos y como el propietario, en el tiempo a que me refiero, residía en ella con su familia, tenía no solamente comodidad sino cierto lujo que no estábamos acostumbrados a ver fuera de la capital. Habíamos hecho algún esfuerzo para llegar a la posta de Olmos en la tarde del tercer día de viaje, pero, con nuestro andar indolente, el esfuerzo no dio resultado y estuvi-

mos en la posta en el día siguiente a las diez de la mañana. El dueño de casa, estanciero y maestro de posta, se hallaba de pie en el corral cuando llegamos y vino en seguida hacia nosotros. Era un lindo y robusto tipo de campesino. La recepción fue cordial y él mismo se presentó personalmente a cada uno de nosotros. Aunque ninguno, salvo Lezica, había conocido a la familia en la estancia, todos habíamos oído, en viajes anteriores, ponderar la belleza de las hijas, porque ha de saberse que "las buenas mozas de Olmos" eran conocidas de nombre en casi todo el ámbito de la provincia.[1]

De suerte que, cuando el maestro de posta nos hizo pasar a la sala, sencilla y limpia, no nos sorprendió tanto la belleza de sus hijas como su indumentaria y sus maneras. Porque estaban muy a la moda y habían sido educadas en Buenos Aires, donde residían por lo general; no usaban por cierto el *deshabillé* generalmente llevado por las mujeres (por lo menos entonces) como vestido matinal. Dos de ellas cosían delante de la madre, linda señora ésta, de unos cuarenta años, y la otra, sentada al piano, tocaba con bastante destreza musical. Eran de innegable atractivo, tanto de rostro como de cuerpo, y tenían la gracia de movimientos, la cortesía natural y las maneras afables que distinguen a las porteñas. Cuadro semejante, en medio de la pampa, fue para nosotros tan extraño que por un momento quedamos en suspenso. Pero el saludo cortés de la madre e hijas y la cordial bienvenida del estanciero nos calmaron al punto. Diez minutos después habíamos intimado como si fuéramos amigos desde años atrás. En cuanto a don Felipe Parkins, sentado en su silla parecía en éxtasis y como si acabara de apearse súbitamente en el Elíseo; y cuando Lezica, meneando la cabeza quería decirle: "Buen tonto fue usted en no querer llegar ayer por la tarde", Felipe sentía toda la fuerza de la reprimenda y parecía decidido a enmendar su error, no mostrando ahora ninguna prisa por abandonar la casa de posta.

Y aquello que debió ser un alto en el camino para cambiar cabalgaduras, vino a convertirse en una visita matinal de buen tono. El mate y los cigarros (éstos para los fumadores) circula-

[1] Descontada la exageración, debe tenerse en cuenta que la provincia, entonces, era muy pequeña, comparada con la actual. Grandes extensiones de territorio estaban ocupadas por los indios o formaban parte del "desierto". *(N. del T.)*

ron en seguida y entablóse animada conversación al modo cortés de Buenos Aires; oímos música bastante tolerable y aunque no eran más que las once de la mañana, bailamos un buen tanto. Así era la costumbre en aquellos días tan placenteros: valsar o bailar un gracioso minué durante una visita matinal. Por otra parte, ¿quién hubiera podido resistir en la ocasión, con tales compañeras, con música semejante y en el lugar en que nos hallábamos? Aquello había sido como una súbita e inesperada caída en algún escondido retiro de las Gracias. Y valsamos largamente con "las buenas mozas de Olmos", llevándolas también (con botas y espuelas) en el ritmo majestuoso del doble minuete español y del *minuet à la cour*.

En esta agradable tarea, corría el tiempo con rapidez imperceptible para todos. Para todos menos para el señor Fuentes que, tras una larga ausencia de su hogar, volvía para ver a "su querida mujercita" y a sus dos pequeñuelos. Por eso dirigía miradas melancólicas al coche que ya estaba listo, con los caballos atados y los postillones y baquianos, holgazaneando unos, otros admirando desde la ventana los bailes exquisitos de "las buenas mozas de Olmos". Fuentes componía el pecho, significativamente para nosotros, cada vez que alguien proponía otro minué, otra canción, otro canto en la guitarra o bien una fantasía en el piano. Pero sus indirectas no daban resultado.

Era ya mediodía; el sol estaba fuerte. De pronto, Mr. Parkins, con mucha gravedad dijo que las niñas de la casa necesitaban mayor compañía en su soledad y por eso íbamos a quedarnos con ellas durante todo el día para seguir viaje en la mañana siguiente. La proposición fue acogida por todos con fuertes vítores. Por todos menos por el señor Fuentes que, suspirando dijo: "Ya veía yo desde un principio en qué vendría a parar todo esto"... Los caballos fueron desatados; los postillones se encaminaron a la cocina, para divertirse allí como lo hacían los patrones en la sala y Antonio, el negro esclavo de Lezica, se hizo de dos botellas de vino para beberlas también en la cocina a la salud de "las buenas mozas de Olmos". Con esto, la alegría y el buen humor reinaron en la hospitalaria casa de nuestro amigo el maestro de posta.

A las dos de la tarde estábamos sentados a la que no vacilaría en llamar una suntuosa mesa. Y mientras hacíamos el elogio de cada plato, las damas ponderaban los vinos y otros lujos agregados al festín y que procedían de nuestro coche. A eso de las

cuatro nos retiramos a dormir la siesta y al ponerse el sol dimos un paseo al claro de luna. Como era natural, dijimos cosas dulces y tiernas. La jornada terminó muy tarde con música y baile. En la mañana siguiente nos despedimos con efusivos adioses, de la señora y de sus lindas hijas. Excusaría decir que el maestro de posta no hubiera permitido que se pagara nada, ni por los caballos ni por ningún otro gasto. Todavía nos acompañó un trecho de camino montado en hermoso caballo. Después que se despidió y quedamos solos en el coche, los tres solteros iniciamos una especie de balance de impresiones y recuerdos y vinimos a dar en que cada uno había dejado por el momento su corazón depositado en una u otra de "las buenas mozas de Olmos".

Si se dijera en Inglaterra por un grupo de viajeros, que habían pasado el día en un lindo hotel, agasajados por la familia del mismo dueño (tal como lo fuimos nosotros en la posta de Olmos), yo me representaría de inmediato una vistosa calesa, una linda yunta de caballos y su postillón vestido a la moda, que marchan por camino de barreras, pero no pensaría jamás en un armatoste rechinante, arrastrado por seis caballos y dirigido por otros tantos postillones a través de las pampas de Buenos Aires.

El viaje se hizo con felicidad desde la posta de Olmos hasta Santa Fe, adonde llegamos después de seis días de marcha. Me quedé en esta ciudad toda una semana y pude visitar a viejos y buenos amigos míos. Con Mr. Parkins cruzamos luego el río Paraná hasta La Bajada. Y de allí partimos juntos a caballo en dirección a Goya y Corrientes. La campaña estaba otra vez soliviantada en Entre Ríos, pero iban con nosotros dos hombres de confianza, bien armados, uno de ellos el conductor del coche en que habíamos venido hasta Santa Fe. También nosotros llevábamos personalmente un respetable equipo. Dimos en el camino con merodeadores y vagamundos, pero como teníamos buenas armas nadie nos molestó. Así fue que, después de galopar durante cuatro días, llegamos sanos y salvos a la hospitalaria casa de don Pedro Quesnay. Sorprendióse mucho al verme tan pronto de regreso y me recibió con gran cordialidad; él y Ventura se emplearon muy luego en servicio mío y de don Felipe. La noticia de que yo estaba en Goya se propagó de inmediato, con el agregado de que traía conmigo mil o dos mil onzas de oro para grandes operaciones de comercio en la provincia; de manera que por la noche se congregaron en la sala de don Pedro los vecinos para visitarme y proclamar —algunos sinceramente— el gran pla-

cer que sentían al verme de nuevo en su sociedad. Mr. Tuckerman había quedado en Buenos Aires y don Pedro Campbell estaba en Corrientes gozando de lo que casi nunca gozaba, un pequeño *otium*, aun cuando no fuera *cum dignitate*.

Apenas unos cuatro meses había estado yo ausente de Goya y asimismo tuve el gusto de comprobar que en ese breve espacio de tiempo todo había cambiado favorablemente. El comercio, y con ello la población y la riqueza del puerto, iban progresando de continuo. Y me sentía contento de no haber venido a perturbar a muchos pequeños comerciantes surgidos después de mi partida; porque si bien yo les había inculcado la idea de que la competencia incrementa los negocios, beneficiándolos en vez de dañarlos, advertía que, aun asintiendo a mis máximas económicas, no les disgustaba saber que venía más en viaje de placer que atraído por los negocios, y que no sería Goya sino Corrientes el lugar de mi residencia. Debo exceptuar de esto a don Pedro Quesnay, al parecer muy deseoso de que yo permaneciera en Goya y también a mi amigo el comandante, al cura y a la familia de Rodríguez,[1] incluso al afortunado yerno. A todos les dije que no podía instalar en el puerto mi cuartel general, pero que les haría frecuentes visitas mientras estuviera en la provincia. Sentíame demasiado impaciente en verdad por llegar al término del viaje, donde la familia de Mr. Postlethwaite esperaba a diario mi llegada. Por eso, aunque tenía ciertos intereses que atender en Goya, no permanecí allí más de veinticuatro horas y en menos de veinticuatro horas más me vi en Corrientes, instalado en casa de Mr. Postlethwaite, no precisamente como huésped de la casa sino como parte integrante de su familia.

G. P. R.

[1] Parece referirse el autor a la misma familia que en el primer volumen de estas cartas, capítulo XXIV, llama González. *(N. del T.)*

CARTA XLIX

EL SEÑOR POSTLETHWAITE Y SU SEÑORA. OPINIÓN DE LOS INGLESES SOBRE LOS EXTRANJEROS. EXCLUSIVISMO INGLÉS NO IMPUTABLE A MR. POSTLETHWAITE. LLEGADA DE *LA INGLESITA* A CORRIENTES CON TUCKERMAN Y PROVISIONES. JUICIO DE TUCKERMAN SOBRE PARKINS Y VICEVERSA. OBSEQUIOSIDAD DE TUCKERMAN PARA CON LAS SEÑORAS.

Como yo no había tenido ocasión de ver a Mr. Postlethwaite en Corrientes cuando llegó con su familia desde Buenos Aires, se me dio ahora la ocasión de apreciar el hogar más inglés y más agradable que podía haberse instalado en un lugar desconocido y apartado como aquél. Por fortuna, la señora Postlethwaite y sus hijas poseían carácter tan adaptable, tan animoso, que se acomodaban fácilmente a los hábitos del pueblo en que vivían y donde eran las preferidas. Nunca se les oía formular comparaciones (tan odiosas para quienes resultan rebajados con ellas) entre su propio país y el de su residencia. Jamás hacían alusión a las comodidades inglesas ni a las dificultades que encontraron en Sud-América. Sostenían, por el contrario, que lo que conviene a un país puede estar en otro fuera de lugar y no echaban para nada de menos comodidades ni lujos, mientras el clima sentara bien a su salud. Y no solamente se adaptaban a las circunstancias sino que se hallaban muy bien con ellas. En lugar de mostrarse torpes, como algunos otros ingleses que no toleran a la gente del país en que viven, la señora y las señoritas Postlethwaite toleraban a las correntinas y, aún más, aceptaban de buena gana su amistad y se captaban simpatías por la cordialidad de sus sentimientos.

Al juzgar a los extraños, nosotros, ingleses, somos poco inclinados a reconocerles nada en punto a educación, sociabilidad, hábitos y costumbres. Y nos atribuimos lo mejor sin admitir impugnaciones. Siempre estamos seguros de que tenemos la razón y de que los extranjeros están equivocados. En esto no admitimos término medio. No se nos ocurre atraerlos a nuestra

manera de pensar y ni siquiera nos enteramos de su modalidad y costumbres. Si hubiera una mina de virtudes bajo tierra, ni intentaríamos siquiera cavar un poco para encontrarla. Cada uno dice para sí: "Que los extranjeros adopten nuestras costumbres, opiniones y principios. Entonces será el caso de entrar en relación". Y esto es pedir demasiado; porque, de no producirse tal cosa, ¿qué ocurre? Que dos familias inglesas residentes en una ciudad extranjera (hablo en general) viven totalmente aisladas y rehúyen a los "nativos".

Todo esto, según creo, no es lo que debiera ser; somos —en todo— demasiado exclusivistas; olvidamos que pertenecemos a la gran familia humana y no a un círculo estrecho y limitado fuera del cual todo nos oculta el orgullo y el prejuicio.

Nada de cuanto he dicho podría ser aplicable a la familia Postlethwaite. Porque sus componentes representaban todo lo contrario. Habían empezado a estudiar el español y estudiaban asimismo con interés el carácter, los usos y peculiaridades correntinos. Visitaban a las familias y recibían en su propia casa. Yo me complacía mucho en ver a la señora Postlethwaite cuando, no pudiendo entender a los vecinos, llamaba a una de sus hijas como intérprete para luego aprobar con muchos signos de cabeza y miradas expresivas la traducción que aquélla daba como respuesta.

Después de la vida desordenada y bulliciosa de Buenos Aires, los placeres domésticos compartidos bajo el mismo techo de Mr. Postlethwaite me fueron muy reconfortantes. Pocos períodos de mi vida han sido más felices que aquellos meses de 1817 pasados en Corrientes. El encanto consistía en haber encontrado un hogar donde menos podía esperarlo. Cuando, cerrada la sala y sentados a la mesa, a la hora del té, quería imaginar (lo que era, después de todo, la verdad) que me hallaba en un lugar remoto, aislado y desconocido de la América del Sur, esto me resultaba difícil.

El 28 de marzo —veinticinco años hace ahora— llegó a Corrientes nuestra pequeña embarcación *La Inglesita*, construida en el Paraguay, aquella misma *Inglesita* capturada y saqueada por los artigueños con mi hermano a bordo en su último viaje a la Asunción; aquella cuyo desastre, relatado en otra parte, fue causa de nuestra expulsión del Paraguay por el doctor Francia. Muy diferentes eran mis sentimientos esta vez, al dar la bienvenida a mi barco, que los experimentados cuando lo vi amarrar

en Asunción. Ahora su viaje había sido feliz, libre de todo ataque por parte de soldados y salteadores licenciosos; todo cuanto yo esperaba llegó al puerto regularmente, incluso —para satisfacción del circulo familiar— el romántico amante de Carlota, don Jorge Washington Tuckerman.

Personas acostumbradas al cotidiano bienestar de Inglaterra, difícilmente formarán una idea del placer que produce en un lugar como Corrientes la llegada de un barco propio despachado desde lejos por amigos personales. Aquí en Inglaterra significa un placer, sin duda, recibir en Navidad regalos de amigos que llegan a casa para pasar las fiestas; en el campo es placentero recibir un obsequio que personas de la familia envían desde Londres; y en un puerto ver amarrar el barco de Cantón, trayendo como pasajero al amigo con cartas de la familia y curiosidades chinescas; es igualmente grata la vuelta del pariente que viene del continente cuando trae consigo encajes de Bruselas y vasos de Bohemia y relatos maravillosos. Pero nada de esto es comparable al placer que producía la llegada a Corrientes de *La Inglesita* desde Buenos Aires, trayendo a su bordo a Jorge Washington Tuckerman.

Como *La Inglesita* se había detenido un día y otro día en el puerto de Buenos Aires porque le soplaban vientos contrarios y también por otras dificultades, nuevos paquetes habían ido llegando diariamente a bordo y cada uno de ellos contenía algún objeto de interés: todas nuestras necesidades habían sido previstas: aquí aparecía un casco de *brandy*, más allá diez o doce cajones de vino clarete. Una carta recibida me anunciaba un cajón con ropa; otra los últimos periódicos y diarios de Inglaterra. "La detención de *La Inglesita* —leía en otra datada el día de la partida— permite remitirle algunas cartas de la familia que el *Egham* acaba de traer de Inglaterra", y una postdata: "El *Egham* ha traído papas excelentes y queso, de todo lo cual hemos mandado algo en *La Inglesita*". Teníamos también paquetes de diarios, un sombrero, una caja de té, adornos para las señoras, útiles de escritorio, guisantes, cebada y por añadidura una alfombra nueva para la sala de Mr. Postlethwaite. Para terminar voy a referirme al impagable Mr. Tuckerman... el hombre que necesitábamos. Era de verlo a Tuckerman, de pie sobre el puente del barco mientras éste se acercaba a la costa, besándose las manos con afectación y agitando su pañuelo blanco como una azucena. Estaba triunfante, sabiéndose el hombre del día; a su lado un

muchacho con el saco de la correspondencia; y nosotros en la costa retribuíamos los saludos de don Jorge gozosos e impacientes por verlo en la orilla.

Tuckerman, como lo hemos dicho ya, viajaba y hacía sus negocios por cuenta propia, de manera que rara vez lo teníamos por mucho tiempo en Corrientes. Pero aun así, resultaba una verdadera adquisición para nuestro círculo. Contrastaba de manera notable con Felipe Parkins. Uno era *yanquee* y el otro *John Bull* hasta los tuétanos. Parkins procedía del sur de Inglaterra; era nada inteligente, pero de buen natural y muy caballero, salvo en su *Johnbullism.* Todo lo veía con ojos de inglés. Quizá por eso no apreciaba nada de lo extranjero en sus exactas dimensiones. No podía comprender a la gente y estaba seguro de que no valía la pena darse el trabajo de entenderla. Tal cosa no era para él. —Son muy burros... —decía don Felipe—, pero allá ellos, eso no es cuestión mía...

Por lo que hace a Tuckerman, Parkins lo creía un tonto. —Es tonto este Tuckerman —decía—, con sus baladronadas, con su hablar afectado que nadie comprende, con sus sentimentalismos en que nadie cree. ¡Y a mí me mira como a un cómico!... Me pregunto si no siente vergüenza de ser tan ridículo. Y por añadidura el esperpento se cree buen mozo...

Y esto diciendo, peinaba don Felipe sus escasos cabellos, se miraba en un espejo de bolsillo, tirábase las botas y se paseaba contoneándose por la habitación.

Tuckerman por su parte miraba a don Felipe con mal disimulado menosprecio. —Es un animal de lo más estulto —aseguraba don Jorge—. Yo no me explico cómo ha podido dejar los establos paternos y abandonar sus campos de trébol; esto será siempre misterio indescifrable para mí. No tiene dos ideas propias que puedan ajustarse una con otra y como todo ignorante, pretende burlarse de quienes, teniendo un alma sensible, poseen también una lengua para expresar los dictados del corazón.

Tuckerman no hablaba de las hijas mayores de Mr. Postlethwaite sino para caer en alguna lisonja o dar tono sentimental a cualquier tema que tuviera entre manos. Pero no había podido aprender a bailar y Parkins miraba esto como una desgracia, sosteniendo, como lo hacía siempre, que el verdadero atractivo con relación a una mujer joven estaba en los talones y no en la cabeza.

Lo cierto es que nuestro círculo, al que se agregaron relaciones hechas entre las principales familias de Corrientes, formaba una sociedad lo más agradable; y no sin desgano me separé de ella en dos o tres ocasiones para ir a Goya obligado por mis negocios. Campbell todavía colaboraba con nosotros porque, de hecho, había seguido trabajando con Mr. Postlethwaite y estaba, como siempre, dispuesto a cortar campo cuando se le presentaba una buena ocasión. Pero los tiempos habían cambiado. Yo me mantenía listo para moverme ante cualquier noticia del día: el comercio de la provincia (y yo me alegraba con ello) se derramaba por diversos canales y en este estado de los negocios, aunque Campbell confiaba en mí, suspiraba por alguna empresa de aliento sin lo cual no podía vivir, y una vez metido en ella sabemos que era temerario en cuanto le concernía y no dudaba nunca de sus resultados.

Pero no es mi intención detenerme mucho en cuanto se refiere a mi segundo viaje a Corrientes; así y todo sucedieron en esta ocasión algunas cosas que debo mencionar y que serán el tema de las siguientes cartas.

G. P. R.

CARTA L

AUMENTAN LAS ENTRADAS EN LAS ARCAS DE CORRIENTES. EL GOBERNADOR MÉNDEZ NECESITA PERTRECHOS DE GUERRA. SE DIRIGE A MÍ PARA CONSEGUIRLOS. LA GOLETA *CLYDE* DETENIDA EN EL RÍO. TUCKERMAN LE LLEVA PROVISIONES. EL VIENTO NORTE Y LA ESCASEZ DE ALIMENTOS EN LA GOLETA. LLEGADA A GOYA. MÉNDEZ Y SU ESTADO MAYOR RECIBEN LAS ARMAS. EL CABILDO DE CORRIENTES. LOS ESPAÑOLES EUROPEOS RECIBEN ORDEN DE PRESENTARSE AL CUARTEL DE ARTIGAS. PARA EL CABILDO, LA ORDEN COMPRENDE TAMBIÉN A LOS INGLESES Y A OTROS EUROPEOS. CAMPBELL QUIERE INTERVENIR. ARENGA QUE HAGO A LOS INGLESES. UNA LEY PARA LOS RICOS Y OTRA PARA LOS POBRES. ENTREVISTA QUE TENEMOS CON EL ALCALDE. UNA PROTESTA. EXONERACIÓN CONDICIONAL RECHAZADA. EL ALCALDE ABANDONADO POR SUS COLEGAS Y LOS INGLESES SANOS Y SALVOS.

A despecho de la mala administración y de muchos pecadillos individuales, la extraordinaria prosperidad de Corrientes tuvo como natural consecuencia un rápido incremento en las finanzas del Estado. Las entradas afluían al erario con gran contento del gobernador y de tal manera que dos o tres meses después de mi vuelta a Corrientes se encontró —*mirabile dictus*— con un superávit de seis mil libras esterlinas en los cofres del Tesoro. Y como un muchacho campesino, que acostumbrado a recibir semanalmente uno o dos peniques para sus pequeños gastos, se ve de pronto con media corona, regalo de un tío rico de la ciudad y anda echando mano a la bolsa para comprar mil cosillas que había codiciado, así el gobernador Méndez no podía pensar en otra cosa que en emplear el superávit de su presupuesto.

Muchos y grandes fueron sus proyectos, largas y serias sus consultas sobre el problema vital de cómo habría de invertirse la enorme suma acumulada que seguía creciendo bajo la sabia administración del ministro de Hacienda. ¡Seis mil libras esterlinas!... Tan pronto pensaba Méndez formar una escuadra como llevar un poderoso ataque contra los portugueses; hablaba también de pagar la deuda de Artigas, es decir la deuda nacional,[1] y resultó por fin que aquella cantidad estaba destinada a pasar de los cofres de la administración de Corrientes a las cajas de hierro de Fair and Robertson.

Artigas, en el tiempo a que me refiero, miraba con tal desconfianza y aversión los proyectos del Brasil sobre la Banda Oriental que ansiaba por ver a los territorios de su dominio en pie de guerra contra Portugal. Méndez, que era muy adicto al Protector y soldado suyo, secundaba de corazón sus planes y de ahí que se propusiera entrar en campaña y cooperar con su jefe en la guerra que se anunciaba. El gobernador disponía de mucha gente pero carecía de armas y municiones; por eso resolvió dedicar el excedente de las rentas provinciales a la compra de material bélico. Artigas aprobó su plan y Méndez se fijó en mí, como el agente más indicado para llevar a efecto su resolución.

Recordando los inconvenientes que nos trajo en el Paraguay el habernos metido a proveer municiones de guerra, no me sedujo mucho el negocio, aunque en verdad era lucrativo y con el agregado —muy tentador— de que se me pagarían los materiales antes de pedirlos yo desde Corrientes, tal era la confianza que un jefe artigueño depositaba en un comerciante inglés, porque tenía la seguridad de que, aceptada la demanda, no había duda de que sería puntualmente cumplida en el momento previsto.

Me decidí por último a formalizar el contrato, habida cuenta de que las armas eran requeridas para un propósito bien legítimo, como el de repeler la invasión injusta que llevaban los portugueses, ya que éstos no tenían más derecho para hacerla que el que pudiera tener el Emperador de la China. Asimismo, acordamos con Méndez que las armas serían embarcadas con conocimiento y permiso del gobierno de Buenos Aires y también con la aquiescencia (y llegado el caso bajo la protección) del comandante de nuestra estación naval. Arreglado todo bajo tales condiciones, escribí a mis amigos de Buenos Aires para que se diera cumplimiento al contrato. El gobierno de Buenos Aires aceptó gustoso el embarque de las armas; en consecuencia fueron despachadas desde aquella ciudad en una pequeña embarcación, aquella misma goleta *Clyde* en que nos tomó la tormenta cuando salimos del Guazú y que esta vez fue consignada a mi

[1] Corrientes formaba en la Liga Federal bajo el protectorado artiguista. De ahí lo de *deuda nacional*. (*N. del T.*)

nombre, con una carga de mosquetes, sables, carabinas, espadas de oficiales, pólvora, instrumentos de música; en suma, un excelente conjunto para gran satisfacción del gobernador. Méndez con todas las fuerzas auxiliares de que disponía instaló su campamento en Las Saladas; pero tenía intención de moverse en *masse* hacia Goya, así que conociera la llegada de sus pertrechos, porque la *Clyde* debía salir con destino a ese mismo puerto. El viaje de la goleta fue en esta ocasión por demás infortunado. A mediados de julio tuve noticias de que estaba cerca de Goya; me dirigí entonces al puerto y me alojé en casa de don Pedro Quesnay. Pero los días pasaban y la *Clyde* no aparecía. Tuckerman, que observaba mi impaciencia y el temor creciente de que hubiera ocurrido algún percance (él mismo esperaba oro que le traía la goleta) se ofreció para salir río abajo en una canoa en busca de la *Clyde*. Yo acepté complacido el ofrecimiento. Pero, después de su partida empecé otra vez a inquietarme porque, si nada sabíamos de la goleta, nada sabíamos tampoco de Tuckerman. Por último, y al cabo de diez días, Tuckerman volvió. Había encontrado el barco. Después de bajar unas cincuenta leguas hasta un puerto llamado La Esquina, remontó el río ayudado por el viento hasta ponerse a once leguas de Goya. Pero a esa altura calmó el viento, se acabaron las provisiones, y el bueno de don Jorge, medio muerto de hambre, había tenido que venir aguas arriba en la canoa para calmar mi ansiedad y también las necesidades que estaba padeciendo la tripulación de la *Clyde*.

Con esto me resolví a no esperar más, puse cuatro hombres y regular cantidad de provisiones en el bote y haciéndome cargo del timón salimos esa misma noche en busca de la goleta. Era ya tarde; mis hombres remaban con vigor pero pasaban las horas y no podíamos encontrarla. A eso de las tres de la mañana, atracamos en una isla donde permanecimos tres horas, para salir nuevamente en busca del barco, pero no aparecía; íbamos de un canal en otro, aguas arriba, aguas abajo. Veintiocho horas después de remar fatigosamente, descubrimos a la goleta, casi escondida entre los árboles y amarramos a la costa. El viento norte soplaba cada vez más fuerte. Todos hacían ahora esfuerzos extraordinarios para remolcar la embarcación aguas arriba, pero después de seis días de incesantes fatigas, sólo pudimos acercarnos cuatro leguas a Goya. No teníamos qué comer y la tripulación se hallaba desalentada como consecuencia del ayuno. Yo me sentía enfermo y cansado pero no me conformaba con abandonar la nave otra vez.

En el séptimo día, mientras íbamos haciendo los mayores esfuerzos como de costumbre, un bote se puso a la vista y difícil me sería expresar el placer que experimenté al reconocer a Tuckerman que llegaba con nuevos auxilios. Para los peones hambrientos, la vista de la carne que traía Tuckerman consigo, fue como el *maná* en el desierto. Pegaban gritos con una alegría diabólica. Tuckerman, sobrio como era, decía que, de no haber traído carne se lo hubieran comido a él. Creí que terminaría por fin todo aquello, porque el cielo se cubrió y todo anunciaba un cambio favorable del viento. Tanto fue así que los peones no dejaron nada de las provisiones traídas por Tuckerman. Bien es verdad que éramos ahora dieciséis personas robustas. Por desgracia, los pronósticos resultaron fallidos y al siguiente día sopló más fuerte el viento del norte. De ahí que el pobre Tuckerman y sus hombres se convirtieran, de auxiliadores, en compañeros de infortunio... y del ayuno que habían interrumpido por un día generosamente.

Las penalidades continuaron por diez días más, hasta que el viento comenzó, por fin, a cambiar y refrescó. Entonces pudimos izar las velas. Tuckerman y yo trepamos jubilosamente por la borda del cúter y nos dimos a la vela corriendo a una velocidad de seis nudos por hora, aguas arriba. Al caer la tarde, ya estábamos cerca de Goya y pudimos percibir al gobernador y su comitiva todos de pie y agitando pañuelos y sombreros a medida que el barco se aproximaba. Habían estado allí todos en acecho y a cuál nos descubría primero. Yo no sé si la impaciencia del gobernador era superior a la mía por verme otra vez en tierra. No me había acostado en una cama durante diez días y por eso pedí a Méndez que dejáramos todo para la mañana siguiente; me apresuré a ir a dormir en espera de algún reposo después de las inquietudes y fatigas pasadas. Pero la naturaleza, cuando la forzamos sacándola de su cauce natural, siente la violencia que se le hace y no quiere volver a su curso. De ahí que yo no pudiera dormir ni descansar en mi propio y confortable lecho: goletas, cabos de verga, anclas, arroyos, vientos del norte, carne asada, timones, se sobreponían en mi conturbada imaginación; de manera que experimenté gran alivio cuando la luz de la aurora vino a disipar todo aquello y pude gozar del aire fresco de la mañana.

Méndez y su abigarrada comitiva estaban en plena actividad desde muy temprano. Sus desastrados regimientos formaban

frente a mi puerta. La descarga de la goleta se hizo sin tardanza y el gobernador rebosaba de contento mientras se abrían los cajones en la costa del río y a medida que las pistolas, los sables, las carabinas y cinturones eran expuestos a la vista. Sentado a la puerta de mi casa, el gobernador vigilaba la desordenada operación y entretanto bebía cerveza, fumaba cigarros y distribuía sin reserva pan y queso, cerveza y aguardiente entre oficiales y soldados. Mosquetes y carabinas eran cargados con cartuchos de fogueo y algunos soldados hacían fuego con ellos mientras otros sacaban los sables de las vainas o se ajustaban cinturones y cartucheras. Todo era una confusión y todo el día se pasó en este desorden y agitación belicosa. Por eso fue grande mi contento cuando en la tarde pude despedirme de mi ilustre amigo el gobernador, que a la cabeza de su heterogénea y bien armada tropa inició su marcha en dirección a Las Saladas, donde instaló su campamento.

Al marcharse Méndez de Corrientes para tomar a su cargo el mando puramente militar de la provincia, Artigas delegó el poder político en el Cabildo, quedando el alcalde de primer voto al frente del gobierno local. Era el alcalde un hombre anciano ya, de apellido Cabral, perteneciente a una buena familia, pero tenía genio irritable, estrecho entendimiento y principios nada liberales por lo que no contaba con las simpatías de la población.

Los cabildantes en su mayoría se dedicaban al comercio y miraban con malos ojos el tráfico de los extranjeros. Cabral encabezaba por así decirlo ese grupo y, como era natural, los ingleses no gozaban de simpatías ante el alcalde ni ante sus colegas. Sin embargo, no hubieran podido hacernos daño porque, en rigor, lo que podía decirse "el poder" estaba en manos de Artigas y ellos no hubieran osado contrariar su política general.

Pero sobrevino entonces un curioso incidente que Cabral aprovechó para verse libre de extranjeros y sobre todo de ingleses en Corrientes. El caso fue que los españoles europeos, por una u otra razón, habían caído en desgracia ante Artigas, y éste, con cruel arbitrariedad (de la que su carácter daba muestras de vez en cuando), expidió un decreto para ser ejecutado en toda la extensión de sus dominios y según el cual los españoles europeos debían ser remitidos al cuartel general de Purificación, sin dilación alguna. El edicto, considerada la extensión y naturaleza del país, era inhumano, pero expedido por Artigas no quedaba más que obedecerlo. Mientras España tuvo sujetas a sus colonias de allende el mar, todos los súbditos se distinguían simplemente con los nombres de *europeos* o de *criollos*; no europeos *españoles*, sino simplemente *europeos*, con lo que se daba por sobreentendido que los europeos no españoles no podían pisar el suelo americano. De ahí que, si se preguntaba a un español qué era él, contestaba orgulloso: —Soy europeo. Con lo que no quería significar propiamente que era de Europa sino que era español. Después de la revolución las cosas cambiaron, es verdad, pero el nombre continuó siendo de uso general. "Los europeos", en el habla del país quería decir "los españoles". En este supuesto, el decreto de Artigas lanzado contra los europeos era, como todos sabían, contra los españoles. Pero Cabral, con toda astucia y malicia, tomó la expresión al pie de la letra y decidió que, como quiera que los ingleses eran europeos, quedaban también comprendidos en el decreto.

La casa de Mr. Postlethwaite se levantaba en la punta de San Sebastián, frente al río, y ofrecía un hermoso panorama desde las ventanas de su sala. Una tarde en que me encontraba en ella con mi amigo y su señora e hijas, se dejó sentir un grupo de gente baja que se acercaba y luego percibimos ruido de tambores, anunciando un bando público. Rodeado por su comitiva y por algunos soldados, el pregonero o notario de gobierno se colocó frente a la ventana y comenzó a leer el bando con sus "Por cuanto", etcétera, etcétera y proclamó que todos los europeos, de cualquier nación, ya fueran españoles, ingleses, italianos, franceses, etcétera, debían concurrir a la mañana siguiente a las puertas del Cabildo para ser llevados desde allí con escolta a Su Excelencia el Protector en su campamento general de Purificación.

Puede suponerse el asombro y el temor con que la señora e hijas de Mr. Postlethwaite oyeron semejante decreto, pero nosotros lo tomamos a broma y dimos la seguridad de que el viejo Cabral no se arriesgaría jamás a ponerlo en ejecución. Estábamos discutiendo este asunto enojoso cuando llegó a la casa el tremendo don Pedro Campbell. Respiraba cólera y venganza contra Cabral, y hablaba de ponerse en seguida al frente de todos los extranjeros, de asaltar el Cabildo, de poner preso a Cabral y llevárselo él mismo a su jefe don Pepe Artigas. Le dije a Campbell que había resuelto ponerme yo al frente de los ingleses en esta ocasión y le pedí que los reuniera en casa de Mr. Postlethwaite a las ocho y media de la mañana siguiente. A la

hora indicada, Campbell se presentó encabezando un grupo de diecisiete desharrapados, compatriotas nuestros, que se habían dado maña para llegar hasta aquel remoto lugar del planeta.

—Ahora, mis amigos —les dije—, siempre que acepten una condición que voy a proponer, estoy dispuesto a ponerme al frente de ustedes y hacer cuanto pueda por sacarlos honorablemente de este peligro que nos amenaza.

Todos a la vez se mostraron dispuestos a cumplir mis órdenes. —Bien, entonces —agregué— pido únicamente que me dejen hablar a mí solo, y cualquiera sea el aspecto que tomen las cosas, dejen también el asunto en mis manos para ser arreglado por mí. Accedieron unánimes y entonces fuimos al Cabildo todos los ingleses de la ciudad, a excepción de Mr. Postlethwaite, porque me parecía indigno que se le hiciera comparecer como un criminal ante el malévolo viejo Cabral. Una vez en el Cabildo hallamos a la mayoría de los pobres españoles europeos, muy ocupados en preparar su largo y penoso viaje. Me llegó al corazón la resignada y triste apariencia, la manera tranquila y recatada con que se disponían para la expedición, cuyo fin —según algunos ya presumían— debía ser una ejecución pública y sin proceso. Y mientras contemplaba yo situación tan lastimosa, no podía menos de pensar con orgullo nacional que mientras ellos podían sufrir prisión o pérdida de la vida sin que nadie se ocupara de su suerte, mis acompañantes, por su condición de ingleses, no habrían de recibir malos tratos sin que un gobierno levantara su brazo poderoso para defenderlos o vengarlos. No vi, sin embargo, en el numeroso grupo de españoles congregados en el Cabildo a muchos (y en verdad la mayoría) de los españoles ricos establecidos en el lugar. Éstos estaban vinculados por casamiento sino por relaciones de comercio con varios de los cabildantes y estos mismos los habían ocultado. ¡Ay!, allí donde vamos hemos de encontrar siempre una ley para el rico y otra para el pobre. Teóricamente, esto lo negamos en Inglaterra pero a diario vemos *una ley para el rico y otra para el pobre*. Hecho es éste muy desagradable negado por los más y muy digno de ser tenido en cuenta por todos. Al frente de mis desastrados compatriotas, entre ellos Campbell que demostraba enojo terrible y vivos deseos de entrar en gresca, me dirigí a la Sala Capitular. Allí estaban sentados majestuosamente el alcalde Cabral y demás cabildantes, el secretario y el asesor. Avanzamos todos hasta el estrado.

—El gobierno provisorio —dijo Cabral— ha recibido órdenes de S. E. para enviar de inmediato a usted y a sus compatriotas, aquí residentes, a Purificación y creo que estarán ustedes listos para ponerse en camino.

—Enteramente listos —respondí con respetuosa inclinación— si V. S. ratifica la interpretación que se ha dado al bando de S. E., bando que, sin embargo —y me permito sugerirlo— no se refiere en absoluto a los ingleses.

—¡Cómo así! —replicó Cabral—. ¿Viene usted a interpelarnos en el augusto recinto de la justicia? Si continúa usted en esos términos, no solamente irá usted a Purificación sino que marchará con cadenas.

—También estamos dispuestos a ello —dije yo—. Haga V. S. lo que quiera de nosotros. Pero antes deseo dejar bien sentado, en nombre del gobierno inglés, nuestra más formal protesta contra la violencia que V. S. se dispone a ejercer contra nuestros derechos como súbditos de una nación amiga y neutral. Protestamos contra el Cabildo en general y ante el señor alcalde por todo daño, por todo perjuicio que resulte a nuestras personas y propiedades; y anuncio desde ya nuestro propósito de buscar reparación del Protector Artigas por intermedio del comandante de la estación naval británica por el agravio injustificable que los delegados del Protector infieren a súbditos ingleses en esta ciudad de Corrientes. Por último, pido que nuestra protesta sea registrada por el notario en los libros capitulares.

Esta apelación grandilocuente obtuvo el efecto deseado. Los cabildantes no las tuvieron todas consigo; el mismo Cabral advirtió que al meterse con los ingleses (para emplear un proverbio común) había tomado el rábano por las hojas. Todavía hizo el bravo por algunos momentos, pero los cabildantes se mostraron disconformes y empezaron una discusión, con lo que se nos pidió que abandonáramos el recinto.

Veinte minutos después fuimos llamados. Cabral empezó por hacer un gran elogio de la magnanimidad e indulgencia del Cabildo y nos informó que había resuelto consultar al Protector sobre el bando, pidiéndonos al mismo tiempo que diéramos buena y segura fianza de no alejarnos de Corrientes mientras se esperaba la respuesta de Artigas.

—Por mi parte —contesté— no daré un peso de fianza, pero... (volviéndome hacia mis acompañantes) el que quiera buenamente darla, la dará.

—¡No! —vociferó Campbell, con voz que hizo saltar del sillón a Cabral—, ¡nada de fianza!

Lo mismo repitieron todos y cada uno de los zapateros, carpinteros y marineros ingleses que se hallaban allí reunidos.

Entre los cabildantes se desató nueva tormenta y recibimos orden de retirarnos. Después volvimos a la sala.

—Ustedes —dijo Cabral ahogado por la ira— van a obligarse personalmente a esperar el resultado de nuestra consulta al Protector.

—Yo he venido a este Cabildo —repliqué— resuelto a obtener uno de estos dos resultados: o volver a casa tan libre como lo estoy ahora, o a marchar como preso a Purificación y nada de lo que V. S. pueda decir me hará cambiar esta determinación.

Me volví hacia Campbell que se restregaba las manos de gusto y todos unánimes agregaron:

—No daremos fianza...

Cabral estaba fuera de sí, al verse de tal modo contrariado. Pero sus colegas pensaban sin duda en una acción por daños, o en la intervención de una fragata inglesa o en la furia de Artigas contra ellos. Ya no querían soportar a su alcalde. Más aún: empezaron a echar sobre sus hombros la responsabilidad de cuanto había ocurrido. Y por último se nos hizo retirar, tal como presumíamos, y tal como habíamos venido, mientras los pobres españoles marcharon solos a Purificación, sin la compañía de los ingleses europeos.

Como la medida, en general, era odiosa para los bondadosos correntinos y los cabildantes eran malqueridos, nuestra libertad fue celebrada como una victoria común sobre la municipalidad, y todos nos congratularon por el resultado. Para rematar la derrota de Cabral, diré que Artigas, cuando se impuso de lo sucedido, escribió en términos muy severos y despectivos a los cabildantes, para decirles que solamente un burro como el alcalde de Corrientes podía ignorar que "europeo" quería decir "un español" y no "un inglés".

G. P. R.

CARTA LI

DON ISIDORO MARTÍNEZ Y SU CAPATAZ PAULISTA. SUS CUENTOS DE TIGRES. AVENTURAS EN LA ESTANCIA. LOS CAMALOTES. UN TIGRE SALE DE UN CAMALOTE Y VISITA A DON ISIDORO EN SU CASA DE LA CIUDAD. EL CAPATAZ ATACADO Y EL TIGRE MUERTO DE UN BALAZO. RESULTADOS. UN BAILE Y UNA CENA EN CORRIENTES. LOS PLATOS INGLESES Y LAS CORRENTINAS. MI PARTIDA DE CORRIENTES PARA BUENOS AIRES.

Don Isidoro Martínez y Cires había pasado algunos años en una estancia suya del interior de la provincia muy llena de montes que eran guarida de los tigres. El capataz de don Isidoro, antiguo y fiel servidor, había nacido en la provincia brasileña de San Pablo y como muchos otros paulistas era gran cazador de tigres.

Ambos habían tenido muchas aventuras con estos animales y don Isidoro, cuando vendió la estancia para comprar su casa en la ciudad, gustaba de recordar sus luchas en el campo y los lances de que había escapado milagrosamente en sus cacerías con el capataz paulista. Los relatos de don Isidoro fueron asumiendo poco a poco el carácter de un inocente *hobby* del que parecía sentirse orgulloso; en efecto, cuanto se relacionaba con los tigres tenía para nuestro amigo un atractivo superior al que pudieran ofrecerle otros asuntos de diverso interés.

Imbuido así don Isidoro en sus cuentos de tigres, le ocurrió —durante mi segunda visita a Corrientes— un suceso muy singular en que alcanzó el verdadero *climax* en esto de las aventuras a que me refiero.

Como hemos tenido ocasión de decirlo, en las crecidas fuertes del Paraná, grandes masas vegetales llamadas "camalotes" se desprenden de las islas y siguen, flotantes, la corriente del río. A veces ocurre que entre esos camalotes vienen tigres, confundidos y asustados al sentir que la isla en que estaban se va con ellos aguas abajo.

Uno de estos camalotes llegó por el río Paraná en junio de 1817 y fue llevado a la costa sobre el mismo puerto de Corrien-

tes. Venía sobre el camalote un enorme tigre y ya en la orilla, el animal sorprendido, bajó a tierra y se dio a caminar hacia la ciudad. Por fortuna, esto ocurría al amanecer cuando todos dormían; de lo contrario hubiera tenido funestas consecuencias. Nada extraño era que el tigre caminara en dirección a la ciudad; eso mismo había ocurrido otras veces; lo singular fue que pasó frente a muchas viviendas y siguió hasta el centro mismo de la población. En su marcha topó con una tapia de poca altura que rodeaba la huerta de don Isidoro Martínez y se dio el caso de que, saltando esta tapia, el tigre eligiera los lares de don Isidoro para dar fin a su jornada. Atravesada la huerta, el temible visitante pasó a la casa de familia y fue hasta unos cuartos independientes cuyas paredes daban a un patio interior. En uno de los cuartos dormía el capataz paulista con la puerta abierta; acababa de despertarse y estaba sentado en el lecho para vestirse cuando apareció el tigre, que lo miró con ojos encendidos y se abalanzó sobre él.

Alguien había visto, sin embargo, al tigre cuando saltaba la tapia y corrió a casa de don Isidoro para dar aviso golpeando a la puerta de la calle. La palabra *tigre*, entre los gritos del informante, llegó muy luego a oídos de don Isidoro, que saltó presto de la cama y apenas conocida la noticia corrió con la servidumbre al patio interior. Por una hendedura de la pared en la pieza del capataz, don Isidoro pudo ver al pobre hombre tendido en la cama, inmóvil, cubierto de sangre, y al tigre, con ojos llameantes parado sobre él. Abrir la puerta, entrar en la pieza, hacer que el tigre se lanzara sobre todos, hubiera sido una imprudencia en ese momento. Don Isidoro envió un mensajero a la policía, en la plaza Mayor y en procura de algunos soldados con sus mosquetes. Al mismo tiempo abrió un agujero en el muro, próximo al sitio donde estaba el tigre. El animal oyó los golpes, miró el punto de donde partían pero no se movió. Don Isidoro entonces empezó a llamar por su nombre al capataz que apenas si movía un dedo para mostrar que estaba vivo, quedando luego con la quietud y la rigidez de un cadáver. En estas circunstancias don Isidoro tomó el mejor de los mosquetes, se aseguró de que estaba bien cargado, introdujo el caño por la abertura de la pared y con su acostumbrada puntería puso una bala en la cabeza del animal que cayó muerto sobre el cuerpo del paulista.

El pobre hombre estaba horriblemente lastimado. Pero le

fueron curadas las heridas y el médico dio esperanzas de salvación. En seguida se desparramó en Corrientes la noticia de que don Isidoro había matado un tigre. En las primeras horas de la mañana fuimos con Mr. Postlethwaite al lugar del episodio. Allí estaba don Isidoro en el primer patio de la casa rodeado por sus amigos. El enorme tigre yacía tendido a sus pies. Nuestro amigo rebosaba de animación como otro Wellington con los laureles de Waterloo, frescos todavía en sus sienes. Todo cuanto he relatado me lo contó el mismo don Isidoro. Por fortuna, el capataz paulista se salvó y el cuero del tigre, uno de los más lindos que yo había visto, fue convertido en saco para yerba, y adornó desde entonces el zaguán de don Isidoro como el último y mejor trofeo de los obtenidos por un cazador de tigres.

Debo decir que antes de marcharme de Corrientes, Mr. Postlethwaite dio para el día de su santo (San Juan Bautista en el mes de junio) un gran baile y cena en honor de las familias distinguidas de la ciudad. Invitó a la parte más respetable del vecindario y todos concurrieron a la fiesta de muy buen grado. Algunas damas, descendientes de españoles puros y hasta con algún tinte de sangre noble en sus venas, asistieron al baile con anticuados y ricos adornos trasmitidos de madres a hijas desde tiempo atrás: grandes perlas, sueltas o en sarta, brillantes, diamantes rosados, dispuestos, es cierto, con uniforme y pesado mal gusto. Las señoras de alguna edad llevaban grandes guardapelos y retratos en miniatura colgados sobre el pecho y trajes tan pasados de moda como sus joyas: brocados descoloridos, rasos floreados, cintas y faralaes de colores, todo muy ajado y abanicos muy grandes, de un pie de diámetro. Algunas correntinas jóvenes iban bien ataviadas, aunque carecían de ese aire de buen tono que los provincianos no logran alcanzar en ninguna parte.

Ya tendré ocasión de hablar de los bailes de Sud-América al ocuparme de Buenos Aires. Ahora quiero dar algunos pormenores observados en una cena y debo decir que nunca vi producirse esas cosas en la capital. La señora de Postlethwaite, ayudada por sus hijas y por una o dos correntinas de buen gusto, había arreglado las mesas cumplidamente, a punto de que nada faltaba de cuanto puede exigirse en aquellas latitudes. Si exceptuamos el *ice cream*, que en esa tierra cálida no se conseguiría ni con súplicas ni con dinero, creo que nada de lo que pueda encontrarse en las mesas del *supper-room* en un baile de Londres, se

echaba de menos en la cena ofrecida por la señora de Postlethwaite. Como en Corrientes se hace todo más temprano que en Belgrave-square, la concurrencia fue *admitida* a la cena siendo las doce. Y digo admitida y no conducida porque —aunque no dudo de que las correntinas de hoy pueden decir: *Nous avons changé tout cela*—, en 1817 la admisión al comedor ofrecía caracteres muy curiosos. Las señoras y sus esclavas y sirvientas se apretujaban a la puerta más o menos como los inquietos asistentes a un estreno del teatro de Covent-Garden se apiñan en la puerta esperando el momento de que se abra. Una vez adentro y en cuanto podían, las damas se aseguraban una silla y las sirvientas sentábanse tras ellas en el suelo. La demolición que se produjo en pocos momentos, de todo cuanto había de bueno sobre la mesa, fue asombrosa y verdaderamente risible. No se conformaban las invitadas con el lento avance que hacían seis personas de la casa trinchando las aves. Algunas señoras *agarraban* literalmente las gallinas, los pollos, las perdices, y los despedazaban tomándolos por las patas. Entonces pudimos advertir que las sirvientas se habían colocado en posición conveniente para recibir todo aquello que a sus amas les pareciera bien arrojarles. —¡*Coina!* (en guaraní, toma) gritaba una dama, y allá iba una pata de ganso a la falda (abierta como una toalla) de la mulata que estaba detrás, sentada en cuclillas. —¡*Coina!* decía otra, y volaba en dirección contraria la pierna de un pavo. —¡*Coina!* se oía en el lado opuesto, y se veía pasar un trozo de cordero a medio comer por sobre el hombro de la señora sentada a la mesa, para caer en la falda de la sirvienta sentada en cuclillas.

Sucedíanse los tiros certeros e iban arreciando al mismo tiempo con mayor rapidez, de suerte que en todas direcciones y con, igual velocidad, los pasteles, las aves, los hojaldres, los jamones y otros bocados exquisitos pasaron desde la mesa hasta el piso, y las "doncellas" se fueron bien cargadas con los despojos diestramente conquistados por sus amas.

Algunos platos ingleses dejaban confundidas a las correntinas. Había en distintos lugares de la mesa fuentecillas con pequeños rollos de manteca envueltos en papel, y una pobre niña, que yo tenía cerca, tomándolos por golosinas, pinchó uno con el tenedor y se lo llevó con papel a la boca. ¿Qué hacer? No lo podía tragar ni gritar ¡*coina!*, porque esto ya no era cosa transferible. Me echó pues una ojeada lastimera (para asegurarse de

que no la veía) y luego hizo con el pequeño paquete lo que dejo adivinar al lector.

En el centro de la mesa estaba una hermosa fuente de mucho atractivo: eran bizcochuelos borrachos con nevados de clara de huevo. Un correntino metió la cuchara, la llevó a la boca y al sentir que el contenido se le evaporaba, quedó mirando a todos como si se hubiera tragado un fantasma.

Los caballeros invitados al baile creyéronse obligados a visitarnos en el día siguiente, que por coincidencia era el día de San Guillermo, y como creían —cosa natural allí— que era mi cumpleaños, hicieron extensivos a mí los homenajes.

Una curiosa muestra de las fantasías y caprichos momentáneos a que se daban las señoras de Corrientes, sin medir sus alcances, fue la actitud adoptada por la esposa del gobernador, quien vino a presentar sus saludos en carácter. de magistrado, para lo cual avanzó tranquilamente por las calles a pie, hasta la casa de Mr. Postlethwaite, cubierta con la capa militar de su marido y con el sombrero de tres picos y el largo bastón de puño de oro que aquél usaba en las ceremonias. Ya sentada en el sofá de la sala, abrió su capa y dejó ver las charreteras doradas en los hombros y el sable ceñido a la cintura. Dijo luego con mucha gravedad que "el gobernador" venía para manifestar el placer con que había asistido al convite de la noche anterior.

Así pasaba yo mi tiempo en Corrientes, muy divertido, hasta que recibí un llamado urgente de Buenos Aires. Todo había salido bien a mi hermano en Inglaterra y ahora me tocaba proceder sin tardanza a organizar las oficinas en la capital de la República.

Dos días tardé en despedirme de todos mis amigos y me separé de Mr. Postlethwaite y de su familia con la desazón que produce la pérdida de una agradable compañía.

Hice el viaje a caballo, acompañado solamente de un sirviente y me detuve un día en Goya para despedirme de los amigos. Luego tomé el camino de La Bajada, seguí a Santa Fe y pude visitar a los amigos Fuentes y Lezica y a otros que tenía por allí. En noviembre de 1817, después de un galope de unas novecientas millas, me vi otra vez en las calles de la ciudad de Buenos Aires.

G. P. R.

CARTA LII

ME INSTALO EN BUENOS AIRES. LA FORTUNA ME FAVORECE. DON ANTONIO DE ESCALADA, SU ESPOSA Y SU FAMILIA. LOS DOS JÓVENES ESCALADA. EL CASAMIENTO DE SAN MARTÍN. DIGRESIONES SOBRE LA VEJEZ. LAS TERTULIAS. DOÑA ANA RIGLOS. DOÑA MELCHORA SARRATEA. DOÑA MARIQUITA THOMPSON. MADAME RIGLOS. DOÑA MARIQUITA Y SU CASAMIENTO CON EL CÓNSUL FRANCÉS.

Aunque ahora en diciembre de 1817 hacía ya cuatro años que me hallaba en las Provincias del Río de la Plata, conocía bien poco de Buenos Aires y de su sociedad porque había residido casi siempre en el interior y entre gentes muy distintas, por varios respectos, a los porteños o habitantes de la capital.

Pero habían terminado mis andanzas y ahora senté mis reales como vecino de Buenos Aires y con esto empecé naturalmente a examinar más de cerca la sociedad de que formaría parte en lo sucesivo. Ahora sí me tuve por comerciante inglés en país extranjero. Las que había considerado importantes operaciones en el interior, me resultaban cosa baladí, cuando medía el teatro más amplio y el rango superior que se me daban comercialmente en aquel gran puerto de la América española. Porque me encontré de pronto, y merced a los esfuerzos de amigos ingleses de ultramar, lanzado en correspondencia y operaciones comerciales con los Baring, los Gladstone, los Inglis y Ellices, los Willkins, Parish y otros de los principales comerciantes europeos; y así me vi metido en negocios más amplios y complicados que la venta de manufacturas, la compra de yerba en el Paraguay o la entrega de mercancías y doblones por cueros y lanas en Corrientes. Tuve dificultades, por cierto, después de mi llegada, por las deudas contraídas para organizar nuestra casa; pero la misma extensión de los negocios me llevó a ponerme en contacto con la gente principal de Buenos Aires, tanto nativos como extranjeros, y antes de seis meses estaba en estrecha vinculación con los vecinos más educados y conocidos de la capital, tal como lo había estado con la gente primitiva del Paraguay o con la sociedad de Corrientes.

Buenos Aires, en los primeros veinte años en que los ingleses la conocieron —esto es de 1810 a 1830—, era en verdad lugar muy agradable. Desde 1830 se ha venido produciendo un cambio muy triste por razones políticas en la estructura de aquella sociedad y aunque no me toca entrar en el examen de las causas ni voy a describir sus efectos, más tarde deberá formar un interesante aunque penoso capítulo en el encadenamiento de los hechos que intento por ahora registrar. En 1817 Buenos Aires se hallaba en estado floreciente: había tranquilidad y prosperidad interior; los buenos éxitos obtenidos y la fama ganada en el exterior mantenían en alto los ánimos en la capital y todas las buenas cualidades naturales de los porteños aparecían bajo sus mejores aspectos.

Era costumbre entre las familias distinguidas abrir sus puertas por la noche diariamente para esas agradables reuniones conocidas por todos con el nombre de tertulias. Equivalían a lo que en Francia llaman *soirée* y en Italia *conversazione.* Aunque en las tertulias toda persona respetable era bien recibida y para ello bastaba una ligera presentación, siempre quedaban reducidas a un círculo limitado y de ahí que cada familia de figuración tuviera sus tertulianos regulares con excepción de algunos visitantes ocasionales. De tal manera, una vez que entré en relación con diversas familias, me vi convertido poco a poco en tertuliano de un círculo encabezado por los Escalada, los Oromí y los Riglos.

Quizá no había en Buenos Aires dos hombres tan conocidos, respetados y apreciados como los hermanos Escalada, don Antonio y don Francisco, ambos nacidos en la misma ciudad y decididos patriotas. Don Francisco era el tipo acabado del español digno y serio, pero también educado. Había tenido figuración muy principal en el Cabildo, pero ni él ni su familia se mezclaban mucho con lo que podría llamarse la sociedad alegre y bulliciosa. Sus tertulias eran de ambiente un tanto severo y poco frecuentadas por quienes gustaban de pasar una noche divertida.

Don Antonio era precisamente todo lo contrario; no lo habían preocupado las desazones de la política y era un caballero anciano, alegre y jocoso que gustaba ver su casa rebosante de gente joven y alegre, hombres y mujeres, nativos y extranjeros, particularmente ingleses. Su esposa (su segunda esposa) había sido celebrada por su belleza y aún podía considerarse una linda mujer. Sus dos hijos varones del segundo matrimonio eran am-

bos oficiales del ejército, jóvenes, valientes y gallardos, y las hijas muy bonitas y de gran atractivo juvenil. Don Antonio tenía también varias nietas que le había dado la hija de su primera esposa, ahora una matrona y casada con don José de María, a quien hemos mencionado en *Letters on Paraguay*, y que fue por varios años nuestro agente en ese país.

La casa de don Antonio Escalada fue una de las más frecuentadas por el vizconde Beresford y a menudo lo oí hablar de este último en términos de afectuoso respeto. Los hermanos Escalada gozaban de gran predicamento entre sus conciudadanos por su honradez acrisolada, su integridad y su desinteresado patriotismo. Uno en su vida privada, el otro en su vida pública, habían ocupado y ocupaban alta posición y merecían el afecto y el respeto de los porteños. A ninguno de ellos le movían pasiones banderizas ni cábalas partidarias; se lo impedían su propio orgullo y un sentido delicado del honor. Por eso, en aquellos tiempos turbulentos y de continuos cambios e intrigas de facciones, rodeados como estaban por hombres ambiciosos y sin escrúpulos, que hoy lo eran todo y al día siguiente no eran nada, se mantuvieron siempre en el recto camino sin que ningún partido los molestara y por último bajaron a la tumba cargados de años y con fama de hombres buenos y dignos.

Con don Antonio Escalada y todos los que formaban su numerosa familia viví, cuando soltero, en términos de mucha intimidad. En su casa conocí también al héroe del Río de la Plata, al general San Martín, que, en 1817, después de la batalla de Chacabuco, se casó con doña Remedios,[1] una de las hijas de don Antonio, muy seductora y amable. ¡Y cómo el tiempo se va!... San Martín perdió por desgracia a su esposa en edad temprana; le quedó una única hija, y, hace ahora unos dos años, recibí invitación del esposo de esta última, don Mariano Balcarce, a quien yo había favorecido en su juventud, para ir a pasar con ellos y el general San Martín, su suegro, algunos días en París. Con el general, abuelo ahora de una nueva generación de los Balcarce... Cuando nos sentimos inclinados, como yo, a olvidar que vamos entrando en la vejez, las nuevas generaciones que surgen se encargan de poner de manifiesto los tiempos ya idos y hacernos ver que marchamos resueltamente a la meta final. Cuando yo

[1] Error de Robertson. San Martín se casó con Remedios de Escalada en 1812. *(N. del T.)*

llegué por primera vez al Río de la Plata, la esposa de San Martín era poco más que una chiquilla y ahora me invitaban a conocer sus nietos.

La tertulia de don Antonio Escalada era la más agradable y por ello la más concurrida. Se componía de una mezcla feliz de elementos nativos y extranjeros; no mediaban en ella ceremonias ni preparativos; en una palabra, eran reuniones familiares; su encanto residía en la sociedad misma y no hubieran sido mejores porque se agregaran —según la moda— refrigerios o cenas. La conversación, la música, el baile, la espiritualidad y el buen humor sazonaban siempre la velada. En la misma casa había media docena de parejas[1] para la contradanza y el minué como no se encontraban otras en Buenos Aires. Doña Remedios y su hermana Nieves; doña Encarnación, doña Trinidad y doña Mercedes de María, para no decir nada de la madre de estas últimas; y de doña Tomasa, la dueña de casa y esposa de don Antonio. Luego las encantadoras Oromí, *con multis aliis*, hacían una tertulia de las más escogidas. El dueño de casa, acompañado unas veces por su hijo el gallardo coronel Escalada y otras por el hijo menor, Mariano, o en ausencia de ellos por el joven Oromí, presidía la reunión y daba gusto, en verdad, ver al sexagenario lleno de ánimo y bríos, sacar a dos o tres de las niñas más bonitas de la sala, una tras otra, y con mucha gracia bailar con ellas el minué. Entrábamos en la casa y nos marchábamos cuando nos venía en gana, *sans ceremonie* y de esta manera podíamos concurrir a dos o tres tertulias por la noche, siempre seguros de obtener una franca bienvenida. *Pasó quel tempo*; pero con seguridad no fue igualado por ningún tiempo ni país de los que conocí después. Algunos de mis lectores podrán pensar que pinto a la sociedad de Buenos Aires *couleur de rose*, pero quienes la conocieron mejor que yo en el tiempo de que hablo, reconocerán la fidelidad del cuadro.

Aparte la tertulia de Escalada, existían otras donde los extranjeros eran recibidos con grandes muestras de bondadosa hospitalidad. Las tertulias de Riglos, Alvear, Barquín, Balcarce, Sarratea, Balbastro, Rondeau, Thompson, Rubio y Casamayor daban la nota del buen tono en los círculos a la moda.

Entre mis amigas más allegadas contaban tres damas que for-

[1] Pareja en el sentido de compañera de baile. No existe en español una palabra que traduzca con exactitud *partner* o *partenaire*. *(N. del T.)*

man parte —según creo— de la historia social de Buenos Aires y no quiero pasarlas en silencio. Eran doña Ana Riglos, doña Melchora Sarratea y doña Mariquita Thompson. Dirigía cada una un círculo, no diré político, pero sí puedo decir público. En casa de cada una de ellas oíase hablar de cuanto hacían los hombres de Estado, en el gobierno y fuera de él. Y en sus casas podía encontrarse a los más distinguidos de esos hombres. Allí eran discutidos con buen humor y aun filosóficamente los asuntos de Estado, y como las tres señoras en cuestión se mostraban muy favorables a las alianzas europeas, sus casas eran también punto de reunión de comandantes navales ingleses y franceses, cónsules generales, enviados extranjeros y diplomáticos en general. Allí estaban más al corriente de los *on dit* cotidianos que en el mismo Palacio de Gobierno y allí formulaban indirectamente sus propias opiniones y vistas, seguros de que éstas llegarían a su destino.

Doña Ana Riglos era una viuda muy bonita e inteligente, vivaz, bien educada, ya madura, con un tinte aristocrático de la vieja escuela y alternaba con todos en su casa; sus contertulios eran los más agradables de cuantos conocí. Su hijo don Miguel había sido educado en Inglaterra e hizo el viaje a Buenos Aires conmigo en el mismo barco; era un lindo muchacho rubio de veintiún años; hablaba inglés notablemente bien, vestía a la Bond-Street y fue uno de los pocos que realmente aprovecharon la educación inglesa. Era —y con razón— el mimado de la madre y de la hermana, y todavía más de su tía doña Eusebia de la Sala, quizá la mujer de espíritu más atrayente y más bondadosa y franca de cuantas conocí en Buenos Aires. Aunque ya de cierta edad, resultaba la más solicitada en la tertulia y la preferida de nuestros oficiales de marina por la bondad con que les corregía sus faltas de español y sus tropiezos en la contradanza. La casa de la señora de Riglos, o como se le llamaba muy a menudo, *madame* Riglos, era punto de cita de los ministeriales y ella hubiera podido ser designada con propiedad como el *leader* femenino del partido *tory* de los porteños...

Por su parte, doña Melchora Sarratea era (con permiso de madame Staël) la Staël de aquella sociedad. Pertenecía a una de las primeras y más esclarecidas familias; su hermano, el orgulloso y jactancioso don Manuel (de quien hemos de hablar como hombre público y como muy simpático amigo), aunque se había educado en Madrid y pertenecido a esa corte, mostrábase fiel

adicto al nuevo orden de cosas, pero doña Melchora de ningún modo transaba con la relajación moral que, según ella, la revolución había introducido. Se trataba de una mujer muy inteligente y que había sido una belleza en su juventud, pero también algo exigente en cuestiones de matrimonio; ahora, todavía hermosa, gárrula y llena de simpatía, cuidaba la casa de don Manuel, una perfecta joya esta última, como que ambos hermanos tenían gusto exquisito en todo cuanto concernía al embellecimiento de la vida.

El señor Sarratea[1] y su hermana poseían abundante repertorio de anécdotas a cual más agradable y, como conocían a la perfección la sociedad en que actuaban y lo que ocurría a su alrededor, contaban muchas cosas de la manera más aguda y picante; además todos concurrían a su casa con tácita libertad para murmurar sobre los sucesos del día y así no es de extrañar que doña Melchora tuviera siempre a manos llenas una buena serie de hablillas sobre cuestiones públicas y privadas, y que fuera considerada *whiggish* de principios.[2]

Y, ¿qué decir de mi querida amiga (¡ay!, ahora debiera decir mi vieja amiga) doña Mariquita Thompson? Nada tenía que ver con el caballero de ese apellido que hizo notable figura en nuestro medio.[3] Doña Mariquita Sánchez de Thompson era porteña de nacimiento y lo mismo puedo decir del señor Thompson, si bien este último descendía de familia inglesa. Doña Mariquita era viuda, joven y hermosa, alegre y seductora, cuando tuve el honor de conocerla en 1817. Ahora es doña Mariquita Sánchez de Mendeville porque casó con el ex cónsul general de Francia en Buenos Aires (y no el ministro inglés), cumplido oficial que estuvo al servicio de Bonaparte. Casada doña Mariquita con el cónsul general de Francia, puede inferirse que ejercía gran influencia y gobierno en el elemento extranjero, y seguro estoy de que lord Palmerston, con su reconocido tacto, su talento y *savoir faire* no ha puesto en los negocios de Downing Street más

[1] Por el tiempo en que escribo estas cartas he tenido el gusto de ver a don Manuel que desempeña el cargo de ministro plenipotenciario de las Provincias Unidas del Río de la Plata en la corte de las Tullerías.

[2] Es decir, de principios liberales por oposición a los principios *tories* de madame Riglos. En otras palabras, ésta era *pueyrredonista* o conservadora y aquélla liberal u opositora. *(N. del T.)*

[3] Ha de referirse a Benjamín Thompson, conde de Rumford (1753-1814). *(N. del T.)*

destreza y lucimiento que doña Mariquita con su diplomacia femenina en aquella espléndida mansión de la calle del Empedrado.[1] Desempeñábase —llegado el caso— con la soltura y sencillez de una condesa inglesa, con el ingenio y la vivacidad de una marquesa de Francia o la gracia elegante de una patricia porteña, a punto de que cada uno de estos países la hubiera reclamado para sí, tal era el arte exquisito que ponía para identificarse, de momento, con la nación de sus visitantes. Doña Mariquita tenía tres o cuatro lindas hijas que empezaban a florecer en el tiempo aquel y se casaron y al presente podrán ser abuelas.

Había otras personas agradables que encabezaban partidos políticos y cuyas tertulias eran muy placenteras; pero creo haber dado ya pormenores suficientes que demuestran la calidad de aquel ambiente social, del que Buenos Aires podía con justicia enorgullecerse.

G. P. R.

[1] La actual calle Florida. *(N. del T.)*

CARTA LIII

RUPTURA ENTRE LOS CÍRCULOS SOCIALES. LAS MUJERES INGLESAS EN BUENOS AIRES. PEÑA DE SOLTEROS. DON ANTONIO Y SUS HUMITAS. CASAMIENTOS. LOS OFICIALES DE LA ESTACIÓN NAVAL.

Cuando empecé a frecuentar la sociedad porteña, aunque ésta se componía de nativos y de extranjeros, apenas si hubiera podido decirse que la formaban elementos distintos. De tal manera, estos elementos se habían amalgamado hasta constituir en apariencia una sola comunidad, con un solo idioma y un sentimiento nacional común. Los ingleses se apartaban en este caso de la regla general que los lleva siempre a no mezclarse con los nativos en un país extranjero cuando alcanzan número suficiente para formar sociedad separada. Y me duele decir que esta feliz unión de familia se rompió antes de que yo me alejara definitivamente de Buenos Aires. Esto último lo atribuyo a dos causas: Primero a las convulsiones políticas que acompañaron a la formación de los dos partidos, el federal y el unitario. Los odios y rencores se dejaron sentir en un principio entre los políticos dirigentes, pero luego fueron extendiendo su perniciosa influencia a todas las principales familias criollas, dividiéndolas hasta romper la primitiva unión y también dieron fin a las tertulias nocturnas y a los lazos entre porteños y extranjeros. Segundo: la llegada de nuevas familias inglesas, porque muchas de las señoras de esta nacionalidad fueron gradualmente alejándose de la sociedad nativa a medida que se acentuaban las disputas y entonces, los recién llegados, al encontrar un círculo más amplio de ingleses, no buscaban ya otra sociedad.

No creo que la antigua vinculación se haya extinguido por completo, pero se habrá dejado sentir la indiferencia que en otros lugares retrae al extranjero de mezclarse con las gentes del país en que vive. En 1818, y hasta diez años después, no era así en Buenos Aires.

Y puesto que he dado un bosquejo de la sociedad nativa en aquel tiempo, no tendríamos una noción exacta del conjunto si no digo también algo sobre la sociedad extranjera. Aunque no será tan fácil para mí entrar en detalles sobre las familias inglesas como he podido hacerlo con respecto a las familias porteñas que sobresalían en aquella sociedad. Las familias inglesas con que me vinculé más estrechamente por su carácter franco y abierto, andan ahora dispersas, pero todavía estoy en buenos términos de amistad personal con muchas de las que sobreviven. Algunas, ¡ay! las más allegadas y más caras para mí, han desaparecido, y las sobrevivientes no estoy muy seguro de que me dieran autorización para presentarlas a mis lectores, así fuera para hacerlo con los mayores elogios. Hasta podría darse el caso de que me llegara un carta de reproche firmada en Regent Street por la señora de Dickson, si hago alusión a ella para decir que daba el ***haut ton*** inglés en su quinta de Buenos Aires.[1] Y aun otra carta de la señora Brittain, procedente de Blackheats para quejarse de mi actitud opuesta a las normas parlamentarias, al no haberle advertido que haría mención de sus agradables reuniones y deliciosas tertulias en Waterloo.[2] La señora de Fair, esposa del caballero que hemos tenido ocasión de mencionar reiteradamente, puede pedirme desde Edimburgo que omita su nombre en la segunda edición de este libro. La señora de Cartwright, a quien mis lectores han conocido bajo distinto nombre en nuestro primer volumen,[3] podría, desde Francfort sobre el Maine, expresarme sus dudas acerca de si es prudente aventurarse en terreno tan delicado como el de acordar a ella y a sus amigos, sin más ni más, la preeminencia en el campo de la moda. Y hasta mi propia parienta la señora de Mackinlay y mi amiga (y parienta también) la señora de Barton, podrían protestar desde Buenos Aires contra mis alusiones a los dichosos días en que formábamos una sola familia muy unida y cuando la quinta de Mackinlay era casi un hogar para nosotros. Pero como ya he mencionado los nombres de varios residentes británicos principales de aquel tiempo, continuaré diciendo que la muy hermosa villa del señor Dickson se hallaba ubicada en la parte norte de Buenos Aires y las quintas del señor Mackinlay y del señor Brittain estaban en el extremo sur de la ciudad. Estas tres familias contaban entre las primeras establecidas en Buenos Aires; eran sin duda las que más sobresalían en la sociedad inglesa y alternaban con los porteños como no lo hicieron después otros miembros de la misma colectividad.

[1] Una preciosa *villa* sobre la barranca, al norte de la ciudad, que Mr. Dickson alquilaba a la señora de Riglos.

[2] Nombre que el finado Mr. Brittain dio a la casa de campo que edificó en el comienzo del camino de Barracas.

[3] Se refiere a la señorita Postlethwaite, casada con Cartwright. *(N. del T.)*

El señor Fair se casó con una hermana de la señora Brittain en 1818 y al año siguiente el señor Cartwright llevó al altar a la señorita Postlethwaite. Ambos acontecimientos significaron un aporte muy venturoso y perdurable para nuestro círculo. Yo mismo seguí el buen ejemplo y a poco llegaron otros más de los cuales habré de ocuparme en otra oportunidad.

Con todas las familias ya mencionadas, y con otras que les sucedieron, no solamente viví en términos de estricta y cordial amistad sino que —y esto algo dice de los componentes de aquel círculo— en su gran mayoría, y a distancia de veinticuatro o veinticinco años, figuran aún entre mis mejores amistades. Puedo también agregar que, por circunstancias de que no hablaré ahora, la casa del señor Mackinlay en Buenos Aires se convirtió, antes de mucho, en lugar preferido para mí.

Si el círculo inglés de casados era muy atrayente en Buenos Aires, no lo era menos el círculo de solteros. Yo formé parte de él por espacio de tres años y las relaciones parecían entre miembros de una misma familia. Si no existía entre nosotros comunidad de bienes, teníamos mesa y alojamiento común. Porque se daba por sobreentendido que podíamos comer en cualquier mesa sin ninguna especial formalidad ni invitación, y de hecho las puertas de todos estaban abiertas a toda hora para los amigos como para el dueño de casa. La vida irregular que hacían los ingleses solteros durante los primeros años de permanencia en Buenos Aires fue sujetándose a la influencia blanda y humana de la sociedad femenina, de suerte que en 1818 o 1819 ya nos habíamos adaptado a un sistema de comunidad muy bien dirigido.[1]

Como muestra curiosa de nuestras relaciones sociales, debo mencionar una costumbre divertida que don Antonio Escalada

[1] Los dos dirigentes de aquel círculo de solteros (aunque ambos lo abandonaron en los primeros tiempos) eran Mr. R. Ponsomby Staples y Mr. John Macneile; entre los camaradas más agradables estaban J. Buchanan, Roberto y Guillermo Orr, Guillermo Cochran, el doctor Campbell y su hermano Guillermo, W. M'Cracken, A. Jamieson, Juan Watson, T. Eastman y otros muchos.

mantuvo por varios años y que me causó gracia cuando la conocí. Me hallaba un día en el primer patio de mi casa, precisamente a la hora de comer (yo residía por entonces en casa de Mr. Fair, que la ocupaba con su señora), cuando entró don Antonio seguido por un negro esclavo que traía una gran fuente de plata, cubierta con una servilleta. ¡Hola, hola!, exclamó el viejo *gentleman*. Vengo a comer con ustedes y traigo conmigo un plato mejor que todos los que pueda poner en la mesa la señora Fair. Esto diciendo, entró en el comedor con su negro y, alzando la servilleta que cubría la fuente, dejó al descubierto toda una montaña de *humitas*, manjar muy delicado y el más apetecido por los *gourmands* del Río de la Plata.[1] Don Antonio se sentó entonces a comer sin mayores ceremonias y mostrábase muy satisfecho con el elogio que hacíamos de sus humitas y la rapidez con que dábamos cuenta de ellas. A todos sus amigos les hacía visitas parecidas durante la estación de las humitas.

En los primeros tiempos de la independencia, había muy pocas familias extranjeras de distinción, fuera de las inglesas residentes en la capital. Sin embargo tuvimos por algún tiempo a monsieur Bonpland, el famoso botánico y a su señora, como también al señor y a la señora Zimmermann, alemanes muy finos y agradables. Dos o tres residentes ingleses se habían casado con porteñas: el doctor Colin Campbell que vino a ser yerno de don Francisco Escalada; Mr. Miller, ya mencionado, que se casó con la hermosa y simpática señorita Balbastro; Mr. Edward Lawson, marido de doña Encarnación de María (hija de don José de María) y uno o dos más, entre ellos una persona muy estimada entre nosotros, que ya murió, Mr. W. E. Stewart, casado con una joven montevideana.

Nuestro círculo se vio siempre animado y muy generalmente honrado con la presencia de comandantes y oficiales británicos que se sucedieron en la estación naval del Río de la Plata. Desde 1817 hasta mucho después de 1820, tuvimos al comodoro (hoy almirante) Bowles, y después al comodoro sir Thomas Hardy, administrador —el último— del Hospital de Greenwich, ambos muy estimados por nacionales y extranjeros y que poseían, por razón de su tacto, buen gobierno y moderación, mucha influencia como hombres públicos. Casi sin excepción, los oficiales de las fragatas así como de los buques de guerra más pequeños (incluso los comandantes) fueron siempre para nuestro círculo, por sus condiciones caballerescas, una buena adquisición.

Dejo así bosquejadas algunas figuras de nuestra vida social, tal como eran para el tiempo en que me radiqué en Buenos Aires, y los *especímenes* ofrecidos servirán para dar una idea de la generalidad.

G. P. R.

[1] Las humitas se hacen con los choclos tiernos; hervido el choclo, sácansele los granos, que se pican, añadiéndoles carne, especias, etcétera. Después de cocinado todo esto, se va colocando en pequeñas cantidades sobre las hojas del mismo choclo, y cada hoja con su contenido se envuelve luego (más o menos como la chuleta Maintenon) y se ata con hilos de la misma hoja. Don Antonio se traía como cuatro docenas de estas humitas.

Carta LIV

Diversiones. Teatro. Esparcimientos públicos. El 25 de mayo. El Himno Nacional. Misa cantada. Ceremonias religiosas. El Carnaval. El Miércoles de Ceniza. San Isidro. San José de Flores. Carreras de caballos. Una carrera pedestre.

Las diversiones en Buenos Aires no eran muy variadas, pero el pueblo sabía divertirse bien con sus fiestas propias. El tiempo las impedía muy rara vez y como aquella no era gente de preocuparse mucho por el lucro (como nosotros), ni había esa superabundancia de población que hace del incesante trabajo de las masas una necesidad indispensable, fuera de toda libre opción, los habitantes de Buenos Aires tomábanse todas las fiestas que durante el año el calendario de la Iglesia Católica ofrece con liberalidad a sus fieles. Porque, aparte del domingo, creo que teníamos en el curso del año unos treinta y cinco si no cuarenta días de fiesta en que se suspendía toda actividad.

La ciudad se envanece de tener un teatro de cuya belleza arquitectónica no podemos hablar con elogio, como no podemos decir que su mobiliario, decoraciones y *dramatis personae* fueran parecidos a los de Covent-Garden o Drury-Lane, y a esto debe atribuirse que fuera poco o nada frecuentado por los extranjeros en general y menos por los ingleses. Sin embargo, gustaba mucho al público de la ciudad y la gente de provincia juzgaba soberbio el escenario y el espectáculo incomparable. Tenían también sus Keans y sus madame Vestris criollos; el palco del virrey se convirtió en el del director supremo o del gobernador, y este último, rodeado de sus oficiales de mayor graduación, solía concurrir en las grandes funciones. El resto de los palcos llenábase entonces con personas de distinción y con las bellezas de la ciudad; el Himno Nacional (muy hermosa composición, tanto en su letra como en su música) era cantado "por toda la fuerza de la compañía" y entusiastamente recibido por

todos. En resumen, se hacía en el teatro de Buenos Aires cuanto se hace en nuestros grandes teatros aquí, y el pueblo pensaba de su Casa de Comedias lo que los ingleses piensan de los teatros de su metrópoli y de sus buenas condiciones. Hablando en puridad de verdad, debo añadir que el teatro de Buenos Aires no había sido edificado bajo los principios de Mackintosh, a prueba de agua, y si daba en llover a la hora de la función, todo el mundo quedaba enterado (sin necesidad de público anuncio) de que esa noche el teatro no se abriría.[1]

Visitar a las damas en sus palcos era punto de etiqueta no olvidado de los caballeros; y como todos los presentes se conocían, una persona cortés debía recorrer por lo general todos los palcos en el transcurso de la función.

Los porteños son muy amantes de la música y de ahí que en los mejores tiempos no solamente tuviéramos una excelente sociedad filarmónica sino que por dos temporadas hubo una compañía de ópera italiana compuesta por algunos artistas de primer orden. También teníamos un celebrado cantor, de nombre Rosquellas, favorito en los escenarios de Buenos Aires. Las fiestas públicas de todo género en Sud-América son designadas con el nombre genérico de "funciones". Y así, hay funciones teatrales, funciones de iglesias (o procesiones), funciones de gobierno (procesiones públicas también) y sobre todo las *funciones mayas*, es decir la celebración anual de la Independencia, el 25 de Mayo. En esta última ocasión, la plaza se arreglaba elegantemente con un tablado ex profeso con arcos en los cuatro lados que daban acceso al interior. Este tablado, por su pintura y decoración, estaba destinado a producir el efecto de un escenario, visto desde adentro, porque los arcos estaban adornados con guirnaldas y festones y los paneles cubiertos con dibujos emblemáticos, que durante el día tenían aspecto muy agradable y por la noche eran iluminados. Las fiestas duraban generalmente tres días; daban comienzo la víspera del 25 con música e iluminación de la ciudad, baile y un paseo general por la plaza. Al salir el sol del día siguiente lo saludaban los cañones del Fuerte y los niños de las distintas escuelas, muy bien vestidos para el acto, se reunían en la misma plaza, en torno a la pirámide, obelisco no muy hermoso que se levantaba en el centro y

[1] Debo observar que una abundante lluvia daba lugar generalmente a que se suspendieran los negocios y placeres en Buenos Aires.

había sido erigido en memoria de la revolución. En él se veían inscriptos los nombres de algunos héroes dirigentes del movimiento revolucionario nacional. En ese lugar los niños cantaban el Himno Nacional, cuyos primeros versos dicen así:

Oíd, mortales, el grito sagrado:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
Oíd el ruido de rotas cadenas,
Ved en trono a la noble igualdad.

Se levanta a la faz de la tierra
¡Una nueva y gloriosa nación!
Coronada su sien de laureles,
¡Y a sus plantas rendido un león!

Coro

Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir;
¡Coronados de gloria vivamos!
¡O juremos con gloria morir!

Lo que puede ser traducido, si no literalmente, por lo menos de modo aproximado, en esta forma:

Hear mortals hear! the ever sacred cry,
Which through the air resounds,— 'tis liberty!
Behold the broken chains 'neath which we 've groaned;
And see equality on high enthroned!

With all a mother's anxious throes, the earth
Gives to a young and glorious nation birth;
With laurel leaves its brow is circled round,
And at its feet a lion[1] *bites the ground.*

Chorus

Green may the laurels ever be
Which we have gathered from on high!
Oh let us live but to be free!
Or, crowned with glory, let us die!

[1] *An allusion to the conquered "León de Iberia" or Lion of Spain.* (Alusión al vencido león de Iberia o león de España.)

Cantado el himno, retirados los niños de las escuelas, la plaza se llenaba de público durante la mañana, por lo general muy bien vestido. Aparecían entonces las tropas con uniformes nuevos y formábase una gran procesión en que participaban las corporaciones públicas, el gobernador, sus ministros, el *corps diplomatique* y todos los oficiales de alta graduación, que se dirigían desde el Fuerte o Casa de Gobierno a la Catedral, donde era celebrada una misa cantada con *Te Deum.* Por la tarde y durante toda la noche, bandas militares tocaban aires populares en los balcones del Cabildo. Los habitantes con trajes de fiesta llenaban las calles, así como la Plaza de Mayo, y en este lugar, por la noche, a eso de las nueve, quemábanse grandes fuegos artificiales ante miles de personas. Después venían las tertulias en muchas de las principales casas de familia, y en todos los principales cafés de la ciudad se congregaban asambleas patrióticas. Por varios años se había podido observar mientras duró la entusiasta guerra de la independencia, que el 25 de Mayo traía siempre buenas noticias, y esto producía entusiasmo tal y exaltaba de tal modo a todas las clases sociales, que por ese momento no se hacía diferencia de clases y era verdaderamente maravilloso ver el general regocijo que caracterizaba en todas partes a las Fiestas Mayas.

Las funciones de iglesia eran menos notables que en otras partes de Sud-América visitadas por mí. Tenía la gente un buen sentido práctico, una inclinación muy marcada al comercio y alternaba siempre con la sociedad extranjera; de ahí su preocupación por empresas y actividades que no se conciliaban mucho con las ceremonias practicadas repetidamente por la iglesia romana. Por esto mismo las ceremonias religiosas practicadas en la calle eran miradas con bastante indiferencia en la capital, y en las grandes procesiones de la Iglesia, como Corpus Christi y otras, el cuidado se dejaba principalmente a las viejas o *beatas* y a las clases bajas de la sociedad.

Ahora bien; si todos no concurrían a las ceremonias propiamente religiosas, nadie faltaba a las que eran más bien festividades de la misma iglesia. Entre estas últimas, quiero referirme al carnaval, es decir a los tres días que preceden a la cuaresma. La mayoría de los lectores habrá oído hablar de las máscaras y carrozas que caracterizan a las fiestas del carnaval en Italia, pero no estarán enterados, sin duda, del modo como se celebra en Buenos Aires este corto período de locura.

El recurso principal de que echaban mano para celebrarlo era el agua, y al efecto ponían en juego todos los procedimientos posibles e imaginables. El domingo que precede al miércoles de ceniza es consagrado por los católicos a expansiones y regocijos. En la tarde de aquel día daba comienzo el carnaval. Empezaba con solapada moderación. Iba uno por la calle y de pronto una bonita mujer, sentada tras la reja de su ventana, lo rociaba con agua de Colonia; poco después podía verse algún *dandy* arrojando agua de rosas hacia el interior de un balcón. Entrábamos en una casa, de visita, y nos rociaban también con agua perfumada, gentilmente y con una jeringuilla de marfil; también se daba el caso de que dos o tres personas de la familia lo mojaran a uno con botellas de agua de lavanda (espliego). Y podía recibir también un huevo de *teru-teru* en la cabeza, pero lleno con *eau de mille fleurs*, que lo dejaba perfumado y perfumaba asimismo la habitación. Todo esto hubiera estado muy bien, de haber terminado ahí.

Pero el lunes las calles aparecían aquí y allá como si hubieran sido bien regadas. De pronto el pasante se sentía literalmente empapado, no con agua de *mille fleurs*, sino con agua común. Y apenas se detenía de mal humor tratando de secarse, otra descarga súbita del otro lado de la calle le caía como una ducha. Entonces advertía que le era menester andar con precaución, porque no sólo desde las ventanas sino de los mismos viandantes podía —a cada vuelta de la calle— recibir un buen chapuz. Después de la siesta, y a eso de las cuatro de la tarde, la zalagarda naturalmente arreciaba. Todo el que iba por la calle recibía una jarra de agua encima y se iniciaba la lucha entre una y otra azotea: en las calles se valían de unas jeringas enormes para atacar a los techos; arrojábanse huevos llenos de agua, que se venían preparando desde semanas atrás y eran vendidos para la ocasión. Estos huevos partían como bombas, entre la chillería de las mujeres que defendían las murallas de aquellas ciudadelas, es decir las azoteas de las casas, por lo general de piso bajo.

Pero debo decir que el domingo y el lunes, aquello no era nada en comparación con el martes, verdadero *Derby* de la semana de carnaval. Como si los dos primeros días se hubieran empleado simplemente en un ensayo de fuerzas, la terrible batalla se daba el tercero y último día. Hubiérase dicho entonces que Buenos Aires era una ciudad de manicomios y que todos los ocupantes de estos últimos hubiesen sido puestos en libertad.

Las familias más distinguidas, las mujeres más delicadas, sentían el contagio. Parecía que invocaban al dios rioplatense para que trajera sus provisiones a las saturnalias del pueblo de la capital. Bañaderas, cubas, jarras, botijos, picheles, alcarrafas se disponían llenas de agua en las azoteas. Por las calles cabalgaban jinetes y marchaban hombres a pie. Algunos, los preferidos, subían a las azoteas. Una familia se ponía en lucha contra la otra y corrían verdaderos arroyos por las calles, cubría el agua los patios y llegaba al interior de las habitaciones. A veces, llevadas por una especie de paroxismo irresistible, las señoras bajaban de la azotea a la puerta de calle, para estar más seguras de poder empapar a algún determinado individuo, elegido de antemano entre los que veían en la calle. Por ahí era atacada una puerta por una banda de hombres jóvenes y, una vez conquistada, aparecían los mismos sobre la azotea, trabados en combate con la gente de la casa; todos, naturalmente, empapados hasta la piel, los vestidos de las mujeres adheridos al cuerpo y a sus formas y manando agua como si acabaran de salir de un baño. Los combates en la calle eran rudísimos, casi salvajes; los jinetes atacaban a los jinetes, a veces salían a relucir cuchillos; los proyectiles atravesaban el aire, particularmente los huevos de avestruz que, por su gran peso, eran muy peligrosos y fatales a veces; y como todos andaban chorreando agua, las personas como los caballos, la impresión del espectador sereno era que en la ciudad se había desatado una locura general. Como es de imaginar, se producían, año tras año, cantidad de accidentes y creo que no pocas mujeres de constitución débil morían por efecto del frío tomado durante cuarenta y ocho horas de agua.

Quiero relatar aquí dos anécdotas muy curiosas e ilustrativas en que intervinieron dos personas, una, de nuestro servicio marítimo; la otra, de nuestra fuerza terrestre, anécdotas que revelan gusto o aversión por el carnaval. La primera se refiere a un capitán, en aquel tiempo jefe de una fragata perteneciente a la estación naval inglesa. Había sido testigo y aun participado del juego y de las bromas de carnaval durante el día lunes y se preparó a tomar parte *muy seriamente* en la batalla del martes. Para esto, muy de mañana, el capitán fue a bordo de la fragata donde había una pequeña bomba de incendio, la hizo llevar a la orilla, ordenó a varios de sus hombres que lo siguieran e invitó a algunos oficiales a participar con él en el juego de carnaval. Todos se pusieron en marcha, capitán, oficiales y marineros con chaque-

tas y pantalones de dril. El capitán pagó a gente de la ciudad con liberalidad inglesa para que lo proveyeran de agua en abundancia y continuamente. Y siguió con la bomba de incendio y la manguera hasta la calle principal. De llegada fue recibido con un diluvio que caía de todos lados y con gritos de admiración y risas de cuantos se hallaban en la calle y en las ventanas. Los bravos marineros cumplían su labor con imperturbable gravedad y diligencia. El capitán tomó la manguera y empezó a dirigir las operaciones. Avanzó con firmeza y, aunque su avance fue resistido en un principio con intrépida bravura por todas las bellas que arrojaban agua desde las azoteas, no tardó el capitán en dejar cada azotea vacía con su bomba irresistible. En esta empresa extraordinaria el capitán y quienes lo seguían ocuparon el día entero con una perseverancia que las aguas no pudieron apagar y en verdad que era muy digna de la ocasión, si tenemos en cuenta la calidad de los enemigos contra quienes luchaba.

La segunda anécdota corresponde a una persona con cuya amistad me honro y que ahora reside en Londres. Es (como lo era entonces) oficial retirado de nuestro propio ejército. Este amigo había viajado por gran parte de Sud-América examinándolo todo con aguda visión y hasta —cuando quería— con espíritu filosófico; pero, como inglés de corazón, nunca pudo someterse a cosas para él abusivas y que a su juicio no por ser costumbres inveteradas debía tolerarlas un hombre civilizado.

Este caballero comió en mi casa un lunes de carnaval y como había venido en las primeras horas de la mañana, apenas si lo mojaron algunas señoritas desde los balcones. Antes de ponerse el sol se manifestó dispuesto a retirarse. Le dije entonces que, de hacerlo así, podía caer un diluvio sobre él y no un ligero chaparrón como el recibido por la mañana. —¡Y bien! —me contestó el capitán—, si son mujeres, ya pueden mojarme cuanto quieran; pero si algún hombre se permite arrojarme agua, le haré pagar las consecuencias. Hice presente a mi amigo, lo que él por su parte ya sabía, que era costumbre del país permitir esa licencia por dos o tres días, ya se tratara de hombres como de mujeres, e intenté convencerlo también de que, en casa o en la calle debíamos hacer como los demás y no tomar a insulto lo que era tenido como broma. Mi argumento cayó en el vacío. El capitán dijo que tenía el derecho de marcharse a su casa tranquilamente a cualquier hora, sin ser molestado por nadie, y salió a la calle. En la esquina de mi casa estaba el Café de la Victoria, edificio bas-

tante grande, frecuentado por mucha gente respetable.[1] En esta ocasión había sobre la azotea del café cantidad de hombres jóvenes que arrojaban agua y cuando mi amigo pasó lo saludaron con un buen chubasco. Viendo lo que se le venía encima, el capitán empezó a recoger ladrillos de la calle e inició una fuerte pedrea contra sus atacantes. Enardecidos éstos, bajaron en un momento de la azotea para castigar al audaz extranjero. Yo había estado observando desde mi ventana al capitán una vez que salió, y tan pronto como lo vi en aquellos apuros, me apresuré a salir. Los del café lo tenían rodeado y él hacía frente, solo, a quince o veinte hombres exasperados. Algunos gritaban: "Dele una puñalada"; otros proponían arrojarlo al gran aljibe del Café de la Victoria; todos lo increpaban con palabras muy ofensivas. Cuando logré ponerme a su lado, expresé con energía mi indignación por la forma en que era tratado el compatriota. Entonces todos se volvieron a mí con el mismo enojo. Alguien, por último gritó: —Es Mr. Robertson —pero otro le contestó en seguida: —¿Y qué hay con eso? ¿Creerá que él o cualquier extranjero se va a imponer a nosotros?...

Todos estaban muy excitados, menos el capitán. Su serenidad, unida a mi protesta, logró, al fin, que dos de los más influyentes y de mayor juicio se pusieran de nuestra parte. El resultado fue que, de mal humor, es verdad, nos invitaron a seguir adelante, lo que hicimos despaciosamente y hubiera sido difícil establecer cuál de las partes contendientes estaba más exasperada por la recíproca agresión.

Recuerdo también un martes de carnaval en que yo sentía vivos deseos de ir hasta la quinta de Mackinlay, desde mi casa de la ciudad. La quinta estaba en los suburbios y yo no quería llegar allí empapado. La única forma que encontré para llegar fue arreglarme de esta manera: Acomodé unos papeles como solían hacerlo con los paquetes de correspondencia oficial; monté mi caballo y salí al galope con los papeles muy en alto en la mano derecha. Al llegar a la primera puerta vecina di el grito: "¡Despachos!" Todos miraron los papeles y suspendieron el juego creyendo que yo era conductor de noticias oficiales. De esta única manera pude llegar seco a casa de Mr. Mackinlay.

[1] Robertson vivía en la cuadra y vereda de San Ignacio, actual Colegio Nacional Central y el café estaría en el cruce de [illegible] actuales calles Bolívar y Alsina, esquina sudeste. *(N. del T.)*

Dos temporadas de fiesta en la capital eran la Pascua Florida y Navidad; la primera caía en otoño, la última en pleno calor del verano. En estas oportunidades las mejores familias salían de la ciudad y uno podía encontrarlas en sus residencias de campo, o en los pueblos cercanos, especialmente en San Isidro, punto de reunión favorito de la gente de buen tono. Este pueblito está lindamente situado sobre una barranca elevada, en la costa del río y a unas treinta millas al norte de la ciudad. Cuando hace buen tiempo, los dos caminos que llevan a él, uno por la costa y el otro que atraviesa campos de chacras, se ven frecuentados por agradables cabalgatas. El campo tiene por ahí lindas *villas* y en San Isidro hay algunas buenas residencias, lo mismo que en sus alrededores. Estas *villas* son lugares muy a propósito para *picnics* y fiestas nocturnas en las que participé muchas veces. Saliendo de San Isidro hacia el norte, se llega a la punta de San Fernando, también lugar de recreo, y algo más lejos a Las Conchas, sitio romántico por el paisaje de las riberas pero muy bajo y lleno de mosquitos. Es el menos agradable de los tres. En las grandes crecidas del río Paraná puede verse a los *concheros* bogando de una casa en otra sobre sus canoas. Las casas están sostenidas por pilotes. Los ranchos o chozas son en su mayoría de madera; usan como tejas los troncos de palma a cuyo efecto los cortan longitudinalmente, les extraen el meollo y quedan así huecos y semicirculares.

Un paseo que se hacía mucho a caballo entonces era el del camino de San José de Flores, a nueve millas de la ciudad hacia el interior, pero este camino estaba por lo general en mal estado, intransitable en invierno y primavera y muy lleno de polvo en otoño y verano. Para los paseos a caballo por la tarde, era frecuentado también el camino de Barracas, hacia el sur, y lo mismo los callejones que daban a él.

En ese camino celebrábanse carreras de que Buenos Aires puede enorgullecerse. En vano se buscarán allí por cierto un estadio rumoroso, una gran tribuna. No hay un *Derby* para mantener a las gentes bajo el *qui vive*, ni un Tattersall para las apuestas. Las carreras de Buenos Aires se corren sobre el camino de Barracas, camino real arenoso, ancho y abierto. Las señoras no les aportan sus gracias ni se ven carruajes, ni garitas, ni tribunas, ni nadie ha oído allí hablar nunca de tales cosas. Sólo se ven dos líneas de jinetes en una extensión de trescientas yardas y un camino libre entre ellas. Los espectadores son estancieros de as-

pecto serio montados en lustrosos caballos, no pocos gauchos, uno que otro inglés, hombres de la ciudad a caballo y algunos extraños. Cruzan entre los grupos las apuestas que alcanzan a veces a cifras elevadas, mientras todos esperan sentados la carrera o carreras que habrán de divertirlos. De pronto un movimiento y bullicio general anuncia que los caballos están ya en la cancha, listos para la prueba del día. No corren nunca más de dos caballos y la carrera más larga suele ser de ciento cincuenta yardas, a veces trescientas. Muy rara vez corren hasta seiscientas yardas. Los caballos en pelo son montados por gauchos expertos. Helos ahí ahora, uno junto al otro, listos para la partida. Podría uno creer que, para distancia tan corta, el asunto debía cumplirse con la rapidez del relámpago. Pero no es así. La primera habilidad del corredor consiste en arreglarse para una buena partida. Estas partidas son interminables y ambos corredores quedan en realidad libres para decidir cuál será la verdadera y decisiva. Empiezan por ensayar una partida, pero no es ésa la definitiva y vuelven al punto de donde salieron. Inician otra, que tampoco da resultado y en eso se están por espacio de una hora y a veces dos sin ponerse de acuerdo para largar. Más aún, a veces pasan toda la tarde en ese trabajo infructuoso. Entretanto, estancieros y gauchos miran todo aquello con flemática paciencia, hasta que se dispersan cuando, según ellos y según lo dicen en su jerga especial, no van a largar.

Cuando por fin se deciden a partir, los caballos están naturalmente muy excitados, en buen tren de velocidad, y para la corta distancia que hacen, corren una buena carrera. Pero tantos preparativos para andar ciento cincuenta yardas, tanto tiempo perdido, tantas apuestas, algunas de dos mil pesos, para prueba tan miserable, es harto risible y por eso pienso que estas carreras de Buenos Aires son cosa única en el mundo.

Varios de los residentes ingleses más antiguos eran aficionados a las carreras y organizaron algunas que no estaban mal, pero en nuestro propio estilo inglés. Tenían buenos caballos, bien entrenados, con buenos *jockeys* para correrlos, y estas pruebas eran gustadísimas por los gauchos, por los chacareros de las cercanías y por los estancieros establecidos en la ciudad.

También en una ocasión pudimos exhibir ante los ojos asombrados de los nativos, una prueba pedestre, recordada con admiración por largo tiempo. Un amigo que compartía nuestra mesa deploró cierta vez que los ingleses perdieran en Sud-Amé-

rica mucha de la energía física y mental que traían de Inglaterra. La afirmación fue muy combatida, sobre todo por el doctor Dick, allí presente, que se ofreció a caminar veinte millas en seis horas. En Inglaterra esto hubiera parecido cosa fácil, pero en Buenos Aires y en verano se consideró imposible por los entendidos. Todos opinaron como mi hermano que invocaba los efectos enervantes del clima.

La prueba se llevó a cabo en día y hora determinados y sobre un campo muy limpio a pocas millas de la ciudad. Como se hablara mucho de ella, congregó gran número de espectadores, no solamente ingleses sino del país. El doctor Dick era entonces y lo es todavía[1] hombre muy activo, de constitución vigorosa y andar muy elástico. Llegó al campo en carruaje y la prueba comenzó a las nueve de la mañana en un día primaveral, claro y caluroso. No tardó en probar que era, con mucho, el mejor *pedestrian* de la ciudad. Dos de sus acompañantes, hombres atléticos y bien constituidos, Mr. R. P. Staples y Mr. R. Carlisle, apenas pudieron seguirlo tres millas y abandonaron; otros no alcanzaron a seguir una milla más. El resultado fue que el doctor Dick recorrió veinticuatro millas con mucha facilidad en cinco horas y diecisiete minutos y luego caminó todavía una milla para no dar lugar a dudas sobre la distancia recorrida. Esta última la hizo en veinte minutos, terminando entre los aplausos de todos los que estaban en el campo. Se hallaba tan poco fatigado que vino a reunirse con nosotros en la ciudad muy luego de comer y pasó la velada alegremente con varios de los amigos que habían estado con nosotros a la mesa.

G. P. R.

[1] Debe de tratarse del mismo doctor Dick, que William Mac Cann conoció en 1847 como dueño de la estancia Los Tres Bonetes, en la provincia de Buenos Aires. William Mac Cann, *Viaje a caballo por las provincias argentinas*, traducción de José Luis Busaniche, Buenos Aires, 1939.

Carta LV

Un nuevo compañero. La quinta de Reid. La azotea. Una conspiración. Los ladrones. Un casamiento. Establecimiento mercantil. Contrabando de ropa blanca. Un lecho de monedas. El charqui. Su prohibición. Soborno afortunado. Beneficios del comercio libre.

En medio de una sociedad como la que brevemente acabo de describir, transcurrió mi vida en Buenos Aires desde fines de 1817 hasta marzo de 1820; y aunque no es mucho lo que puedo decir sobre ese tiempo como para interesar al lector común, tengo, sin embargo, uno o dos pequeños episodios de los que quiero dar una ligera noticia.

El amigo que había compartido con mi hermano los riesgos de las operaciones mercantiles en el interior, vino ahora a ser socio suyo y mío en negocios más amplios y generales con los mercados de Europa. Este socio fue Mr. Fair, caballero de quien hemos hablado con elogio en las dos series de cartas anteriores; uno de los ingleses más conocidos en Buenos Aires desde más de veinte años atrás y muy respetado y estimado también.

Mi hermano se marchó, como lo he dicho, a Inglaterra y yo quedé con Mr. Fair en la ciudad. Tomaré ese momento como punto de arranque para un resumen de mi carrera comercial en Buenos Aires. Pasados pocos meses en que nos ocupamos de organizar los negocios, decidimos con Mr. Fair irnos a vivir en una residencia de campo conocida con el nombre de Quinta de Reid. Quedaba esta quinta en *el bajo*, es decir en los terrenos próximos al río y hacia la parte sur de la ciudad. Es una casa de altos, de aspecto deslucido, construida por un escocés de nombre Reid, alarife de profesión que reunió considerable fortuna sin haber tenido en un principio ningún capital y mediante su propio esfuerzo. La mayor parte de sus ganancias fueron invertidas en esta espaciosa casa. Mr. Fair la tomó en alquiler a la señora Reid y todos los días de fiesta en el año acostumbraba reci-

bir en ella a sus amigos solteros, a quienes prodigaba hospitalidad. Para concurrir a su casa no se esperaba invitación; aquello era como el club de los solteros. La mesa del comedor se tendía para gran número de personas y todos estaban seguros de ser recibidos con bienvenida cordial, buena comida y vinos excelentes. Las visitas empezaban a llegar desde la mañana, en las primeras horas, para gozar del hermoso panorama que podía dominarse desde la azotea, comprendido el río y los campos circundantes; en la azotea tenía siempre Mr. Fair muy a mano dos grandes anteojos de larga vista. ¡Cuántas llegadas y partidas de barcos hemos contemplado desde la azotea de Mr. Reid! Al atardecer, cuando el sol declinaba y la brisa del mar iba refrescando el aire, la azotea era muy buscada y la divertida conversación, como el clarete frío y los fragantes habanos, inducían a muchos visitantes a no moverse de allí hasta entrada la noche.

Mr. Fair era ciertamente hombre popular, no solamente entre sus compatriotas sino entre las gentes del país y de todas las clases sociales. Y sin embargo, en una ocasión (esto ocurrió mientras me encontraba en el interior) apenas pudo escapar a la codicia de algunos miserables que, por cierto, pueden encontrarse en todas las latitudes. Éste es el incidente que voy a relatar.

Mr. Fair tenía la costumbre de trasladarse a caballo diariamente desde la ciudad hasta la quinta de Reid. Dos briosos caballos que mostraba con orgullo, le servían para sus viajes y podía vérselo siempre por el camino del bajo, montado en uno o en otro, en dirección a su casa. La gente le tenía por hombre de gran fortuna y entre la clase baja cundió la especie de que acumulaba todas sus riquezas en la quinta.

En esta convicción, una gavilla de ladrones se dispuso a llevarle un asalto en la propia quinta. El ataque fue preparado con precaución y con tiempo: todos conocían la distribución de la casa, las personas que la habitaban y con qué clase de gente tendrían que habérselas. Por último decidieron quitar la vida a cuantos opusieran resistencia y después de asegurarse dónde estaba el tesoro, matar a Mr. Fair. Eran en número de quince o dieciséis, todos hombres audaces y resueltos. Por fortuna, uno de ellos, deudor de varios servicios a Mr. Fair, se arrepintió del compromiso contraído para el complot diabólico y fue hasta la presunta víctima para revelarle todo el secreto. Entonces trasmitiéronse los informes a la policía y bajo las órdenes expresas del jefe se dejó a los ladrones desarrollar el plan, ignorantes como estaban de que sus propósitos habían sido descubiertos. Durante el día fijado para llevar a cabo el proyecto, el jefe de policía hizo entrar en la casa y en diferentes horas a varios de sus hombres vestidos de particular. Los empleados se apostaron estratégicamente para dominar la escalera y en la parte alta los moradores de la casa, bien armados, dispusiéronse a resistir. Los bandidos no llegaron esa noche. El jefe de policía, sin embargo, hizo quedar a sus hombres, seguro de que la visita se cumpliría. Y así fue. En la noche siguiente, a eso de las doce, llegaron los ladrones con mucha cautela por detrás de la casa. De intento se les había facilitado el acceso. Así consiguieron entrar y aun subir por la escalera interior. Cuando varios de ellos estuvieron arriba, la policía, que se había estado quieta, recibió orden de hacer fuego y en un momento —todo esto pasaba en la oscuridad— los ladrones recibieron una descarga. Fue de admirar que ninguno quedara muerto en su sitio, pero todavía se produjo un hecho más extraño: aunque algunos habían resultado heridos, todos pudieron huir en forma precipitada y en distintas direcciones hasta no quedar uno solo. Dejaron —eso sí— algunas huellas de sangre y se supuso que uno de los asaltantes, por lo menos, había sido llevado por sus compañeros y que había muerto como consecuencia de las heridas. La policía consideró, según creo, que el ladrón estaba suficientemente castigado y no hizo nada por capturar a los demás. Ellos, por su parte, no intentaron volver más a la quinta de Reid.

Pasados cuatro o cinco meses de mi llegada a la capital, Mr. Fair abandonó el "club de los solteros" porque se casó. Contrajo enlace con la señorita Harriet Kendall, hermana de las dos jóvenes mencionadas como compañeras de viaje del general San Martín cuando éste vino a Buenos Aires en el *George Canning*. Una de estas señoritas vino a ser la señora de James Brittain y la otra se casó con Mr. John Ludlam, ambos miembros de la hermandad a que me he referido. La señora Fair, cuyas virtudes y amable carácter le habían granjeado excelente renombre, haciéndola muy querida de todos sus amigos, resultó una verdadera adquisición para la sociedad de Buenos Aires, de la que fue ornato por espacio de muchos años.

Mr. Fair estableció su residencia en la ciudad y su esposa se encontró en poco tiempo con una verdadera carga entre manos. Porque en Sud-América y en muchos lugares del extranjero, los negocios no se llevan como en Inglaterra. Todo el establecimien-

to comercial se acomoda bajo un mismo techo; los jefes de la casa y los empleados o dependientes viven juntos y tienen mesa común. La oficina y el almacén forman parte del mismo edificio en que está la casa-habitación. El conjunto forma así una sola familia y el sistema es ventajoso para los empleados jóvenes del negocio porque los mantiene en buena sociedad y en buen orden, lo que no puede darse aquí, viviendo como viven en hospedajes y posadas. Los dueños de casa, sin embargo, que son siempre casados, a menudo tratan de retirarse a una casa de campo y entonces dejan a un socio más joven o a un jefe de oficina responsable, el manejo del establecimiento en la ciudad. Como Mr. Fair, en un principio, se puso él mismo a la cabeza del negocio, yo, como es natural, me fui a vivir a su misma residencia.

Así como los establecimientos mercantiles de Buenos Aires diferían en su organización de los de Inglaterra, los negocios mismos eran con frecuencia de trámite más irregular que los de la *city*. Al respecto, voy a dar uno o dos ejemplos tomados de nuestras propias operaciones.

Poco después de haber empezado a trabajar llegó, consignado a nosotros, desde Hamburgo, un barco con valiosa carga de géneros de hilo. Estaban entonces en vigor unas tarifas ruinosas, había un gobierno venal y la consecuencia vino a ser un ilimitado sistema de contrabando mantenido por mercaderes nativos y por otros que no lo eran. Por lo que respecta a nosotros mismos, nada teníamos que hacer con el contrabando pero, ¿cómo disponer de nuestra carga de géneros de hilo sobre el principio de pagar los impuestos con pérdida ruinosa? Era éste un problema de no fácil solución. Estábamos considerando las dificultades cuando se nos presentó un comerciante nativo para ofrecerse, bajo irrecusable garantía, a poner en tierra toda la carga por la mitad del impuesto. Lo que se proponía era en realidad un contrabando y no quisimos acceder. Entonces el comerciante propuso comprarnos la carga a bordo del barco para descargarla después en chalanas como era la costumbre y se hacía reglamentariamente. Esto era lo correcto, de manera que el convenio fue cerrado inmediatamente. Las mercaderías pasaron a su poder y nosotros no teníamos por qué inquirir lo que él haría con ellas, una vez sacadas de a bordo. Pocos días después, este mismo caballero me invitó a salir a caballo con él en la mañana siguiente, y habiendo aceptado, cuando nos hallábamos a una legua de la ciudad, me señaló, con no poca sorpresa mía, una fila

de carretas cargadas aparentemente con pasto pero que en realidad llevaban buena cantidad de platillas[1] alemanas, creas,[2] crehuelas,[3] lencería y muchas manufacturas, es decir, todo lo que había constituido nuestra linda carga del *Palmyra*. Al mirarlas, no pude menos de sentir cierto escozor de conciencia y pensar que me había hecho *perticeps criminis* en el negociado.

Poco después de la referida transacción, recibimos un pedido para obtener una gruesa cantidad de monedas españolas destinadas a tres barcos del comercio de la India, que llegarían a Buenos Aires para proseguir con las remesas así obtenidas, a Bombay y Calcuta. En total, la cantidad que debíamos proveer representaba unos seiscientos o setecientos mil pesos en moneda metálica. De manera que, diariamente, iban llegando a la oficina carros que descargaban sacos de monedas y antes de que llegaran los barcos ya teníamos reunido el monto de la suma. En aquel tiempo teníamos la oficina algo apartada de la casa-habitación y así como crecían los sacos de monedas, apilados en el suelo, crecía también la inquietud al vernos con esa enorme suma en forma tan visible y en lugar no habitado por nosotros. Al final opté por adquirir un gran colchón y sábanas que fueron colocados sobre los montones de monedas y allí, con un sirviente de confianza, encerrados a doble llave, dormimos durante varias noches hasta la llegada del barco. Éste no se hizo esperar mucho y las monedas fueron puestas a bordo con toda seguridad.[4]

No podía darse nada más caprichoso y fuera de razón que algunos de los reglamentos fiscales y comerciales promulgados de tiempo en tiempo por el gobierno de Buenos Aires. Uno de estos reglamentos, en 1818, establecía la prohibición terminante de exportar carne seca, conocida bajo el nombre de *charqui*, carne que se consumía mucho por la población negra de la isla de Cuba. Este artículo constituye hoy (1842) el gran comercio de Buenos Aires y Montevideo con La Habana. La preparación de la carne, en Buenos Aires y Montevideo, proporciona traba-

[1] Tela de hilo delgada. *(N. del T.)*
[2] Tela de hilo para sábanas. *(N. del T.)*
[3] Tela de hilo para forros. *(N. del T.)*
[4] Es curioso comprobar que el peso papel de Buenos Aires tuvo por mucho tiempo todo el valor de un peso plata; pero ahora serían necesarios más de diez millones de pesos papel para comprar seiscientos cincuenta mil pesos en plata, es decir, la cantidad que yo entonces embarqué.

jo a la clase laboriosa y da empleo a una gran parte del capital extranjero. Representa al mismo tiempo una gran entrada para la provincia de Buenos Aires y el Estado Oriental.[1]

Ahora bien, ¿cómo pudo venir a prohibirse en 1818 un comercio semejante? Ésta es cosa tan inexplicable para mí como la de prohibir en Inglaterra la manufactura de géneros de algodón. Pero estaba prohibido y nadie parecía pensar que era algo tan absurdo como el embargo de la industria y del capital del país. Nos encontrábamos así bajo ese *hiatus* en el comercio del tasajo cuando llegó a Buenos Aires un gran barco consignado a nosotros para ser cargado con el producto en cuestión y despachado en seguida para La Habana. Pedimos licencia al gobierno. Todo fue en vano. Alegamos razones en todas las formas imaginables exponiendo el daño que surgía de esa prohibición y la ventaja evidente que traería el comercio libre. Pero nada obteníamos. Un "no ha lugar" o "no puede concederse" era toda la respuesta que daban a las reiteradas solicitudes, y ya desesperábamos de abrir los ojos al Ejecutivo en su propio interés y en el nuestro, *in re* tasajo...

Un día, sin embargo, en que volvíamos de uno de los muchos viajes infructuosos efectuados a la oficina del secretario de Estado —era a la hora de la comida, dos y media de la tarde, día de mucho calor y las calles estaban desiertas— oí que me llamaban por mi nombre desde la otra acera de la calle. Al volverme vi a un joven que me hacía señas para entrar en un almacén a medio cerrar como lo estaban todos durante las horas de comida y reposo comprendidas bajo el nombre de *siesta*. Crucé entonces la calzada y entré en el almacén. Tendido a sus anchas sobre el mostrador estaba un hombre muy afable y alegre, en el *deshabillé* que exigen a veces los climas cálidos. Había sido invitado al parecer a lo que el doctor Johnson designa como el más importante negocio de la vida de un hombre. Reconocí en el personaje que tenía por delante al oficial mayor de la Secretaría de Estado en el Departamento del Interior.

—Pues bien, Mr. Robertson —dijo con desenvoltura y haciendo una inclinación—. Ya sé de dónde viene usted y qué ha estado haciendo. Usted ha estado en el Fuerte[2] y necesita una licencia especial para cargar tasajo. Bueno. Mándenos aquí una

[1] "Para las respectivas provincias", dice literalmente el original. *(N. del T.)*
[2] El edificio en que están las oficinas del gobierno.

docena de botellas del mejor vino que tenga... y tendrá la licencia.

Hice una señal de asentimiento, me retiré y me fui pensando cuán poco perdía y cuán mucho podía ganar con la transacción convirtiéndome en agente del soborno y de la corrupción, y *convidé* al oficial mayor con dos docenas del mejor oporto viejo. Quizá me sentí inducido a ello convencido como estaba de que no había en Buenos Aires un guardián celoso de la moral pública como Mr. Roebuck,[1] capaz de permanecer escondido para dar el golpe con severidad inflexible.

Lo que, en verdad, nunca pude saber fue si el oficial mayor estaba al corriente de que sus superiores habían concedido ya el permiso, o se constituyó él mismo en Junta de Comercio y resolvió las cuestiones que debían decidirse por el tribunal de la ciudad. Pero lo cierto es que tres días después de haber untado la mano al oficial mayor, me fue entregada la licencia debidamente autorizada por el ministro del Interior.

Las veinticuatro botellas de vino, como la gallina de la fábula, pusieron muchos huevos de oro. El barco se llenó con una carga famosa. Pagamos a los productores del tasajo, por lo que estaba a punto de podrirse en los galpones, unos cincuenta mil pesos plata, lo que redundó en pura ganancia para el país. Nosotros ganamos una excelente comisión; depositamos una considerable suma como impuesto de aduana, aumentando *ad hoc* las rentas del Estado; los plantadores de La Habana pudieron alimentar mejor a sus esclavos y nuestros poderdantes hicieron un negocio redondo con la ganancia de ocho mil libras esterlinas, por lo menos, y viéronse estimulados a seguir un activo intercambio con la República. De todo lo cual puede sacarse esta deducción: Que si los gobernantes y legisladores no fueran en todas partes tan funestamente ciegos —como lo son— a los beneficios del comercio libre, el mundo se hallaría en estado más próspero de lo que ahora está.

G. P. R.

[1] Político inglés (1802-1879). *(N. del T.)*

CARTA LVI

DISTURBIOS EN CORRIENTES. EL MANUSCRITO DE LA SEÑORITA POSTLETHWAITE. LA INVASIÓN DE ANDRESITO. CAMPBELL, COMANDANTE. LAS MADRES INDIAS PRIVADAS DE SUS HIJOS. URBANIDAD DE ANDRESITO. SUS BAILES. AUSENCIAS CASTIGADAS. LOS TRAJES DE FANTASÍA. MEXÍAS. SOBRIEDAD Y HARTAZGO. ANÉCDOTAS DE ANDRESITO. EL BRINDIS. UN ASESINATO. MUERTE DE ANDRESITO. CAMPBELL Y LA CAUTIVA. EL RESCATE.

A mediados de 1819, la situación en Corrientes se puso tan alarmante como consecuencia de la ocupación de la ciudad por un ejército indígena de las fuerzas de Artigas, que Mr. Postlethwaite comenzó a prepararse para abandonar la provincia; y como paso previo, decidió mandar a sus dos hijas mayores a Buenos Aires. Grande fue el placer que experimenté al verlas llegar sanas y salvas el 25 de julio al puerto de Las Conchas, adonde fui a recibirlas, y lo que me contaron sobre el estado de las cosas en un lugar donde yo había vivido aumentó mis deseos por ver de una vez al resto de la familia fuera de la remota provincia que Artigas había colocado bajo el mando de un jefe indígena. Había, en verdad, tanto de bárbaro y de pintoresco en la invasión (como podría llamarse) de Corrientes por Andrés Artigas, hijo adoptivo del gran Artigas, que, desde que di comienzo a las cartas que ahora le dirijo, pedí a mi amiga Mrs. Cartwright (antes señorita Postlethwaite) y a su hermana soltera, una relación de ese asunto y también de los principales sucesos ocurridos durante su permanencia en Corrientes. Ellas han querido favorecerme con este relato y no dudo que mis lectores han de encontrarlo tan interesante como yo lo encontré; por eso lo transcribo *verbatin et literatim* en este libro. Fue escrito por Miss Postlethwaite y se titula *Extractos de mis recuerdos sobre Corrientes.*

"Como consecuencia de que Francisco Bedoya, comandante militar de Corrientes, se había declarado en favor de Buenos Aires —en lo que fue acompañado por los cabildantes y muchos vecinos respetables—, el general Andresito (indio, e hijo adoptivo de Artigas) recibió órdenes del Protector para marchar sobre la ciudad y posesionarse de ella, lo que realizó al frente de unos setecientos indios *guaycurúes*.[1] La noticia de su proximidad había colocado a los vecinos en gran alarma; los que pudieron reunir sus bienes se pusieron a salvo con ellos; otros prefirieron esconderlos. Dos hombres murieron de miedo, uno de ellos el escribano, que vivía frente a nuestra casa. El pobre Bedoya había enterrado una crecida suma de dinero en su jardín; pero, para desgracia suya, fue visto por uno de sus sirvientes cuando se ocupaba de hacer el escondrijo, y el criado reveló dónde estaba el dinero, que fue desenterrado. Los Escobar y algunas otras personas que usted conoce se beneficiaron, según se afirmó, con aquel hallazgo.

"En medio de tanta confusión y alarma, no podíamos sentirnos muy tranquilos, como es de suponer, y las noticias que llegaban hora tras hora no eran tampoco para calmar la intranquilidad. Se decía que los indios, a medida que avanzaban, venían dando muerte a hombres, mujeres y niños. Esto último no tenía nada de verdad; pero lo cierto es que Bedoya había hecho asesinar cruelmente a todos los habitantes de una aldea indígena, pocas semanas antes, porque se negaron a incorporársele y a tomar las armas contra Artigas; los correntinos temían, y con razón, que los indios ejercieran venganzas. La aldea había estado compuesta de treinta familias y sólo tres personas escaparon a la muerte. Entre ellas una pobre mujer que pudo huir, después de ver asesinados a su marido y a sus hijos, fue traída a Corrientes con una o dos heridas de bala y varias heridas de sable.

"Mi padre lo mandó al pobre Lee (que después fue asesinado en Corrientes) y a otro inglés cuyo nombre no recuerdo, con una carta para Andresito en que le preguntaba si nuestra familia y bienes podían contar con la protección del vencedor en caso de que decidiera permanecer en Corrientes. Andresito le contestó sin tardar con una carta muy cortés pidiéndole que no pensara en moverse de la ciudad porque no se le seguiría ningún daño; le pedía al mismo tiempo que quisiera ponerlo a los pies de su señora e hijas y le aseguraba que no existía motivo alguno de alarma. Creo que, aun con esta seguridad, no nos hubiéramos sentido muy cómodas, de no haber mediado la presencia de don Pedro Campbell, nombrado comandante de Marina como hombre de confianza de Andresito. Campbell hizo decir a mi padre

[1] Así en el original. Parece lapsus por guaraníes. *(N. del T.)*

que era conveniente llevarnos a la plaza para presenciar la entrada de los indios, porque Andrés lo vería con agrado, como una atención hacia él y quedaría reconocido. Fuimos, pues, a la plaza, según se nos indicó, no sin cierta aprensión, realmente inmotivada. La entrada del ejército indígena se efectuó en calma y buen orden. Formó el ejército en la plaza y después se fueron los soldados a sus cuarteles. El general y los oficiales asistieron a una misa que se cantó en la Iglesia de San Francisco. La buena conducta de los indios era de agradecer porque habían sufrido muchas penalidades, faltos de ropas y víveres; con frecuencia se habían visto obligados a hervir pedazos de cuero seco para alimentarse, tal era la imposibilidad de conseguir ni siquiera carne de caballo; su vestimenta era realmente miserable; muchos no tenían otra cosa que el chiripá y si llevaban otra prenda de vestir, ésta se hallaba hecha jirones.

"Algunos soldados tenían fusiles, otros solamente lanzas, otros arcos y flechas; cerrando la marcha, y provistos de las mismas armas nombradas, pero de tamaño más reducido, venían doscientos muchachos indios. Estos indiecitos habían sido apresados antes por los correntinos y tenidos como esclavos. Andrés los había ido liberando donde los encontraba, apoderándose al mismo tiempo de un número igual de hijos de aquellos hombres a cuyo servicio habían estado los indios. Los padres de los niños blancos apresados de esta manera, no sabiendo la suerte que podía esperar a sus hijos, vivían naturalmente en gran angustia y zozobra. Después de mantener prisioneros a estos niños cosa de una semana, Andrés hizo comparecer a las madres. Les reprochó duramente la crueldad e injusticia de que se habían hecho culpables ante los pobres indios y apeló al mismo sentimiento de angustia en que ahora se encontraban como la mejor prueba del cargo que les hacía.

"Pueden llevarse ahora a sus hijos —concluyó—, pero recuerden en adelante que las madres indias tienen también corazón.

"Haría una hora que estábamos en casa cuando pudimos oír que se acercaba una banda de música. Detrás de ella venía el general con su secretario y sus oficiales (este secretario era un peligroso malvado). También venían el gobernador y subalternos. La sala de casa se llenó en un instante. El general dijo que no quería perder un momento en ponerse a los pies de la señora y señoritas y demostrarles todo su respeto.

"Puedo asegurar que nos sentíamos algo nerviosas, pero la

verdad es que fuimos tratados con todo respeto y atención, no solamente por Andresito sino por sus oficiales y los hombres que lo acompañaban durante todo el tiempo que estuvo en Corrientes. Su visita, en aquella ocasión, creo que duró como tres horas. Después Andresito fue a bordo de *La Capitana*, cerca de la aduana de la ciudad. Habría pasado hora y media y vimos que era sacado en hombros por sus acompañantes: la agitación del día y el vino que ingirió lo habían vencido al pobre por completo. Pero se recobró en la misma tarde y con gran sorpresa nuestra nos hizo una segunda visita al anochecer, acompañado esta vez por el almirante Peter Campbell y el dañino secretario ya mencionado.

"Por fortuna, Andresito tomó gran afecto a mi padre que alcanzó a tener mucha influencia sobre él, de manera que cuantas veces 'el general' se ponía violento, y esto solía ocurrir cuando bebía con exceso, mandaban en busca de mi padre y lo común era que lograra calmarlo. La noche del día en que tomó la ciudad, oímos pasar a los cabildantes frente a nuestra casa. Iban presos, cargados de cadenas y supimos que fueron llevados a bordo de *La Capitana*. Todos esperaban ser fusilados allí. Cabral, ex alcalde de primer voto,[1] tenía tanto miedo, que estuvo a punto de perder la razón. A mi padre lo asediaron de todas partes para que pusiera *empeño* ante el general en su favor, y, pasado algún tiempo, aunque con mucha dificultad, obtuvo la libertad de todos los prisioneros. Lo cierto es que los correntinos, y particularmente las mujeres, no podían vencer el habitual menosprecio con que miraban a los indios y nada hacían por congraciarse con Andresito a pesar de que se hallaban todos a su merced. Andresito había establecido su cuartel general en casa de Bedoya y después de haber exigido una contribución para vestir a sus hombres, con lo que logró equiparlos bastante bien, organizó dos o tres fiestas para las cuales invitó a todos los vecinos principales. Estas fiestas consistían en unas representaciones de carácter religioso o *dramas*,[2] en que se desempeñaban los mismos indios a quienes se las habían enseñando los jesuitas.[3] Uno de estos dramas era *La*

[1] El mismo Cabral que hizo lo posible por mandarnos a Mr. Postlethwaite y a mí, como a otros ingleses, cargados de cadenas ante Artigas a trescientas leguas de distancia. Ahora el almirante Campbell llevaba la delantera. *(Nota de Guillermo P. Robertson.)*

[2] Lo que nuestros antepasados llaman "misterios".

[3] No serían ya los jesuitas, porque habían pasado cincuenta años desde la expulsión. *(N. del T.)*

tentación de San Ignacio, en cuyo desarrollo figuraban algunas danzas con que se presentaban palabras como *Encarnación*.[1] Cada personaje formaba una letra de la palabra. El general se sintió muy ofendido y mortificado por la inasistencia de los correntinos y preguntó por qué no habían concurrido. Se le respondió —con mala intención— que los correntinos decían:

"—¿Quién puede darse el trabajo de concurrir a bailes de indios?...

"Andresito había soportado hasta entonces muchas demostraciones públicas de menosprecio por parte de la ciudad, dando más pruebas de indulgencia que las que hubieran podido esperarse, pero esto último lo ofendió mucho y desde entonces se mostró decidido a castigar a sus enemigos.

"—Entonces —dijo—, ¿no quieren venir a los bailes de indios?... Muy bien, vamos a ver...

"Y así, en la mañana siguiente (un día muy caluroso), los tambores tocaron a las armas y todas las personas respetables —excepto don Isidoro Martínez, el anciano Durán y mi padre— fueron reunidas en la plaza y obligadas a cortar hierbas hasta dejarla limpia de un extremo a otro. Tuvieron que trabajar así todo el día bajo un sol abrasador y la verdad es que, no obstante la compasión que provocaban los obreros forzados, la ocurrencia del indio inspiraba risa también. Porque —según entiendo— la plaza no se vio nunca tan limpia como entonces. Mientras los hombres trabajaban de esta suerte, sus esposas e hijas fueron llevadas al cuartel y obligadas a bailar durante todo el día con los indios, afrenta ésta mucho más imperdonable que la labor manual impuesta a las personas del sexo masculino.

"No debo pasar por alto que Andresito nos pidió como un gran favor, para sus funciones o representaciones, algunos trajes destinados a dos o tres de los actores, y accedimos, como es natural. Hicimos al efecto unos vestidos de fantasía, los más vistosos que fue posible hacer, y una vez terminados vinieron a casa los actores para estrenarlos. Tuckerman y Lee hacían de ayudantes. Los indios sintiéronse tan contentos con sus atavíos que Tuckerman halló dificultad para conducirlos a casa del general por las calles de la ciudad. Cada uno de los indios quería marchar detrás

[1] Uno de los muchos nombres católicos de la Virgen María es Nuestra Señora de la Encarnación. De ahí que Encarnación sea un nombre cristiano común entre las mujeres.

del otro para contemplar a sus anchas su propia vestimenta porque eran todas iguales. El general se mostró tan complacido como ellos y al ver a sus hombres exclamó: —*¡Qué niñas de plata!*[1]

"En seguida nos pidió que hiciéramos dos trajes más. Los cuatro actores representaban el papel de ángeles guardianes de San Ignacio en el drama, aunque las alas no se concertaban muy bien con sus morriones de soldados, de que no quisieron desprenderse. Cuando Andresito abandonó la ciudad, estos ángeles fueron cabalgando delante de él por espacio de dos leguas y solamente a esa distancia se despojaron de sus vestidos...

"Andrés era un hombre de buen corazón y mucho más instruido de lo que pudiera suponerse. Creo que fue educado en Montevideo. Para su desgracia, tenía a su lado como secretario a un tal Mexías que le indujo a cometer todo lo malo que hizo. Este Mexías sintió celos de la influencia ejercida por mi padre sobre Andrés y no cejó en sus intrigas hasta que predispuso en su contra el ánimo del jefe indio. En consecuencia impusieron a mi padre una fuerte contribución que se negó a pagar, lo que le costó veinticuatro horas de arresto en la cárcel ordinaria. Lo cual nos alarmó mucho porque no sabíamos hasta dónde podía ser llevado Andresito en el estado de ánimo en que se hallaba. Lo cierto es que el secretario lo había hecho embriagar para obtener la firma de la orden y lo mantenía en ese estado con el fin de evitar una posible retractación. Por eso persuadimos a mi padre de que debía pagar por lo menos una parte de la contribución, siempre que le fuera condonado el resto. Más tarde el mismo Andrés nos pidió perdón por haberse visto obligado a tomar tan severas medidas.

"La provincia volvió a caer otra vez en la anarquía y los víveres se hicieron tan escasos que, en más de una ocasión, personas que pasaban a caballo por los cuarteles eran obligadas a desmontar y les tomaban el caballo para sacrificarlo y dar de comer a la tropa. ¡El mismo Campbell nos dijo cierta vez que durante cuatro días sus hombres no habían tenido otro alimento que una galleta diaria...! Andrés decía siempre que él no daba un centavo por el hombre que no fuese capaz de ayunar tres o cuatro días sin inconveniente. Pero cuando tenían de qué alimentarse, la cantidad que consumían iba más allá de todo cuanto pudiera creerse. Mr. Tuckerman contó una vez que cuatro de esos hombres habían matado una vaquilla en su chacra y no se movieron

[1] Lo destacado está en español en el original. *(N. del T.)*

de allí hasta que le dieron fin. Asaban carne, la comían, se echaban a dormir y volvían a poner carne al asador hasta que lo terminaron todo. Acostumbraban usar anchos tiradores de cuero de capivara y, como se veían obligados a largos ayunos, ajustaban un poco los cintos diariamente. Durante los siete meses que tuvieron la ciudad en su poder, solamente se supo que hubiera sido cometido un robo. El autor fue a una tienda y pidió un pañuelo 'por la patria'. El tendero se quejó a Andresito de lo ocurrido y éste le preguntó si podría reconocer a quien le había pedido el pañuelo. Respondió el tendero afirmativamente y Andresito dio orden de ir con el denunciante a los diversos cuarteles de la ciudad. Así fue descubierto el culpable y después azotado públicamente en la plaza. Por lo general, cuando se cometía algún daño, Andrés castigaba a los oficiales y no a los soldados, alegando que, si los primeros cumplieran con su deber, los otros cumplirían también con el suyo.

"Andresito no usaba espada porque había perdido la suya en un combate con los portugueses y decidió no llevar ninguna hasta que la hubiera recuperado con honor. Pero siempre que se mostraba irritado, sus oficiales al instante sacaban sus espadas para ofrecerlas a su jefe o se disponían a aplicar el castigo que él tuviera a bien ordenar. A este propósito, diré que estuvimos una vez a punto de ser testigos de una escena terrible en nuestra propia casa. Mi padre había ofrecido una comida a Andrés y a sus oficiales que sumaban unas cuarenta personas. Como es natural, habíamos sacado cuantos vasos teníamos. Después que se hicieron dos o tres brindis, brindó también el secretario Mexías y sin respetar la prohibición de Andresito, arrojó su vaso por encima del hombro.[1] El ejemplo fue seguido de inmediato por casi una docena de los concurrentes y sin duda todos los vasos de la mesa hubieran seguido la misma suerte de no haber saltado el general para ordenar que no se rompiera un vaso más. El secretario, a quien el vino había envalentonado bastante, pareció dispuesto a rebelarse y habló en voz alta, pero el general le gritó: *Si quiebras otra copa yo te quebraré el alma.*[2] Al mismo tiempo los oficiales desenvainaron sus espadas y rodearon a Andrés. Mexías pensó, al parecer, que había llegado el momento de callar porque se sentó y durante todo el día se mostró muy cabizbajo. Aunque no

[1] Manera española de brindar *con todos los honores.*
[2] En español en el original. *(N. del T.)*

estábamos presentes, pudimos oírlo todo y no fue pequeño el susto que nos produjo aquel tumulto, pero renació la calma una vez que se hubo sentado Mexías. El resto de la velada se pasó bastante tranquilo. Andrés se mostró complacido con el convite —según él mismo lo expresó— y particularmente con el *plum pudding* inglés, plato nacional del que teníamos cinco a seis ejemplares sobre la mesa, que desaparecieron por completo. Uno de los oficiales, al ver un *pudding* colocado a su alcance, y sin saber lo que era, lo dividió con mucha generosidad para dar la mitad a su asistente, pero antes de que el pobre hombre tuviera tiempo de tomarlo, el oficial llevó su mitad a los labios, y tan buena la encontró, que recogió el brazo con que ofrecía la otra y se comió el *pudding* entero sin dejar nada.

"El secretario Mexías fue en cierta ocasión hasta Goya por asuntos del servicio y encontrándose allí dio una fiesta a la que fueron invitados los vecinos principales, hombres y mujeres. Cuando estaban a punto de despedirse, les preguntó si estaban todos contentos de la fiesta y satisfechos de la comida. Como le contestaran afirmativamente, les hizo saber que todos habían comido carne de potro, porque en su mayoría los platos, aunque diversamente aderezados, se componían de esa carne. Este Mexías era temido y justamente detestado por todos. Tiempo después de haberse retirado de Corrientes, recibió una orden por la que debía hacerse presente ante Artigas y, habiéndose puesto en camino, fue asesinado durante el viaje. Se creyó siempre que la carta del Protector había sido fraguada.

"Cosa de un año después, Andresito y sus indios fueron derrotados por los portugueses. Andresito cayó prisionero y llevado a Río de Janeiro. No permanecieron mucho tiempo en prisión, pero Andresito murió poco después. Con su derrota, la tribu de los guaraníes quedó casi extinguida. Era una raza de hombres inofensivos, amables y de índole benigna. En su mayoría sabían leer y escribir y tocaban algún instrumento; muchos de ellos hasta dos y tres. Un hombre ya viejo, de nombre Shernisha, era el cómico o bufo de las piezas que representaban y tenía predilección por nosotras. Por cierto que nos divertía mucho con sus bromas estrafalarias. Solía ponerse en la boca un enorme cigarro y sin dar muestras de que iba aspirando el humo, se preparaba a contar algún cuento divertido; de pronto, todo el humo que había tragado, empezaba a salirle por ojos, oídos, nariz y boca de la manera más extraordinaria.

"Nosotros fuimos tratados siempre con el mayor respeto, atención y urbanidad durante el tiempo que permanecimos en Corrientes.

"Una vez, sin embargo, después de haber sido publicado un bando que ordenaba la presentación de todos los correntinos en la plaza, a una determinada hora, ocurrió que mi padre se encontraba en la pulpería de Ignacio en la esquina de la plaza y, mientras hablaba con él, recibió un recio sablazo de un oficial indio que lo había confundido con un correntino. Cuando el indio se dio cuenta de su error, cayó de rodillas ante mi padre y le pidió que no dijera una palabra al general; pero, como no estaban solos, el hecho llegó a oídos de Andresito que inmediatamente hizo aherrojar al oficial y lo tuvo preso por varios días a pesar del interés que mi padre mostró por que fuera perdonado. Hago mención de este episodio para que se vea cómo supo cumplir Andresito fielmente la promesa que nos había hecho. Las tropas nunca pasaban ante nosotros sin presentar armas y en las representaciones a que me he referido, siempre teníamos asiento a la derecha del general, mientras el gobernador y su familia eran colocados a la izquierda. Las representaciones nunca daban comienzo hasta que habíamos llegado.

"La banda se mandaba también diariamente a tocar durante una hora a la puerta de nuestra casa. Y mucho nos divertía el oír a los indígenas dirigirse siempre a nosotras llamándonos *paisanitas*, o *indias rubias*. —¿Y acaso —nos decían— los antiguos bretones no eran indígenas antes de ser conquistados por los romanos? —¿Y por ventura no lo es Campbell que anda siempre al lado del general para contrarrestar los malos consejos y las perversas instigaciones de Mexías?[1]

"Los pobres correntinos lo hubieran pasado mucho peor si, por fortuna para ellos, Andresito no hubiera estado casi siempre dispuesto a escuchar los buenos consejos y no los malos, salvo cuando se había excedido en el beber.

"La esposa de Andrés era una mujercita muy modesta y afable, y más bien bonita.

"Algún tiempo después que los indios se fueron de Corrientes, Campbell, que todavía era comandante de Marina, volvió un día de La Bajada, trayendo consigo a una pobre cordobesa rescatada por él de los indios abipones, y la entregó en casa,

[1] Mexías era español, del Perú.

pidiéndonos que la tuviéramos con nosotros. Aconteció que, viniendo río arriba, observó que se había instalado una toldería de indios entre Goya y Chamorro. Preguntándose, extrañado, qué podrían hacer en esta costa del río, y como no le agradara mucho la presencia de los indios, desembarcó con su teniente primero y una pequeña partida que venía con él. Al advertir que los indios eran abipones, preguntó qué los había traído a ese lugar. El cacique respondió que el pueblo en que vivían, San Gerónimo, había sido atacado por otros indios, los macabis[1] y ellos se habían visto obligados a huir y a cruzar el río. Mientras Campbell hablaba con el cacique, don Eduardo pudo observar a una pobre muchacha sin más vestido que un poncho, inclinada contra un árbol y en actitud pesarosa. Caminó hacia ella y le preguntó si era india. La muchacha echó una mirada de miedo al cacique y después de alguna vacilación, respondió: —No. —¿Está cautiva? —Sí. —¿Detenida contra su voluntad? —Sí.

"Después de algunas otras preguntas, don Eduardo se volvió hacia otras mujeres que había y no averiguó nada más sobre aquélla; pero cuando Campbell hubo terminado de hablar al cacique, don Eduardo conversó con la misma muchacha por algunos minutos y volvió a bordo de *La Capitana*. Campbell, luego de cambiar pocas palabras con las mujeres indias, se acercó también a la pobre muchacha. —¿De manera que usted está cautiva? —Sí. —¿Y le gustaría ser rescatada? —¡Ojalá! —exclamó la muchacha. En ese momento el teniente Eduardo apareció con ocho o diez hombres más. Entonces Campbell fue hacia el cacique y le dijo: —Esta muchacha está cautiva y quiere volver con los suyos. La voy a llevar conmigo. El cacique se mostró lleno de rabia; pero viendo que no tenía cómo resistirse al número de hombres armados que rodeaban a la cautiva, cedió porque no tenía nada que hacer y simuló consentir. La cautiva fue llevada a bordo. En Chamorro, Campbell pidió o compró algunos vestidos para ella (porque iba envuelta en un poncho) y luego la trajo a casa."

Hasta aquí la narración de la señorita Postlethwaite. El resto de la misma lo encontrará usted en mi próxima carta, que comenzará con el relato hecho por la misma cautiva rescatada a la familia Postlethwaite.

G. P. R.

[1] Mocovíes. *(N. del T.)*

CARTA LVII

HISTORIA DE LA CAUTIVA. SEPARACIÓN DE LAS HERMANAS. LA MÁS JOVEN, ASESINADA. LOS MIEDOS DEL CACIQUE. INDIOS ABIPONES. SUS TOLDERÍAS. EL INDIO GALVÁN. NUEVOS DISTURBIOS EN CORRIENTES. EL DESTINO DE LOS ESCOBAR. ASESINATO DE MONTÚFAR. LOS INDIOS EN GOYA. LA PELEA. SE VAN LOS VIEJOS AMIGOS.

La señorita Postlethwaite prosigue así la historia de la cautiva: "El padre era dueño de una pequeña estancia en las cercanías de Córdoba.[1] Un día en que había salido con la madre, con una hermana de catorce años y un hermano de seis, para hacer una visita, volvían al hogar, todos a caballo, al caer la noche. Como el tiempo estuviera muy bochornoso, se apearon las chicas para tomar algunas frutas silvestres en el camino y estaban en ello cuando pudieron oír alaridos de indios, esos gritos que parecen más salvajes todavía porque los indios al proferirlos se golpean la boca con la mano. De haber montado sin tardanza en sus caballos, hubieran tenido tiempo de escapar, pero no hallaron fuerzas para moverse, de tal modo quedaron paralizadas por el terror. La madre y el hermano, por otra parte, no hubieran tenido tampoco tiempo de salvarlas. Viendo aquel grupo, los indios se abalanzaron sobre él. Pusieron al pequeño sobre uno de los caballos, al que aplicaron varios rebencazos y salió a todo galope rumbo a la guarida de los indígenas. Las muchachas fueron obligadas a montar a la grupa y los indios partieron con ellas a toda la velocidad de sus cabalgaduras. No sujetaron hasta ya muy entrada la noche, después de haber atravesado un espeso bosque, de suerte que las cautivas no tenían la más remota idea de la dirección en que eran llevadas. Por último vinieron a dar en un lugar donde había buen número de mujeres e hijos de los indios, esperando la llegada de estos últimos. Ascensión, que así

[1] La provincia de Córdoba está más cerca del Alto Perú y en consecuencia muy lejos de Goya. Los indios debieron traer su cautiva por el Gran Chaco.

se llamaba la joven, pudo advertir que el hombre con quien había venido era el cacique de la tribu. Fue entregada a la mujer del cacique tan pronto como hubieron llegado. (Ella cree que esto debió de pasar a filo de medianoche.)[1]

"Mientras los indios festejaban el suceso, llegó a toda carrera uno de sus espías o exploradores para informar al cacique que los soldados de Córdoba se encontraban cerca. En pocos minutos estuvieron todos otra vez a caballo, pero, a punto de partir, advirtieron que la cautiva madre se había perdido y aunque se pusieron a buscarla inmediatamente, no pudieron encontrarla. Las muchachas tenían la esperanza de que hubiera tenido oportunidad de escapar acogiéndose a las tropas de Córdoba. En el día siguiente llegaron a unas tolderías. Las pobres cautivas no dudaron ya de que iban a separarlas y perdieron la única esperanza, el solo consuelo que las había sostenido en la desgracia. La más joven quedó en la toldería con su nuevo amo y señor. Ascensión siguió hasta otra toldería con la mujer del cacique. Ambas hermanas habían sido despojadas en poco tiempo de sus ropas por las mujeres indias que se manifestaban prendadas de sus vestidos. Fueron en poco tiempo convertidas en sirvientas de las mismas indias, aunque no les daban malos tratos ni se mostraban duras con ellas.

"Pero poco tiempo después de su cautiverio, hubieron de presenciar horrorizadas el asesinato de un joven que, como ellas, había tenido la desgracia de caer en poder de los indios. Colocado en el suelo, formaron los salvajes un círculo a su alrededor y, uno tras otro, dispararon las flechas sobre su cuerpo.[2] Esto demostrará a usted que los abipones, por más que profesen el cristianismo, están animados de muy poco espíritu cristiano.

"Para el tiempo en que la fruta del algarrobo se halla en sazón, los indios hacen con ella un licor fermentado muy fuerte que los embriaga. En la primera elaboración, todos los hombres beben este licor favorito y las mujeres siguen el ejemplo de sus señores. En estas circunstancias, los hombres quedaban incapaces para defenderse y los indios mocovíes, que vivían siempre enemistados con las demás tribus, aprovechaban para atacarlos.

[1] El lector advertirá alguna contradicción en los primeros pasajes de este capítulo. En verdad, no aparecen muy claros en el texto inglés original. *(N. del T.)*

[2] Es de notar que una flecha que no ha dado en el blanco nunca se usa por segunda vez.

Así cayeron entonces los mocovíes sobre los abipones desprevenidos, y cometieron una horrible matanza. La desgraciada hermana de Ascensión fue una de las víctimas de este ataque. En cuanto a los indios de la toldería en que Ascensión había caído, tuvieron tiempo de escapar, y, salvadas las imágenes de la virgen y de algunos santos, huyeron con sus familias y cruzaron el Paraná, hasta el lugar en que fueron descubiertos por Campbell. Cuando el amo de Ascensión vio desembarcar a Campbell, la llamó aparte para decirle que si daba a entender, aunque fuera por señas o por una mirada, que ella estaba cautiva, la mataría una vez que se hubieran retirado los visitantes. Por eso, al momento de preguntarle Eduardo, el teniente, si estaba cautiva, ella quedó temblorosa y vacilante, no sabiendo qué responder, pero, pasado un momento y al ver que ésta sería la única ocasión de escapar, se decidió por arriesgarlo todo. El indio, que la había estado observando, le echó una mirada tan terrible cuando la oyó responder, que sus rodillas vacilaron, y cuando Eduardo se volvió sin decir nada más, ella se dio por perdida.

"Ascensión se condujo muy bien mientras estuvo con nosotros (uno o dos años) y nos acompañó a Buenos Aires, donde se casó con un hombre honrado y fue después ama de leche en la familia de mi hermana. Pudo saber que su hermanito había conseguido salvarse de los indios y volver al hogar; pero de la pobre madre nunca tuvo noticias y hasta creyó que hubiera podido ser víctima de los animales salvajes en el monte.[1]

"Campbell, como usted sabe, era muy temido en general por el pueblo y una mirada suya bastaba para infundir terror. En cierta ocasión un pobre diablo fue llevado ante él por no sé qué falta cometida, lo que indignó mucho a Campbell, poniéndolo en extremo colérico. Le dijo al reo que merecía le cortaran la cabeza y, juntando la acción a la palabra, sacó su afilado cuchillo, tomó al hombre por su linda y larga trenza y le cortó la trenza sin más ni más. Luego le ordenó que desapareciera de su vista. El pobre diablo había estado seguro de que le cortarían la cabeza y no fue poca la alegría que experimentó en escapar con la sola perdida de su cola. En otra ocasión recuerdo que Campbell echó por tierra a un correntino que llamó a mi padre don

[1] No es de creer que anduvieran haciendo visitas por sitios tan peligrosos. Ya he dicho que en este capítulo (en la primera parte) se advierten ciertas contradicciones. *(N. del T.)*

Juan Postillón, palabra ésta que sería para él la que más se acercaba a *Postlethwaite*.

"Pero volvamos a los indios abipones. Cuando hubimos llegado a Goya en el *San José*, de viaje a Buenos Aires, vinieron todos esos indios hasta muy cerca del barco y mucho nos divertía ver el azoramiento y el placer con que miraban a la pobre Ascensión. Tal cosa nos causaba inquietud por el temor de que quisieran llevársela otra vez; pero ella no tenía miedo y las mujeres parecían las más regocijadas en verla como si fuera una de sus hermanas. Invitábannos con mucha instancia a visitarlos en su toldería; y, curiosos nosotros por conocer la forma en que vivían, fuimos a verlos. Los toldos consisten en pequeñas cabañas o chozas formadas con estacas y paja, en forma triangular, como una especie de piñón. Miden unos nueve pies de largo por seis de ancho. Había dentro de cada toldo unas pocas tazas formadas con calabazas, arcos y flechas enormes y nada más. El arco perteneciente al cacique Benavides medía unos seis pies de largo y era tan fuerte que nos fue imposible doblarlo o encorvarlo en lo más mínimo. Al parecer, empleaban las chozas únicamente para dormir. En una de ellas yacía una pobre mujer sobre el suelo desnudo y sin un solo cobertor. Esta desgraciada, enferma según me dijeron, tenía horrible aspecto y parecía consumida por la vejez. Apenas si levantó la cabeza cuando nos acercamos a la choza, pero no se ocupó más de nosotros.

"Los indios se mostraron muy complacidos con la visita y respondieron amablemente a cuantas preguntas les hicimos. Muchos de los hombres se hallaban ausentes, algunos ocupados en cargar el *San José*. Todos parecían pobres hasta la miseria, porque, aunque hubiéramos querido comprarles alguna cosa, no tenían absolutamente nada para vender.

"Constituyen estos indios, sin excepción, la raza más linda que yo he visto; son altos, atléticos, hermosamente formados y con un porte tan digno como si todos hubieran nacido para ser príncipes. Las mujeres eran también altas y graciosas, con voces muy dulces que yo no había oído jamás, de sonidos agradables y musicales. En víspera de nuestra partida, uno de los indios, de nombre Toribio Galván, que había trabajado como peón en la carga del *San José*, se presentó a mi padre y le dijo: —Yo nunca he visto el mundo y tengo muchas ganas de conocerlo. ¿Quiere llevarme a Buenos Aires? En pago voy a trabajar fuerte en el barco.

"Mi padre accedió y el indio vino con nosotros. Mostrábase, con mucho, la persona más activa de a bordo y siempre estaba tratando de ser útil en alguna cosa. Era un lindo muchacho de unos veinticuatro a veinticinco años, bien plantado, amable y de muy buen carácter. Nada lo divertía más que observarnos cuando comíamos a la hora del almuerzo. Apenas advertía que Ascensión preparaba la mesa, ya se iba acercando a la lumbrera sobre la que se apoyaba y desde allí poníase a mirar cuanto pasaba en la cámara del barco, hasta que habíamos terminado de comer. Algunas veces se hacía notar hablando en su propia lengua. Según Ascensión eran exclamaciones de sorpresa y admiración; y esto pasaba todos los días. Al principio nos resultó algo molesto pero no queríamos decepcionarlo en su curiosidad y terminamos por acostumbrarnos a él.

"Habíamos partido de Corrientes a fines de mayo de 1819 y llegamos a Buenos Aires el 25 de julio; el viaje, aguas abajo, si usted recuerda, se alargó mucho: varamos en un banco de arena, donde estuvimos detenidos diez días, porque no se podía poner el barco a flote mientras no fuera sacada toda la carga de la *troxa*.

"Después que los indios se fueron de Corrientes, las cosas quedaron bastante tranquilas, pero sólo por poco tiempo. Otra sublevación se produjo en que resultaron muy comprometidos los Escobar. José Luis y Domingo fueron derrotados en un encuentro no muy lejos de Goya, mientras nos hallábamos ahí de viaje a Buenos Aires. Los dos perdieron la vida; Domingo recibió veintisiete bayonetazos antes de morir y las cabezas de ambos fueron exhibidas en la galería del cabildo de Corrientes. Don Ángel y Miguel pudieron escapar al Paraguay esperando recibir protección de Francia, pero después de corto tiempo los dos fueron también fusilados. Los pecados de la madre resultaron expiados terriblemente por los hijos en esta familia. Dos hombres de Chamorro confesaron haber sido pagados por esta malvada vieja para asesinar a un primo suyo que, según recordará, fue matado cuando entraba en su propia casa.

"Después de la derrota completa de Artigas, la situación de Corrientes se hizo espantosa. Se cometieron las más horribles atrocidades. Un amigo de mi padre, de apellido Montúfar, hermano del virrey de Guatemala,[1] tenía que almorzar un domingo

[1] Sería de Nueva Granada. *(N. del T.)*

en nuestra casa como lo hacía de ordinario. Estuvo allí por la mañana para prevenir a mi padre (éste por casualidad se hallaba en la puerta de calle) que había recibido mensaje de Monteverde, entonces comandante de marinos para ir a bordo de *La Capitana* en la orilla opuesta del río; no sabía para qué se lo llamaba ni tampoco si lo retendrían mucho allí. Si volvía en tiempo, se haría presente para almorzar, pero no debían esperarlo.

"Habría pasado una hora cuando mis hermanas Juana y Ana, estando sobre la azotea de la casa, pudieron observar un bote que cruzaba el río con cuatro o cinco personas a bordo; a mitad del río se hallaba cuando oyeron detonaciones de armas de fuego y vieron que salía humo del barco pero no se acordaron más del asunto. Montúfar no apareció por casa de mi padre. Ya de noche, Monteverde fue a casa de los Perichon donde vivía Montúfar y arrojó en el regazo de doña Pastora dos orejas humanas diciéndole: —Ahí tiene las orejas de su amigo Montúfar...

"La única razón alegada para cometer este bárbaro hecho fue que había sospechas de que Montúfar pudiera ser un espía. Por cierto que mis hermanas, al oír los estampidos en el bote, no imaginaron que eran testigos del asesinato de ese pobre amigo.

"Las cosas, por último, se pusieron tan mal, que mi padre resolvió salir de Corrientes a cualquier riesgo, viendo que no había ya la más mínima garantía de la vida ni de los bienes y hasta se sintió muy satisfecho de poder escapar con su familia dejando su casa y sus muebles tal como se encontraban. Cuando hubieron llegado a Goya, fueron invitados a permanecer allí con la familia de Sobrido, agente de mi padre, pero también en ese lugar experimentaron terribles alarmas. Una noche, apenas se habían retirado a dormir, fueron sorprendidos por una horrible gritería y ruido de armas de fuego. Se les informó que los indios atacaban el pueblo y que no debían perder un momento en correr al barco. Esperaron algunos momentos, hasta que el camino entre la casa y el barco estuviera expedito y salieron precipitadamente, *tal como estaban con sus ropas de dormir*. La pobre Ana había andado poco cuando alguien le gritó que se volviera atrás. Había sido descubierta por dos de los indios. En una segunda tentativa, nuestro cocinero Juan, que la vio, la tomó en brazos y así la llevó hasta la planchada de la embarcación. Considerándola salvada, Juan se apresuró a volver en busca de Juana y de mi madre; pero la pobre Ana, con el susto que lleva-

ba resbaló y cayó al río. Pudo salir en seguida chorreando agua y subir a bordo donde se le reunieron los demás. El barco estaba atestado de gente hasta el último rincón y el capitán del puerto se querellaba con el patrón que no quería largar amarras hasta que mi padre y su familia estuvieran a bordo. Al ver que ni amenazas ni razones valían con el patrón, tomó un hacha y ordenó a Francisco que cortara el cable. Hallábase en esta operación cuando subió mi padre al barco. Un minuto más que hubiera tardado, el barco habría sido llevado por la corriente, dejándolo en tierra. A uno de los hermanos de la señora Sobrido lo mataron muy cerca del barco a vista de su mujer que también había escapado a bordo del *San José* con sus hijos. Fue una escena horrible.

"Al día siguiente, la gente de Goya refugiada en el barco volvió al pueblo. Todo estaba tranquilo pero varias personas habían sido muertas o heridas. Los indios eran aquellos mismos de los cuales Ascensión fue libertada por Campbell. Habían levantado sus toldos junto al pueblo y vivían en paz; pero fueron inducidos en su mayoría —e imprudentemente— a entrar en el ejército y provistos de armas de fuego. Así, en la primera ofensa recibida de los pobladores de Goya, levantáronse como he dicho y mataron a cuantas personas les eran odiosas. Hecho lo cual, cruzaron nuevamente al Chaco.

"Mi padre, mi madre y mis hermanas Juana y Ana salieron en diciembre de 1820 y llegaron a Buenos Aires en el segundo día del año siguiente (2 de enero de 1821).

"De doña Florinda poco o nada es lo que puedo decir. Sólo sé que murió en la mayor pobreza. Campbell escapó al Paraguay por el tiempo en que Artigas se refugió en ese país; y aunque se le hizo saber que no podía salir del territorio, obtuvo permiso para ejercer su mismo oficio de curtidor en Ñeembucú. Allí vivía la última vez que oímos hablar de él. Todavía de vez en cuando montaba en cólera contra los habitantes del lugar.[1]

"Tuckerman adquirió una chacra en la costa del río Paraná —la chacra de Perichon que usted conoce bien— a unas tres leguas de Corrientes en uno de los lugares más lindos que he visto en Sud-América. A esta quinta la llamó Mont-Vernon, como la casa de Washington. Y así se convirtió en chacarero hasta en sus maneras y modo de vestir. Creo que se casó también con una correntina, no tan encantadora como Carlota, y ha tenido varios hijos desde que salimos de Corrientes."

Aquí termina el relato de la señorita Postlethwaite. Las calamidades que cayeron sobre Corrientes a la terminación del dominio artiguista y durante la anarquía que sobrevino al abandono de su protectorado y su huida al Paraguay, forman un penoso contraste, en verdad, con la paz y la prosperidad de que gozó durante el período que pasamos en la provincia y hasta el tiempo en que la dejé para no volver.

Sin embargo, poco después de la partida de Mr. Postlethwaite, la provincia se vio libre de sus invasores y entró en un largo período de continuada actividad en que fue próspera y feliz, período del que probablemente daremos noticias detalladas en una próxima serie de cartas.[1]

G. P. R.

[1] Campbell tenía inveterada inquina contra las largas trenzas que usaban los paraguayos. En una ocasión, cuando era almirante de la flotilla artiguista, tomó un barco paraguayo, y haciendo bajar a la tripulación en Goya, los llevó a todos al patíbulo, donde, en lugar de decapitarlos, hizo que el verdugo, con un hacha bien afilada, les cortara las trenzas. Y así, privados de lo que constituía su orgullo, los mandó a todos al Paraguay.

[1] Esta serie de cartas a que se refiere Guillermo Robertson nunca apareció. *(N. del T.)*

Carta LVIII

Conmociones revolucionarias. San Martín en Chile. Buenas noticias. El coronel Escalada. El baile de los ingleses. Guerras civiles. Un caballo en un dormitorio. La montonera. Plan de viaje a Inglaterra. *Affaires du cœur*. Los generales Rolón y Soler. Los recelos del general Rolón. La partida. Los prisioneros. El capitán H. resuelve llevarlos a Inglaterra. Un encuentro afortunado. Navegación excelente.

Los tiempos revolucionarios traen siempre muchas agitaciones y, tratándose de un pueblo tan vehemente como el de Buenos Aires, dábanse durante la guerra de independencia ejemplos numerosos de esto que acabo de decir. Experimentaban los porteños sus victorias como sus reveses con la misma intensidad, pero, ardorosos y ambiciosos como eran, ambos sentimientos los impulsaban a nuevas empresas afirmando así cada vez más el propósito de asegurar su independencia.

Hablaremos más adelante de la invasión de Chile por el general San Martín en su faz propiamente histórica, pero es el caso de observar ahora que los habitantes de Buenos Aires después de haberse puesto orgullosos y exaltados por el éxito de la famosa batalla de Chacabuco —que de una vez abrió el camino para la ocupación de Santiago, capital de Chile—, no se mostraron menos deprimidos cuando sucedió la dispersión del ejército de San Martín en Cancha Rayada, que amenazó con la pérdida inmediata de su reciente e importante adquisición.

Y no sin razón esta noticia infundió gran tristeza en Buenos Aires. La "patria" misma, esto es la independencia del país, estuvo en inminente peligro. En Chile se había aventurado todo y si ese país caía otra vez bajo la dominación española, las Provincias del Río de la Plata, "cabeza y frente" de la revolución, podían temer por su propia existencia como nación libre e independiente.

En el interior (Alto Perú), nada podía hacerse ya; todo dependía ahora del genio de San Martín en Chile; día por día esperábamos con la más viva ansiedad las noticias en que todos cifrábamos nuestra esperanza, pero nadie osaba afirmar que serían de carácter favorable. Y digo "esperábamos" porque los extranjeros demostraban el mismo profundo interés en el asunto que los naturales del país. Esto ocurría a mediados de abril de 1818 y la dispersión se había producido el 18 de marzo.

Una tarde, estábamos ocho o nueve amigos bebiendo un vaso de vino en casa de Mister Dickson donde nos habíamos reunido para cenar y se comentaba el tema del día: "¿Qué será de este país si Chile se pierde?" El capitán S., que se había levantado de la mesa para ir a la puerta de calle, volvió al interior y desde la ventana del comedor nos dijo con toda tranquilidad: "El coronel Escalada llega con la noticia de que han sido derrotados completamente los españoles en Chile".

Como el bizarro capitán era muy inclinado a bromear, tomamos como broma la noticia y todo cuanto aseguró afirmando que se trataba de un hecho cierto. Luego el capitán se retiró dejándonos sin creer lo que decía. Pero al instante, *¡pum!*..., nos sorprendió el estruendo de un cañonazo en el Fuerte... y antes de que sonara otro echaron a repicar las campanas alegremente. Todos salimos a la calle y pudimos de inmediato comprobar que las noticias del capitán eran ciertas. La batalla de Maipo había consumado la independencia de Chile. El entusiasmo del pueblo no conoció límites; corrían todos por las calles e iban de casa en casa congratulándose y abrazándose unos a otros. Los "vivas" y los "hurras" llenaban el aire, la población entera se hallaba embriagada de alegría y de orgullo patriótico. Nos dirigimos en grupo al Fuerte, que estaba muy cerca de la casa de Mr. Dickson y llegamos en el preciso momento en que nuestro amigo Manuel Escalada salía por la puerta principal, entre las aclamaciones de la multitud. Agitaba en la mano una bandera española capturada en el campo de batalla y se encaminaba a casa de su padre, adonde no había podido llegar todavía.

Como de costumbre, fui por la noche a la tertulia de Escalada; no es posible imaginar una escena más alegre, animada y jubilosa que la que allí encontré. La casa estuvo repleta toda la noche por la sociedad más respetable de la ciudad. El joven coronel, que era uno de los edecanes de San Martín, le dio tanto trabajo a sus manos aquella noche (para recibir plácemes) como el que les diera el día de la batalla. El trabajo sería de calidad diferente, es verdad, pero no menos fatigoso y si se consideran todas las ojeadas y miraditas que hubo de resistir, de los más bri-

llantes ojos y de los más bonitos rostros de Buenos Aires, yo diría que su faena fue casi tan peligrosa como la otra... La verdad es que si escapó sano y salvo de los llanos de Maipo, no estoy seguro de que escapara ileso aquella noche de su llegada, porque, a poco andar, abandonó las filas de los solteros para someterse al lazo de seda del matrimonio. En efecto, se casó con doña Indalecia Oromí, hermana menor de doña Mariquita, que ya he mencionado.

La victoria de Maipo fue celebrada con fiestas, tertulias y bailes. Entre estos últimos fue muy notable el que dieron los residentes ingleses cuando San Martín llegó a Buenos Aires desde Chile. Tuvo lugar en la casa de Sarratea, ocupada entonces por Mr. Brittain, la cual se arregló hermosamente para el acontecimiento; el héroe de Maipo se manifestó altamente reconocido ante aquel homenaje de respeto que le fue ofrecido por sus amigos ingleses. El baile fue de un brillo inusitado y concurrieron a él en gran proporción las bellezas y todo lo más distinguido de Buenos Aires. Se bailó hasta las siete de la mañana. La fiesta se desarrolló en orden, aunque los patios se vieron llenos de *tapadas* durante toda la noche. Es costumbre del país admitir —en ocasión de grandes tertulias y bailes— a damas que concurren embozadas y van a mirar el baile desde los patios de la casa. Se les permite estacionarse en las puertas y en las ventanas, hasta en los zaguanes y puertas interiores, pero no deben, en ningún caso, entrar en los salones. Son muchas las damas que se reúnen así, para ver la fiesta y el baile, y muchas también las que prefieren asistir a un baile como *tapadas* que ser invitadas a él. Las familias que están de luto y que no podrían aceptar una invitación, es seguro que concurren a la fiesta entre las *tapadas*.

San Martín volvió a Chile para proseguir la gran empresa comenzada y llevar el ataque a la realeza en sus últimos baluartes de Sud-América. Al mismo tiempo los volubles porteños, viéndose libres de todo temor en cuanto a futuras interferencias de la madre patria, dieron rienda suelta a las intrigas políticas internas y después de la caída de Pueyrredón en 1819, se produjo (ya en el año siguiente) un extraordinario estado de anarquía.

Pero, asimismo, aunque las revoluciones y contrarrevoluciones estuvieran a la orden del día, aunque los ejércitos de la guerra civil lucharan en las provincias acercándose poco a poco a Buenos Aires; aunque al último viéramos las casas de las afueras rodeadas por las fuerzas armadas (salvajes y andrajosos gauchos de las provincias que por fin se señorearon de la pobre capital), todos parecíamos vivir sin preocupación, como si el país se hallara en perfecta tranquilidad. Habíamos acostumbrado los oídos de tal manera a la palabra "revolución", que ya no causaba en nosotros temor alguno. La mayor ansiedad se producía cuando llegaba la orden de confiscar caballos. Todos teníamos caballos y montados preferidos y de ahí que nos valiéramos de todos los medios para salvarlos. Recuerdo ahora que hasta sir Thomas Hardy, el comodoro inglés, y el honorable capitán Robert Spencer (ambos ¡ay! fallecidos) viéronse obligados a esconder sus caballos en una ocasión y el último se llevó el suyo al dormitorio del hotel en que se alojaba.

Las fuerzas armadas del interior, indisciplinadas, heterogéneas y semisalvajes, en guerra con la capital y que se levantaban de tanto en tanto, eran conocidas bajo el nombre genérico de *montoneras* o sea gentuza armada. Se trataba de bandas sin orden en su manera de hacer la guerra que producían en los porteños mucho terror. Sin embargo, cuando estas tropas *montoneras* terminaron con buen éxito su campaña y entraron en la capital a principios de 1820, se condujeron con gran moderación. Yo residía por entonces en una linda casa de campo situada en un paraje solitario y conocida bajo el nombre de El Paddock, perteneciente al inglés Mr. Staples. Muy a menudo atravesaba el camino a altas horas de la noche y nunca fui molestado. Ya en la ciudad, las tropas formaron campamento en torno a la quinta de Mackinlay; pero aunque las señoras se sentían naturalmente sobresaltadas con la proximidad de tales vecinos, éstos causaron poco o ningún daño en la finca y no ejercieron el menor acto de violencia. El jefe principal era uno de los célebres hermanos Carrera que, con gran influencia sobre sus hombres, los acostumbró a guardar el orden por lo menos material, en medio de la desorganización moral que reinaba.

Es verdad también que, pasado algún tiempo, las cosas se pusieron peor y varias familias abandonaron sus *villas* para buscar refugio en la ciudad. Pero, había quizás en esto más alarma que peligro real porque Mr. Mackinlay nunca sacó a su familia y nunca fue tampoco molestado por los montoneros.

En medio de estos disturbios políticos, sobrevinieron para mí algunos sucesos de orden personal que me obligaron a embarcarme de súbito para Inglaterra. En realidad, mi cercana rela-

ción con la familia Mackinlay me había revelado cuánto aumentaría mi felicidad si entraba a formar parte de la misma familia. Y tuve la felicidad de ser aceptado por la hija mayor y de que sus padres aprobaran nuestra unión; pero antes de establecerme como hombre casado, quizá por muchos años, en Sud-América, sentí vivos deseos de ver a mis parientes y amigos en mi país. Esto, y la necesidad de arreglar algunos asuntos de índole comercial, me llevaron a efectuar un viaje a Inglaterra bastante apresurado.

Había en la rada un lindo barco que hacía el comercio con la India Oriental, el *Aberdeen*. Tenía como capitán a un teniente H., de nuestra flota, hombre afectuoso y de buen corazón pero algo fuerte de genio. Para darse a la vela, necesitaba el capitán unas ciento cincuenta toneladas de carga; me ofrecí a proporcionárselas sin dilación y a irme con él como pasajero hasta Inglaterra. Hicimos el ajuste el día 6 y el 22 ya estábamos listos para hacernos a la mar.

Y aquí, de ser yo inclinado a lo romántico, o si supiera que lo son mis lectores, cuántas cosas bonitas podría decir sobre las escenas que se produjeron al partir de Buenos Aires, en esta para mí tan grave ocasión. Pero las obras de este género tienen dos clases de lectores: una, comprende a gran número de amigos míos, de carácter grave y reposado que no buscan sino informaciones y hacen a un lado cosas más ligeras, de esas que llaman "novelas despreciables". Estos lectores buscan datos estadísticos, rasgos nacionales y políticos, historia, geografía, zoología, etcétera, y creen que debemos concretarnos a esos temas. Confieso que en mucho comparto esta opinión, y por eso pido a los *otros* lectores, a los que consideran los *affaires du cœur* como parte integrante de la información general, que suplan con la imaginación cualquier deficiencia. Pinten para ellos románticos senderos con hermosos prados y síganlos al claro de luna por avenidas de naranjos... Imaginen que la luz de la luna se apaga y brilla de pronto nuevamente en un despejado ambiente de plata y que las horas vuelan y con ellas las promesas de amor y continúen por las regiones del romance.

Al tiempo de que hablo, las disensiones y convulsiones políticas intestinas se hallaban casi en su apogeo. Un partido echaba por el suelo a otro partido; el triunfo duraba un día y al día siguiente aquel grupo dejaba el lugar a otra facción. El general Soler, que había tomado parte en esta guerra civil y fracasado en

su intento para derrocar a uno de esos efímeros gobiernos, refugióse a bordo de un barco inglés anclado en la rada exterior. Poco después otra convulsión echó por tierra al coronel (después general) Rolón, el peor enemigo de Soler. Esto pasaba un día o dos antes de mi embarco para Inglaterra y por pedido que me hizo Rolón, le di una orden para subir a bordo del *Aberdeen*. Rolón quería ir solamente hasta Montevideo. Lo mismo me había pedido otro amigo, de condición muy opuesta por cierto a la del militar, el reverendo James Thomson, celoso y cumplido misionero, así como activo laborante en la campaña de la *Missionary Society*, cuyo agente era en Sud-América. El capitán H., por pedido mío, accedió a detenerse de paso en Montevideo y a dejar a los amigos Rolón y Thomson en el bote que habría de acercarlos a tierra. Embarcamos con tiempo tormentoso el 23 de marzo. Un fuerte viento nos impidió salir hasta el día siguiente, y en la mañana, mientras estábamos anclados todavía, vimos al falucho del gobierno, lleno de gente y con ancho gallardete, acercándose a nuestro barco. El pobre Rolón sintióse muy agitado. Daba por seguro que una fuerza enemiga llegaba para llevárselo a tierra o bien para fusilarlo donde fuera encontrado. Y aunque al capitán H. causábale indignación que pudiera pensarse siquiera que una fuerza extraña era capaz de tocar a nadie sobre un barco británico; aunque daba seguridades al coronel Rolón de que estaba allí tan seguro como en el palacio del Rey de Inglaterra, el miedo de Rolón era muy superior a cuanto el otro afirmaba y me pedía que lo pusiera a buen recaudo en caso de una búsqueda. Por eso, a despecho de cuanto decía el capitán H., ocultamos al coronel. El falucho se puso junto al barco pero el patrono del mismo falucho informó que había andado en busca de *otro* buque en que se escondiera el general Soler huyendo de Rolón y de su grupo. Ellos iban ahora llevando a Soler en triunfo a la ciudad; lo habían encontrado muy cerca, en un *brig* casi pegado a nuestra embarcación. Soler subió a bordo del *Aberdeen* para verme y conocer noticias más detalladas. Rolón, que se hallaba ahora en el puente, fue escondido otra vez, pero pudo oír a Soler, en la cámara, clamando venganza para el momento en que pudiera echarle mano. Soler se fue, sin embargo, a gozar de su triunfo en Buenos Aires y el amigo Rolón, una vez más, pudo respirar libremente.

El viento aquel se convirtió en temporal y permanecimos tres días más en la rada exterior sin que pudiéramos largar vela.

Tampoco era posible ninguna comunicación con la costa pero se oía mucho tiro de fusil y cañón, lo que me decía que en tierra la discordia rivalizaba con la cólera de los elementos. Cuando por último levamos anclas, el viento contrario estaba tan fuerte y sostenido que nos mantuvo sin dejarnos avanzar por el término, casi inaudito, de trece días. El capitán H., hombre de carácter violento, se hallaba fuera de sí al verse frustrado por el mal tiempo y por desgracia se le metió en la cabeza que su mala fortuna se debía a la presencia de mis pobres amigos, Thomson y Rolón, dos Jonases causantes de la tempestad que nos tenía de un lado a otro en el Río de la Plata.

Al cabo, y en el décimo día, el maldito viento amainó y con una linda brisa favorable, que fue aumentando cada vez más, anduvimos, antes de mucho, viento en popa y a velocidad de nueve nudos por hora. Pero aquí surgió nueva dificultad. Estábamos en posición tal que, si poníamos rumbo a Montevideo apartándonos de la ruta, se haría dificultoso, si no imposible, aprovechar el buen viento que nos impelía. Esto no lo creyó prudente el capitán H. por lo que resolvió llevar a sus *prisioneros* (porque así podrían considerarse ellos ahora) hasta Maldonado y ponerlos a bordo del navío inglés de estación en aquel puerto. Así resuelto, y al acercarnos a esa nave, fue preparado el bote más grande de nuestro barco y mis dos amigos, con no poco temor y temblando (porque el mar se ponía bravo y el viento ya era vendaval), se despidieron de nosotros para descender al bote. Así que se pusieron en marcha, el impaciente capitán dióse a observar los movimientos del bote con creciente ansiedad, no por desconfianza sobre la seguridad de los pasajeros —como a mí se me ocurría— sino por recelo de que el bote no pudiera ponerse a barlovento del buque estación, como era indispensable para que los pasajeros pudieran desembarcar. Habrían andado cosa de una milla cuando vimos que el bote empezaba a ser levantado por las olas y hundido luego como en un abismo para salir en la cima de otra ola; tan pronto aparecía luchando vigorosamente contra la tormenta como se hundía en el mar proceloso. El capitán H., entretanto, vigilaba con ansiedad todos los movimientos; sin apartar del ojo el catalejo seguía escudriñando cada movimiento del bote; y según el bote se acercaba o apartaba del lugar de destino, el cuerpo del capitán se movía como obedeciendo a una fuerza magnética. Y mantenía muy serio diálogo consigo mismo de esta manera: —Todo va bien, llegarán, sí, llegarán. No, no. ¿Pero adónde van ahora? ¡Arriba! ¡Ahí! Eso, eso es. ¡Oh! Se desviaron. Ahora todo iría bien si... ¡Ah! ¡Oh!, ¡los imbéciles! ¡Poltrones! ¡Arriba! ¡Fuerza!.. ¡Fuerza! Así no llegarán nunca. Y ahora parece, ¡ah!, sí... ¡Ah!, ¡los bellacos! (Aquí los pies del capitán se movían con nerviosa agitación.) ¡Ahí! ¡Ahí!, ¡se van a sotavento! ¡Qué han de llegar así!...

Aquí el capitán, iracundo, marchó sobre el puente y dio órdenes de arriar las velas y esperar el bote. Ya ni el bote ni el barco estaban en condiciones de alcanzar al buque de estación. —¡Irán a Inglaterra! —gritó el capitán— ¡Voto a... que irán a Inglaterra! ¡Yo no voy a perder esta brisa ni por el Rey de Gran Bretaña! ¡Van a ir a Inglaterra y volverán como mejor puedan y por donde puedan!

Empapados y anegados Mr. Thomson y el coronel se acercaron al barco presumiendo que en el puente se había desatado una tormenta muy semejante a la del mar, pero ambos se sintieron confundidos cuando el capitán les dijo que debían prepararse para llegar a Inglaterra. No se habían recobrado de su sorpresa y ya las velas estaban aparejadas y proseguíamos el viaje perdiendo de vista al Río de la Plata, a velocidad de diez nudos por hora.

Mr. Thomson, el más apacible y bondadoso de los hombres, observante de los preceptos cristianos, oyó resignado el anuncio de aquella inesperada y extraordinaria interrupción de todos sus planes y compromisos.[1] Fue, naturalmente, una seria desilusión para él; pero no escapó un murmullo de sus labios ni una señal de descontento, siquiera momentánea, oscureció su plácida fisonomía. El capitán H. agregó a su anuncio que, si hallábamos un buque con destino al Río de la Plata (y había cien posibilidades contra una de no encontrarlo) pondría los pasajeros a su bordo, pero no entraría en ningún puerto. Mr. Thomson dijo que, si Aquel que preside todas las cosas lo estimaba conveniente, ya enviaría el buque destinado a volverlo a su viñedo, en el que seguiría trabajando con felicidad. En cuanto al coronel Rolón, como en rigor no era más que un desterrado de su propio país, empezó a gustar mucho más que yo la perspectiva de visitar Ingla-

[1] Sobre Mr. James Thomson puede verse el libro de Juan C. Varetto, *Diego Thomson. Apóstol de la instrucción pública*, etcétera, Buenos Aires, 1918. (*N. del T.*)

terra, pero colocándoseme bajo el ala. —Usted sabe, don Guillermo —me decía—, yo no conozco un alma en Inglaterra y puede usted estar seguro de que no voy a perderlo de vista un momento. Y como usted tiene que volver a Buenos Aires y yo voy a volver con usted, con el tiempo no tengo duda de encontrar a mi partido otra vez en el gobierno.

Y así seguimos todos, navegando muy contentos para Inglaterra con viento que prometía compensarnos de aquella larga detención. Cinco días después de la aventura de Maldonado, estábamos en la latitud de Río de Janeiro. Pero una vez allí, y para hacer honor a su renombre de inconstante, el viento dejó de soplar y una brisa ligera, pero contraria, nos impidió continuar los progresos efectuados hasta entonces. Mientras perdíamos el tiempo, casi en calma chicha, se puso a la vista un lindo *brig* francés que navegaba en dirección opuesta. Se acercó a nosotros y, cuando saludamos, pudimos saber que su destino era Montevideo. Como los navíos que van y vienen por el Atlántico toman las rutas más diferentes, aquel encuentro no pudo ser más casual; pero los dos amigos fueron de inmediato transportados al barco francés y llegaron a Montevideo seis semanas después de haberse alejado de Buenos Aires y cuando toda esperanza sobre su salvación estaba perdida. Era que habían sido vistos en el bote que intentó llegar al buque de estación y se los tenía por náufragos.

Durante la travesía y según íbamos aproximándonos a Inglaterra, el tiempo se puso borrascoso y por espacio de dos o tres días difícilmente podíamos ver nada. Cuando según los cálculos del capitán H. estábamos cerca del canal de San Jorge, el tiempo despejó, pero sobrevino luego un ventarrón con espesa garúa. No tocamos tierra y seguimos todavía navegando. Tal fue la precisión de los cálculos del capitán en la navegación, que dentro de la media hora calculada por él, descubrimos la luz que esperaba en el canal. Era la primera costa o la primera señal marítima —si bien lo recuerdo— que habíamos visto desde que dejamos el Río de la Plata.

G. P. R.

CARTA LIX

LLEGADA A LIVERPOOL. LA SORPRESA. REVISTA DEL PASADO Y PLANES FUTUROS. LO QUE PUEDE HACERSE EN INGLATERRA. CONTRASTES. SENTIMIENTOS NACIONALES. LA MUCHACHA DE MUSSELBURGH. EL HOGAR. ESCENAS DE LA INFANCIA. PARTIDA DE LASSWADE. LA ÚLTIMA EXCURSIÓN REGIA. LEALTAD DE LOS ESCOCESES. BELLEZAS DEL TAY. SEIS SEMANAS DE TRABAJO. DEJAMOS EL RÍO MERCEY. LLEGADA A MALDONADO. MONTEVIDEO. BUENOS AIRES.

Mi decisión de ir a Inglaterra fue seguida tan de cerca por mi partida de Buenos Aires, que no se me ofreció ninguna ocasión para informar a mi hermano sobre el viaje proyectado. De ahí que fuera yo el portador de mis propias noticias y cuando llegué a Liverpool, mis amigos ingleses creían no solamente que me encontraba en el Río de la Plata, pero ni esperaban verme sino pasados algunos años.

Una vez desembarcado del *Aberdeen*, fui en coche a casa de mi hermano en George'Square, entonces barrio de moda en Liverpool. Esto ocurría como a las seis de la tarde de un día muy cálido de mediados de junio. Al golpear a la puerta, me abrió un mucamo que, al verme, se echó hacia atrás como si me tomara por una aparición y cuando hube hablado, su confusión aumentó manifiestamente. El hecho es que mi hermano y yo, en aquel período de nuestra vida, éramos confundidos a diario y nos tomaban al uno por el otro, primero por nuestra semejanza física y luego porque teníamos idéntica voz. Y de ahí que Juan, el mucamo, habiendo visto, hacía un momento, a su señor profundamente dormido sobre un sofá de la biblioteca, sintiérase inclinado a tomarme por su espectro, en cuya creencia lo confirmó el verme avanzar sin ceremonia y subir las escaleras de la casa. Por eso se quedó también como atontado al pie de la escalera.

Cuando entré en la biblioteca, empecé a sacudir a mi hermano para despertarlo y su azoramiento fue casi mayor que el de su mucamo. En verdad no podía persuadirse de que aquello no fuera el tránsito de algún sueño; en efecto: estaban sobre su mesa de escribir algunos paquetes recién terminados y una carta in-

terrumpida momentos antes, todo dirigido a mí y destinado a salir al día siguiente para Buenos Aires. Por un buen momento, "don Juan" no acertó a descifrar si había sido transportado al Río de la Plata o si Buenos Aires había venido a través del Atlántico para encontrarse con él en Inglaterra. Fue aquel por cierto un encuentro muy placentero y creo que en mi vida he gozado tanto como al ver el asombro y la nerviosidad que causó en aquella casa mi súbita e inesperada aparición.

Durante toda la noche estuvimos pasando revista a cuanto habíamos hecho desde que nos separamos en Buenos Aires (1816) e hicimos también arreglos para el presente y proyectos para el futuro. En suma, quedó resuelto que yo seguiría viaje hasta Manchester para adquirir allí una buena carga de mercaderías en consignación y más tarde me iría en el mismo barco para mi viejo cuartel general de Buenos Aires. Resolvimos también extender nuestra esfera de acción a las costas del Pacífico en Sud-América. En consecuencia, se acordó que mi hermano levantaría su establecimiento de Liverpool para ir lo más pronto posible a instalar una casa en Santiago, capital de Chile.

Ausente del hogar desde siete años atrás, y con el proyecto de volver al mismo país distante para quedarme doble tiempo allá, podrá suponerse que yo dedicaría por los menos unos pocos meses a mi familia y a mis amigos en la ciudad natal. Pero los negocios en Inglaterra son muy imperiosos y mediaba otro agente más fuerte que los negocios mismos para obligarme a un pronto retorno a Buenos Aires. De vuelta en esta última ciudad, yo debía cambiar mi *status* y convertirme, de célibe inútil e insignificante, en hombre casado muy digno y serio. Como es natural, ansiaba por volver a Buenos Aires y por entrar en mi nuevo estado.

Me propongo ahora esbozar, apenas y tan rápidamente como sea posible, lo que vi y lo que hice durante mi estada en Inglaterra y Escocia. Y dirán mis lectores si hay otro país sobre la tierra donde pueden hacerse tan gran número de cosas en tan corto tiempo, como pueda hacerse en mi propio país. Permanecí un par de días, y nada más, en Liverpool, en donde fui presentado a los principales comerciantes de ese emporio y luego proseguí para ponerme en relación con capitalistas y manufactureros de Manchester, menos ostentosos, pero más sólidos que aquéllos. En esta ciudad fui muy bien recibido, de modo que mis tareas resultaron fáciles y muchos telares pusiéronse al punto en movimiento para producir la clase exacta de mercaderías que yo recomendaba.

Pasados algunos días, los necesarios para visitar a los amigos y dejar todo bien arreglado para la carga proyectada, tomamos con mi hermano la diligencia de Bath, donde quedé por varios días más, viviendo como un príncipe con nuestro pariente y protector de Pultney Street. Estuvimos también en Bristol y en la comarca circundante; después fuimos a Londres por la posta y desembarcamos en el Bedford Coffee-house, bajo las galerías de Covent-Garden, un hotel, entonces, y creo que también ahora, cómodo, caro y muy de moda.

Cuando salí, en la mañana siguiente, pude establecer con los ojos de la imaginación, el contraste entre las calles de la poderosa metrópoli y su público, con aquellas calles de Asunción y Corrientes, y sentirme desconcertado al contemplar *al hombre* —el mismo *genus*— bajo tales y tan diversos aspectos. Me apresuré a visitar los espectáculos y sitios públicos de reunión, anduve en coche por los parques, admiré la nueva invención de *cabs*[1] porque entonces no se veían ómnibus y había muy pocos buques a vapor. Me quedaba embobado ante las lámparas de gas. En realidad, anduve continuamente de un lado a otro y al cabo de poco tiempo, devanado mi cerebro por todo aquello, salí otra vez en el coche correo por la línea del Norte, dejando a mi hermano que se volvió a Liverpool para apresurar ahí nuestras operaciones de comercio.

Hice el viaje hasta Leed donde me recibieron bondadosamente los señores Gott, grandes fabricantes de paños de lana en el Yorkshire. También fui a York con el tiempo justo para echar un vistazo a la catedral y darme prisa en llegar a mi tierra. Mi imaginación había trabajado tanto durante siete años de ausencia en realzar y perfeccionar todas las bellezas y excelencias de aquella tierra, prescindiendo de cuanto podía constituir un rasgo poco favorable, que cuando vine a tener la visión real y verdadera de Escocia, después de haber viajado por algunas de las mejores comarcas de Inglaterra, mis sentimientos nacionales sufrieron choques bastante rudos. Las comparaciones son siempre odiosas y no voy a establecerlas aquí, pero me bastará decir que, desde 1820, si bien mis sentimientos han continuado tan nacionales como lo fueron siempre, creo haber hecho apreciación más exacta de mi país nativo comparándolo con otros países. Y no he de equivocarme si digo que los escoceses haríamos más

[1] Berlina, cupé. *(N. del T.)*

justicia a nuestra tierra natal moderando con juicio ese amor, o si se quiere vanidad nacional, que nos lleva a exigir tantas concesiones y en todos sentidos en favor de Escocia.

Estaba listo a partir para Glenesk, lugar ya mencionado según creo por mi hermano en esta obra. El punto más cercano a que podía llevarme el coche correo era Musselburgh, pequeño pueblo de pescadores a seis millas de la capital. Llegué allí a las doce de la noche y el coche me dejó a la puerta de la *posada principal*, como quiera que todavía el elegante nombre de *hotel* no había penetrado en la sencilla Musselburgh. Después de haber golpeado a la puerta por casi un cuarto de hora, me abrió una muchacha, medio dormida, que se restregaba los ojos y no mostraba mucho aseo en su persona ni atractivo alguno en su apariencia. Entré mi equipaje y la muchacha reveló mucha impaciencia por volverse a dormir. Pero yo, que tenía más hambre que sueño, necesitaba tentarla de algún modo para que me diera de cenar. —Ven —le dije—, no me llevarás a la habitación antes de darme de comer y de beber alguna cosa. Me miró con sorpresa y rabia. —¡Qué ocurrencia, señor! —me dijo—. ¿Cómo puede pensar que voy a prepararle cena a estas horas de la noche? —Vamos, mujer —le repuse en mi dialecto vernáculo—, no vas a mandar a dormir sin darle de comer a un escocés que ha hecho siete mil millas para venir a veros a todos vosotros. Esta apelación obtuvo el efecto deseado. La cara de la muchacha se iluminó con sonrisa de buen humor. —¡Oh! —exclamó—, había creído que era usted inglés... y usted sabe que esas gentes tienen costumbres muy raras. Pero, siéntese —me dijo indicándome la entrada de un comedor—. Voy a conseguirle un poco de jamón, queso y pan. Veré también si puedo darle algo de beber.

Y así pude obtener una buena cena gracias a mi dialecto escocés. En la mañana siguiente, a las ocho, ya estaba nuevamente en la silla de postas, pidiendo al muchacho que me llevara con rapidez a Lasswade. Me detuve allí en un pequeño *cottage* a orillas del Esk y momentos después estaba en brazos de mi anciana madre y luego con mis hermanas. Quienes se han alejado de la casa paterna y vuelto a su feliz hogar, después de años de ausencia, conocen toda la alegría del primer encuentro. A quienes no han viajado nunca, les aconsejo hacerlo porque solamente así podrán experimentar algo de las más delicadas sensaciones permitidas a nuestra naturaleza.

La región en que entonces me encontraba ha sido últimamente descripta en todos sus detalles por quienes han hecho crónica del viaje de la real pareja que visitó Escocia hace ahora un mes.[1] Me creó obligado a decir que Su Majestad no había visto un panorama de mayor belleza que el comprendido entre Dalkeith, Lasswade y Roslin. Todos aquellos eran paisajes familiares a mi primera infancia, cada pulgada de terreno me resultaba conocida y al pasar por las románticas orillas del Esk o entre los bosques de Hawthornden, al visitar de nuevo a Roslin Chapel, una de las primeras bellezas de nuestras ruinas góticas; mientras revivía escenas de mi niñez y visitaba la escuela de Dalkeith donde por cinco años ocupé un lugar en sus *formas* (así llamábamos a los bancos en Escocia) mientras me ocupaba en todo esto por espacio de tres días acompañado por quienes compartieron mis primeras afecciones, sentíame ampliamente recompensado de cuantas fatigas había debido sobrellevar, de todos los peligros, de todas las privaciones que había sufrido; fueron aquellos tres días los más felices de mi vida.

"Oh friendly to the best pursuits of man,
Friendly to thougth, to virtue, and to peace,
Domestic life in rural pleasure paased!
Few know thy value, and few taste thy sweets,
Though many boast thy favours, and affect
To understand and choose thee for their own.
But foolish man forgets his proper bliss,
E'en as his first progenitor, and quits,
Though placed in Paradise (for earth has still
Some traces of her youthful beauty left),
Substantial happiness for transient joy.
Scenes formed for contemplation, and to nurse
The growing seeds of wisdom, that suggest,
By every pleasing image they present,
Reflection such as meliorate the heart,
Compose the passions and exalt the mind."[2]

[1] La reina Victoria de Inglaterra y el príncipe consorte Alberto de Sajonia-Coburgo, casados el 10 de febrero de 1840. *(N. del T.)*

[2] Robertson no da el nombre del autor de estos versos que, traducidos literalmente, línea por línea, dirían así: "¡Oh, tú, la más propicia a las mejores solicitudes del hombre, / Propicia al pensamiento, a la virtud y a la paz, / ¡Vida

Pasados siete cortos días que se fueron con mucha rapidez, me vi obligado a partir de Lasswade y de Edimburgo, pero como los negocios me llamaban más al norte y no quería separarme tan pronto de mis hermanas, resolví llevarlas conmigo en una pequeña gira por la región. Por propio gusto, y llevado también por las circunstancias, decidí hacer entonces el mismo recorrido —hoy tema obligado de todos— que ha hecho la Reina, y así formé en las vecindades de Edimburgo mi cuartel general, antes de ponerme en marcha. Créome autorizado a decir que pocos habrán hecho el itinerario del real cortejo con más interés que yo. En cuanto a las personas que seguimos ese mismo itinerario, sin duda no podíamos competir con los acompañantes de Su Majestad. Todos saben quiénes han formado el cortejo de aquella augusta señora, merecidamente popular. También todo el mundo conoce el sincero entusiasmo con que ha sido saludada en todas partes por el pueblo y la real pompa con que se le dio la bienvenida por nuestras gallardas autoridades escocesas. Episodio espléndido fue aquél, lleno de emoción y de nobles escenas. Y así fue cómo vinimos nosotros a viajar por ese mismo suelo, pero por modo más modesto: una silla de postas, un coche de dos caballos era todo cuanto podía enorgullecernos. No teníamos, es verdad, los pesados alcaldes para distraernos y las públicas demostraciones que pueden aumentar el placer del viaje. Pero, si bien es cierto que el público aplauso constituye fuente de placer y justo galardón para el soberano que gobierna con el afecto de su pueblo, todos habrán de convenir en que el escenario en sí ofrece tanto al pueblo como al príncipe las mismas delicias y absorbe nuestra atención hasta no dejarnos experimentar otro deseo superior a la contemplación misma de la escena. Si la Reina hubiera hecho su viaje con la sola compañía del príncipe Alberto, y desconocida en su regio carácter, habría experimentado el mismo placer al observar todo cuanto desplegaba ante ella la naturaleza y el arte.

---

doméstica pasada en los placeres campestres! / Pocos conocen tu valor y pocos gustan de tus dulzuras, / Aunque muchos se jactan de tus favores y afectan / Comprenderte y escogerte (para ellos) como dueños. / Pero el hombre necio olvida su propia felicidad, / Tal como su primer padre y renuncia / Aunque colocado en el Paraíso (porque la tierra todavía guarda / Huellas de su belleza juvenil) / La felicidad verdadera por la pasajera alegría, / Escenas formadas para la contemplación y para cultivar / Las crecientes semillas de la sabiduría, que sugieren / Por cada imagen placentera que presentan, / Reflexiones propias para alegrar el corazón, / Sosegar las pasiones y exaltar a la mente." *(N. del T.)*

Grande en verdad ha sido el triunfo de Escocia bajo este respecto, pero, antes de dejar al real cortejo, puede permitírseme, como escocés, señalar que aquella exhibición de sentimientos hacia la soberana es una victoria más alcanzada por mi suelo natal. Porque el pueblo se levantó como un solo hombre en una explosión de lealtad que resonó por toda la tierra y saludó a la Reina como a la más cabal personificación de ese principio monárquico que ama y reverencia con el fervor de los antiguos tiempos. La Reina "había sostenido sus facultades tan dulcemente" para llevar ese principio a la realidad, había cuidado con tanto escrúpulo los derechos de su pueblo, que el juicio de los súbditos escoceses no hizo más que ratificar y reafirmar la devoción a la real persona, devoción ya manifestada universalmente en todas cuantas partes anduvo Su Majestad mientras atravesó las diversas regiones del norte.

Pero volvamos a nuestro viaje. Comprendió sin duda una gran porción de nuestros mejores panoramas como ha podido verlo todo el mundo en las últimas descripciones y noticias ilustradas del viaje de la Reina. Las vistas, desde Perth a Dunkeld por las orillas del Tay a Taymouth, y el lago, son incomparables; hay también una profunda aunque sombría grandeza en el menos frecuentado distrito de Crieff. Me sentí vivamente sorprendido allí por lo salvaje de la escena y el carácter primitivo de las gentes, debido sin duda a que viven fuera de las rutas principales del turismo.

Por el camino de Crieff fuimos a Stirling. Aquí se nos reunió un viejo amigo que volvió con mis hermanas hasta Edimburgo dejándome libre para seguir viaje por el camino de Glasgow hasta Liverpool. Habíamos empleado seis días deliciosos en aquel viaje y la separación fue para mí asunto muy serio, como puede imaginarse. El viaje a Glasgow lo hice muy triste, separado de mis compañeras y no veía nada digno de llamar mi atención, hasta que llegué a ese gran emporio de manufacturas de algodón y otras manufacturas, en el norte. Estuve allí sumergido por corto tiempo en mis negocios. Esto durante el día, porque en la noche me veía solicitado diariamente para beber doble ración de ponche que no probaba bien a mi cabeza, no habituada a los vapores del ron de Jamaica, siquiera suavizado con las mejores limas de las Indias Occidentales. Por eso, dos días después, me fui a Liverpool, donde mi hermano ansiaba por verme en el barco, ya cargado y listo para hacerse a la mar con merca-

derías cuyas dos terceras partes habían sido fabricadas para mí después de mi llegada de Buenos Aires.

Habían pasado justamente cuarenta y dos días desde aquel en que desembarqué en Liverpool hasta que volví a esta última ciudad para hacerme a la vela con destino al Río de la Plata. Con frecuencia me sorprendía yo mismo, no solamente de la cantidad de negocios sino de los viajes y otros placeres que había podido cumplir en el término de seis semanas. Había recorrido más de mil quinientas millas de terreno, había empleado veinte días con mis amigos en diferentes ciudades y pueblos, y diez días entre Liverpool y Manchester, ocupado en negocios generales y en elegir mercaderías por valor de treinta a cuarenta mil libras, para ser remitidas en consignación a treinta o cuarenta personas. También llevé a cabo transacciones en Londres, Halifax, Leeds, Perth, Paisley y Glasgow, y contemplé muchos de los mejores paisajes del país que se extiende desde Somersetshire en Inglaterra a Perthshire en las tierras altas de Escocia. Todo esto lo hice en seis semanas y quedé convencido de que solamente en Gran Bretaña podía realizarse tal cantidad de cosas en tan corto lapso. Porque debe recordarse que en aquellos tiempos no teníamos ni barcos a vapor ni ferrocarril y que para mis viajes y negocios no disponía de otro medio de locomoción nocturno que el coche-correo.

Y me sentía tan deseoso de seguir con mi lema de "siempre adelante", lo mismo por mar que por tierra, que fletamos una linda goleta llamada *The Antelope* para mi viaje de vuelta al Río de la Plata porque sus condiciones de velera eran verdaderamente de primer orden. El 1° de agosto estábamos todos listos para hacernos a la mar, pero los vientos del oeste que soplaban desde días atrás me detuvieron seis más en Liverpool.

Nada más animado ni curioso a la vista que la descongestión de los enormes diques de Liverpool después de algunos días de viento del oeste.[1] Cuando pudimos salir, había ciento cincuenta o doscientas velas de barcos mercantes que iban por el río Mercey, cada uno más ansioso que el otro por hallarse mar afuera. En aquellos tiempos había pocos o ningún remolcador para ayudar a las maniobras; los barcos a vapor, recientemente introducidos se veían aquí y allá, empleados como barcos de pasaje o *ferry-*

[1] Es decir, del viento del Atlántico que impide la salida de los barcos. *(N. del T.)*

boats, provocando al viento, mientras nosotros, resignados, tratábamos de propiciarnos sus escasos favores haciendo bordadas cortas y largas, zigzagueando, de un lado a otro para llegar, tardía y oblicuamente al punto deseado. Todos aquellos veleros avanzaban y resplandecían al sol, adelantándose en lo posible uno a otro, hasta rozarse casi por los lados y, empero, sin tocarse. Las animadas orillas del río, las ciudades sucediéndose unas a otras, los campos, las aldeas, los jardines, los prados, las casas de campo, formaban un conjunto el más singular y animado.

Por la mañana desplegamos velas e hicimos mucho más camino que la mayoría de nuestros competidores, de modo que, descendiendo por el Mercey, al caer la noche habíamos dejado atrás a la mayoría de las naves y apenas si se veían sobre el mar, aquí y allá, algunos otros *clippers* que, como nosotros, habían venido a buena velocidad.

La travesía fue muy agitada y la situación se agravó porque teníamos un piloto incompetente. Por dos veces estuvimos a punto de perdernos y cuando alcanzamos la latitud de Buenos Aires, lejos de entrar en el Río de la Plata, fuimos a dar en la zona de los pescadores de ballenas. Por uno de estos pescadores supimos que estábamos muchos grados fuera de nuestra longitud. Antes de penetrar en el Río de la Plata nos sorprendió un furioso pampero que en un principio nos obligó a estar a la capa por casi tres días; después de muchas vicisitudes buscamos abrigo en Maldonado, donde había ocurrido el accidente del general Rolón y de Mr. Thomson. Ya en Maldonado lo pasamos mejor. El *Superb*, buque almirante de nuestro comodoro sir Thomas Hardy, uno de nuestros setenta y cuatro,[1] estaba anclado en el puerto y sus oficiales de a bordo fueron para nosotros generosos en extremo. El honorable Frederik Spencer, entonces teniente en la fragata de su hermano, la *Owen Glendower*, estaba por casualidad de visita en el *Superb* y como viejo amigo mío me dispensó muchas atenciones. Pasé dos días muy agradables en Maldonado a bordo del buque de guerra casi continuamente y así tuve oportunidad de ver toda su construcción y la faena diaria en uno de nuestros navíos de combate. Interiormente es un mundo, un perfecto y curioso mundo en miniatura, todo muy distinto del mundo *común* en que vivimos.

[1] Nombre que se daba a ciertos barcos de guerra de setenta y cuatro cañones. *(N. del T.)*

Mi pequeña goleta la *Antelope*, que parecía una barquilla junto al gigantesco buque de guerra —a pesar de que era muy admirada por su simétrica belleza—, estaba estropeada y curtida por la intemperie debido al viaje tan borrascoso, pero algunas expertas manos del *Superb* la dejaron muy pronto tan guapa y garbosa como antes y así que el tiempo calmó, me despedí de los queridos amigos y seguimos viaje a Montevideo donde me esperaban cartas de Buenos Aires. La ciudad de Montevideo estaba en poder de los brasileños que son muy aficionados al sistema de los pasaportes y como yo había salido de la libre Inglaterra sin proveerme de ese documento esencial, pagué mi temeridad una vez en tierra porque anduve todo el día, ora detenido en la policía, ora en libertad. Los oficiales no sabían ya qué hacer conmigo, uno se mostraba más perplejo que el otro, hasta que, habiendo yo obtenido una entrevista con el general Lecor, gobernador de la plaza, se me permitía partir en paz.

A despecho del mal tiempo y de la pésima navegación, llegamos a la rada exterior de Buenos Aires después de sesenta y cinco días, viaje que un experto mareante hubiera hecho sin duda en cincuenta y cinco. Mi amigo el capitán Falcón, comandante de un navío de guerra inglés, me llevó a tierra porque nuestro propio barco podía apenas *vivir* en aguas como aquellas; y después de una ausencia de menos de siete meses, me hallé otra vez rodeado por muchos de mis amigos en el viejo Buenos Aires.

Y en este lugar me despido por el momento. Es tiempo ya de detenerse a observar de qué manera, usted y los demás lectores consideran hasta aquí nuestras cartas sobre Sud-América. Y si son consideradas aburridas, insulsas, insípidas o sin provecho, contentos estaríamos en retirarnos a un rincón y no incurrir otra vez en pecado; pero si el relato hubiera podido, por ventura, despertar deseos de conocer su continuación, podríamos hablar de este mismo asunto más adelante.

Entretanto, sabe usted con qué placer me suscribo una vez más su afectísimo amigo.

W. P. R.

CARTA LX

VIAJE DE MI HERMANO A BUENOS AIRES. LE SIGO EN EL *COSSACK*. PROYECTO DE PASAR AL PERÚ. PARTIDA DE BUENOS AIRES PARA CHILE.

Una vez que mi hermano se hizo a la vela con una valiosa carga, según lo ha narrado él mismo en su última carta, le seguí yo poco después en un barco tres veces más grande, fletado para dar la vuelta al Cabo de Hornos. El barco en que salió él, atravesó el mar con la rapidez de un delfín y no tardó mucho en llegar a su puerto de destino: Buenos Aires.

Yo levanté mi casa de Londres, llevé conmigo todos mis efectos y enseres personales y también mis sirvientes ingleses y varios jóvenes en calidad de agregados comerciales. Conociendo —como conocía— Sud-América, me resolví a llevar conmigo cuantos elementos de comodidad inglesa me fuera posible llevar, porque ahora me ponía en viaje para lugares más distantes, Chile y Perú, en ninguno de los cuales había vivido. Los asuntos mercantiles de la casa establecida en Liverpool los dejé a cargo de dos hermanos, los señores Juan y Ricardo Hancock y también dejé agentes en Londres y en Glasgow.

Fueron tomadas también todas las medidas necesarias para fundar vastos establecimientos en Santiago, capital de Chile, y en Lima, capital del Perú; en esta última cuando cayera en poder de San Martín. Los asuntos de Buenos Aires prosperaban en manos de mi hermano y extendida por así decir nuestra red desde Paraguay a Corrientes, desde Corrientes a Santa Fe, desde Santa Fe a Buenos Aires, tratábamos ahora de llevarla por el Cabo de Hornos y a través de los Andes, formando bajo mi propia vigilancia los proyectados establecimientos en Chile y en Perú.

Mi imaginación se exaltaba con la idea de visitar la región en que floreció la civilización de los Incas, en que luchó Francisco

Pizarro, y aquella otra en que Ercilla había cantado su magnífica Araucana. Me atraía también el paso de los Andes —monumentos estupendos del poder del Altísimo— y deseaba ver al guanaco salvaje saltando de monte en monte u orillando las casi perpendiculares cumbres; quería contemplar los oscuros lagos en silenciosa soledad, encerrados por vastas eminencias piramidales, a miles de pies sobre el nivel del mar; quería ascender en un día de jornada a las nevadas cumbres para ver desde allí, lejos, muy lejos, la espumeante catarata y oír el bramido del trueno, para descender luego a los románticos y boscosos pasos que llevan a los feraces valles de Chile. El pensar en todo esto enardecía mi imaginación a punto de que cada día de viaje a bordo del *Cossack* me parecía una semana, cada semana un mes, cada mes un año.

Por fin llegué al Río de la Plata y desembarqué en Buenos Aires. Allí encontré a mi hermano y allí me propuse otra vez cruzar las pampas, pero ahora, no con dirección al Paraguay sino rumbo a Mendoza *en route* para Chile.

Permanecí en Buenos Aires pocos días, para descansar en la quinta de mi hermano, y sólo hice visitas ocasionales a nuestras oficinas de comercio. Fueron pocas pero lo suficiente para convencerme de que todo marchaba prósperamente.

El *Cossack* se hizo entonces a la vela con todo mi equipo de fundación para Valparaíso. Yo volví, después de una ausencia de cuatro años, a las viejas costumbres de Sud-América y me puse en camino por tierra bajo los gritos de los postillones en aquel viejo carruaje, forrado puede decirse con cueros y lonjas. Fue conmigo hasta la primera posta un gran *posse comitatus* de amigos españoles e ingleses que quisieron acompañarme. Adelante, precediéndonos, iba don Felipe Parkins, en su caballo blanco, corriendo y haciendo cabriolas y empinando con frecuencia el chifle de cuerno con boquilla de plata que colgaba de su montura. Después de almorzar y bastante alegres todos nos despedimos, mis amigos para volver a Buenos Aires, yo para seguir una posta o dos más en mi viaje a Mendoza.

Aquí, por el momento, digo adiós a usted y a mis lectores, prometiéndoles que, si me dan ánimo, proseguiré en otras series el relato de mis aventuras y de mis observaciones sobre los dos países más interesantes de cuantos he visitado hasta hoy: Chile y Perú.

J. P. R.

Carta LXI

El gobierno de Pueyrredón. Su despotismo. El Congreso Nacional subordinado al Ejecutivo. Prisiones y destierros. Brasil y la Banda Oriental. El general Lecor. El general San Martín. El paso de los Andes. Operaciones y comunicaciones. Batalla de Chacabuco. Sus resultados. Sus héroes. O'Higgins, director. San Martín rechaza el ascenso. La guerra en el Alto Perú. Miscelánea.

La instalación del Congreso Nacional y la elección de supremo director del Estado en la persona de don Juan Martín de Pueyrredón, dieron por primera vez a las Provincias del Río de la Plata el carácter de nación independiente bajo una forma estable de gobierno.

Esta forma de gobierno, teóricamente hablando, era democrática, pero la idiosincrasia y la educación del nuevo director eran a propósito para colocar a las instituciones del país bajo el dominio de una oligarquía, si no para convertirlas en una monarquía absoluta. Pueyrredón había elegido la carrera militar y alcanzado en ella honrosa reputación. Pero era orgulloso, altanero y de tendencias aristocráticas. Su observancia de la disciplina militar se hacía sentir en el mismo gabinete y aunque al pueblo se le permitía hablar de libertad y de instituciones libres, el director ni remotamente hubiera consentido en que esos mismos principios pudieran estorbar al mando supremo que venía ejerciendo.

Si, por lo menos, dada esa inclinación suya a ejercer algo muy semejante al despotismo militar, Pueyrredón hubiera poseído integridad política sin tacha y elevados principios de honor, quizá su política habría sido la más apropiada en las circunstancias que atravesaba el país; porque el espíritu de partido se había exacerbado y la brusca transición desde un estado casi de esclavitud a otro de libertad ilimitada, había engendrado tal espíritu de licencia, que rayaba en la anarquía.

Pero había poco de la virtud de Roma en don Juan Martín de Pueyrredón. Sin propósito de atacarlo personalmente, la ver-

dad me obliga a decir que su gobierno fue corrompido y venal a extremos calamitosos y demasiado notorios. Su influencia, su poder militar, no fueron ejercidos para guardar el orden ni las leyes en lo interior ni para resistir la usurpación de insidiosos enemigos externos, sino para abatir a cuanto ciudadano se permitía murmurar sobre las dilapidaciones del tesoro público, o sobre la deshonrosa apatía, característica de la acción pública del director.

El Congreso no trató en ninguna forma de mejorar el estado de los negocios públicos. ¡Había sido convocado en Tucumán y allí se reunió absurdamente y continuó funcionando a ochocientas o novecientas millas de la sede del Poder Ejecutivo! De ahí puede deducirse muy bien que el Congreso de Tucumán fue una nulidad. Esto se hizo después tan evidente, que la cantidad de doctores y otros individuos que componían el "augusto" cuerpo, fueron traídos a expensas del gobierno (porque se trataba de una legislatura *pagada*) a Buenos Aires, donde abrió sus sesiones muy solemnemente el 12 de mayo de 1817.

Sean cuales fueren los medios que se pusieron en obra, lo cierto es que el Congreso, una vez trasladado a Buenos Aires, vino a subordinarse por entero al Ejecutivo, se rebajó hasta ser mero instrumento de Pueyrredón y de su gobierno, y sancionó cuantas medidas el Ejecutivo quiso someter a su aprobación. Porque el sistema que el Ejecutivo impuso al Congreso consistió en que éste debía injerirse lo menos posible en las medidas activas del gobierno; se les dejó a los *doctores* discutir los artículos de una constitución y decidir si se sería constitución permanente o provisional y divertirse con todos y cuantos asuntos de mera forma quisiera cualquier miembro proponer y el Congreso sancionar como materia de discusión.[1] Como la constitución estaba todavía en suspenso, no se dictaban leyes y los asuntos que prácticamente se aceptaban y resolvían eran los propuestos por el Ejecutivo para su propio uso, o para aumentar su autoridad, que así aparecía sancionada por el Congreso.

[1] En la sesión del 1° de septiembre de 1816 encontramos que el soberano Congreso nombró por aclamación patrona de la independencia nacional a la gloriosa virgen americana Santa Rosa de Lima, con la reserva de dirigirse oportunamente al Sumo Pontífice para la concesión de los correspondientes favores y privilegios.

La negligencia del gobierno durante la invasión de la Banda Oriental (de lo que hablaremos después) y su relajación moral en lo interior, llevaron al colmo la indignación y las admoniciones de un periódico, *La Crónica Argentina*. Entonces, no menos de nueve personas respetables consideradas como las más enemigas del gobierno, fueron arrestadas a la misma hora el 12 de febrero de 1817. Apresuradamente, sin juicio ni proceso, sin habérseles permitido siquiera comunicarse con sus familias, llevaron a los presos a bordo de un barco mercante inglés cuyo capitán, en forma vergonzosa e ilegal, aceptó, por la suma de ochocientas libras esterlinas, llevarlos desterrados a los Estados Unidos. Entre esos presos se encontraba una persona cuyas aptitudes y reconocida probidad pública lo constituían en algo como una espina clavada a los flancos del gobierno: era nuestro amigo don Manuel Moreno, ahora ministro argentino en esta corte y de quien hemos tenido ocasión de hablar a menudo en términos elogiosos.

La violación de la libertad personal en un caso como este y el ultraje inferido a las leyes, en un país que se decía libre, eran ya de por sí muy malos; pero fue peor aún que Pueyrredón tuviera la temeridad de publicar un manifiesto para justificar sus procedimientos como si su *dictum* fuera la ley del país y sus alquilones y agentes secretos los encargados de aplicarla.

Hubo muchos otros arrestos, confinamientos y destierros: el general Cornelio Saavedra, de actuación tan prominente en el derrocamiento de las autoridades españolas, fue mantenido preso por algún tiempo en La Ensenada, y al dársele después la libertad recibió una nota del secretario de Estado en que se le reconocía como persona prudente y circunspecta y se le decía que "su confinamiento debíase a ciertos principios que en nada afectaban a su buen nombre"...

Mientras el gobierno de Pueyrredón se ocupaba en sofocar a la opinión pública en el interior y mediante un sistema de proscripciones establecía un poder absoluto e irresponsable que mantuvo paralizado al país durante todo ese período del Directorio, importa conocer los progresos que los asuntos de la República iban haciendo en el exterior.

Los brasileños se habían mantenido siempre en acecho sobre la Banda Oriental y no perdían de vista ni por un momento las ventajas que traería al Imperio la incorporación de esa provincia

rica y admirablemente situada.[1] Por eso habían hecho tantos furtivos intentos para apoderarse de ella. La guerra emprendida por Artigas, el jefe oriental, contra el gobierno central de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y sus públicas afirmaciones sobre la independencia de la Banda Oriental,[2] ofrecieron a los brasileños la ocasión que esperaban para apoderarse de ella[3] y los movía una codicia tal que difícilmente hubieran podido ser resistidos. El general Lecor, político hábil y astuto, así como acreditado jefe militar, fue puesto a la cabeza de una respetable fuerza y organizó sin ruido y cautelosamente la invasión de la Banda Oriental. Proclamó que su objeto era reprimir cualquier desorden proveniente de la anarquía artiguista y obró como si el país estuviera separado e independiente del gobierno de Buenos Aires. Alegó que Artigas estaba infringiendo todos los pactos anteriores hechos con las Provincias Unidas y lisonjeó a Pueyrredón con suaves palabras y estilo muy sumiso en sus comunicaciones. En verdad las protestas del gobierno de Buenos Aires contra la invasión fueron tan corteses que, según la opinión general, Pueyrredón miraba a los brasileños como más legítimos ocupantes de la Banda Oriental que lo que podía serlo su odiado enemigo el Protector Artigas.

Y aun dando por sentado, sea como fuere, que no hubiera existido confabulación alguna entre el Directorio de Buenos Aires y el general Lecor para la libre ocupación de Montevideo por el último de los nombrados, nada pudo haber más pusilánime y aun criminal que la conducta de Pueyrredón y de sus consejeros. Sin obstáculos, casi sin protestas, el general Lecor avanzó lenta pero decididamente hasta la capital oriental del Río de la Plata y entró en ella el 6 de febrero de 1817; y una vez allí, dijo tranquilamente a los montevideanos y a los habitantes de toda la provincia que estaban bajo el benigno y benéfico dominio del Emperador del Brasil.[4] *La Gaceta* del gobierno de Buenos Aires

[1] Quienes ocuparon la Provincia Oriental en 1817 fueron los portugueses y no propiamente los brasileños. Brasil no era todavía independiente ni lo fue hasta 1822. *(N. del T.)*

[2] Artigas nunca proclamó independencia "nacional". Sostenía el principio de la Confederación como lo sostuvieron entonces las provincias del litoral del Paraná y más tarde todas las provincias argentinas. *(N del T.)*

[3] Los portugueses o "brasileños", como dice Robertson, sabían muy bien cuando invadieron la Banda Oriental que el gobierno de Buenos Aires no les haría oposición. *(N. del T.)*

[4] Del "Rey de Portugal, Brasil y Algarves". *(N. del T.)*

formuló algunas observaciones filosóficas sobre el nuevo orden de cosas creado en la Banda Oriental, y entonces, no sin sorpresa y satisfacción de Lecor, el país fue dejado tranquilamente bajo su dominio.[1] Y por haber reprobado esta cruel apatía del Poder Ejecutivo de Buenos Aires, muchos argentinos patriotas fueron desterrados.

Mientras se producía esta afrentosa transacción en la orilla oriental del Río de la Plata, en el otro lado de los Andes los sucesos tomaban un sesgo muy diferente: allá se daba la invasión de Chile por el general San Martín, la declaración de la independencia de ese país como consecuencia de sus infatigables esfuerzos y las espléndidas proezas militares cumplidas por aquel prócer. La gloria de sus hazañas repercutió en la totalidad de las Provincias Unidas pero la verdad histórica exige de nosotros decir que a San Martín y solamente a San Martín se debe la honra de haber concebido y ejecutado el plan de emancipación de Chile con las armas de su propia patria.

Ya hemos visto que después de tomar Pueyrredón el poder, San Martín fue abandonado a sus propios recursos, es decir, a los recursos que pudiera extraer en las pobres y distantes provincias de Cuyo.[2] Y aún más, a medida que crecía la fama de San Martín surgían celos en torno suyo; y es sabido que una intriga lamentable se formó para despojarlo del gobierno de Mendoza y paralizar así su acción en la gran empresa que había concebido. La propia sagacidad del general y su prudencia, y el entusiasmo de quienes lo rodeaban y estaban vinculados a su empresa, hicieron fracasar la intriga; pero ésta se mostró lo bastante para poner de manifiesto el *animus* de quienes hubieran podido echar sombras sobre su fama, pero eclipsarla jamás.

Al cerrar las informaciones históricas en el volumen precedente, dejamos a San Martín en Mendoza concluyendo sus preparativos sobre el paso de los Andes. En vano los realistas habían tratado de distraerlo en sus propósitos amenazando con sus ejércitos desde el Alto Perú a las Provincias Unidas del Río de la Plata. San Martín simuló acudir en auxilio del general Belgrano pero el 20 de enero (1817) estaba listo para moverse con to-

[1] Por Pueyrredón, no por Artigas, que peleó hasta 1820. *(N. del T.)*

[2] Debe decirse que esto no fue así. Pueyrredón prestó auxilios muy serios a San Martín y sin su ayuda difícilmente se hubiera cumplido el paso de los Andes por el ejército patriota. *(N. del T.)*

das sus fuerzas sobre Chile. El día 28 llegó con su ejército en buen orden a los Manantiales en el camino de Los Patos y desde allí resolvió combinar sus movimientos para asegurar el paso de las cuatro cordilleras que llevan desde la base oriental a la occidental de los enormes Andes.

Para quienes, como nosotros, saben lo que es el cruce de los Andes, este vasto movimiento preliminar del general San Martín no puede dejar de destacarse como una de las más grandes operaciones militares que se hayan emprendido jamás en cualquier nación. "El tránsito sólo de la Sierra —dice el general San Martín muy justamente en uno de sus despachos— ha sido un triunfo. Dígnese V. E. figurarse la mole de un ejército moviéndose con el embarazoso bagaje de subsistencias para casi un mes, armamento, municiones y demás adherentes por un camino de cien leguas, cruzado de eminencias escarpadas, desfiladeros, travesías, profundas angosturas, cortado por cuatro cordilleras; en fin, donde lo fragoso del piso se disputa con la rigidez del temperamento. Tal es el camino de Los Patos que hemos traído."

Agreguemos aquí, al apresurado bosquejo militar del paso de los Andes hecho por el general San Martín, que las cadenas o cordilleras por donde debía pasar eran tan abruptas en sus ascensos como en sus descensos y que los valles o *cajones* son estrechos y muy dificultosos para el pasaje de un ejército; que los *pasos*, propiamente hablando, estaban algunos excavados en la superficie de las rocas que caen casi perpendicularmente y descienden así hasta los torrentes que caen por el fondo de las montañas; y que las alturas a que tenían que trepar aquellos soldados estaban a once, doce o trece mil pies sobre el nivel del mar.

Los valles de los Andes son llamados *cajones* porque tienen verdaderamente esa forma; una estrecha garganta cercada por masas de rocas elevadas perpendicularmente a uno y otro lado. De ahí que San Martín resolviera asegurar los cuatro pasos de la cordillera y abrirse camino a través de los obstáculos que pudieran oponérsele en los desfiladeros por los cuales se proponía entrar en Chile. Con este fin organizó su ejército en dos divisiones: la primera, que debía marchar como vanguardia, mandada por el brigadier don Estanislao Soler, estaba compuesta por granaderos y compañías ligeras del 7° y 8° regimientos, la escolta del jefe, el 3° y 4° escuadrones de Granaderos a Caballo y cinco piezas de artillería volante; la segunda se componía del 7° y 8° batallones e iba mandada por el brigadier don Bernardo O'Higgins; al 1° y 2° escuadrones los mandaba el coronel Zapiola. Inmediatamente después seguían la artillería y los zapadores. Al mismo tiempo San Martín ordenó que el jefe de ingenieros, con doscientos hombres, avanzara hacia la izquierda para penetrar en el boquete de Valle Hermoso y caer sobre La Ciénaga, donde estaba apostada una guardia enemiga; y que, subiendo las alturas del Cuzco, y dejando a retaguardia el cordón de Piuquenes, abriera estos pasos para marchar luego sobre el de Achupallas que es el cuello del valle y al cual debía poner en estado de defensa a fin de reunir el ejército con seguridad y ponerlo en condiciones de desembocar en Putaendo. El coronel don Juan Gregorio de Las Heras tomó el camino de Uspallata, con vistas a ocupar Santa Rosa, la aldea que remata esa entrada por la parte de Chile.

El enemigo ofreció resistencia en todas las rutas, pero en todas fue obligado a retirarse ante las diestras maniobras y valientes ataques de los jefes que guiaban el ejército a través de las distintas cordilleras. Los oficiales ya nombrados se distinguieron extraordinariamente y un gallardo ataque de caballería llevado por el coronel Necochea permitió al gran cuerpo del ejército entrar en la ciudad de San Felipe, capital de la provincia de Aconcagua. El avance no fue menos pintoresco que heroico; y varios despachos escritos por los intrépidos jefes, desde las foscas alturas o los profundos valles de los Andes, están llenos de vida e inteligencia en la descripción de sus propios progresos y la retirada de los realistas desde sus baluartes en la montaña.

"En fin —dice el general San Martín— el enemigo ha abandonado absolutamente toda la provincia replegándose a Santiago. A mi pesar, no puedo allí seguirlo hasta dentro de seis días, término que creo suficiente para recolectar cabalgaduras en que movernos y poder operar. Sin este auxilio nada puede practicarse en grande. El ejército ha descendido a pie. Mil doscientos caballos que traía con el fin de maniobrar con ellos, no obstante las herraduras y otras mil precauciones, han llegado inútiles. Tan áspero es el paso de la sierra, pero ya Chile se apresura a ser libre. La cooperación de sus buenos hijos recrece por instantes. Mañana salgo a cubrir la sierra de Chacabuco y demás avenidas de Santiago."

Podrá verse, por el esquema dado, que en once días[1] San

[1] Fueron veinticuatro. *(N. del T.)*

Martín con todo su ejército y todo su material de guerra, abatiendo cuantos obstáculos se le oponían en el camino, pasó desde la base oriental de los Andes hasta la ciudad principal de una de las fértiles provincias de Chile. Para ello tenía que atravesar cuatro distintos pasos de las montañas, guardado cada uno en una estrecha garganta por un enemigo en acecho; y cuando hablamos de un paso, no debemos imaginar una cañada de cientos de yardas de longitud, sino una enorme serie de montañas y profundos valles encerrados por grandes cordilleras y extendiéndose desde la llanura de La Plata por un lado, hasta las tierras bajas de Chile en el otro, y en longitud total de trescientas millas. Así, muy de acuerdo con lo que son los mismos Andes, fue la empresa de San Martín, es decir, gigantesca, sin exagerar en nada el sentido de esta palabra.

Aunque el general el 8 de febrero escribió a su gobierno que necesitaba seis días para colocar su ejército en condiciones de seguir con buen éxito y con espíritu enérgico e infatigable, no le permitió, sin embargo permanecer tanto tiempo así, una vez efectuada la primera embestida en el corazón del territorio enemigo, porque reanuda de esta manera el hilo de su relato:

"En la madrugada del nueve hice restablecer el puente del río Aconcagua; mandé al comandante Melián marchase con su escuadrón sobre la cuesta de Chacabuco y observase al enemigo; el ejército caminó en seguida y fue a acampar en la boca de la quebrada con la división del coronel Las Heras que recibió órdenes de concurrir a este punto."

En la cuesta de Chacabuco fue precisamente donde los realistas se detuvieron dispuestos a contener el continuo progreso de los osados invasores. La vanguardia de San Martín se apoderó de una posición a tiro de fusil del enemigo y el 10 y el 11 prevínose todo lo necesario para entrar en acción decisiva al amanecer del día 12.

Los detalles del combate que se siguió no podríamos darlos en forma mejor que transcribiendo el propio parte del general San Martín. Lo considero muy digno de ser insertado aquí puesto que nos lleva de la mano para medir la magnitud de aquel combate en la historia de la emancipación sudamericana.

"Al señor brigadier Soler —dice nuestro gallardo amigo, y nos enorgullecemos de poder llamarlo así— al señor brigadier Soler di el mando de la derecha que con el número 1° de Cazadores, compañías de Granaderos y Volteadores del 7 y 8 al

cargo del teniente coronel don Anacleto Martínez; número 11, siete piezas, mi escolta y el 4° escuadrón de Granaderos a Caballo debía atacarlos en flanco y envolverlos, mientras el señor brigadier O'Higgins, que encargué de la izquierda los batía de frente con los batallones números 7 y 8, los escuadrones 1°, 2° y 3° y dos piezas. El resultado de nuestro primer movimiento fue, como debió serlo, el abandono que los enemigos hicieron de su posición sobre la cumbre: la rapidez de nuestra marcha no les dio tiempo de hacer venir las fuerzas que tenían en las casas de Chacabuco para disputarnos la subida. Este primer suceso era preciso contemplarlo: su infantería caminaba a pie, tenía que atravesar en su retirada un llano de más de cuatro leguas, y aunque estaba sostenida por buena columna de caballería, la experiencia nos había enseñado que un solo escuadrón de Granaderos a Caballo bastaría para arrollarla y hacerla pedazos. Nuestra posición era de las más ventajosas: El señor general O'Higgins podía continuar su ataque de frente mientras que el brigadier Soler quedaba siempre en aptitud de envolverlos si querían sostenerse antes de salir al llano; al efecto hice marchar al coronel Zapiola con los escuadrones 1°, 2° y 3° para que cargase o entretuviese al menos ínterin llegaban los batallones números 7 y 8, lo que sucedió exactamente, y el enemigo se vio obligado a tomar la posición que manifiesta el plano. El señor general Soler continuó su movimiento por la derecha que dirigió con acierto, combinación y conocimiento, que a pesar de descolgarse por una cumbre la más áspera e impracticable, el enemigo no llegó a advertirlo hasta verlo dominando su propia posición y amagándolo en flanco.

"La resistencia que aquí nos opuso fue vigorosa y tenaz: se empeñó desde luego un fuego horroroso y nos disputaron por más de una hora la victoria con el mayor tesón: verdad es que en este punto se hallaban sobre mil quinientos infantes escogidos que eran la flor de su ejército y se veían sostenidos por un cuerpo de caballería respetable. Sin embargo, el momento decisivo se presentaba ya. El bravo brigadier O'Higgins reúne los batallones 7 y 8, al mando de sus comandantes Cramer y Conde, forma columnas cerradas de ataque, y con el 7 a la cabeza carga a la bayoneta sobre la izquierda enemiga. El coronel Zapiola, al frente de los escuadrones 1°, 2° y 3° con sus comandantes Melián y Molina, rompe su derecha; todo fue un esfuerzo instantáneo. El general Soler cayó al mismo tiempo sobre la altura que

apoyaba su posición; ésta formaba un mamelón en su extremo; el enemigo había destacado doscientos hombres para defenderlo; mas el comandante Alvarado llega con sus cazadores, destaca dos compañías al mando del capitán Salvadores, y atacar la altura, arrollar a los enemigos y pasarlos a bayonetazos, fue obra de un instante. El teniente Zorria, de cazadores, se distinguió en esta acción.

"Entretanto los escuadrones, mandados por sus intrépidos comandantes y oficiales, cargaban del modo más bravo y distinguido; toda la infantería enemiga quedó rota y deshecha; la carnicería fue terrible y la victoria completa y decisiva."

El enemigo derrotado fue perseguido muy de cerca por San Martín. Toda la infantería, o cayó prisionera, o fue dispersada o destruida; se hicieron seiscientos soldados y treinta y dos oficiales prisioneros; hubo un número igual de hombres muertos y todo el *matériel* del ejército realista, junto con las banderas del regimiento de Chiloé, vino a parar a manos de los vencedores.

Entre los grandes resultados de la batalla de Chacabuco quizá sea el de mayor importancia inmediata la captura del mismo presidente de Chile, don Francisco Marcó del Pont, español de familia distinguida y general del ejército español. En medio de la confusión de la capital, una vez conocida la derrota del ejército, Marcó abandonó la ciudad con las tropas que pudo reunir y se dirigió a Valparaíso. Pero asustado (al parecer) o muy confiado en sí mismo, o mal informado de que el puerto estaba ya en manos del enemigo, volvió hacia San Antonio en la costa sur de Valparaíso; allí, traicionado por algunos campesinos, el presidente y su escolta fueron sorprendidos en un rancho y hechos prisioneros por un capitán Aldao.[1] Grandes habían sido las dificultades con que el presidente tuvo que luchar de continuo porque, dado el desafecto contra el gobierno (imposible ya de sofocar en el pecho del pueblo), puede decirse que gobernó por algún tiempo en país enemigo.

Entre los oficiales que más se distinguieron contaron los jefes ya mencionados, los coroneles Beruti e Hilarión de la Quintana, los ayudantes del general San Martín don José Antonio Álvarez, don Antonio Arcos, don Manuel Escalada y el capitán O'Brien, bravo irlandés este último. En un despacho posterior habla el general San Martín en términos elogiosos de otro compatriota nuestro, Mr. Paroissien, entonces jefe del cuerpo médico con el grado de teniente coronel.

[1] *Aldado* dice el original.

El ejército victorioso entró en triunfo en Santiago, la capital, un día o dos después de la batalla. El 15 fue el general O'Higgins proclamado por aclamación director supremo del Estado. En el resto del país quedó prontamente establecido el nuevo orden de cosas. "En una palabra —dice San Martín—, el eco del patriotismo resuena por todas partes a un tiempo mismo y al Ejército de los Andes queda para siempre la gloria de decir: en veinticuatro días hemos hecho la campaña, pasamos las cordilleras más elevadas del globo, concluimos con los tiranos y dimos la libertad a Chile."

Al considerar los extraordinarios esfuerzos realizados para la reconquista de Chile es satisfactorio comprobar que se hace honor a quienes verdaderamente lo merecen. Esta empresa fue cumplida, como tendremos ocasión de demostrarlo, por el genio de San Martín y por la cooperación generosa y devota de los pobres habitantes de la provincia de Cuyo, que tiene por capital a Mendoza, ciudad donde se formó el Ejército de los Andes.

"Los sacrificios de la provincia de Cuyo —dice en un despacho público el general O'Higgins, supremo director de Chile— son imponderables. Nosotros hemos visto formarse allí, en medio de la absoluta escasez, un ejército de 4.000 hombres, vestidos, mantenidos, pagados y equipados para esta larga jornada con el sudor de unos pueblos puramente agricultores, a quienes la introducción de caldos extranjeros hace sentir el ínfimo precio de sus trabajos. Allí se ha creado una maestranza, una fábrica de salitres y pólvora, otra de tejidos, en fin, todo se ha hecho de la nada, sin que se haya notado la pobreza, ni el descontento, precursores de la fatal discordia. El genio emprendedor encontró en los cuyanos aquella generosidad de ánimo que vuelve gratas las más rígidas disposiciones y las hace aparecer como una contribución de los contribuyentes."

Al mismo general San Martín le fue ofrecido el grado de brigadier, pero él resueltamente se negó a ese honor y mantuvo su grado de coronel.

Aunque la derrota de los realistas en los llanos de Chacabuco fue completa, mantuviéronse todavía con un pie en el país porque, retirándose sobre la provincia sureña de Concepción, reorganizaron sus dispersas y disminuidas fuerzas. Tan fuertes se hicieron allí, que el mismo director O'Higgins fue obligado a

salir al campo y aunque se dieron algunos sucesos afortunados, no se mostró O'Higgins lo suficientemente hábil como para arrojar del país al enemigo. Pero encerró a los realistas en Talcahuano, puerto de Concepción, e instaló sus cuarteles en esta última ciudad, distante sólo seis millas de Talcahuano. El 6 de diciembre llevó un ataque muy bravo pero ineficaz en que perdió varios gallardos oficiales y el 14 del mismo mes anunció el gobierno al pueblo la llegada de otra expedición procedente de Lima para reconquistar a Chile.

Las operaciones del ejército en el Alto Perú fueron, en general, bastante importantes durante este año. En la parte histórica del segundo volumen de esta obra dijimos que el general Belgrano fue nombrado en 1816 en reemplazo del general Rondeau como comandante en jefe del ejército del Perú. Belgrano estableció su cuartel general en Tucumán donde estuvo durante todo ese año, pero el gobernador de Salta y jefe de la vanguardia, Martín Güemes, dirigió una guerra de guerrillas muy variable contra el general La Serna que mandaba el ejército realista.

Resulta curioso, en verdad, leer los numerosos boletines en que se detallan triunfos de los patriotas porque, de hecho, éstos fueron obligados a retirarse ante el general La Serna cuantas veces aquel general se decidió a operar contra ellos. La Serna hizo de Jujuy por algún tiempo su cuartel general y después bajó a Salta, capital de la provincia donde actuaba Güemes. La Serna se posesionó de Salta por espacio de veinte días y cometió muchos excesos; desde allí se puso en retirada, un tanto desastrosa, hasta Jujuy, seguido muy de cerca por Güemes que lo acosaba con sus guerrillas. Entonces el gallardo coronel La Madrid tomó Tarija, en abril, pero esta misma ciudad fue recapturada en julio por los realistas. Otra vez La Serna se retiró desde Jujuy hacia el Alto Perú, y habiendo sido llamado a Lima por las crecientes dificultades de la causa española, quedó al mando del ejército el general Olañeta. A fines de año, este jefe estaba en Tilcara y los patriotas habían tomado posesión de Jujuy. Ninguno de los ejércitos se decidió a arriesgar una acción general durante el año; aunque un comandante de apellido Rojas llevó un ataque gallardo sobre un escuadrón de caballería de Extremadura en un paraje llamado San Pedrito y tuvo la gloria como él dice de "pasar a degüello", esto es de degollar a cuantos componían la partida enemiga de ciento cuarenta hombres. Esta acción fue magnificada por los patriotas, a falta de otras noticias, como una gran victoria. La verdad es que el general Belgrano no era ayudado de ninguna manera por su gobierno y así la guerra tenía que languidecer en sus manos.[1]

Uno o dos asuntos de orden doméstico exigen alguna noticia, siquiera sea pasajera. El doctor Funes, ilustrado deán de Córdoba, publicó en este año su *Ensayo político sobre el Paraguay*, primera historia de la Revolución y obra de considerable mérito. También se decretó la ampliación de la frontera sur, esto es la ocupación del territorio patagónico en poder de los indios. Aunque Pueyrredón y Lecor estaban en buenos términos, España protestó contra la invasión de la Banda Oriental por los portugueses. Los corsarios con patentes garantidas por el Estado capturaron navíos valiosos y éstos fueron mandados a Buenos Aires con sus tripulaciones para ser vendidos a muy buenos precios. Finalmente, el órgano oficial del gobierno se vio obligado a mantenerse de continuo a la defensiva, tan pronto negando que existiera liga alguna entre Pueyrredón y Lecor, como diciendo que el primero otorgaba licencias especiales para suministrar al segundo trigo y otras provisiones. En seguida negaba el cargo de que el director tuviera nada que hacer con el contrabando, que en realidad se hacía ostensiblemente hasta por la misma Aduana, y paraba otros ataques de igual peso y muy contundentes que se llevaban contra la reputación del mismo director.

LOS AUTORES

[1] Sorprende que Robertson no haya visto que Pueyrredón abandonó la frontera norte del país porque se sirvió del ejército de Belgrano para el ataque a las provincias litorales que se oponían a la invasión portuguesa. El mismo Pueyrredón lo reconoció cuando, expulsado de Buenos Aires por sus propios parciales, ante el avance del ejército federal en 1820, cantó la palinodia en Montevideo y confesó haber cometido *un error* (!)... cuando lanzó los ejércitos de la Nación contra los pueblos que defendían su propio suelo. *(N. del T.)*

Carta LXII

Operaciones en Chile y Perú. Pezuela y Ordóñez. El general Osorio. La derrota de Cancha Rayada. La lucha cercana. Carta del general Guido. Preparativos para la batalla. Los resultados. Honras a los vencedores. La entrada de San Martín en Buenos Aires. Su carta a Pezuela. La expedición española. Los desertores. Creación de una flota en Chile. Sus primeras hazañas. El almirante Blanco Encalada. El ejército del Alto Perú. La guerra en el Perú y en la Banda Oriental. Un gobierno venal. Los comisionados norteamericanos. Escasez de provisiones.

Los grandes sucesos políticos de 1818, como los del año anterior, tienen relación con Chile y con el Alto Perú. Por eso, al hacer el bosquejo de ese año, vamos a referirnos a dichas regiones. Cuando la batalla de Chacabuco colocó a la capital de Chile y a las provincias chilenas del norte en manos de los patriotas, los realistas se retiraron —como hemos visto— a sus fortificaciones del sur. El país quedó todavía en poder de los españoles desde el río Maule hasta Concepción, y aún más al sur, del Bío-Bío a Valdivia y la isla de Chiloé. La causa del Rey estaba defendida por Ordóñez, bravo y experto oficial que resolvió hacer pie a toda costa en Chile, esperando recibir los abundantes socorros, tan necesarios a su causa, que venía pidiendo enérgicamente al virrey del Perú, general Pezuela, porque su poder declinaba debido a la energía, la habilidad y el entusiasmo de los patriotas.

El general O'Higgins salió contra su formidable enemigo y si bien es cierto que lo redujo a las fortalezas de Talcahuano, que dominan la hermosa bahía de ese nombre, no pudo desalojarlos de esa posición. Los españoles son famosos por la tenacidad y el coraje con que saben defender una plaza fortificada.

Pezuela se apresuró no solamente a relevar a Ordóñez sino a hacer un atrevido intento para recobrar de inmediato todo cuanto había sido perdido para la causa del Rey en la batalla de Chacabuco. Equipó a una expedición de dos a tres mil hombres y la puso bajo el comando del general Osorio, jefe experimen-

tado que condujo la expedición hasta Talcahuano. En este punto, el nuevo jefe encontró mil quinientos hombres que se le unieron y con el ejército bien organizado, fuerte de más de cinco mil hombres, marchó en febrero hacia el río Maule y lo atravesó sin ninguna oposición.

Al mismo tiempo, el general San Martín se había ocupado en organizar su propio ejército cuyo número en soldados ascendía más o menos al de su enemigo y se puso en movimiento tan pronto como este último hubo abandonado Curicó, aldea del camino de Talca. Esta última ciudad está situada en el camino real de Santiago. San Martín tenía por segura la victoria y todos sus movimientos iban encaminados a que fuera muy completa: como él mismo lo dice, trató siempre de flanquear a Osorio y lanzar un ataque envolvente. "El enemigo desde el momento que abandonó Curicó —dice el general San Martín— no halló posición en que nuestras fuerzas no le amagasen de flancos amenazando envolverlo: así fue que ambos ejércitos caímos a un tiempo mismo el 19 sobre Talca, siéndole de consiguiente imposible emprender su retirada ni repasar el Maule."

Pero aquí, por un decisivo *coup de main*, el general Osorio eludió la proverbial vigilancia del general San Martín y a no ser por la energía de este último, que también era notable, todos los frutos de anteriores esfuerzos pudieron de pronto haberle sido arrebatados. El hecho es que el ejército de San Martín no subió a su posición frente a Talca hasta la caída de la noche; y estaba todavía formando sus líneas provisorias a eso de las nueve, sin la más remota idea de ser sorprendido (las dos fuerzas se hallaban muy cansadas por las operaciones del día), cuando Osorio cayó de pronto sobre los patriotas y los atacó furiosamente. Súbita confusión se apoderó de todo el ejército chileno. La derrota —la total dispersión del ala izquierda— se produjo después de una corta e ineficaz resistencia, y aunque el ala derecha y la caballería se alejaron en bastante orden, todo el *matériel* del ejército de San Martín se perdió y la mayoría de sus tropas anduvo vagando de uno en otro lado. Tal fue la memorable dispersión de Cancha Rayada el día 19 de marzo. El ejército patriota —debe decirse— quedó desbandado.

Bien puede imaginarse la consternación en que cayó el país con un revés de tal naturaleza en el preciso momento en que to-

dos anunciaban una victoria. San Martín, felizmente, no desmayó por eso. Por fortuna para él, Osorio no aprovechó su extraordinaria ventaja con la rapidez que hubiera podido esperarse de su atrevido e impetuoso ataque. Y todos los momentos perdidos fueron utilizados por San Martín con la más sorprendente energía y habilidad militar. Fue también hábilmente secundado por sus oficiales. "El interés —dice el gallardo soldado—, la energía y la firmeza con que los jefes y oficiales todos del ejército cooperaron al restablecimiento del orden y disciplina, les dará un honor eterno. Verdad es que nuestras fuerzas eran ya muy inferiores a la suya; muchos de nuestros cuerpos estaban en esqueleto y teníamos batallones que no formaban doscientos hombres."

San Martín se vio necesariamente obligado, en esta situación embarazosa, a retirarse con rapidez sobre Santiago donde pudo reemplazar el material de guerra perdido y en tiempo que parece increíble —tres días— reorganizó su ejército en las vecindades de la capital. Por esta razón, antes de que todo el país tuviese tiempo de recobrarse del choque producido por la dispersión de Cancha Rayada, San Martín estaba otra vez listo para enfrentar al enemigo. Infundió nueva confianza en sus hombres, los incitó a recuperar el honor momentáneamente perdido, y de tal manera supo inculcar nuevo ardor por la causa, que, después de una retirada de ochenta leguas en condiciones las más adversas, los patriotas sintiéronse más seguros que nunca de la victoria en la lucha que se aproximaba y que debía decidir muy pronto la cuestión en los llanos de Maipo.

El general Tomás Guido, cuyo talento en el campo de batalla y en el gabinete lo habían convertido en conspicuo hombre público durante la revolución y cuyas atractivas maneras y calidades de orden social le han hecho siempre favorito en todas partes, desempeñaba entonces el cargo de enviado de las Provincias Unidas ante el gobierno de Chile.[1] Habiéndose trasladado al cuartel general de San Martín, escribió el 29 de marzo a su gobierno.

"A las cinco de la tarde de hoy entró en el campamento de Maipo, distante una legua de esta capital, la división del ejército

[1] Por importante que se considere la figura de Guido, no puedo decirse de él que se distinguió en los campos de batalla. Fue un diplomático y un hombre de gabinete. *(N. del T.)*

combinado compuesto de tres mil quinientos hombres de infantería al mando de su brigadier general don Antonio Balcarce que se puso a su cabeza en Rancagua, hasta cuyo punto vinieron del campo de batalla a las órdenes del coronel don Juan Gregorio de Las Heras. En el campamento se hallaba, dos días ha, el Excmo. señor capitán general don José de San Martín con los batallones de línea N° 4, el de Infantes de la Patria y los piquetes de todos los cuerpos reunidos en número considerable de los dispersos en la noche del 19.

"La reunión de las tropas fue anunciada por una gran salva de artillería y repique general de campanas en esta capital, manifestando el pueblo la satisfacción de ver un ejército ya organizado, dispuesto a abrir de nuevo la campaña inmediatamente que descanse de las dilatadas marchas que ha sostenido y se rehaga de algunas pérdidas. La retaguardia de caballería de línea quedó estacionada en Rancagua, a la que el día de mañana marchan a incorporarse quinientos hombres de granaderos y cazadores a caballo habilitados en el mismo orden en que estuvieron antes de la acción.

"Entretanto el enemigo no se ha movido de sus posiciones de Talca. El entusiasmo de las tropas se ha manifestado en el orden y subordinación que han observado hasta su acantonamiento y las medidas del Gobierno Supremo y generales del ejército dan lugar a esperar felices resultados si el enemigo se interna hasta esta provincia."

En cuanto a lo de aproximarse a la provincia, lo hicieron en verdad, porque el 1° de abril cruzaron el río Maipo, distante unas siete leguas de Santiago. El día 2 San Martín tomó sus posiciones en las Acequias de Espejo; y ese día, como los dos siguientes, se mantuvo en escaramuzas y guerrillas con las fuerzas enemigas. Finalmente el día 5 Osorio se adelantó y parecía mostrarse deseoso de flanquear la derecha de San Martín, con la mira de amenazar la capital cortando las comunicaciones con Aconcagua y asegurarse el camino de Valparaíso. Cuando San Martín vio todo esto, pensó que había llegado el momento de atacar y efectuando un cambio de dirección sobre su derecha, vino a quedar frente a su enemigo.

El general Balcarce tenía el mando de toda la infantería; la derecha estaba a las órdenes del coronel Las Heras; la izquierda era mandada por el coronel Alvarado, mientras la reserva quedó a cargo del coronel Quintana. La caballería de la dere-

cha tenía como jefe al coronel Zapiola y la izquierda al coronel Freire.

El general Osorio tomó una fuerte posición sobre una altura del terreno y destacó un batallón de caballería ligera a otra pequeña colina cercana para sostener cuatro piezas de artillería colocadas en su falda. "Esta disposición era muy bien entendida —dice San Martín— pues aseguraba completamente su izquierda y sus fuegos flanqueaban y barrían todo el frente de la posición."

La línea de San Martín, formada en columnas cerradas y paralelas, se inclinaba sobre la derecha del enemigo, en un ataque oblicuo sobre ese flanco que a la verdad había quedado descubierto. Quedaba expuesto también el enemigo a un ataque de la reserva de San Martín, mantenida a retaguardia y en condiciones de envolverlo.

Ocho piezas de artillería dirigidas por el general Blanco Cicerón[1] fueron emplazadas en un sitio determinado, y en otro, cuatro piezas más a cargo del comandante Plaza. Así dispuestas, las columnas patriotas descendieron la pequeña colina que constituía su posición y avanzaron a la carga con el arma al brazo contra la línea enemiga. Ésta arrojó contra ella un fuego terrible porque la artillería colocada en el cerrito, como ya se ha dicho, hacía mucho daño, pero asimismo no evitaba con ello el avance. Al mismo tiempo, un grueso trozo de caballería realista cayó, espada en mano, sobre los granaderos a caballo del ejército patriota, que, formados en columna, avanzaban siempre de frente. El primer escuadrón iba mandado por el coronel Escalada que, tan pronto como se vio amenazado por el enemigo, se fue sobre él, sable en mano. El comandante Medina que le seguía hizo lo mismo; los realistas volvieron caras y fueron perseguidos hasta el cerrito donde a su vez el coronel Escalada se vio obligado a ceder terreno ante el fuego de la infantería y la artillería enemigas. Los escuadrones patriotas, dejando el cerrito a su derecha, atacaron otra vez a la caballería enemiga y después de varias cargas y movimientos la derrotaron por completo.

Al mismo tiempo la batalla se empeñaba entre la derecha realista y el ala izquierda patriota que no tardaron, después de un nutrido fuego, en venirse a la carga en columna cerrada. El triunfo y la derrota quedaban equilibrados en la balanza porque la línea patriota vacilaba; la infantería retrocedía, pero el coronel Quintana, llegando con su reservas, cargó de la manera más brillante secundado por sus comandantes Ribera, López y Conde. Esta carga y otra del comandante Thompson, a la cabeza del primer regimiento de Coquimbo, dieron nuevo impulso a la línea patriota de manera que volvió al ataque con mayor decisión. Al mismo tiempo cargó la caballería del coronel Freire y se repitieron sucesivos ataques. "No es posible —dice San Martín— dar una idea de las acciones brillantes y distinguidas de este día, tanto de cuerpos enteros como de jefes e individuos en particular, pero sí puede decirse que con dificultad se ha visto un ataque más bravo, más rápido y más sostenido; también puede asegurarse que jamás se vio una resistencia más vigorosa, más firme ni más tenaz. La constancia de nuestros soldados y sus heroicos esfuerzos vencieron al fin y la posición fue tomada regándola en la sangre y arrojando de ella al enemigo a fuerza de bayonetazos."

Los primeros éxitos parecieron asegurar la victoria pero las columnas del centro enemigo, marchando en masa, no pudieron ser disueltas tan fácilmente. Aunque cortadas en el flanco y en la retaguardia, avanzaron hacia los callejones de Espejo (el campo de San Martín), donde se posesionaron de un cerro, con lo que dio comienzo un nuevo combate que duró por espacio de una hora; pero las fuerzas patriotas fueron llevadas gradualmente hasta aquel punto, última esperanza de los realistas y estos fueron batidos y dispersados. San Martín quedó sin disputa dueño del campo.

El propio general Osorio, con doscientos hombres de caballería, escapó, si bien perseguido en todas direcciones; los demás generales, ciento noventa oficiales y tres mil soldados cayeron prisioneros; en el campo de batalla quedaron dos mil muertos y heridos; toda la artillería realista, el material de guerra, el hospital y médicos militares, la caja militar, todas las partes componentes del ejército, cayeron, vivas o muertas, en poder de los patriotas. San Martín estimó sus propias pérdidas en mil hombres, aunque probablemente fueron mucho más y si agregamos las pérdidas de las fuerzas opuestas, llegan a tres mil quinientos hombres, con lo que puede afirmarse que, difícilmente se conocerá un *record* parecido de un combate general en que, proporcionalmente al número de soldados en lucha, las

[1] O. Blanco Encalada. *(N. del T.)*

pérdidas fueran tan grandes, es decir de una tercera parte de los combatientes.

San Martín pagó justo tributo a todos los que compartieron la gloria de aquel día y además de los nombres ya mencionados, alude en su parte al ingeniero D'Albe, al cirujano mayor Paroissien, a los mayores O'Brien y Guzmán, secretario de guerra Centeno y a su propio secretario Marzán. El general O'Higgins, que soportaba los efectos de una herida seria, cuando supo que se aproximaba el momento de la batalla dejó su lecho de enfermo y se unió al ejército aunque no pudo llegar antes de que estuviera asegurada la victoria. También al general Guido se lo menciona en términos de los más merecidos elogios.

Podrá fácilmente advertirse que, si bien la batalla de Chacabuco hizo tambalear al poder español en Chile, el golpe fatal para la causa del Rey fue dado en los llanos de Maipo. Allí fue donde quedó sellada la independencia del país. Pero la batalla de Maipo no solamente dejó asegurado a Chile para los patriotas sino que abrió el camino para llegar al último gran baluarte español en Sud-América, la tierra de los Incas. Y veremos en consecuencia cómo el virrey del Perú no estaba ya dispuesto a jugar la desesperada partida de recuperar a Chile. Desde entonces se ocupó únicamente en hacer algunas cautelosas maniobras para defenderse en su casa de un *jaque mate* de sus osados y fuertes antagonistas. Las noticias de la victoria de Maipo fueron recibidas en Buenos Aires con transportes de alegría difíciles de describir. Ya hemos aludido a ellos en otra parte de esta obra. "El regocijo público —dice la *Gaceta* del gobierno— ha sido superior a todo encarecimiento. *Ya tenemos patria* se decían unos a otros arrojándose en los brazos indistintamente del que se hallaba más inmediato, para recibir estas demostraciones con la misma ternura. —*Ya tenemos patria* —esto es *ya la tenemos consolidada*: ya vemos el término de nuestros sacrificios, ya podremos disfrutar de unos bienes que creíamos reservados a nuestros hijos, sin que nos agite la idea melancólica de que pudiéramos perder el fruto de tantos trabajos y de tanta sangre."

Muchos honores y premios se decretaron para el general San Martín y para sus bravos compañeros de armas pero no estamos seguros de que se hayan hecho efectivos. El Congreso ordenó así: "Con el objeto de establecer un monumento que

perpetúe la gloria nacional adquirida en las expresadas victorias, se abrirá una lámina, en cuyo centro resaltará el retrato del general San Martín, teniendo a cada lado un genio. El de la libertad ocupará el lado derecho y el de la victoria el izquierdo, ambos con sus respectivos atributos en una de las manos, y sosteniendo con la otra una corona de laurel algo levantada sobre el retrato. Al pie de éste se pondrán los trofeos militares correspondientes dominados por las banderas nacionales de Chile y de este Estado. A su contorno se pondrá la inscripción siguiente: *La gratitud nacional al general en jefe y ejército vencedor de Chacabuco y Maypo*". La vista de estas batallas y la de los Andes debían ocupar la parte más visible y restante de la lámina, pero todavía no la hemos visto en ninguna parte. Un ejemplar de ella debía ser colocado en los cabildos de las principales ciudades de las Provincias del Río de la Plata. Por ese mismo tiempo, el Poder Ejecutivo de Chile decretó, con el mismo objeto, que fuera erigida una pirámide en los llanos de Maipo, pero no estamos seguros de que haya sido levantada hasta hoy.

En cuanto a las pensiones decretadas para las familias de los generales San Martín y Antonio Balcarce, diremos que trasuntan algo de la virtud republicana porque no ascendían a más de £120 (ciento veinte libras) por año cada una. El grado de brigadier, antes rechazado por el general San Martín, le fue ofrecido nuevamente y esta vez lo aceptó. Todos los oficiales principales que participaron en estas dos batallas fueron también ascendidos al grado inmediato superior en el ejército.

El 11 de mayo el general San Martín, de vuelta de Chile, entró en Buenos Aires, pero de incógnito, eludiendo así la demostración pública que se había preparado para recibirlo. Sin embargo, fue conducido con pompa al recinto del Congreso, el 17 de mayo. Habiendo tomado asiento, recibió del cuerpo el agradecimiento público de la Nación por sus eminentes servicios. Y se mantuvo en esta ceremonia con la modestia que le había caracterizado en toda ocasión.

Debe decirse, para honor del general Antonio Balcarce, que se negó terminantemente a aceptar la pensión de tres mil pesos anuales (seiscientas libras esterlinas) ofrecida por el gobierno de Chile.

Antes de dejar aquel país, San Martín escribió dos admirables cartas al general Pezuela, virrey de Lima; la primera para

proponer un canje de prisioneros; la segunda para invitarlo a un arreglo amigable con respecto a la emancipación del Perú. La primera negociación llegó a una solución eficaz; y la segunda, en mala hora para España, fue, según creo, mirada con menosprecio y contestada con el silencio.

El resto del año se caracterizó por una sucesión de desastres para la causa realista en la costa occidental de la América del Sur. Los patriotas se habían mantenido por lo general en gran ansiedad desde dos años atrás por las noticias (en verdad exageradas) referentes a un gran ejército organizado en Cádiz con destino a un lugar no conocido de las antiguas colonias españolas. Las verdaderas proporciones de esta alardeada expedición pusiéronse de manifiesto del modo más inesperado y extraordinario. El 26 de agosto un transporte llamado *Trinidad*, con doscientos infantes de línea españoles, entró en el puerto de La Ensenada, pocas leguas abajo de Buenos Aires, y el navío y tropas se rindieron formalmente a las autoridades del Río de la Plata. Algunos de los suboficiales de este barco, antes de salir de Cádiz, se habían complotado para sublevarse contra sus superiores y para llevar el navío a Buenos Aires. Ya en el mar, comunicaron sus propósitos a los hombres embarcados, quienes se mostraron de acuerdo y entraron en la conspiración. La expedición estaba formada por algunos transportes que conducían dos mil hombres e iban protegidos por una hermosa fragata. El transporte *Trinidad* se apartó de la flota en los cinco grados de latitud norte y, habiendo pasado la línea sin encontrar ningún otro barco del convoy, los cabecillas de la revuelta resolvieron dar el golpe el 25 de julio. Encontraron la más decidida resistencia en la mayoría de los oficiales, catorce en número, que apenas si fueron ayudados por un sargento y dos cabos; nueve de esos bravos oficiales, incluso tres suboficiales, perecieron en defensa de su país. Al capitán del barco se lo obligó entonces a navegar con rumbo a Buenos Aires y, como llegaron en salvo, no había duda de que los rebeldes culpables serían recibidos con los brazos abiertos por el gobierno de la ciudad. Razonablemente no podía esperarse que fuera de otro modo. Mr. W. P. R. (Guillermo Parish Robertson) recuerda muy bien haber visto a estos hombres entrar en la Plaza Mayor de Buenos Aires y aunque fueron arengados y aplaudidos por el jefe de estado mayor, general Rondeau (que obró como hombre político en las circunstancias del caso), Robertson no pudo dejar de ver el estigma del asesino en cada uno de esos renegados y desertores de su propia bandera. Los valientes porteños parecían verlos, más o menos, a la misma luz. El gobierno, con mucha prudencia, permitió a estos hombres escoger con entera libertad su propia suerte y el resultado —lo que es curioso— fue así: Dos capitanes optaron por volver a España; un capitán, un teniente, dos subtenientes, un tambor mayor, un asistente, seis tambores, dos cabos y dieciocho hombres de tropa se incorporaron al Ejército de los Andes; nueve sargentos, ocho cabos y ciento once hombres de tropa se desparramaron por el país. El capellán, un monje de la orden de la Merced, prefirió también quedarse en el país.

Casi toda aquella malhadada expedición española cayó en manos de los patriotas y el grueso de ella cayó en forma más satisfactoria que el buque transporte *Trinidad*. Por este tiempo la República de Chile, que podía enorgullecerse de poseer una armada, cuando estuvo en condiciones la envió para oponerse a la referida expedición. La fuerza marítima chilena componíase del *San Martín*, anteriormente el *Wyndham* (un gran barco mercante inglés comprado y equipado como buque de sesenta cañones); la fragata *Lautaro*, de cuarenta y seis cañones; la corbeta *Chacabuco*, de veinte, y el *brig Araucana*, de dieciséis. Con esta escuadra, el almirante Blanco Encalada se hizo a la vela desde Valparaíso el 10 de noviembre y tomó rumbo a Talcahuano. La *Chacabuco* se apartó de los demás buques y Blanco Encalada dejó ir solo al *Araucana*; pero, habiendo sabido en la isla de Santa María que la hermosa fragata española *Reina María Isabel* y su convoy estaban anclados en la bahía de Talcahuano, sin vacilar un momento, se fue a atacarla con el desvencijado y viejo *Wyndham* (ahora convertido en barco de línea) y con la *Lautaro*. "Ambicioso de que la marina de Chile —dice en su despacho Blanco Encalada— señalase la época de su nacimiento por la de su gloria, resolví sacrificarme por ella en este día o ponerla de un golpe a un grado de elevación que los ojos de Europa alcancen a distinguirla."

El almirante Blanco Encalada encontró a la *Reina María Isabel* sola en la bahía de Talcahuano; entró en la bahía y entonces la fragata le arrojó una andanada, izó las velas y fue a varar en la playa. Allí arrió su bandera y los patriotas se apoderaron de ella. Pero, ¿cómo sacarla mar afuera?... Ésa era la dificultad porque estaba encallada y los realistas tenían una gran fuerza de

tierra muy cerca, en Concepción. Blanco Encalada envió tropas a la orilla para defender su presa, pero antes de que sus hombres ganaran las alturas, se acercó el enemigo y llevó un ataque. El *San Martín* y la *Lautaro* no podían, sin inminente peligro para sus propias fuerzas que estaban en tierra, hacer fuego sobre los realistas, pero los patriotas hicieron una buena retirada hacia sus botes y ahí fueron a bordo. La noche puso término a la disputa de aquel día. A las tres de la mañana del siguiente, trataron los realistas de subir a la *Reina María Isabel*, pero fueron rechazados por las fuerzas que Blanco Encalada había colocado a bordo. A las cinco prodújose un recio combate porque el enemigo atacó con mosquetería y artillería desde las inmediatas alturas de Talcahuano; pero los patriotas no renunciaron a su determinación de poner a flote la valiosa presa y conservarla en su poder. Continuaron así el trabajo infatigable y valientemente, y para desengaño y sorpresa de los realistas, a las once pudo verse a la *Reina María Isabel* flotando una vez más sobre las aguas, majestuosamente. Los fuegos cesaron y los españoles miraban sorprendidos y en silencio a la fragata, alejándose de la costa en medio de los gritos de *¡Viva la Patria!* lanzados desde el *San Martín* y la *Lautaro*.

El almirante Blanco Encalada hizo grandes elogios de todos sus oficiales, entre los que se contaban muchos ingleses. Mencionó individualmente a cada uno y entre los más bravos apareció el general Guillermo Miller, entonces mayor de artillería al servicio de Chile.

Blanco Encalada se apresuró a interceptar el convoy del cual tomó dos fragatas que habían dejado con treinta y seis oficiales y seiscientos dieciséis hombres, "de los cuales —dice— doscientos dieciséis habían muerto durante la navegación, doscientos sesenta y siete estaban enfermos y solamente unos pocos en salud aunque destinados a perder por necesidad". Poco después la *Chacabuco* tomó dos barcos más —el resto del convoy—, porque solamente uno o dos de los transportes habían logrado entrar en Valdivia. Ésta fue la conclusión —gloriosa para los patriotas y funesta para los realistas— de la expedición auxiliar española.

Del campo de batalla de Maipo, Osorio huyó a Talcahuano, donde se embarcó para Lima. El coronel Zapiola, al mando de una fuerza que marchó hacia el sur en persecución del enemigo, entró el 13 de noviembre en la plaza fuerte de Chillán, ya evacuada por el jefe realista Lantaño, con setecientos hombres; y era claro que los realistas no estarían en condiciones de resistir hasta haber llegado a Valdivia, uno de los fuertes más importantes en Sud-América, situado en el extremo sur del territorio chileno.

El ejército del Alto Perú, comandado por el general Belgrano, permaneció en casi total inacción durante todo el curso de este año. El mismo general no se movió nunca de Tucumán, y lo poco que se hizo estuvo a cargo del jefe gaucho de la vanguardia, el gobernador de Salta, Güemes. No había entonces inteligencias activas al frente del gobierno de Buenos Aires para secundar al ejército del Perú. Destituido éste de recursos, veíase obligado a permanecer inactivo.[1] En febrero los realistas tomaron posesión de Jujuy, ciudad que evacuaron cuatro días después de haberla tomado. El resto del año Jujuy estuvo en manos de Güemes y la verdad es que fue electo gobernador de la provincia y mantuvo muy activas sus guerrillas, pero no tienen éstas interés bastante como para merecer una descripción detallada. Es digno de observarse, sin embargo, que Güemes quedó reducido a una tal necesidad, por falta de medios, que llegó a permitir la acuñación de moneda e hizo obligatoria su aceptación. Se trataba de moneda falsa que corría bajo el nombre de "moneda de Güemes". Este acto se convirtió en público latrocinio cuando Pueyrredón denunció la moneda en cuestión y ordenó que fuera entregada por quienes la tuvieran, bajo pena de ser perseguidos como "circuladores, depositarios y fabricantes de moneda falsa".

Montevideo se hallaba ahora poseída tranquilamente por los portugueses pero imperaba gran confusión en la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, donde una guerra llena de alternativas, pero desoladora, se mantenía entre el protector Artigas y el director Pueyrredón. Los pobres provincianos apenas sabían por qué y por quién estaban en lucha; lo único que hubieran podido saber es que estaban sacrificados a la ambición, al

[1] Parece extraño que Robertson no viera lo evidente: es decir que Pueyrredón reservó el ejército del Norte en Tucumán para disponer de él según lo exigiera su política de tolerancia con la invasión portuguesa y de hostilidad para con las provincias que se opusieron a esa misma invasión. Belgrano fue condenado a ese triste papel durante cuatro años, no sin protestas, y el ejército, impopular, despechado, anarquizado, se sublevó en Arequito en los primeros días de enero de 1820. *(N. del T.)*

odio y a la miserable política de quienes echaban a las provincias unas contra otras. El poder de Artigas decaía pero las desconfianzas y celos mantenidos por las provincias contra la capital parecían fortalecerse a medida que se debilitaba el mayor enemigo de Buenos Aires, vale decir el protector de la Banda Oriental. Lecor, gobernador portugués de Montevideo, miraba con placer a las partes en lucha destruyéndose mutuamente en lugar de atacarlo.

Los asuntos domésticos de Buenos Aires pueden ser resumidos en pocas palabras. El espíritu público había caído al último extremo y la venalidad y el contrabando estaban en su apogeo. Tan desvergonzada y descaradamente ejercían el contrabando los amigos del gobierno, en especial un rico comerciante nativo muy conocido (quien, según se decía, pagaba a todos los coroneles), que los artículos así introducidos, manufacturas, vinos, aguardientes y todo artículo de valor grande o pequeño, pasaban por la Aduana en pleno día sin pagar ningún derecho e iban a los almacenes y bodegas de los grandes contrabandistas. El gobierno preconizaba las altas tarifas, denunciaba públicamente el contrabando abierto y al mismo tiempo consentía en privado todas sus ramificaciones. ¡A tal extremo de relajamiento había llegado la moral pública!

Es justo al mismo tiempo consignar (y nos place hacerlo) una buena obra que en algo redimió de tanto libertinaje político. El 16 de julio una nueva universidad, llamada El Colegio de la Unión del Sud, fue inaugurada con gran pompa por el director en presencia de funcionarios del Estado, diversas corporaciones de la ciudad y dignatarios de la Iglesia. El propósito era crear una escuela completa de estudios clásicos para la mejor juventud de la república y la medida constituía —según lo expresaba con exactitud el gobierno— "la obra más grande de la presente administración". En verdad era la única que merecía elogios. Todas las instituciones públicas de Buenos Aires, el ejército, la iglesia, etcétera, contribuyeron a la dotación del colegio.

El 28 de febrero llegaron a la capital tres personajes de mucha cuenta: los señores Rodney, Graham y Bland, investidos con una especie de misión diplomática de parte de los Estados Unidos y encargados de informar a ese gobierno sobre el estado de la política y del comercio en el Río de la Plata. Permanecieron algunos meses en la ciudad, más tarde su informe fue

publicado y llevó rápidamente a establecer relaciones de amistad entre las dos repúblicas.

Mucha agitación se dejó sentir durante una parte del año en lo tocante a los víveres, vale decir que se trataba de la carestía de la carne. Diéronse con ese motivo varios decretos y se entablaron apasionadas discusiones. La carne de mejor calidad había subido a un penique y medio la libra y el clamor público no cesó hasta que fue reducido al precio habitual de un penique.

LOS AUTORES

Carta LXIII

Calamidades del Directorio. Guerra con las provincias. Ley marcial. Código militar. Las degollinas de Dupuy. El asesinato del coronel Morgado y de veintiséis oficiales. La comunicación de Dupuy. Reflexiones. Pueyrredón renuncia en favor de Rondeau. La expedición española frustrada. Guerra civil. Don Manuel de Sarratea gobernador. Lord Cochrane. El general Antonio Balcarce. El refugio de Sánchez. La muerte de Balcarce. Vicente Benavides. La decisión de Sir William Scott. El terremoto de Copiapó. Los hermanos Carrera. Su ejecución. Reflexiones. Conclusión.

El Directorio de Pueyrredón, sostenido por el Congreso Nacional, fue causa de incalculables daños para Buenos Aires. Era el despotismo militar bajo apariencia de legalidad, un gobierno de proscripciones y de venalidad desenfrenada. El cohecho y la corrupción eran los medios con que principalmente se contaba para sostener al Ejecutivo y bajo su patrocinio se había organizado un sistema de contrabando en gran escala como para dilapidar y arruinar el tesoro público mientras llenaba los bolsillos de todos cuantos tenían que ver con la renta, desde el primer mandatario del Estado hasta el empleado más humilde.

A medida que aumentaban las proscripciones acrecían los enemigos de los *pueyrredonistas* y como las dificultades financieras del país iban en aumento, la indignación pública se extendía también cada vez más, presagiando la caída de los corruptores.

Las provincias, en su mayoría, habían sido tratadas con desdén altanero y de ahí que fuera en ellas donde los enemigos de Pueyrredón encontraran los ánimos mejor dispuestos para dar en tierra con el director. El federalismo constituía la aspiración de la mayoría de las provincias; y por eso, si resultaba fácil decidirlas a implantar el sistema por la fuerza, ninguna provincia hubiérase prestado a ayudar a la capital para repeler agresiones armadas en daño del propio poder e influencia provincial.

Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, de acuerdo con el gran

enemigo de Buenos Aires, Artigas, tomaron la delantera en la guerra civil y se pusieron a comienzos de este año (1819) en abierta campaña contra las fuerzas nacionales. El general Juan Ramón Balcarce, después sustituido por el general Viamonte, fue el encargado de mandar un ejército, al que se llamó "Ejército de observación sobre Santa Fe", pero ninguno de estos generales pudo doblegar a los refractarios y rebeldes provincialistas.

Con el objeto de arreglar todas estas cuestiones dejó su ejército auxiliar del Perú el general Belgrano y, prosiguiendo hasta el cuartel general de Viamonte, en Rosario, tuvo de inmediato una entrevista con López, gobernador de Santa Fe y comandante de las fuerzas federales. Este último, gaucho avisado y astuto, vio las dificultades que suponía tener enemigos al frente y a retaguardia, y concluyó un armisticio con Belgrano, en abril, por el que convinieron nombrar comisionados para concertar o concluir un tratado de paz. Pero López estaba entreteniendo y nada más al gobierno de Buenos Aires, como lo veremos luego.[1]

El 25 de febrero Pueyrredón había abierto las sesiones del Congreso, y su propio informe sobre el estado de los negocios políticos revela qué clase de gobierno era aquél. Pueyrredón se expresa así: "Son públicos y son constantes a V. Soberanía los medios de que se valen los enemigos (se refiere a los habitantes de Buenos Aires) para destruir nuestra paz y nuestra libertad. Seducciones, engaños, conspiraciones contra la vida de las primeras autoridades, libelos para infamar su reputación, pasqui-

[1] Así se decía y así sigue repitiéndose hoy. Puede ser... Pero el autor de esta traducción no ha visto ningún documento que autorice a suponer mala fe de parte de López. Conoce, sí, dos oficios, uno de Belgrano y otro de Viamonte que no allegan fama de cándidos a esos generales. Dice el oficio de Viamonte al director: "Yo no he hecho sino conceder lo que absolutamente podía negar... por la falta total de movilidad en que me hallo"... "El armisticio me deja expedito para proveerme de los auxilios necesarios y el ejército se pondrá en aptitud de operar con grandes ventajas"... Dice Belgrano al director: "El armisticio no ha podido ser más a tiempo ni en circunstancias más apuradas... Es conveniente retroceder a la villa de los Ranchos y asegurar ventajas para un golpe decisivo"... ¿Quién engaña a quién? El armisticio fue roto por López, es verdad, pero ¿por qué razón? Sencillamente, porque vio copia de un oficio secreto —así dijo él— dirigido por el director a los portugueses que señoreaban la provincia argentina de la Banda Oriental pidiéndoles la invasión a Entre Ríos y Santa Fe... para exterminar a los rebeldes... Hasta hace poco tiempo cualquiera podía preguntar: ¿donde está el original de ese supuesto documento?... Pero ya ha sido publicado en facsímil ese original... *(N. del T.)*

nes los más inmundos, son las armas que diariamente emplean para alterar la armonía en que reposan las Provincias Unidas. Es amargo al corazón menos sensible tener que emplear la proscripción y el destierro con la frecuencia que lo piden los delitos de perturbación. Aún más, Soberano Señor, es contra el crédito del Estado ver a la autoridad siempre armada y siempre castigando a los turbulentos. Situación tan violenta cansa a los pueblos que la ven, o desalienta a la autoridad que ejecuta".

Y al concluir así Pueyrredón tenía razón, porque, si él no se desalentaba en su sistema armado de proscripciones y destierros, el pueblo estaba ya cansado de ser espectador de tales cosas y acabó condenando al sistema y proscribiendo a Pueyrredón, tal como él y sus agentes habían proscripto a tantos otros.

El discurso del director al abrir el Congreso fue muy significativo; porque el día 4 de marzo, durante la primera semana de sesiones que celebraron los *doctores*, fue autorizado para establecer un tribunal militar —o en otras palabras para establecer la ley marcial— destinado a juzgar todos los casos de sedición o delitos de desorden. Este tribunal empezó por juzgar a dos franceses por sedición y los condenó a muerte. Los amigos de aquellos franceses, el día 25 de Mayo, aniversario de la independencia del país, apelaron al Congreso. El Congreso los envió ante Pueyrredón, Pueyrredón ante el Tribunal y así Robert y Lagresse fueron ejecutados.

Pretendía Pueyrredón que la *panacea* de todos los males del Estado estaba en la publicación de una constitución de papel, por el Congreso, constitución en la que se habían absorbido las abstrusas meditaciones de los diputados, y la constitución fue impresa, publicada y proclamada; aunque, excusaría decirlo, no ejerció ningún efecto en las proscripciones ni en los pasquines.

Los prisioneros de guerra españoles en Chile y en Montevideo en los comienzos de la revolución, habían sido enviados a San Luis, villorrio miserable aunque adornado con el nombre de ciudad de San Luis. Está a unas ochenta leguas de Mendoza, sobre el camino real entre esta última ciudad y Buenos Aires.

El gobernador de San Luis era un coronel Vicente Dupuy, hombre feroz y cobarde, si puede decirse así, hechura de Pueyrredón y carcelero de los oficiales españoles prisioneros de guerra.

Una horrible matanza de estos prisioneros se produjo el día 8 de febrero y antes de hacer ningún comentario al respecto va-

mos a dar, tan claramente como sea posible, el propio informe que dio Dupuy sobre el suceso. A las once de la mañana del día 8, Dupuy informa a Luzuriaga, gobernador de la provincia de Cuyo, de que, dos horas antes, había recibido una visita de cortesía de los españoles brigadier Ordóñez, coronel Rivera, coronel Morgado, teniente coronel Morla, capitán Carretero y teniente Barguillo. Después de los cumplimientos ordinarios, Carretero, levantándose, le había dicho: "So pícaro, éstos son los momentos en que debe expirar usted; toda la América está perdida y de ésta no se escapa usted". Al mismo tiempo, Carretero, Barguillo y Rivera se arrojaron contra el gobernador Dupuy armados con puñales mientras los otros se preparaban a lo mismo. Dupuy retrocedió hasta el extremo de la pieza y allí, de un puñetazo, derribó a Morgado por tierra. Como los otros se fueron sobre él, no pudo menos de caer al suelo, donde recibió algunas contusiones en el rostro, antes de que pudiera ponerse de pie como lo hizo. En este momento se oyeron tiros de la parte de afuera de la casa; era la ciudad que se resistía a los demás prisioneros. "Debo observar a V. S. (así dice el incomprensible párrafo del despacho de Dupuy en este punto de la narración) que la misma circunstancia de que ellos se prometieron el triunfo, ha sido la que ha trastornado sus planes: tal es la simultaneidad de acción, porque habiendo atacado el cuartel en el mismo momento que invadieron mi casa y la sitiaron, la tropa se alarmó, y el pueblo, como por una explosión eléctrica, se puso en armas y observando que la puerta de mi casa estaba cerrada, hicieron esfuerzos para abrirla, lo que hizo conocer a los que se hallaban conmigo, que su plan había abortado." Llenos de terror, los oficiales suplicaron por sus vidas a Dupuy, quien, bajo pretexto de aquietar al pueblo desde la ventana, salió afuera. Los que estaban afuera, se precipitaron entonces en la casa y atacaron a los prisioneros, quienes resistiéronse como pudieron, resultando herido el secretario de Dupuy, capitán Riveros. "Éste fue el instante —continúa Dupuy— en que los deberes de la autoridad se pusieron de acuerdo con la justa indignación del pueblo. Yo los mandé degollar en el acto, y expiaron su crimen en mi presencia, y a la vista de un pueblo inocente y generoso donde no han recibido sino hospitalidad y beneficios; el coronel Morgado murió a mis manos."

Después de encomiar la moderación del pueblo y su propia conducta, Dupuy continúa así: "Los que se hallaban presos en el cuartel, combinados con los demás que vivían fuera, experi-

mentaron la misma suerte (fueron degollados); sin embargo en el primer momento de sorpresa se apoderaron de las armas; pero bien pronto las perdieron y murieron con ellas en la mano; entre éstos se distinguió el intendente de ejército don Miguel Barroeta y el teniente coronel Arras, pues aquél con sable en mano y éste con un fusil, defendieron su puesto hasta expirar". Dice Dupuy, que, a más del capitán Riveros, no tuvo sino dos soldados heridos.

Tal es, en sustancia, el terrible despacho de Dupuy. Termina con la ominosa lista de los pobres españoles a quienes dio muerte cruel y que fueron.

1 El brazo Ordóñez, brigadier general.
3 Coroneles.
6 Capitanes.
6 Tenientes.
7 Subtenientes.
1 Pagador de ejército.
1 Asistente del pagador.

En total 27 oficiales.

El 11 de febrero Dupuy envía una copia del despacho que acabo de analizar a Pueyrredón, agregando que era indudable que los conspiradores españoles intentaban unirse al general Alvear y a Carrera; pero esta parte del despacho de Dupuy tiene un aire tan evidente de apócrifo —y es en verdad tan disparatado— que no tenemos duda de que se trata de una interpolación del editor de la *Gaceta* ministerial quien, *per fas et per nefas*, quería adaptarlo todo y referirlo todo a las maquinaciones de los enemigos personales de Pueyrredón.

El 21 de febrero Dupuy envía al director del Estado su despacho en el que encontramos una o dos importantes discrepancias con su primer despacho (original) a Luzuriaga. Ahora Dupuy afirma que solamente tres de los seis oficiales mencionados en su oficio a Luzuriaga entraron al principio en su despacho: Morgado, Morla y Carretero; y luego dice que Carretero, tras refinadas expresiones de amistad, sacó un puñal y le tiró un golpe, golpe que él (Dupuy) desvió con su brazo izquierdo. Entraron en seguida los otros oficiales; y luego viene la pasmosa aserción de que, caído en el suelo, atacado con puñales, seis hombres contra uno, y este uno, él, desarmado, ¡se levantó con algunas contusiones en el rostro!...

En este *segundo* despacho, Dupuy dice además que el realista coronel Rivera, se mató con su propia carabina. ¡Con su propia carabina!... Prisioneros de guerra, que hacen una visita de etiqueta al gobernador, y uno de ellos, coronel en servicio (un prisionero de guerra) ¡con una carabina en la mano! Y puñales y carabinas y seis bravos oficiales contra uno, tratando de asesinarlo... ¡Y él en el suelo, y levantándose luego con algunas contusiones en el rostro!...

Si algo se necesitaba para marcar los despachos de Dupuy desde el principio hasta el fin con el sello indeleble de la perfidia, se encuentra en las notas excusatorias del editor de la *Gaceta* ministerial: "Los enemigos de América (quiere decir de Pueyrredón) querrán persuadir, para desacreditar nuestra causa, que el suceso de San Luis ha sido un efecto de siniestras maniobras por parte del teniente gobernador Dupuy, y quizá se extiendan a que *por parte de una autoridad superior*".

"El parte no explica bien cómo sólo fueron contusiones las que debieron ser heridas." "Nuestros enemigos, y aun algunos que no parecen serlo, encuentran poca lenidad en la ejecución de unos hombres que ya estaban rendidos... Debe economizarse la sangre, no debe hacerse un placer en derramarla; estamos en estos principios. ¿Se cree que no se ha obrado así en San Luis? Esto va en el modo de ver."

Queremos ahora referirnos a unas notas que escribimos después de leer los despachos de Dupuy. Son tres. Y encontramos que están así asentadas: "Feb. 8. Masacre de los prisioneros de guerra españoles. Feb. 11. Algo más sobre la carnicería de Dupuy. Feb. 21. El carnicero Dupuy".

Quizá, después de una lectura detenida de sus despachos, los lectores se sientan inclinados a resumir tal como nosotros lo hicimos.

Hemos omitido decir que, después de la primera matanza, Dupuy ordenó que fueran ejecutados seis oficiales y dos soldados más, y que todos fueron ejecutados como se ordenó.

No debemos tampoco terminar los detalles de esta matanza —porque no hay duda de que lo fue— sin hacer, de paso, una observación. La guerra de la independencia en el Río de la Plata, Chile y Perú no fue como la guerra en Venezuela, guerra de exterminio y carnicería. Allá el sanguinario general realista Morillo marcó con huellas de sangre los pasos dados por los patriotas para establecer la libertad. En las comarcas antes menciona-

das medió un principio de humanidad que se hizo sentir en ambos bandos y alivió en gran manera los horrores de la guerra. Algunas crueldades ocasionales se cometieron —sin duda— de una y otra parte, pero creemos firmemente que las menos fueron cometidas por los americanos. Por eso el acto de Dupuy, aunque no podamos menos de considerarlo como una mancha que ensucia una página de la historia de Sud-América, no debe considerarse tampoco revelador del carácter de un pueblo, sino más bien como excepción a la regla general de humanidad e indulgencia con que ese pueblo se comportó habitualmente para con sus enemigos.

Las dificultades en que se hallaba Pueyrredón comenzaron a hacerse visibles para todos y, persuadido él mismo de lo que ocurría, resolvió dar un paso prudente retirándose a la sombra desde donde siguió prestando su apoyo al sistema que había instaurado. Según la costumbre de los gobernantes en el Río de la Plata, renunció por tres veces el Directorio antes de que la renuncia fuera aceptada por el Congreso. Por último, el 9 de junio, se le permitió abandonar el poder. En su lugar fue designado el general Rondeau (hasta la elección de las cámaras creadas por la nueva constitución), quien, después de resistirse modestamente, vino a ser Director del Estado.

El general Pueyrredón era un lindo hombre, muy bien educado, de porte y maneras aristocráticas. No poseía mucho talento, pero tampoco estaba destituido de aptitudes naturales. Mientras ejerció el gobierno estuvo dirigido en todo y gobernado por el doctor Tagle, su primer secretario de Estado, el más inescrupuloso de los ministros y un mal hombre, aunque inteligente. Muchos de los males del gobierno de Pueyrredón se debieron a la influencia nefasta de aquel Maquiavelo sudamericano, que era, como es natural, odiado en todas partes.

Uno de los primeros actos públicos del nuevo director Rondeau fue anunciar al pueblo por medio de una proclama el apresto de una expedición española destinada a invadir el Río de la Plata. "Todo anuncia un plan vasto —decía—, un proyecto grande para hostilizarnos. Las últimas noticias aseguran que en todo el presente mes (de junio), a más tardar, debe salir de Cádiz la flota tantas veces anunciada."

Vasto era en verdad el esfuerzo de España para descargar un golpe decisivo que le permitiera recobrar sus posesiones de allende el mar, y los sudamericanos preparábanse resueltamente

a resistirlo. La expedición debía componerse de no menos de treinta navíos de guerra, otros tantos cañoneros y ciento veinte transportes para conducir veinte mil hombres. Los valientes porteños contemplaron el peligro y no sintieron vacilar su ánimo. Sin embargo, la gran expedición estaba destinada a no salir nunca de Cádiz. El extraordinario suceso que desvió aquella empresa, que la paralizó y terminó por disgregar a todos sus formidables elementos, pertenece a la historia de España. Bástenos decir que el desafecto de las tropas, la irresolución de los jefes, la fiebre amarilla y la decisiva victoria de los constitucionales sobre los absolutistas, dieron sucesivos golpes a la expedición y finalmente la desviaron por completo de su destino.

De tal manera, antes de terminar el año 1819 San Martín estaba una vez más en condiciones de concentrar toda su atención en la expedición al Perú y los porteños libres para renovar con ardor sus guerras intestinas.

López, gobernador de Santa Fe, que, como hemos dicho en páginas anteriores, había firmado un armisticio para ganar tiempo, continuó entreteniendo a los comisionados de Buenos Aires hasta el mes de octubre, en que, sin ninguna ceremonia reanudó las hostilidades contra la capital. El 1° de noviembre el director Rondeau entró personalmente en campaña y se encontró con que las tropas aliadas federales, dirigidas por López, Ramírez y Carrera, estaban haciendo rápidos avances sobre la metrópoli. Los habitantes de Buenos Aires se hallaban perturbados y divididos en facciones; los federales unidos, y en consecuencia ganaban invariablemente terreno. En la ciudad reinaba indescriptible confusión mientras las fuerzas provinciales iban avanzando sobre ella, después de haber ganado una batalla el día 1° de febrero de 1820. Ese mismo día fue elegido director sustituto don Juan Pablo Aguirre, primer acto público éste en que se advirtió la influencia del partido federal de la ciudad. Entonces, el día 4, el Congreso ordenó poner la ciudad en estado de defensa. Todo era ya en vano. El día 7 Buenos Aires se dispuso a tratar. El Cabildo se hallaba en ebullición. Varios de sus miembros fueron nombrados el día 9 para tratar con el general del ejército federal, don Francisco Ramírez. El día 11, disuelto tumultuosamente el Congreso, Rondeau fue obligado a renunciar y estos dos sucesos dieron el *coup de grace* al partido pueyrredonista y al poder central de la capital. Puede decirse que los ciudadanos se rindieron a los gauchos a discreción; y Buenos Aires se vio

obligada a sufrir por un tiempo, impuesta por aquellos niños rebeldes de las provincias, la misma imperiosa ley que ella les había hecho sentir durante diez años.

La misma municipalidad, que había estado tan preocupada con el desorden de las facciones, resultó disuelta en un cabildo abierto el día 16 y un cierto número de ciudadanos influyentes fueron autorizados a nombrar gobernador de Buenos Aires. El día 17 eligieron a don Manuel de Sarratea, caballero de talento y de carácter, pero vehemente enemigo de Pueyrredón. Se creó también otro cabildo, favorable al nuevo orden de cosas, y los federalistas se encontraron en el cenit de su poderío.

Debemos observar que el general Pueyrredón, viendo que su persona estaba en peligro, escapó[1] el día 31, disfrazado y furtivamente, a bordo de un buque inglés que estaba en la rada exterior y fue auxiliado por uno de los comerciantes ingleses más influyentes.

Mientras estos hechos ocurrían en la capital del Río de la Plata, otros sucesos más prósperos y satisfactorios se daban en Chile y el Perú. En los comienzos de 1819, lord Cochrane, que había abrazado la causa de los sudamericanos, tomó el mando como almirante de la escuadra chilena con general aplauso, e izó su insignia a bordo de la fragata *O'Higgins*. La escuadra se componía de ese buque y otros que llevaban los nombres de *San Martín*, *Lautaro*, *Chacabuco*, *Pueyrredón* y *Galvarino*. Lord Cochrane se propuso bloquear El Callao con parte de su fuerza y con el resto mantener en alarma las costas. El 28 de febrero llevó un ataque muy valiente sobre los navíos que estaban en El Callao y obligó a los realistas a mantenerse bajo el fuego de los cañones de sus baterías. Hizo también varios desembarcos afortunados sobre otras costas y tomó presas valiosas.

En suma, teniendo que habérselas con un espíritu tan activo como el de Cochrane, Pezuela se vio reducido a vivir en constante *qui vive*. El almirante hizo presa de un *brig* estadounidense que entraba a El Callao con abundante provisión de armas y municiones, quitó a un barco francés bienes españoles por valor de sesenta mil pesos y, habiendo atacado y apoderádose de Payta, se incautó de todos los fondos públicos allí existentes. En todas partes tuvo consideraciones para los patriotas e hizo cir-

[1] Fue desterrado por el Congreso, que ya estaba "en las últimas", y escapó a Montevideo donde le dieron asilo los portugueses. *(N. del T.)*

cular abundantes proclamas y documentos llamándolos a romper el yugo de los españoles. Los afanes de lord Cochrane por arrojar cohetes a la *Congreve* y bombas dentro de los castillos de El Callao, no tuvieron mucho éxito, si bien el coronel Charles y el mayor Miller merecieron elogios por su gran desempeño, particularmente el último por la pericia con que supo dirigir las bombas que se arrojaban. Éstos fueron los principales acontecimientos navales del año.

Las fuerzas realistas de tierra, después de la victoria de Maipo, no estaban en condiciones de hacer resistencia contra las patriotas. El general Antonio Balcarce siguió a Lantaño desde Chillán a través del Bío-Bío, y retirándose Lantaño desde allí hacia las fortalezas de Valdivia, fue todavía perseguido vivamente, de manera tal que se produjo casi la completa dispersión de los realistas por las abruptas montañas y por los bosques impenetrables del lejano sur. El general San Martín se refiere a esa retirada, efectuada en semejantes circunstancias, como a "la conclusión de la guerra en toda la extensión del Estado de Chile", y este feliz resultado lo atribuye a la "inteligencia y la celeridad de las medidas militares que ha adoptado en esta campaña el señor general Balcarce", agregando que "redundarán en todo tiempo honor y gloria a su nombre". "No porque haya dejado de ser sangrienta esta campaña —concluye San Martín— recomienda menos el valor y la energía de los bravos que la han conducido."

Así terminaron las fuerzas realistas de Lantaño y el mismo destino les estaba deparado a las que mandaba el coronel español Sánchez. "Era —dice Balcarce— constante opresor del suelo chileno y el más tenaz y empeñoso en conservar la ocupación de esta provincia; queda arrojado de ella en forma que es muy fundado asegurar no volverá jamás a repetir los horrores y desgracias en que por el dilatado tiempo de ocho años la ha tenido sumergida."

Cuando Sánchez supo que Balcarce había pasado el Bío-Bío, se internó en territorio de los indios hasta un lugar denominado Angol. Desde allí partió apresuradamente por el difícil camino de la cordillera y tuvo que descender a la costa en procura de Valdivia. Como iba destituido de todo recurso, Balcarce consideraba que la retirada de Sánchez importaba un enorme desastre. "El equipaje de cuantos le acompañan ha quedado reducido al vestido que llevan puesto; sus municiones a las que

han podido conservar en las cartucheras; la mayor parte sigue la marcha a pie y sin calzado; sus víveres no pasaban de veinte reses a su partida de Ángol; le siguen un crecido número de mujeres, incluidas las monjas de Concepción, todas a pie y descalzas, que van regando con sus lágrimas cada paso que dan, y que le entorpecen el adelantamiento de sus marchas. La consideración de cuadro tan lamentable no pudo dejar de compadecerme y traté de remediarlo ofreciendo a Sánchez la capitulación más generosa, pero hasta ahora no he tenido ningunas resultas. Son tan horrendos los crímenes cometidos en este país, que nada podrá persuadirle que cabe sobre ellos indulto."

A todos cuantos volvían atrás, Balcarce los dejaba seguir tranquilamente su camino. La fuerza que siguió fiel a Sánchez ascendía por último a cuatrocientos o quinientos hombres, restos desgraciados de la expedición de Cádiz que habían salido en el convoy de la *Reina María Isabel.* Y tal fue también en verdad el miserable fin de la dominación española en Chile, dominación perdida para entonces y que los españoles no podrían recuperar jamás.

Balcarce fue secundado en su campaña de manera muy noble por sus oficiales, a todos los cuales menciona en términos de ilimitado encomio: entre ellos encontramos a nuestro amigo el coronel Manuel Escalada y muchos de los otros bravos oficiales mencionados en las anteriores campañas. El propio general Balcarce sucumbió ¡ay! a las fatigas de su empresa y murió a mediados de ese año. Era uno de los mejores hombres que produjo la revolución y uno de sus más bravos oficiales; su pérdida fue lamentada en todas partes y por eso el gobierno de Buenos Aires le dedicó honores fúnebres a expensas del Estado.

Todavía nos queda por mencionar a Vicente Benavides, caudillo realista que fue obligado también a ocultarse en la región del sur perseguido por el coronel Freire, distinguido oficial chileno. Freire cuenta muchas atrocidades de aquel hombre que hizo correr mucha sangre en forma inhumana. Escapó Benavides con algunos pocos secuaces pero sus crímenes encontraron, tiempo después, el castigo que merecían. Debe observarse a su respecto que, si bien proclamaba la causa realista, era más un jefe de *banditi*, sin ley ninguna, que un oficial de las fuerzas del Rey.

Por lo que hace a la guerra en el Alto Perú, nada se hizo en la primera parte de 1819 y hacia el mes de mayo el general realista La Serna comenzó su retirada hacía Potosí, adonde llegó el 10 de mayo. Esto puso fin a la guerra en toda aquella región y el campo de operaciones fue desplazado al Bajo Perú.

En este año fue resuelta por sir William Scott en la Corte del Almirantazgo una causa que tiene inmediata relación con el nuevo orden de cosas instaurado en el Río de la Plata. El navío *Hércules*, obsequiado por el gobierno de Buenos Aires al almirante Brown ya mencionado con elogio en estos volúmenes, fue equipado por Brown como corsario e hizo algunas presas en el Pacífico (véase pág. 305). Tiempo después, y habiendo dejado la costa oriental, se vio forzado por falta de provisiones, por el mal estado del navío y por la conducta rebelde de su tripulación, a atracar en las Barbados donde se abasteció con la ayuda de las autoridades; luego se hizo a la mar pero, pasado poco tiempo, fue abordado y tomado su barco por el navío *Brazen* del servicio de S. M. B. al mando del capitán Stirling. El barco de Brown fue llevado como presa hasta la Antigua, donde navío y cargo (éste muy valioso) resultaron condenados bajo acusación de violar nuestras leyes de aduana. Brown apeló ante la Alta Corte del Almirantazgo y allí sir William Scott dio un fallo muy bien meditado que anulaba todo el procedimiento seguido en la Antigua y devolvía a Brown el barco y el cargo. El ministro español recurrió ante la Corte para reclamar el cargo porque se trataba de bienes españoles, pero sir William negó el recurso alegando que su Corte no tenía jurisdicción.

El 9 de mayo don Tomás Guido informó al gobierno sobre el terrible terremoto acaecido en Copiapó (Chile) que destruyó la iglesia de La Merced y la mitad de los edificios de la ciudad, llenando de pavor a los habitantes, que se retiraron a los montes. Los señores Cood y Stewart, caballeros ingleses que viajaban de Ballenar a Copiapó fueron arrojados de sus caballos mientras la tierra seguía estremeciéndose en forma espantosa por espacio de varios minutos. "La tierra —dice el señor Guido en otro despacho— se abrió en varias partes dejando cavidades profundas, el mar salió de su centro a cinco cuadras de distancia, y más de tres mil personas errantes por la campaña huían de los estragos del terremoto."

El último suceso que debe detener nuestra atención en el curso de este año es el destino de los tres hermanos Carrera, que han sido ya mencionados incidentalmente en las páginas de esta obra. Pertenecían los hermanos Carrera a una de las primeras fa-

milias de Chile y fueron los primeros, los más esforzados y más gallardos defensores de la independencia de su patria. Esta parte de la historia de los Carrera pertenece a Chile y será el caso de mencionarla con mayor oportunidad al ocuparme de aquel país. Aunque decididos patriotas, los Carrera eran, sin embargo, hombres orgullosos, ambiciosos y tercos. No solamente los españoles; muchos chilenos también sentíanse amedrentados ante estos hombres y ante los designios que los animaban. Habían fracasado los Carrera en sus intentos para libertar a Chile (1813-1814) y debieron huir a Buenos Aires, el padre, los tres hijos y una hija. Por ese tiempo San Martín, como hemos visto, tomó en sus manos la causa de Chile y logró arrancar este país a la vieja España. Se supuso que los Carrera, cuyo genio turbulento no se conciliaba con el tranquilo pero firme carácter de San Martín, vieron con gran disgusto la emancipación de Chile puesta en manos de un extranjero; y se ha sostenido también, pero sin aducir prueba alguna, que intrigaron inesperadamente entre sus partidarios de Chile para derrocar a los verdaderos autores de la revolución, San Martín y O'Higgins.

Sea esto como fuere, creíase que era una *necesidad política* librarse de estos gallardos hombres y Pueyrredón fue voluntariamente cómplice e instrumento para consumar esa fatal determinación.

En consecuencia, dos de los hermanos, mientras descansaban seguros de estar bajo la protección de un gobierno amigo, fueron arrestados en Buenos Aires por la noche y enviados a Mendoza.[1] Ya en esta ciudad se siguió una parodia de proceso cuyos detalles son tan despreciables que no vale la pena sacarlos a la luz. El resultado, como se tenía ya previamente dispuesto, fue el asesinato legal de los dos hermanos. Sacados juntos de la prisión se los fusiló. El tercer hermano, ofendido hasta la locura y sediento de venganza, se unió a las tropas de la montonera y no pudiendo vengarse por esos medios, se incorporó a una horda de indios, cometió algunos excesos, fue tomado prisionero y también fusilado. La hermana durante ese tiempo estuvo prisionera en un convento de monjas.

[1] Esto no es exacto. Juan José y Luis Carrera fueron detenidos en viaje a Mendoza, disfrazados y ya cerca de esa ciudad, a la que se encaminaban con propósitos subversivos y con el plan de pasar a Chile. Sin duda, no merecían la muerte, pero tampoco eran dos bienaventurados. *(N. del T.)*

Pero la escena más sombría de esta tragedia queda todavía por verse: el padre de los Carrera cayó enfermo del pesar y la ansiedad que le causó el saber a sus hijos presos y luego fusilados en Mendoza. Estaba agobiado por estas aflicciones físicas y morales y confinado en su lecho, cuando el gobierno de Buenos Aires[1] con un refinamiento de crueldad, quizá sin paralelo, permitió a los oficiales de justicia enviar al padre anciano la cuenta de *los gastos efectuados en la ejecución de sus dos hijos* y la requisición de pago. El anciano miró la comunicación, la dejó sobre la almohada, rechazó toda clase de consuelos y falleció dos o tres días después.

Hechos como estos, tenidos, como los tenemos, por innegables y auténticos, no pueden ser borrados de nuestros apuntes históricos; pero una vez más, prevenimos al lector que eran excepciones, por lo menos en el tiempo a que nos referimos, excepciones a la regla general de conducta seguida durante la revolución. Los sentimientos del pueblo en general eran más inclinados al perdón que al sacrificio de sus enemigos y tratándose de hombres como San Martín y O'Higgins, debe considerarse solamente su viva aprensión por el peligro que corría la causa, un temor exagerado por los efectos de la intriga, que llegaba hasta ofuscar su razón y hasta llevarlos a cometer o a permitir un sombrío crimen político como el asesinato legal de los Carrera.[2]

Se hace generalmente una distinción entre el delito privado y el delito público y esta distinción en nada favorece al desarrollo del verdadero patriotismo. La conveniencia política es la desdichada excusa de que se echa mano para abandonar los más elementales principios de justicia y de moral pública; y muchos que en su vida privada se estremecerían ante la idea de cometer grandes crímenes, no vacilan como hombres públicos en autorizarlos con sus nombres y en verse comprometidos en acciones cuya perpetración constituye a menudo un tenebroso delito. Pero en tales casos no debe confundirse a la Nación con los autores de esos delitos de carácter político. Casi nunca se establece simpatía entre una y otros; por el contrario, la opinión pública casi siempre considera oprobiosos aquellos actos de violen-

[1] Debió decir "el gobierno de Chile". Fue O'Higgins el autor de esa maldad. Toda la documentación ha sido publicada. *(N. del T.)*

[2] La verdad es que el general San Martín no tuvo intervención en ese proceso. *(N. del T.)*

cia, de matanza o de ultraje, para los cuales no se encuentra mejor defensa que decir que se debieron a conveniencias públicas o a necesidades políticas. Los habitantes del Río de la Plata constituían un pueblo valiente y, tomado en su conjunto, muy humano. En consecuencia, aunque se hallaba con frecuencia inhabilitado para controlar a sus gobernantes, siempre ese pueblo estaba dispuesto a hacer justicia a quien se comportaba bien en el gobierno, a condenar los actos públicos que no soportaban, por su naturaleza, una investigación, o a exigir la averiguación pública de esos hechos.

Con la caída del Directorio y la disolución del Congreso Nacional, se cierra la primera gran época de la revolución en las Provincias del Río de la Plata, y con la exposición de estos sucesos —según nuestro plan— damos por terminada esta serie de *Cartas de Sud-América*.

Los Autores

Apéndices

Apéndice I
(vol. I)

La carta que transcribimos a continuación fue recibida cuando ya este libro estaba en la imprenta. Insertámosla literalmente y suprimiendo apenas el nombre del autor porque, en las presentes circunstancias, agitadas todavía, podríamos causar un daño a quien la escribió y a sus parientes y amigos. En cuanto a la autenticidad de la carta y su veracidad, podemos garantizarlas, por cuanto el autor ha mantenido negocios con nosotros durante muchos años.

Montevideo, 8 de octubre de 1841

Muy señores míos:

El día 11 de agosto me alejé de la República [del Paraguay] y llegué a este puerto el 19 del mes pasado. Su amigo de ustedes don Andrés Gómez estuvo prisionero en un calabozo durante mucho tiempo, completamente incomunicado sin que pudieran verlo sus amigos, y además engrillado. El 13 de mayo de 1835 padeció la última pena sin que ningún proceso se hubiera instaurado contra él. El 2 de septiembre de 1840 murió el Dictador y el día 20 de octubre yo, y ciento veintidós individuos de la capital (Asunción) fuimos puestos en libertad y salimos de los calabozos en que la mayor parte habíamos estado encerrados desde el 18 de diciembre de 1827.

El actual gobierno, aunque muy despacio, sigue una línea de

conducta distinta a la de Francia. Ni ustedes, ni persona alguna que hubiera conocido al Paraguay, reconocerían en él, ahora, el mismo país. Ha sido asolado y está hecho un desierto como consecuencia de los veinte años de sosiego. Yo estoy ahora al frente de una nueva casa de comercio y mucho les agradecería que me hicieran saber algo de ustedes con relación a los establecimientos que dirigen.

Cuento volver pronto al Paraguay con el propósito de organizar una casa y establecerme definitivamente allí, y tengo buenas ofertas de Buenos Aires y plenos poderes de algunos amigos del Paraguay para hacer contratos con el nuevo gobierno.

Me lisonjeo de que no saldré decepcionado en mis esperanzas de buen éxito y me aventuro a solicitar el valimiento de ustedes y su ayuda en favor de mi empresa.

Soy de ustedes, etcétera.

(Firmado)

Los interesantes documentos de este apéndice firmados con las iniciales M. M. nos han sido proporcionados por nuestro amable e inteligente amigo Su Excelencia don Manuel Moreno, hermano del lamentado doctor Mariano Moreno, el autor, podríamos decir, de la Revolución de Sud-América y, como todos lo reconocen, el más elocuente abogado de los principios revolucionarios. El hermano sobreviviente es ahora ministro plenipotenciario en la corte de Inglaterra y muy complacidos insertamos sus observaciones y notas históricas, porque él ha sido actor muy principal en agitados episodios de la emancipación y agudo e imparcial observador del desarrollo general de la revolución. Por eso no puede darse mejor testimonio que el suyo[1] sobre la veracidad y exactitud de nuestros pormenores históricos que, antes de ir a la imprenta, le han sido sometidos en manuscrito para su lectura.

Los autores

[1] Si algún testimonio sospechoso había era el de Manuel Moreno para hablar de su hermano Mariano. *(N. del T.)*

Apéndice II
(vol. II)

La interpretación dada por Robertson a la exclamación de Moreno es la correcta. La revolución o guerra de independencia fue necesaria, era de esperarse y de hecho fue provocada y adoptada en el entusiasmo del 25 de Mayo.

Pero lo que ha decepcionado a los patriotas de aquel día es la guerra civil y las discordias entre americanos, que aún hoy, después de treinta y tres años se sostienen con más rencor que nunca. Es la triste suerte de casi todos los hombres generosos que saludaron con tanta confianza la aurora de la libertad de su país; y esta guerra civil ha sido la causa del retardo, o más bien de la privación de aquella libertad tan ardientemente invocada en un principio. La generación que difundió el grito de la revolución y de la reforma en otras regiones ha desaparecido bajo la opresión y la persecución de los partidos. Quienes siguieran a esa generación, y ahora dirigen los asuntos de aquellos países, están todavía lejos de gozar de la libertad y las bendiciones que invocó el 25 de Mayo de 1810, aunque la posesión de la libertad parecía tan fácil y segura. De ahí nacieron las ilusiones que no puedo ahora sino registrar con pena, como que participé de ellas en aquel día memorable y debo pagarles el tributo de mi pesar, que no es arrepentimiento, sino una especie de protesta contra las fallas y faltas de la revolución.

M. M.

Apéndice III
(vol. II)

Liniers

Liniers era francés, no solamente por su origen sino por su nacimiento, como lo era también su hermano, el conde de Liniers, que murió en Buenos Aires durante el gobierno de su hermano. Ambos estaban al servicio de España y lo habían estado por muchos años desde su juventud.

El conde tenía el grado de coronel de infantería y su hermano era capitán de una línea de barcos de guerra en la armada real. No se sabe cómo emigraron a España pero se cree que lo hicie-

ron siguiendo el ejemplo de muchos irlandeses de buena familia pero escasa fortuna que entraron (y están todavía) al servicio de España. No es de extrañar que, siendo francés, Liniers despertara sospechas durante su gobierno y que esto haya contribuido a hacerlo odioso, porque la causa principal de la cuestión estaba en su calidad de francés.

Liniers hablaba un español muy malo, mucho peor que el francés de Napoleón, y esto daba lugar a que se pusiera de manifiesto siempre su origen ante el pueblo. El conde hablaba todavía menos la lengua del país; de manera que en el círculo gobernante no se hablaba sino francés, es decir la lengua de una nación decididamente enemiga de España.[1]

En la corte de algunos reyes de Inglaterra una circunstancia parecida tuvo derivaciones políticas que han sido consignadas por los historiadores, quienes dicen —por ejemplo— que el monarca se rodeaba de amigos extranjeros y que estaba sometido a la lisonja de los franceses. Era el caso de Liniers.

Aunque la silueta que trazo de él es exacta y verdadera, debo decir que su franco y generoso espíritu lo redimía de no pocas de sus flaquezas, y difícil es evitar la compasión que inspira su destino, si bien él mismo lo atrajo sobre sí por su imprudencia y sus errores.

M. M.

APÉNDICE IV
(vol. II)

El palillo de dientes...

Es natural que en Europa un cargo semejante, incluido en documento público, parezca extraño y aun pueril. Pero téngase en cuenta que la manera de ser y las costumbres de la América española califican esta falta de educación, demostrada por el fiscal de la Audiencia, como un imperdonable insulto y no podían considerarlo en este caso sino como una ofensa premeditada contra la Junta.

Hasta no hace mucho tiempo, si una persona respetable ca-

[1] Enemiga de España desde 1808, pero vinculada dinásticamente a ella y regente de su política internacional desde un siglo atrás. *(N. del T.)*

minaba por las calles de Buenos Aires y notaba que otro pasaba junto a él sin saludarlo, o sin quitarse el sombrero, se consideraba mortalmente ofendida. Este exceso de cortesía y urbanidad ha pasado hoy casi por completo debido al comercio y al intercambio general con los extranjeros, pero existía en 1810 y todavía pueden observarse algunos de sus vestigios. Todavía es común en el país saludar a personas desconocidas, y un gaucho es capaz, no solamente de abrigar un mal sentimiento contra la persona que pasa junto a él sin darle los buenos días, sino que puede aún buscarle querella y terminar por darle una puñalada.

De tal modo, era considerado no solamente algo muy impropio en Buenos Aires escarbarse los dientes sino también ofensivo, y el hecho prueba claramente la altanería y la insolencia del fiscal para con el gobierno. En cada país las cosas existen y tienen su importancia según las ideas recibidas y las costumbres adoptadas. En 1830 el señor Anchorena, ministro de Gobierno, hizo poner preso a un ingeniero francés de apellido Ponce por no haberlo saludado quitándose el sombrero en la calle, y dio el ministro la orden de no ponerlo en libertad mientras no hiciera tres reverencias al verdugo. Ponce accedió, hizo tres profundas reverencias al distinguido oficial de justicia, y con ello fue puesto en libertad. Por fortuna, monsieur Ponce era hombre de condición moderada y pacífica y el asunto no tuvo consecuencias, pero en otras circunstancias, el caso hubiera podido motivar un conflicto con el cónsul francés y probablemente haber ocasionado un bloqueo.

M. M.

APÉNDICE V
(vol. II)

Los veintidós miembros del Ejecutivo

Esta exótica, por no decir torpe resolución que transformó en ministros del Ejecutivo y en administradores de la revolución a quienes habían sido convocados para ser legisladores[1] tuvo, como era de esperarse, resultados muy funestos. El edificio apareció

[1] No es exacto. Según la circular de la Junta de fecha 27 de mayo, firmada por Moreno, los diputados de los cabildos debían incorporarse a la misma Junta. Pero se ha creído conveniente alterar la verdad para exaltar la memoria

desde ese momento débil y vacilante sobre sus mal colocados cimientos. La nave del Estado podría haber sido representada no sólo bajo el lema de otras Provincias Unidas, más prudente, *incerta quo fata ferant*, sino como si tuviera tal rumbo en el casco e hiciera tanta agua que difícilmente dejaría de encallarse y hundirse.

Los dichos diputados, habiéndose negado a constituir el congreso que podían y debían establecer, la anarquía y la confusión prevalecieron en la mente de los hombres y se hizo así imposible la formación de ese cuerpo legislativo. Aunque en distintas ocasiones legisladores que vinieron después trataron de formar una asamblea regular, lo cierto es que el Estado se encuentra todavía sin ninguna convención definida y sin la división de los poderes y cuerpos legislativos que requiere la civilización actual y de que gozan otros Estados, aun de Sud-América. Ésta es la explicación de la gran anomalía que contemplamos y el efecto es de deplorar en la actual organización del gobierno de Buenos Aires.

Ese gran error de los diputados de 1810 y luego el motín de Saavedra, del 5 y 6 de abril de 1811, que fue su corolario, son los dos hechos que adulteraron y corrompieron la reforma en su nacimiento; sí, verdaderamente en su cuna.

De esta *emeute* del 5 y 6 de abril, dirigida y guiada por Saavedra, contra un solemne acuerdo del Gobierno y contra los principales patriotas, será necesario hablar más adelante.

La Junta, no contenta con haberlo subvertido todo en la capital, deseaba hacer lo mismo en las provincias y por eso ordenó que se establecieran juntas en cada una de ellas. Es casi un milagro que esta serie de desatinos y desastres no haya producido la ruina de la revolución.

M. M.

APÉNDICE VI
(vol. II)

Quienes dan comienzo a las revoluciones, se equivocan cuando piensan que podrán siempre dirigirlas y controlarlas. *Hasta allí llegarás y no más lejos...* Las revoluciones dejan por lo gene-

---

de Moreno y exhibirlo como a un mártir de la revolución. Ahora ya la versión está oficializada y no hay documentos que valgan... *(N. del T.)*

ral a sus autores en la sombra: estos son suplantados y pronto sustituidos por otros que se hacen dueños del escenario, los hombres *du lendemain* como los llaman los franceses. Se parecen las revoluciones a ciertas piezas de teatro en las que siempre hay uno que es el engañado, *quequ'un de dupé*, salvo cuando el drama es una tragedia verdadera que exige la muerte del actor principal.

M. M.

APÉNDICE VII
(vol. II)

Los límites de nuestra obra no nos han permitido ocuparnos en detalle de las muchas intrigas a que dieron lugar los infinitos cambios de gobierno en las Provincias Unidas del Río de la Plata, pero la historia que va a continuación, de la *emeute* del 5 y 6 de abril, como la presenta el señor Moreno, es un buen especimen de esos manejos y dará a nuestros lectores idea de los movimientos que servían para sustituir un gobierno por otro.

Tumulto o Emeute del 5 y 6 de abril de 1811

El tumulto o revolución de Saavedra, como se le llama con razón, es un secreto quizá más notable que ningún otro a los ojos del observador, entre cuantos pueden recogerse en la serie de conmociones y cambios que empezamos a ver con tanta frecuencia.

La parte más sorprendente de esta revolución fue que estuvo organizada con el propósito de dar un *coup d'état* a quienes habían hecho la revolución del 25 de Mayo del año precedente. Los autores de la revolución del 5 y 6 de abril de 1811 organizaron una sedición popular, la reunieron y la instigaron con el propósito de asegurar ese golpe.

Bajo este doble aspecto, vale la pena describir esa sedición con algunos detalles y señalarla como la primera ruptura ocurrida entre los americanos que trabajaron por la revolución del 25 de Mayo de 1810 y decir que también tuvo su origen, como otros sucesos que le siguieron, en profundos resentimientos personales.

Los autores de esa revolución —la de Mayo—, que habían

arriesgado por ella todo, hasta la vida, y que eran amigos del doctor Mariano Moreno, habían visto también con asombro a los diputados (del interior) tomar sus asientos entre los miembros del Poder Ejecutivo y a Saavedra asumir una influencia preponderante en la Legislatura.[1] La incapacidad de este gobierno mixto —o más bien de este gran caos de gobierno— se hacía más clara y evidente día por día. Aparte de su nulidad, las ambiguas medidas adoptadas, unidas a la sospecha de coalición con España o con la infanta Carlota, dieron lugar a poner en duda la lealtad del mismo gobierno, aun en el corto período transcurrido desde su instalación.

Como no había tribuna ni prensa que pudieran dar salida a la opinión general, ni servir de válvula de escape al descontento, los ciudadanos expresaban su desaprobación en la única forma en que les era posible hacerlo, empezando por conversaciones privadas que luego se hacían más o menos fuertes y decididas Pero todo en forma verbal, sin que acto alguno pudiera decirse que causara ofensa, de modo que todo cuanto ocurrió no pasó de una mera *agitación*.

Por último, resolvieron (los opositores) reunirse bajo el nombre de *Sociedad Patriótica*, lo que importó más bien una tertulia que celebró sus sesiones en la sala del Café de Marco, y allí establecieron una cátedra que, en época anterior a la que se vivía, hubiera estado a cargo de estudiantes del colegio. La tribuna era libre para todos, para el recién llegado, para el más animado y *degagé* de los miembros que sintiérase dispuesto a la arenga. Los *speeches* que se hacían de vez en cuando tenían más de lo especulativo que de lo práctico; trataban, en abstracto, del amor a la libertad y de los peligros que rodeaban a la causa. La única vez en que la sociedad se ocupó de las medidas del gobierno fue con motivo de la petición que se hizo para obtener la revocatoria de un decreto que se publicó (pero no con mucha intención de llevarlo a efecto), que se refería a la expulsión (dentro del término de tres días) de todos los españoles solteros de la ciudad.[2] Esta petición se hallaba reforzada por otra del Cabildo y fue recibida de inmediato por el Gobierno con entera aprobación y aun con extraordinarias demostraciones de alegría dando así prueba de que nunca hubo intención de llevar a efecto la tal medida.

[1] *Legislatura* (Legislature) dice el original, pero aquello era un Ejecutivo pluripersonal de carácter revolucionario y nada más. Hemos dicho ya que si los diputados del interior tomaron asiento entre los miembros de la Junta, fue porque para ello y no para otra cosa se los había convocado. *(N. del T.)*

[2] La medida de la Junta era de marcado carácter revolucionario y la gestión de la Sociedad Patriótica harto reaccionaria, pero quiere la versión oficial de la Revolución de Mayo que los morenistas representen la revolución y sus contrarios la antirrevolución... La tal Sociedad Patriótica comprometía muy seriamente a la causa y ¿adónde no hubiera llegado sin el 5 y el 6 de abril?... *(N. del T.)*

La forma en que se anuló el decreto contra los españoles, en respuesta a la petición, es tan característica que preferimos transcribirla literalmente:

Buenos Aires, 23 de mayo de 1811

Penetrado el Gobierno de los mismos nobles sentimientos del pueblo de Buenos Aires, ¿cómo podría dejar de prestarse con la mayor satisfacción a tan generosa súplica? Concedido.

Firmado: Saavedra, etcétera

No obstante la aparente armonía de sentimientos de que nosotros mismos fuimos testigos, Saavedra no podía soportar la oposición dirigida contra él y precisamente en aquellos días trabajó mucho ante la Junta para que se fulminaran medidas severas contra los descontentos y denunció a estos últimos como agentes y promotores de una conspiración que habría de estallar muy pronto si no se la sofocaba. Decía tener noticias de que los conspiradores o miembros de la Sociedad Patriótica estaban madurando planes contra su vida y la de cuatro miembros de la Junta, el doctor Funes, don Felipe Molina, don Manuel Ignacio Molina y don Juan García de Cossio. Pero, asimismo, no pudo persuadir a la Junta de la realidad de tales maquinaciones ni obtener mayoría para dar los decretos de rigor por los cuales porfiaba contra los desafectos. Aconsejándose entonces de su propio rencor y entregado al impulso de sus pasiones, determinóse a actuar por sí mismo. Su plan de ataque se redujo por una parte a recurrir a la fuerza militar y por otra a reunir el pueblo, que debía ser estimulado para la ejecución de sus planes, arengado y llevado adelante por varios de sus agentes secretos.

En la noche del 5 al 6 de abril, mientras los habitantes de la ciudad estaban entregados al reposo, la Plaza Mayor se convir-

tió en punto de reunión de muchos grupos de jinetes gauchos, armados, a quienes Saavedra había incitado secretamente a llegar hasta allí, desde las vecindades de Magdalena.

Quienes en las sombras de la noche vieron a estos hombres desensillar sus caballos en la plaza y prepararse a vivaquear, no podían explicarse el objeto de tan extraña y misteriosa actitud.

Todo quedó revelado y explicado, sin embargo, poco antes de romper el día. Súpose entonces que los grupos de la plaza estaban allí porque el gobierno les había ordenado congregarse allí; que las tropas veteranas estaban en sus cuarteles y que los habitantes de los suburbios, comandados por los alcaldes de barrio y un tal Grigera, el más adicto de todos a Saavedra, venían marchando hacia la plaza con el propósito de ejercitar sus derechos soberanos que, para ellos, no estaban bien administrados por el Cabildo. Esta gente de la campaña traía un largo petitorio escrito y las condiciones extendidas por sus caudillos a las que debían someterse a toda costa los supuestos enemigos.

Las condiciones estaban contenidas en dieciocho artículos a los que el gobierno, con mucha docilidad, y con una o dos ligeras alteraciones, se sometió. Inmediatamente se exigió que el documento fuera publicado en forma oficial bajo el título de Petición del Pueblo. Las exigencias eran, en sustancia, las siguientes:[1]

1°) Que se expulsen de Buenos Aires a todos los europeos de cualquier clase o condición, no acreditando de un modo público, y que sirva de satisfacción al pueblo, que han sido unánimes y conformes en sus sentimientos y opiniones desde la instalación de su nueva forma de gobierno por lo que respecta al enunciado sistema. *Explicación del Gobierno: Que siendo el sentido de esta condición el que la expulsión de todos los europeos de cualquiera clase o condición sea y se entienda de los que, no acreditando su adhesión a nuestro sistema del modo que expresa, sean sospechosos, y por lo tanto indignos de disfrutar los efectos y ventajas de la sociedad, se comisione al Excmo. Cabildo para que, indagando por los medios legales que estime más a propósito todos los que fueren de esta condición, dé cuenta al gobierno para el procedimiento correspondiente con arreglo a justicia y a la presente condición.*

[1] El texto que va a continuación ha sido tomado de *La Gaceta* y no traducido del texto inglés. *(N. del T.)*

2°) Deben por igual motivo ser separados todos los empleados civiles o militares. Explicada y ampliada como la anterior.

3°) Los sueldos o emolumentos que hasta ahora se han contribuido por la antecedente causa, deben cesar desde el día de la fecha, pues no es del orden de la justicia que del tesoro público se mantengan sus enemigos con preferencia y perjuicio de los buenos ciudadanos, de los cuales muchos se hallan sin acomodo. *Explicación: Que habiéndose suspendido o separado a algunos de sus empleos, no por causas probadas sino por miras políticas, en cuya virtud se les ha concedido alguna asignación o parte de sus sueldos para su alimento o el de sus familias, se examinará con individualidad los que se hallen en este caso, o los que como verdaderos delincuentes merezcan todo el rigor de la pena y el cese absoluto de todo sueldo o asignación conforme a esta condición.*

4°) Sin embargo que todo europeo sospechoso debe salir de entre nosotros por el peligro próximo que preparan a la conservación y consolidación del sistema de gobierno, como es indispensable que dejen muchos de sus bienes por consistir en raíces y que se trasladen a pueblos y lugares de nuestro territorio, en cuyas circunstancias no pudiendo ser útiles al público con sus servicios personales como los demás ciudadanos, disfrutan de la seguridad y libertad que se dispensa por la sociedad a los buenos, es de justicia que se les imponga una contribución en los réditos de todos sus intereses o ganancias, que reluzca a beneficio del tesoro público la cual deberá continuarse anualmente hasta la consolidación de nuestro sistema de gobierno. *Acordado enteramente.*

5°) Es de derecho indudable, que cuando el pueblo no ha dado sus poderes y facultades expresamente para el nombramiento de los individuos que deben regirlo y gobernarlo por defecto de los que tenía instituidos de antemano, todo acto jurisdiccional ejecutado en contra es una usurpación manifiesta de su autoridad, con transgresión de los límites de su voluntad: de consiguiente no sólo nulo y de ningún valor sino también preparatorio del despotismo y esclavitud a que se quiere reducir la libertad de los demás ciudadanos. Por lo mismo, deben separarse de la Junta provisional de esta capital D. Nicolás Peña y D. Hipólito Vieytes, erigidos en vocales por la propia, con agregación al último de la secretaría de gobierno y guerra, como nombrados sin intervención ni conocimiento del pueblo, orde-

nando su salida inmediatamente fuera del territorio de la provincia.

Explicación: Que la Junta procedió a la elección de los dos vocales Vieytes y Peña, en la inteligencia de estar autorizada para hacerlo, en virtud de la ley constitucional de su instalación provisoria contenida en el artículo 4º del bando de 25 de mayo, habiendo sido incitada para la del segundo por el Excmo. Cabildo, luego que acaeció la muerte del vocal Dr. D. Manuel Alberti; pero que explicada en la presente condición la voluntad general del pueblo, para que estas elecciones se hagan con su intervención y conocimiento, así se verifiquen las que en lo futuro puedan ocurrir.

6º) D. Miguel de Azcuénaga y D. Juan Larrea vocales de la Junta deben ser separados absolutamente de ella y salir en iguales términos, por ser notorio que se han mezclado en facciones que han comprometido la seguridad pública. *Acordado enteramente.*

7º) Quiere el pueblo que los empleos de vocales de su Junta que se notan vacantes sean ocupados por las personas de D. Feliciano Chiclana, D. Anastasio Gutiérrez, D. Juan de Alagon y Dr. D. Joaquín Campana, quien se hará cargo del despacho de la secretaría, que corre al de D. Hipólito Vieytes. *Acordado enteramente.*

8º) Por autores de la sedición que acaba de suceder tomando por pretexto la confinación de los europeos solteros, deben separarse de sus empleos y decretarse la expatriación de D. Domingo French, D. Antonio Luis Beruti, D. Agustín Donado, D. Gervasio Posadas y el presbítero Vieytes... *Acordado enteramente.*

Finalmente y a guisa de apéndice, los peticionantes disponían que fuera creado un tribunal de salvación pública, con el propósito de velar por el bienestar de los ciudadanos y designaban por sus nombres cuatro jueces con un notorio que debían constituir un tribunal.[1] Pedían además: "El gobierno determinará se celebre una misa por el R. Obispo, en acción de gracias por la felicidad que se ha conseguido en la exterminación de los facciosos sin haberse notado el menor exceso".

El Gobierno poco tardó en cumplir la obligación que se le

[1] Todo esto era imitación de los métodos de la Revolución Francesa y habrá de convenirse en que era bastante *revolucionario* y en que no debe señalárselo como reacción antipatriótica y españolista. Todo lo contrario. *(N. del T.)*

imponía. Y según la circular que dirigió a las provincias para comunicar los sucesos, resulta que sus cuatro colegas proscriptos estaban aquel día *en route* acompañados de una escolta para el sitio a que se les había desterrado.

Un odio muy parecido se transparenta en cuanto se refiere a los demás confinados por el decreto del pueblo. A ninguno se le concedió ni siquiera el tiempo necesario para hacer algunas ligeras provisiones para el viaje, ni se les mostró ninguna consideración; por el contrario, se los cubrió de insultos.

Los vocales depuestos fueron de hecho sacados de sus asientos en la sala de acuerdos, y por lo que toca al señor Rodríguez Peña, fue sacado de su asiento y apercollado por el comandante Rodríguez.

Mientras tanto, la Junta de Vigilancia (Comité de Seguridad Pública) comenzó el mismo día a llenar las cárceles con individuos de todas clases sociales —muchos de ellos altamente respetables—, civiles, militares y aun médicos y sacerdotes, en número tal que cundió el terror por la ciudad y se quedó desierta. Hubiérase dicho invadida por el enemigo, o bien que la población se hubiera ido por propia voluntad al suburbio de donde había caído sobre la ciudad el rayo de esta nueva soberanía.

Se instauraron procesos contra los detenidos y contra la Sociedad Patriótica con el propósito de cargar sobre los acusados el delito de una evidente y perversa sedición que hubiera estallado (según lo decían) de no haber sido sofocada con prudencia por el gobierno.

Pero todas las indagaciones iban prácticamente encaminadas a probar que el doctor Moreno (o el espíritu del doctor Moreno) era el autor de la supuesta conspiración. Para confusión de los casuistas y desgracia del país, el doctor Moreno había muerto en alta mar hacia más de un mes. Eso no obstante, el gran proceso fue continuado por varios meses y dio motivo a muchos actos vejatorios para con los prisioneros, hasta que por último se abandonó sin que se diera ninguna sentencia.

El dicho de Breno, *Vae Victis*, se había cumplido en este caso. El gobierno dio una proclama en que se explicaba el movimiento del 5 y 6 de abril insultando a confinados y prisioneros y difamándolos con toda suerte de acusaciones e invectivas.

Hemos dicho ya que este prototumulto fue llamado en el país *la revolución de Saavedra* y a la gente del suburbio se la llamó por mucho tiempo la *gente de Grigera.*

El triunfo, que pareció tan completo, resultó muy efímero para Saavedra y sus diputados. Pocos meses habían pasado desde la *emeute* de abril y ya tenemos a los diputados empeñados en desembarazarse de su presidente y eludiendo la responsabilidad que la soberbia e irascibilidad del último había traído sobre todos ellos.

Y vemos también a Saavedra aceptando de sus asociados una misión diplomática al interior de las provincias y dejando a sus patricios y ciudadanos para partirse al interior.[1] No había hecho en su viaje la mitad del camino cuando su comisión fue no solamente revocada sino convertida en una orden de destierro. Saavedra cayó entonces en la oscuridad de la cual estaba destinado a no salir nunca. Después de residir por algún tiempo en San Luis, se retiró por una temporada a Chile. Murió repentinamente en Buenos Aires, en 1829, como un simple particular sin fortuna, con poco crédito y con menos amigos.[1]

[1] Esto está dicho con evidente mala fe. Saavedra salió para el Norte al conocer el desastre de Huaqui y los desalojados del 5 y 6 de abril aprovecharon el contraste que, como es natural, debilitó al gobierno, para recuperar el poder. Así lo hicieron en septiembre. La constitución del Primer Triunvirato (con elementos de la capital), es decir, el triunfo del morenismo, importó dos cosas: 1ª) La implantación de la dictadura, con la supresión de medidas liberales como la libertad de prensa y la creación de las juntas provinciales; 2ª) El armisticio con Elío, que significó una renuncia a los principios de la revolución y la entrega de la Banda Oriental con parte de Entre Ríos a los españoles de Montevideo, con más la sumisión absoluta a Inglaterra. Por el armisticio con Elío, el Primer Triunvirato (Rivadavia y Cía.), sin ninguna representación de los pueblos del interior, declaró que reconocía "la unidad indivisible de la Nación Española de la cual forman parte integrante las Provincias del Río de la Plata en unión con la Península y con las demás partes de América"; que "convenía gustosísimo en procurar remitir a España a la mayor brevedad todos los socorros pecuniarios que permite el presente estado de las rentas"; ofreció "dirigir prontamente un manifiesto a las cortes (españolas en Cádiz) explicando las causas que lo han obligado a suspender el envío a ella de sus diputados". "Las tropas de Buenos Aires desocuparán enteramente la Banda Oriental del Río de la Plata"... "Los pueblos del Arroyo de la China, Gualeguay y Gualeguaychú, situados en Entre Ríos, quedarán de la propia suerte sujetos al gobierno del Excmo. Señor Virrey." ¿Para qué más?... Los responsables del tratado recurrieron todavía al fraude (¿para engañar a la posteridad?) y antidataron la copia del documento, que figura en *La Gaceta de Buenos Aires* con fecha 20 de julio de 1811, fecha en que gobernaba todavía la Junta Grande... Calvo, al transcribir el tratado, dice así: "*La Gaceta* ministerial de Buenos Aires de 1811, de donde el registro diplomático tomó este tratado, lo publicó con la fecha de 21 de julio; nosotros lo tomamos del original, cuya fecha es de 20 de octubre"... (el registro ha omitido también la ratificación de Buenos Aires), *Anales históricos de la revolución de la América latina*, etcétera, por Carlos Calvo, tomo I, París, 1864, pág. 356. *(N. del T.)*

Los grandes crímenes pueden ser a veces olvidados pero las contumelias y ofensas personales se perdonan muy rara vez. La *emeute* de abril, aparte de ser la más abundante en violencias individuales, la más memorable porque fue la primera de su clase y por el número de las personas ofendidas, no puede ser atenuada, aun entre aquellas que no produjeron derramamientos de sangre.

Mucha más sangre fue derramada el día 8 de diciembre del mismo año como consecuencia del motín del Regimiento de Patricios que fue considerado verdaderamente como una consecuencia de los sucesos de abril y como última palabra y la confesión del partido del ex presidente Saavedra.[2]

Por lo que hace a otros desastres más generales y disensiones bastará con observar que desde aquel tiempo quedó abierto anchamente para todos los aspirantes el sendero de la reacción civil.

M. M.

APÉNDICE VIII
(vol. II)

Don Carlos de Alvear

Podrá creerse que se atribuye demasiada importancia a la administración del general Alvear y que se habla de él con exceso, siendo así que se mantuvo escasamente tres meses en el gobierno.

El artículo sobre Alvear podría quizás abreviarse y condensarse mucho. Eso no obstante, y así detallado como está, no

[1] El ilustre presidente de la Junta de Mayo, sin cuya intervención no se hubiera producido el movimiento revolucionario el día 25, padeció, como ningún prócer argentino, persecuciones e injusticias. Hoy mismo es víctima de algunos figurones de la historiografía oficial, de los pésimos manuales que imperan en la enseñanza y de las cotorras que imitan a los papagayos mayores. Su figura resulta así cada vez más disminuida y calumniada. *(N. del T.)*

[2] Excusaría decir que los fusilamientos de diciembre de 1811 fueron ordenados por el Primer Triunvirato, que, obsecuente para con el *Excmo. Señor Virrey* (Elío), no economizaba sangre de americanos. *(N. del T.)*

contiene la mitad de cuanto podría decirse sobre este activo pero ambicioso genio.

Es necesario decir que Alvear trataba de apropiarse para él todas las glorias de su triunfo, aunque los títulos que podría invocar para ello estuvieran lejos de ser intachables. Reemplazó a Rondeau en el sitio de Montevideo solamente ocho días antes de la capitulación y cuando todos sabían que la plaza debía rendirse.[1] Tomada Montevideo de esta manera, sin ningún sacrificio ni gran mérito de parte de Alvear, éste siguió a Rondeau, como la sombra sigue al cuerpo, una segunda vez, para reemplazarlo en el comando del ejército del Perú; pero cuando con este propósito Alvear llegó a Córdoba, tuvo noticia de que el ejército se negaba a recibirlo como jefe. Entonces volvió sobre sus pasos a Buenos Aires donde tan pronto como llegó relevó a su pariente señor Posadas del peso del Directorio. *Si licet in parvis exemplis grandibus uti*, hay en todo esto algo que se asemeja en algunos respectos a los movimientos y jornadas de Napoleón.

A pesar del talento y de los conocimientos de Alvear, que no se niegan, y aunque estuvo a punto de entrar en la ciudad el día 15 de abril, con todas las tropas veteranas congregadas con ese propósito, fue detenido en sus designios por un hombre civil, el alcalde de primer voto don Francisco Antonio de Escalada. La sala del Cabildo era el cuartel general de la oposición a Alvear. Mientras se recibían despachos hora tras hora y cuando más agitado estaba el movimiento, apareció un mensajero para decir que Alvear estaba llegando a Buenos Aires con todo su ejército y que su vanguardia entraba en la ciudad. "Que levanten las horcas" ordenó el intrépido Escalada: "para él si ganamos el combate y para nosotros si lo perdemos". El señor Escalada tenía ya sesenta años.

M. M.

P. S. Conocimos bien a don Francisco Escalada y nuestros lectores encontrarán algunas noticias sobre él en la página 381 del volumen III de esta obra. Nunca un ciudadano más decidido, más venerable, más justo, hizo más honor a su toga de cabildante civil. Verlo con su sombrero de tres picos a la usanza antigua y su vara negra de alcalde; observar su semblante apacible pero firme, su porte erguido, sus maneras corteses, aunque muy independientes, hacía pensar en un gentilhombre de los mejores tiempos.

Pertenecía a una de las familias más distinguidas del lugar, su conducta era irreprochable. Sirva esto como pequeño tributo en alabanza de uno de los más esclarecidos ciudadanos de Buenos Aires.

Los autores

[1] En esto han exagerado mucho los enemigos de Alvear. No estaba la breva tan madura.... Alvear se impuso porque llevó muchas tropas de Buenos Aires que vigorizaron al ejército sitiador. *(N. del T.)*

Apéndice IX
(vol. II)

Artigas

Es verdad también que Artigas había dado lugar a ser acusado de un crimen capital contra la causa patriota, crimen que, según todas las leyes de la disciplina, debió ser considerado como una deserción y una traición. Porque, mientras estaba pendiente todavía el sitio de Montevideo, Artigas desertó del ejército de Rondeau, y tomando una posición de retaguardia, no solamente lo dejó privado de suministros y le cortó las comunicaciones, sino que, en prosecución de su miras, abrió hostilidades contra su propio general, como si este último fuera aliado de Vigodet, gobernador de la plaza sitiada.[1] Considerando así el caso, el gobierno de Buenos Aires no puede ser tenido como injusto en sus procederes contra Artigas, aunque quizá la proscripción del rebelde y más que la proscripción el decreto que lo rehabilitaba, pueden ser censurados como ligeros y versátiles. Ambas medidas fueron equivocadas y no honran a sus autores.

M. M.

[1] La verdad es que la retirada de Artigas del sitio de Montevideo fue provocada por las intrigas del llamado congreso de Maciel, convocado por Rondeau, siguiendo instrucciones del gobierno de Buenos Aires, entre las que figuraba el más refinado y pérfido fraude, que se consigna en el documento con toda desaprensión y que fue obra de Valentín Gómez. Por otra parte, quien conozca la misión Sarratea al Brasil, enviada por el segundo Triunvirato a Río de Janeiro, en 1813, no tiene derecho a sorprenderse ni poco ni mucho de la actitud de Artigas en enero de 1814. *(N. del T.)*

Apéndice X
(vol. ii)

Oficio del señor capitán general de Provincia y el jefe del ejército de los Andes, coronel mayor don José de San Martín, al Excmo. señor director del Estado.

Un justo homenaje al virtuoso patriotismo de los habitantes de esta provincia me lleva a interrumpir la bien ocupada atención de V. E. presentándole en globo sus servicios.

Dos años ha que paralizado su comercio han decrecido en proporción su industria y fondos desde la ocupación de Chile por los peninsulares. Pero como si la falta de recursos le diera más valentía y firmeza en apurarlos, ninguno han omitido saliendo a cada paso de la común esfera.

Admira en efecto que un país de mediana población, sin erario público, sin comercio, ni grandes capitalistas, falto de maderas, pieles, lanas, ganado en mucha parte y de otras infinitas primeras materias y artículos bien importantes, haya podido elevar de su mismo seno un ejército de tres mil hombres, despojándose hasta de sus esclavos, únicos brazos para su agricultura, ocurrir a sus pagas y subsistencia, y a la de más de mil emigrados: fomentar los establecimientos de maestranza, laboratorios de salitre y pólvora, armerías, parque, sala de armas, batán, cuarteles, campamento: erogar más de tres mil caballos, siete mil mulas, innumerables cabezas de ganado vacuno; en fin, para decirlo de una vez, dar cuantos auxilios son imaginables, y que no han venido de esa capital para la creación, progreso y sostén del ejército de los Andes.

No haré mérito del continuado servicio de todas las milicias en destacamentos de la Cordillera, guarniciones y otras muchas fatigas: tampoco de la tarea infatigable e indotada de sus artistas en los obrajes del Estado. En una palabra, las fortunas particulares casi son del público: la mayor parte del vecindario sólo piensa en prodigar sus bienes a la común conservación.

La América es libre, Excmo. Señor: sus feroces rivales temblarán deslumbrados al destello de virtudes tan sólidas. Calcularán por ellas fácilmente el poder unido de toda la Nación. Por lo que a mí respecta, conténtome con elevar a V. E. sincopadas, aunque genuinamente, las que adornan al pueblo de Cuyo, seguro de que el Supremo Gobierno del Estado hará de sus habitantes el digno aprecio que de justicia se merece. Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel general de Mendoza. Octubre 21 de 1816. Excmo. Señor José de San Martín.

Excmo. Señor Supremo Director del Estado.

Fin de Cartas de Sud-América

ÍNDICE

VOLUMEN I

Volumen II

Volumen III

ESTEBAN ECHEVERRÍA

La cautiva
El matadero

Vocero y arquetipo de una generación perseguida, *Esteban Echeverría* fue el gran precursor de la literatura argentina. *La cautiva* y *El matadero* constituyen, sin duda, lo más perdurable de su obra.

Publicado en 1837, *La cautiva* es un poema romántico. Fue admirado por los lectores de su tiempo, que vieron en el destino trágico de sus personajes una metáfora de la realidad que vivían. *Echeverría* introduce a la pampa como tema del quehacer literario y funda así una tradición.

El matadero se conoció veinte años después de muerto su autor, en 1871. Escrito en un estilo diferente, depurado y magistral, su importancia no ha sido menor en el origen de nuestra narrativa. Testigo de su época, *Echeverría* la padece y la recrea con la intuición segura del artista. *El matadero* es –como dijo Juan María Gutiérrez– "una página histórica, un cuadro de costumbres y una protesta que nos honra".



memoria argentina

títulos aparecidos

Ulrico Schmidl
VIAJE AL RÍO DE LA PLATA

MEMORIAS DEL GENERAL MILLER
escritas por John Miller

Justo P. Sáenz (h.)
EQUITACIÓN GAUCHA
EN LA PAMPA Y MESOPOTAMIA

Concolorcorvo
EL LAZARILLO DE CIEGOS CAMINANTES

Fray Mocho
UN VIAJE AL PAÍS DE LOS MATREROS

Mariano Moreno
REPRESENTACIÓN DE LOS HACENDADOS
Y OTROS ESCRITOS

Domingo F. Sarmiento
RECUERDOS DE PROVINCIA
FACUNDO

Ruy Díaz de Guzman
LA ARGENTINA

José Hernández
MARTÍN FIERRO

Benjamín Franklin Bourne
CAUTIVO EN LA PATAGONIA

Alcide D'Orbigny
VIAJE POR AMÉRICA MERIDIONAL I y II

Barthélemy de Massiac
PLAN FRANCÉS DE CONQUISTA
DE BUENOS AIRES 1660-1693

Emeric Essex Vidal
BUENOS AIRES Y MONTEVIDEO

David Peña
JUAN FACUNDO QUIROGA

J. Ignacio Rickard
VIAJE A TRAVÉS DE LOS ANDES

W. H. Hudson
ALLÁ LEJOS Y HACE TIEMPO

Esteban Echeverría
LA CAUTIVA / EL MATADERO

Edmundo Wernicke
MEMORIAS DE UN PORTÓN DE ESTANCIA

Federico Barbará
MANUAL DE LA LENGUA PAMPA